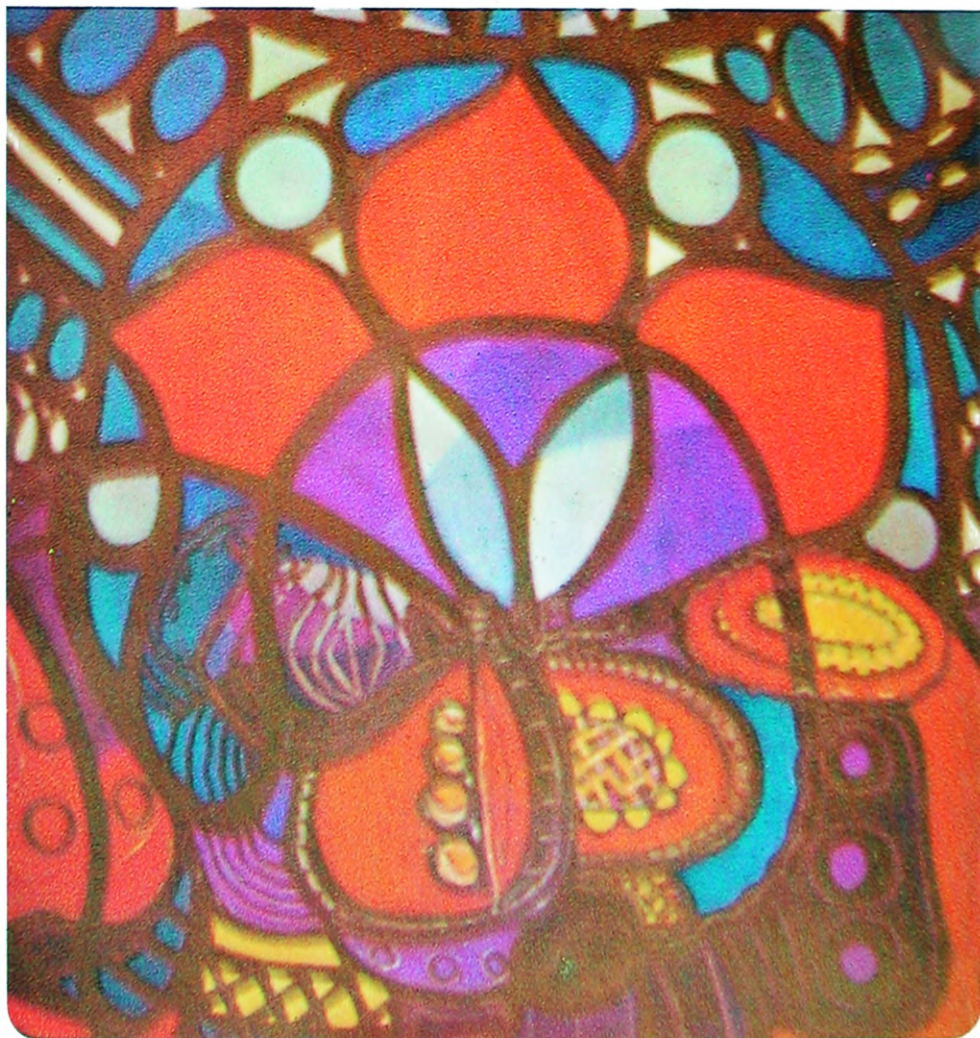


JOSE MARTI
OBRA
LITERARIA



PROLOGO

I

EN LAS MÁS significativas páginas de José Martí, desde *El presidio político en Cuba* (1871) hasta su último Diario de campaña (1895), el contenido revolucionario y la creación verbal resultan inseparables. Nace de este hecho la primera dificultad para presentar una selección de su obra específicamente “literaria”, de la que deben excluirse aquellos textos políticos —semblanzas como la de Céspedes y Agramonte, artículos como “Nuestra América”, discursos como “Con todos y para el bien de todos”, testimonios de su acción revolucionaria en cartas y diarios— donde sin embargo está con frecuencia lo más granado y perdurable de su expresión. Paradójicamente, pues, debemos comenzar nuestra tarea remitiendo al lector a otros volúmenes de esta colección en que se recoja una muestra amplia de lo que Martí escribió sobre los problemas políticos y sociales de Cuba y América Latina, en cuanto doctrinario y protagonista de la revolución cubana y latinoamericana en marcha hasta nuestros días, como único medio para remediar las inevitables deficiencias de la presente selección.

Por otra parte, realizada tan dolorosa renuncia, surge de inmediato otra dificultad no menor: la planteada por la enorme obra periodística de Martí, en la que a su vez se halla, bajo la apariencia de meros reportajes o crónicas de sucesos, buena parte de su mejor creación literaria. Comprendemos entonces que el verdadero obstáculo consiste en la esencia de Martí como escritor, caracterizado por una obra en la que literatura y revolución, literatura y servicio, literatura y redención histórica del hombre, son elementos inextricablemente unidos desde el arranque mismo de la palabra. En rigor no es posible despojar a ninguna página de Martí de su carácter nativamente ético, moralizador, y, en el sentido más profundo, político y revolucionario. Tal es la sustancia misma de su palabra, tanto en la obra lírica, como en la periodís-

tica, como en la de propaganda y concientización para la guerra liberadora y antimperialista. Esto explica que su genio literario no se moviera tan a sus anchas en los géneros convencionales —teatro, novela— como en la evocación de los héroes y en la prédica revolucionaria, o en la descripción y comentario de fenómenos sociales —especialmente a través de sus pletóricas *Escenas Norteamericanas*— que eran para él como las vertiginosas escenas del drama humano, los capítulos en carne viva de una novela multitudinaria, en los que se encierran siempre una lección y una clave para el porvenir del hombre.

Sabiendo todo esto, fuerza es sin embargo que deslindemos el campo, ciñendo nuestra selección —que de otro modo desbordaría los límites de un volumen— a las páginas de género y tema específicamente literarios, entre las que hay también, desde luego, ejemplos de máxima creación poética y crítica.

II

POR LOS MISMOS años en que Stéphane Mallarmé llevaba hasta sus últimas consecuencias el sentido hierático de la escritura, José Martí daba un ejemplo magno de la escritura como encarnación. Lo primero parece inscribirse en la línea iniciada para Occidente por el Oráculo de Delfos que, según Heráclito, “ni dice, ni oculta, sino hace señales”: esencia del signo que va desde el jeroglífico hasta la letra impresa (y sus *blancos*) como ídolo de la literatura. Lo segundo puede remontarse originariamente a la idea evangélica del verbo encarnado al servicio de los hombres. Con independencia de su sentido teológico, de esta idea se desprende una concepción de la palabra humanizada como participación y sacrificio que es, en el mundo laico y político, exactamente el sentido de la palabra de Martí. Su escritura no es portadora de una liturgia sino de una pasión; no se define por la espacialidad sino por la temporalidad; no tiene un relieve icónico, sino un impulso misional y redentor. De este modo, Martí se sitúa en las antípodas de la tendencia dominante en las décadas finales del siglo XIX —parnasianismo, decadentismo, modernismo en su primera fase—, para convertirse en maestro y heraldo de una literatura de servicio y agonía cuyo fundamento no es el signo sino la voz, como ocurrirá también, por ejemplo, en Miguel de Unamuno y en César Vallejo.

Leemos y releemos cientos, miles de páginas de Martí. Lo que está presente en todas ellas, lo que no falta nunca, se nos escapa. No se nos escapa por sutileza del contenido (su pensamiento es siempre claro) ni por oscuridad de la expresión (su palabra es siempre cenital). Se nos escapa por su misma presencia, como la luz en que está inmerso un paisaje. Quisiéramos apresar esa luz, saber qué significa, qué nos dice. “El discurso del escritor —observa Roland Barthes— dice lo que dice pero también dice que es literatura.”¹ No así en el caso de Martí. Su literatura no dice que es literatura (aunque también lo sea): por debajo de sus otros decires argumentales, dice que es vida,

¹ *Le degré zéro de l'écriture*. París, Editions du Seuil, 1964, p. 5.

que es compasión, que es hombre. O más bien no lo *dice* en realidad: *es* vida, *es* hombre, *es* hambre y sed de justicia. *Siendo se dice*: no hay fisura para un distanciamiento del ser y el decir del último plano, que es el más evidente y totalizador, por eso el más inapresable. Ni siquiera en sus secundarias obras de teatro, en su novela, se percibe ese irónico ámbito segundo, esa autonomía irreductible y latente de "lo literario" que se aviene con la buena definición de Giambattista Vico: "ficción del ánimo conmovido".² El ánimo conmovido aquí fulmina a la ficción, *encarna lo que dice* y nos remite siempre a un campo de lucha extraliterario: el de la militante eticidad.

Ahora bien, esta escritura tiene también su propio "arte de bien decir". Es evidente que hay en Martí una acepción peyorativa de lo retórico, en cuanto sinónimo de artificioso, postizo, sobrante e innecesario: antítesis, en suma, de lo ajustado y natural. Sabemos que la idea de ajuste es básica en su concepción del estilo: "El que ajuste su pensamiento a su forma, como una hoja de espada a la vaina, ése tiene estilo". "El lenguaje ha de ser matemático, geométrico, escultórico. La idea ha de encajar exactamente en la frase, tan exactamente que no pueda quitarse nada de la frase sin quitar eso mismo de la idea." "Debe ser cada párrafo dispuesto como excelente máquina, y cada una de sus partes ajustar, encajar con tal perfección entre las otras, que si se la saca de entre ellas, éstas quedan como pájaro sin alas, y no funcionan, o como edificio al cual se saca una pared de las paredes." Se percibe aquí una inesperada analogía entre máquina o fábrica y naturaleza, patente en el ejemplo del pájaro. Lo fundamental es la exactitud y funcionalidad de la forma, tal como se da en la ecuación, la figura geométrica, la escultura o la máquina. Muchos años después Alfonso Reyes (en *El deslinde*), al distinguir el coloquio fungible de los paraloquios rígidos (tecnicismo, rito, literatura), define a ésta como "paraloquio de configuración semántico-poética inseparable",³ que viene a ser la fórmula científica de la intuición martiana.

Pero en Martí lo básico es el ejemplo y la inspiración de la Naturaleza, madre de todas las exactitudes y funcionalidades de la forma, y también de toda la fantasía del ornamento. Por eso cuando él dice: "Contra el verso retórico y ordenado, / El verso natural...", en seguida vemos que ese verso tiene su propio ornamento necesario, su primor orgánico, su retórica original. (En efecto, el poema continúa: "Acá un torrente: / Aquí una piedra seca. Allá un dorado / Pájaro, que en las ramas verdes brilla, / Como una marañuela entre esmeraldas...".) Ya desde 1876 Martí había advertido que "antes que la retórica oprímiese al talento, el talento fue el creador de la retórica", y que: "No hay cátedras para el genio: él no tiene reglas, él las crea". Esa creación genial surge siempre de lo nativo en el hombre, a imagen y semejanza de la naturaleza que lo sustenta. Hay, pues, también, una acepción no peyorativa de la retórica, y por eso en un concentrado apunte resumió Martí: "Los hombres nuevos. A la Academia de los Retóricos, la Academia de la Naturaleza."

² Citado por Alfonso Reyes en *El deslinde*, México, El Colegio de México, 1944, p. 161.

³ *Op. cit.*, p. 235.

Esta "academia" se funda en la originalidad, que a su vez corresponde a lo que *viene de sí*: "sacudimiento del instante, y brisa o terremoto de las entrañas". En ella reside la única garantía contra el aspecto negativo de la retórica, porque —advierte Martí— la lengua poética que hoy nos parece natural "parecerá luego como ahora la gongórica, cuando pasen las cosas presentes que aún le sirven de razón, y dan cierta naturaleza a los modos violentos y parafrásticos de interpretarlas". Glosando otro apunte suyo, puede añadirse que para "renovar la forma poética" (en verso o prosa) se hace necesario "escribir viviendo", lo cual significa, en el contexto martiano, escribir al dictado de la vida, con estricta fidelidad a sus formas surgentes, a su cambiante naturaleza y sentido; y también, asumiendo y amando, en perenne combustión de sacrificio. No olvidemos cómo sintetizó Martí su propia vida: "He padecido con amor". Esta identificación de Arte y Vida, de forma y amoroso sacrificio, es su principal diferencia con el tipo de modernismo representado en Cuba por Julián del Casal, y desde luego con las corrientes parnasianas, esteticistas y artepuristas: lo que hace de él un maestro de hoy y de mañana. Dicha identificación, a su vez, exige dos principios: "la expresión sincera" y "el pensamiento libre".

La sinceridad en Martí no es sólo un valor ético, sino también estético, en cuanto incluye los valores de fidelidad y participación. El ajuste intrínseco de contenido y forma se origina en la verdad del estilo, y esa verdad sólo puede alcanzarse mediante la participación afectiva. La expresión fiel y participante será, necesariamente, sincera; y cuando se trate de decir lo íntimo y raigal, lo que *viene de sí*, será, necesariamente, libre, porque lo que *viene de sí* es la libertad misma. Esa libertad, con su retórica siempre en estado naciente y creador, tiene que romper sin cesar las trabas de la otra retórica, la anquilosada y esclavizadora. Su símbolo en el primer poema de *Versos libres* ("Académica", referido precisamente a la "Academia de la Naturaleza") será el caballo desnudo que echa por tierra los emblemas pintados de la retórica tradicional, "Y al sol del alba en que la tierra rompe / Echa arrogante por el orbe nuevo". He aquí el "orbe nuevo" de la poesía renovada, que corresponde al "hombre nuevo" de la Academia de la Naturaleza y, sin duda, de la revolución americana. He aquí el verso libre que corresponde al hombre liberador en su más vasto sentido, porque, afirma también Martí, "mientras más trabas rompe el hombre, más cerca está de la divinidad germinadora" —es decir, del Gran Semí sembrador de "la América nueva".

Resumiendo, puntualizamos:

1. Su escritura de encarnación y de pasión genera una retórica a imagen y semejanza de la Naturaleza.
2. Esa retórica se basa en la intuición de una armonía cósmica, y, por lo tanto, en el ajuste perfecto de asunto y forma, donde se trasluce estilísticamente la ley de analogía, ley maestra de su pensamiento.
3. Cuando el asunto viene de afuera (crónica periodística), el estilo tiene que encarnarlo mediante la participación afectiva: de ahí la multiplicidad de "estilos".

4. Cuando el asunto es la propia intimidad, la forma debe irrumpir libremente desde la raíz, entera, súbita, acumulada, sin pulimento en frío y “con el menor número de palabras posibles” (norma de concisión y sencillez, que no excluye, como él mismo advirtió, la abundancia natural).
5. Cuando el asunto es su relación trágica con la historia y con los hombres (discursos, cartas, últimos Diarios), irrupción y participación se funden entrañablemente.

III

COMO ES NATURAL en todo escritor, estos principios tienen un desenvolvimiento que, de la adolescencia a la madurez, y siguiendo el curso de los viajes, quehaceres y experiencias, los afina y los depura. Están presentes, sin embargo, en cada página creadora de Martí, en cualquier fecha y circunstancia, y muy especialmente a partir de su viaje a Caracas en 1881, año que parece marcar su toma de conciencia estilística y el comienzo de su mayor plenitud expresiva. Baste recordar su artículo sobre “El carácter de la *Revista Venezolana*”, su prólogo al *Poema del Niágara*, de Juan Antonio Pérez Bonalde, y su primer libro de versos publicado, *Ismaelillo*, para situar entre el 81 y el 82, aunque hubiera desde luego síntomas y semillas anteriores, el arranque de ese movimiento de libertad, enriquecimiento y universalización de la palabra hispanoamericana, que tuvo en José Martí su primer y mayor maestro, póstumamente reconocido por Darío, y que llega hasta nuestros días con el nombre, casi inútil ya, de modernismo. Casi inútil, decimos, como una bandera hecha jirones por encarnizadas y absurdas batallas, dignas de mejor causa. Por la bandera misma no vamos a abogar: ya lo han hecho doctos profesores a quienes respetamos; ni mucho menos gastaremos fuerzas en cubrir la obra de Martí con ese agujereado pabellón literario, que él nunca empuñó con tal nombre. En un apunte sobre *La España Moderna*, observó: “cuando, si lo fuese de veras, no le habrían llamado así, con un vocablo indirecto, que huele a polvos de arroz, sino *La España Nueva* a secas, que es más viril y castizo”; y en su juicio antológico sobre Casal, que lo es sobre el modernismo a la altura de 1893, tampoco lo nombró así, prefiriendo decir: “Y es que en América está ya en flor la *gente nueva*...”.

De esa “gente nueva” fue y es Martí, o debiera ser, un capitán vigente, mientras buena parte de la obra de los calificados “modernistas” incluyendo al profundo y maravilloso Darío, va quedando atrás como legado noble o llama hermosa del pasado, sin contar las letras caedizas que toda época conlleva. No queremos con esto decir que la literatura martiana sea toda de igual calidad y toda igualmente perdurable: sus ocasionales ensayos teatrales nos desmentirían; ni que dejara de pagar tributo a su época, fatalidad que él mismo advirtió. La estructura oratoria de buena parte de su expresión es suficiente ejemplo de este tributo, que él llevó a grados de elocuencia incandescente. Juan Marinello y Juan Ramón Jiménez señalaron el exceso de

casticismo que hay a veces en su prosa, rasgo que él justificó al defender su condición simultánea de "arcaico" y de "neólogo": "no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas". *Amistad funesta*, la novela por encargo (que en una proyectada edición pensaba llamar *Lucía Jerez*, título que aquí preferimos) despide sus preciosas luces de pequeña obra maestra, desde la fecha en que fue escrita, no más acá. Pero sus mejores versos, desde el mínimo, primoroso y encendido *Ismaelillo*, pasando por la abrupta y plutónica agonía de los *Versos libres*, hasta la gota de oro popular y gnómica de los *Versos sencillos*, escala de Jacob por la que bajan y suben los ángeles que más tarde visitarían con mensajes afines a Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Gabriela Mistral y César Vallejo; *La Edad de Oro*, pedagogía en estado de gracia, joya mayor de la literatura para niños en nuestra lengua; muchísimas cartas de esas cuyas palabras, según dijera Unamuno, "parecen creaciones, actos"; innumerables páginas de sus crónicas y todas las de sus dos últimos Diarios, pueden leerse hoy como literatura contemporánea. El estilo participante, en la poesía de lo simultáneo, el arte pictórico del retrato y cinematográfico en la captación de las multitudes (cuando todavía el cine no existía), junto con el don misterioso de las imágenes y el nervio de la frase incidental dándole vida nueva al período y color imprevisible al juicio, explican quizá lo que sea explicable en la vitalidad de la obra periodística de Martí. Obra enorme, incomparable en nuestro idioma, que no puede en rigor conocerse por fragmentos ni antologías. Todo ello, sin embargo, palidece cuando entramos en el reino de los últimos Diarios, allí donde la crónica y el poema, asumidos al nivel de la naturaleza patria, la acción revolucionaria del pueblo y el destino personal del agonista, cobran los fulgores más intensos e interminables de la palabra martiana.

Volvemos, pues, al punto de partida. Para conocer de veras la "obra literaria" de Martí, hay que leerlo todo, y en primer término su epistolario completo, sus alegatos, discursos y ensayos políticos, y sus Diarios de guerra, y sus crónicas periodísticas, y sus apuntes íntimos. Comprendemos entonces que no hay tal obra literaria aislable, sino una sola obra revolucionaria en el más creciente sentido: liberación de Cuba, liberación de América, liberación del hombre de sus trabas seculares, epifanía de un mundo nuevo. Y comprendemos que la calidad del hecho literario en él, su inconfundible hechizo, depende precisamente de ese estar su palabra tensionada desde otro sitio que no es la literatura, que es el sitio del héroe moral, de la transformación del mundo, de la suerte echada con "los pobres de la tierra". Pero ¿no será ese otro sitio entonces, también, el centro vital de la mejor literatura?

IV

PARA LA RESPUESTA a esta pregunta —la pregunta por lo que después se llamaría "literatura comprometida"— la obra crítica de Martí, como sus cuadernos de apuntes, ofrecen importantes elementos de juicio. De una parte hay que recordar su enorme aprecio de la creación literaria, y especialmente

de la poesía, por sí misma. Compara la forma a un cáliz “donde se alberga el pensamiento hermoso como para los católicos se alberga en el cáliz el cuerpo de Cristo”. Considera que “en todo gran escritor hay un gran pintor, un gran escultor y un gran músico”. Se interesa profundamente en las operaciones rigurosamente artísticas de la palabra escrita, dejando de ello testimonios tan ricos como el artículo en defensa de su propio estilo en la *Revista Venezolana* (1881) y el comentario a las poesías de Francisco Sellén (1890), donde expone su personal poética, que en lo que a recursos expresivos se refiere no andaba lejos de la poética de la sinestesia ejemplificada en Francia por los sonetos “Correspondances” de Charles Baudelaire y “Voyelles” de Arthur Rimbaud. En el discurso sobre Heredia (1889) advierte categóricamente que “a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce y vibrar como la porcelana”. Dos años atrás, a propósito de Walt Whitman (de quien hizo una crítica de primera magnitud que significó, según el testimonio de Rubén Darío y de Juan Ramón Jiménez, la entrada de lo norteamericano mejor en las letras hispano-americanas y españolas), postuló la importancia suma de la poesía para la vida misma de los pueblos:

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida.

Por otra parte, cuando comenta “La exhibición de pinturas del ruso Vereschagin” (1889), no vacila en exclamar ante el espectáculo del régimen de explotación e infamia en que vivía aquel “pueblo espantado y deforme”: “¡La justicia primero, y el arte después!”. Lo que se conjuga con otras declaraciones conexas y con varios enérgicos apuntes, el más violento de los cuales dice: “En los países donde se padece, el caracolear con la mera fantasía es un delito público. La inteligencia se ha hecho para servir a la patria. Y la que no sirva para esto, hasta que toda la justicia no sea cumplida, fustigada y echada sea del cerco, como un perro ladrón.” Y sin embargo en otro apunte próximo elogia “la locura fortuniana de la fantasía, propia del genio”, y en otro sentencia: “Preservad la imaginación, hermana del corazón, fuente amplia y dichosa. Los pueblos que perduran en la historia son los pueblos imaginativos.” No se trata de ideas contradictorias sino complementarias dentro de un pensamiento dialéctico y muy atento a la realidad sucesiva y múltiple: pensamiento cuya prueba de fuego es el caso concreto y cuya clave interpretativa está dada quizás en otro apunte: “Todo lo desequilibrado irrita. Esta es la gran ley estética, la ley matriz y esencial.”

Veamos cómo funciona esta ley en el caso concreto más antitético de Martí, el caso del esteticista y decadentista Julián del Casal, sobre cuya muerte escribió en *Patria* el 31 de octubre de 1893. ¿Acaso lo condena sin apelaciones?

Ciertamente no; incluso justifica el "poco apego que artista tan delicado había de sentir por aquel país de sus entrañas, donde la conciencia oculta o confesa de la general humillación trae a todo el mundo como acorralado, o como con antifaz...". Si unimos "poco apego" (lo que después se llamará "evasión") y "país de sus entrañas", tenemos apresados por dentro todo el desgarramiento de Casal. Mayor comprensión, y amor, es imposible. Pero ¿acaso aprueba Martí a Casal totalmente? Tampoco, pues reconociendo sus valores artísticos y su mérito estético principal, que fue aborrecer "lo falso y lo pomposo", le opone delicadamente su propia poética de raíz moral y vocación autóctona. Pero Casal, sin ser un paradigma, se salva a sus ojos como prenda preciosa de la cultura cubana, como testimonio paradójicamente fiel de un país deformado, y por una virtud fundamental en la estimativa martiana: la sinceridad. "La América lo quiere, por fino y por sincero. Las mujeres lo lloran."

De este modo Martí, más allá de la justificada diversidad de sus enjuiciamientos y de sus desahogos íntimos, en plena madurez, nos da un ejemplo de equilibrio crítico. Para él, personalmente, la literatura es un oficio con leyes rigurosas y un quehacer de creación o crítica militantes, siempre al servicio de los hombres; pero lo primero que los hombres de bien necesitan, y entre ellos los artistas y escritores honrados, es la comprensión diáfana, el corazón abierto, el amor como conocimiento justiciero. Por eso afirmó en su *Revista Venezolana*: "Amar: he aquí la crítica".

V

EN EL CENTRO de las letras martianas está su pasión por "nuestra América". Esa pasión no puede medirse sólo por los escritos de tema americanista, sino además, y sobre todo, por la intención de la mayor parte de sus escritos a partir de su llegada a México en 1875. Así lo que escribió sobre autores y sucesos norteamericanos y europeos está dirigido, en gran medida, al aleccionamiento de nuestros pueblos a través de su vanguardia lectora. Tanto piensa en Latinoamérica cuando escribe sobre "Autores americanos aborígenes" como cuando escribe sobre Emerson, Oscar Wilde, los pintores impresionistas o "Un paseo por la tierra de los anamitas". Para la ilustración, el rescate y el crecimiento de "nuestra América" escribe siempre.

Su palabra es en todo momento un instrumento educador de primer orden, y la educación que le interesa es la que conduzca al hombre latinoamericano a ser dueño de sí, universal y libre por su cultura, autóctono por sus valores, lúcido ante todos los peligros, fraterno para todos los hombres de buena voluntad.

Su acercamiento entrañable a los dolores y virtudes de la raza negra en América y al esplendor destruido de las culturas indígenas, está en la base de su profundo americanismo literario, pues ello le permitió sentirse espiritualmente mestizo, hermano del esclavo, del preso y del paria.

Entendió a la América por dentro, lo que se ve en sus asombrosas evocaciones de "Las ruinas indias" o "La pampa". Partiendo de esa capacidad

de identificación a través del tiempo y del espacio, pudo llegar a ser el primer latinoamericano cabal, hijo de todos los pueblos del continente y de las islas del Caribe, primogénito de Bolívar y padre de David, de las islas Turcas, que lo despidió llorando.

Una vez dijo: "No hay letras, que son expresión, hasta que no haya esencia que expresar en ellas. Ni habrá Literatura Hispano Americana, hasta que no haya Hispano América". En él se dio el modelo vivo de lo que ha de ser nuestra literatura cuando la justicia y el arte puedan realmente consumarse y coincidir. Una literatura descolonizada, autóctona, libre y universal, dueña de la imaginación como de la realidad, cuyo centro sea el hombre entero y nuevo, trabajador y artista, amoroso y justiciero: el hombre americano por el que claman como armas vibrantes todas las palabras de José Martí.

VI

DURANTE LOS DIEZ años anteriores a la fundación del Partido Revolucionario Cubano (1892), los grandes periódicos en que colaboraba Martí —*La Nación* de Buenos Aires, *El Partido Liberal* de México, *La Opinión Nacional* de Caracas, y otros de Latinoamérica y Estados Unidos— dieron a su palabra una relativa difusión continental que no pasó inadvertida por los espíritus más alertas. Hubo entonces una voz, la de Sarmiento, que llamó la atención sobre la excelencia de la prosa martiana (no sin disentir, como era previsible, de la actitud cada vez más crítica de Martí ante el "modelo norteamericano"). Pidiéndole a Paul Groussac la traducción de la crónica sobre la inauguración de la estatua de la Libertad en Nueva York, escribió: "En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal". Y más adelante: "Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya..."⁴ gran acierto intuitivo, pues Sarmiento no podía saber que Martí, en efecto, consideraba a Goya uno de sus maestros, junto a los genios literarios del Siglo de Oro español como Quevedo, de quien dijo "que ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos, con su lengua hablamos". El elogio de Sarmiento, publicado en *La Nación* el 4 de enero de 1887, de seguro no sorprendió a escritores como Manuel Gutiérrez Nájera, que dos años después escribiría un precioso artículo sobre *La Edad de Oro*,⁵ o como Rubén Darío, principal beneficiario de la prosa martiana, quien desgarrado desde la orilla literaria por la caída del Maestro en Dos Ríos, escribió: "para acompañar, americanos todos que habláis idioma español, el entierro de José Martí, necesitaríase su propia len-

⁴ "La libertad iluminando al mundo" (*La Nación*, 4 de enero de 1887) en *Obras de D. F. Sarmiento*, tomo XLVI, Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1900, pp. 173-176.

⁵ "La Edad de Oro, de José Martí", en *Manuel Gutiérrez Nájera, Obras, Crítica literaria*, I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959, pp. 369-373. (Se publicó en *El Partido Liberal*, de México, el 25 de septiembre de 1889).

gua, su órgano prodigioso lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros". Que ese entusiasmo lírico ocultaba un conocimiento real de los rasgos específicos de la prosa del Maestro (al que así llama, como Martí al conocerlo en Nueva York lo llamó "hijo"), lo comprobamos al leer en otro lugar del mismo artículo:

Sí, aquel prosista que siempre fiel a la Castalia clásica se abrevó en ella todos los días, al propio tiempo que por su constante comunión con todo lo moderno y su saber universal y poliglota formaba su manera especial y peculiarísima, mezclando en su estilo a Saavedra Fajardo con Gautier, con Goncourt, con el que gustéis, pues de todos tiene; usando a la continua del hiperbaton inglés, lanzando a escape sus cuadrigas de metáforas, retorciendo sus espirales de figuras; pintando ya con minucia de pre-rafaelista las más pequeñas hojas del paisaje, ya a manchas, a pinceladas súbitas, a golpes de espátula, dando vida a las figuras; aquel fuerte cazador, hacía versos y casi siempre versos pequeñitos, versos sencillos...⁶

No conocía entonces Darío los *Versos libres*. Años después, en 1913, dedicó cuatro pletóricos artículos a comentar la obra en verso de Martí: el primero se ciñe a presentar, con abundancia de citas, el Arte Poética martiana; el segundo y casi todo el tercero, a glosar *Ismaelillo* y *Versos sencillos*; el cuarto, a *Versos libres*, a los que hace plena justicia. Termina esta *suite* de comentarios fervorosos: "Y yo admiro —recordando al varón puro y al dulce amigo— aquel cerebro cósmico, aquella vasta alma, aquel concentrado y vasto universo, que lo tuvo todo: la acción y el ensueño, el ideal y la vida y una épica muerte, y, en su América, una segura inmortalidad"⁷.

Pero América (ni qué decir España) siguió desconociendo bastante a José Martí. Para llegar a un nuevo reconocimiento indoamericano de primera magnitud, hubo que esperar a los dos ensayos de Gabriela Mistral: *La lengua de Martí* (1934) y *Los "Versos sencillos" de José Martí* (1939). Años atrás, en 1919, se habían producido los comentarios, a veces erráticos, de Miguel de Unamuno, que valen por chispazos de esta penetración, a propósito de su estilo epistolar: "Ni está siempre escrito en prosa sino en esa expresión informe, protoplasmática, que precedió a la prosa y al verso". Hablando antes de los *Versos libres* ya había conjeturado que "prosa y verso eran diferenciaciones sistematizadas de una forma primitiva de expresión, protoplasmática, por decirlo así. Es la forma que representan los salmos hebraicos, la de Walt Whitman y también la de los versos libres de Martí"⁸. Observación

⁶ "José Martí", en *Los raros*. Barcelona, Maucci, 1905. (Apareció en *La Nación*, de Buenos Aires, el 1.º de junio de 1895.)

⁷ "José Martí, poeta", en *Antología crítica de José Martí*, recopilación, introducción y notas de Manuel Pedro González, México, Editorial Cultura, 1960, pp. 267-295. (Estos artículos se publicaron en *La Nación*, de Buenos Aires, entre abril y junio de 1913.)

⁸ "Sobre el estilo de Martí" (1919), en *Archivo José Martí*, La Habana, Ministerio de Educación, enero-diciembre 1947. En otro artículo titulado "Notas estéticas. Cartas de poeta" (*Nuevo Mundo*, Madrid, 10 de octubre de 1919), también recogido en este *Archivo*, dijo Unamuno de la carta de despedida de Martí a su madre (25 de marzo de 1895), "que es una de las más grandes y más poéticas oraciones —en ambos sentidos del término oración— que se pueden leer en español".

de veras profunda, atesorable. Por su parte la Mistral, que se adentrará en el transparente y misterioso reino de los *Versos sencillos* con una completez de identificación que no ha sido superada, logra en *La lengua de Martí* una valoración literaria cabal, fijadora sobre todo de dos puntos: la originalidad de tono, sintaxis y vocabulario, y la legitimidad del trópico asumido desde la raíz por la palabra martiana. Sobre este aspecto, partiendo de las conocidas rectificaciones previas de Pedro Henríquez Ureña en torno a la falsa idea del "tropicalismo", dice Gabriela:

En primer lugar, el Trópico aparece en su prosa como un clima de efusión. A lo largo de arengas, de discursos académicos, de artículos de periódicos, de simples cartas, una efusión constante marca todas esas piezas, tan contrarias entre ellas, de la marca de su naturaleza que es la efusión y que no lo abandona nunca. Yo digo efusión y no digo fiebre. (...)

La segunda manifestación del Trópico en él sería la abundancia. El Trópico es abundante por riqueza y no por recargo, como se cree, es abundante por vitalidad y no por perifollo y yo quisiera saber pintar para hacer entender esto a los que no han visto el Trópico. (...)

La abundancia del estilo de Martí, viene de varias causas, y es una especie de conjunción de vitalidades. Hervía de ideas al revés del escritor que ha de seguir una sola como hilito de agua en tierra pobre; el corazonazo caliente le echaba sobre la garganta el borbotón de la pasión constante; el vocabulario pasmoso le entregaba a manos llenas las expresiones ahorrándole esa búsqueda de la frase tan acusada en otros. ¡Cómo no había de ser abundante! Lo hicieron en grande... (...)

Todavía debemos anotarle en la conjunción de abundancias el espectáculo de abundancia que le regaló el Trópico. Que los demás escritores ecuatoriales vivan sin comoverse delante de este derramamiento de fuerzas naturales, negocio de ellos es, mal negocio de distracción o de deslealtad; pero dejemos que este respondedor, que este pagador, hable y escriba de acuerdo con su aposento geográfico, dentro del orden de su hogar físico, dejémoslo.⁹

También Juan Ramón Jiménez, en la breve semblanza escrita durante su visita a Cuba en 1938, apuntó cosas esenciales, como esta observación a propósito del necesario paralelo con Casal: "Lo veía (a Martí) más derecho, más acerado, más directo, más fino, más secreto, más nacional y más universal". (...) "El modernismo, para mí, era novedad diferente, era libertad interior. No, Martí fue otra cosa, y Martí estaba, por esa 'otra cosa', muy cerca de mí." De este modo el sobreabundante por fidelidad a su trópico, del juicio de Gabriela, era también el "más secreto" y el más lleno de "libertad interior". de la vivencia de Juan Ramón, quien aporta, además, en el plano de la historia literaria, un testimonio de primera mano: "Martí vive (prosa y verso) en Darío, que reconoció con nobleza, desde el primer instante, el legado. Lo que le dio, me asombra hoy que he leído a los dos enteramente. ¡Y qué bien dado y recibido!"¹⁰

Por su parte Alfonso Reyes, para seguir con las cimas, lo llamó en *El deslinde* "supremo varón literario"¹¹ y en 1953 le dedicó un agudo artículo

⁹ *La lengua de Martí*, La Habana, Secretaría de Educación, 1934.

¹⁰ "José Martí (1895)", en *Espanoles de tres mundos*, Buenos Aires, Losada, 1942.

¹¹ *Ob. cit.*, p. 213.

—“Martí a la luz de la nueva física”— en el que las observaciones anteriores de Gabriela Mistral (tropicalismo orgánico, sustantivo) y las de Juan Ramón Jiménez (“más derecho, más acerado, más directo, más fino, más secreto”), parece confluir en la fórmula felicísima de la “precisión tropical”: una *diana* crítica que, como la de Miguel de Unamuno sobre el lenguaje protoplasmático, debe señalarse con piedra blanca. Dice Reyes:

La nueva física nos ayuda a entenderlo mucho mejor de lo que pudieron entenderlo sus contemporáneos. Martí era un ser en estado radiante. (...)

Que en tan corta vida haya podido hacer cuanto hizo —ser ese escritor que parece llenar un siglo o más de literatura, ser ese amigo de todos y ese hombre único que fue, ser el político, el combatiente, el héroe— raya en milagro, de veras que raya en milagro. (...)

A la velocidad externa de su vida corresponde con perfecta adecuación la velocidad interna de su pensamiento. ¡Iba tan de prisa! (...) Y de aquí su estilo, sólo explicable por esta singular condición: estilo de continuos disparos, de ondas cortas, ultracortas, que son las más rígidas y penetrantes: de aquí su estilo de ametralladora. (...)

Por su ardor sin desmayo —fuego al rojo azul— y por su buena puntería de arquero, él realizó esta paradoja: dar ejemplo de lo que puede llegar a ser la *precisión tropical*: aunque bufen los que nos ignoran.¹²

Finalmente, después del triunfo de la Revolución cubana, el gran ensayista argentino Ezequiel Martínez Estrada escribió su polémico, desigual y magnífico *Martí revolucionario*, en el que figuran observaciones literarias de excepcional calado, precisamente referidas a textos que, por las razones apuntadas al inicio de este prólogo, no aparecen en nuestra selección. Una de ellas alude a la escena de *El presidio político* en que el padre de Martí cae llorando abrazado al pie de su hijo, llagado por la cadena del presidio. Dice Martínez Estrada:

No hay en la literatura universal, puedo aseverarlo con entera convicción, ni siquiera en la *Hécuba* de Eurípides, sino una escena que pueda compararsele: la del Rey Lear arrodillado ante Cordelia, pidiéndole perdón por su extravío.

La otra observación de don Ezequiel que ahora queremos recordar se refiere a pasajes del *Diario de campaña*, y es una verdadera observación límite:

Esas emociones, esas sensaciones no pueden describirse ni expresarse en el lenguaje de los poetas y los pintores, los músicos y los místicos: pueden ser bailadas, gritadas, mimadas según los ritos orgiásticos primitivos, o absorbidas sin respuesta como los animales con sus ojos contemplativos y absortos.¹³

De propósito hemos omitido en este breve recuento la intensa tradición de exégesis martiana iniciada en Cuba, a raíz de su muerte, por Manuel Sanguily, Enrique José Varona y Manuel de la Cruz, y señoreada desde los

¹² “Martí a la luz de la nueva física”, en *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*, La Habana, julio-diciembre, 1953.

¹³ *Martí revolucionario*. Primer tomo. Prólogo de Roberto Fernández Retamar. La Habana, Casa de las Américas, 1967, p. 32, n. 414, n.

años 30 hasta nuestros días por la palabra magistral de Juan Marinello, a quien debemos tantas páginas memorables e imprescindibles para la estimación literaria de Martí, señaladamente en dos libros fundamentales: *José Martí, escritor americano y Ensayos martianos*.¹⁴ Hemos querido ceñirnos aquí, dentro del campo estrictamente literario, a la recepción de grandes creadores no pertenecientes a la patria que en él tiene su mayor pasión y orgullo, sin desdeñar por otra parte los muy valiosos aportes de críticos como Federico de Onís, en su ya clásica valoración de Martí como maestro no de la "escuela" sino de la "época" modernista;¹⁵ Manuel Pedro González, por sus investigaciones sobre el influjo de Martí en Darío y los caracteres modernistas, en el sentido señalado por Onís, de su obra literaria;¹⁶ o Guillermo Díaz-Plaja, que en su *Modernismo frente a noventa y ocho* lo declara "desde luego, el primer 'creador' de prosa que ha tenido el mundo hispánico".¹⁷ Estas menciones pudieran multiplicarse, sin olvidar estudios estilísticos como los de José Antonio Portuondo,¹⁸ Enrique Anderson Imbert,¹⁹ Claude Bochet-Huré²⁰ y Giovanni Meo Zilio,²¹ entre otros cubanos y extranjeros.

Esperamos que los volúmenes dedicados a Martí por la Biblioteca Ayacucho, impresos en la ciudad donde él maduró juntamente su concepción de Hispanoamérica y de la palabra creadora que le corresponde, difundan su obra de tal manera, que lo que ha sido siempre convicción de nuestros mejores espíritus: la grandeza literaria y la fecundidad revolucionaria de José Martí, cara y cruz indisolubles de su genio, llegue también a ser vivencia de un círculo de lectores cada vez más amplio y profundo. De este conocimiento sólo pueden esperarse beneficios, horizontes y semillas para el futuro de la América por la que él vivió, escribió y murió combatiendo.

CINTIO VITIER

¹⁴ Del primero hay una edición mexicana (Editorial Grijalbo, 1958) y otra cubana (Imprenta Nacional de Cuba, 1962). En el segundo, publicado por la Universidad Central de Las Villas en 1961, se incluyen, entre otros ensayos, "Españolidad literaria de José Martí" (1953), "Caminos en la lengua de Martí" (1955) y "Sobre el modernismo. Poética y definición" (s. f.). Debe consultarse también "Poesía de José Martí", en *Ensayos*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977.

¹⁵ "José Martí: valoración" (1952), en *España en América*, Universidad de Puerto Rico, 1955.

¹⁶ *Indagaciones martianas*, La Habana, Universidad Central de Las Villas, 1961.

¹⁷ *Modernismo frente a noventa y ocho*. Madrid, Espasa Calpe, 1951, pp. 305-307.

¹⁸ *La voluntad de estilo en José Martí*. Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, 1953.

¹⁹ "La prosa poética de José Martí. A propósito de *Amistad funesta*", en *Estudios sobre escritores de América*. Buenos Aires, Editorial Raigal, 1954.

²⁰ "Las últimas notas de viaje de José Martí. Algunas observaciones sobre su estilo", en *Anuario Martiano 1*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969.

²¹ "José Martí (Tres estudios estilísticos)", en *Anuario Martiano 2*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1970.

CRITERIO DE ESTA EDICION

Todos los TEXTOS de este volumen han sido tomados de la edición última de *Obras Completas* de José Martí (La Habana, Editorial Nacional, 1963-1965, 27 vols.), siguiendo por lo tanto la lección textual allí establecida. Se han conservado asimismo las notas de esa edición, tanto informativas como referidas al estado de los manuscritos, algunas de las cuales pertenecen a publicaciones anteriores (Gonzalo de Quesada). Se distinguen de las notas que puso a esta edición de la Biblioteca Ayacucho el crítico Cintio Vitier, porque éstas llevan la mención expresa. (*Nota de C. V.*)

B. A.

POESIA

ISMAELILLO¹

Hijo:

Espantado de todo, me refugio en ti.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

¡Lleguen al tuyo!

¹ Fracasada la "guerra chiquita" en 1880, a finales de octubre la esposa de Martí, Carmen Zayas Bazán, descontenta con la existencia inestable, de sacrificios y estrecheces, elegida por aquel hombre cuyo verdadero anillo nupcial estaba hecho con el hierro del grillete del presidio político, parte de Nueva York hacia Cuba llevándose al hijo de ambos, próximo entonces a cumplir dos años. En los comienzos de 1881 Martí viaja a Caracas, donde rápidamente se hace de un círculo de amigos, pronuncia discursos, da clases de oratoria y funda la *Revista Venezolana*. Sintiéndose menos desamparado, reclama insistentemente a su mujer y a su hijo, pero Carmen no acude, y poco después los hechos le dan la razón a su realismo maternal cuando Martí, en pugna con los modos dictatoriales de Guzmán Blanco, tiene que volver a Nueva York. Allí, en 1882, colaborando ya regularmente en *La Nación* de Buenos Aires, el hogar maltrecho, minado ya por la incompreensión, logra rehacerse provisionalmente hasta que, después de varias crisis, en 1891 llega la ruptura definitiva. En el momento de mayor soledad del padre acongojado, en los días de Caracas, nacen los versos de *Ismaelillo*. Según le dice a Diego Jugo Ramírez en diciembre del 81, son sus amigos venezolanos Juan Antonio Pérez Bonalde y Jacinto Gutiérrez Coll quienes lo animan, en Nueva York, a imprimir este librito, que aparece en los primeros meses de 1882. (N. de C. V.)

PRINCIPE ENANO

PARA un príncipe enano
se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
blandas guedejas;
por sobre el hombro blanco
luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
estrellas negras:
¡vuelan, brillan, palpitan,
relampaguean!
El para mí es corona,
almohada, espuela.
Mi mano, que así embrida
potros y hienas,
va, mansa y obediente,
donde él la lleva.
Si el ceño frunce, temo;
si se me queja, —
cual de mujer, mi rostro
nieve se trueca:
su sangre, pues, anima
mis flacas venas:
¡con su gozo mi sangre
se hincha, o se seca!
Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

¡Venga mi caballero
por esta senda!
¡Entrese mi tirano
por esta cueva!
Tal es, cuando a mis ojos
su imagen llega,
cual si en lóbrego antro
pálida estrella,
con fulgor de ópalo
todo vistiera.
A su paso la sombra
matices muestra,
como al sol que las hiere
las nubes negras.
¡Heme ya, puesto en armas,
en la pelea!
Quiere el príncipe enano
que a luchar vuelva:

¡él para mí es corona,
almohada, espuela!
Y como el sol, quebrando
las nubes negras,
en banda de colores
la sombra trueca, —
él, al tocarla, borda
en la onda espesa,
mi banda de batalla
roja y violeta.
¿Conque mi dueño quiere
que a vivir vuelva?
¡Venga mi caballero
por esta senda!
¡Entrese mi tirano
por esta cueva!
¡Déjeme que la vida
a él, a él ofrezca!
Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

SUEÑO DESPIERTO

Yo sueño con los ojos
abiertos, y de día
y noche siempre sueño.
Y sobre las espumas
del ancho mar revuelto,
y por entre las crespas
arenas del desierto,
y del león pujante,
monarca de mi pecho,
montado alegremente,
sobre el sumiso cuello, —
¡Un niño que me llama
flotando siempre veo!

BRAZOS FRAGANTES

Sé de brazos robustos,
blandos, fragantes;
y sé que cuando envuelven
el cuello frágil,

mi cuerpo, como rosa
besada, se abre,
y en su propio perfume
lánguido exhálase.
Ricas en sangre nueva
las sienes laten;
mueven las rojas plumas
internas aves;
sobre la piel, curtida
de humanos aires,
mariposas inquietas
sus alas baten;
¡savia de rosa enciende
las muertas carnes! —
¡y yo doy los redondos
brazos fragantes,
por dos brazos menudos
que halarme saben,
v a mi pálido cuello
recios colgarse,
y de místicos lirios
collar labrarme!
¡Lejos de mí por siempre,
brazos fragantes!

MI CABALLERO

Por las mañanas
mi pequeñuelo
me despertaba
con un gran beso.
Puesto a horcajadas
sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos.
Ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,
me espoleaba
mi caballero:
¡qué suave espuela
sus dos pies frescos!
¡Cómo reía
mi jinetuelo!
Y yo besaba
sus pies pequeños,
¡Dos pies que caben
en solo un beso!

MUSA TRAVIESA

¿MI musa? Es un diablillo
con alas de ángel.
¡Ah, musilla traviesa,
qué vuelo trae!

Yo suelo, caballero
en sueños graves,
cabalgar horas luengas
sobre los aires.
Me entro en nubes rosadas,
bajo a hondos mares,
y en los senos eternos
hago viajes.
Allí asisto a la inmensa
boda inefable,
y en los talleres huelgo
de la luz madre:
y con ella es la oscura
vida, radiante,
¡y a mis ojos los antros
son nidos de ángeles!
Al viajero del cielo
¿qué el mundo frágil?
Pues ¿no saben los hombres
qué encargo traen?
¡Rasgarse el bravo pecho,
vaciar su sangre,
y andar, andar heridos
muy largo valle,
roto el cuerpo en harapos,
los pies en carne,
hasta dar sonriendo
— ¡no en tierra! — exánimes!
Y entonces sus talleres
la luz les abre,
y ven lo que yo veo:
¿qué el mundo frágil?
Seres hay de montaña,
seres de valle,
y seres de pantanos
y lodazales.

De mis sueños desciendo,
volando vanse,
y en papel amarillo
cuento el viaje.

Contándolo, me inunda
un gozo grave: —
y cual si el monte alegre,
queriendo holgarse
al alba enamorando
con voces ágiles,
sus hilillos sonoros
desanudase,
y salpicando riscos,
labrando esmaltes,
refrescando sedientas
cálidas cauces,
echáralos risueños
por falda y valle, —
así, el alba del alma
regocijándose,
mi espíritu encendido
me echa a raudales
por las mejillas secas
lágrimas suaves.
Me siento, cual si en magno
templo oficiase;
cual si mi alma por mirra
virtiese al aire;
cual si en mi hombro surgieran
fuerzas de Atlante;
cual si el sol en mi seno
la luz fraguase: —
¡y estallo, hiervo, vibro,
alas me nacen!

Suavemente la puerta
del cuarto se abre,
y étranse a él gozosos
luz, risas, aire.
Al par da el sol en mi alma
y en los cristales:
¡por la puerta se ha entrado
mi diablo ángel!
¿Qué fue de aquellos sueños,
de mi viaje,
del papel amarillo,
del llanto suave?
Cual si de mariposas
tras gran combate
volaran alas de oro
por tierra y aire,

así vuelan las hojas
do cuento el trance.
Hala acá el travesuelo
mi paño árabe;
allá monta en el lomo
de un incunable;
un carcax con mis plumas
fabrica y átase;
un sílex persiguiendo
vuelca un estante,
y ¡allá ruedan por tierra
versillos frágiles,
brumosos pensadores,
lópeos galanes!
De águilas diminutas
puéblase el aire:
¡son las ideas, que ascienden,
rotas sus cárceles!

Del muro arranca, v cíñese,
indio plumaje:
aquella que me dieron
de oro brillante,
pluma, a marcar nacida
frentes infames,
de su caja de seda
saca, y la blande:
del sol a los requiebros
brilla el plumaje,
que baña en áureas tintas
su audaz semblante.
De ambos lados el rubio
cabello al aire,
a mí súbito viénese
a que lo abrace.
De beso en beso escala
mi mesa frágil;
¡oh, Jacob, mariposa,
Ismaelillo, árabe!
¿Qué ha de haber que me guste
como mirarle
de entre polvo de libros
surgir radiante,
y, en vez de acero, verle
de pluma armarse,
y buscar en mis brazos
tregua al combate?

Venga, venga, Ismaelillo:
la mesa asalte,
y por los anchos pliegues
del paño árabe
en rota vergonzosa
mis libros lance,
y siéntese magnífico
sobre el desastre,
y muéstrame riendo,
roto el encaje —
— ¡qué encaje no se rompe
en el combate! —
¡Su cuello, en que la risa
gruesa onda hace!
Venga, y por cauce nuevo
mi vida lance,
y a mis manos la vieja
peñola arranque,
¡y del vaso manchado
la tinta vacie!
¡Vaso puro de nácar:
dame a que harte
esta sed de pureza:
los labios cánsame!
¿Son éstas que lo envuelven
carnes, o nácares?
La risa, como en taza
de ónice árabe,
en su incólume seno
bulle triunfante:
¡hete aquí, hueso pálido,
vivo y durable!
¡Hijo soy de mi hijo!
¡El me rehace!

¡Podiera yo, hijo mío,
quebrando el arte
universal, muriendo
mis años dándote,
envejecerte súbito,
la vida ahorrarte! —
Mas no: ¡que no verías
en horas graves
entrar el sol al alma
y a los cristales!
Hierva en tu seno puro
risa sonante:

rueden pliegues abajo
libros exangües:
sube, Jacob alegre,
la escala suave:
ven, y de beso en beso
mi mesa asaltes: —
¡pues ésa es mi musilla,
mi diablo ángel!
¡Ah, musilla traviesa,
qué vuelo trae!

MI REYECILLO

Los persas tienen
un rey sombrío;
los hunos foscos
un rey altivo;
un rey ameno
tienen los íberos;
rey tiene el hombre,
rey amarillo:
¡mal van los hombres
con su dominio!
Mas yo vasallo
de otro rey vivo, —
un rey desnudo,
blanco y rollizo:
su cetro — ¡un beso!
mi premio — ¡un mimo!
¡Oh! cual los áureos
reyes divinos
de tierras muertas,
de pueblos idos
— ¡cuando te vayas,
llévame, hijo! —
Toca en mi frente
tu cetro omnímodo;
úngeme siervo,
siervo sumiso:
¡no he de cansarme
de verme ungido!
¡Lealtad te juro,
mi reyecillo!
Sea mi espalda
pavés de mi hijo;
pasa en mis hombros

el mar sombrío:
muera al ponerte
en tierra vivo: —
mas si amar piensas
el amarillo
rey de los hombres,
¡muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

PENACHOS VIVIDOS

Como taza en que hierve
de transparente vino
en doradas burbujas
el generoso espíritu;

como inquieto mar joven
del cauce nuevo henchido
rebose, y por las playas
bulle y muere tranquilo;

como manada alegre
de bellos potros vivos
que en la mañana clara
muestran su regocijo,
ora en carreras locas,
o en sonoros relinchos,
o sacudiendo el aire
el crinaje magnífico; —

así mis pensamientos
rebotan en mí vívidos,
y en crespas espumas de oro
besan tus pies sumisos,
o en fúlgidos penachos
de varios tintes ricos,
se mecen y se inclinan
cuando tú pasas — ¡hijo!

HIJO DEL ALMA

¡Tú flotas sobre todo,
hijo del alma!
De la revuelta noche
las oleadas,

en mi seno desnudo
dájante el alba;
y del día la espuma
turbia y amarga,
de la noche revuelta
te echa en las aguas.
Guardiancillo magnánimo,
la no cerrada
puerta de mi hondo espíritu
amante guardas;
y si en la sombra ocultas
búscanme avaras,
de mi calma celosas,
mis penas varias, —
en el umbral oscuro
fiero te alzas,
¡y les cierran el paso
tus alas blancas!
Ondas de luz y flores
trae la mañana,
y tú en las luminosas
ondas cabalgas.
No es, no, la luz del día
la que me llama,
sino tus manecitas
en mi almohada.
Me hablan de que estás lejos:
¡locuras me hablan!
Ellos tienen tu sombra;
¡yo tengo tu alma!
Esas son cosas nuevas,
mías y extrañas.
Yo sé que tus dos ojos
allá en lejanas
tierras relampaguean, —
y en las doradas
olas de aire que baten
mi frente pálida,
pudiera con mi mano,
cual si haz segara
de estrellas, segar haces
de tus miradas:
¡tú flotas sobre todo,
hijo del alma!

AMOR ERRANTE

Hijo, en tu busca
cruzo los mares:
las olas buenas
a ti me traen:
los aires frescos
limpian mis carnes
de los gusanos
de las ciudades;
pero voy triste
porque en los mares
por nadie puedo
verter mi sangre.
¿Qué a mí las ondas
mansas e iguales?
¿Qué a mí las nubes,
joyas volantes?
¿Qué a mí los blandos
juegos del aire?
¿Qué la iracunda
voz de huracanes?
A éstos — ¡la frente
hecha a domarles!
¡A los lascivos
besos fugaces
de las menudas
brisas amables, —
mis dos mejillas
secas y exangües,
de un beso inmenso
siempre voraces!
Y, ¿a quién, el blanco
pálido ángel
que aquí en mi pecho
las alas abre
y a los cansados
que de él se amparen
y en él se nutran
busca anhelante?
¿A quién envuelve
con sus suaves
alas nubosas
mi amor errante?
¡Libres de esclavos
cielos y mares,

por nadie puedo
verter mi sangre!

Y llora el blanco
pálido ángel:
¡celos del cielo
llorar le hacen,
que a todos cubre
con sus celajes!
Las alas níveas
cierra, y ampárase
de ellas el rostro
inconsolable: —
y en el confuso
mundo fragante
que en la profunda
sombra se abre,
donde en solemne
silencio nacen
flores eternas
y colosales,
y sobre el dorso
de aves gigantes
despiertan besos
inacabables, —
¡risueño y vivo
surge otro ángel!

SOBRE MI HOMBRO

VED: sentado lo llevo
sobre mi hombro:
¡oculto va, y visible
para mí sólo!
El me ciñe las sienas
con su redondo
brazo, cuando a las fieras
penas me postro: —
cuando el cabello hirsuto
yérguese y hosco,
cual de interna tormenta
símbolo torvo,
como un beso que vuela
siento en el tosco
cráneo: ¡su mano amansa
el bridón loco! —

Cuando en medio del recio
camino lóbrego,
sonrió, y desmayado
del raro gozo,
la mano tiendo en busca
de amigo apoyo, —
es que un beso invisible
me da el hermoso
niño que va sentado
sobre mi hombro.

TABANOS FIEROS

VENID, tábanos fieros,
venid, chacales,
y muevan trompa y diente
y en horda ataquen,
y cual tigre a bisonte
sítienme y salten!
¡Por aquí, verde envidia!
¡Tú, bella carne,
en los dos labios muérdeme:
sécame: máncame!
¡Por acá, los vendados
celos voraces!
¡Y tú, moneda de oro,
por todas partes!
¡De virtud mercaderes,
mercadeadme!
Mató el Gozo a la Honra:
venga a mí, — ¡y mate!

Cada cual con sus armas
surja y batalle:
el placer, con su copa;
con sus amables
manos, en mirra untadas,
la virgen ágil;
con su espada de plata,
el diablo bátame: —
¡la espada cegadora
no ha de cegarme!

Asorde la caterva
de batallantes:
brillen cascos plumados
como brillasen

sobre montes de oro
nieves radiantes:
como gotas de lluvia
las nubes lancen
muchedumbre de aceros
y de estandartes:
parezca que la tierra,
rota en el trance,
cubrió su dorso verde
de áureos gigantes:
lidiemos, no a la lumbre
del sol suave,
sino al funesto brillo
de los cortantes
hierros: rojos relámpagos
la niebla tajen:
sacudan sus raíces
libres los árboles:
sus faldas trueque el monte
en alas ágiles:
clamor óigase, como
si en un instante
mismo, las almas todas
volando ex cárceres,
rodar a sus pies vieran
su hoga de carnes:
cñame recia veste
de amenazantes
astas agudas: hilos
tenues de sangre
por mi piel rueden leves
cual rojos áspides:
su diente en lodo afilen
pardos chacales:
lime el tábano terco
su aspa volante:
muérdame en los dos labios
la bella carne: —
¡que ya vienen, ya vienen
mis talismanes!
Como nubes vinieron
esos gigantes:
¡ligeros como nubes
volando iránse!

La desdentada envidia
irá, secas las fauces,

hambrienta, por desiertos
y calcinados valles,
royéndose las mondas
escuálidas falanges;
vestido iré de oro
el diablo formidable,
en el cansado puño
quebrada la tajante;
vistiendo con sus lágrimas
iré, y con voces grandes
de duelo, la Hermosura
su inútil arraje: —
y yo en el agua fresca
de algún arroyo amable
bañaré sonriendo
mis hilillos de sangre.

Ya miro en polvareda
radiosa evaporarse
aquellas escamadas
corazas centellantes:
las alas de los cascos
agítanse, debátense,
y el casco de oro en fuga
se pierde por los aires.
Tras misterioso viento
sobre la hierba arrástranse,
cual sierpes de colores,
las flámulas ondeantes.
Junta la tierra súbito
sus grietas colosales
y echa su dorso verde
por sobre los gigantes:
corren como que vuelan
tábanos y chacales,
y queda el campo lleno
de un humillo fragante,
de la derrota ciega
los gritos espantables
escúchanse, que evocan
callados capitanes;
y mésase soberbia
el áspero crinaje,
y como muere un buitre
expira sobre el valle:
en tanto, yo a la orilla
de un fresco arroyo amable.

restaño sonriendo
mis hilillos de sangre.

¡No temo yo ni curo
de ejércitos pujantes,
ni tentaciones sordas,
ni vírgenes voraces!
El vuela en torno mío,
él gira, él para, él bate;
aquí su escudo opone;
allí su clava blande;
a diestra y a siniestra
mandobla, quiebra, esparce;
recibe en su escudillo
lluvia de dardos hábiles;
sacúdelos al suelo,
bríndalo a nuevo ataque.
¡Ya vuelan, ya se vuelan
tábanos y gigantes! —
Escúchase el chasquido
de hierros que se parten;
al aire chispas fúlgidas
suben en rubios haces;
alfómbrase la tierra
de dagas y montantes;
¡ya vuelan, ya se esconden
tábanos y chacales! —
El como abeja zumba,
él rompe y mueve el aire,
detiéndose, ondea, deja
rumor de alas de ave:
ya mis cabellos roza;
ya sobre mi hombro párase;
ya a mi costado cruza;
ya en mi regazo lánzase;
¡ya la enemiga tropa
huye, rota y cobarde!
¡Hijos, escudos fuertes,
de los cansados padres!
¡Venga mi caballero,
caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
guerrero de alas de ave,
y echemos por la vía
que va a ese arroyo amable,
y con sus aguas frescas
bañe mi hilo de sangre!

¡Caballeruelo mío!
¡Batallador volante!

TORTOLA BLANCA

EL aire está espeso,
la alfombra manchada,
las luces ardientes,
revuelta la sala;
y acá entre divanes
y allá entre otomanas,
tropiézase en restos
de tules, — ¡o de alas!
¡Un baile parece
de copas exhaustas!
Despierto está el cuerpo,
dormida está el alma.
¡Qué férvido el valse!
¡Qué alegre la danza!
¡Qué fiera hay dormida
cuando el baile acaba!

Detona, chispea,
espuma, se vacía,
y expira dichosa
la rubia champaña:
los ojos fulguran,
las manos abrasan,
de tiernas palomas
se nutren las águilas;
don Juanes lucientes
devoran Rosauras;
fermenta y rebosa
la inquieta palabra;
estrecha en su cárcel
la vida incendiada,
en risas se rompe
y en lava y en llamas;
y lirios se quiebran,
v violas se manchan,
v giran las gentes,
y ondulan y valsan;
mariposas rojas
inundan la sala,
v en la alfombra muere
la tórtola blanca.

Yo fiero rehúso
la copa labrada;
traspaso a un sediento
la alegre champaña;
pálido recojo
la tórtola hollada;
y en su fiesta dejo
las fieras humanas; —
que el balcón azotan
dos alitas blancas
que llenas de miedo
temblando me llaman.

VALLE LOZANO

DÍGAME mi labriego
¿cómo es que ha andado
en esta noche lóbrega
este hondo campo?
Dígame ¿de qué flores
untó el arado,
que la tierra olorosa
trasciende a nardos?
Dígame ¿de qué ríos
regó ese prado,
que era un valle muy negro
y ora es lozano?

Otros, con dagas grandes
mi pecho araron:
pues ¿qué hierro es el tuyo
que no hace daño?
Y esto dije — y el niño
riendo me trajo
en sus dos manos blancas
un beso casto.

MI DESPENSERO

¿QUÉ me das? ¿Chipre?
Yo no lo quiero:
ni rey de bolsa
ni posaderos
tienen del vino
que yo deseo;

ni es de cristales
de cristaleros
la dulce copa
en que lo bebo.

Mas está ausente
mi despensero,
y de otro vino
yo nunca bebo.

ROSILLA NUEVA

¡TRAIDOR! ¿Con qué arma de oro
me has cautivado?
Pues yo tengo coraza
de hierro áspero.
Hiela el dolor: el pecho
trueca en peñasco.

Y así como la nieve,
del sol al blando
rayo, suelta el magnífico
manto plateado,
y salta en hilo alegre
al valle pálido,
y las rosillas nuevas
riega magnánimo; —
así, guerrero fúlgido,
roto a tu paso,
humildoso y alegre
rueda el peñasco;
v cual lebrél sumiso
busca saltando
a la rosilla nueva
del valle pálido.

VERSOS SENCILLOS

A Manuel Mercado, de México
A Enrique Estrázulas, del Uruguay

MIS AMIGOS SABEN cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, que quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.

¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados VERSOS LIBRES, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? ¿Y mis VERSOS CUBANOS, tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve? ¿Y tanto pecado mío escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? ¿Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni

soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

JOSÉ MARTÍ

Nueva York: 1891.

I

Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma,
y antes de morirme quiero
echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
y hacia todas partes voy:
arte soy entre las artes,
en los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
de las yerbas y las flores,
y de mortales engaños,
y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
llover sobre mi cabeza
los rayos de lumbre pura
de la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros
de las mujeres hermosas:
y salir de los escombros,
volando las mariposas.

He visto vivir a un hombre
con el puñal al costado,
sin decir jamás el nombre
de aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
dos veces vi el alma, dos:
cuando murió el pobre viejo,
cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez — en la reja,
a la entrada de la viña, —
cuando la bárbara abeja
picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte
que gocé cual nunca: — cuando
la sentencia de mi muerte
leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través
de las tierras y la mar,
y no es un suspiro, — es
que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero
tome la joya mejor,
tomo a un amigo sincero
y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida
volar al azul sereno,
y morir en su guarida
la víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
cede, lívido, al descanso,
sobre el silencio profundo
murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
de horror y júbilo yerta,
sobre la estrella apagada
que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
la pena que me lo hiere:
el hijo de un pueblo esclavo
vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
todo es música y razón,
y todo, como el diamante,
antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
con gran lujo y con gran llanto. —
Y que no hay fruta en la tierra
como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
la pompa del rimador:
cuelgo de un árbol marchito
mi muceta de doctor.

II

Yo sé de Egipto y Nigricia,
y de Persia y Xenophonte;
y prefiero la caricia
del aire fresco del monte.

Yo sé de las historias viejas
del hombre y de sus rencillas;
y prefiero las abejas
volando en las campanillas.

Yo sé del canto del viento
en las ramas vocingleras:
nadie me diga que miento,
que lo prefiero de veras.

Yo sé de un gamo aterrado
que vuelve al redil, y expira, —
y de un corazón cansado
que muere oscuro y sin ira.

III

ODIO la máscara y vicio
del corredor de mi hotel:
me vuelvo al manso bullicio
de mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar:
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
que arde y brilla en el crisol:
a mí denme el bosque eterno
cuando rompe en él el sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
barbullendo en la redoma:
prefiero estar en la sierra
cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
pilares para su altar;
¡en mi templo, en la montaña,
el álamo es el pilar!

Y la alfombra es puro helecho,
y los muros abedul,
y la luz viene del techo,
del techo de cielo azul.

El obispo, por la noche,
sale, despacio, a cantar:
monta, callado, en su coche,
que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza
son dos pájaros azules:
y canta el aire y retoza,
y cantan los abedules.

Duermo en mi cama de roca
mi sueño dulce y profundo:
roza una abeja mi boca
y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
al fuego de la mañana,
que tiñe las colgaduras
de rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
canta al primer arrebol:
la gasa del horizonte
prende, de un aliento, el sol.

¡Díganle al obispo ciego,
al viejo obispo de España
que venga, que venga luego,
a mi templo, a la montaña!

IV

Yo visitaré anhelante
los rincones donde a solas
estuvimos yo y mi amante
retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
solos, con la compañía
de dos pájaros que vimos
meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
en la pareja ligera,
deshizo los lirios rojos
que le dio la jardinera.

La madreSelva olorosa
cogió con sus manos ella,
y una madama graciosa,
y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
abrirle su quitasol;
y ella me dijo: "¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el sol!".

"Nunca más altos he visto
estos nobles robledales:
aquí debe estar el Cristo,
porque están las catedrales."

"Ya sé dónde ha de venir
mi niña a la comunión;
de blanco la he de vestir
con un gran sombrero alón."

Después, del calor al peso,
entramos por el camino,
y nos dábamos un beso
en cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
al lago mudo y helado:
clavaré la quilla triste:
posaré el remo callado!

V

Si ves un monte de espumas,
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte, y es
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor:
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
mi verso, breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.

VI

Si quieren que de este mundo
lleve una memoria grata,
llevaré, padre profundo,
tu cabellera de plata.

Si quieren, por gran favor,
que lleve más, llevaré
la copia que hizo el pintor
de la hermana que adoré.

Si quieren que a la otra vida
me lleve todo un tesoro,
¡llevo la trenza escondida
que guardo en mi caja de oro!

VII

PARA Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
por qué lo tengo, le digo
que allí tuve un buen amigo,
que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
la de la heroica defensa,
por mantener lo que piensa
juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
o lo enoja un rey cazurro,
calza la manta el baturro
y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
que baña el Ebro lodoso:
quiero el Pilar azuloso
de Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
echa por tierra a un tirano:
lo estimo, si es un cubano;
lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
con escaleras bordadas;
amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
musulmana o española,
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.

VIII

Yo tengo un amigo muerto
que suele venirme a ver:
mi amigo se sienta, y canta;
canta en voz que ha de doler.

“En un ave de dos alas
bogo por el cielo azul:
un ala del ave es negra,
otra de oro Caribú.”

“El corazón es un loco
que no sabe de un color:
o es su amor de dos colores,
o dice que no es amor.”

“Hay una loca más fiera
que el corazón infeliz:
la que le chupó la sangre
y se echó luego a reír.”

“Corazón que lleva rota
el ancla fiel del hogar,
Va como barca perdida,
que no sabe a dónde va.”

En cuanto llega a esta angustia
rompe el muerto a maldecir:
le amanso el cráneo: lo acuesto:
acuesto el muerto a dormir.

IX

QUIERO, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente ¡la frente
que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

X

EL alma trémula y sola
padece al anochecer:
hay baile; vamos a ver
la bailarina española.

Han hecho bien en quitar
el banderón de la acera;
porque si está la bandera,
no sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:
soberbia y pálida llega:
¿cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero
y una capa carmesí:
¡lo mismo que un alelí
que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
ceja de mora traidora:
y la mirada, de mora:
y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,
y sale en bata y mantón,
la virgen de la Asunción
bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;
crúzase al hombro la manta:
en arco el brazo levanta:
mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
el tablado zalamera,
como si la tabla fuera
tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
en las llamas de los ojos,
y el manto de flecos rojos
se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
húrtase, se quiebra, gira:
abre en dos la cachemira,
ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;
la boca abierta provoca;
es una rosa la boca:
lentamente taconeá.

Recoge, de un débil giro,
el manto de flecos rojos:
se va, cerrando los ojos,
se va, como en un suspiro...

Baila muy bien la española;
es blanco y rojo el mantón:
¡vuelve, fosca, a su rincón
el alma trémula y sola!

XI

Yo tengo un paje muy fiel
que me cuida y que me gruñe,
y al salir, me limpia y bruñe
mi corona de laurel.

Yo tengo un paje ejemplar
que no come, que no duerme,
y que se acurruca a verme
trabajar, y sollozar.

Salgo, y el vil se desliza
y en mi bolsillo aparece;
vuelvo, y el terco me ofrece
una taza de ceniza.

Si duermo, al rayar el día
se sienta junto a mi cama:
si escribo, sangre derrama
mi paje en la escribanía.

Mi paje, hombre de respeto,
al andar castañetea:
hiela mi paje, y chispea:
mi paje es un esqueleto.

XII

EN el bote iba remando
por el lago seductor
con el sol que era oro puro
y en el alma más de un sol.

Y a mis pies vi de repente,
ofendido del hedor,
un pez muerto, un pez hediondo
en el bote remador.

XIII

POR donde abunda la malva
y da el camino un rodeo,
iba un ángel de paseo
con una cabeza calva.

Del castañar por la zona
la pareja se perdía:
la calva resplandecía
lo mismo que una corona.

Sonaba el hacha en lo espeso
y cruzó un ave volando:
pero no se sabe cuándo
se dieron el primer beso.

Era rubio el ángel; era
el de la calva radiosa,
como el tronco a que amorosa
se prende la enredadera.

XIV

Yo no puedo olvidar nunca
la mañanita de otoño
en que le salió un retoño
a la pobre rama trunca.

La mañanita en que, en vano,
junto a la estufa apagada,
una niña enamorada
le tendió al viejo la mano.

XV

VINO el médico amarillo
a darme su medicina,
con una mano cetrina
y la otra mano al bolsillo:

¡yo tengo allá en un rincón
un médico que no manca
con una mano muy blanca
y otra mano al corazón!

Viene, de blusa y casquete,
el grave del repostero,
a preguntarme si quiero
o Málaga o Pajarete:

¡díganle a la repostera
que ha tanto tiempo no he visto
que me tenga un beso listo
al entrar la primavera!

XVI

EN el alféizar calado
de la ventana moruna,
pálido como la luna,
medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
de seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
una violeta en el té.

XVII

Es rubia: el cabello suelto
da más luz al ojo moro:
voy, desde entonces, envuelto
en un torbellino de oro.

La abeja estival que zumba
más ágil por la flor nueva,
no dice, como antes, "tumba":
"Eva" dice: todo es "Eva".

Bajo, en lo oscuro, al temido
raudal de la catarata:
¡y brilla el iris, tendido
sobre las hojas de plata!

Miro, ceñudo, la agreste
pompa del monte irritado:
¡y en el alma azul celeste
brota un jacinto rosado!

Voy, por el bosque, a paseo
a la laguna vecina:
y entre las ramas la veo,
y por el agua camina.

La serpiente del jardín
silba, escupe, y se resbala
por su agujero: el clarín
me tiende, trinando, el ala.

¡Arpa soy, salterio soy
donde vibra el Universo:
vengo del sol, y al sol voy:
soy el amor: soy el verso!

XVIII

EL alfiler de Eva loca
es hecho del oro oscuro
que le sacó un hombre puro
del corazón de una roca.

Un pájaro tentador
le trajo en el pico ayer
un relumbrante alfiler
de pasta y de similor.

Eva se prendió al oscuro
talle el diamante embustero:
y echó en el alfiletero
el alfiler de oro puro.

XIX

POR tus ojos encendidos
y lo mal puesto de un broche,
pensé que estuviste anoche
jugando a juegos prohibidos.

Te odié por vil y alevosa:
te odié con odio de muerte:
náuseas me daba de verte
tan villana y tan hermosa.

Y por la esquila que vi
sin saber cómo ni cuándo,
sé que estuviste llorando
toda la noche por mí.

XX

MI amor del aire se azora;
Eva es rubia, falsa es Eva:
viene una nube, y se lleva
mi amor que gime y que llora.

Se lleva mi amor que llora
esa nube que se va:
Eva me ha sido traidora:
¡Eva me consolará!

XXI

AYER la vi en el salón
de los pintores, y ayer
detrás de aquella mujer
se me saltó el corazón.

Sentada en el suelo rudo
está en el lienzo: dormido
al pie, el esposo rendido:
al seno el niño desnudo.

Sobre unas briznas de paja
se ven mendrugos mondados:
le cuelga el manto a los lados,
lo mismo que una mortaja.

No nace en el torvo suelo
ni una viola, ni una espiga:
¡muy lejos, la casa amiga,
muy triste y oscuro el cielo! ...

¡Esa es la hermosa mujer
que me robó el corazón
en el soberbio salón
de los pintores de ayer!

XXII

ESTOY en el baile extraño
de polaina y casaquín
que dan, del año hacia el fin,
los cazadores del año.

Una duquesa violeta
va con un frac colorado:
marca un vizconde pintado
el tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas,
pasan los tules de fuego,
como delante de un ciego
pasan volando las hojas.

XXIII

Yo quiero salir del mundo
por la puerta natural:
en un carro de hojas verdes
a morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
¡yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol!

XXIV

Sé de un pintor atrevido
que sale a pintar contento
sobre la tela del viento
y la espuma del olvido.

Yo sé de un pintor gigante,
el de divinos colores,
puesto a pintarle las flores
a una corbeta mercante.

Yo sé de un pobre pintor
que mira el agua al pintar, —
el agua ronca del mar, —
con un entrañable amor.

XXV

Yo pienso, cuando me alegro
como un escolar sencillo,
en el canario amarillo, —
¡que tiene el ojo tan negro!

Yo quiero, cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores, — ¡y una bandera!

XXVI

Yo que vivo, aunque me he muerto,
soy un gran descubridor,
porque anoche he descubierto
la medicina de amor.

Cuando al peso de la cruz
el hombre morir resuelve,
sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
como de un baño de luz.

XXVII

EL enemigo brutal
nos pone fuego a la casa:
el sable la calle arrasa,
a la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
del sable del español:
la calle, al salir el sol,
era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
entran, llorando, a una muerta:
llama una mano a la puerta
en lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
el portón: y la mujer
que llama, me ha dado el ser:
me viene a buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
los valientes habaneros
se quitaron los sombreros
ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
como dos locos, me dijo:
"¡Vamos pronto, vamos, hijo:
la niña está sola: vamos!"

XXVIII

Por la tumba del cortijo
donde está el padre enterrado,
pasa el hijo, de soldado
del invasor: pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
envuelto en su pabellón
álzase: y de un bofetón
lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba
el viento por el cortijo:
el padre recoge al hijo,
y se lo lleva a la tumba.

XXIX

LA imagen del rey, por ley,
lleva el papel del Estado:
el niño fue fusilado
por los fusiles del rey.

Festejar el santo es ley
del rey: y en la fiesta santa
¡la hermana del niño canta
ante la imagen del rey!

XXX

EL rayo surca, sangriento,
el lóbrego nubarrón:
echa el barco, ciento a ciento,
los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
los almacigos copudos;
andaba la hilera, andaba,
de los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
los barracones henchidos:
una madre con su cría
pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
salió el sol al horizonte:
y alumbró a un esclavo muerto,
colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vio: tembló
de pasión por los que gimen:
¡y, al pie del muerto, juró
lavar con su vida el crimen!

XXXI

PARA modelo de un dios
el pintor lo envió a pedir: —
¡para eso no! ¡para ir,
Patria, a servirte los dos!

Bien estará en la pintura
el hijo que amo y bendigo: —
¡mejor en la ceja oscura,
cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón
de nobleza natural:
¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:
vamos los dos: si yo muero,
me besas: si tú... ¡prefiero
verte muerto a verte vil!

XXXII

EN el negro callejón
donde en tinieblas paseo,
alzo los ojos, y veo
la iglesia, erguida, a un rincón.

¿Será misterio? ¿Será
revelación y poder?
¿Será, rodilla, el deber
de postrarse? ¿Qué será?

Tiembla la noche: en la parra
muere el gusano el retoño;
grazna, llamando al otoño,
la hueca y hosca cigarra.

Graznan dos: atento al dúo
alzo los ojos y veo
que la iglesia del paseo
tiene la forma de un búho.

XXXIII

DE mi desdicha espantosa
siento, oh estrellas, que muero:
yo quiero vivir, yo quiero
ver a una mujer hermosa.

El cabello, como un casco,
le corona el rostro bello:
brilla su negro cabello
como un sable de Damasco.

¿Aquélla?... Pues pon la hiel
del mundo entero en un haz,
y tállala en cuerpo, y ¡haz
un alma entera de hiel!

¿Esta?... Pues esta infeliz
lleva escarpines rosados,
y los labios colorados,
y la cara de barniz.

El alma lúgubre grita:
“ ¡Mujer, maldita mujer! ”
¡No sé yo quién pueda ser
entre las dos la maldita!

XXXIV

¡PENAS! ¿Quién osa decir
que tengo yo penas? Luego,
después del rayo, y del fuego,
tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
los montes altos; ¡después
veremos, alma, quién es
quien te me ha puesto al morir!

XXXV

¿QUÉ importa que tu puñal
se me clave en el riñón?
¡Tengo mis versos, que son
más fuertes que tu puñal!

¿Qué importa que este dolor
seque el mar, y nuble el cielo?
El verso, dulce consuelo,
nace alado del dolor.

XXXVI

YA sé: de carne se puede
hacer una flor: se puede,
con el poder del cariño,
hacer un cielo, — ¡y un niño!

De carne se hace también
el alacrán; y también
el gusano de la rosa,
y la lechuza espantosa.

XXXVII

AQUÍ está el pecho, mujer,
que ya sé que lo herirás;
¡más grande debiera ser,
para que lo hirieses más!

Porque noto, alma torcida,
que en mi pecho milagroso,
mientras más honda la herida,
es mi canto más hermoso.

XXXVIII

¿DEL tirano? Del tirano
di todo, ¡di más!; y clava
con furia de mano esclava
sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
di el antro, di las veredas
oscuras: di cuanto puedas
del tirano y del error.

¿De mujer? Pues puede ser
que mueras de su mordida;
¡pero no empañes tu vida
diciendo mal de mujer!

XXXIX

CULTIVO una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

XL

PINTA mi amigo el pintor
sus angelones dorados,
en nubes arrodillados,
con soles alrededor.

Pínteme con sus pinceles
los angelitos medrosos
que me trajeron, piadosos,
sus dos ramos de claveles.

XLI

CUANDO me vino el honor
de la tierra generosa,
no pensé en Blanca ni en Rosa
ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
que está en la tumba, callado:
pensé en mi padre, el soldado:
pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
carta, en su noble cubierta,
pensé en la tumba desierta,
no pensé en Blanca ni en Rosa.

XLII

EN el extraño bazar
del amor, junto a la mar,
la perla triste y sin par
le tocó por suerte a Agar.

Agar, de tanto tenerla
al pecho, de tanto verla
Agar, llegó a aborrecerla:
majó, tiró al mar la perla.

Y cuando Agar, venenosa
de inútil furia, y llorosa,
pidió al mar la perla hermosa,
dijo la mar borrascosa:

“¿Qué hiciste, torpe, qué hiciste
de la perla que tuviste?
La majaste, me la diste:
yo guardo la perla triste.”

XLIII

MUCHO, señora, daría
por tender sobre tu espalda
tu cabellera bravía,
tu cabellera de gualda:
despacio la tendería,
callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
baja lujoso el cabello,
lo mismo que una cortina
que se levanta hacia el cuello.

La oreja es obra divina
de porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
por desenredar el nudo
de tu roja cabellera
sobre tu cuello desnudo:
muy despacio la esparciera,
hilo por hilo la abriera.

XLIV

TIENE el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo,
porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
la mushma en su cojinete
de arce del Japón: yo digo:
"No hay cojín como un amigo."

Tiene el conde su abolengo:
tiene la aurora el mendigo:
tiene ala el ave: ¡yo tengo
allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

XLV

SUEÑO con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan:
¡de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: las manos

de piedra les beso: abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: empuñan
la espada de piedra: lloran:
¡vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso la mano.

¡Hablo con ellos, de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: lloroso
me abrazo a un mármol: “ ¡Oh mármol,
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
de sus rufianes! ¡Que comen
juntos el pan del oprobio,
en la mesa ensangrentada!
¡Que pierden en lengua inútil
el último fuego! ¡Dicen,
oh mármol, mármol dormido,
que ya se ha muerto tu raza!”.

Echame en tierra de un bote
el héroe que abrazo: me ase
del cuello: barre la tierra
con mi cabeza: levanta
el brazo, ¡el brazo le luce
lo mismo que un sol! : resuena
la piedra: buscan el cinto
las manos blancas: ¡del soclo
saltan los hombres de mármol!

XLVI

VIERTE, corazón, tu pena
donde no se llegue a ver,
por soberbia, y por no ser
motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
porque cuando siento el pecho
ya muy cargado y deshecho,
parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
en tu regazo amoroso,
todo mi amor doloroso,
todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
amar y hacer bien, consientes
en enturbiar tus corrientes
con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero
la tierra, y sin odio, y puro,
te arrastras, pálido y duro,
mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
al cielo limpia y serena,
y tú me cargas mi pena
con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
de echarme en ti te desvía
de tu dichosa armonía
y natural mansedumbre;

porque mis penas arrojó
sobre tu seno, y lo azotan,
y tu corriente alborotan,
y acá lívido, allá rojo,

blanco allá como la muerte,
ora arremetes y ruges,
ora con el peso cruje
de un dolor más que tú fuerte,

¿habré, como me aconseja
un corazón mal nacido,
de dejar en el olvido
a aquel que nunca me deja?

¡Verso, nos hablan de un Dios
adonde van los difuntos:
verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos!

VERSOS LIBRES¹

(Selección)

MIS VERSOS

ESTOS SON mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: ¡oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el Sol, se rompe en alas.

Tajos son éstos de mis propias entrañas —mis guerreros—. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No zurcí de éste y aquél, sino saqué en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto, yo), y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos. — De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebató de mis visiones, yo mismo tuve la culpa, que las he hecho surgir ante mí como las copio. De la copia yo soy el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no y usé de estos colores. Ya sé que no son usados. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.

Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado.

¹ Al margen de los manuscritos de sus *Versos Libres* se encuentra esta nota, escrita a lápiz por Martí y apenas legible:

"A los 25 años de mi vida escribí estos versos; hoy tengo cuarenta; se ha de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre, para renovar la forma poética."

Ello significaría que estos versos fueron escritos en 1878. Algunos, sin embargo, tienen, de puño y letra de Martí, la fecha de 1882.

ACADEMICA

VEN, mi caballo, a que te encinche: quieren
que no con garbo natural el coso
al sabio impulso corras de la vida,
sino que el paso de la pista aprendas,
y la lengua del látigo, y sumiso
des a la silla el arrogante lomo: —
ven, mi caballo: dicen que en el pecho
lo que es cierto, no es cierto: que las estrofas
ígneas que en lo hondo de las almas nacen,
como penacho de fontana pura
que el blando manto de la tierra rompe
y en gotas mil arreboladas cuelga,
no han de cantarse, no, sino las pautas
que en moldecillo azucarado y hueco
encasacados dómines dibujan:
y gritan “¡Al bribón!” — ¡cuando a las puertas
del templo augusto un hombre libre asoma! —
Ven, mi caballo, con tu casco limpio
a yerba nueva y flor de llano oliente,
cinchas estruja, lanza sobre un tronco
seco y piadoso, donde el sol la avive,
del repintado domine la chupa,
de hojas de antaño y de romanas rosas
orlada, y deslucidas joyas griegas, —
y al sol del alba en que la tierra rompe
echa arrogante por el orbe nuevo.

“POLLICE VERSO”

(Memoria de presidio)

¡Sí! ¡yo también, desnuda la cabeza
de tocado y cabellos, y al tobillo
una cadena lurda, heme arrastrado
entre un montón de serpientes, que revueltas
sobre sus vicios negros, parecían
esos gusanos de pesado vientre
y ojos viscosos, que en hedionda cuba
de pardo lodo lentos se revuelcan!
Y yo pasé, sereno entre los viles,
cual si en mis manos, como en ruego juntas,
las anchas alas púdicas, abriese
una paloma blanca. Y aún me aterro
de ver con el recuerdo lo que he visto

una vez con mis ojos. Y espantado,
¡póngome en pie, cual a emprender la fuga!
¡Recuerdos hay que queman la memoria!
¡Zarzal es la memoria; mas la mía
es un cesto de llamas! A su lumbre
el porvenir de mi nación preveo.
Y lloro. Hay leyes en la mente, leyes
cual las del río, el mar, la piedra, el astro,
ásperas y fatales: ese almendro
que con su rama oscura en flor sombrea
mi alta ventana, viene de semilla
de almendro; y ese rico globo de oro
de dulce y perfumoso jugo lleno
que en blanca fuente una niñuela cara,
flor del destierro, cándida me brinda,
naranja es, y vino de naranjo.
Y el suelo triste en que se siembran lágrimas,
dará árbol de lágrimas. La culpa
es madre del castigo. No es la vida
copa de mago que el capricho torna
en hiel para los míseros, y en férvido
tokay para el feliz. La vida es grave,
y hasta el pomo ruin la daga hundida,
al flojo gladiador clava en la arena.

¡Alza, oh pueblo, el escudo, porque es grave
cosa esta vida, y cada acción es culpa
que como aro servil se lleva luego
cerrado al cuello, o premio generoso
que del futuro mal pródigo libra!
¿Veis los esclavos? ¡Como cuerpos muertos
atados en racimo, a vuestra espalda
irán vida tras vida, y con las frentes
pálidas y angustiosas, la sombría
carga en vano halaréis, hasta que el viento,
de vuestra pena bárbara apiadado,
los átomos postreros evapore!
¡Oh, qué visión tremenda! ¡Oh, qué terrible
procesión de culpables! Como en llano
negro los miro, torvos, anhelosos,
sin fruta el arbolar, secos los píos
bejucos, por comarca funeraria
¡donde ni el sol da luz, ni el árbol sombra!
¡Y bogan en silencio, como en magno
océano sin agua, y a la frente
porción del Universo frase unida
a frase colosal, sierva ligada

a un carro de oro, que a los ojos mismos
de los que arrastra en rápida carrera
ocúltase en el áureo polvo, sierva
con escondidas riendas ponderosas
a la incansable eternidad atada!

Circo la tierra es, como el romano;
y junto a cada cuna una invisible
panoplia al hombre aguarda, donde lucen,
cual daga cruel que hiere al que la blande,
los vicios, y cual límpidos escudos
las virtudes: la vida es la ancha arena,
y los hombres esclavos gladiadores.
Mas el pueblo y el rey, callados miran
de grada excelsa, en la desierta sombra.
¡Pero miran! Y a aquel que en la contienda
bajó el escudo, o lo dejó de lado,
o suplicó cobarde, o abrió el pecho
laxo y servil a la enconosa daga
del enemigo, las vestales rudas,
desde el sitial de la implacable piedra,
condenan a morir, *pollice verso*;
¡llevan, cual yugo el buey, la cuerda uncida,
y a la zaga, listado el cuerpo flaco
de hondos azotes, el montón de siervos!

¿Veis las carrozas, las ropillas blancas
risueñas y ligeras, el lucente
corcel de crin trenzada y riendas ricas,
y la albarda de plata suntuosa
prendida, y el menudo zapatillo
cárcel a un tiempo de los pies y el alma?
¡Pues ved que los extraños os desdeñan
como a raza ruin, menguada y floja!

AL BUEN PEDRO

DICEN, buen Pedro, que de mí murmuras
porque tras mis orejas el cabello
en crespas ondas su caudal levanta:
diles, ¡bribón!, que mientras tú en festines,
en rubios caldos y en fragantes pomas,
entre mancebas del astuto Norte,
de tus esclavos el sudor sangriento,
torcido en oro, descuidado bebes, —

pensativo, febril, pálido, grave,
mi pan rebano en solitaria mesa
pidiendo ¡oh triste! al aire sordo modo
de librtar de su infortunio al siervo
¡y de tu infamia a ti! Y en estos lances,
suéleme, Pedro, en la apretada bolsa
faltar la monedilla que reclama
con sus húmedas manos el barbero.

H I E R R O ¹

GANADO tengo el pan: hágase el verso, —
y en su comercio dulce se ejercite
la mano, que cual prófugo perdido
entre oscuras malezas, o quien lleva
a rastra enorme peso, andaba ha poco
sumas hilando y revolviendo cifras.
Bardo, ¿consejo quieres? Pues descuelga
de la pálida espalda ensangrentada
el arpa dívea, acalla los sollozos
que a tu garganta como mar en furia
se agolparán, y en la madera rica
taja plumillas de escritorio y echa
las cuerdas rotas al movible viento.

¡Oh alma! ¡oh alma buena! ¡mal oficio
tienes!: ¡póstrate, calla, cede, lame
manos de potentado, ensalza, excusa
defectos, tenlos — que es mejor manera
de excusarlos —, y mansa y temerosa
vicios celebra, encumbra vanidades:
verás entonces, alma, cuál se trueca
en plato de oro rico tu desnudo
plato de pobre!

Pero guarda ¡oh alma!
¡que usan los hombres hoy oro empañado!
Ni de eso cures, que fabrican de oro
sus joyas el bribón y el barbilindo:
las armas no, — ¡las armas son de hierro!

Mi mal es rudo; la ciudad lo encona;
lo alivia el campo inmenso. ¡Otro más vasto
lo aliviará mejor! — Y las oscuras

¹ Antes Martí había titulado esta composición "Hora de vuelo".

tardes me atraen, cual si mi patria fuera
la dilatada sombra.¹

¡Oh verso amigo,
muero de soledad, de amor me muero!
No de amores vulgares; estos amores
envenenan y ofuscan. No es hermosa
la fruta en la mujer, sino la estrella.
¡La tierra ha de ser luz, y todo vivo
debe en torno de sí dar lumbre de astro!
¡Oh, estas damas de muestra! ¡Oh, estas copas
de carne! ¡Oh, estas siervas, ante el dueño
que las enjoya o estremece echadas!
¡Te digo, oh verso, que los dientes duelen
de comer de esta carne!

Es de inefable
amor del que yo muero, del muy dulce
menester de llevar, como se lleva
un niño tierno en las cuidosas manos.
cuanto de bello y triste ven mis ojos.

Del sueño, que las fuerzas no repara
sino de los dichosos, y a los tristes
el duro humor y la fatiga aumenta,
salto, al sol, como un ebrio. Con las manos
mi frente oprimo, y de los turbios ojos
brota raudal de lágrimas. ¡Y miro
el sol tan bello y mi desierta alcoba,
y mi virtud inútil, y las fuerzas
que cual tropel famélico de hirsutas
fieras saltan de mí buscando empleo;
y el aire hueco palpo, y en el muro
frío y desnudo el cuerpo vacilante
apoyo, y en el cráneo estremecido
en agonía flota el pensamiento,
cual leño de bajel despedazado

¹ Los siguientes versos aparecen tachados en el manuscrito original de esta composición:

Era yo niño
y con filial amor miraba al cielo:
¡cuán pobre a mi avaricia el descuidado
cariño del hogar! ¡Cuán tristemente
bañado el rostro ansioso en llanto largo
con mis ávidos ojos perseguía
la madre austera, el padre pensativo
sin que jamás los labios ardorosos
del corazón voraz la sed saciasen.

que el mar en furia a la playa ardiente arroja! ¹
 ¡Sólo las flores del paterno prado
 tienen olor! ¡Sólo las ceibas patrias
 del sol amparan! Como en vaga nube
 por suelo extraño se anda; las miradas
 injurias nos parecen, y ¡el Sol mismo,
 más que en grato calor, enciende en ira!
 ¡No de voces queridas puebla el eco
 los aires de otras tierras: y no vuelan
 del arbolar espeso entre las ramas
 los pálidos espíritus amados!
 De carne viva y profanadas frutas
 viven los hombres, ¡ay!, ¡mas el proscrito
 de sus entrañas propias se alimenta!
 ¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan
 el honor de vuestro odio: ya son muertos!
 ¡Valiera más ¡oh bárbaros! que al punto
 de arrebatarnos al hogar, hundiera
 en lo más hondo de su pecho honrado
 vuestro esbirro más cruel su hoja más dura!
 Grato es morir, horrible vivir muerto.
 ¡Mas no! ¡mas no! La dicha es una prenda
 de compasión de la fortuna al triste
 que no sabe domarla. A sus mejores
 hijos desgracias da Naturaleza:
 fecunda el hierro al llano, ¡el golpe al hierro!

Nueva York, 4 de agosto.

CANTO DE OTOÑO

BIEN; ¡ya lo sé! La Muerte está sentada
 a mis umbrales: cautelosa viene,
 porque sus llantos y su amor no apronten
 en mi defensa, cuando lejos viven
 padres e hijo. Al retornar ceñudo
 de mi estéril labor, triste y oscura,

¹ Los siguientes versos aparecen tachados en el manuscrito original de esta composición:

¡Y echo a andar, como un muerto que camina,
 loco de amor, de soledad, de espanto!
 ¡Amar, agonía! ¡Es tósigo el exceso
 de amor! Y la prestada casa oscila
 cual barco en tempestad: ¡en el destierro
 naufrago es todo hombre, y toda casa
 inseguro bajel, al mar rendido!

con que a mi casa del invierno abrigo,
de pie sobre las hojas amarillas,
en la mano fatal la flor del sueño,
la negra toca en alas rematada,
ávido el rostro, trémulo la miro
cada tarde aguardándome a mi puerta.
¡En mi hijo pienso, y de la dama oscura
huyo sin fuerzas, devorado el pecho
de un frenético amor! ¡Mujer más bella
no hay que la Muerte! ¡Por un beso suyo
bosques espesos de laureles varios,
y las adelfas del amor, y el gozo
de remembrarme mis niñeces diera!
...Pienso en aquel a quien mi amor culpable
trajo a vivir, y, sollozando, esquivo
de mi amada los brazos; mas ya gozo
de la aurora perenne el bien seguro.
¡Oh, vida, adiós! Quien va a morir, va muerto.

¡Oh, duelos con la sombra! ¡Oh, pobladores
ocultos del espacio! ¡Oh, formidables
gigantes que a los vivos azorados
mueven, dirigen, postran, precipitan!
¡Oh, cónclave de jueces, blandos sólo
a la virtud, que en nube tenebrosa,
en grueso manto de oro recogidos,
y duros como peña, aguardan torvos
a que al volver de la batalla rindan
— como el frutal los frutos —
de sus obras de paz los hombres cuenta,
de sus divinas alas! ... ¡de los nuevos
árboles que sembraron, de las tristes
lágrimas que enjugaron, de las fosas
que a los tigres y víboras abrieron,
y de las fortalezas eminentes
que al amor de los hombres levantaron!
¡Esta es la dama, el rey, la patria, el premio
apetecido, la arrogante mora
que a su brusco señor cautiva espera
llorando en la desierta barbacana!
Este el santo Salem, éste el Sepulcro
de los hombres modernos. ¡No se vierta
más sangre que la propia! ¡No se bata
sino al que odie al amor! ¡Unjanse presto
soldados del amor los hombres todos!
¡La tierra entera marcha a la conquista
de este rey y señor, que guarda el cielo!

... ¡Viles! ¡El que es traidor a sus deberes,
muere como un traidor, del golpe propio
de su arma ociosa el pecho atravesado!
¡Ved que no acaba el drama de la vida
en esta parte oscura! ¡Ved que luego
tras la losa de mármol o la blanda
cortina de humo y césped se reanuda
el drama portentoso! ¡y ved, oh viles,
que los buenos, los tristes, los burlados,
serán en la otra parte burladores!

Otros de lirio y sangre se alimenten:
¡yo no! ¡yo no! Los lóbregos espacios
rasgué desde mi infancia con los tristes
penetradores ojos: el misterio
en una hora feliz de sueño acaso
de los jueces así, y amé la vida
porque del doloroso mal me salva
de volverla a vivir. Alegremente
el peso eché del infortunio al hombro:
porque el que en huelga y regocijo vive
y huye el dolor, y esquivo las sabrosas
penas de la virtud, irá confuso
del frío y torvo juez a la sentencia,
cual soldado cobarde que en herrumbre
dejó las nobles armas; ¡y los jueces
no en su dosel lo ampararán, no en brazos
lo encumbrarán, mas lo echarán altivos
a odiar, a amar y batallar de nuevo
en la fogosa sofocante arena!
¡Oh! ¿qué mortal que se asomó a la vida
vivir de nuevo quiere?...

Puede ansiosa
la Muerte, pues, de pie en las hojas secas,
esperarme a mi umbral con cada turbia
tarde de otoño, y silenciosa puede
irme tejiendo con helados copos
mi manto funeral.

No di al olvido
las armas del amor: no de otra púrpura
vestí que de mi sangre. Abre los brazos,
listo estoy, madre Muerte: ¡al juez me lleva!

¡Hijo!... ¿Qué imagen miro? ¿qué llorosa
visión rompe la sombra, y blandamente
como con luz de estrella la ilumina?
¡Hijo!... ¿qué me demandan tus abiertos

brazos? ¿A qué descubres tu afligido
pecho? ¿Por qué me muestras tus desnudos
pies, aún no heridos, y las blancas manos
vuelves a mí, tristísimo gimiendo?...
¡Cesa! ¡calla! ¡reposa! ¡vive! ¡El padre
no ha de morir hasta que a la ardua lucha
rico de todas armas lance al hijo!
¡Ven, oh mi hijuelo, y que tus alas blancas
de los abrazos de la Muerte oscura
y de su manto funeral me libren!

Nueva York, 1882.

FLORES DEL CIELO

*Leí estos dos versos de Ronsard:
"Je vous envoie un bouquet que ma main
vient de trier de ces fleurs épanouies",
y escribí esto:*

¿FLORES? ¡No quiero flores! ¡Las del cielo
quisiera yo segar!

¡Cruja, cual falda
de monte roto, esta cansada veste
que me encinta y engrilla con sus miembros
como con sierpes, y en mi alma sacian
su hambre, y asoman a la cueva lóbrega
donde mora mi espíritu, su negra
cabeza, y boca roja y sonriente!
¡Caiga, como un encanto, este tejido
enmarañado de raíces! ¡Surjan
donde mis brazos alas, y parezca
que, al ascender por la solemne atmósfera,
de mis ojos, del mundo a que van llenos,
ríos de luz sobre los hombres rueden!

Y huelguen por los húmedos jardines
bardos tibios segando florecillas.
Yo, pálido de amor, de pie en las sombras,
envuelto en gigantesca vestidura
de lumbre astral, en mi jardín, el cielo,
un ramo haré magnífico de estrellas.
¡No temblaré de asir la luz mi mano!

Y buscaré, donde las nubes duermen,
amada, y en su seno la más viva
le prenderé, y esparciré las otras
por su áurea y vaporosa cabellera.

COPA CICLOPEA

EL Sol alumbra: ya en los aires miro
la copa amarga: ya mis labios tiemblan,
no de temor, que prostituye, ¡de ira! ...
¡El Universo, en las mañanas alza
medio dormido aún de un dulce sueño
en las manos la Tierra perezosa,
copa inmortal, en donde
hierven al sol las fuerzas de la vida! —
¡Al niño triscador, al venturoso
de alma tibia y mediocre, a la fragante
mujer que con los ojos desmayados
abrirse ve en el aire extrañas rosas,
iris la Tierra es, roto en colores, —
raudal que juvenece y rueda limpio
por perfumado llano, y al retozo
y al desmayo después plácido brinda! —
¡y para mí, porque a los hombres amo
y mi gusto y mi bien terco descuido,
la Tierra melancólica aparece
sobre mi frente que la vida bate,
de lúgubre color inmenso yugo!
La frente encorvo, el cuello manso inclino,
y, con los labios apretados, muero.

MEDIA NOCHE

¡Oh, qué vergüenza! El Sol ha iluminado
la Tierra; el amplio mar en sus entrañas
nuevas columnas a sus naves rojas
ha levantado; el monte, granos nuevos
juntó en el curso del solemne día
a sus jaspes y breñas; en el vientre
de las aves y bestias nuevos hijos
vida, que es forma, cobran; en las ramas
las frutas de los árboles maduran;
¡Y yo, mozo de gleba, he puesto sólo,
mientras que el mundo gigantesco crece,
mi jornal en las ollas de la casa!

¡Por Dios, que soy un vil! ¡No en vano el sueño
a mis pálidos ojos es negado!
¡No en vano por las calles titubeo
ebrio de un vino amargo, cual quien busca

fosa ignorada donde hundirse, y nadie
su crimen grande y su ignominia sepa!
¡No en vano el corazón me tiembla ansioso
como el pecho sin calma de un malvado!

¡El cielo, el cielo, con sus ojos de oro
me mira, y ve mi cobardía, y lanza
mi cuerpo fugitivo por la sombra
como quien loco y desolado huye
de un vigilante que en sí mismo lleva!
¡La Tierra es soledad! ¡La luz se enfría!
¿Adónde iré que este volcán se apague?
¿Adónde iré que el vigilante duerma?

¡Oh, sed de amor! Oh, corazón prendado
de cuanto vivo el Universo habita:
del gusanillo verde en que se trueca
la hoja del árbol; del rizado jaspe
en que las ondas de la mar se cuajan;
de los árboles presos, que a los ojos
me sacan siempre lágrimas; del lindo
bribón gentil que con los pies desnudos
en fango y nieve, diario o flor pregona.

¡Oh, corazón, que en el carnal vestido
no hierros de hacer oro, ni belfudos
labios glotones y sensuosos mira,
sino corazas de batalla; y hornos
donde la vida universal fermenta!

¡Y yo, pobre de mí!, ¡preso en mi jaula,
la gran batalla de los hombres miro!

HOMAGNO

HOMAGNO sin ventura
la hirsuta y retostada cabellera
con sus pálidas manos se mesaba.
"Máscara soy, mentira soy, decía;
estas carnes y formas, estas barbas
y rostro, estas memorias de la bestia,
que como silla a lomo de caballo
sobre el alma oprimida echan y ajustan,
por el rayo de luz que el alma mía
en la sombra entrevé, — ¡no son Homagno!

Mis ojos sólo, los mis caros ojos,
que me revelan mi disfraz, son míos.
Queman, me queman, nunca duermen, oran,
y en mi rostro los siento y en el cielo,
y le cuentan de mí, y a mí dél cuentan.
¿Por qué, por qué, para cargar en ellos
un grano ruin de alpiste mal trojado
talló el Creador mis colosales hombros?
Ando, pregunto, ruinas y cimientos
vuelco y sacudo; a sorbos delirantes
en la Creación, la madre de mil pechos,
las fuentes todas de la vida aspiro.

Con demencia amorosa su invisible
cabeza con las secas manos mías
acaricio y destrenzo; por la tierra
me tiendo compungido, y los confusos
pies, con mi llanto baño y con mis besos,
y en medio de la noche, palpitante,
con mis voraces ojos en el cráneo
y en sus órbitas anchas encendidos,
trémulo, en mí plegado, hambriento espero
por si al próximo sol respuestas vienen.
Y a cada nueva luz, de igual enjuto
modo y ruin, la vida me aparece,
como gota de leche que en cansado
pezón, al terco ordeño, titubea,
como carga de hormiga, como taza
de agua añeja en la jaula de un jilguero.”
¡De mordidas y rotas, ramos de uvas
estrujadas y negras, las ardientes
manos del triste Homagno parecían!

Y la tierra en silencio, y una hermosa
voz de mi corazón, me contestaron.

YUGO Y ESTRELLA

CUANDO nació, sin sol, mi madre dijo:
“Flor de mi seno, Homagno generoso,
de mí y de la Creación suma y reflejo,
pez que en ave y corcel y hombre se torna,
mira estas dos, que con dolor te brindo,
insignias de la vida: ve y escoge.
Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.

Hace de manso buey, y como presta
servicio a los señores, duerme en paja
caliente, y tiene rica y ancha avena.
Esta, oh misterio que de mí naciste
cual la cumbre nació de la montaña,
esta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
huyen de quien la lleva, y en la vida,
cual un monstruo de crímenes cargado,
todo el que lleva luz se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
buey torna a ser, y en apagado bruto
la escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
como que crea, ¡crece!

¡Cuando al mundo
de su copa el licor vació ya el vivo;
cuando, para manjar de la sangrienta
fiesta humana, sacó contento y grave
su propio corazón; cuando a los vientos
de Norte y Sur virtió su voz sagrada,
la estrella como un manto, en luz lo envuelve,
se enciende, como a fiesta, el aire claro,
y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
se oye que un paso más sube en la sombra!"

—Dame el yugo, oh mi madre, de manera
que püesto en él de pie, luzca en mi frente
mejor la estrella que ilumina y mata.

ISLA FAMOSA

Aquí estoy, solo estoy, despedazado.
Ruge el cielo; las nubes se aglomeran,
y aprietan, y ennegrecen, y desgajan.
Los vapores del mar la roca ciñen.
Sacra angustia y horror mis ojos comen.
¿A qué, Naturaleza embravecida,
a qué la estéril soledad en torno
de quien de ansia de amor rebosa y muere?
¿Dónde, Cristo sin cruz, los ojos pones?
¿Dónde, oh sombra enemiga, dónde el ara
digna por fin de recibir mi frente?
¿En pro de quién derramaré mi vida?

Rasgóse el velo; por un tajo ameno
de claro azul, como en sus lienzos abre
entre mazos de sombra Díaz famoso,
el hombre triste de la roca mira
en lindo campo tropical, galanes
blancos, y Venus negras, de unas flores
fétidas y fangosas coronados.
Danzando van; ¡a cada giro nuevo
bajo los muelles pies la tierra cede!
Y cuando en ancho beso los gastados
labios sin lustre, ya trémulos juntan,
sáltanles de los labios agoreras
aves tintas en hiel, aves de muerte.

SED DE BELLEZA

SOLO, estoy solo: viene el verso amigo,
como el esposo diligente acude
de la erizada tórtola al reclamo.
Cual de los altos montes en deshielo
por breñas y por valles en copiosos
hilos las nieves desatadas bajan —
así por mis entrañas oprimidas
un balsámico amor y una avaricia,
celestes de hermosura se derraman.
Tal desde el vasto azul, sobre la tierra,
cual si de alma virgen la sombría
humanidad sangrienta perfumasen,
su luz benigna las estrellas vierten
¡esposas del silencio! — y de las flores
tal el aroma vago se levanta.

Dadme lo sumo y lo perfecto: dadme
un dibujo de Angelo: una espada
con puño de Cellini, más hermosa
que las techumbres de marfil calado
que se place en labrar Naturaleza.
El cráneo augusto dadme donde ardieron
el universo Hamlet y la furia
tempestuosa del moro: — la manceba
india que a orillas del ameno río
que del viejo Chichén los muros baña
a la sombra de un plátano pomposo
y sus propios cabellos, el esbelto
cuerpo bruñido y nítido enjugaba.

Dadme mi cielo azul..., dadme la pura,
la inefable, la plácida, la eterna
alma de mármol que al soberbio Louvre
dio, cual su espuma y flor, Milo famosa.

AMOR DE CIUDAD GRANDE

DE gorja son y rapidez los tiempos.
Corre cual luz la voz; en alta aguja,
cual nave despeñada en sirte horrenda,
húndese el rayo, y en ligera barca
el hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
muere, apenas nacido, de saciado!
¡Jaula es la villa de palomas muertas
y ávidos cazadores! Si los pechos
se rompen de los hombres, y las carnes
rotas por tierra ruedan, ¡no han de verse
dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
de los salones y las plazas; muere
la flor el día en que nace. Aquella virgen
trémula que antes a la muerte daba
la mano pura que a ignorado mozo;
el goce de temer; aquel salirse
del pecho el corazón; el inefable
placer de merecer; el grato susto
de caminar de prisa en derecha
del hogar de la amada, y a sus puertas
como un niño feliz romper en llanto;
y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
irse tiñendo de color las rosas,
¡ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,
cual áureo vaso o lienzo suntuoso,
dama gentil en casa de magnate!
¡O si se tiene sed, se alarga el brazo
y a la copa que pasa se la apura!
Luego, la copa turbia al polvo rueda,
¡y el hábil catador — manchado el pecho
de una sangre invisible — sigue alegre
coronado de mirtos, su camino!
¡No son los cuerpos ya sino desechos,
y fosas, y jirones! ¡Y las almas

no son como en el árbol fruta rica
en cuya blanda piel la almíbar dulce
en su sazón de madurez rebosa,
sino fruta de plaza que a brutales
golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!
¡De las noches sin sueño! ¡De la vida
estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
que la ventura falta? Como liebre
azorada, el espíritu se esconde,
trémulo huyendo al cazador que ríe;
cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
y el deseo, de brazo de la fiebre,
cual rico cazador: recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! ¡Toda está llena
de copas por vaciar, o huecas copas!
¡Tengo miedo ¡ay de mí! de que este vino
tósigo sea, y en mis venas luego
cual duende vengador los dientes clave!
¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra
no se sabe beber! ¡No he padecido
bastante aún, para romper el muro
que me aparta ¡oh dolor! de mi viñedo!
¡Tomad vosotros, catadores ruines
de vinillos humanos, esos vasos
donde el jugo de lirio a grandes sorbos
sin compasión y sin temor sé bebe!
¡Tomad! ¡Yo soy honrado, y tengo miedo!

Nueva York, abril de 1882.

ESTROFA NUEVA

.
Un obrero tiznado; una enfermiza
mujer, de faz enjuta y dedos gruesos;
otra que al dar al Sol los entumidos
miembros en el taller, como una egipcia
voluptuosa y feliz, la saya burda
en las manos recoge y canta, y danza;
un niño que sin miedo a la ventisca,
como el soldado con el arma al hombro,

va con sus libros a la escuela; el denso
rebaño de hombres que en silencio triste
sale a la aurora y con la noche vuelve,
del pan del día en la difícil busca,
cual la luz a Memnón, mueven mi lira.
Los niños, versos vivos, los heroicos
y pálidos ancianos, los oscuros
hornos donde en bridón o tritón truecan
los hombres victoriosos las montañas,
Astiánax son y Andrómaca mejores,
mejores, sí, que las del viejo Homero.

Naturaleza, siempre viva: el mundo
de minotauro yendo a mariposa,
que de rondar el Sol enferma y muere;
la sed de luz, que como el mar salado
la de los labios, con el agua amarga
de la vida se irrita; la columna
compacta de asaltantes que sin miedo
al Dios de ayer sobre los flacos hombros
la mano libre y desferrada ponen,
y los ligeros pies en el vacío,
poesía son y estrofa alada, y grito
que ni en tercetos ni en octava estrecha
ni en remilgados serventesios caben.

¡Vaciad un monte; en tajo de Sol vivo
tallad un plectro; o de la mar brillante
el seno rojo y nacarado, el molde
de la triunfante estrofa nueva sea!

¡Como nobles de Nápoles, fantasmas
sin carnes ya y sin sangre, que en polvosos
palacios muertos con añejas chupas
de comido blasón, a paso sordo
andan, y al mundo que camina enseñan
como un grito sin voz, la seca encía,
así, sobre los árboles cansados,
y los ciriales rotos, y los huecos
de oxidadas diademas, duendecillos
con chupa vieja y metro viejo asoman!
¡No en tronco seco y muerto hacen sus nidos,
alegres recaderos de mañana,
las lindas aves cuerdas y gentiles!
Ramaje quieren suelto y denso, y tronco
alto y robusto, en fibra rico y savia.
Mas con el Sol se alza el deber; se pone

mucho después que el Sol; de la hornería
y su batalla y su fragor cansada
la mente plena en el rendido cuerpo,
atormentada duerme, ¡como el verso
vivo en los aires, por la lira rota
sin dar sonidos desalado pasa!
Perdona, pues, oh estrofa nueva, el tosco
alarde de mi amor. Cuando, oh Poesía,
cuando en tu seno reposar me es dado.

CRIN HIRSUTA

¿QUE como crin hirsuta de espantado
caballo que en los troncos secos mira
garras y dientes de tremendo lobo,
mi destrozado verso se levanta?...
Sí, pero ¡se levanta! A la manera,
como cuando el puñal se hunde en el cuello
de la res, sube al cielo hilo de sangre.
Sólo el amor engendra melodías.

A LOS ESPACIOS...

A los espacios entregarme quiero
donde se vive en paz y con un manto
de luz, en gozo embriagador henchido,
sobre las nubes blancas se pasea,
y donde Dante y las estrellas viven.
Yo sé, yo sé, porque lo tengo visto
en ciertas horas puras, cómo rompe
su cáliz una flor, y no es diverso
del modo, no, con que lo quiebra el alma.
Escuchad, y os diré: — viene de pronto
como una aurora inesperada, y como
a la primera luz de primavera
de flor se cubren las amables lilas...
¡Triste de mí! contároslo quería,
y en espera del verso, las grandiosas
imágenes en fila ante mis ojos
como águilas alegres vi sentadas.
Pero las voces de los hombres echan
de junto a mí las nobles aves de oro.

Ya se van, ya se van. Ved cómo rueda
la sangre de mi herida.
Si me pedís un símbolo del mundo
en estos tiempos, vedlo: un ala rota.
Se labra mucho el oro. ¡El alma apenas!
Ved cómo sufro. Vive el alma mía
cual cierva en una cueva acorralada.
¡Oh, no está bien; me vengaré, llorando!

POETA ¹

COMO nacen las palmas en la arena
y la rosa en la orilla al mar salobre,
así de mi dolor mis versos surgen
convulsos, encendidos, perfumados.
Tal en los mares sobre el agua verde,
la vela hendida, el mástil trunco, abierto
a las ávidas olas el costado,
después de la batalla fragorosa
con los vientos, el buque sigue andando.

¡Horror, horror! ¡En tierra y mar no había
más que crujidos, furia, niebla y lágrimas!
Los montes, desgajados sobre el llano
rodaban; las llanuras, mares turbios,
en desbordados ríos convertidas,
vaciaban en los mares; un gran pueblo
del mar cabido hubiera en cada arruga;
estaban en el cielo las estrellas
apagadas; los vientos en jirones
revueltos en la sombra, huían, se abrían,
al chocar entre sí, y se despeñaban;
en los montes del aire resonaban
rodando con estrépito; ¡en las nubes
los astros locos se arrojaban llamas!

Rió luego el Sol; en tierra y mar lucía
una tranquila claridad de boda.
¡Fecunda y purifica la tormenta!
Del aire azul colgaban ya, prendidos
cual gigantescos tules, los rasgados

¹ Sin título en el original, y, más que de otros, dudamos si será éste el que le corresponde. Lo mismo decimos de la que hemos titulado "Noche de Mayo". (Nota de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.)

mantos de los crepudos vientos, rotos
en el fragor sublime. ¡Siempre quedan
por un buen tiempo luego de la cura
los bordes de la herida sonrosados!
Y el barco, como un niño, con las olas
jugaba, se mecía, travesaba.

NOCHE DE MAYO

CON un astro la tierra se ilumina;
con el perfume de una flor se llenan
los ámbitos inmensos. Como vaga,
misteriosa envoltura, una luz tenue
naturaleza encubre, y una imagen
misma del linde en que se acaba brota
entre el humano batallar. ¡Silencio!
¡En el color, oscuridad! ¡Enciende
el sol al pueblo bullicioso y brilla
la blanca luz de luna! En los ojos
la imagen va, porque si fuera buscan
del vaso herido la admirable esencia,
en haz de aromas a los ojos surge;
y si al peso del párpado obedecen,
¡como flor que al plegar las alas pliega
consigo su perfume, en el solemne
templo interior como lamento triste
la pálida figura se levanta!
¡Divino oficio! El Universo entero,
su forma sin perder, cobra la forma
de la mujer amada, y el esposo
ausente, el cielo póstumo adivina
por el casto dolor purificado.

ARBOL DE MI ALMA

COMO un ave que cruza el aire claro,
siento hacia mí venir tu pensamiento
y acá en mi corazón hacer su nido.
Abrese el alma en flor; tiemblan sus ramas
como los labios frescos de un mancebo
en su primer abrazo a una hermosura;
cuchichean las hojas; tal parecen
lenguaraces obreras y envidiosas,

a la doncella de la casa rica
en preparar el tálamo ocupadas.
Ancho es mi corazón, y es todo tuyo.
¡Todo lo triste cabe en él, y todo
cuanto en el mundo llora, y sufre, y muere!
De hojas secas, y polvo, y derruidas
ramas lo limpio; bruño con cuidado
cada hoja, y los tallos; de las flores
los gusanos y el pétalo comido
separo; oreo el césped en contorno
y a recibirte, oh pájaro sin mancha,
¡apresto el corazón enajenado!

LUZ DE LUNA

ESPLENDÍA su rostro; por los hombros
rubias guedejas le colgaban; era
una caricia su sonrisa: era
ciego de nacimiento: parecía
que veía: tras los párpados callados
como un lago tranquilo, el alma exenta
del horror que en el mundo ven los ojos,
sus apacibles aguas deslizaba:
tras los párpados blancos se veían
aves de plata, estrellas voladoras,
en unas grutas pálidas los besos
risueños disputándose la entrada,
y en el dorso de cisnes navegando
del cielo fiel los pensamientos puros.

Como una rama en flor, al sosegado
río silvestre que hacia el mar camina,
una afable mujer se asomó al ciego:
tembló, encendióse, se cubrió de rosas,
y las pálidas manos del amante
besó cien veces, y llenó con ellas:
en la misma guirnalda entrelazados
pasan los dos la generosa vida:
tan grandes son las flores que a su sombra
suelen dormir la prolongada siesta.

Cual quien enfrena a un potro que husmeando
campo y batalla, en el portal sujeto
mira, como quien muerde, al amo duro,

así, rebelde a veces, tras sus ojos
el pobre ciego el alma sujetaba.
— ¡Oh, si vieras! — los necios le decían
que no han visto en sus almas — ¡oh, si vieras
cuando sobre los trigos quemados,
su ejército de rayos el sol lanza,
cómo chispean, cómo relucen, cómo,
asta al aire, el hinchado campamento
los cascos mueve y el plumón lustrosos!
¡Si vieras cómo el mar, roto y negruzco
vuelca al barco infeliz, y encumbra al fuerte;
si vieses, infeliz, cómo la Tierra
cuando la Luna llena la ilumina,
desposada parece que en los aires
buscando va, con planta perezosa,
la casa florecida de su amado!
— ¡Ha de ser, ha de ser como quien toca
la cabeza de un niño!

— Calla, ciego.

Es como asir en una flor la vida.

De súbito vio el ciego. — Esta que esplende,
dijéronle, es la Luna. ¡Mira, mira
qué mar de luz! ¡Abismos, ruinas, cuevas,
todo por ella casto y blando luce
como de noche el pecho de las tórtolas!
— ¿Nada más? — dijo el ciego, y retornando
a su amada celosa los ya abiertos
ojos, besóle la temblante mano
humildemente, y díjole: — No es nueva,
para el que sabe amar, la luz de luna.

MIS VERSOS VAN REVUELTOS...

Mis versos van revueltos y encendidos
como mi corazón: bien es que corra
manso el arroyo que en fácil llano
entre céspedes frescos se desliza:
¡ay!; pero el agua que del monte viene
arrebatada; que por hondas breñas
baja, que la destrozan; que en sedientos
pedregales tropieza, y entre rudos
troncos salta en quebrados borbotones,
¿cómo, despedazada, podrá luego

cual lebrel de salón, jugar sumisa
en el jardín podado con las flores,
o en pecera de oro ondear alegre
para querer de damas olorosas? —

Inundará el palacio perfumado,
como profanación: se entrará fiera
por los joyantes gabinetes, donde
los bardos, lindos como abates, hilan
tiernas quintillas y rimas dulces
con aguja de plata en blanca seda.
Y sobre sus divanes espantadas
las señoras, los pies de media suave
recogerán, — en tanto el agua rota,
falsa, como todo lo que expira,
besa humilde el chapín abandonado,
¡y en bruscos saltos destemplada muere!

¡NO, MUSICA TENAZ...!

¡No, música tenaz, me hables del cielo!
¡Es morir, es temblar, es desgarrarme
sin compasión el pecho! Si no vivo
donde como una flor al aire puro
abre su cáliz verde la palmera,
si del día penoso a casa vuelvo...
¿Casa dije? ¡No hay casa en tierra ajena! ...
¡Roto vuelvo en pedazos encendidos!
Me recojo del suelo: alzo y amaso
los restos de mí mismo; ávido y triste
como un estatuador un Cristo roto:
trabajo, siempre en pie, por fuera un hombre
¡venid a ver, venid a ver por dentro!
Pero tomad a que Virgilio os guíe...
Si no, estaos afuera: el fuego rueda
por la cueva humeante: como flores
de un jardín infernal se abren las llagas:
¡y boqueantes por la tierra seca
quemán los pies los escaldados leños!
¡Toda fue flor la aterradora tumba!
¡No, música tenaz, me hables del cielo!

EN TORNO AL MARMOL ROJO...

EN torno al mármol rojo en donde duerme
el corso vil, el Bonaparte infame,
como manos que acusan, como lívidas,
desgreñadas crenchas, las banderas
de tanto pueblo mutilado y roto
en pedazos he visto, ensangrentadas!
Bandera fue también el alma mía
abierta al claro sol y al aire alegre
en un asta, derecha como un pino. —
La vieron y la odiaron, gerifaltes
pusieron, y celosa halconería a abatirla echaron,
a traer el fleco de oro entre sus picos:
¡Oh! Mucho halcón del cielo azul ha vuelto
con un jirón de mi alma entre sus garras.
Y ¡sus! yo a izarla — y ¡sus! con piedra y palo
las gentes a arriarla, — y ¡sus! el pino
como en fuga alargábase hasta el cielo
¡y por él mi bandera blanca entraba!
¡Mas tras ella la gente, pino arriba,
éste el hacha, ése daga, aquél ponzoña,
negro el aire en redor, negras las nubes,
allí donde los astros son robustos
pino de luz, allí donde en fragantes
lagos de leche van cisnes azules,
donde el alma entra a flor, donde palpitan,
susurran, y echan a volar las rosas,
allí, donde hay amor, allí en las aspas
mismas de las estrellas me embistieron! —
Por Dios, que aún se ve el asta: mas tan rota
ya la bandera está, que no hay ninguna
tan rota y sin ventura como ella
en las que adornan la apagada cripta
¡donde en su rojo féretro sus puños
roe despierto el Bonaparte infame! —

YO SACARE LO QUE EN EL PECHO TENGO

Yo sacaré lo que en el pecho tengo
de cólera y de horror. De cada vivo
huyo, azorado, como de un leproso.
Ando en el buque de la vida: sufro
de náuseas y mal de mar: un ansia odiosa

me angustia las entrañas: ¡quién pudiera
en un solo vaivén dejar la vida!
No esta canción desoladora escribo
en hora de dolor:

¡Jamás se escriba
en hora de dolor! el mundo entonces
como un gigante a hormiga pretenciosa
unce al poeta destemplado: escribo
luego de hablar con un amigo viejo,
limpio goce que el alma fortifica: —
¡Mas, cual las cubas de madera noble,
la madre del dolor guardo en mis huesos!
¡Ay! ¡mi dolor, como un cadáver, surge
a la orilla, no bien el mar serena!
Ni un poro sin herida: entre la uña
y la yema, estiletos me han clavado
que me llegan al pie; se me han comido
fríamente el corazón: y en este juego
enorme de la vida, cupo en suerte
nutrirse de mi sangre a una lechuza.
¡Así hueco y roído, al viento floto
alzando el puño y maldiciendo a voces,
en mis propias entrañas encerrado!

No es que una mujer me engañe, o que fortuna
me esquive su favor, o que el magnate
que no gusta de pulcros, me querelle:
Es ¿quién quiere mi vida? es que a los hombres
palpo, y conozco, y los encuentro malos. —
Pero si pasa un niño cuando lloro
le acaricio el cabello, y lo despido
como el naviero que a la mar arroja
con bandera de gala un barco blanco.

Y si decís de mí blasfemia, os digo
que el blasfemo sois vos: ¿a qué me dieron
para vivir en un tigral, sedosa
ala, y no garra aguda? ¿o por acaso
es ley que el tigre de alas se alimente?
Bien puede ser: ¡de alas de luz repleto,
darás al fin de un tigre luminoso,
radiante como el sol, la maravilla! —
¡Apresure el tigral el diente duro!
¡Nútrase en mí: coma de mí: en mis hombros
clave los grifos bien: móndeme el cráneo,
y, con dolor, a su mordida en tierra
caigan deshechas mis ardientes alas!

¡Feliz aquel que en bien del hombre muere!
¡Bésale el perro al matador la mano!

¡Como un padre a sus hijas, cuando pasa
un galán pudridor, yo mis ideas
de donde pasa el hombre, por quien muero,
guardo, como un delito, al pecho helado!

Conozco el hombre, y lo he encontrado malo.
¡Así, para nutrir el fuego eterno
perecen en la hoguera los mejores!
¡Los menos por los más! ¡los crucifijos
por los crucificantes! En maderos
clavaron a Jesús: sobre sí mismos
los hombres de estos tiempos van clavados.
Los sabios de Chichén, la tierra clara
donde el aroma y el maguey se crían,
con altos ritos y canciones bellas
al hondo de cisternas olorosas
a sus vírgenes lindas despeñaban,
a su virgen mejor precipitaban.
Del temido brocal se alzaba luego
a perfumar el Yucatán florido
como en talle negruzco rosa suave
un humo de magníficos olores: —
tal a la vida echa el Creador los buenos:
a perfumar: a equilibrar: ¡ea! clave
el tigre bien sus garras en mis hombros:
los viles a nutrirse: los honrados
a que se nutran los demás en ellos.

Para el misterio de la Cruz, no a un viejo
pergamino teológico se baje:
bájese al corazón de un virtuoso.
Padece mucho un cirio que ilumina:
¡Sonríe, como virgen que se muere,
la flor cuando la siegan de su tallo!
¡Duele mucho en la tierra un alma buena!
De día, luce brava: por la noche
se echa a llorar sobre sus propios brazos:
luego que ve en el aire de la aurora
su horrenda lividez, por no dar miedo
a la gente, con sangre de sus mismas
heridas, tiñe el miserable rostro,
¡y emprende a andar, como una calavera
cubierta, por piedad, de hojas de rosa!

MI POESIA

Muy fiera y caprichosa es la Poesía,
a decírselo vengo al pueblo honrado:
la denuncio por fiera. Yo la sirvo
con toda honestidad: no la maltrato;
no la llamo a deshora cuando duerme,
quieta, soñando, de mi amor cansada,
pidiendo para mí fuerzas al cielo;
no la pinto de gualda y amaranto
como aquesos poetas; no le estrujo
en un talle de hierro el franco seno;
y el cabello dorado, suelto al aire,
ni con cintas retóricas le cojo:
no: no la pongo en lindas vasijas
que morirían; sino la vierto al mundo
a que cree y fecunde, y ruede y crezca
libre cual las semillas por el viento.
Eso sí: cuido mucho de que sea
claro el aire en su torno; musicales,
—puro su lecho y limpio surtido —
los rasos que la amparan en el sueño,
y limpios y aromados sus vestidos. —
Cuando va a la ciudad, mi Poesía
me vuelve herida toda, el ojo seco
y como de enajenado, las mejillas
como hundidas, de asombro: los dos labios
gruesos, blandos, manchados; una que otra
luta de cieno — en ambas manos puras
y el corazón, por bajo el pecho roto
como un cesto de ortigas encendido:
así de la ciudad me vuelve siempre:
mas con el aire de los campos cura
bajo del cielo en la serena noche
un bálsamo que cierra las heridas.
¡Arriba, oh corazón!: ¿quién dijo muerte?

Yo protesto que mimo a mi Poesía:
jamás en sus vagares la interrumpo,
ni de su ausencia larga me impaciento.
¡Viene a veces terrible! ¡Ase mi mano,
encendido carbón me pone en ella
y cual por sobre montes me la empuja!
Otras ¡muy pocas! viene amable y buena,
y me amansa el cabello; y me conversa
del dulce amor, ¡y me convida a un baño!
tenemos ella y yo, cierto recodo

púdico en lo más hondo de mi pecho:
 ¡envuelto en olorosa enredadera! —
 Digo que no la fuerzo, y jamás la adorno,
 y sé adornar; jamás la solicito,
 aunque en tremendas sombras suelo a veces
 esperarla, llorando, de rodillas.
 Ella ¡oh coqueta grande! en mi nube
 airada entra, la faz sobre ambas manos
 mirando como crecen las estrellas.
 Luego, con paso de ala, envuelta en polvo
 de oro, baja hasta mí, resplandeciente.
 Viome un día infausto, rebuscando necio —
 perlas, zafiros, ónices, cruces
 para ornarle la túnica a su vuelta.
 Ya de un lado, piedras tenía
 cruces y acicaladas en hilera,
 octavas de claveles, cuartetines
 de flores campesinas; tríos, dúos
 de ardiente licor y pálida azucena.
 ¡Qué guirnaldas de décimas! ¡qué flecos
 de sonoras quintillas! ¡qué ribetes
 de pálido romance! ¡qué lujosos
 broches de rima rara! ¡qué repuesto
 de mil consonantes serviciales
 para ocultar con juicio las junturas:
 obra, en fin, de suprema joyería! —
 Mas de pronto una lumbre silenciosa
 brilla; las piedras todas palidecen,
 como muertas, las flores caen en tierra
 lívidas, sin colores: ¡es que bajaba
 de ver nacer los astros mi Poesía! —
 Como una cesta de caretas rotas
 eché a un lado mis versos. Digo al pueblo
 que me tiene oprimido mi Poesía:
 yo en todo la obedezco: apenas siento
 por cierta voz del aire que conozco
 su próxima llegada, pongo en fiesta
 cráneo y pecho; levántanse en la mente,
 alados, los corceles; por las venas
 la sangre ardiente al paso se dispone;
 ¡el aire limpio, alejo los invitados,
 muevo el olvido generoso, y barro
 de mí las impurezas de la tierra!
 ¡No es más pura que mi alma la paloma
 virgen que llama a su primer amigo!
 Baja; vierte en mi mano unas extrañas
 flores que el cielo da, flores que queman; —

como de un mar que sube, sufre el pecho,
y a la divina voz, la idea dormida,
royendo con dolor la carne tersa
busca, como la lava, su camino:
de hondas grietas el agujero luego queda,
como la falda de un volcán cruzado;
precio fatal de los amores con el cielo:
yo en todo la obedezco: yo no esquivo
estos padecimientos, yo le cubro
de unos besos que lloran, sus dos blancas
manos que así me acabarán la vida.
Yo ¡qué más! cual de un crimen ignorado
sufro, cuando no viene: yo no tengo
otro amor en el mundo ¡oh mi Poesía!
¡Como sobre la pampa el viento negro
cae sobre mí tu enojo!
A mí, que te respeto.
De su altivez me quejo al pueblo honrado:
de su soberbia femenil. No sufre.
Espera. No perdona. Brilla, y quiere
que con el limpio brillo del acero
ya el verso al mundo cabalgando salga; —
¡tal, una loca de pudor, apenas
un minuto al artista el cuerpo ofrece
para que esculpa en mármol su hermosura! —
¡Vuelan las flores que del cielo bajan,
vuelan, como irritadas mariposas,
para jamás volver, las crucles vuelan...

FLORES DEL DESTIERRO¹

(Selección)

A mi tierra
A una mujer buena
A mis amigos

ESTAS QUE OFREZCO, no son composiciones acabadas: son, ¡ay de mí!, notas de imágenes tomadas al vuelo, y como para que no se escapasen, entre la muchedumbre antiática de las calles, entre el rodar estruendoso y arrebatado de los ferrocarriles, o en los quehaceres apremiantes e inflexibles de un escritorio de comercio —refugio cariñoso del proscrito.

Por qué las publico, no sé: tengo un miedo pueril de no publicarlas ahora. Yo desdeño todo lo mío: y a estos versos, atormentados y rebeldes, sombríos y querellosos, los mimo, y los amo.

Otras cosas podría hacer: acaso no las hago, no las intento acaso, robando horas al sueño, únicas horas mías, porque me parece la expresión la hembra del acto, y mientras hay qué hacer, me parece la mera expresión indigno empleo de fuerzas del hombre. Cada día, de tanta imagen que viene a azotarme las sienes, y a pasearse, como buscando forma, ante mis ojos, pudiera hacer un tomo como éste, ¡pero el buey no ara con el arpa de David, que haría sonora la tierra, sino con el arado, que no es lira! ¡Y se van las imágenes, llorosas y torvas, desvanecidas como el humo: y yo me quedo, congojoso y triste, como quien ha faltado a su deber o no ha hecho bien los honores de la visita a una dama benévola y hermosa: y a mis solas, y donde nadie lo sospeche, y sin lágrimas, lloro.

De estos tormentos nace, y con ellos se excusa, este libro de versos.

¡Pudiera surgir de él, como debiera surgir de toda vida, rumbo a la muerte consoladora, un águila blanca!

Ya sé que están escritos en ritmo desusado, que por esto, o por serlo de veras, va a parecer a muchos duro. ¿Mas, con qué derecho puede quebrar

¹ La mayor parte de estas composiciones se encuentran en cuatro cuadernos de apuntes de Martí, y en hojas dispersas. Se agruparon, transcribiendo primero, por su orden, las que se encontraban en los citados cuadernos, dejando para lo último las escritas en hojas sueltas, y que evidentemente pertenecían a este grupo. Los versos sin título se han encabezado con la primera estrofa.

la mera voluntad artística,¹ la forma natural y sagrada, en que, como la carne de la idea, envía el alma los versos a los labios? Ciertos versos pueden hacerse en toda forma: otros, no. A cada estado de alma, un metro nuevo. Da el amor versos claros y sonoros, y no sé por qué, en esas horas de florecencia, vertimiento, grata congoja, vigor pujante y generoso rebose del espíritu, recuerdo esas gallardas velas blancas que en el mar sereno cruzan por frente a playas limpias bajo un cielo bruñido. Del dolor, saltan los versos, como las espadas de la vaina, cuando las sacude en ellas la ira, como las negras olas de turbia y alta cresta que azotan los ijares fatigados de un buque formidable en horas de tormenta.

Se encabritan los versos, como las olas: se rompen con fragor o se mueven pesadamente, como fieras en jaula y con indómito y trágico desorden, como las aguas contra el barco. Y parece como que se escapa de los versos, escondiendo sus heridas, un alma sombría, que asciende velozmente por el lúgubre espacio, envuelta en ropas negras. ¡Cuán extraño que se abrieran las negras vestiduras y cayera de ellas un ramo de rosas!

¡Flores del destierro!

CONTRA EL VERSO RETORICO...

CONTRA el verso retórico y ornado
el verso natural. Acá un torrente:
aquí una piedra seca. Allá un dorado
pájaro, que en las ramas verdes brilla,
como una marañuela entre esmeraldas —
acá la huella fétida y viscosa
de un gusano: los ojos, dos burbujas
de fango, pardo el vientre, craso, inmundo.
Por sobre el árbol, más arriba, sola
en el cielo de acero una segura
estrella; y a los pies el horno,
el horno a cuyo ardor la tierra cuece —
llamas, llamas que luchan, con abiertos
huecos como ojos, lenguas como brazos,
savía como de hombre, punta aguda
cual de espada: ¡la espada de la vida
que incendio a incendio gana al fin, la tierra!
Trepas: viene de adentro: ruge: aborta.
Empieza el hombre en fuego y para en ala.
Y a su paso triunfal, los maculados,
los viles, los cobardes, los vencidos,
como serpientes, como gozques, como
cocodrilos de doble dentadura,

¹ Varias palabras ininteligibles.

de acá, de allá, del árbol que le ampara,
del suelo que le tiene, del arroyo
donde apaga la sed, del yunque mismo
donde se forja el pan, le ladran y echan
el diente al pie, al rostro el polvo y lodo,
cuanto cegarle puede en su camino.
El, de un golpe de ala, barre el mundo
y sube por la atmósfera encendida
muerto como hombre y como sol sereno.
Así ha de ser la noble poesía:
así como la vida: estrella y gozque;
la cueva dentellada por el fuego,
el pino en cuyas ramas olorosas
a la luz de la luna canta un nido
canta un nido a la lumbre de la luna.

LA NOCHE ES LA PROPICIA

LA noche es la propicia
amiga de los versos. Quebrantada,
como la mies bajo la trilla, nace
en las horas ruidosas la Poesía.
A la creación la oscuridad conviene —
Las serpientes, de día entrelazadas
al pensamiento, duermen: las vilezas
nos causan más horror, vistas a solas.
Deja el silencio una impresión de altura: —
y con imperio pudoroso, tiende
por sobre el mundo el corazón sus alas.
¡Noche amiga, — noche creadora! :
más que el mar, más que el cielo, más que el ruido
de los volcanes, más que la tremenda
convulsión de la tierra, tu hermosura
sobre la tierra la rodilla encorva.
A la tarde con paso majestuoso
por su puerta de acero entra la altiva
naturaleza, calla, y cubre al mundo,
la oscuridad fecunda de la noche:
surge el vapor de la fresca tierra;
pliegan sus bordes las cansadas hojas;
y en el ramaje azul tiemblan los nidos.
Como en un cesto de coral, sangrientas,
en el día, las bárbaras imágenes
frente al hombre, se estrujan: tienen miedo,
y en la taza del cráneo adolorido

crujen las alas rotas de los cisnes
que mueren del dolor de su blancura.
¡Oh, cómo pesan en el alma triste
estas aves crecidas que le nacen
y mueren sin volar! ¡Flores de plumas
bajo los pobres versos, estas flores,
flores de funeral mortandad!
¿Dónde, lo blanco
podrá, segura el ala, abrir el vuelo?
¿Dónde no será crimen la hermosura?

Oleo sacerdotal unge las sienes
cuando el silencio de la noche empieza:
y como reina que se sienta, brilla
la majestad del hombre acorralada.
Vibra el amor, gozan las flores, se abre
al beso — de un creador que cruza
la sazónada mente: el frío invita
a la divinidad; y envuelve al mundo
la casta soledad, madre del verso.

CUAL DE INCENSARIO ROTO...

CUAL de incensario roto huye el perfume
así de mi dolor se escapa el verso:
me nutro del dolor que me consume,
de donde vine, ahí voy: al Universo.

Cirio soy encendido en la tormenta:
el fuego con que brillo me devora
y en lugar de apagarme me alimenta
el vendaval que al temeroso azora.

Yo nunca duermo: al despertarme, noto
en mí el cansancio de una gran jornada
adonde voy de noche, cuando, roto
el cuerpo, hundo la faz en mi almohada.

¿Quién, cuando a mal desconocido postro
mis fuerzas, me unge con la estrofa blanda,
y de lumbre de amor me baña el rostro
y abrir las alas y anunciar me manda?

¿Quién piensa en mí? ¿Quién habla por mis labios
cosas que en vano detener intento?
¿De dónde vienen los consejos sabios?
¿Adónde va sin rienda el pensamiento?

Ya no me quejo, no, como solía,
de mi dolor callado e infecundo:
cumpló con el deber de cada día
y miro herir y mejorarse el mundo.

Ya no me aflijo, no, ni me desolo
de verme aislado en mi difícil lucha,
va con la eternidad el que va solo,
que todos oyen cuando nadie escucha.

Qué fue, no sé: jamás en mí di asiento
sobre el amor al hombre, a amor alguno,
y bajo tierra, y a mis plantas siento
todo otro amor, menguado e importuno.

La libertad adoro y el derecho.
Odios no sufro, ni pasiones malas:
y en la coraza que me viste el pecho
un águila de luz abre sus alas.

Vano es que amor solloce o interceda,
al limpio sol mis armas he jurado
y sufriré en la sombra hasta que pueda
mi acero en pleno sol dejar clavado.

Como una luz la férvida palabra
a los temblantes labios se me asoma:
mas no haya miedo que las puertas le abra
si antes el odio y la pasión no doma.

Qué fue, no sé: pero yo he dado un beso
a una gigante y bondadosa mano
y desde entonces, por donde hablo, impreso
queda en los hombres el amor humano.

Ya no me importa que la frase ardiente
muera en silencio, o ande en casa oscura,
amo y trabajo: así calladamente
nutre el río a la selva en la espesura.

ANTES DE TRABAJAR

ANTES de trabajar, como el cruzado
saludaba a la hermosa en la arena,
la lanza de hoy, la soberana pluma
embrazo, a la pasión, corcel furioso
con mano ardiente embrido, y de rodillas
pálido domador, saludo al verso.

Después, como el torero, al circo salgo
a que el cuerno sepulte en mis entrañas
el toro enfurecido. Satisfecho
de la animada lid, el mundo amable
merendará, mientras expiro helado,
pan blanco y vino rojo, y los esposos
nuevos se encenderán con las miradas.

En las playas el mar dejará en tanto
nuevos granos de arena: nuevas alas
asomarán ansiosas en los huevos
calientes de los nidos: los cachorros
del tigre echarán diente: en los preñados
árboles de la huerta, nuevas hojas
con frágil verde poblarán las ramas.

Mi verso crecerá: bajo la yerba
yo también creceré: ¡Cobarde y ciego
quien del mundo magnífico murmura!

DOS PATRIAS

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.
¿O son una las dos? No bien retira
su majestad el sol, con largos velos
y un clavel en la mano, silenciosa
Cuba cual viuda triste me aparece.
¡Yo sé cuál es ese clavel sangriento
que en la mano le tiembla! Está vacío
mi pecho, destrozado está y vacío
en donde estaba el corazón. Ya es hora
de empezar a morir. La noche es buena
para decir adiós. La luz estorba
y la palabra humana. El universo
habla mejor que el hombre.

Cual bandera
que invita a batallar, la llama roja
de la vela flamea. Las ventanas
abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo
las hojas del clavel, como una nube
que enturbia el cielo, Cuba, viuda, pasa...

DOMINGO TRISTE

Las campanas, el sol, el cielo claro
me llenan de tristeza, y en los ojos
llevo un dolor que el verso compasivo mira,

un rebelde dolor que el verso rompe
¡y es ¡oh mar! la gaviota pasajera
que rumbo a Cuba va sobre tus olas!

Vino a verme un amigo, y a mí mismo
me preguntó por mí; ya en mí no queda
más que un reflejo mío, como guarda
la sal del mar la concha de la orilla.
Cáscara soy de mí, que en tierra ajena
gira, a la voluntad del viento hurafío,
vacía, sin fruta, desgarrada, rota.
Miro a los hombres como montes; miro
como paisajes de otro mundo, el bravo
codear, el mugir, el teatro ardiente
de la vida en mi torno: Ni un gusano
es ya más infeliz: ¡suyo es el aire,
y el lodo en que muere es suyo!
Siento la cox de los caballos, siento
las ruedas de los carros; mis pedazos
palpo: ya no soy vivo: ¡ni lo era
cuando el barco fatal levó las anclas
que me arrancaron de la tierra mía!

AL EXTRANJERO

HOJA tras hoja de papel consumo:
rasgos, consejos, iras, letras fieras
que parecen espadas: lo que escribo,
por compasión lo borro, porque el crimen,
el crimen es al fin de mis hermanos.
Huyo de mí, tiemblo del sol; quisiera
saber dónde hace el topo su guarida,
dónde oculta su escama la serpiente,
dónde sueltan la carga los traidores,
y dónde no hay honor, sino ceniza:
¡allí, mas sólo allí, decir pudiera
lo que dicen y viven!, ¡que mi patria
piensa en unirse al bárbaro extranjero!

EN UN CAMPO FLORIDO...

EN un campo florido en que retoñan
al sol de abril las campanillas blancas,
un coro de hombres jóvenes espera
a sus novias gallardas.

Tiembla el ramaje, canta y aletean
los pájaros: las silvias de su nido
salen, a ver pasar las lindas mozas
en sus blancos vestidos.

Ya se ven en parejas por lo oscuro
susurrando los novios venturosos:
volverán, volverán dentro de un año
más felices los novios.

Sólo uno, el más feliz, uno sombrío,
con un traje más blanco que la nieve,
para nunca volver, llevaba al brazo
la novia que no vuelve.

12 mayo, 1887

ENVILECE, DEVORA...

ENVILECE, devora, enferma, embriaga
la vida de ciudad: se come el ruido,
como un corcel la yerba, la poesía.
Estréchanse en las casas la apretada
gente, como un cadáver en su nicho:
y con penoso paso por las calles
pardas, se arrastran hombres y mujeres
tal como sobre el fango los insectos,
secos, airados, pálidos, canijos.

Cuando los ojos, del astral palacio
de su interior, a la ciudad convierte
el alma heroica, no en batallas grandes
piensa, ni en templos cóncavos, ni en lides
de la palabra centelleante: piensa
en abrazar, como un haz, los pobres
y adonde el aire es puro, y el sol claro
y el corazón no es vil, volar con ellos.

A LA PALABRA

ALMA que me transportas:
voz desatada
que a las almas ajenas
llevas mi alma;
cinta, cinta de fuego
que pura y rauda
a los sueltos humanos
alegras y atas; —

pastora, y pastorcilla
enamorada,
que junto al blanco y húmedo
rebaño canta;
árabe, árabe fiero —
que en su dorada
hacanea parece
volante llama; —
león, león rugiente
de la montaña
que como alud de oro
al valle baja, —
v en el villano impuro
la garra clava, —
y en el dormido alumbra
el sol del alma; —
lira, lira imponente
en la más alta
cúspide de la tierra
serena, alzada, —
en dos troncos de robles
corvos las blandas
cuerdas mordiendo, y trenzas
de rosas blancas
de los hilos sonoros
sueñas al aura,
cantando con pasmosas
hercúleas cántigas,
de los dioses del cielo
y tierra hazañas,
v en himnos sin medida,
como las almas,
esparciendo a las nubes
la esencia humana,
que en lento giro asciende
de la batalla.

A UN JOVEN MUERTO

Para no sé qué corona fúnebre

¡VEDLE! En la seca garganta
apagada está la nota:
el brazo ya no levanta
la copa de oro, que rota

por la mística muerte,
en la pálida mano mal huida
sus myosotis y sus violetas vierte
mustias al pie del luchador sin vida.
Niños, que vais con el arma
cargada y luciente al hombro, —
al soldado que desarma
muerte importuna, al escombro
de un águila aposento
ayer, y hueco ahora,
interrogad, y osado
su misión preguntad y cumplimiento
a su obra rota dad: ¡así se llora!

M A R Z O

VUELVO a ti, pluma fiel. De la desdicha
más que de la ventura nace el verso.
Marzo fatal sobre la tierra cruza,
marzo envidioso: corta la erizada
ala la nube que al encuentro boga
de abril, su rival: y el riego mismo
que flotante vapor, del flanco abierto
echa a raudales, con mayor frescura
adorna a abril: ¡así con lo que hiere,
gloria mayor da con su envidia!

Vibra el aire y retumba. Desaladas
huyen las nubes. Adereza la onda
el rápido granizo. Sus caballos
negros desboca el huracán. Sacude
el invierno la barba... ¡Inflama el fuego
los cráteres dormidos! En los cauces
rompiendo su cristal el agua asoma
a ver pasar el sol: ¡renace el mundo!
Se oye a lo lejos galopar la nieve.
Batalla es el espacio: perseguida
por el viento brutal, a mis ventanas
temblando llama y persiste la lluvia.
De la fealdad del hombre a la belleza
del Universo asciendo: bien castiga
el hombre a quien lo busca; bien consuela
del hombre ingrato y de su influjo pasajero
la tristeza sublime. ¡En sus radiosas
alas levanta el alma la tristeza
con majestad de los reyes no salida!

De codos en mi mesa hundirse miro
bajo el capuz del aire, como artesa
de aguas turbias el mundo: alas y brazos
flotan acá y allá, revueltos luego
en la creciente oscuridad: ¡resbalan
sobre las crestas erizadas, como
chispas de luz, las almas de los niños!

De la fealdad del hombre a la belleza
del Universo asciendo; ¡en sus radiantes
el hombre preso queda al Universo!
No me duele la herida; no me duelen
los dientes de los hombres: más triunfante
muestra el alma su luz por la hendidura.
Quien el vaso de fuego muerde airado
nuevas lenguas le da: la llama herida
revienta en flor de llama; a cada diente,
un pétalo de luz: ¡esos florones
de fuego immaculado, que en la armoniosa
sombra, la marcha mística del cielo
con sus llamas dolientes iluminan!
El dolor es la fuerza: la hermosura
perfecta es el dolor: como de un crimen
se sufre de gozar: como una mancha
queda en el cuerpo el beso victorioso
de la mujer astuta: triste y vano
es el aplauso con que el hombre premia
al que lo halaga o doma; y cuando el mundo,
cual Mesalina de gozar cansada,
revela su fealdad, el alma en fuga
crece y luce al volar, abre el espanto
claridades magníficas, el gozo
corrompe el alma, — ¡y el dolor la eleva!
Hoy es marzo, dolor ¡y abril mañana!

A B R I L

JUEGA el viento de abril gracioso y leve
con la cortina azul de mi ventana:
da todo el sol de abril sobre la ufana
niña que pide al sol que se la lleve.

En vano el sol contemplará tendidos
hacia su luz sus brazos seductores,
estos brazos donde cuelgan las flores
como en las ramas cuelgan los nidos.

También el sol, también el sol, ha amado
y como todos los que amamos, sonriente
puede llevar la luz sobre la frente,
pero lleva la muerte en el costado.

TIENES EL DON

TIENES el don, tienes el verso, tienes
todo el valor de ti, tienes la altiva
resolución que arrostra y que cautiva
y llama las coronas a las sienas.

Tienes la fuga, el verbo, los desdenes
divinos de quien es, y el habla viva
de quien cruza la tierra cielo arriba
y ni adula al feliz, ni aguarda bienes.

— ¡Pero no tengo el impudor odioso
de enseñar mis entrañas derretidas
en estuche de verso recamado!

Viva mi nombre oscuro y en reposo
si he de comprar las palmas perseguidas
sacando al viento mi dolor sagrado.

BIEN: YO RESPETO

BIEN: yo respeto
a mi modo brutal, un modo manso
para los infelices e implacable
con los que el hambre y el dolor desdeñan,
y el sublime trabajo; yo respeto
la arruga, el callo, la joroba, la hosca
y flaca palidez de los que sufren.
Respeto a la infeliz mujer de Italia,
pura como su cielo, que en la esquina
de la casa sin sol donde devoro
mis ansias de belleza, vende humilde
piñas dulces y pálidas manzanas.
Respeto al buen francés, bravo, robusto,
rojo como su vino, que con luces
de bandera en los ojos, pasa en busca
de pan y gloria al Istmo donde muere.

DE MIS TRISTES ESTUDIOS...

DE mis tristes estudios, de mis sombras
nauseabundas y bárbaras, resurjo
lleno el pecho jovial de un amor loco
por la mujer hermosa y la poesía:
¡siempre juntas las dos! Dos ojos negros,
a mí que no ando en cuerpos, o ando apenas
como una antorcha en las tinieblas, vuelven
a mí aterrado espíritu la vida:
¡dos ojos negros, que entreví, pasando,
ya hacia la noche, ante una puerta oscura!

SIEMPRE QUE HUNDO LA MENTE...

SIEMPRE que hundo la mente en libros graves
la saco con un haz de luz de aurora:
yo percibo los hilos, la juntura,
la flor del Universo: yo pronuncio
pronta a nacer una inmortal poesía.
No de dioses de altar ni libros viejos
no de flores de Grecia, repintadas
con menjurjes de moda, no con rastros
de rastros, no con lívidos despojos
se amansará de las edades muertas:
sino de las entrañas exploradas
del Universo, surgirá radiante
con la luz y las gracias de la vida.
Para vencer, combatirá primero:
e inundará de luz, como la aurora. —

OBRA Y AMOR

LA obra — delante, y el amor — adentro: —
y el amor, remolino avaricioso,
el alma entera arrastra al hondo centro;
la obra perece — y el amor celoso,
luego que por su culpa el hombre yerra,
con culpa y sin vigor lo deja en tierra.

VERSOS VARIOS

(Selección)

TAMANACO, DE PLUMAS CORONADO

TAMANACO, de plumas coronado
está en mitad del rústico vallado.
Tras cañas y maderas,
en forma de hombres se levantan fieras
con cabeza y con pecho y pies de hierro.
Las cañas rompen: salta al circo un perro,
del hombre de las plumas la macana
hace en el aire hueco herida vana;
el brazo, desprendido
al golpe inútil, cuélgale tendido:
crujen tres de las cercas inseguras
de sabroso placer las armaduras:
en la sangre del indio derribado
el hondo hocico el perro ha sepultado:
y aún resuena en la tierra americana
el golpe vago de la infiel macana;
y en el cuerpo del indio aún muerde el perro.

EN ESTAS PALIDAS TIERRAS

EN estas pálidas tierras,
¡oh niña!, en silencio muero.
Como la queja deshonra,
yo no me quejo.

Del mutuo amor de los hombres
el magnífico concierto,
de la pasión — nuestra vida —
no escucho el eco.

Como una bestia encorvada,
a un yugo vil, aro, y ruego,
y como un águila herida
muero en silencio.

EN UN DULCE ESTUPOR...

EN un dulce estupor soñando estaba
con las bellezas de la tierra mía:
fuera, el invierno lívido gemía,
y en mi cuarto sin luz el sol brillaba.

La sombra sobre mí centelleaba
como un diamante negro, y yo sentía
que la frente soberbia me crecía,
y que un águila al cielo me encumbraba.

Iba hinchando este gozo el alma oscura,
cuando me vi de súbito estrechado
contra el seno fatal de una hermosura:

y al sentirme en sus brazos apretado,
me pareció rodar desde una altura
y rodar por la tierra despeñado.

4 de octubre.

A ADELAIDA BARALT

AYER, linda Adelaida, en la pluviosa
mañana, vi brillar un soberano
árbol de luz en flor, — ¡ay! un cubano
floral, — nave perdida en mar brumosa.

Y en sus ramas posé, como se posa,
loco de luz y hambriento de verano,
un viejo colibrí, sin pluma y cano
sobre la rama de un jazmín en rosa.

¡Mas parto, el ala triste! cruzo el río,
y hallo a mi padre audaz, nata y espejo
de ancianos de valor, enfermo y frío.

De nostalgia y de lluvia: ¿cómo dejo
por dar, linda Adelaida, fuego al mío,
sin fuego y solo el corazón del viejo?

A MARIA LUISA PONCE DE LEON

.

Me ha dicho un colibrí, linda María,
que están todos colgados de azahares
los tristes ¡ay! los mágicos palmares,
en que mi patria es bella todavía.

Me ha dicho que, de lágrimas cargado
de los que te queremos, el aleve
mar va a llevarte lejos de la nieve,
en silencio, en silencio enamorado.

Yo no sé si el misterio de las almas
sube, cual himno muerto, al aire vago,
ni si en tanta viudez y en tanto estrago
tienen aún penachos nuestras palmas.

Yo no sé si aún las aves hacen nido
en los árboles nuestros, ni si el cielo
es como antes azul, y cubre el suelo
la yerba, mensajera del olvido.

Pero ¡oh niña sin ira y sin enojos!
tú, que vas a saber cómo es la aurora,
¡lleva a mi tierra, donde se odia y llora,
la sublime piedad que hay en tus ojos!

Nueva York, 5 de enero de 1887.

LOS ZAPATICOS DE ROSA ¹

A mademoiselle Marie: José Martí

HAY sol bueno y mar de espuma,
y arena fina, y Pilar
quiere salir a estrenar
su sombrerito de pluma.

—“¡Vaya la niña divina!”
dice el padre, y le da un beso:
—“¡Vaya mi pájaro preso
a buscarme arena fina!”

—“Yo voy con mi niña hermosa”,
le dijo la madre buena:
“¡No te manches en la arena
los zapaticos de rosa!”

Fueron las dos al jardín
por la calle del laurel:
la madre cogió un clavel
y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,
con aro, y balde y paleta:
el balde es color violeta:
el aro es color de fuego.

Vienen a verlas pasar:
nadie quiere verlas ir:
la madre se echa a reír,
y un viejo se echa a llorar.

El aire fresco despeina
a Pilar, que viene y va
muy oronda: “¡Di, mamá!
¿Tú sabes qué cosa es reina?”

¹ Apareció este poema en el número 3 de *La Edad de Oro* (New York, septiembre de 1889), “publicación mensual de recreo e instrucción dedicada a los niños de América”, por lo que pudiera incluirse en la sección de este volumen reservada a la “Novela y literatura para niños”. No hemos querido, sin embargo, romper las unidades de verso y prosa en que se divide nuestra selección. “Mademoiselle Marie” es María Mantilla, hija de Carmen Miyares de Mantilla, que a la sazón tenía ocho años. (*N. de C. V.*)

Y por si vuelven de noche
de la orilla de la mar,
para la madre y Pilar
manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda:
todo el mundo está en la playa:
lleva espejuelos el aya
de la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
que salió en la procesión
con tricornio y con bastón,
echando un bote a la mar.

¡Y qué mala, Magdalena,
con tantas cintas y lazos,
a la muñeca sin brazos
enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
sentadas con los señores,
las señoras, como flores,
debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
tan serios, muy triste el mar:
¡lo alegre es allá, al doblar,
en la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
mejor allá en la barranca,
y que la arena es muy blanca
donde están las niñas solas.

Pilar corre a su mamá:
—“¡Mamá, yo voy a ser buena:
déjame ir sola a la arena:
allá, tú me ves, allá!”

—“¡Esta niña caprichosa!
No hay tarde que no me enojos:
anda, pero no te mojes
los zapatitos de rosa.”

Le llega a los pies la espuma:
gritan alegres las dos:
y se va, diciendo adiós,
la del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy lejos!
las aguas son más salobres,
donde se sientan los pobres,
donde se sientan los viejos!

Se fue la niña a jugar,
la espuma blanca bajó,
y pasó el tiempo, y pasó
un águila por el mar.

Y cuando el sol se ponía
detrás de un monte dorado,
un sombrero callado
por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
para andar: ¿qué es lo que tiene
Pilar, que anda así, que viene
con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
por qué le cuesta el andar;
—“¿Y los zapatos, Pilar,
los zapaticos de rosa?”

—“¡Ah, loca! ¿en dónde estarán?
¡Di, dónde, Pilar!” — “Señora”
dice una mujer que llora:
“¡están conmigo: aquí están!”

—“Yo tengo una niña enferma
que llora en el cuarto oscuro,
y la traigo al aire puro
a ver el sol, y a que duerma.

“Anoche soñó, soñó
con el cielo, y oyó un canto:
me dio miedo, me dio espanto,
y la traje, y se durmió.

“Con sus dos brazos menudos
estaba como abrazando;
y yo mirando, mirando
sus piecitos desnudos.

“Me llegó al cuerpo la espuma,
alcé los ojos, y vi
esta niña frente a mí
con su sombrero de pluma.

— “¡Se parece a los retratos
tu niña!” dijo: “¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡Si quisiera! ...
¿Y por qué está sin zapatos?”

“Mira: ¡la mano le abrasa,
y tiene los pies tan fríos!
¡Oh, toma, toma los míos;
yo tengo más en mi casa!”

“No sé bien, señora hermosa,
lo que sucedió después:
¡Le vi a mi hijita en los pies
los zapaticos de rosa!”

Se vio sacar los pañuelos
a una rusa y a una inglesa;
el aya de la francesa
se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos:
se echó Pilar en su pecho,
y sacó el traje deshecho,
sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
de la enferma la señora:
¡no quiere saber que llora
de pobreza una mujer!

— “¡Sí, Pilar, dáselo! ¡Y eso
también! ¡Tu manta! ¡Tu anillo!”
Y ella le dio su bolsillo:
le dio el clavel, le dio un beso.

Vuelven calladas de noche
a su casa del jardín:
y Pilar va en el cojín
de la derecha del coche.

Y dice una mariposa
que vio desde su rosal
guardados en un cristal
los zapaticos de rosa.

A MELITINA AZPEITIA

No sé, Melitina hermana,
que en este mundo haya cosa
como la mañana hermosa
en una selva cubana.

Primero es perla dormida
que va despertando al coro,
y luego la perla es oro,
y luego fragua encendida.

Prenden el cielo cambiante
vivas llamaradas rojas;
el sol, por entre las hojas,
reluce como un diamante.

Mas calla de pronto, calla
la Naturaleza toda;
cesa con susto de boda
la magnífica batalla.

Y por el claro horizonte,
y por la pálida tierra,
vibra, cual canto de guerra,
la voz del clarín del monte...

Selva es mi Cuba, arropada
entre tristísimos velos;
selva que ya ve en los cielos
la luz de la madrugada.

Y tú, Melitina mía,
con tu voz dulce y sonora,
eres el clarín de aurora
de nuestra selva sombría.

PARA CECILIA GUTIERREZ NAJERA Y MAILLEFERT

EN la cuna sin par nació la airosa
niña de honda mirada y paso leve,
que el padre le tejió de milagrosa
música azul y clavellín de nieve.

Del sol voraz y de la cumbre andina,
con mirra nueva, el séquito de bardos
vino a regar sobre la cuna fina
olor de myosotis y luz de nardos.

A las pálidas alas del arpegio,
preso del cinto a la trenzada cuna,
colgó liana sutil el bardo regio
de ópalo tenue y claridad de luna.

A las trémulas manos de la ansiosa
madre feliz, para el collar primero,
virtió el bardo creador la pudorosa
perla y el iris de su ideal joyero.

De su menudo y fúlgido palacio
surgió la niña mística, cual sube,
blanca y azul, por el solemne espacio,
lleno el seno de lágrimas, la nube.

Verdes los ojos son de la hechicera
niña, y en ellos tiembla la mirada
cual onda virgen de la mar viajera
presa al pasar en concha nacarada.

Fina y severa como el arte grave,
alísea planta en la existencia apoya,
y el canto tiene y la inquietud del ave,
y su mano es el hueco de una joya.

Niña: si el mundo infiel al bardo airoso
las magias roba con que orló tu cuna,
tú le ornarás de nuevo el milagroso
verso de ópalo tenue y luz de luna.

México, agosto de 1894.

UN NIÑO, DE SU CARIÑO

UN niño, de su cariño,
me dio un beso tan sincero
que al morir, si acaso muero,
sentiré el beso del niño.

[1895.]

A SERAFIN SANCHEZ

MI señor don Serafín:
¿conque muerto, y no sé qué
más, y que ya piensa usted
que "mi amor llegó a su fin"?

Si lo piensa, mal pensó;
lo que pasa, lo que sí
es gran verdad, es que aquí
no hay más que un muerto, y soy yo.

De tanto ver padecer
sin ver cómo consolar,
y tanto amargo llorar
donde no lo dejo ver;

de tanto esperar en vano
con el corazón deshecho
que le vuelva el alma al pecho
al triste pueblo cubano;

de tanto mover la pluma
por obligación y oficio,
sin más fruto y beneficio
que un poco de pan y espuma;

de tanto esforzar los bríos
que — siguiendo el noble ejemplo
de un don Serafín, retiemple
más, mientras más son los fríos;

de tanto avivar la fe
que se muere, o que se esconde,
de tanto cuidar adonde
nadie cuida, y nadie ve;

de tanto alzar con mis manos
pobres, oscuras y solas,
sobre la hiel y las olas,
casa igual a mis cubanos;

de tanto esperar — ¡es cierto
que lo espero cada un día! —
que acabe al fin la agonía
en el reposo del muerto,

me entran como temporales
de Silencio — precursor
de aquel silencio mayor
donde todos son iguales.

Sólo para mi deber
de vivir como hombre honrado,
tiene el brazo, fatigado
de escribir, sangre y poder.

Y luego de hacer el pan
con el dolor cotidiano,
muerta la pluma en la mano,
me envuelvo en el huracán.

Dura un mes, dura dos meses
el silencio extraño, y luego
renace, con nuevo fuego
el campo, y con nuevas mieses.

Y en cada espiga del trigo
de estas penosas cosechas
verá, quien mire a derechas:
“Don Serafín es mi amigo”.

Le cuentan juntos los granos —
juntos, en sabios letreros:
¿para qué somos sinceros?
¿para qué somos cubanos?

¿Para quién, en estas pascuas?
¿Para quién, en esta hiel,
pensando en Carlos Manuel,
compré un vapor en las pascuas?

Rojo de puro coraje,
así me dice el vapor:
pero, mi amigo y señor,
¿cuándo emprendemos el viaje?

Y yo pensando en la espuma
que lleva al Cayo querido,
por Carlos Manuel vencido,
vuelvo la vista a la pluma.

Adiós. El vapor irá
en la semana que viene:
ya lo tiene, ya lo tiene
un amigo que se va.

Y de mí le he de decir
que en seguirlo, sereno,
sin miedo al rayo ni al trueno
elaboro el porvenir.

Su

JOSÉ MARTÍ

Feb. 21, 1895.

NOVELA
Y
LITERATURA PARA NIÑOS

LUCIA JEREZ¹

1

A ADELAIDA BARALT

DE una novela sin arte
la comisión ahí le envió:
¡bien haya el pecado mío,
ya que a Vd. le deja parte!

Cincuenta y cinco fue el precio:
la quinta es de Vd.: la quinta
de cincuenta y cinco, pinta
once, si yo no soy necio.

¹ A petición de una amiga, Adelaida Baralt, escribió Martí —“durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres”— su única novela, *Amistad funesta*, publicada con el seudónimo de Adelaida Ral en varias entregas de *El Latino Americano* (Nueva York, 1885). Ocurrió esto durante el amargo período de retiramiento político (1884-1887) que sucedió a la grave desavenencia con los generales Gómez y Maceo, quienes fraguaban planes revolucionarios con los que Martí no estuvo de acuerdo. Por el borrador de un proyectado prólogo sabemos que alguna vez pensó editar dicha novela con el nombre de la protagonista, que es el que aquí preferimos: *Lucía Jerez*. Allí el autor la llama “noveluca”, la considera “inútil”, la califica de “grandísima culpa” y dice de sí mismo en tercera persona:

Ya él sabe bien por dónde va, profundo como un bisturí y útil como un médico, la novela moderna. El género no le place, sin embargo, porque hay mucho que fingir en él, y los goces de la creación artística no compensan el dolor de moverse en una ficción prolongada; con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás. Menos que todas, tienen derecho a la atención novelas como ésta, de puro cuento, en las que no es dado tender a nada serio.

Para alivio de desgracias
¡sea!: de lo que yo no quiero
aliviarme es del sincero
deber de darle las gracias.

JOSÉ MARTÍ

2

QUIEN HA ESCRITO esta noveluca, jamás había escrito otra antes, lo que de sobra conocerá el lector sin necesidad de este proemio, ni escribirá probablemente otra después. En una hora de desocupación, le tentó una oferta de esta clase de trabajo: y como el autor es persona trabajadora, recordó un suceso acontecido en la América del Sur en aquellos días, que pudiera ser base para la novela hispanoamericana que se deseaba, puso mano a la pluma, evocó al correr de ella sus propias observaciones y recuerdos, y sin alarde de trama ni plan seguro, dejó rasguear la péñola, durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres, tras de los cuales estaba lista con el nombre de *Amistad funesta* la que hoy con el nombre de *Lucía Jerez*, sale nuevamente al mundo. Ni es más, ni es menos. Se publica en libro, porque así lo desean los que sin duda no lo han leído. El autor, avergonzado, pide excusa. Ya él sabe bien por dónde va, profundo como un bisturí y útil como un médico, la novela moderna. El género no le place, sin embargo, porque hay mucho que fingir en él, y los goces de la creación artística no compensan el dolor de moverse en una ficción prolongada; con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás. Menos que todas, tienen derecho a la atención novelas como ésta, de puro cuento, en las que no es dado tender a nada serio, porque esto, a juicio de editores, aburre a la gente lectora; ni siquiera es lícito, por lo llano de los tiempos, levantar el espíritu del público con hazañas de caballero y de héroes, que han venido a ser personas muy fuera de lo real y del buen gusto. Lean, pues, si quieren, los que lo culpen, este libro; que el autor ha procurado hacerse perdonar con algunos detalles; pero sepan que el autor piensa muy mal de él. Lo cree inútil; y lo lleva sobre sí como una grandísima culpa. Pequé, Señor, pequé, sean humanitarios, pero perdónenmelo. Señor: no lo haré más.

El asunto, dice, se lo dio "un suceso ocurrido en la América del Sur en aquellos días", unido a la evocación de "sus propias observaciones y recuerdos". Puntualiza también más adelante los requisitos del encargo:

En la novela había de haber mucho amor; alguna muerte; muchas muchachas, ninguna pasión pecaminosa; y nada que no fuese del mayor agrado de los padres de familia y de los señores sacerdotes. Y había de ser hispanoamericana. (N. de C. V.)

Yo quiero ver al valiente que saca de los¹ una novela buena.

En la novela había de haber mucho amor; alguna muerte; muchas muchachas, ninguna pasión pecaminosa; y nada que no fuese del mayor agrado de los padres de familia y de los señores sacerdotes. Y había de ser hispano-americana.²

Juan empezó con mejores destinos que los que al fin tiene, pero es que en la novela cortó su carrera cierta prudente observación, y hubo que convertir en mero galán de amores al que nació en la mente del novelador dispuesto a más y a más altas empresas (grandes) hazañas. Ana ha vivido, Adela también. Sol ha muerto.³

Y Lucía, la ha matado. Pero ni a Sol ni a Lucía ha conocido de cerca el autor. A don Manuel, sí, y a Manuelillo y a doña Andrea así como a la propia directora.⁴

¹ Palabra ininteligible.

² Siguen cuatro palabras ininteligibles.

³ Hay una palabra ininteligible.

⁴ Hay varias palabras ininteligibles al margen de la hoja.

CAPITULO I

UNA FRONDOSA magnolia, podada por el jardinero de la casa con manos demasiado académicas, cubría aquel domingo por la mañana con su sombra a los familiares de la casa de Lucía Jerez. Las grandes flores blancas de la magnolia, plenamente abiertas en sus ramas de hojas delgadas y puntiagudas, no parecían, bajo aquel cielo claro y en el patio de aquella casa amable, las flores del árbol, sino las del día, ¡esas flores inmensas e inmaculadas, que se imaginan cuando se ama mucho! El alma humana tiene una gran necesidad de blancura. Desde que lo blanco se oscurece, la desdicha empieza. La práctica y conciencia de todas las virtudes, la posesión de las mejores cualidades, la arrogancia de los más nobles sacrificios, no bastan a consolar el alma de un solo extravío.

Eran hermosas de ver, en aquel domingo, en el cielo fulgente, la luz azul, y por entre los corredores de columnas de mármol, la magnolia elegante, entre las ramas verdes, las grandes flores blancas y en sus mecedoras de mimbre, adornadas con lazos de cinta, aquellas tres amigas, en sus vestidos de mayo: Adela, delgada y locuaz, con un ramo de rosas Jacqueminot al lado izquierdo de su traje de seda crema; Ana, ya próxima a morir, prendida sobre el corazón enfermo, en su vestido de muselina blanca, una flor azul sujeta con unas hebras de trigo; y Lucía, robusta y profunda, que no llevaba flores en su vestido de seda carmesí, "porque no se conocía aún en los jardines la flor que a ella le gustaba: ¡la flor negra!".

Las amigas cambiaban vivazmente sus impresiones de domingo. Venían de misa; de sonreír en el atrio de la catedral a sus parientes y conocidos; de pasear por las calles limpias, esmaltadas de sol, como flores desatadas sobre una bandeja de plata con dibujos de oro. Sus amigas, desde las ventanas de sus casas grandes y antiguas, las habían saludado al pasar. No había mancebo

elegante en la ciudad que no estuviese aquel mediodía por las esquinas de la calle de la Victoria. La ciudad, en esas mañanas de domingo, parece una desposada. En las puertas, abiertas de par en par, como si en ese día no se temiesen enemigos, esperan a los dueños los criados, vestidos de limpio. Las familias, que apenas se han visto en la semana, se reúnen a la salida de la iglesia para ir a saludar a la madre ciega, a la hermana enferma, al padre achacoso. Los viejos ese día se remozan. Los veteranos andan con la cabeza más erguida, muy luciente el chaleco blanco, muy bruñido el puño del bastón. Los empleados parecen magistrados. A los artesanos, con su mejor chaqueta de terciopelo, sus pantalones de dril muy planchado y su sombrero de castor fino, da gozo verlos. Los indios, en verdad, descalzos y mugrientos, en medio de tanta limpieza y luz, parecen llagas. Pero la procesión lujosa de madres fragantes y niñas galanas continúa, sembrando sonrisas por las aceras de la calle animada; y los pobres indios, que la cruzan a veces, parecen gusanos prendidos a trechos en una guirnalda. En vez de las carretas de comercio o de las arrias de mercaderías, llenan las calles, tirados por caballos altivos, carruajes lucientes. Los carruajes mismos, parece que van contentos, y como de victoria. Los pobres mismos, parecen ricos. Hay una quietud magna y una alegría casta. En las casas todo es algazara. Los nietos ¡qué ir a la puerta, y aturdir al portero, impacientes por lo que la abuela tarda! Los maridos ¡qué celos de la misa, que se les lleva, con sus mujeres queridas, la luz de la mañana! La abuela, ¡cómo viene cargada de chucherías para los nietos, de los juguetes que fue reuniendo en la semana para traerlos a la gente menor hoy domingo, de los mazapanes recién hechos que acaba de comprar en la dulcería francesa, de los caprichos de comer que su hija prefería cuando soltera, qué carruaje el de la abuela, que nunca se vacía! Y en la casa de Lucía Jerez no se sabía si había más flores en la magnolia, o en las almas.

Sobre un costurero abierto, donde Ana al ver entrar a sus amigas puso sus enseres de coser y los ajuares de niño que regalaba a la Casa de Expósitos, habían dejado caer Adela y Lucía sus sombreros de paja, con cintas semejantes a sus trajes, revueltas como cervatillos que retozan. ¡Dice mucho, y cosas muy traviesas, un sombrero que ha estado una hora en la cabeza de una señorita! Se le puede interrogar, seguro de que responde: ¡de algún elegante caballero, y de más de uno, se sabe que ha robado a hurtadillas una flor de un sombrero, o ha besado sus cintas largamente, con un beso entrañable y religioso! El sombrero de Adela era ligero y un tanto extravagante, como de niña que es capaz de enamorarse de un tenor de ópera: el de Lucía era un sombrero arrogante y amenazador: se salían por el borde del costurero las cintas carmesíes, enroscadas sobre el sombrero de Adela como una boa sobre una tórtola: del fondo de seda negro, por los reflejos de un rayo de sol que filtraba oscilando por una rama de la magnolia, parecían salir llamas.

Estaban las tres amigas en aquella pura edad en que los caracteres todavía no se definen: ¡ay, en esos mercados es donde suelen los jóvenes generosos, que van en busca de pájaros azules, atar su vida a lindos vasos de

carne que a poco tiempo, a los primeros calores fuertes de la vida, enseñan la zorra astuta, la culebra venenosa, el gato frío e impasible que les mora en el alma!

La mecedora de Ana no se movía, tal como apenas en sus labios pálidos la afable sonrisa: se buscaban con los ojos las violetas en su falda, como si siempre debiera estar llena de ellas. Adela no sin esfuerzo se mantenía en su mecedora, que unas veces estaba cerca de Ana, otras de Lucía, y vacía las más. La mecedora de Lucía, más echada hacia adelante que hacia atrás, cambiaba de súbito de posición, como obediente a un gesto enérgico y contenido de su dueña.

—Juan no viene: ¡te digo que Juan no viene!

—¿Por qué, Lucía, si sabes que si no viene te da pena?

—¿Y no te pareció Pedro Real muy arrogante? Mira, mi Ana, dame el secreto que tú tienes para que te quiera todo el mundo: porque ese caballero, es necesario que me quiera.

En un reloj de bronce labrado, embutido en un ancho plato de porcelana de ramos azules, dieron las dos.

—Lo ves, Ana, lo ves; ya Juan no viene. —Y se levantó Lucía; fue a uno de los jarrones de mármol colocados entre cada dos columnas, de las que de un lado y otro adornaban el sombreado patio; arrancó sin piedad de su tallo lustroso una camelia blanca, y volvió silenciosa a su mecedora, royéndole las hojas con los dientes.

—Juan viene siempre, Lucía.

Asomó en este momento por la verja dorada que dividía el zaguán de la antesala que se abría al patio, un hombre joven, vestido de negro, de quien se despedían con respeto y ternura uno de mayor edad, de ojos benignos y poblada barba, y un caballero entrado en largos años, triste, como quien ha vivido mucho, que retenía con visible placer la mano del joven entre las suyas:

—Juan, ¿por qué nació usted en esta tierra?

—Para honrarla si puedo, don Miguel, tanto como usted la ha honrado.

Fue la emoción visible en el rostro del viejo; y aún no había desaparecido del zaguán, de brazo del de la buena barba, cuando Lucía, demudado el rostro y temblándole en las pestañas las lágrimas, estaba en pie, erguida con singular firmeza, junto a la verja dorada, y decía, clavando en Juan sus dos ojos imperiosos y negros:

—Juan, ¿por qué no habías venido?

Adela estaba prendiendo en aquel momento en sus cabellos rubios un jazmín del Cabo.

Ana cosía un lazo azul a una gorrita de recién nacido, para la Casa de Expósitos.

—Fui a rogar —respondió Juan sonriendo dulcemente— que no apremiasen por la renta de este mes a la señora del Valle.

—¿A la madre de Sol?, ¿de Sol del Valle?

Y pensando en la niña de la pobre viuda, que no había salido aún del colegio, donde la tenía por merced la Directora, se entró Lucía, sin volver

ni bajar la cabeza, por las habitaciones interiores, en tanto que Juan, que amaba a quien lo amaba, la seguía con los ojos tristemente.

Juan Jerez era noble criatura. Rico por sus padres, vivía sin el encogimiento egoísta que deslucen tanto a un hombre joven, mas sin aquella angustiosa abundancia, siempre menor que los gastos y apetitos de sus dueños, con que los ricuelos de poco sentido malgastan en empleos estúpidos, a que llaman placeres, la hacienda de sus mayores. De sí propio, y con asiduo trabajo, se había ido creando una numerosa clientela de abogado, en cuya engañosa profesión, entre nosotros perniciosamente esparcida, le hicieron entrar, más que su voluntad, dada a más activas y generosas labores, los deseos de su padre, que en la defensa de casos limpios de comercio había acrecentado el haber que aportó al matrimonio su esposa. Y así Juan Jerez, a quien la Naturaleza había puesto aquella coraza de luz con que reviste a los amigos de los hombres, vino, por esas preocupaciones legendarias que desfloran y tuercen la vida de las generaciones nuevas en nuestros países, a pasar, entre lances de curia que a veces le hacían sentir ansias y vuelcos, los años más hermosos de una juventud sazónada e impaciente, que veía en las desigualdades de la fortuna, en la miseria de los infelices, en los esfuerzos estériles de una minoría viciada por crear pueblos sanos y fecundos, de soledades tan ricas como desiertas, de poblaciones cuantiosas de indios míseros, objeto más digno que las controversias forenses del esfuerzo y calor de un corazón noble y viril.

Llevaba Juan Jerez en el rostro pálido, la nostalgia de la acción, la luminosa enfermedad de las almas grandes, reducida por los deberes corrientes o las imposiciones del azar a oficios pequeños; y en los ojos llevaba como una desolación, que sólo cuando hacía un gran bien, o trabajaba en pro de un gran objeto, se le trocaba, como un rayo de sol que entra en una tumba, en centelleante júbilo. No se le dijera entonces un abogado de estos tiempos, sino uno de aquellos trovadores que sabían tallarse, hartos ya de sus propias canciones, en el mango de su guzla, la empuñadura de una espada. El fervor de los cruzados encendía en aquellos breves instantes de heroica dicha su alma buena; y su deleite, que le inundaba de una luz parecida a la de los astros, era sólo comparable a la vasta amargura con que reconocía, a poco que en el mundo no encuentran auxilio, sino cuando convienen a algún interés que las vicia, las obras de pureza. Era de la raza selecta de los que no trabajan para el éxito, sino contra él. Nunca, en esos pequeños pueblos nuestros donde los hombres se encorvan tanto, ni a cambio de provechos ni de vanaglorias cedió Juan un ápice de lo que creía sagrado en sí, que era su juicio de hombre y su deber de no ponerlo con ligereza o por paga al servicio de ideas o personas injustas; sino que veía Juan su inteligencia como una investidura sacerdotal, que se ha de tener siempre de manera que no noten en ella la más pequeña mácula los feligreses; y se sentía Juan, allá en sus determinaciones de noble mozo, como un sacerdote de todos los hombres, que uno a uno tenía que ir dándoles perpetua cuenta, como si fuesen sus dueños, del buen uso de su investidura.

Y cuando veía que, como entre nosotros sucede con frecuencia, un hombre joven, de palabra llameante y talento privilegiado, alquilaba por la paga o por el puesto aquella insignia divina que Juan creía ver en toda superior inteligencia, volvía los ojos sobre sí como llamas que le quemaban, tal como si viera que el ministro de un culto, por pagarse la bebida o el juego, vendiese las imágenes de sus dioses. Estos soldados mercenarios de la inteligencia lo tachaban por eso de hipócrita, lo que aumentaba la palidez de Juan Jerez, sin arrancar de sus labios una queja. Y otros decían, con más razón aparente —aunque no en el caso de él— que aquella entereza de carácter no era grandemente meritoria en quien, rico desde la cuna, no había tenido que bregar por abrirse camino, como tantos de nuestros jóvenes pobres, en pueblos donde por viejas tradiciones coloniales se da a los hombres una educación literaria, y aun ésta descosida e incompleta, que no halla luego natural empleo en nuestros países despoblados y rudimentarios, exuberantes, sin embargo, en fuerzas vivas, hoy desaprovechadas o trabajadas apenas, cuando para hacer prósperas a nuestras tierras y dignos a nuestros hombres no habría más que educarlos de manera que pudiesen sacar provecho del suelo providísimo en que nacen. A manejar la lengua hablada y escrita les enseñan, como único modo de vivir, en pueblos en que las artes delicadas que nacen del cultivo del idioma no tienen el número suficiente, no ya de consumidores, de apreciadores siquiera, que recompensen, con el precio justo de estos trabajos exquisitos, la labor intelectual de nuestros espíritus privilegiados. De modo que, como con el cultivo de la inteligencia vienen los gustos costosos, tan naturales en los hispanoamericanos como el color sonrosado en las mejillas de una niña quinceña; como en las tierras calientes y floridas, se despierta temprano el amor, que quiere casa, y lo mejor que haya en la ebannería para amueblarla, y la seda más joyante y la pedrería más rica para que a todos maraville y encele su dueña; como la ciudad, infecunda en nuestros países nuevos, retiene en sus redes suntuosas a los que fuera de ella no saben ganar el pan, ni en ella tienen cómo ganarlo, a pesar de sus talentos, bien así como un pasmoso cincelador de espadas de taza, que sabría poblar éstas de castellanas de larga amazona desmayadas en brazos de guerreros fuertes, y otras sutiles lindezas en plata y en oro, no halla empleo en un villorrio de gente labriega, que vive en paz, o al puñal o a los puños remite el término de sus contiendas; como con nuestras cabezas hispanoamericanas, cargadas de ideas de Europa y Norteamérica, somos en nuestros propios países a manera de frutos sin mercado, cual las excrescencias de la tierra, que le pesan y estorban, y no como su natural florecimiento, sucede que los poseedores de la inteligencia, estéril entre nosotros por su mala dirección, y necesitados para subsistir de hacerla fecunda, la dedican con exceso exclusivo a los combates políticos, cuando más nobles, produciendo así un desequilibrio entre el país escaso y su política sobrada, o, apremiados por las urgencias de la vida, sirven al gobernante fuerte que les paga y corrompe, o trabajan por volcarle cuando, molestado aquél por nuevos menesterosos, les retira la paga abundante de sus funestos servicios. De estas pesadumbres públicas venían hablando el de la barba larga, el anciano de rostro triste, y Juan Jerez, cuando éste, ligado desde niño por amores a su prima Lucía, se entró por el

zaguán de baldosas de mármol pulido, espaciosas y blancas como sus pensamientos.

La bondad es la flor de la fuerza. Aquel Juan brioso, que andaba siempre escondido en las ocasiones de fama y alarde, pero visible apenas se sabía de una prerrogativa de la patria desconocida o del decoro y albedrío de algún hombre hollados; aquel batallador temible y áspero, a quien jamás se atrevieron a llegar, avergonzadas de antemano, las ofertas y seducciones corruptoras a que otros vociferantes de temple venal habían prestado oídos; aquel que llevaba siempre en el rostro pálido y enjuto como el resplandor de una luz alta y desconocida, y en los ojos el centelleo de la hoja de una espada; aquel que no veía desdicha sin que creyese deber suyo remediarla, y se miraba como un delincuente cada vez que no podía poner remedio a una desdicha; aquel amantísimo corazón, que sobre todo desamparo vaciaba su piedad inagotable, y sobre toda humildad, energía o hermosura prodigaba apasionadamente su amor, había cedido, en su vida de libros y abstracciones, a la dulce necesidad, tantas veces funesta, de apretar sobre su corazón una manecita blanca. La de ésta o la de aquélla le importaban poco; y él, en la mujer, veía más el símbolo de las hermosuras ideadas que un ser real.

Lo que en el mundo corre con nombre de buenas fortunas, y no son, por lo común, de una parte o de otra, más que odiosas vilezas, habían salido, una que otra vez, al camino de aquel joven rico a cuyo rostro venía, de los adentros del alma, la irresistible belleza de un noble espíritu. Pero esas buenas fortunas, que en el primer instante llenan el corazón de los efluvios trastornadores de la primavera, y dan al hombre la autoridad confiada de quien posee y conquista; esos amoríos de ocasión, miel en el borde, hiel en el fondo, que se pagan con la moneda más valiosa y más cara, la de la propia limpieza; esos amores irregulares y sobresaltados, elegante disfraz de bajos apetitos, que se aceptan por desocupación o vanidad, y roen luego la vida, como úlceras, sólo lograron en el ánimo de Juan Jerez despertar el asombro de que, so pretexto o nombre de cariño, vivan hombres y mujeres, sin caer muertos de odio a sí mismos, en medio de tan torpes liviandades. Y no cedía a ellas, porque la repulsión que le inspiraba, cualesquiera que fuesen sus gracias, una mujer que cerca de la mesa de trabajo de su esposo o junto a la cuna de su hijo no temblaba de ofrecerlas, era mayor que las penosas satisfacciones que la complicidad con una amante liviana produce a un hombre honrado.

Era la de Juan Jerez una de aquellas almas infelices que sólo pueden hacer lo grande y amar lo puro. Poeta genuino, que sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo, y de los dolores y sorpresas de su espíritu, unos versos extraños, adoloridos y profundos, que parecían dagas arrancadas de su propio pecho, padecía de esa necesidad de la belleza que como un marchamo ardiente, señala a los escogidos del canto. Aquella razón serena, que los problemas sociales o las pasiones comunes no oscurecían nunca, se le ofuscaba hasta hacerle llegar a la prodigalidad de sí mismo, en virtud de un inmoderado agradecimiento. Había en aquel carácter una extraña y violenta

necesidad del martirio, y si por la superioridad de su alma le era difícil hallar compañeros que se la estimaran y animasen, él, necesitado de darse, que en su bien propio para nada se quería, y se veía a sí mismo como una propiedad de los demás que guardaba él en depósito, se daba como un esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza o desear su bien.

Lucía, como una flor que el sol encorva sobre su tallo débil cuando esplende en todo su fuego el mediodía; que como toda naturaleza subyugadora necesitaba ser subyugada; que de un modo confuso e impaciente, y sin aquel orden y humildad que revelan la fuerza verdadera, amaba lo extraordinario y poderoso, y gustaba de los caballos desalados, de los ascensos por la montaña, de las noches de tempestad y de los troncos abatidos; Lucía, que, niña aún, cuando parecía que la sobremesa de personas mayores en los gratos almuerzos de domingo debía fatigarle, olvidaba los juegos de su edad, y el coger las flores del jardín, y el ver andar en parejas por el agua clara de la fuente los pececillos de plata y de oro, y el peinar las plumas blandas de su último sombrero, por escuchar, hundida en su silla, con los ojos brillantes y abiertos, aquellas aladas palabras, grandes como águilas, que Juan reprimía siempre delante de gente extraña o común, pero dejaba salir a caudales de sus labios, como lanzas adornadas de cintas y de flores, apenas se sentía, cual pájaro perseguido en su nido caliente, entre almas buenas que le escuchaban con amor; Lucía, en quien un deseo se clavaba como en los peces se clavan los anzuelos, y de tener que renunciar a algún deseo, quedaba rota y sangrando, como cuando el anzuelo se le retira queda la carne del pez; Lucía, que con su encarnizado pensamiento, había poblado el cielo que miraba, y los florales cuyas hojas gustaba de quebrar, y las paredes de la casa en que lo escribía con lápices de colores, y el pavimento a que con los brazos caídos sobre los de su mecedora solía quedarse mirando largamente; de aquel nombre adorado de Juan Jerez, que en todas partes por donde miraba le resplandecía, porque ella lo fijaba en todas partes con su voluntad y su mirada como los obreros de la fábrica de Eibar, en España, embuten los hilos de plata y de oro sobre la lámina negra del hierro esmerilado; Lucía, que cuando veía entrar a Juan, sentía resonar en su pecho unas como arpas que tuviesen alas, y abrirse en el aire, grandes como soles, unas rosas azules, ribeteadas de negro, y cada vez que lo veía salir, le tendía con desdén la mano fría, colérica de que se fuese, y no podía hablarle, porque se le llenaban de lágrimas los ojos; Lucía, en quien las flores de la edad escondían la lava candente que como las vetas de metales preciosos en las minas le culebreaban en el pecho; Lucía, que padecía de amarle, y le amaba irrevocablemente, y era bella a los ojos de Juan Jerez, puesto que era pura, sintió una noche, una noche de su santo, en que antes de salir para el teatro se abandonaba a sus pensamientos con una mano puesta sobre el mármol del espejo, que Juan Jerez, lisonjeado por aquella magnífica tristeza, daba un beso, largo y blando, en su otra mano. Toda la habitación le pareció a Lucía llena de flores; del cristal del espejo creyó ver salir llamas; cerró los ojos, como se cierran siempre en todo instante de dicha suprema, tal como si la felicidad tuviese tam-

bién su pudor, y para que no cayese en tierra, los mismos brazos de Juan tuvieron delicadamente que servir de apoyo a aquel cuerpo envuelto en tules blancos, de que en aquella hora de nacimiento parecía brotar luz. Pero Juan aquella noche se acostó triste, y Lucía misma, que amaneció junto a la ventana en su vestido de tules, abrigados los hombros en una aérea nube azul, se sentía, aromada como un vaso de perfumes, pero seria y recelosa...

—Ana mía, Ana mía, aquí está Pedro Real. ¡Míralo qué arrogante!

—Arrodíllate, Adela: arrodíllate ahora mismo —le respondió dulcemente Ana, volviendo a ella su hermosa cabeza de ondulantes cabellos castaños; mientras que Juan, que venía de hacer paces con Lucía refugiada en la antesala, salía a la verja del zaguán a recibir al amigo de la casa.

Adela se arrodilló, cruzados los brazos sobre las rodillas de Ana; y Ana hizo como que le vendaba los labios con una cinta azul, y le dijo al oído, como quien ciñe un escudo o ampara de un golpe, estas palabras:

—Una niña honesta no deja conocer que le gusta un calavera, hasta que no haya recibido de él tantas muestras de respeto, que nadie pueda dudar que no la solicita para su juguete.

Adela se levantó riendo, y puestos los ojos, entre curiosos y burlones, en el galán caballero, que del brazo de Juan venía hacia ellas, los esperó de pie al lado de Ana, que con su serio continente, nunca duro, parecía querer atenuar en favor de Adela misma, su excesiva viveza. Pedro, aturdido y más amigo de las mariposas que de las tórtolas, saludó a Adela primero.

Ana retuvo un instante en su mano delgada la de Pedro, y con aquellos derechos de señora casada que da a las jóvenes la cercanía de la muerte.

—Aquí —le dijo—, Pedro: aquí toda esta tarde a mi lado. —¡Quién sabe si, enfrente de aquella hermosa figura de hombre joven, no le pesaba a la pobre Ana, a pesar de su alma de sacerdotisa, dejar la vida! ¡Quién sabe si quería sólo evitar que la movable Adela, revoloteando en torno de aquella luz de belleza, se lastimase las alas!

Porque aquella Ana era tal que, por donde ella iba, resplandecía. Y aunque brillase el sol, como por encima de la gran magnolia estaba brillando aquella tarde, alrededor de Ana se veía una claridad de estrella. Corrían arroyos dulces por los corazones cuando estaba en presencia de ella. Si cantaba, con una voz que se esparcía por los adentros del alma, como la luz de la mañana por los campos verdes, dejaba en el espíritu una grata intranquilidad, como de quien ha entrevisto, puesto por un momento fuera del mundo, aquellas musicales claridades que sólo en las horas de hacer bien, o de tratar a quien lo hace, distingue entre sus propias nieblas el alma. Y cuando hablaba aquella dulce Ana, purificaba.

Pedro era bueno, y comenzó a alabarle, no el rostro, iluminado ya por aquella luz de muerte que atrae a las almas superiores y aterriza a las almas vulgares, sino el ajuar de niño a que estaba poniendo Ana las últimas cintas. Pero ya no era ella sola la que cosía, y armaba lazos, y los probaba en diferentes lados del gorro de recién nacido: Adela súbitamente se había convertido en una gran trabajadora. Ya no saltaba de un lugar a otro, como

cuando juntas conversaban hacía un rato ella, Ana y Lucía, sino que había puesto su silla muy junto a la de Ana. Y ella también, iba a estar sentada al lado de Ana toda la tarde. En sus mejillas pálidas, había dos puntos encendidos que ganaban en viveza a las cintas del gorro, y realzaban la mirada impaciente de sus ojos brillantes y atrevidos. Se le desprendía el cabello inquieto, como si quisiese, libre de redes, soltarse en ondas libres por la espalda. En los movimientos nerviosos de su cabeza, dos o tres hojas de la rosa encarnada que llevaba prendida en el peinado, cayeron al suelo. Pedro las veía caer. Adela, locuaz y voluble, ya andaba en la canastilla, ya revolvió en la falda de Ana los adornos del gorro, ya cogía como útil el que acababa de desechar con un mohín de impaciencia, ya sacudía y erguía un momento la ligera cabeza, fina y rebelde, como la de un potro indómito. Sobre las losas de mármol blanco se destacaban, como gotas de sangre, las hojas de rosa.

Se hablaba de aquellas cosas banales de que conversaba, en estas tertulias de domingo, la gente joven de nuestros países. El tenor, ¡oh el tenor! había estado admirable. Ella se moría por las voces del tenor. Es un papel encantador el de Francisco I. Pero la señora de Ramírez, ¡cómo había tenido el valor de ir vestida con los colores del partido que fusiló a su esposo!, es verdad que se casa con un coronel del partido contrario, que firmó como auditor en el proceso del señor Ramírez. Es muy buen mozo el coronel, es muy buen mozo. Pero la señora Ramírez ha gastado mucho, ya no es tan rica como antes: tuvo a siete bordadoras empleadas un mes en bordarle de oro el vestido de terciopelo negro que llevó a *Rigoletto*, era muy pesado el vestido. ¡Oh! ¿Y Teresa Luz?, lindísima, Teresa Luz: bueno, la boca, sí, la boca no es perfecta, los labios son demasiado finos; ¡ah, los ojos!, bueno, los ojos son un poco fríos, no calientan, no penetran: pero qué vaguedad tan dulce; hacen pensar en las espumas de la mar. Y, ¡cómo persigue a María Vargas ese caballerete que ha venido de París, con sus versos copiados de François Coppée, y su política de alquiler, que vino, sirviendo a la oposición y ya está poco menos que con el Gobierno! El padre de María Vargas va a ser Ministro y él quiere ser diputado. Elegante sí es. El peinado es ridículo, con la raya en mitad de la cabeza y la frente escondida bajo las ondas. Ni a las mujeres está bien eso de cubrirse la frente, donde está la luz del rostro. Que el cabello la sombree un poco con sus ondas naturales; pero ¿a qué cubrir la frente, espejo donde los amantes se asoman a ver su propia alma, tabla de mármol blanco donde se firman promesas puras, nido de las manos lastimadas en los afanes de la vida? Cuando se padece mucho, no se desea un beso en los labios sino en la frente. Y ese mismo poetín lo dijo muy bien el otro día en sus versos "A una niña muerta", era algo así como esto: Las rosas del alma suben a las mejillas: las estrellas del alma, a la frente. Hay algo de tenebroso y de inquietante en esas frentes cubiertas. No, Adela, no, a usted le está encantadora esa selva de ricitos: así pintaban en los cuadros de antes a los cupidos revoloteando sobre la frente de las diosas. No, Adela, no le haga caso: esas frentes cubiertas, me dan miedo. Es que ya se piensan unas cosas, que las mujeres se cubren la frente de miedo de que se las vean. Oh, no, Ana: ¿qué han de pensar ustedes más que jazmines y claveles? Pues que no, Pedro: rompa usted las frentes, y verá dentro, en

unos tiestitos que parecen bocas abiertas, unas plantas secas, que dan unas florecitas redondas y amarillas. Y Ana iba así ennobleciendo la conversación, porque Dios le había dado el privilegio de las flores: el de perfumar. Adela, silenciosa hacía un momento, alzó la cabeza y mantuvo algún tiempo los ojos fijos delante de sí, viendo como el perfil céltico de Pedro, con su hermosa barba negra, se destacaba, a la luz sana de la tarde, sobre el zócalo de mármol que revestía una de las anchas columnas del corredor de la casa. Bajó la cabeza, y a este movimiento, se desprendió de ella la rosa encarnada, que cayó deshaciéndose a los pies de Pedro.

Juan y Lucía aparecieron por el corredor, ella como arrepentida y sumisa, él como siempre, sereno y bondadoso. Hermosa era la pareja, tal como se venían lentamente acercando al grupo de sus amigas en el patio. Altos los dos, Lucía, más de lo que sentaba a sus años y sexo, Juan, de aquella elevada estatura, realzada por las proporciones de las formas, que en sí misma lleva algo de espíritu, y parece dispuesta por la naturaleza al heroísmo y al triunfo. Y allá, en la penumbra del corredor, como un rayo de luz diese sobre el rostro de Juan, y de su brazo, aunque un poco a su zaga, venía Lucía, en la frente de él, vasta y blanca, parecía que se abría una rosa de plata: y de la de Lucía se veían sólo, en la sombra oscura del rostro, sus dos ojos llameantes, como dos amenazas.

—Esta Ana imprudente —dijo Juan con su voz de caricia—: ¿cómo no tiene miedo a este aire del crepúsculo?

—¡Pero si es ya el mío natural, Juan querido! Vamos, Pedro: déme el brazo.

—Pero pronto, Pedro, que ésta es la hora en que los aromas suben de las flores, y si no la haces presa, se nos escapa.

—¡Este Juan bueno! ¿No es verdad, Juan, que Lucía es una loca? Ya Adela y Pedro me están al lado cuchicheando, de apetito. Vamos, pues, que a esta hora la gente dichosa tiene deseo de tomar el chocolate.

El chocolate fragante les esperaba, servido en una mesa de ónix, en la linda antesala. Era aquél un capricho de domingo. Gustan siempre los jóvenes de lo desordenado e imprevisto. En el comedor, con dos caballeros de edad, discutía las cosas públicas el buen tío de Lucía y Ana, caballero de gorro de seda y pantuflas bordadas. La abuelita de la casa, la madre del señor tío, no salía ya de su alcoba, donde recordaba y rezaba.

La antesala era linda y pequeña, como que se tiene que ser pequeño para ser lindo. De unos tulipanes de cristal trenzado, suspendidos en un ramo del techo por un tubo oculto entre hojas de tulipán simuladas en bronce, caía sobre la mesa de ónix la claridad anaranjada y suave de la lámpara de luz eléctrica incandescente. No había más asientos que pequeñas mecedoras de Viena, de rejilla menuda y madera negra. El pavimento de mosaico de colores tenues que, como el de los atrios de Pompeya, tenía la inscripción "Salve", en el umbral, estaba lleno de banquetas revueltas, como de habitación en que se vive: porque las habitaciones se han de tener lindas, no para enseñarlas, por vanidad, a las visitas, sino para vivir en ellas. Mejora y alivia

el contacto constante de lo bello. Todo en la tierra, en estos tiempos negros, tiende a rebajar el alma, todo, libros y cuadros, negocios y afectos, jaun en nuestros países azules! Conviene tener siempre delante de los ojos, alrededor, ornando las paredes, animando los rincones donde se refugia la sombra, objetos bellos, que la colorean y la disipen.

Linda era la antesala, pintado el techo con los bordes de guirnaldas de flores silvestres, las paredes cubiertas, en sus marcos de roble liso dorado, de cuadros de Madrazo y de Nittis, de Fortuny y de Pasini, grabados en Goupil; de dos en dos estaban colgados los cuadros, y entre cada dos grupos de ellos, un estantillo de ébano, lleno de libros, no más ancho que los cuadros, ni más alto ni bajo que el grupo. En la mitad del testero que daba frente a la puerta del corredor, una esbelta columna de mármol negro sustentaba un aéreo busto de la Mignon de Goethe, en mármol blanco, a cuyos pies, en un gran vaso de porcelana de Tokio, de ramazones azules, Ana ponía siempre mazos de jazmines y de lirios. Una vez la traviesa Adela había colgado al cuello de Mignon una guirnalda de claveles encarnados. En este testero no había libros, ni cuadros que no fuesen grabados de episodios de la vida de la triste niña, y distribuidos como un halo en la pared en derredor del busto. Y en las esquinas de la habitación, en caballetes negros, sin ornamentos dorados, ostentaban su rica encuadernación cuatro grandes volúmenes: "El Cuervo", de Edgar Poe, el Cuervo desgarrador y fatídico, con láminas de Gustavo Doré, que se llevan la mente por los espacios vagos en alas de caballos sin freno: el "Rubaiyat", el poema persa, el poema del vino moderado y las rosas frescas, con los dibujos apodícticos del norteamericano Elihu Vedder; un rico ejemplar manuscrito, empastado en seda lila, de "Las Noches", de Alfredo de Musset; y un "Wilhelm Meister", el libro de Mignon, cuya pasta original, recargada de arabescos insignificantes, había hecho reemplazar Juan, en París, por una de tafilete negro mate embutido con piedras preciosas: topacios tan claros como el alma de la niña, turquesas, azules como sus ojos; no esmeraldas, porque no hubo en aquella vaporosa vida; ópalos, como sus sueños; y un rubí grande y saliente, como su corazón hinchado y roto. En aquel singular regalo a Lucía, gastó Juan sus ganancias de un año. Por los bajos de la pared; y a manera de sillas, había, en trípodes de ébano, pequeños vasos chinos, de colores suaves, con mucho amarillo y escaso rojo. Las paredes, pintadas al óleo, con guirnaldas de flores, eran blancas. Causaba aquella antesala, en cuyo arreglo influyó Juan, una impresión de fe y de luz.

Y allí se sentaron los cinco jóvenes, a gustar en sus tazas de coco el rico chocolate de la casa, que en hacerlo fragante era famosa. No tenía mucho azúcar, ni era espeso. ¡Para gente mayor, el chocolate espeso! Adela, caprichosa, pedía para sí la taza que tuviese más espuma.

—Esta, Adela —le dijo Juan, poniendo ante ella, antes de sentarse, una de las tazas de coco negro, en la que la espuma hervía, tornasolada.

—¡Malvado! —le dijo Adela, mientras que todos reían—; ¡me ha dado la de la ardilla!

Eran unas tazas, extrañas también, en que Juan, amigo de cosas patrias,

había sabido hacer que el artífice combinara la novedad y el arte. Las tazas eran de esos coquillos negros de óvalo perfecto, que los indígenas realzan con caprichosas labores y leyendas, sumisas éstas como su condición, y aquellas pomposas, atrevidas y extrañas, muy llenas de alas y de serpientes, recuerdos tenaces de un arte original y desconocido que la conquista hundió en la tierra, a botes de lanza. Y estos coquillos negros estaban muy pulidos por dentro, y en todo su exterior trabajados en relieve sutil como encaje. Cada taza descansaba en una trípode de plata, formada por un atributo de algún ave o fiera de América, y las dos asas eran dos preciosas miniaturas, en plata también, del animal simbolizado en la trípode. En tres colas de ardilla se asentaba la taza de Adela, y a su chocolate se asomaban las dos ardillas, como a un mar de nueces. Dos quetzales altivos, dos quetzales de cola de tres plumas, larga la del centro como una flecha verde, se asían a los bordes de la taza de Ana: ¡el quetzal noble, que cuando cae cautivo o ve rota la pluma larga de su cola, muere! Las asas de la taza de Lucía eran dos pumas elásticos y fieros, en la opuesta colocación de dos enemigos que se acechan: descansaba sobre tres garras de puma, el león americano. Dos águilas eran las asas de la de Juan; y la de Pedro, la del buen mozo Pedro, dos monos capuchinos.

Juan quería a Pedro, como los espíritus fuertes quieren a los débiles, y como, a modo de nota de color o de grano de locura, quiere, cual forma suavísima del pecado, la gente que no es ligera a la que lo es.

Los hombres austeros tienen en la compañía momentánea de esos pisa-verdes alocados el mismo género de placer que las damas de familia que asisten de tapadillo a un baile de máscaras. Hay cierto espíritu de independencia en el pecado, que lo hace simpático cuando no es excesivo. Pocas son por el mundo las criaturas que, hallándose con las encías provistas de dientes, se deciden a no morder, o reconocen que hay un placer más profundo que el de hincar los dientes, y es no usarlos. Pues, ¿para qué es la dentadura, se dicen los más; sobre todo cuando la tienen buena, sino para lucirla, y triturar los manjares que se lleven a la boca? Y Pedro era de los que lucían la dentadura.

Incapaz, tal vez, de causar mal en conciencia, el daño estaba en que él no sabía cuándo causaba mal, o en que, siendo la satisfacción de un deseo, él no veía en ella mal alguno, sino que toda hermosura, por serlo, le parecía de él, y en su propia belleza, la belleza funesta de un hombre perezoso y adocenado, veía como un título natural, título de león, sobre los bienes de la tierra, y el mayor de ellos, que son sus bellas criaturas. Pedro tenía en los ojos aquel inquieto centelleo que subyuga y convida: en actos y palabras, la insolente firmeza que da la costumbre de la victoria, y en su misma arrogancia tal olvido de que la tenía, que era la mayor perfección y el más temible encanto de ella.

Viajero afortunado; con el caudal ya corto de su madre, por tierras de afuera, perdió en ellas, donde son pecadillos las que a nosotros nos parecen con justicia infamias, aquel delicado concepto de la mujer sin el que, por

grandes esfuerzos que haga luego la mente, no le es lícito gozar, puesto que no le es lícito creer en el amor de la más limpia criatura. Todos aquellos placeres que no vienen derechamente y en razón de los afectos legítimos, aunque sean champaña de la vanidad, son acíbar de la memoria. Eso en los más honrados, que en los que no lo son, de tanto andar entre frutas estrujadas, llegan a enviciarse los ojos de manera que no tienen más arte ni placer que los de estrujar frutas. Sólo Ana, de cuantas jóvenes había conocido a su vuelta de las malas tierras de afuera, le había inspirado, aun antes de su enfermedad, un respeto que en sus horas de reposo solía trocarse en un pensamiento persistente y blando. Pero Ana se iba al cielo: Ana, que jamás hubiera puesto a aquel turbulento mancebo de señor de su alma apacible, como un palacio de nácar; pero que, por esa fatal perversión que atrae a los espíritus desemejantes, no había visto sin un doloroso interés y una turbación primaveral, aquella rica hermosura de hombre, airosa y firme, puesta por la naturaleza como vestidura a un alma escasa, tal como suelen algunos cantantes transportar a inefables deliquios y etéreas esferas a sus oyentes, con la expresión en notas querellosas y cristalinas, blancas como las palomas o agudas como puñales, de pasiones que sus espíritus burdos son incapaces de entender ni de sentir. ¿Quién no ha visto romper en actos y palabras brutales contra su delicada mujer a un tenor que acababa de cantar, con sobrehumano poder, el "Spirto Gentil" de la *Favorita*? Tal la hermosura sobre las almas escasas.

Y Juan, por aquella seguridad de los caracteres incorruptibles, por aquella benignidad de los espíritus superiores, por aquella afición a lo pintoresco de las imaginaciones poéticas, y por lazos de niño, que no se rompen sin gran dolor del corazón, Juan quería a Pedro.

Hablaban de las últimas modas, de que en París se rehabilita el color verde, de que en París, decía Pedro, nada más se vive.

—Pues yo no —decía Ana—. Cuando Lucía sea ya señora formal, adonde vamos los tres es a Italia y a España: ¿verdad, Juan?

—Verdad, Ana. Adonde la Naturaleza es bella y el arte ha sido perfecto. A Granada, donde el hombre logró lo que no ha logrado en pueblo alguno de la tierra: cincelar en las piedras sus sueños; a Nápoles, donde el alma se siente contenta, como si hubiera llegado a su término. ¿Tú no querrás, Lucía?

—Yo no quiero que tú veas nada, Juan. Yo te haré en ese cuarto la Alhambra, y en este patio Nápoles; y tapiaré las puertas, ¡y así viajaremos!

Rieron todos; pero Adela ya había echado camino de París, quién sabe con qué compañero, los deseos alegres. Ella quería saberlo todo, no de aquella tranquila vida interior y regalada, al calor de la estufa, leyendo libros buenos, después de curiosear discretamente por entre las novedades francesas, y estudiar con empeño tanta riqueza artística como París encierra; sino la vida teatral y nerviosa, la vida de museo que en París generalmente se vive, siempre en pie, siempre cansado, siempre adolorido; la vida de las heroínas de teatro, de las gentes que se enseñan, damas que enloquecen, de los nababs que deslumbran con el pródigo empleo de su fortuna.

Y mientras que Juan, generoso, dando suelta al espíritu impaciente, sacaba ante los ojos de Lucía, para que se le fuese aquietando el carácter, y se

preparaba a acompañarle por el viaje de la existencia, las interioridades luminosas de su alma peculiar y excelsa, y decía cosas que, por la nobleza que enseñaban o la felicidad que prometían, hacían asomar lágrimas de ternura y de piedad a los ojos de Ana, Adela y Pedro, en plena Francia, iban y venían, como del brazo, por bosques y bulevares. “La Judic ya no se viste con Worth. La mano de la Judic es la más bonita de París. En las carreras es donde se lucen los mejores vestidos. ¡Qué linda estaría Adela, en el pescante de un coche de carreras, con un vestido de lila muy suave, adornado con pasamanería de plata! ¡Ah, y con un guía como Pedro, que conocía tan bien la ciudad, qué pronto no se estaría al corriente de todo! ¡Allí no se vive con estas trabas de aquí, donde todo es malo! La mujer es aquí una esclava disfrazada: allí es donde es la reina. Eso es París ahora: el reinado de la mujer. Acá, todo es pecado: si se sale, si se entra, si se da el brazo a un amigo, si se lee un libro ameno. ¡Pero ésa es una falta de respeto, eso es ir contra las obras de la naturaleza! ¿Porque una flor nace en un vaso de Sèvres, se la ha de privar del aire y de la luz? ¿Porque la mujer nace más hermosa que el hombre, se le ha de oprimir el pensamiento, y so pretexto de un recato gazmoño, obligarla a que viva, escondiendo sus impresiones, como un ladrón esconde su tesoro en una cueva? Es preciso, Adelita, es preciso. Las mujeres más lindas de París son las sudamericanas. ¡Oh, no habría en París otra tan chispeante como ella!”

—Vea, Pedro —interrumpió a este punto Ana, con aquella sonrisa suya que hacía más eficaces sus reproches—, déjeme quieta a Adela. Usted sabe que yo pinto, ¿verdad?

—Pinta unos cuadritos que parecen música; todos llenos de una luz que sube; con muchos ángeles y serafines. ¿Por qué no nos enseñas el último, Ana mía? Es lindísimo, Pedro, y sumamente extraño.

—¡Adela, Adela!

—De veras que es muy extraño. Es como en una esquina de jardín y el cielo es claro, muy claro y muy lindo. Un joven... muy buen mozo... vestido con un traje gris muy elegante, se mira las manos asombrado. Acaba de romper un lirio, que ha caído a sus pies, y le han quedado las manos manchadas de sangre.

—¿Qué le parece, Pedro, de mi cuadro?

—Un éxito seguro. Yo conocí en París a un pintor de México, un Manuel Ocaranza, que hacía cosas como ésas.

—Entre los caballeros que rompen o manchan lirios quisiera yo que tuviese éxito mi cuadro. ¡Quién pintara de veras, y no hiciera esos borrones míos! Pedro: borrón y todo, en cuanto me ponga mejor, voy a hacer una copia para usted.

—¡Para mí! Juan, ¿por qué no es éste el tiempo en que no era mal visto que los caballeros besasen la mano a las damas?

—Para usted, pero a condición de que lo ponga en un lugar tan visible que por todas partes le salte a los ojos. Y ¿por qué estamos hablando ahora de mis obras maestras? ¡Ah!, porque usted me le hablaba a Adela mucho de París. ¡Otro cuadro voy a empezar en cuanto me ponga buena! Sobre una colina voy a pintar un monstruo sentado. Pondré la luna en cenit, para que

caiga de lleno sobre el lomo del monstruo, y me permita simular con líneas de luz en las partes salientes los edificios de París más famosos. Y mientras la luna le acaricia el lomo, y se ve por el contraste del perfil luminoso toda la negrura de su cuerpo, el monstruo, con cabeza de mujer, estará devorando rosas. Allá por un rincón se verán jóvenes flacas y desmelenadas que huyen, con las túnicas rotas, levantando las manos al cielo.

—Lucía —dijo Juan reprimiendo mal las lágrimas, al oído de su prima, siempre absorta—: ¡y que esta pobre Ana se nos muera!

Pedro no hallaba palabras oportunas, sino aquella confusión y malestar que la gente dada a la frivolidad y el gozo experimenta en la compañía íntima de una de esas criaturas que pasan por la tierra, a manera de visión, extinguiéndose plácidamente, con la feliz capacidad de adivinar las cosas puras, sobrehumanas, y la hermosa indignación por la batalla de apetitos feroces en que se consume la tierra.

—De fieras, yo conozco dos clases —decía una vez Ana—: una se viste de pieles, devora animales, y anda sobre garras; otra se viste de trajes elegantes, come animales y almas y anda sobre una sombrilla o un bastón. No somos más que fieras reformadas.

Aquella Ana, cuando estaba en la intimidad, solía decir de estas cosas singulares. ¿Dónde había sufrido tanto la pobre niña salida apenas del círculo de su casa venturosa, que así había aprendido a conocer y perdonar? ¿Se vive antes de vivir? ¿O las estrellas, ganosas de hacer un viaje de recreo por la tierra, suelen por algún tiempo alojarse en un cuerpo humano? ¡Ay!, por eso duran tan poco los cuerpos en que se alojan las estrellas.

—¿Conque Ana pinta, y “La Revista de Artes” está buscando cuadros de autores del país que dar a conocer, y este Juan pecador no ha hecho ya publicar esas maravillas en “La Revista”?

—Esta Ana nuestra, Pedro, se nos enoja de que la queramos sacar a luz. Ella no quiere que se vean sus cuadros hasta que no los juzgue bastante acabados para resistir la crítica. Pero la verdad es, Ana, que Pedro Real tiene razón.

—¿Razón, Pedro Real? —dijo Ana con una risa cristalina, de madre generosa—. No, Juan. Es verdad que las cosas de arte que no son absolutamente necesarias, no deben hacerse sino cuando se pueden hacer enteramente bien, y estas cosas que yo hago, que veo vivas y claras en lo hondo de mi mente, y con tal realidad que me parece que las palpo, me quedan luego en la tela tan contrahechas y duras que creo que mis visiones me van a castigar, y me regañan, y toman mis pinceles de la caja, y a mí de una oreja, y me llevan delante del cuadro para que vea como borran coléricas la mala pintura que hice de ellas. Y luego, ¿qué he de saber yo, sin más dibujo que el que me enseñó el señor Mazuchellí, ni más colores que estos tan pálidos que saco de mí misma?

Seguía Lucía con ojos inquietos la fisonomía de Juan, profundamente interesado en lo que, en uno de esos momentos de explicación de sí mismos que gustan de tener los que llevan algo en sí y se sienten morir, iba diciendo Ana. ¡Qué Juan aquél, que la tenía al lado, y pensaba en otra cosa! Ana, sí, Ana era muy buena; pero ¿qué derecho tenía Juan a olvidarse tanto de

Lucía, y estando a su lado, poner tanta atención en las rarezas de Ana? Cuando ella estaba a su lado, ella debía ser su único pensamiento. Y apretaba sus labios; se le encendían de pronto, como de un vuelco de la sangre las mejillas; enrollaba nerviosamente en el dedo índice de la mano izquierda un finísimo pañuelo de batista y encaje. Y lo enrolló tanto y tanto, y lo desenrollaba con tal violencia, que yendo rápidamente de una mano a la otra, el lindo pañuelo parecía una víbora, una de esas víboras blancas que se ven en la costa yucateca.

—Pero no es por eso por lo que no enseño yo a nadie mis cuadritos —siguió Ana—; sino porque cuando los estoy pintando, me alegro o me entristezco como una loca, sin saber por qué: salto de contento, yo que no puedo saltar ya mucho, cuando creo que con un rasgo de pincel le he dado a unos ojos, o a la tórtola viuda que pinté el mes pasado, la expresión que yo quería; y si pinto una desdicha, me parece que es de veras, y me paso horas enteras mirándola, o me enojo conmigo misma si es de aquellas que yo no puedo remediar, como en esas dos telitas mías que tú conoces, Juan, “La madre sin hijo” y el hombre que se muere en un sillón, mirando en la chimenea el fuego apagado: “El hombre sin amor”. No se ría, Pedro, de esta colección de extravagancias. Ni diga que estos asuntos son para personas mayores; las enfermas son como unas viejitas, y tienen derecho a esos atrevimientos.

—Pero, ¿cómo —le dijo Pedro subyugado— no han de tener sus cuadros todo el encanto y el color de ópalo de su alma?

—¡Oh!, ¡oh!, a lisonja llaman: vea que ya no es de buen gusto ser lisonjero. La lisonja en la conversación, Pedro, es ya como la Arcadia en la pintura: ¡cosa de principiantes!

—Pero, ¿por qué decías —puso aquí Juan— que no querías exhibir tus cuadros?

—Porque como desde que los imagino hasta que los acabo voy poniendo en ellos tanto de mi alma, al fin ya no llegan a ser telas, sino mi alma misma, y me da vergüenza de que me la vean, y me parece que he pecado con atreverme a asuntos que están mejor para nube que para colores, y como sólo yo sé cuánta paloma arrulla, y cuánta violeta se abre, y cuánta estrella lucen lo que pinto; como yo sola siento cómo me duele el corazón, o se me llena todo el pecho de lágrimas o me laten las sienes, como si me las azotasen alas, cuando estoy pintando; como nadie más que yo sabe que esos pedazos de lienzo, por desdichados que me salgan, son pedazos de entrañas mías en que he puesto con mi mejor voluntad lo mejor que hay en mí, ¡me da como una soberbia de pensar que si los enseño en público, uno de esos críticos sabios o caballeros presuntuosos me diga, por lucir un nombre recién aprendido de pintor extranjero, o una linda frase, que esto que yo hago es de Chaplín o de Lefèvre, o a mi cuadrito “Flores vivas”, que he descargado sobre él una escopeta llena de colores! ¿Te acuerdas?, ¡como si no supiera yo que cada flor de aquellas es una persona que yo conozco, y no hubiera yo estudiado tres o cuatro personas de una mismo carácter, antes de simbolizar el carácter en una flor; como si no supiese yo quién es aquella rosa roja, altiva, con sombras negras, que se levanta por sobre todas las demás en su

tallo sin hojas, y aquella otra flor azul que mira al cielo como si fuese a hacerse pájaro y a tender a él las alas, y aquel aguinaldo lindo que trepa humildemente, como un niño castigado, por el tallo de la rosa roja. ¡Malos!, ¡escopeta cargada de colores!

—Ana: yo sí que te recogería a ti, con tu raíz, como una flor, y en aquel gran vaso indio que hay en mi mesa de escribir, te tendría perpetuamente, para que nunca se me desconsolase el alma.

—Juan —dijo Lucía, como a la vez conteniéndose y levantándose—: ¿quieres venir a oír el “M’odi tu” que me trajiste el sábado? ¡No lo has oído todavía!

— ¡Ah!, y a propósito, no saben ustedes —dijo Pedro como poniéndose ya en pie para despedirse— que la cabeza ideal que ha publicado en su último número “La Revista de Artes”...

—¿Qué cabeza? —preguntó Lucía—, ¿una que parece de una virgen de Rafael, pero con ojos americanos, con un talle que parece el cáliz de un lirio?

—Esa misma, Lucía: pues no es una cabeza ideal, sino la de una niña que va a salir la semana que viene del colegio, y dicen que es un pasmo de hermosura: es la cabeza de Leonor del Valle.

Se puso en pie Lucía con un movimiento que pareció un salto; y Juan alzó del suelo, para devolvérselo, el pañuelo, roto.

CAPITULO II

COMO VEINTE años antes de la historia que vamos narrando, llegaron a la ciudad donde sucedió, un caballero de mediana edad y su esposa, nacidos ambos en España, de donde, en fuerza de cierta indómita condición del honrado D. Manuel del Valle, que le hizo mal mirado de las gentes del poder como cabecilla y vocero de las ideas liberales, decidió al fin salir el Sr. D. Manuel; no tanto porque no le bastase al sustento su humilde mesa de abogado de provincia, cuanto porque siempre tenía, por moverse o por estarse quedo, al guindilla, como llaman allá al policía, encima; y porque, a consecuencia de querer la libertad limpia y para buenos fines, se quedó con tan pocos amigos entre los mismos que parecían defenderla, y lo miraban como a un celador enojoso, que esto más le ayudó a determinar, de un golpe de cabeza, venir a "las Repúblicas de América", imaginando, que donde no había reina liviana, no habría gente oprimida, ni aquella trailla de cortesanos perezosos y aduladores, que a D. Manuel le parecían vergüenza rematada de su especie, y, por ser hombre él, como un pecado propio.

Era de no acabar de oírle, y tenerle que rogar que se calmase, cuando con aquel lenguaje pintoresco y desembarazado recordaba, no sin su buena cerrazón de truenos y relámpagos y unas amenazas grandes como torres, los bellacos oficios de tal o de cual marquesa, que auxiliando ligerezas ajenas querían hacer, por lo comunes, menos culpables las propias; o tal historia de un capitán de guardias, que pareció bien en la corte con su ruda belleza de montañés y su cabello abundante y alborotado, y apenas entrevió su buena fortuna tomó prestados unos dineros, con que enrizarse, en lo del peluquero la cabellera, y en lo del sastre vestir de paño bueno, y en lo del calzador comprarse unos botitos, con que estar galán en la hora en que debía ir a palacio, donde al volver el capitán con estas donosuras, pareció tan feo y presumido

que en poco estuvo que perdiese algo más que la capitania. Y de unas jiras, o fiestas de campo, hablaba de tal manera D. Manuel, así como de ciertas cenas en la fonda de un francés, que cuando contaba de ellas no podía estar sentado; y daba con el puño sobre la mesa que le andaba cerca, como para acentuar las palabras, y arreciaban los truenos, y abría cuantas ventanas o puertas hallaba a mano. Se desfiguraba el buen caballero español, de santa ira, la cual, como apenado luego de haberle dado riendas en tierra que al fin no era la suya, venía siempre a parar en que D. Manuel tocase en la guitarra que se había traído cuando el viaje, con una ternura que solía humedecer los ojos suyos y los ajenos, unas serenatas de su propia música, que más que de la rondalla aragonesa que le servía como de arranque y *ritornello*, tenía de desesperada canción de amores de un trovador muerto de ellos por la dama de un duro castellano, en un castillo, allá tras de los mares, que el trovador no había de ver jamás.

En esos días la linda doña Andrea, cuyas largas trenzas de color castaño eran la envidia de cuantas se las conocían, extremaba unas pocas habilidades de cocina, que se trajo de España, adivinando que complacería con ellas más tarde a su marido. Y cuando en el cuarto de los libros, que en verdad era la sala de la casa, centelleaba D. Manuel, sacudiéndose más que echándose sobre uno y otro hombro alternativamente los cabos de la capa que so pretexto de frío se quitaba raras veces, era fijo que andaba entrando y saliendo por la cocina, con su cuerpo elegante y modesto, la buena señora doña Andrea, poniendo mano en un pisto manchego, o aderezando unas farinetas de Salamanca que a escondidas había pedido a sus parientes en España, o preparando, con más voluntad que arte, un arroz con chorizo, de cuyos primores, que acababan de calmar las iras del republicano, jamás dijo mal don Manuel del Valle, aun cuando en sus adentros reconociese que algo se había quemado allí, o sufrido accidente mayor: o los chorizos, o el arroz, o entrambos. ¡Fuera de la patria, si piedras negras se reciben de ella, de las piedras negras parece que sale luz de astro!

Era de acero fino D. Manuel, y tan honrado, que nunca, por muchos que fueran sus apuros, puso su inteligencia y saber, ni excesivos ni escasos, al servicio de tantos poderosos e intrigantes como andan por el mundo, quienes suelen estar prontos a sacar de agonía a las gentes de talento menesterosas, con tal que éstas se presten a ayudar con sus habilidades el éxito de las tramas con que aquéllos promueven y sustentan su fortuna: de tal modo que, si se va a ver, está hoy viviendo la gente con tantas mañas, que es ya hasta de mal gusto ser honrado.

En este diario y en aquel, no bien puso el pie en el país, escribió el Sr. Valle con mano ejercitada, aunque un tanto febril y descompuesta, sus azotinas contra las monarquías y vilezas que engendra, y sus himnos, encendidos como cantos de batalla, en loor de la libertad, de que "los campos nuevos y los altos montes y los anchos ríos de esta linda América, parecen natural sustento".

Mas a poco de esto, hacía veinticinco años a la fecha de nuestra historia, tales cosas iba viendo nuestro señor D. Manuel que volvió a tomar la capa,

que por inútil había colgado en el rincón más hondo del armario, y cada día se fue callando más, y escribiendo menos, y arrebujiándose mejor en ella, hasta que guardó las plumas, y muy apegado ya a la clemente temperatura del país y al dulce trato de sus hijos para pensar en abandonarlo, determinó abrir escuela; si bien no introdujo en el arte de enseñar, por no ser aún éste muy sabido tampoco en España, novedad alguna que acomodase mejor a la educación de los hispanoamericanos fáciles y ardientes, que los torpes métodos en uso, ello es que con su Iturzaeta y su Aritmética de Krüger y su Dibujo Lineal, y unas encendidas lecciones de Historia, de que salía bufando y escapando Felipe Segundo como comida de llamas, el señor Valle sacó una generación de discípulos, un tanto románticos y dados a lo maravilloso, pero que fueron a su tiempo mancebos de honor y enemigos tenaces de los gobiernos tiránicos. Tanto que hubo vez en que, por cosas como las de poner en su lugar a Felipe Segundo, estuvo a punto el señor D. Manuel de ir, con su capa y su cuaderno de Iturzaeta, a dar en manos de los guindillas americanos "en estas mismísimas Repúblicas de América". A la fecha de nuestra historia, hacía ya unos veinticinco años de esto.

Tan casero era D. Manuel, que apenas pasaba año sin que los discípulos tuvieran ocasión de celebrar, cuál con una gallina, cuál con un par de pichones, cuál con un pavo, la presencia de un nuevo ornamento vivo de la casa.

—Y ¿qué ha sido, D. Manuel? ¿Algún Aristogitón que haya de librar a la patria del tirano?

—¡Calle Vd., paisano: calle Vd.: un malakoff más! (Malakoff, llamaban entonces, por la torre famosa en la guerra de Crimea, a lo que en llano se ha llamado siempre miriñaque o crinolina.)

Y D. Manuel quería mucho a sus hijos, y se prometía vivir cuanto pudiese para ellos; pero le andaba desde hacía algún tiempo por el lado izquierdo del pecho un carcominillo que le molestaba de verdad, como una cestita de llamas que estuviera allí encendida, de día y de noche, y no se apagase nunca. Y como cuando la cestita le quemaba con más fuerza sentía él un poco paralizado el brazo del corazón, y todo el cuerpo vibrante como las cuerdas de un violín, y después de eso le venían de pronto unos apetitos de llorar y una necesidad de tenderse por tierra, que le ponían muy triste, aquel buen D. Manuel no veía sin susto cómo le iban naciendo tantos hijos, que en el caso de su muerte habían de ser más un estorbo que una ayuda para "esa pobre Andrea, que es mujer muy señora y bonaza, pero ¡para poco, para poco!".

Cinco hijas llegó a tener D. Manuel del Valle, mas antes de ellas le había nacido un hijo, que desde niño empezó a dar señales de ser alma de pro. Tenía gustos raros y bravura desmedida, no tanto para lidiar con sus compañeros, aunque no rehuía la lidia en casos necesarios, como para afrontar situaciones difíciles, que requerían algo más que la fiereza de la sangre o la presteza de los puños. Una vez, con unos cuantos compañeros suyos, publicó en el colegio un periodiquín manuscrito, y por supuesto revolucionario,

contra cierto pedante profesor que prohibía a sus alumnos argumentarles sobre los puntos que les enseñaba; y como un colegial aficionado al lápiz pintase de pavo real a este maestrizo, en una lámina repartida con el periodiquín, y D. Manuel, en vista de la queja del pavo real, amenazara en sala plena con expulsar del colegio en consejo de disciplina al autor de la descortesía, aunque fuese su propio hijo, el gentil Manuelillo, digno primogénito del egregio varón, quiso quitar de sus compañeros toda culpa, y echarla entera sobre sí; y levantándose de su asiento, dijo, con gran perplejidad del pobre D. Manuel, y murmullos de admiración de la asamblea:

—Pues, señor Director: yo solo he sido.

Y pasaba las noches en claro, luego que se le extinguía la vela escasa que le daban, leyendo a la luz de la luna. O echaba a caminar, con las "Empresas" de Saavedra Fajardo bajo el brazo, por las calles umbrosas de la Alameda, y creyéndose a veces nueva encarnación de las grandes figuras de la historia, cuyos gérmenes le parecía sentir en sí, y otras desesperando de hacer cosa que pudiera igualarlo a ellas, rompía a llorar, de desesperación y de ternura. O se iba de noche a la orilla de la mar, a que le salpicasen el rostro las gotas frescas que saltaban del agua salada al reventar contra las rocas.

Leía cuanto libro le caía a la mano. Montaba en cuanto caballo veía a su alcance: y mejor si lo hallaba en pelo; y si había que saltar una cerca mejor. En una noche se aprendía los libros que en todo el año escolar no podían a veces dominar sus compañeros; y aunque la Historia Natural y la Universal y cuanto añadiese algo útil a su saber y le estimulase el juicio y la verba, eran sus materias preferidas, a pocas ojeadas penetraba el sentido de la más negra lección de Algebra, tanto que su maestro, un ingeniero muy mentado y brusco, le ofreció enseñarle, en premio de su aplicación, la manera de calcular lo infinitésimo.

Escribía Manuelillo, en semejanza de lo que estaba en boga entonces, unas letrillas y artículos de costumbres que ya mostraban a un enamorado de la buena lengua; pero a poco se soltó por natural empuje, con vuelos suyos propios, y empezó a enderezar a los gobernantes que no dirigen honradamente a sus pueblos, unas odas tan a lo pindárico, y recibidas con tal favor entre la gente estudiantescas, que en una revuelta que tramaron contra el Gobierno unos patricios que andaban muy solos, pues llevaban consigo la buena doctrina, fue hecho preso don Manuelillo, quien en verdad tenía en la sangre el microbio sedicioso; y bien que tuvieron que empeñarse los amigos pudientes de D. Manuel para que en gracia de su edad saliese libre el Pindarito, a quien su padre, riñéndole con los labios, en que le temblaban los bigotes, como los árboles cuando va a caer la lluvia y aprobándole con el corazón, envió a seguir, en lo que cometió grandísimo error, estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca, más desfavorecida que otras de España, y no muy gloriosa ahora, pero donde tenía la angustiada doña Andrea los buenos parientes que le enviaban las farinetas.

Se fue el de las odas en un bergantín que había venido cargado de vinos de Cádiz; y sentadito en la popa del barco, fijaba en la costa de su patria los ojos anegados de tan triste manera, que a pesar del águila nueva que lle-

vaba en el alma, le parecía que iba todo muerto y sin capacidad de resurrección y que era él como un árbol prendido a aquella costa por las raíces, al que el buque llevaba atado por las ramas pujando mar afuera, de modo que sin raíces se quedaba el árbol, si lograba arrancarlo de la costa la fuerza del buque y moría: o como el tronco no podía resistir aquella tirantez, se quebraría al fin; y moría también: pero lo que D. Manuelillo veía claro, era que moría de todos modos. Lo cual, ¡ay!, fue verdad, cuatro años más tarde, cuando de Salamanca había hallado aquel niño manera de pasar, como ayo en la casa de un conde carlista, a estudiar a Madrid. Se murió de unas fiebres enemigas, que le empezaron con grandes aturdimientos de cabeza, y unas visiones dolorosas y tenaces que él mismo describía en su cama revuelta, de delirante, con palabras fogosas y desencajadas, que parecían una caja de joyas rotas; y sobre todo, una visión que tenía siempre delante de los ojos, y creía que se le venía encima, y le echaba un aire encendido en la frente, y se iba de mal humor, y se volvía a él de lejos, llamándole con muchos brazos: la visión de una palma en llamas. En su tierra, las llanuras que rodeaban la ciudad estaban cubiertas de palmas.

No murió D. Manuel del pesar de que hubiese muerto su hijo, aunque bien pudo ser; sino que dos años antes, y sin que Manuelillo lo supiese, se sentó un día en su sillón, muy envuelto en su capa, y con la guitarra al lado, como si sintiese en el alma unas muy dulces músicas, a la vez que un frescor húmedo y sabroso, que no era el de todos los días, sino mucho más grato. Doña Andrea estaba sentada en una banqueta a sus pies, y lo miraba con los ojos secos, y crecidos, y le tenía las manos. Dos hijas lloraban abrazadas en un rincón: la mayor, más valiente, le acariciaba con la mano los cabellos, o lo entretenía con frases zalameras, mientras le preparaba una bebida; de pronto, desasiéndose bruscamente de las manos de doña Andrea, abrió D. Manuel los brazos y los labios como buscando aire; los cerró violentamente alrededor de la cabeza de doña Andrea, a quien besó en la frente con un beso frenético; se irguió como si quisiera levantarse, con los brazos al cielo; cayó sobre el respaldo del asiento, estremeciéndosele el cuerpo horrendamente, como cuando en tormenta furiosa un barco arrebatado sacude la cadena que lo sujeta al muelle; se le llenó de sangre todo el rostro, como si en lo interior del cuerpo se le hubiese roto el vaso que la guarda y distribuye; y blanco, y sonriendo, con la mano casualmente caída sobre el mango de su guitarra, quedó muerto. Pero nunca se lo quiso decir doña Andrea a Manuelillo, a quien contaban que el padre no escribía porque sufría de reumatismo en las manos, para que no le entrase el miedo por las angustias de la casa, y quisiese venir a socorrerlas, interrumpiendo antes de tiempo sus estudios. Y era también que doña Andrea conocía que su pobre hijo había nacido comido de aquellas ansias de redención y evangélica quijotería que le habían enfermado el corazón al padre, y acelerado su muerte; y como en la tierra en que vivían había tanto que redimir, y tanta cosa cautiva que libertar, y tanto entuerto que poner derecho, veía la buena madre, con espanto, la hora de que su hijo

volviese a su patria, cuya hora, en su pensar, sería la del sacrificio de Manuelillo.

—¡Ay! —decía doña Andrea, una vez que un amigo de la casa le hablaba con esperanzas del porvenir del hijo—. El será infeliz, y nos hará aún más infelices sin quererlo. El quiere mucho a los demás, y muy poco a sí mismo. El no sabe hacer víctimas, sino serlo. Afortunadamente, aunque de todos modos, por desdicha de doña Andrea, Manuelillo había partido de la tierra antes de volver a ver la suya propia, ¡detrás de la palma encendida!

¿Quién que ve un vaso roto, o un edificio en ruina, o una palma caída, no piensa en las viudas? A don Manuel no le habían bastado las fuerzas, y en tierra extraña esto había sido mucho, más que para ir cubriendo decorosamente con los productos de su trabajo las necesidades domésticas. Ya el ayudar a Manuelillo a mantenerse en España le había puesto en muy grandes apuros.

Estos tiempos nuestros están desquiciados, y con el derrumbe de las antiguas vallas sociales y las finezas de la educación, ha venido a crearse una nueva y vastísima clase de aristócratas de la inteligencia, con todas las necesidades de parecer y gustos ricos que de ella vienen, sin que haya habido tiempo aún, en lo rápido del vuelco, para que el cambio en la organización y repartimiento de las fortunas corresponda a la brusca alteración en las relaciones sociales, producidas por las libertades políticas y la vulgarización de los conocimientos. Una hacienda ordenada es el fondo de la felicidad universal. Y búsquese en los pueblos, en las casas, en el amor mismo más acendrado y seguro, la causa de tantos trastornos y rupturas, que los oscurecen y afean, cuando no son causa del apartamiento, o de la muerte, que es otra forma de él: la hacienda es el estómago de la felicidad. Maridos, amantes, personas que aún tenéis que vivir y anheláis prosperar: ¡organizad bien vuestra hacienda!

De este desequilibrio, casi universal hoy, padecía la casa de don Manuel, obligado con sus medios de hombre pobre a mantenerse, aunque sin ostentación ni despilfarro, como caballero rico. ¿Ni quién se niega, si los quiere bien, a que sus hijos brillantes e inteligentes, aprendan esas cosas de arte, el dibujar, el pintar, el tocar piano, que alegran tanto la casa, y elevan, si son bien comprendidas y caen en buena tierra, el carácter de quien las posee, esas cosas de arte que apenas hace un siglo eran todavía propiedad casi exclusiva de reinas y princesas? ¿Quién que ve a sus pequeñines finos y delicados, en virtud de esa aristocracia del espíritu que en estos tiempos nuevos ha sustituido a la aristocracia degenerada de la sangre, no gusta de vestirlos de linda manera, en acuerdo con el propio buen gusto cultivado, que no se contenta con falsificaciones y bellaquerías, y de modo que el vestir complete y revele la distinción del alma de los queridos niños? Uno, padrazo ya, con el corazón estremecido y la frente arrugada, se contenta con un traje negro bien cepillado y sin manchas, con el cual, y una cara honrada, se está bien y se es bien recibido en todas partes; pero, ¡para la mujer, a quien hemos hecho sufrir tanto!, ¡para los hijos, que nos vuelven locos y ambiciosos, y nos ponen en el corazón la embriaguez del vino, y en las manos el arma de los conquistadores!, ¡para ellos, oh, para ellos, todo nos parece poco!

De manera que, cuando don Manuel murió, sólo había en la casa los objetos de su uso y adorno, en que no dejaba de adivinarse más el buen gusto que la holgura, los libros de don Manuel, que miraba la madre como pensamientos vivos de su esposo, que debían guardarse íntegros a su hijo ausente, y los enseres de la escuela, que un ayudante de don Manuel, que apenas le vio muerto se alzó con la mayor parte de sus discípulos, halló manera de comprar a la viuda, abandonada así por el que en conciencia debió continuar ayudándola, en una suma corta, la mayor, sin embargo, que después de la muerte de don Manuel se vio nunca en aquella pobre casa. Hacen pensar en las viudas las palmas caídas.

Este o aquel amigo, es verdad, querían saber de vez en cuando qué tal le iba yendo a la pobre señora. ¡Oh!, se interesaban mucho por su suerte. Ya ella sabía: en cuanto le ocurriese algo no tenía más que mandar. Para cualquier cosa, para cualquier cosa estaban a su disposición. Y venían en visita solemne, en día de fiesta, cuando suponían que había gente en la casa; y se iban haciendo muchas cortesías, como si con la ceremonia de ellas quisiesen hacer olvidar la mayor intimidad que podría obligarlos a prestar un servicio más activo. Da espanto ver cuán sola se queda una casa en que ha entrado la desgracia: da deseos de morir.

¿Qué se haría doña Andrea, con tantas hijas, dos de ellas ya crecidas; con el hijo en España, aunque ya el noble mozo había prohibido, aun suponiendo a su padre vivo, que le enviasen dinero?, ¿qué se haría con sus hijas pequeñas, que eran, las tres, por lo modestas y unidas, la gala del colegio; con Leonor, la última flor de sus entrañas, la que las gentes detenían en la calle para mirarla a su placer, asombradas de su hermosura?, ¿qué se haría doña Andrea? Así, cortado el tronco, se secan las ramas del árbol, un tiempo verdes, abandonadas sobre la tierra. ¡Pero los libros de don Manuel no!, esos no se tocaban: nada más que a sacudirlos, en la piececita que les destinó en la casa postrísima que tomó luego, permitía la señora que entrasen una vez al mes. O cuando, ciertos domingos, las demás niñas iban a casa de alguna conocida a pasar la tarde, doña Andrea se entraba sola en la habitación, con Leonor de la mano, y allí a la sombra de aquellos tomos, sentada en el sillón en que murió su marido, se abandonaba a conversaciones mentales, que parecían hacerle gran bien, porque salía de ellas en un estado de silenciosa majestad, y como más clara de rostro y levantada de estatura; de tal modo que las hijas cuando volvían de su visita, conocían siempre, por la mayor blandura en los ademanes, y expresión de dolorosa felicidad de su rostro, si doña Andrea había estado en el cuarto de los libros. Nunca Leonor parecía fatigada de acompañar a su madre en aquellas entrevistas: sino que, aunque ya para entonces tenía sus diez años, se sentaba en la falda de su madre, apretada en su regazo o abrazada a su cuello, o se echaba a sus pies, reclinando en sus rodillas la cabeza, con cuyos cabellos finos jugaba la viuda, distraída. De vez en cuando, pocas veces, la cogía doña Andrea en un brusco movimiento en sus brazos, y besando con locura la cabeza de la niña rompía en amarguísimos sollozos. Leonor, silenciosamente, humedecía en todo este tiempo la mano de su madre con sus besos.

De España se trajo pocas cosas don Manuel, y doña Andrea menos, que era de familia hidalga y pobre. Y todo, poco a poco, para atender a las necesidades de la casa, fue saliendo de ella: hasta unas perlas margaritas que había llevado de América a Salamanca un tío, abuelo de doña Andrea, y un aguacate de esmeralda de la misma procedencia, que recibió de sus padres como regalo de matrimonio; hasta unas cucharas y vasos de plata que se estrenaron cuando se casó la madre de don Manuel, y éste solía enseñar con orgullo a sus amigos americanos, para probar en sus horas de desconfianza de la libertad, cuánto más sólidos eran los tiempos, cosas y artífices de antaño.

Y todas las maravillas de la casa fueron cayendo en manos de inclementes compradores; una escena autógrafa de "El Delincuente Honrado" de Jovellanos; una colección de monedas romanas y árabes de Zaragoza, de las cuales las árabes estimulaban la fantasía y avivaban las miradas de Manuelillo cada vez que el padre le permitía curiosear en ellas; una carta de doña Juana la Loca, que nunca fue loca, a menos que amar bien no sea locura, y en cuya carta, escrita de manos del secretario Passamonte, se dicen cosas tan dignas y tan tiernas que dejaban enamorados de la reina a los que las leían, y dulcemente conmovidas las entrañas.

Así se fueron otras dos joyas que don Manuel había estimado mucho, y mostraba con la fruición de un goloso que se complace traviesamente en hacer gustar a sus amigos un plato cuya receta está decidido a no dejarles conocer jamás: un estudio en madera de la cabeza de san Francisco, de Alonso Cano, y un dibujo de Goya, con lápiz rojo, dulce como una cabeza del mismo Rafael.

Con las cucharas de plata se pagó un mes la casa: la esmeralda dio para tres meses: con las monedas fueron ayudándose medio año. Un desvergonzado compró la cabeza, en un día de angustia, en cinco pesos. Un tanto se auxiliaban con unos cuantos pesos que, muy mal cobrados y muy regañados, ganaban doña Andrea y las hijas mayores enseñando a algunas niñas pequeñas del barrio pobre donde habían ido a refugiarse en su penuria. Pero el dibujo de Goya, ése sí se vendió bien. Ese, él sólo, produjo tanto como las margaritas y las cucharas de plata, y el aguacate. El dibujo de Goya, única prenda que no se arrepintió doña Andrea de haber vendido, porque le trajo un amigo, lo compró Juan Jerez; Juan Jerez que cuando murió en Madrid Manuelillo, y la madre extremada por los gastos en que la puso una enfermedad grave de su niña Leonor, se halló un día pensando con espanto en que era necesario venderlos, compró los libros a doña Andrea, mas no se los llevó consigo, sino que se los dejó a ella "porque él no tenía dónde ponerlos, y cuando los necesitase, ya se los pediría". Muy ruin tiene que ser el mundo, y doña Andrea sabía de sobra que suele ser ruin, para que ese día no hubiese satisfecho su impulso de besar a Juan la mano.

Pero Juan, joven rico y de padres y amistades que no hacían suponer que buscarse esposa en aquella casa desamparada y humilde, comprendió que no debía ser visita de ella, donde ya eran alegría de los ojos y del corazón, más por lo honestas que por lo lindas, las dos niñas mayores, y muy distraído el pensamiento en cosas de la mayor alteza, y muy fino y generoso, y muy

sujeto ya por el agradecimiento del amor que le mostraba a su prima Lucía, ni visitaba frecuentemente la casa de doña Andrea, ni hacía alarde de no visitarla, como que le llevó su propio médico cuando la enfermedad de Leonor, y volvió cuando la venta de los libros, y cuando sabía alguna aflicción de la señora, que con su influjo, si no con su dinero que solía escasearle, podía tener remedio.

Lo que, como un lirio de noche en una habitación oscura, tuvo en medio de todas estas agonías iluminada el alma de doña Andrea, y le aseguró en su creencia bondadosa en la nobleza de la especie humana, fue que, ya porque en realidad le apenase la suerte de la viuda, ya porque creyera que había de parecer mal, siendo como el don Manuel bien querido, y maestro como ella, que permitieran la salida de sus hijas del colegio por falta de paga, la directora del Instituto de la Merced, el más famoso y rico del país, hizo un día, en un hermoso coche, una visita, que fue muy sonada, a casa de doña Andrea, y allí le dijo magnánimamente, cosa que en seguida vociferó y celebró mucho la prensa, que las tres niñas recibirían en su colegio, si ella no lo mandaba de otro modo, toda su educación, como externas, sin gasto alguno. Aquella vez sí que doña Andrea, sin los miramientos que en el caso de Juan habían más tarde de impedirselo, cubrió de besos la mano de la directora, quien la trató con una hermosa bondad pontificia, y como una mujer inmaculada trata a una culpable, tras de lo cual se volvió muy oronda a su colegio, en su arrogante coche.

Es verdad que las niñas no decían a doña Andrea que, aunque no las había en el colegio más aplicadas que ellas, ni que llevaran los vestiditos más blancos y bien cuidados, ni que, en la clase y recreo mostrasen mayor compostura, los vales a fin de semana, y los primeros puestos en las competencias, y los premios en los exámenes, no eran nunca para ellas; los regaños, sí. Cuando la niña del ministro había derramado un tintero, de seguro que no había sido la niña del ministro, ¿cómo había de ser la hija del ministro?, había sido una de las tres niñas del Valle. La hija de Mr. Floripond, el poderoso banquero, la fea, la huesuda, la descuidada, la envidiosa Iselda, había escondido, donde no pudiese ser hallada, su caja de lápices de dibujar: por supuesto, la caja no aparecía: “¡Allí todas las niñas tenían dinero para comprar sus cajas!, ¡las únicas que no tenían dinero allí eran las tres del Valle!”, y las registraban, a las pobrecitas, que se dejaban registrar con la cara llena de lágrimas, y los brazos en cruz, cuando por fortuna la niña de otro banquero, menos rico que Mr. Floripond, dijo que había visto a Iselda poner la caja de lápices en la bolsa de Leonor. Pero tan buenas y serviciales fueron, tan apretaditas se sentaban siempre las tres, sin jugar, o jugando entre sí, en la hora de recreo; con tal mansedumbre obedecían los mandatos más destemplados e injustos; con tal sumisión, por el amor de su madre, soporaban aquellos rigores, que las ayudantes del colegio, solas y desamparadas ellas mismas, comenzaron a tratarlas con alguna ternura, a encomendarles la copia de las listas de la clase, a darles a afilar sus lápices, a distinguirlas con esos pequeños favores de los maestros que ponen tan orondos a los niños, y

que las tres hijas de del Valle recompensaban con una premura en el servirlos y una modestia y gracia tal, que les ganaba las almas más duras. Esta bondadosa disposición de las ayudantes subió de punto cuando la directora, que no tenía hijos, y era aún una muy bella mujer, dio muestras de aficionarse tan especialmente a Leonor, que algunas tardes la dejaba a comer a su mesa, enviándole luego a doña Andrea con un afectuoso recado; y un domingo la sacó a pasear en su carruaje, complaciéndose visiblemente aquel día en responder con su mejor sonrisa a todos los saludos.

Porque los que poseen una buena condición, si bien la persiguen implacablemente en los demás cuando por causa de la posición o edad de éstos temen que lleguen a ser rivales, se complacen, por el contrario, por una especie de prolongación de egoísmo y por una fuerza de atracción que parece incontrastable y de naturaleza divina, en reconocer y proclamar en otros la condición que ellos mismos poseen, cuando no puede llegar a estorbarles.

Se aman y admiran a sí propios en los que, fuera ya de este peligro de rivalidad, tienen las mismas condiciones de ellos. Los miran como una renovación de sí mismos, como un consuelo de sus facultades que decaen, como si se viesen aún a sí propios tales como son aquellas criaturas nuevas, y no como ya van siendo ellos. Y las atraen a sí, y las retienen a su lado, como si quisiesen fijar, para que no se les escapase, la condición que ya sienten que los abandona. Hay, además, gran motivo de orgullo en oír celebrar la especie de mérito por que uno se distingue.

Verdad es que no había tampoco mejor manera de llamar la atención sobre sí que llevar cerca a Leonor. ¡Qué mirada, que parecía una plegaria! ¡Qué óvalo el del rostro, más perfecto y puro! ¡Qué cutis, que parecía que daba luz! ¡Qué encanto en toda ella, y qué armonía! De noche doña Andrea, que como a la menor de sus hijas la tuvo siempre en su lecho, no bien la veía dormida, la descubría para verla mejor; le apartaba los cabellos de la frente y se los alzaba por detrás para mirarle el cuello, le tomaba las manos, como podía tomar dos tórtolas, y se las besaba cuidadosamente; le acariciaba los pies, y se los cubría a lentos besos.

Alfombra hubiera querido ser doña Andrea, para que su hija no se lastimase nunca los pies, y para que anduviese sobre ellos. Alfombra, cinta para su cuello, agua, aire, todo lo que ella tocase y necesitase para vivir, como si no tuviese otras hijas, quería ser para ella doña Andrea. Solía Leonor despertarse cuando su madre estaba contemplándola de esta manera; y entreabriendo dichosamente los ojos amantes y atrayéndola a sí con sus brazos, se dormía otra vez, con la cabeza de su madre entre ellos; de su madre, que apenas dormía.

¡Cómo no padecería la pobre señora cuando la directora del colegio, estando ya Leonor en sus trece años, la vino a ver, como quien hace un gran servicio, y en verdad para el porvenir de Leonor lo era, para que le permitiese retener a Leonor en el colegio como alumna interna! En el primer instante, doña Andrea se sintió caer al suelo, y, sin palabras, se quedó mirando a la directora fijamente, como a una enemiga. De pensarlo no más, ya le pareció que le habían sacado el corazón del pecho.

Balbuceó las gracias. La directora entendió que aceptaba:

—Leonor, doña Andrea, está destinada por su hermosura a llamar la atención de una manera extraordinaria. Es niña todavía, y ya ve Vd. como anda por la ciudad la fama de su belleza. Vd. comprende que a mí me es más costoso tenerla en el colegio como a interna; pero creo de mi deber, por cariño a Vd. y al señor D. Manuel, acabar mi obra.

Y la madre parecía que quería adelantar una objeción; y la mujer hermosa, que en realidad, en fuerza de la plácida beldad de Leonor, había concebido por ella un tierno afecto, decía precipitadamente estas buenas razones, que la madre veía lucir delante de sí, como puñales encendidos.

—Porque Vd. ve, doña Andrea, que la posición de Leonor en el mundo, va a ser sumamente delicada. La situación a que están Vds. reducidas las obliga a vivir apartadas de la sociedad, y en una esfera en que, por su misma distinción natural y por la educación que está recibiendo, no puede encontrar marido proporcionado para ella. Acabando de educarse en mi colegio como interna, se rozará mucho más, en estos tres años, con las niñas más elegantes y ricas de la ciudad, que se harán sus amigas íntimas; yo misma iré cuidando especialmente de favorecer aquellas amistades que le puedan convenir más cuando salga al mundo, y le ayuden a mantenerse en una esfera a que de otro modo, sin más que su belleza, en la posición en que Vds. están, no podría llegar nunca. Hermosa e inteligente como es, y moviéndose en buenos círculos, será mucho más fácil que inspire el respeto de jóvenes que de otro modo la perseguirían sin respetarla, y encuentre acaso entre ellos el marido que la haga venturosa. ¡Me espanta, doña Andrea —dijo la directora que observaba el efecto de sus palabras en la pobre madre—, me espanta pensar en la suerte que correría Leonor, tan hermosa como va a ser, en el desamparo en que tienen Vds. que vivir, sobre todo si llegase Vd. a faltarle! Piense Vd. en que necesitamos protegerla de su misma hermosura.

Y la directora, ya apiadada del gran dolor reflejado en las facciones de doña Andrea, que no tenía fuerzas para abrir los labios, ya deseosa de alcanzar con halagos su anhelo, había tomado las manos de doña Andrea, y se las acariciaba bondadosamente.

Entró Leonor en este instante, y en el punto de verla, fue como si los torrentes de llanto apretados por la agonía se saliesen al fin de sus ojos; no dijo palabras, sino inolvidables sollozos; y se lanzó al encuentro de su hija, y se abrazó con ella estrechísimamente.

—Yo no iré, mamá, yo no iré —le decía Leonor al oído, sin que lo oyese la directora; aunque ya Leonor le había dicho a ésta que, si quería doña Andrea, ella quería ir.

A los pocos momentos doña Andrea, pálida, sentada ya junto a Leonor, a quien tenía de la mano, pudo por fin hablar. ¡Porque era ceder a cuanto le quedaba de don Manuel, a aquellas noches queridas suyas de silencio, en que su alma, a solas con su amargura y con su niña, recordaba y vivía; porque conforme se había ido apartando de todo, en sus hijas, y en Leonor, como un símbolo de todas ellas, se había refugiado, con la tenacidad de las almas sencillas que no tienen fuerza más que para amar; ¡porque dar a Leonor era como dar todas las luces y todas las rosas de la vida!

Por fin pudo hablar, y con una voz opaca y baja, como de quien habla de muy lejos, dijo:

—Bueno, señora, bueno. Y Dios le pagará su buena intención. Leonor se quedará en el colegio.

Y ya hemos visto en los comienzos de esta historia que estaba Leonor a punto de salir de él.

CAPITULO III

¿DE QUÉ HA de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle? Era como la mañana que sigue al día en que se ha revelado un orador poderoso. Era como el amanecer de un drama nuevo. Era esa conmoción inevitable que, a pesar de su vulgaridad ingénita, experimentan los hombres cuando aparece súbitamente ante ellos alguna cualidad suprema. Después se coligan todos, en silencio primero, abiertamente luego, y dan sobre lo que admiraron. Se irritan de haber sido sorprendidos. Se encolerizan sordamente, por ver en otro la condición que no poseen. Y mientras más inteligencia tengan para comprender su importancia, más la abominan, y al infeliz que la alberga. Al principio, por no parecer envidiosos, hacen como que la acatan: y, como que es de fuertes no temer, ponen un empeño desmedido en alabar al mismo a quien envidian, pero poco a poco, y sin decirse nada, reunidos por el encono común, van agrupándose, cuchicheando, haciéndose revelaciones. Se ha exagerado. Bien mirado, no es lo que se decía. Ya se ha visto eso mismo. Esos ojos no deben ser suyos. De seguro que se recorta la boca con carmín. La línea de la espalda no es bastante pura. No, no es bastante pura. Parece como que hay una verruga en la espalda. No es verruga, es lobanillo. No es lobanillo, es joroba. Y acaba la gente por tener la joroba en los ojos, de tal modo que llega de veras a verla en la espalda, ¡porque la lleva en sí! Ea; eso es fijo: los hombres no perdonan jamás a aquellos a quienes se han visto obligados a admirar.

Pero allá, en un rincón del pecho, duerme como un portero soñoliento la necesidad de la grandeza. Es fama que, para dar al champaña su fragancia, destilan en cada botella, por un procedimiento desconocido, tres gotas de un licor misterioso. Así la necesidad de la grandeza, como esas tres gotas exquisitas, está en el fondo del alma. Duerme como si nunca hubiese de despertar,

¡oh, suele dormir mucho!, ¡oh, hay almas en que el portero no despierta nunca! Tiene el sueño pesado, en cosas de grandeza, y sobre todo en estos tiempos, el alma humana. Mil duendecillos, de figuras repugnantes, manos de araña, vientre hinchado, boca encendida, de doble hilera de dientes, ojos redondos y libidinosos, giran constantemente alrededor del portero dormido, y le echan en los oídos jugo de adormideras, y se lo dan a respirar, y se lo untan en las sienes, y con pinceles muy delicados le humedecen las palmas de las manos, y se les encucillan sobre las piernas, y se sientan sobre el respaldo del sillón, mirando hostilmente a todos lados, para que nadie se acerque a despertar al portero: ¡mucho suele dormir la grandeza en el alma humana! Pero cuando despierta, y abre los brazos, al primer movimiento pone en fuga a la banda de duendecillos de vientre hinchado. Y el alma entonces se esfuerza en ser noble, avergonzada de tanto tiempo de no haberlo sido. Sólo que los duendecillos están escondidos detrás de las puertas, y cuando les vuelve a picar el hambre, porque se han jurado comerse al portero poco a poco, empiezan a dejar escapar otra vez el aroma de las adormideras, que a manera de cendales espesos va turbando los ojos y velando la frente del portero vencido; y no ha pasado mucho tiempo desde que puso a los duendes en fuga, cuando ya vuelven éstos en confusión, se descuelgan de las ventanas, se dejan caer por las hojas de las puertas, salen de bajo las losas descompuertas del piso, y abriendo las grandes bocas en una risa que no suena, se le suben agilísimamente por las piernas y brazos, y uno se le para en un hombro, y otro se le sienta en un brazo, y todos agitan en alto, con un ruido de rata que roe, las adormideras. Tal es el sueño del alma humana.

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle?

De ella, porque hablan de la fiesta de anoche: de ella, porque la fiesta alcanzó inesperadamente, a influjo de aquella niña ayer desconocida, una elevación y entusiasmo que ni los mismos que contribuyeron a ello volverían a alcanzar jamás. Tal como suelen los astros juntarse en el cielo, ¡ay!, para chocar y deshacerse casi siempre, así, con mejor destino, suelen encontrarse en la tierra, como se encontraron anoche, el genio, y ese otro genio, la hermosura.

De fama singular había venido precedido a la ciudad el pianista húngaro Keleffy. Rico de nacimiento, y enriquecido aún más por su arte, no viajaba, como otros, en busca de fortuna. Viajaba porque estaba lleno de águilas, que le comían el cuerpo, y querían espacio ancho, y se ahogaban en la prisión de la ciudad. Viajaba porque casó con una mujer a quien creyó amar, y la halló luego como una copa sorda, en que las armonías de su alma no encontraban eco, de lo que le vino postración tan grande que ni fuerzas tenía aquel músico-atleta, para mover las manos sobre el piano: hasta que lo tomó un amigo leal del brazo, y le dijo "Cúrate"; y lo llevó a un bosque, y lo trajo luego al mar, cuyas músicas se le entraron por el alma medio muerta, se quedaron en ella, sentadas y con la cabeza alta, como leones que husmean el desierto, y salieron al fin de nuevo al mundo en unas fantasías arrebatadas

que en el barco que lo llevaba por los mares improvisaba Keleffy, las que eran tales, que si se cerraban los ojos cuando se las oía, parecía que se levantaban por el aire, agrandándose conforme subían, unas estrellas muy radiosas, sobre un cielo de un negro hondo y temible, y otras veces, como que en las nubes de colores ligeros iban dibujándose unas como guirnaldas de flores silvestres, de un azul muy puro, de que colgaban unos cestos de luz: ¿qué es la música sino la compañera y guía del espíritu en su viaje por los espacios? Los que tienen ojos en el alma, han visto eso que hacían ver las fantasías que en el mar improvisaba Keleffy: otros hay, que no ven, por lo que niegan muy orondos que lo que ellos no han visto, otros lo vean. Es seguro que un topo no ha podido jamás concebir un águila.

Keleffy viajaba por América, porque le habían dicho que en nuestro cielo del Sur lucen los astros como no lucen en ninguna otra parte del cielo, y porque le hablaban de unas flores nuestras, grandes como cabeza de mujer y blancas como la leche, que crecen en los países del Atlántico, y de unas anchas hojas que se crían en nuestra costa exuberante, y arrancan de la madre tierra y se tienden voluptuosamente sobre ella, como los brazos de una divinidad vestida de esmeraldas, que llamasen, perennemente abiertas, a los que no tienen miedo de amar los misterios y las diosas.

Y aquel dolor de vivir sin cariño, y sin derecho para inspirarlo ni aceptarlo, puesto que estaba ligado a una mujer a quien no amaba; aquel dolor que no dormía, ni tenía paces, ni le quería salir del pecho, y le tenía la fantasía como apretada por serpientes, lo que daba a toda su música un aire de combate y tortura que solía privarla del equilibrio y proporción armoniosa que las obras durables de arte necesitan; aquel dolor, en un espíritu hermoso que, en la especie de peste amatoria que está enllagando el mundo en los pueblos antiguos, había salvado, como una paloma herida, un apego ardentísimo a lo casto; aquel dolor, que a veces con las manos crispadas se buscaba el triste músico por sobre el corazón, como para arrancárselo de raíz, aunque se tuviera que arrancar el corazón con él; aquel dolor no le dejaba punto de reposo, le hacía parecer a las veces extravagante y huracán, y aunque por la suavidad de su mirada y el ardor de su discurso se atrajese desde el primer instante, como un domador de oficio, la voluntad de los que le veían, poco sentía él que en aquellos afectos iba entrando la sorda hostilidad con que los espíritus comunes persiguen a los hombres de alma superior, y aquella especie de miedo, si no de terror, con que los hombres, famélicos de goces, huyen, como de un apestado, de quien, bajo la pesadumbre de un infortunio, ni sabe dar alegría, ni tiene el ánimo dispuesto a compartirlas.

Ya en la ciudad de nuestro cuento, cuya gente acomodada había ido toda, y en más de una ocasión, de viajes por Europa, donde apenas había casa sin piano, y, lo que es mejor, sin quien tocase en él con natural buen gusto, tenía Keleffy numerosos y ardientes amigos; tanto entre los músicos sesudos, por el arte exquisito de sus composiciones, como entre la gente joven

y sensible, por la melodiosa tristeza de sus romanzas. De modo que cuando se supo que Keleffy venía, y no como un artista que se exhibe, sino como un hombre que padece, determinó la sociedad elegante recibirle con una hermosísima fiesta, que quisieron fuese como la más bella que se hubiera visto en la ciudad, ya porque del talento de Keleffy se decían maravillas, ya porque esta buena ciudad de nuestro cuento no quería ser menos que otras de América, donde el pianista había sido ruidosamente agasajado.

En la "casa de mármol" dispusieron que se celebrase la gran fiesta: con un tapiz rojo cubrieron las anchas escaleras; los rincones, ya en las salas, ya en los patios, los llenaron de palmas; en cada descanso de la escalera central había un enorme vaso chino lleno de plantas de camelia en flor; todo un saloncito, el de recibir, fue colgado de seda amarilla; de lugares ocultos por cortinas venía un ruido de fuentes. Cuando se entraba en el salón, en aquella noche fresca de la primavera, con todos los balcones abiertos a la noche, con tanta hermosa mujer vestida de telas ligeras de colores suaves, con tanto abanico de plumas, muy de moda entonces, moviéndose pausadamente, y con aquel vago rumor de fiesta que comienza, parecía que se entraba en un enorme cesto de alas. La tapa del piano, levantada para dar mayor sonoridad a las notas, parecía, como dominándolas a todas, una gran ala negra.

Keleffy, que discernía la suma de verdadero afecto mezclada en aquella fiesta de la curiosidad y sentía desde su llegada a América como si constantemente estuviesen encendidos en su alma dos grandes ojos negros; Keleffy a quien fue dulce no hallar casa, donde sus últimos dolores, vaciados en sus romanzas y nocturnos, no hubiesen encontrado manos tiernas y amigas, que se las devolvían a sus propios oídos como atenuados y en camino de consuelo, porque "en Europa se toca, decía Keleffy, pero aquí se acaricia el piano"; Keleffy, que no notaba desacuerdo entre el casto modo con que quería él su magnífico arte, y aquella fiesta discreta y generosa, en que se sentía el concurso como penetrado de respeto, en la esfera inquieta y deleitosa de lo extraordinario; Keleffy, aunque de una manera apesurada y melancólica, y más de quien se aleja que de quien llega, tocó en el piano de madera negra, que bajo sus manos parecía a veces salterio, flauta a veces, y a veces órgano, algunas de sus delicadas composiciones, no aquellas en que se hubiera dicho que el mar subía en montes y caía roto en cristales, o que braceaba un hombre con un toro, y le hendía el testuz, y le doblaba las piernas, y lo echaba por tierra, sino aquellas otras flexibles fantasías que, a tener color, hubieran sido pálidas, y a ser cosas visibles, hubiesen parecido un paisaje de crepúsculo.

En esto, se oyó en todo el salón un rumor súbito, semejante al que en días de fiestas nacionales se oye en la muchedumbre de las plazas cuando rompe en un ramo de estrellas en el aire un fuego de artificio. ¡Ya se sabía que en el Instituto de la Merced había una niña muy bella! que era Sol del Valle; ¡pero no se sabía que era tan bella! Y fue al piano; porque ella era la discípula querida del Instituto y ninguna como ella entendía aquella plegaria de Keleffy "¡Oh, madre mía!" y la tocó, trémula al principio, olvi-

dada después en su música y por esto más bella; y cuando se levantó del piano, el rumor fue de asombro ante la hermosura de la niña, no ante el talento de la pianista, no común por otra parte; y Keleffy la miraba, como si con ella se fuese ya una parte de él; y, al verla andar, la concurrencia aplaudía, como si la música no hubiera cesado, o como si se sintiese favorecida por la visita de un ser de esferas superiores, u orgullosa de ser gente humana, cuando había entre los seres humanos tan grande hermosura.

¿Cómo era? ¡Quién lo supo mejor que Keleffy! La miró, la miró con ojos desesperados y avarientos. Era como una copa de nácar, en quien nadie hubiese aún puesto los labios. Tenía esa hermosura de la aurora, que arroba y ennoblece. Una palma de luz era. Keleffy no la hablaba, sino la veía. La niña, cuando se sentó al lado de la directora, casi rompió en lágrimas. La revelación, la primera sensación del propio poder, lisonjea y asusta. Se tuvo miedo la niña, y aunque muy contenta de sí, halagada por aquel rumor como si le rozasen la frente con muy blandas plumas, se sintió sola y en riesgo, y buscó con los ojos, en una mirada de angustia a doña Andrea, ¡ay!, a doña Andrea que, conforme iban pasando los años, se hundía en sí misma, para ver mejor a don Manuel, de tal manera que ya, si sonreía siempre, apenas hablaba. Se conversaba apresuradamente. Todos los ojos estaban sobre ella. ¿Quién es? Las mujeres no la celebraban, se erguían en sus asientos para verla; movían rápidamente el abanico, cuchicheaban a su sombra con su compañera; se volvían a mirarla otra vez. Los hombres, sentían en sí como una rienda rota; y algunos, como un ala. Hablaban con desusada animación. Se juntaban en corrillos. La medían con los ojos. Ya la veían de su brazo ostentándola en el salón, y le estrechaban el talle en el baile ardiente y atrevido; ya meditaban la frase encomiástica con que habían de deslumbrar al ser presentados a ella. “¿Conque ésa es Sol del Valle?” “¿En qué casas visita?” «¿Va a casa de Lucía Jerez?” “Juan Jerez es amigo de la señora.” “Allí está Juan Jerez; que nos presente.” “Yo soy amigo de la directora: vamos.” “¿Quién nos presentará a ella?” ¡Pobre niña! Su alcoba no la vio nunca como la dejaron aquellos curiosos. No es para la mayor parte de los hombres una obra santa, y una copa de espíritu la hermosura; sino una manzana apetitosa. Si hubiera un lente que permitiese a las mujeres ver, tales como les pasean por el cráneo los pensamientos de los hombres, y lo que les anda en el corazón, los querrían mucho menos.

Pero no era un hombre, no, el que con más insistencia, y un cierto encono mezclado ya de amor, miraba a Sol del Valle, y con dificultad contenía el llanto que se le venía a mares a los ojos, abiertos, en los que se movían los párpados apenas. La conocía en aquel momento, y ya la amaba y la odiaba. La quería como una hermana; ¡qué misterios de estas naturalezas bravías e iracundas!, y la odiaba con un aborrecimiento irresistible y trágico. Y cuando un caballero apuesto y cortés que saludaba mucha gente a su paso, se acercó, por lo mismo que vivía en esfera social más alta, más que a saludar, a proteger a Sol del Valle, cuando Juan Jerez llegó al fin al lado de la niña, y Lucía Jerez, que era quien de aquella manera la miraba, los vio juntos, cerró los ojos, inclinó la cabeza sobre el hombro como quien se muere; se le puso todo el rostro amarillo; y sólo al cabo de algún tiempo, al influjo del aire que

agitaban sus compañeras con los abanicos, volvió a abrir los ojos, que parecían turbios, como si hubiera cruzado por su pensamiento un ave negra.

Y Keleffy en aquellos instantes tenía subyugada y muda a la concurrencia. Allí sus esperanzas puras de otros tiempos; sus agonías de esposo triste; el desorden de una mente que se escapa; el mar sereno luego; la flora toda americana, ardiente y rica; el encogimiento sombrío del alma infeliz ante la naturaleza hermosa; una como invasión de luz que encendiese la atmósfera, y penetrase por los rincones más negros de la tierra, y a través de las ondas de la mar, a sus cuevas de azul y corales; una como águila herida, con una llaga en el pecho que parecía una rosa, huyendo, a grandes golpes de ala, cielo arriba, con gritos desesperados y estridentes. Así, como un espíritu que se despide, tocó Keleffy el piano. Jamás pudo tanto, ni nadie le oyó así segunda vez. Para Sol era aquella fantasía; para Sol, a quien ni volvería a ver nunca, ni dejaría de ver jamás. Sólo los que persiguen en vano la pureza, saben lo que regocija y exalta el hallarla. Sólo los que mueren de amor a la hermosura entienden cómo, sin vil pensamiento, ya a punto de decir adiós para siempre a la ciudad amiga, tocó aquella noche en el piano Keleffy. Pero tocó de tal manera que, aun para la gente inculta, es todavía aquel momento inolvidable. "Nos llevaba como un triunfador", decía un cronista al día siguiente, "sujetos a su carro. ¿Adónde íbamos?, nadie lo sabía. Ya era un rayo que daba sobre un monte, como el acero de un gigante sobre el castillo donde supone a su dama encantada; ya un león con alas, que iba de nube en nube; ya un sol virgen que de un bosque temido, como de un nido de serpientes, se levanta; ya un recodo de selva nunca vista, donde los árboles no tenían hojas, sino flores; ya un pino colosal que, con estruendo de gemidos, se quebraba; era una grande alma que se abría. Mucho se había hecho admirar el apasionado húngaro en el comienzo de la fiesta; mas, aquella arrebatadora fantasía, aquel desborde de notas; ora plañideras, ora terribles, que parecían la historia de una vida, aquélla, que fue su última pieza de la noche, porque nadie después de ella osó pedirle más, vino tan inmediatamente después de la aparición de la señorita Sol del Valle, orgullo desde hoy de la ciudad, que todos reconocieron en la improvisación maravillosa del pianista el influjo que en él, como en cuantos anoche la vieron, con su vestido blanco y su aureola de inocencia, ejerció la pasmosa hermosura de la niña. Nace bien esta beldad extraordinaria, con el genio a sus plantas."

Dos amigas están sentadas a la sombra de la magnolia, nuestra antigua conocida. En un sillón está sentada Lucía. Otras sillas de mimbre esperan a sus dueñas, que andan preparando dulces por los adentros de la casa, o con Ana, que no está bien hoy. Está muy pálida. No se espera gente de afuera aquella tarde; Juan Jerez no está en la ciudad: fue el viernes a defender en el tribunal de un pueblo vecino los derechos de unos indios a sus tierras, y aún no ha vuelto. Lucía hubiera estado más triste, si no hubiera tenido a su amiga a su lado. Juan no puede venir. Ferrocarril no hay hoy. A caballo, es muy lejos. A los pies de Lucía, en una banqueta, con los brazos cruzados sobre las rodillas de la niña, ¿quién es la que está sentada, y la mira con largas miradas, que se entran por el alma como reinas hermosas que van a buscar en ella su aposento, y a quedarse en ella; y la deja jugar

con su cabeza, cuya cabellera castaña destrenza y revuelve, y alisa luego hacia arriba con mucho cuidado, de modo que se le vea el noble cuello? A los pies de Lucía está Sol del Valle.

Desde la noche de la fiesta de Keleffy, Lucía y Sol se han visto muchas veces. ¿De conocerla, cómo había de librarse, en estas ciudades nuestras en que todo el mundo se conoce? Aquella misma noche, y no fue Juan por cierto, Lucía, muy adulada por la directora del Instituto de la Merced, de donde había salido tres años antes, se vio en brazos de Sol, que la miraba llena de esperanza y ternura. Se levantó la directora y llevó a Sol de la mano a donde Lucía estaba, taciturna. Las vio venir, y se echó atrás.

—¡Vienen a mí, a mí! —se dijo.

—Lucía, aquí te traigo una amiga, para que te la pongas en el corazón, y me la cuides como cosa de tu casa. En tus manos la puedo dejar: tú no eres envidiosa.

Y a Sol se le encendía el rostro, sin saber qué decir, y a Lucía se le desvanecía el color, buscando en balde fuerzas con que mover la mano y abrir los labios en una sonrisa.

—Pero esto no ha de ser así, no.

Y la directora puso el brazo de Sol en el de Lucía, y acompañadas de miradas celosas, se refugió por algunos momentos con ellas en un balcón, cuya baranda de granito estaba oculta bajo una enredadera florecida de rosas salomónicas. El balcón era grande y solemne; la noche, ya muy entrada, y el cielo, cariñoso y locuaz, como se pone en nuestros países cuando el aire está claro, y parece como que platican y se hacen visitas las estrellas.

—Y ante todo, Lucía y Sol, dense un beso.

—Mira, Lucía —dijo la directora juntando en sus manos las de las dos niñas y hablando como si no estuviese Sol con ellas, quien se sentía las mejillas ardientes, y el pecho apretado con lo que la maestra iba diciendo, tanto, que por un instante vio el cielo todo negro, y como que desde su casita la estaba llamando doña Andrea—. Mira, Lucía, tú sabes cómo entra en la vida Sol del Valle, como lo sabe todo el mundo. Su padre se ha muerto. Su madre está en la mayor pobreza. Yo, que la quiero como a una hija, he procurado educarla para que se salve del peligro de ser hermosa siendo tan pobre.

Sintió Lucía en aquel instante como si la mano de Sol le temblase en la suya, y hubiese hecho un movimiento por retirarla y ponerse en pie.

—Señora...

—No, no, Lucía. La que va a ser mujer de Juan Jerez...

La sombra de una de las cortinas de la enredadera, que flotaba al influjo del aire, escondió en este instantes el rostro de Sol.

—...merece que yo ponga en sus manos, para que me la enseñe al mundo a su lado y me la proteja, la joya de la casa con que ha sido Juan Jerez tan bueno.

Aquí la cortina flotante de la enredadera cubrió con su sombra el rostro de Lucía.

—Juan...

—Juan ha sido muy bueno —dijo como con cierta prisa voluntaria la directora—. El apenas conoce a Sol, porque ha ido muy poco a casa de doña Andrea; pero como es tan generoso, se alegrará de que tú ampires a esta niña, con el respeto de tu casa, de los que, porque la verán desvalida...

Más blanco que su vestido pudo verse en este momento, el rostro de Sol.

—...querrán faltarle al respeto. Ya Sol ha acabado su colegio; pero para que mi obra no quede incompleta, voy a dejarla en él como profesora, y así ayudará a su madre a llevar los gastos de la casa, y le hemos tomado ya a a doña Andrea una casita mejor, cerca del Instituto. Yo espero —añadió la señora gravemente, y como si las estrellas no estuviesen brillando en el cielo— que Sol será una buena maestra. Yo, Lucía, no podré llevarla a todas partes, porque ya he dejado de ser joven, y los cuidados del colegio me lo impiden; pero quiero que tú hagas mis veces, y ya sabes —dijo con una ligera emoción en la voz dando un beso en la mejilla de Lucía—, cuidámela. Que sientan que el que no pueda llegar hasta ti, no puede llegar hasta ella. Cuando haya una fiesta, llévala. Ella se vestirá siempre linda, porque yo la he enseñado a hacérselo todo y es maestra en coser. Convídala a tu casa, para que nadie tenga reparo en convidarla a la suya: que el que entra en tu casa puede entrar en todas partes. Sol es tan bonita como agradecida.

—Sí, sí, señora —interrumpió Lucía que en sus mejillas propias estaba sintiendo la palidez de las de Sol—. Yo la llevaré conmigo. Yo sí, yo sí, ahora mismo la presentaré a todas mis amigas. Iremos juntas la Semana Santa. No me digas que no, Sol. Iremos al teatro siempre juntas.

Y el cariño le iba creciendo con las palabras, que decía amontonadamente, como si tuviese prisa por olvidarse de algo, o quisiese vengarse de sí misma.

—Bueno, vamos entonces, que yo veo que la gente curiosear porque estamos cuchicheando tanto tiempo. Vamos.

Sol no hablaba. Lucía, como que quería defenderla de la directora, que entraba ya en el salón con su paso pomposo.

—En seguida, señora, en seguida. Entre Vd. y detrás vamos nosotras. Voy a coger dos rosas de esta enredadera: ésta para Sol —y se la prendió con mucha ternura, mirándola amorosamente en los ojos—; ésta, que es la menos bonita, para mí.

—¡Oh, Vd. es tan buena!

—¿Usted? No, Sol, yo soy tu hermana. No hagas caso de lo que dice la directora. Yo te querré siempre como una hermana. —Y abrió los brazos, y apretó en ellos a Sol, a la que llevaba sin miedo, prestísimamente.

—Oh —dijo Sol de pronto ahogando un grito. Y se llevó la mano al seno, y la sacó con la punta de los dedos roja. Era que al abrazarla Lucía, se le clavó en el seno una espina de la rosa.

Con su propio pañuelo secó Lucía la sangre, y de brazo las dos entraron en la sala. Lucía también estaba hermosa.

—¿Cómo entenderte, Lucía? —decía Juan a su prima unos quince días después de la noche de la fiesta, con una intención severa en las palabras que él con Lucía nunca había usado—. Desde hace unos quince días, espera, creo

que me acuerdo, desde la noche de Keleffy, te encuentro tan injusta, que a veces, creo que no me quieres.

—¡Juan! ¡Juan!

—Bueno. Lucía: tú sí me quieres. Pero ¿qué te hago yo que explique esas durezas tuyas de carácter, para mí que vengo a ti como viene el sediento a un vaso de ternura? Más cariño no puedes desear. Pensar, yo sí pienso en todo lo más difícil y atrevido; pero querer, Lucía, yo no quiero más que a ti. Yo he vivido poco; pero tengo miedo de vivir y sé lo que es, porque veo a los vivos. Me parece que todos están manchados, y en cuanto alcanzan a ver un hombre puro empiezan a correrle detrás para llenarle la túnica de manchas. La verdad es que yo, que quiero mucho a los hombres, vivo huyendo de ellos. Siento a veces una melancolía dolorosa. ¿Que me falta? La fortuna me ha tratado bien. Mis padres me viven. Me es permitido ser bueno. Y además, te tengo —le dijo tomándole cariñosamente de la mano que Lucía le abandonó como apenada y absorta.

—Te tengo, y de ti me vienen, y en ti busco, las fuerzas frescas que necesito para que el corazón no se me espante y debilite. Cada vez que me asomo a los hombres, me echo atrás como si viera un abismo; pero de cada vez que vengo a verte, saco un brío para batallar y un poder de perdón que hacen que nada me parezca difícil para que yo lo acometa. No te rías, Lucía; pero es la verdad. ¿Tú has leído unos versos de Longfellow que se llaman "Excelsior"? Un joven, en una tempestad de nieve, sube por un puerto pobre, montaña arriba, con una bandera en la mano que dice: "Excelsior". No te sonrías; yo sé que sabes tú latín: "¡Más alto!". Un anciano le dice que no vaya adelante, que el torrente ruge abajo y la tempestad se viene encima: "¡Más alto!". Una joven linda, ¡no tan linda como tú!, le dice: "Descansa la cabeza fatigada en mi seno". Y al joven se le humedecen los ojos azules, pero aparta de sí a la enamorada y le dice: "¡Más alto!".

—¡Ah no!, pero tú no me apartarás a mí de ti. Yo te quito la bandera de las manos. Tú te quedas conmigo. ¡Yo soy lo más alto!

—No, Lucía: los dos juntos llevaremos la bandera. Yo te tomo para todo el viaje. Mira que, como soy bueno, no voy a ser feliz. ¡No te me canses! Y le besó la mano.

Lucía le acariciaba con los ojos la cabeza.

Y el joven al fin siguió adelante: y los monjes lo hallaron muerto al día siguiente, medio sepultado en la nieve; pero con la mano asida a la bandera, que decía: "¡Más alto!". Pues bien, Lucía: cuando no te me pones majadera, cuando no me haces lo que ayer, que me miraste de frente como con odio y te burlaste de mí y de mi bondad, y sin saberlo llegaste hasta dudar de mi honradez, cuando no te me vuelves loca como ayer, me parece cuando salgo de aquí, que me brilla en las manos la bandera. Y veo a todo el mundo pequeño, y a mí como un gigante dichoso. Y siento mayor necesidad, una vehemente necesidad de amar y perdonar a todo el mundo. En la mujer, Lucía, como que es la hermosura mayor que se conoce, creemos los poetas hallar como un perfume natural todas las excelencias del espíritu; por eso los poetas se apegan con tal ardor a las mujeres a quienes aman, sobre todo a la primera a quien quieren de veras, que no es casi nunca la primera

a quien han creído querer, por eso cuando creen que algún acto pueril o inconsiderado las desfigura, o imaginan ellos alguna frivolidad o impureza, se ponen fuera de sí, y sienten unos dolores mortales, y tratan a su amante con la indignación con que se trata a los ladrones y a los traidores, porque como en su mente las hicieran depositarias de todas las grandezas y claridades que apetecen, cuando creen ver que no las tienen, les parece que han estado usurpándoles y engañándoles con maldad refinada, y creen que se derrumban como un monte roto, por la tierra, y mueren aunque sigan viviendo, abrazados a las hojas caídas de su rosa blanca. Los poetas de raza mueren. Los poetas segundones, los tenientes y alféreces de la poesía, los poetas falsificados, siguen su camino por el mundo besando en venganza cuantos labios se les ofrecen, con los suyos, rojos y húmedos en lo que se ve, ¡pero en lo que no se ve tintos de veneno! Vamos, Lucía, me estás poniendo hoy muy hablador. Tú ves, no lo puedo evitar. Si me oyeran otras gentes, dirían que era un pedante. Tú no lo dices, ¿verdad? Es que en cuanto estoy algún tiempo cerca de ti, de ti que nadie ha manchado, de ti en quien nadie ha puesto los labios impuros, de ti en quien mido yo como la carne de todas mis ideas y como una almohada de estrellas donde reclino, cuando nadie me ve, la cabeza cansada, estas cosas extrañas, Lucía, me vienen a los labios tan naturalmente que lo falso sería no recordarlas. Por fuera me suelen acusar de que soy rebuscado y exagerado, y tú habrás notado que ya yo hablo muy poco. ¿Qué culpa tengo yo de que sea así mi naturaleza, y de que al influjo de tu cariño enseñe todas sus flores?

Y le besó las dos manos, como pudiera un niño haber besado dos tórtolas.

Así, aunque no parezca cierto, suelen hablar y sentir algunos seres “vivos y efectivos” como dicen las lápidas de los nichos en que están enterrados los oficiales militares muertos en el servicio de la corona española. Así exactamente, y sin quitar ni poner ápice, era como sentía y hablaba Juan Jerez.

—Tú me perdonas, Juan —dijo Lucía antes de que hubieran pasado algunos momentos, bajos los ojos y la voz, como pecador contrito que pide humildemente la absolución de su pecado—. Juan yo no sé qué es, ni sé para qué te quiero, aunque sí sé que te quiero por lo mismo que vivo, y que si no te quisiera no viviría. Y mira, Juan, te miento; ahora mismo te estoy mintiendo, yo creo que no sé por qué te quiero, pero debo saberlo muy bien, sin notarlo yo, porque sé por qué pueden quererte los demás. Y como si te conocen, han de quererte como yo te quiero, ¡no me regañes Juan!, ¡yo no quisiera que tú conocieses a nadie! ¡Yo te querría mudo, yo te querría ciego: así no me verías más que a mí, que le cerraría el paso a todo el mundo, y estaría siempre ahí, y como dentro de ti, a tus pies donde quisiera estar ahora! ¿Tú me perdonas, Juan? Luego, yo no soy soberbia, y no creo que yo sólo soy hermosa: ¡tú dices que yo soy hermosa!, yo sé que fuera de mí hay muchas cosas y muchas personas bellas y grandes; yo sé que no están en mí todas las hermosuras de la tierra, y como a ti te caben en el alma todas, y eres tan bueno que te he visto recoger las flores pisadas en las calles y po-

nerlas con mucho cuidado donde nadie las pise, creo, Juan, que yo no te basto, que cualquier cosa o persona hermosa, te gustaría tanto como yo, y odio un libro si lo lees, y un amigo si lo vas a ver, y una mujer si dicen que es bella y puedes verla tú. Quisiera reunir yo en mí misma todas las bellezas del mundo, y que nadie más que yo tuviera hermosura alguna sobre la tierra. Porque te quiero, Juan, lo odio todo. Y yo no soy mala, Juan; yo me avergüenzo de eso, y luego me entran remordimientos, y besaría los pies de los que un momento antes quería no ver vivos, y de mi sangre les daría para que viviesen si se muriesen; ¡pero hay instantes, Juan, en que odio a todas las cosas, a todos los hombres y a todas las mujeres! ¡Oh, a todas las mujeres! Cuando no estás a mi lado, y pienso en alguien que pueda agrandar tus ojos u ocupar tu pensamiento, créemelo, Juan; ¡ni sé lo que veo, ni sé qué es lo que me posee, pero me das horror, Juan, y te aborrezco entonces, y odio tus mismas cualidades, y te las echo en cara, como ayer, para ver si llegas tú a odiarlas, y a no ser tan bueno, y si así no te quieren! Eso es, Juan, no es más que eso. A veces, y te lo diré a ti sólo, sufro tanto que me tiendo en el suelo en mi cuarto, cuando no me ven, como una muerta. Necesito sentir en las sienas mucho tiempo el frío del mármol. Me levanto, como si estuviera por dentro toda despedazada. Me muero de una envidia enorme por todo lo que tú puedas querer y lo que pueda quererte. Yo no sé si eso es malo, Juan: ¿tú me perdonas?

La magnolia, nuestra antigua conocida, oyó, a las últimas luces de la tarde, el final de esta conversación congojosa.

Lindo es el montecito que domina por el Este a la ciudad, donde a brazo partido lucharon antaño, macana contra lanza y carne contra hierro, el jefe de los indios y el jefe de los castellanos, y de barranco en barranco abrazados, matándose y admirándose iban cayendo, hasta que al fin, ya exhausto, e hiriéndose con su propia macana la cabeza, cayó el indio a los pies del español, que se levantó la visera, dejando ver el rostro bañado en sangre, y besó al indio muerto en la mano. Luego, como que era recio de subir, le escogieron para sus penitencias los devotos, y es fama que por su falda pedregosa subían de rodillas en lo más fuerte del sol, los penitentes, cantando el rosario.

Vinieron gentes nuevas, y como que el monte es corto y de forma bella, y desde él se ve a la ciudad, con sus casas bajas, de patios de arbolado, como una gran cesta de esmeraldas y ópalos, limpiaron de piedras y yerbajos la tierra que, bien abonada, no resultó ingrata; y de la mejor parte del monte hicieron un jardín que entre los pueblos de América no tiene rival, puesto que no es uno de esos jardinuelos de flores enclenques, y arbustos podados, con trocitos de césped entre enverjados de alambre, que más que cosa alguna dan idea de esclavitud y artificio, y de los que con desagrado se aparta la gente buena y discreta; sino uno como bosque de nuestras tierras, con nuestras propias y grandes flores y nuestros árboles frutales, dispuestos con tal arte que están allí con gracia y abandono, y en grupos irregulares y como poco cuidados, de tal manera que no parece que aquellos bambúes, plátanos y naranjos han sido llevados allí por las manos de jardinero, ni aquellos lirios de agua, puestos como en montón que bordan el estrecho arroyo cargado de

aguas secas, fueron allí trasplantados como en realidad fueron: antes bien, parece que todo aquello floreció allí de suyo y con libre albedrío, de modo que allí el alma se goza y comunica sin temor, y no bien hay en la ciudad una persona feliz, ya necesita ir a decírselo al montecito que nunca se ve solo, ni de día ni de noche.

Por allí, en la tarde en que vamos caminando, halló Pedro Real razón para encontrarse a caballo, el cual dejó en la cumbre, mientras que, golpeándose con el latiguillo los botines, se perdía, sin recordar el cuadro de Ana, por la calle de los lirios. Por allí, y sin saber por cierto que Pedro andaba cerca, acababa Adela, con tres amigas suyas, que estrenaban unos sombreros de paja crema adornados con lilas, de bajar del carruaje, que en la cumbre, con los caballos, esperaba. Por allí, sin que lo supiese Adela tampoco, aunque sí lo sabía Pedro, andaban lentamente, con las dos niñas menores, Sol y doña Andrea: doña Andrea, que desde que el colegio le devolvió a su Sol y podía a su sabor recrear los ojos, con cierto pesar de verle el alma un poco blanda y perezosa, en aquella niña suya de "cutis tan transparente, decía ella, como una nube que vi una vez, en París, en un medio punto de Murillo", andaba siempre hablando consigo en voz baja, como si rezase; y otras regañaba por todo, ella que no regañaba antes jamás, pues lo que quería en realidad, sin atreverse, era regañar a Sol, de quien se encendía en celos y en miedos, cada vez que oía preparativos de fiesta o de paseo, que por cierto no eran muchos, pero sobrados ya para que temiese con justicia doña Andrea por su tesoro. Ni con el mayor bienestar que con el sueldo de Sol en el colegio había entrado en la casa, se contentaba doña Andrea; y a veces se dio la gran injusticia de que aquella hermosura que ella tanto mimaba, y que desde la infancia de la niña cuidaba ella y favorecía, se la echase en cara como un pecado, que le llevó un día a prorrumpir en este curiosísimo despropósito, que a algunas personas pareció tan gracioso como cuerdo: "Si Manuel viviera, tú no serías tan hermosa". Enojábase, doña Andrea, cuando oía, allá por la hora en que Sol volvía con una criada anciana del colegio, la pisada atrevida del caballo de cierto caballero que ella muy especialmente aborrecía; y si Sol hubiese mostrado, que nunca lo mostró, deseos de ver la arrogante cabalgadura, fuera de una vez que se asomó sonriendo y no descontenta, a verla pasar detrás de sus persianas, es seguro que por allí hubieran encontrado salida las amarguras de doña Andrea, que miraba a aquel gallardísimo galán, a Pedro Real, como a abominable enemigo. Ni a galán alguno hubiera soportado doña Andrea, cuyos pesares aumentaba la certidumbre de que aquel que ella hubiera querido por tenerlo muy en el alma, que poseyese a su Sol, no sería de Sol nunca, por lo alto que estaba, y porque era ya de otra. Mas aquella mansísima señora se estremecía cuando pensaba que, por parecer proporcionados en la gran hermosura externa, pudiesen algún día acercarse en amores aquel catador de labios encendidos y aquella copa de vino nuevo. Sentía fuerzas viriles doña Andrea, y determinación de emplearlas, cada vez que el caballo de Pedro Real piafaba sobre los adoquines de la calle. ¡Como si los cuerpos enseñasen el alma que llevan dentro! Una vez, en una habitación recamada de nácar, se encontró refugiado a un bandido. Da horror asomarse a muchos hombres inteligentes y bellos. Se sale

huyendo, como de una madriguera. Y ya se sabía por toda la ciudad, con envidia de muchas locuelas, que tras de Sol del Valle había echado Pedro Real todos sus deseos, sus ojos melodiosos, su varonil figura, sus caballos caracoleadores, sus ímpetus de enamorado de leyenda. Y lo despótico de la afición se le conocía en que, bruscamente, y como si no hubiera estado perturbando con vislumbres de amor sus almas nuevas, cesó de decir gallardías, a afectar desdenes a aquellas que más de cerca le tuvieron desde su llegada de París, ya porque de público se las señalase como las conquistas más apetecidas, ya porque lo picante de su trato le diese fácil ocasión para aquellas conversaciones salpimentadas que son muy de uso entre aquellos de nuestros caballeros jóvenes que han visto tierras, y suplen con lo atrevido del discurso la escasez de la gracia y el intelecto. La conversación con las damas ha de ser de plata fina, y trabajada en filigrana leve, como la trabajan en Génova y México.

En ser visto donde Sol del Valle había de verlo, ponía Pedro Real el mayor cuidado; en que no se la viera sin que se le viese a él; si al teatro, bajo el palco a que fue Sol, que fue el de la directora, y no más que dos veces, estaba la luneta de Pedro; si en Semana Santa, por donde Sol iba con Lucía y Adela, Pedro, sin piedad por Adela, aparecía. Decirle, nada le había dicho. Ni escribirle. Ni nadie afectaba, al saludarla en público, encogimiento y moderación mayores. Y parecía más arrogante, porque no iba tan pulido. Ni le decía, ni le escribía; pero quería llenarle el aire de él. A la salida del teatro, la segunda noche que fue a él Sol, ofrecía un pequeñuelo de sombrero de pita y pies descalzos un ramo de camelias color de rosa, que eran allí muy apreciadas y caras. Y en el punto en que salió Sol, y con rapidez tal que pareció a todos cosa artística, tomó el ramo Pedro Real, lo deshizo de modo que las camelias cayeron al suelo, casi a los pies de Sol, y dijo, como si no quisiera ser oído más que del amigo que tenía al lado: "Puesto que no es de quien debe ser, que no sea de nadie". Y como la fantasía que la hermosura de Sol arrancó a Keleffy era ya a manera de leyenda en la ciudad, Pedro Real, con tacto y profundidad mayores de los que pudieran suponérsele, compró, para que nadie volviese a tocar en él, el piano en que habían tocado aquella noche Sol y Keleffy.

Sonaban por la ciudad alegremente las chirimías, los pífanos y los tambores. Los balcones de la calle de la Victoria eran cestos de rosas, con todas las damas y niñas de la ciudad asomadas a ellos. Por cada bocacalle entraba en la de la Victoria, con su banda de tamborines a la cabeza, una compañía de milicianos. Unos llevaban pantalón blanco de dril, con casaquín de lana perla, cruzado el pecho de anchas correas blancas, con asta plateada. Otros iban de blanco y rojo, blanco el pantalón, la casaca roja. Iban otros más de ciudadanos, y aunque menos brillantes, más viriles: llevaban un pantalón de azul oscuro y uno como gabán corto y justo, cerrado con doble hilera de botones de oro por delante: el sombrero era de fieltro negro de alas anchas, con un delgado cordón de oro, que caía con dos bellotas a la espalda. En las esquinas iban las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras las ban-

deras rotas! ¡Qué arrogantes, y como sacerdotes, los que las llevaban! Parecían altos aunque no lo fueran. No parecían bien, cerca de aquellos pabellones desgarrados, los banderines de seda y flores de oro en que con letras de realce iban bordados los números de las compañías. ¡Qué correr desalados, el de los muchachos por las calles! Verdad que hasta los hombres mayores, periódico en mano y bastón al aire, corrían. A algunos, se les saltaban las lágrimas. Parecía como que de adentro empujaba alguien a las gentes. Cuando una banda sonaba a distancia, como si estuviera yéndose, los muchachos, aun los más crecidos, corrían tras ella, con la cara angustiada, como si se les fuera la vida. Y los más pequeños, cruzando de un lado para otro, mirados desde los balcones, parecían los granos sueltos de un racimo de uvas. Las nueve serían de la mañana, y el cielo estaba alegre, como si le pareciese bien lo que sucedía en la tierra. Era el día del año señalado para llevar flores a las tumbas de los soldados muertos en defensa de la independencia de la patria. Entre compañía y compañía, iban carros enormes en la procesión, tirados por caballos blancos, y henchidos de tastos de flores. Allá en el cementerio había, sobre cada tumba, clavada una bandera.

¿Qué caballería, de los elegantes de la ciudad, no estaba aquella mañana, con un ramo de flores en el ojal, saludando a las damas y niñas desde su caballo? Los estudiantes, no, éstos no estaban por las calles, aunque en los balcones tenían a sus hermanas y a sus novias: los estudiantes estaban en la procesión, vestidos de negro, y entre admirados y envidiosos de los muertos a quienes iban a visitar, porque éstos, al fin, ya habían muerto en defensa de su patria, pero ellos todavía no: y saludaban a sus hermanas y novias en los balcones, como si se despidieran de ellas. Los estudiantes fueron en masa a honrar a los muertos. Los estudiantes que son el baluarte de la Libertad, y su ejército más firme. Las universidades parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles. Y en aquella ciudad ¿quién no sabía que cuando había una libertad en peligro, un periódico en amenaza, una urna de sufragio en riesgo, los estudiantes se reunían, vestidos como para fiesta, y descubiertas las cabezas y cogidos del brazo, se iban por las calles pidiendo justicia; o daban tinta a las prensas en un sótano, e imprimían lo que no podían decir; se reunían en la antigua Alameda, cuando en las cátedras querían quebrarles los maestros el decoro, y de un tronco hacían silla para el mejor de entre ellos, que nombraban catedrático, y al amor de los árboles, por entre cuyas ramas parecía el cielo como un sutil bordado, sentado sobre los libros decía con gran entusiasmo sus lecciones; o en silencio, y desafiando la muerte, pálidos como ángeles, juntos como hermanos, entraban por la calle que iba a la casa pública en que habían de depositar sus votos, una vez que el Gobierno no quería que votaran más que sus secuaces, y fueron cayendo uno a uno, sin echarse atrás, los unos sobre los otros, atravesados pechos y cabezas por las balas, que en descargas nutridas desataban sobre ellos los soldados? Aquel día quedó en salvo por maravilla Juan Jerez, porque un tío de Pedro Real desvió el fusil de un soldado que le apuntaba. Por eso, cuando los estudiantes pasaban en la procesión, vestidos de negro, con una flor amarilla en el ojal, los pañuelos de todos los balcones soltábanse al viento, y los hombres se quitaban los sombreros en la calle,

como cuando pasaban las banderas; y solían las niñas desprenderse del pecho, y echar sobre los estudiantes, sus ramos de rosas.

En un balcón, con sus dos hermanas mayores y la directora, estaba Sol del Valle. En otro, con un vestido que la hacía parecer como una imagen de plata, una linda imagen pagana, estaba Adela. Más allá, donde Sol y Adela podían verlas, ocupaba un ancho balcón, amparado del sol por un toldo de lona, Lucía con varias personas de la familia de su madre, y Ana. En una silla de manos habían traído a Ana hasta la casa. Muy mala estaba, sin que ella misma lo supiese bien; estaba muy mala. Pero ella quería ver, "con su derecho de artista, aquella fiesta de los colores: a la tierra le faltaba ahora color: ¿verdad, Juan? Mira, si no, como todo el mundo se viste de negro. Quiero oír música, Lucía: quiero oír mucha música. Quiero ver las banderas al viento". Y allí estaba en el ancho balcón, vestida de blanco, muy abrigada, como si hubiese mucho frío, mirando avariciosamente, como si temiera no volver a ver lo que veía, y sintiendo como dentro del pecho, porque no se las viesan, le estaban cayendo las lágrimas.

Lucía distinguió a Sol, y miró si estaba en el balcón, o dentro, Juan Jerez. Sol, no bien vio a Lucía, no quitó de ella los ojos, para que supiese que estaba allí, y cuando le pareció que Lucía la estaba viendo, la saludó cariñosamente con la mano, a la vez que con la sonrisa y con los ojos. Prefería ella que Lucía la mirase, a que la miraran los jóvenes mejor conocidos en la ciudad, que siempre hallaban manera de detenerse más de lo natural frente a su balcón. A Pedro Real, pagó con un movimiento de cabeza, su humilde saludo, cuando pasó a caballo; y no lo vio con pena, ni con afecto que debiera afligir a doña Andrea, todo lo cual vio Adela desde su balcón, aunque estaba de espaldas. Pero Lucía se había entrado por el alma de Sol, desde la noche en que le pareció sentir goce cuando se clavó en su seno la espina de la rosa. Lucía, ardiente y despótica, sumisa a veces como una enamorada, rígida y frenética en seguida sin causa aparente, y bella entonces como una rosa roja, ejercía, por lo mismo que no lo deseaba, un poderoso influjo en el espíritu de Sol, tímido y nuevo. Era Sol como para que la llevasen en la vida de la mano, más preparada por la Naturaleza para que la quisiesen que para querer, feliz por ver que lo eran los que tenía cerca de sí, pero no por especial generosidad, sino por cierta incapacidad suya de ser ni muy venturosa ni muy desdichada. Tenía el encanto de las rosas blancas. Un dueño le era preciso, y Lucía fue su dueña.

Lucía había ido a verla; a buscarla en su coche para que paseasen juntas; a que fuese a su casa a que la conociera Ana; y Ana la quiso retratar; pero Lucía no quiso "porque ahora Ana estaba fatigada, y la retrataría cuando estuviese más fuerte", lo que, puesto que Lucía lo decía, no pareció mal a Sol. Lucía fue a vestirla una de las noches que iba Sol al teatro, y no fue ella: ¿por qué no iría ella? Juan Jerez tampoco fue esa noche: y por cierto que esa vez Lucía le llevó, para que lo luciese, un collar de perlas: "A mí no me lo conocen, Sol: yo nunca me pongo perlas"; pero doña Andrea, que ya había comenzado a dar muestras de una brusquedad y entereza desusadas, tomó a Lucía por las dos manos con que estaba ofreciendo el collar a Sol, que no veía mucho pecado en llevarlo, y mirando a

la amiga de su hija en los ojos, y apretando sus manos con cariño a la vez que con firmeza, le dijo con acento que dejaba pocas dudas: "No, mi niña, no", lo que Lucía entendió muy bien, y quedó como olvidado el collar de perlas. A la mañana siguiente, a la hora de que Sol fuese a sus clases, fue Lucía a buscarla para que diesen una vuelta en el coche por cerca del colegio, y le preguntó con ahínco sobresaltado y doloroso, que a quién vio, que quién subió a su palco, que a quién llamó la atención, que dónde estaba Pedro Real: "¡Oh! Pedro Real, tan buen mozo; ¿no te gusta Pedro Real? Yo creo que Pedro Real llamaría la atención en todas partes. Has visto cómo desde que te conoce no se ocupa de nadie Pedro Real"; pero pronto acabó de hablar de esto Lucía. Quién estaba en el teatro, no le importaba mucho saberlo: Juan no había estado; pero ¿a la salida quién estaba?, ¿no recuerdas quién estaba a la salida? ¿Estaba...?, y no acababa de preguntar quién había estado. Ni sabía Sol por quién le preguntaba. No: Sol no había visto a nadie. Iba muy contenta. La directora la había tratado con mucho cariño. Sí, Pedro Real había estado; pero no a saludarla: nadie había subido a saludarla. La habían mirado mucho. Decían que el cónsul francés había dicho una cosa muy bonita de ella. Pero al salir, no, no vio a nadie. Sol quería llegar pronto, porque se había quedado triste doña Andrea. Y al llegar en esta conversación al colegio, Lucía besó a Sol con tanta frialdad, que la niña se detuvo un momento mirándola con ojos dolorosos, que no apearon el ceño de su amiga. Y de pronto, por muchos días, cesó Lucía de verla. Sol se había afligido, y doña Andrea no; aunque la ponía orgullosa que le quisiesen a su hija; pero Lucía no: ella no veía nunca con gusto a Lucía. Un día antes de la procesión Lucía había vuelto a la casa de Sol. Que la perdonase. Que Ana estaba muy sola. Que Sol estaba más linda que nunca. "Mira, mañana te mandaré la camelia más linda que tenga en casa. Yo no te digo que vengas a mi balcón, porque... Yo sé que tú vas al balcón de la directora. Pero mira, vas a estar lindísima; ponte la camelia en la cabeza, a la derecha, para que yo pueda vértela desde mi balcón." Y le tomó las manos, y se las besó; y conforme conversaba con Sol, se pasaba suavemente la mano de ella por su mejilla; y cuando le dijo adiós, la miraba como si supiera que corría algún peligro, y le avisase de él, y cuando fue hacia el coche, ya se le iban desbordando las lágrimas.

—¡Allí está, allí está! —dijo como involuntariamente, y reprimiéndose en seguida que lo había dicho, una de las hermanas de Sol, la mayor, la que no era bella, la que no tenía más que dos ojos muy negros y acariciadores, expresivos y dulces como los de la llama, el animal que muere cuando le hablan con rudeza.

—¿Quién?

—No, no era nadie: Juan Jerez, en el balcón de Lucía.

—Sí, ya lo veo. Lucía está mirando para acá. —Y se desprendió, y volvió a prender, para que Lucía lo notase, y supiera que pensaba en ella—. Hermanita —dijo de pronto Sol en voz baja—, hermanita, ¿no te parece que Juan Jerez es muy bueno? Yo quisiera verlo más. Nunca lo he visto cuando he ido a casa de Lucía. Yo no sé qué tiene, pero me parece mejor que todos los demás. ¿Tú crees que él querrá mucho a Lucía?

Hermanita no quería decir nada, hacía como que no oía.

—Juan Jerez iba antes algunas veces a casa, antes de que yo saliese del colegio; ¿verdad? Cuéntame, tú que lo conoces. Yo sé que él se va a casar con Lucía, aunque ella no me habla de él nunca; pero a mí me gusta hablar de él. A Lucía no me atrevo a preguntarle, como ella no me dice... El ha sido muy bueno con mamá, ¿no? ¡La directora lo quiere tanto! Mira, allí vuelve a pasar Pedro Real: ¡es buen mozo de veras!, pero yo le hallo unos ojos extraños, no son tan dulces como los de Juan. No sé; pero el único que me dijo algo la noche de Keleffy, que no se me ha olvidado, fue Juan Jerez.

Hermanita no decía palabra. Se le habían puesto los ojos muy negros y grandes como para contener algo que se salía a ellos.

Ella, que no miraba hacia el balcón, sentía que Juan Jerez había tenido puesta buen tiempo su mirada larga y bondadosa en Sol. Juan, que acariciaba los mármoles, que seguía por las calles a los niños descalzos hasta que sabía dónde vivían, que levantaba del suelo las flores pisadas, si no lo veían, y les peinaba los pétalos, y las ponía donde no pudiesen pisarlas más. De la misma manera, y con aquel deleite honrado que produce en un espíritu fino la contemplación de la hermosura, había Juan mirado a Sol largamente.

Lucía no estaba allí entonces. ¡Pobre Ana! Cuando ya iban pasando los últimos soldados, palideció, se le cubrió el rostro de sudor, cerró los ojos, y cayó sobre sus rodillas. La llevaron cargada para adentro, a volverle el sentido. Parecía una santa, vestida de blanco, con su cara amarilla. Lucía no se apartaba de su lado; Ana había vuelto en sí; Lucía había mirado ya muchas veces a la puerta, como preguntándose dónde estaría Juan. “¿En el balcón? ¡Que no esté en el balcón!” Y aún desmayada Ana, por poco no le abandona la mano.

—¡Vete, vete con Juan! —le dijo Ana, apenas abrió los ojos, y le notó el trastorno; y con la mano y la sonrisa la echaba hacia la puerta suavemente.

—Bueno, bueno, vengo en seguida.

Y fue al balcón derechamente.

—¡Juan!

—¿Y Ana? ¿Cómo está Ana?

El balcón de la directora estaba ya vacío.

—Ya está bien: ya está bien. ¡Yo no sabía dónde tú estabas!

Y volvemos ahora al pie de la magnolia, cuando ya llevaba días de sucedido todo esto, y Sol estaba en una banqueta a los pies de Lucía, sentada en un sillón de hierro. Ana, con sus caprichos de madre, había querido que le llevasen aquel domingo a Sol. “¡Es tan buena, Lucía! Tú no tienes que tenerle miedo: tú también eres hermosa. Mira: yo veo a las personas hermosas como si fueran sagradas. Cuando son malas no: me parecen vasos japoneses llenos de fango; pero mientras son buenas, no te rías, me parece, cuando estoy delante de ellas, que soy un monaguillo y que le estoy alzando la cogulla, como en la misa, a un sacerdote. Vamos, tráeme a Sol; ¿pero es de veras que Juan no viene hoy?”

—¡Es de veras! Sí, sí; ahora mismo voy, y te traigo a Sol.

Sol vino, y otras amigas de Ana, mas no Adela. Vivía ya Ana en un sillón

de enfermo, porque andar le era penoso, y reclinarse no podía. Ya, como las tardes cuando se está yendo la luz, tenía el rostro a la vez claro y confuso, y todo él como bañado de una dulce bondad. Ni deseos tenía, porque de la tierra deseó poco mientras estuvo en ella, y lo que Ana le hubiera pedido a la tierra, de seguro que en ella no estaba, y tal vez estaría fuera de ella. Ni sentía Ana la muerte, porque no le parecía a ella que fuese muerte aquello que dentro de sí sentía crecientemente, y era como una ascensión. Cosas muy lindas debía ver, conforme se iba muriendo, sin saber que las veía, porque se le reflejaban en el rostro. La frente la tenía como de cera, alta y bruñida, y hundidas las paredes de las sienes. Aquellos ojos eran una plegaria. Tenía fina la nariz, como una línea. Los labios violados y secos, eran como una fuente de perdón. No decía sino caridades. Sola, sí, no quería estar ella. Tampoco se quiere estar solo cuando se va a entrar en un viaje: tampoco, cuando se está en las cercanías de la boda. Es lo desconocido, y se le teme. Se busca la compañía de los que nos aman. Y más que con otras se había encariñado Ana, en su enfermedad, con Sol, cuya perfecta hermosura lo era más, si cabe, por aquel inocente abandono que de todo interés y pensamiento de sí tenía la niña. Y Ana estaba mejor cuando tenía a Sol cogida de la mano, en cuyas horas Lucía, sentada cerca de ella, era buena.

Dormía Ana en aquellos momentos, cuando en el patio hablaban Lucía y Sol. Hablaban del colegio, que había dado su examen en aquella semana, y dejaba a Sol libre durante dos meses: y a Sol no le gustaba mucho enseñar, no, "pero sí me gusta: ¿no ves que así no pasa mamá apuros? ¡Mamá!". Y Sol contaba a Lucía, sin ver que a ésta al oírlo se le arrugaba el ceño, cómo inquietaban a doña Andrea los cuidados de Pedro Real, de que no hablaba la señora, porque la niña no se fijase más en él; pero ella no, ella no pensaba en eso.

—No, ¿por qué no?

—No sé: yo no pienso todavía en eso: me gusta, sí, me gusta verle pasear la calle y cuidarse de mí; pero más me gusta venir acá, o que tú vayas a verme, y estar con Ana y contigo. Luego, Pedro Real me da miedo. Cuando me mira, no me parece que me quiere a mí. Yo no sé explicarlo, pero es como si quisiera en mí otra cosa que no soy yo misma. Porque a mí me parece, ¡anda, Lucía, tú puedes decirme de eso!, a mí me parece que cuando un hombre nos quiere, debemos como vernos en sus ojos, así como si estuviéramos en ellos, y dos veces que he visto de cerca a Pedro Real, pues no me ha parecido encontrarme en sus ojos. ¿No es verdad, Lucía, que cuando a uno lo quieren le sucede a uno eso?

En la mano de Lucía se encogió de pronto el cabello de Sol con que jugaba.

—¡Ay!, me haces daño.

—¿Quieres que vayamos a ver cómo está Ana?

Y ya se estaba poniendo en pie para ir a verla, y arreglándose Sol los cabellos, aquellos cabellos suyos finos, de color castaño con reflejos dorados, cuando a un tiempo se oyeron dos diversos ruidos: uno en el cuarto de Ana, como de mucha gente que se moviera y hablara agitadamente, otro a la puer-

ta de la calle, donde, con aire desembarazado, saltaba un hombre apuesto, de una mula de camino.

— ¡Juan! —murmuró Lucía, poniéndose más blanca que las camelias.

—¿Juan Jerez? —dijo Sol alegrándosele el rostro, y acabando apresuradamente de sujetarse las trenzas.

Lucía, en pie y ceñuda, y con los ojos puestos sobre Sol, a quien turbaba aquel silencio, aguardó apoyada en la silla de hierro, a Juan que, reparando apenas en Sol, venía hacia su prima con las manos tendidas.

—Señorita Sol, ¿qué me le ha hecho a mi Lucía? ¿Por qué no sales a recibirme?, ¿para castigarme porque por verte hoy he andado veintidós leguas en mula?

A Lucía se le veían temblar los labios imperceptiblemente, y como crecer los ojos. Su mano se sacudía entre las de Juan, que la miraba con asombro.

Sol hacía como que sobre una mesita un poco alejada arreglaba las flores de un vaso.

—Lucía, ¿qué tienes?

— ¡Sol, Lucía, vengan —dijo acercándose a ellas una de sus amigas que salía del cuarto de Ana precipitadamente—. Ah, Juan, qué bueno que esté aquí. Ve, Lucía, ve, yo creo que Ana se muere.

— ¡Ana!

—Sí, mande en seguida por el médico.

Saltó Juan en la mula, y echó a escape. Sol ya estaba al lado de Ana, Lucía miró muy despacio a la puerta de la calle, miró con ira a aquella por donde había entrado Sol, y se quedó unos momentos de pie, sola en el patio, los dos brazos caídos, y apretados a los costados, fijos los ojos delante de sí tenazmente. Y echó a andar hacia el cuarto de Ana, después de haber mirado a su alrededor a todos los lados, como si temiese.

¡Al campo!, ¡al campo! Todos van al campo. Todos, sí, todos. Adela y Pedro Real, Lucía y Juan, y Ana y Sol. Y, por supuesto, las personas mayores que por no influir directamente en los sucesos de esta narración no figuran en ella. ¡Al campo todos!

El médico llegó aquel domingo en momentos en que Ana abría los ojos, que a Sol arrodillada al borde de su cama fue lo primero que vieron.

— ¡Ah, tú, Sol! —Y Sol le pasaba la mano por la frente, y le apartaba de ella los cabellos húmedos.

Lucía arreglaba las almohadas de manera que Ana pudiera estar como sentada. Sus amigas todas rodeaban la cama, y Ana, sin fuerzas aún para hablar, les pagaba sus miradas de angustia con otras de reconocimiento. Parecía que era dichosa. Sol quiso retirar la mano con que tenía asida la de Ana; pero Ana la retuvo.

—¿Qué ha sido, eh, qué ha sido? Sentí como si todo un edificio se hubiese derrumbado dentro de mí. Ya, ya pasó. Ya estoy bien. Y se le cayó la cabeza al otro lado de las almohadas.

El médico la halló de esta manera, le puso el oído sobre el corazón, abrió de par en par la ventana y las puertas, y aconsejó que sólo quedase junto a ella la persona que ella desease.

Ana, que parecía no oír, abrió los ojos, como si el aire le hubiese hecho bien, y dijo:

—Juan ha llegado, Lucía.

—¿Cómo sabes?

—Vete con Juan, Lucía. Sol, tú te quedas.

Miró Sol a Lucía, como preguntándole; a Lucía, que estaba en pie al lado de la cama, duros los labios y los brazos caídos.

Juan llamaba a la puerta en este instante, y el médico lo entró en el cuarto, de la mano.

—Venga a decirme si no es locura pensar que corre riesgo esta linda niña. —Y con los ojos, desdecía el médico sus palabras—. Pero es indispensable que la enfermita vea el campo. Es indispensable. No me pregunte Vd. qué remedio necesita —dijo el médico clavando los ojos en Juan—. Mucho reposo, mucho aire limpio, mucho olor de árboles. Lévenmela donde haya calor, estos tiempos húmedos pueden hacerle mucho daño. Si mañana mismo pueden Vds. disponer el viaje, sea mañana mismo. Pero, niña, no se me vaya a ir sola. Lleve gente que la quiera, y que la arrope bien por las mañanitas y por las tardes. ¿Y esta señorita? —añadió volviéndose a Sol—. Y creo que Vd. se me pone buena si lleva consigo a esta señorita.

—Oh, sí, Sol va conmigo; ¿no, Juan?

—Por supuesto —dijo Juan vivamente, pensando con placer en que así se regocijaría Ana, cuya afición a Sol le era ya conocida, y se daría una prueba de estimación a la pobre viuda—: por supuesto que la llevamos. Va a ser una gala de los ojos ver ir por un caminito de rosales que yo me sé, cogidas del brazo, a Sol, Ana y Lucía. Lucía, mañana nos vamos. Sol, voy ahora a su casa a pedirle permiso a doña Andrea. ¿Te parece, Lucía que invitemos a Adela y a Pedro Real? ¡Upa, Ana, upa! Allá tengo unos inditos en el pueblo que te van a dar asunto para un cuadro delicioso. ¿Vamos, doctor? —Acarició Juan una mano de Ana, besó la de Lucía, con un beso que la regañaba dulcemente, y salió al corredor, hablando como muy contento, con el médico.

Ana llamó a Lucía con una mirada, y así que la tuvo cerca de sí, sin decir palabra, y sonriendo felizmente, trajo sobre su seno con un esfuerzo las manos de Lucía y de Sol, que estaban cada una a un lado de ella, y paseando sus ojos por sobre sus cabezas, como conversándoles, retuvo largo tiempo unidas las manos de ambas niñas bajo las suyas.

Y Sol miró a Lucía de tan linda manera, que no bien Ana se quedó como dormida, se acercó Lucía a Sol, la tomó por el talle cariñosamente, y una vez en su cuarto, empezó a vaciar con ademanes casi febriles sus cajas y gavetas.

—Todo, todo, todo es para ti. —Y Sol quería hablar, y ella no la dejaba—. Mira, pruébate este sombrero. Yo nunca me lo he puesto. Pruébatelo, pruébatelo. Y éste, y este otro. Esos tres son tuyos. Sí, sí, no me digas que no. Mira, trajes: uno, dos tres. Este es el más bonito para ti. ¿Oyes? Yo quiero mucho a Pedro Real. Yo quiero que tú quieras a Pedro Real. Que te vea muy bonita. Que te vean siempre más bonita que yo. Pero óyeme, a Juan no me lo quieras. Tú déjame a Juan para mí sola. Enójalo. Trátalo mal.

Yo no quiero que tú seas su amiga. ¡No, no me digas nada!, sí, es chanza, sí, es chanza. ¿Ves? Este vestido malva si te va a estar bien. A ver, qué bien hace con tu pelo castaño. ¿Ves? Es muy nuevo. Tiene el corpiño como un cáliz de flor, un poco recto; no como esos de ahora, que parecen una copa de champaña: muy delgados en la cintura, y muy anchos en los hombros. La saya es lisa; no tiene tableados ni pliegues; cae con el peso de la seda hasta los pies. ¿Ves?, a mí me está muy corta. A ti te estará bien. Es un poco ancha, a lo Watteau. ¡Mi pastorcita!, ¡mi pastorcita! Yo nunca me la he puesto. ¿Tú sabes? A mí no me gustan los colores claros. ¡Ah!, mira: aquí tienes —y escondía algo con las dos manos cerradas detrás de su espalda—, aquí tienes, y no te lo vas a quitar nunca, aunque se nos enoje doña Andrea. Cierra los ojos.

Los cerró Sol venturosa de verse tan querida por su amiga, y cuando los abrió, se vio en el brazo, e hizo por quitarse con un gesto que Lucía le detuvo, un brazalete de cuatro aros de perlas margaritas.

—Sí, sí, es muy rico; pero yo quiero que tú lo tengas. No: nada, nada que me digas: ¿ves?, yo tengo aquí otro, de perlas negras. ¡Y nunca, nunca te lo quites! Yo quiero ser muy buena. Y la tomó de las dos manos, y la besó en las dos mejillas apasionadamente. ¡Ven, vamos a ver a Ana!

Y salieron del cuarto, cogidas del talle.

¡Al campo, al campo! Doña Andrea no sabe que va Pedro Real; que si lo supiese, no dejaría ir a Sol: aunque a Juan ¿qué le negaría ella? ¡A Juan! Ese, ése era el que ella hubiera querido para Sol. “Bueno, Juan: que no salga al sol mucho.” Juan preguntó en vano por la hermana mayor, por Hermanita. Ella estaba en la casa cuando entró él; pero ahora no: estará en casa de alguna vecina. ¡No, Hermanita estaba allí; estaba en el comedor, detrás de las persianas. Ella veía a quien no la veía. “¡Cierra los ojos, Hermanita, no veas a lo que no debes ver!” Y cuando Juan salió, las persianas se entornaron, como unos ojos que se cierran.

¡Al campo, al campo! Cuatro mulas tiran del carruaje, con collares de plata y cencerro, porque Ana vaya alegre: y las mulas llevan atadas en el anca izquierda unas grandes moñas rojas, que lucen bien sobre su piel negra. El cochero es Pedro Real, que lleva al lado a Adela, en la imperial. Juan y Lucía, adentro, con la gente mayor, que es muy respetable, pero no nos hace falta para el curso de la novela, Ana sentada entre almohadas, muy mejor con el gozo del viaje, con su cuaderno de apuntes en la falda, para copiar lo que le guste del camino, que ya le parece que está buena, y Sol a su lado, con un vestido de sedilla color de ópalo, tranquila y resplandeciente como una estrella.

Pedro Real se mordió el bigote rizado cuando vio que no iba a ser Sol su compañera en el pescante. Y con Adela iba muy cortés. Pero ¿Ana no necesitaría nada? Juan, ¿irá Ana bien? Deberíamos bajar. ¡Voy a bajar un momento, a ver si Ana va bien! Bajó muchos momentos. Y las mulas, aunque diestras, más de una vez se iban un poco del camino, como si no estuviese bastante puesto en ellas el pensamiento del cochero.

Era como de seis leguas el camino, y todo él a un lado y otro de tan frondosa vegetación que no había manera de tener los ojos sino en constante

regalo y movimiento. Porque allá al fondo era un bosque de cocoteros, o una hilera de palmas lejanas que iba a dar en la garganta de dos montes; ya era, al borde mismo del camino, una pendiente llena de flores azules y amarillas que remataba en un río de espumas blancas, nutrido con las aguas de la sierra, o eran ya a la distancia, imponentes como dos mensajes de la tierra al cielo, dos volcanes dormidos, a cuya falda serpeada por arroyuelos de agua blanca viva y traviesa, se recogían, como siervos azotados a los pies de sus dueños, las ciudades antiguas, desdentadas y rotas, en cuyos balcones de hierro labrado, mantenidos como por milagro sin paredes que los sustentasen sobre las puertas de piedra, crecían en hilos que llegaban hasta el suelo copiosas enredaderas de ipomea. De una iglesia que tuvo los techos pintados, y dorados de oro fino de lo más viejo de América los capiteles de los pilares, quedaba en pie, como una concha clavada en tierra por el borde, el fondo del altar mayor, cobijado por una media bóveda: un bosquecillo había crecido al amor del altar; la pared interior, cubierta de musgo, le daba desde lejos apariencia de cueva formidable; y era cosa común y sumamente grata ver salir de entre los pedruscos florecidos, al menor ruido de gente o de carruajes, una bandada de palomas. Otra iglesia, de que no había quedado en pie más que el crucero, tenía el domo completamente verde, y las paredes de un lado rosadas y negras, como los bordes de una herida. Y por el suelo no podía ponerse el pie sin que saltase un arroyo.

Llegaron a los volcanes; pasaron por las ciudades antiguas: más allá iban; y no se detuvieron. Lucía, a la sombra de su quitasol rojo, se sentía como la señora de toda aquella natural grandeza, y como si el mundo entero, de que tenía a los ojos hermosa pintura, no hubiera sido fabricado más que para cantar con sus múltiples lenguas los amores de Lucía Jerez y de su primo. Y se veía ella misma lo interior del cráneo como si estuviese lleno de todas aquellas flores: lo que le sucedía siempre que estaba sola, con Juan Jerez al lado. Adela y Pedro hablaban de formalísimos sucesos, que tenían la virtud de poner a Adela contemplativa y silenciosa, dando a Pedro ocasión para ir callado buena parte del camino, lo cual aprovechaba él en celebrar consigo mismo animados coloquios: y a cada instante era aquello de: "Juan, ¿cómo estará Ana? Bajaré un instante, a ver si se le ofrece algo a Ana". Y Lucía reía, y daba por cosa cierta que, aunque Sol era niña recatada, ya le había dicho que Pedro Real le parecía muy bien, y se la veía que le llevaba en el alma: lo que a Juan no parecía un feliz suceso, aunque prudentemente lo callaba. Adentro del carruaje, la dichosa Sol era toda exclamaciones: jamás, jamás, en su vida de huérfana pobre, había visto Sol correr los ríos, vestirse a los bosques fuertes de campanillas moradas y azules, y verdear y florecer los campos. De un color de rosa de coral se le teñían las mejillas, y el ónix de México no tuvo nunca mayor transparencia que la tez fina de Sol, en aquella mañana de ventura en la naturaleza. ¡Ay!, la buena Ana sonreía mucho, pero había olvidado levantar de su falda el cuaderno de notas.

Y de pronto sonaron unas músicas; se oscureció el camino como por una sombra grata, y refrenaron las mulas el paso, con gran ruido de hebillas y

cencerros. De un salto estaba Pedro a la portezuela del carruaje, al lado de Sol, preguntándole a Ana qué se le ofrecía. Pero aquí bajaron todos, y Sol misma, que se volvió pronto al carruaje, para acompañar a Ana, y animarla a tomar del breve almuerzo que los demás, sentados en torno de una mesa rústica, gustaban con vehemente apetito, sazonado por chistes que el piadoso Juan encabezaba y atraía, porque los oyese Ana desde su asiento en el coche, traído a este propósito cerca de la mesa.

Allí, en las tazas de güiro posadas en trípodes de bejuco recién cortado de las cercanías, hervía la leche que, a juzgar por lo fragante y espumosa, acababa de salir de la vaca de Durham que asomó su cabeza pacífica por uno de los claros de la enredadera. Porque era aquel lugar un lindo parador, techado y emparrado de verdura, puesto allí por los dueños de la finca, para que los visitantes hiciesen de veras, al llegar de la ciudad, su almuerzo a la manera campesina. Allí el queso, que manaba la leche al ser cortado, y sabía ricamente con las tortas de maíz humeantes que servía la indita de saya azul, envueltas en paños blancos. Allí unos huevos duros, o blanquillos, que venían recostados, cada uno en su taza de güiro, sobre unas yerbas de grata fragancia, que olían como flores. Allí, en la cáscara misma del coco recién partido en dos, la leche de la fruta, con una cucharilla de coco labrado que la desprendía de sus tazas naturales. Y mientras duraba el almuerzo, unos indios, descalzos y en sus trajes de lona, puestos en tierra sus sombreros de palma, tocaban, bajo otro paradorcillo más lejano, dispuesto para ellos, unos aires muy suaves de música de cuerda, que blandamente templada por el aire matinal y la enredadera espesa, llegaba a nuestros alegres caminantes como una caricia. Adela sólo reía forzosamente. Violencia tenía que hacerse Sol para no palmotear en el carruaje. Muy feamente arrugó el ceño Lucía una vez que se acercó Juan a la portezuela del lado de Ana, y habló con ella, haciéndola reír, unos minutos: y en cuanto oyó reír a Sol, dejó Lucía su asiento, y se fue ella también a la portezuela. "¡Ea! ¡Ea!, ya tocan diana, que es el toque de bienvenida y adiós, los indios habilidosos." La indita de saya azul da a gustar a la vaca mirona una de las tazas de coco abandonadas. Al pescante van Pedro y Adela: Lucía, menos contenta, a la imperial con Juan. Y la casa de la finca, toda blanca, de techo encarnado, se ve a poca distancia. Ana ya va muy pálida; y las mulas, al olor del pesebre, vuelan camino arriba, bajo la bóveda de espesos almendros que llenan la avenida con sus hojas redondas y sus verdes frutas.

Mucha, mucha alegría. Lucía también estaba alegre, aunque no estaba Juan allí. ¿Por qué no estaba Juan?: el pleito de los indios, aunque aquellos eran días de receso en tribunales como en escuelas, le había obligado a volver al pueblecito, si no quería que un gamonal del lugar, que tenía grandes amigos en el Gobierno, hurtase con una razón u otra a los indios la tierra que la energía de Juan había logrado al fin les fuese punto menos que reconocida en el pleito. Los indios habían salido de la iglesia con su música, el domingo antes, apenas se supo que Juan no esperaría el tren del día siguientes: y cuando le trajeron a Juan la mula, vio que la habían adornado toda

con estrellas y flores de palma, y que todo el pueblo se venía tras él, y muchos querían acompañarle hasta la ciudad. Una viejita, que venía apoyada en su palo, le trajo un escapulario de la Virgen, y una guapa muchacha, con un hijo a la espalda y otro en brazos, llegó con su marido, que era un bello mancebo, a la cabeza de la mula, y puso al indito en alto para que le diese la mano al "caballero bueno"; y muchos venían con jarras de miel cubiertas con estera bien atada, u otras ofrendas, como si pudiesen dar para tanto las ancas de la caballería, muy oronda de toda aquella fiesta; y otro viejito, el padre del lugar, mi señor don Mariano, que jamás había bebido de licor alguno, aunque él mismo trabajaba el de sus plantíos propios, llegó, apoyado en sus dos hijos, que eran también como senadores del pueblo, y con los brazos en alto desde que pudo divisar a Juan, y como si hubiera al cabo visto la luz que había esperado en vano toda su vida: "Abrazarlo, decía. ¡Déjenme abrazarlo! ¡Señor, todito, este pueblo lo quiere como a su hijo!". De modo que Juan, a quien había conmovido aquellos cariños, dejó la finca, dos días después de haber llegado a ella, no bien supo que los indios, a pesar de su esfuerzo corrían peligro de que se les quitase de las manos la posesión temporal que, en espera de la definitiva, había Juan obtenido que el juez les acordase — el juez, que había recibido el día anterior de regalo del gamonal un caballo muy fino.

Mucha, mucha alegría. Lucía misma, que en los dos días que estuvo allí Juan le dio ocasión de extrañeza con unos cambios bruscos de disposición que él no podía explicarse, por ser mayores y menos racionales que los que ya él le conocía, estaba ahora como quien vuelve de una enfermedad.

Era la casa toda de los visitantes, por no estar en ella entonces sus dueños, que eran como de la familia de Juan. Pedro, al anochecer, salía de caza, porque era el tiempo de la de los conejos, por allí abundantísimos. De los que traía muertos en el zurrón no hablaba nunca, porque Ana no se lo había de perdonar, por haber todavía en este mundo almas sencillas que no hallan placer en que se mate, a la entrada misma de la cueva donde tiene a su compañera y a su prole, a los pobres animales que han salido a descubrir, para mudarse de casa, algún rincón del bosque rico en yerbas.

Pero los conejos, de puro astutos, suelen caer en las manos del cazador; porque no bien sienten ruido, se hacen los muertos, como para que no los delate el ruido de la fuga, y cierran los ojos, cual si con esto cerrase el cazador los suyos, quien hace por su parte como que no ve, y echada hacia la espalda la escopeta, por no alarmar al conejo que suele conocerla, se va, mirando a otro lado, sobre la cama del conejo, hasta que de un buen salto le pone el pie encima y así lo coge vivo: una vez cogió tres, muy manso el uno, de un color de humo, que fue para Ana: otro era blanco, al cual halló manera de atarle una cinta azul al cuello, con que lo regaló a Sol; y a Lucía trajo otro, que parecía un rey cautivo, de un castaño muy duro, y de unos ojos fieros que nunca se cerraban, tanto que a los dos días, en que no quiso comer, bajó por primera vez las orejas que había tenido enhiestas, mordió la cadenilla que lo sujetaba, y con ella en los dientes quedó muerto.

Paseos, había pocos. Sin Ana, ¿quién había de hacerlos? Con ella no se podía. Ni Sol dejaba a Ana de buena voluntad; ni Lucía hubiera salido a goce alguno cuando no estaba Juan con ella. Adela, sí, había trabado amistades con una gruesa india que tenía ciertos privilegios en la casa de la finca, y vivía en otra cercana, donde pasaba Adela buena parte del día, platicando de las costumbres de aquella gente con la resuelta Petrona Revolorio: “y no crea la señorita que le converso por servicio, sino porque le he cobrado afición”. Era mujer robusta y de muy buen andar, aunque esto lo hacía sobre unos pies tan pequeños que no había modo de que Petrona llegara a ver a “sus niños” sin que le pidieran que los enseñase, lo cual ella hacía como quien no lo quiere hacer, sobre todo cuando estaba delante el niño Pedro. Las manos corrían parejas con los pies, tanto que algunas veces las niñas se las pedían y acariciaban; llevaba una simple saya de listado, y un camisolín de muselina transparente, que le ceñía los hombros y le dejaba desnudos los hermosos brazos y la alta garganta. Era el rostro de facciones graciosas y menudas, de tal modo que la boca, medio abierta en el centro y recogida en dos hoyuelos a los lados, no era en todo más grande que sus ojos. La naricilla, corta y un tanto redonda y vuelta en el extremo, era una picardía. Tenía la frente estrecha, y de ella hacia atrás, en dos bandas no muy lisas, el cabello negro, que en dos trenzas copiosas, veteadas de una cinta roja, llevaba recogida en cerquillo, como una corona, sobre lo alto de la cabeza. Un chal de listado tenía siempre puesto y caído sobre un hombro; y no había quien, cuando remataba una frase que le parecía intencionada, se echase por la espalda con más brío el chal de listado. Luego echaba a correr, riendo y hablando en una jerga que quería ser muy culta y ciudadana; y se iba a preparar a la niña Ana, lo cual hacía muy bien, unos tamales de dulce de coco y un chokolatillo claro, que era lo que con más gusto tomaba, por lo limpio y lo nuevo, nuestra linda enferma. Y mientras Ana los gustaba, Petrona Revolorio, con el chal cruzado, se sentaba a sus pies “no por servicio, sino porque le había cobrado afición”, y le hacía cuentos.

¿El alba, sin que Petrona Revolorio estuviese a la puerta del cuarto de la niña Ana con su cesta de flores, que ella misma quería ponerle en el vaso y ver con sus propios ojos, cómo seguía la niña? — “¡Mi niñita: mírenla que galana está hoy: se lo voy a decir al niño Pedro que nos dé un baile de convite a las señoras, y vamos a sacarla a bailar con el niño Pedro. ¡Y él sí que es galán también, el niño Pedro! — Mire, mi niñita: no le traigo de esos jazminotes blancos, porque los de acá huelen muy fuerte; pero aquí le pongo, en este vaso azul, esos jazmines de San Juan, que acá se dan todo el año y huelen muy bien de noche. Con que, mi niñita, prepárese para el baile, y que le voy a prestar un chal de seda encarnada que yo tengo, que me la va a poner más linda que la misma niña Sol. ¡Cómo está que se muere el niño Pedro por la niña Sol! Pero yo no sé qué tiene la niña Adela, que está como aburrida. — ¿Quiere mi niñita los tamales hoy de coco, o de carnecita fresca? Ayer maté un cochito, que está de lo más blando: era el cochito rosado, ¡y la carne está como merengue! ¡Jesús, mi niñita, no me diga eso! Si yo me muero por servirla: mire que yo soy como las tacitas de coco, que dicen en letras muy guapas: “yo sirvo a mi dueña”. Voy a poner

la puerta de mi casa llena de tientos de flores, y a alquilar a los músicos, el día que mi niñita vaya a verme. ¡Y eso que yo no se lo hago a nadie: "porque no lo hago por servicio, sino porque le he cobrado mucha afición!"

Y Pedro, como que con la ausencia de Juan venía a ser el caballero servidor de las cuatro niñas, ¿qué había de hacer sino estarlas sirviendo, y mucho mejor cuando no estaba cerca Adela, y mejor aún cuando no estaba junto a Ana, que no ponía buenos ojos cuando miraba a la vez a Sol y a Pedro, y mejor que nunca cuando por algún acaso Lucía y Sol estaban solas? Y siempre entonces tenía Lucía algo que hacer, ir de puntillas a ver si seguía durmiendo Ana, ver si habían puesto de beber a los pajaritos azules, preguntar si habían traído la leche fresca que debía tomar Ana al despertarse: siempre tenía Lucía, cuando Pedro y Sol podían quedarse solos, alguna cosa que hacer.

Era el lugar de conversación un colgadizo espacioso, de tablilla bruñida el pavimento: la baranda —como toda la casa, de madera— abierta en tres lados para las tres escalerillas que llevaban al jardín que había al frente de la casa. Estaba el colgadizo siempre en sombra, porque lo vestía de verdor una enredadera copiosísima, esmaltada de trecho en trecho por unos ramos de florecitas rojas. Colgaban del techo, pintado al fresco de unas caprichosas guirnaldas de hojas y flores como las de la enredadera, unos cestos de alambre cubiertos de cera roja, que les hacía parecer de coral, todos llenos de florecillas naturales, brillantes y pequeñas, y a menudo adornados con las hebras de una parásita que crecía sobre los árboles viejos de la finca, y era, por su verde blancuzco y por crecer en hilos, como las canas de aquella arboleda. En los tramos de pared, entre las ventanas interiores, realzadas con unas líneas de vivo encarnado, había unos grandes estudios de flores en madera, pintada con los colores naturales por los artistas del país, con propiedad muy grande: dos de los cuadros eran de magnolias, la una casi abierta y con cierta hermosura de emperatriz; la otra aún cerrada en su propia rama: y otros dos cuadros eran de las flores pomposas del mar pacífico, con sus hojas de rojo encendido, agrupadas de modo que realizase su natural tamaño y hermosura.

Y allí, a la suave sombra, contaba Pedro maravillas y glorias europeas a Ana, que le oía con cariño — a Adela, que hacía como si no le interesasen — a Lucía, que pensaba con amorosa cólera en Juan, en Juan, que no debía venir, porque estaba allí Sol, en Juan, que debía venir puesto que estaba Lucía — y a Sol contaba también aquellas historias, quien sin desagrado ni emoción las escuchaba y con sus hábitos de niña huérfana, azorada a veces de la súbita rudeza que templaba Lucía luego con arrebatos afectuosos, sólo se sentía dueña de sí cerca de quien la necesitaba, y ni con Adela, que parecía esquivarla, ni con la misma Lucía, aunque esto le pesaba mucho, tenía ya la naturalidad y abandono que con Ana, con Ana a quien aquellos aires perfumados y calurosos habían vuelto, si no el color al rostro, cierta facilidad a los movimientos y unos como asomos de vida.

Hallaba Pedro con asombro que el atrevimiento desvergonzado y cele-

bración excesiva a que se reduce, casi siempre pagado de prisa y con usura por las mujeres, todo el arte misterioso de los enamoradores, no le eran posibles ante aquella niña recién salida del colegio, que con franca sencillez, y mirándole en los ojos sin temor, decía en alto como materia de general conversación lo que con más privado propósito dejaba Pedro llegar discretamente a su oído. Era la niña de tal hermosura que llevaba consigo, y de sí misma, la majestad que la defiende; y lo usual iba siendo que cuando Lucía encontraba modo de ir a ver si los pajaritos azules tenían agua, o si había llegado la leche fresca, no mudarse la conversación entre Sol y Pedro, abierta por lo demás y no muy amena, del asunto en que se estaba antes de que Lucía fuera a ver los pájaros. Ni había cosa que a Lucía pusiese en mayor enojo que hallarlos conversando, cuando volvía, de la caza de ayer, del jabalí en preparación, de las fiestas de cacería en los castillos señoriales de Europa, de la pobre Ana, de los tamales de Petrona Revolorio. Y Pedro, de otras mujeres tan temido, era con la mayor tranquilidad puesto por Sol, ya a que le leyese la "Amalia" de Mármol o la "María" de Jorge Isaacs, que de la ciudad les habían enviado, ya, para unos cobertores de mesa que estaba bordando a la directora, a que devanase el estambre.

—Sí, sí, hoy estaba muy hermosa. Dime, tú, espejo: ¿la querrá Juan?, ¿la querrá Juan? ¿Por qué no soy como ella? Me rasgaría las carnes: me abriría con las uñas las mejillas. Cara imbécil, ¿por qué no soy como ella? Hoy estaba muy hermosa. Se le veía la sangre y se le sentía el perfume por debajo de la muselina blanca.

Y se sentaba Lucía, sola en su cuarto en una silla sin espaldar, sin quitarse los vestidos, ya a más de medianoche, y a poco rato se levantaba, se miraba otra vez al espejo, y se sentaba nuevamente, la cara entre las manos, los codos en las rodillas. Luego rompía a hablarse:

—Yo me veo, sí, yo me veo. ¿Qué es lo que tengo, que me parezco fea a mí misma? Y yo no lo soy, pero lo estoy siendo. Juan lo ha de ver; Juan ha de ver que estoy siendo fea. ¡Ay!, ¡por qué tengo este miedo! ¿Quién es mejor que Juan en todo el mundo? ¿Cómo no me ha de querer él a mí, si él quiere a todo el que lo quiere?, ¿quién, quién lo quiere a él más que yo? Yo me echaría a sus pies. Yo le besaría siempre las manos. Yo le tendría siempre la cabeza apretada sobre mi corazón. ¡Y esto ni se puede decir, esto que yo quisiera hacer! Si yo pudiera hacer esto, él sentiría todo lo que yo lo quiero, y no podría querer a más nadie. ¡Sol! ¡Sol!, ¿quién es Sol para quererlo como yo lo quiero? ¡Juan!... ¡Juan!...

Y conteniendo la voz se iba hacia la ventana abierta, y tendía las manos como sin querer, llamando a Juan a quien acababa de escribir sin decirle que viniese.

Empujó violentamente las dos hojas de la ventana, y arrodillándose de repente junto a ella, sacó afuera, como a que el aire se la humedeciese, la cabeza; y la tuvo apoyada algún tiempo sobre el marco, sin que le molestase aquella almohada de madera.

—¡No puede ser!, ¡no puede ser! —dijo levantándose de pronto—:

Juan va a quererla. Lo conozco cada vez que la mira. Se sonríe, con un cariño que me vuelve loca. Se le ve, se le ve que tiene placer en mirarla. Y luego, ¡esa imbécil es tan buena! No es mentira, no: es buena. ¿Yo misma, yo misma no la quiero? ¡Sí, la quiero, y la odio! ¿Qué sé yo qué es lo que me pasa por la cabeza? ¡Juan, Juan, ven pronto; Juan, Juan, no vengas!

—¿Cómo no ha de quererla Juan? —decía la infeliz, entre golpes de lágrimas, a los pocos momentos, siendo aquel llanto de Lucía extraño, porque no venía a raudal y de seguida, aliviando a la que lloraba, sino a borbotones e intervalos, sofocándola y exaltándola, parecido al agua que baja, tropezando entre peñas, por los torrentes—. ¿Cómo no ha de quererla Juan, si no hay quien ame lo hermoso más que él, y la Virgen de la Piedad no es tan hermosa como ella? Juan... Juan... —decía en voz baja, como para que Juan viese sin que nadie lo viera: ¡sin que Sol lo viera!

—Y si viene... y si la mira... ¡yo, no puedo soportar que la mire!... ¡ni que la mire siquiera! Y si está aquí un mes, dos meses. Y si ella no quiere a Pedro Real, porque no lo quiere, y Ana le dice que no lo quiera. Y ella va a querer a Juan, ¿cómo no va a quererlo? ¿Quién no lo quiere desde que lo ve? Ana lo hubiera querido, si no supiese que ya él me quería a mí; ¡porque Ana es buena! Adela lo quiso como una loca; yo bien lo vi, pero él no puede querer a Adela. Y Sol, ¿por qué no lo ha de querer? Ella es pobre; él es muy rico. Ella verá que Juan la mira. ¿Qué marido mejor puede tener ella que Juan? Y me lo quitará, me lo quitará si quiere. Yo he visto que me lo quiere quitar. Yo veo como se queda oyéndole cuando habla; así me quedaba yo oyéndole cuando era niña. Yo veo que cuando él sale, ella alza la cabeza para seguirle viendo. ¡Y van a estar aquí un mes, dos meses!, ella siempre con Ana, todos con Ana siempre. El recreando los ojos en toda su hermosura. Yo, callada a su lado, con los labios llenos de horrores que no digo, odiosa y fiera. Esto no ha de ser, no ha de ser, no ha de ser. O Sol se va, o yo me iré. Pero ¿cómo me he de ir yo?; ¡que me lo robe alguien si puede! —Y abrió los brazos en la mitad del cuarto, como desafiando, y le cayó por las espaldas desatada la cabellera negra.

—¡Que no se sienten juntos: que yo no lo vea!

Y con los labios apoyados sobre el puño cerrado, quedó dormida en un sillón cerca de la ventana, sombreándole extrañamente el rostro, al agitarse movida por el aire, la cabellera negra.

—¿A quién vio la mañana siguiente Lucía, sentado en el colgadizo, con Sol y con Ana? Venía con paso lento, y como si no hubiera querido venir.

—¡No le diga, no le diga!... a Sol que se levantaba como para avisarle.

Venía Lucía con paso lento, y Ana y Sol, que conocían las habitaciones de la casa, sabían que era ella quien venía. Volvió Sol a su asiento. Juan hizo como que hablaba muy animadamente con Ana y con ella. Lucía llegó a la puerta. Los vio sentados juntos, y como que no la veían. Tembló toda. ¿Entra? ¿Sale? ¡Juan!, ¡allí Juan! ¡Juan así! Se clavó los dientes en el labio, y los dejó clavados en él. Volvió la espalda, se entró por el corredor que iba a su habitación; a Sol que fue corriendo detrás de ella: ¡Vete!, ¡vete!, y entró en su cuarto, cerrando tras de sí con llave la puerta.

¡A Juan que, suponiéndola apenada, no bien acabó con cuanta prisa pudo

su empeño en el pueblo de los indios volvió a la ciudad, y de allí, aprovechando la noche por sorprender a Lucía con la luz de la mañana, emprendió sin descansar el camino de la finca a caballo y de prisa! ¡A Juan, que con amores muy altos en el alma, consentía, por aquella piedad suya que era la mayor parte de su amor, en atar sus águilas al cabello de aquella criatura, no tanto por lo que la amaba él, sin que por eso dejase de amarla, sino por lo que lo amaba ella. ¡A Juan que, puestos en las nubes del cielo y en los sacrificios de la tierra sus mejores cariños, no dejaba, sin embargo, por aquella excelente condición suya, de hacer, pensar u omitir cosa con que él pudiera creer que sería agradable a su prima Lucía, aunque no tuviese él placer en ella! ¡A Juan que, joven como era, sentía, por cierto anuncio del dolor que más parece recuerdo de él, como si fuera ya persona muy trabajada y vivida, quienes a las mujeres, sobre todo en la juventud, parecían encantadores enfermos! ¡A Juan, que se sentía crecer bajo del pecho, a pesar de lo mozo de sus años, unas como barbas blancas muy crecidas, y aquellos cariños pacíficos y paternales que son los únicos que a las barbas blancas convienen! ¡A Juan, que tenía de su virtud idea tan exaltada como la mujer más pudorosa, y entendía que eran tan graves como las culpas groseras los adulterios del pensamiento!

¡A Juan, porque, ya después de aquellas cartas extrañas que Lucía le había escrito a la finca sin hablarle de su vuelta, recibirlo de aquel modo, con aquella mirada, con aquella explosión de cólera, con aquel desdén! ¿Pues cuándo había cesado de pensar Juan, cuándo, que aquel cariño que con tanta ternura prodigaba, sin fatiga ni traición, sobre su prima, era como una concesión de él, como un agradecimiento de él, como una tentativa, a lo sumo, de asir en cuerpo y ver con los ojos de la carne las ideas de rostro confuso y vestidura de perlas, que cogidas del brazo y con las alas tendidas, le vagaban en giros majestuosos por los espacios de su mente! Pues sin el alma tierna y fina que de propia voluntad suya había supuesto, como natural esencia de un cuerpo de mujer, en su prima Lucía, ¿qué venía a ser Lucía? ¿Qué hombre, que lo sea, ama a una mujer más que por el espíritu puro que supone en ella, o por el que cree ver en sus acciones, y con el que le alivia y levanta el suyo de sus tropiezos y espantos en la vida? Pues una mujer sin ternura ¿qué es sino un vaso de carne, aunque lo hubiese moldeado Cellini, repleto de veneno? Así, en un día, dejan de amar los hombres a la mujer a quien quisieron entrañablemente, cuando un acto claro e inesperado les revela que en aquella alma no existen la dulzura y superioridad con que la invistió su fantasía.

—Estará enferma Lucía. Ana, dile que la saludaré luego. Voy a ver a Pedro Real. Sol, gracias por lo buena que es Vd. con Ana. Vd. tiene ya fama de hermosa, pero yo le voy a dar fama de buena.

Lucía oyó esto, que hizo que le zumbasen las sienes y le pareciese que caía por tierra: Lucía, que sin ruido había abierto la puerta de su cuarto, y había venido hasta la de la sala, para oír lo que hablaban, en puntillas.

Violentos fueron, a partir de entonces, los días en la finca. Ni Ana misma sabía, puesto que tenía a Sol constantemente a su lado, qué causaba la

ira de Lucía. Esta cesó cuando Juan, tomándola a la tarde de la mano, la llevó, mientras que Pedro y Adela buscaban flores de saúco para Ana, a la sombra de un camino de rosales que daba al saucal, y donde había de trecho para unos bancos de piedra, y al lado unos atriles, de piedra también, como para poner un libro. En la mirada y en la voz se conocía a Juan que algo se le había roto en lo interior, y le causaba pena; pero con voz consoladora persuadía a Lucía quien, con pretextos fútiles, que no acertaba Juan a entender ni excusar, ocultaba la razón verdadera de su ira, que ella a la vez quería que Juan adivinase y no supiese: "¡porque si no lo es, y se lo digo, tal vez sea! Y no lo es, no, yo creo ahora que no lo es; pero si no sabe lo que es ¿cómo me va a perdonar?". Y airada ya contra Juan irrevocablemente, como si las nubes que pasan por el cielo del amor fueran sus lienzos funerarios, se levantaron como si hubieran hecho las paces, pero sin alegría.

Pusiéronse en esto los días tan lluviosos, que ni Pedro iba a casa, ni Adela a la de la Revolorio, ni podía Ana salir al colgadizo, ni Sol y Lucía, sino estar cerca de ella; ni Juan, fuera de sus horas de leer, que le fatigaban ahora que no estaba contento, tenía modo de estar alejado de la casa. Ni había con justicia para Juan placer más grato, ahora que en Lucía había entrevisto aquel espíritu seco y altanero, que estar cerca de Ana, cuyo espíritu puro con la vecindad de la muerte se esclarecía y afinaba. Y se asombraba Juan, con razón, de haber pasado, libre aún, cerca de aquella criatura que se desvanecía, sin rendirle el alma. Esta misma contemplación del espíritu de Ana, cuya cabalidad y belleza entonces más que nunca le absorbían, le apartaron del riesgo, en otra ocasión acaso inevitable, de observar en cuán grata manera iban unidas en Sol, sin extraordinario vuelo de intelecto, la belleza y la ternura.

Con Lucía, no había paces. Lo que no penetraba Ana, ¿cómo lo había de entender Sol? En vano, Sol, aunque ya asustadiza, aprovechando los momentos en que Ana estaba acompañada de Juan o de Pedro y Adela, se iba en busca de Lucía, que hallaba ahora siempre modo de tener largos quehaceres en su cuarto, en el que un día entró Sol casi a la fuerza, y vio a Lucía tan descompuesta que no le pareció que era ella, sino otra en su lugar: en el talle un jirón, los ojos como quemados y encendidos, el rostro todo como de quien hubiese llorado.

Y ese día Lucía y Juan estaban en paz: ni permitía Juan, por parecerle como indecoro suyo, aquel llevar y traer de cóleras, que le sacaban el alma de la fecunda paz a que por la excelencia de su virtud tenía derecho. Pero ese día, como que Ana se fatigase visiblemente de hablar, y Adela y Pedro estuviesen ensayando al piano una pieza nueva para Ana, Juan, un tanto airado con Lucía que se le mostraba dura, habló con Sol muy largamente, y se animó en ello, al ver el interés con que la enferma oía de labios de Juan la historia de Mignon, y a propósito de ella, la vida de Goethe. No era ésta para muy aplaudida, del lado de que Juan la encaminaba entonces, y tan hermosas cosas fue diciendo, con aquel arrebatado lenguaje suyo, que se le encendía y le rebotaba en cuanto sentía cerca de sí almas puras, que Pedro y Adela, ya un tanto reconciliados, vinieron discretamente a oír aquel nuevo género de música, no señalada por el artificio de la composición ni

pedantesca pompa, sino que con los ricos colores de la naturaleza salía a caudales de un espíritu ingenuo, a modo de confesiones oprimidas. Lucía se levantaba, se mostraba muy solícita para Ana, interrumpía a Juan melosamente. Salía como con despecho. Entraba como ya iracunda. Se sentaba, como si quisiera domarse. "Sol, ¿habrán puesto agua a los pájaros?" Y Sol fue, y habían puesto agua. "Sol, ¿habrán traído la leche fresca para Ana?" Y Sol fue, y habían traído la leche fresca para Ana. Hasta que, al fin, salió Lucía, y no volvió más: Sol la halló luego, con los ojos secos y el talle desgarrado.

Y aquello crecía. Hoy era una dureza para Sol. Otra mañana. A la tarde otra mayor. La niña, por Ana y por Juan, no las decía. Juan, apenas bajaba. Lucía, con grandes esfuerzos, lograba apenas, convertido en odio aparente todo el cariño que por Juan sentía, disimularlo de modo que no fuese apercebido. ¿Quién había de achacar a Sol tanta mudanza, a Sol cuya pacífica belleza en el campo se completaba y esparcía, pues era como si la vertiese en torno suyo, y por donde ella anduviese fueran, como sus sombras, la fuerza y la energía? ¿A Sol, que sobre todos levantaba sus ojos limpios, grandes y sencillos, sin que en alguno se detuviesen más que en otro; con Lucía, siempre tierna; para Ana, una hermanita; con Pedro, jovial y buena; con Juan, como agradecida y respetuosa? Pero ése era su pecado: sus ojos grandes, limpios y sencillos, que cada vez que se levantaban, ya sobre Juan, ya sobre otros donde Juan pudiese verlos, se entregaban como garfios envenenados por el corazón celoso de Lucía; y aquella hermosura suya, serena y decorosa, que sin encanto no se podía ver, como la de una noche clara.

Hasta que una noche:

—No, Sol, no: quédate aquí.

—¿Ana, adónde vas? ¿Qué tienes, Ana? ¿Salir tú del cuarto a estas horas? ¡Ana! ¡Ana!

—Déjame, niña, déjame. Hoy, yo tengo fuerzas. Llévame hasta la mitad del corredor.

—¿Del corredor?

—Sí: voy al cuarto de Lucía.

—Pues bueno, yo te llevo.

—No, mi niña, no. Se sentó un momento, con Sol a sus pies, le abrazó la cabeza, y la besó en la frente. Nada le dijo, porque nada debía decirle. Y se levantó, del brazo de ella.

—Es que sé lo que tiene triste a Lucía. Déjame ir. De ningún modo vayas. Es por el bien de todos.

Fue, tocó, entró.

—¡Ana!

Ana, casi lívida y tendiendo los brazos para no caer en tierra, estaba de pie, en la puerta del cuarto oscuro, vestida de blanco.

—Cierra, cierra.

Se habló mucho, se oyeron gemidos, como de un pecho que se vacía, se lloró mucho.

Allá a la madrugada, la puerta se abría, Lucía quería ir con Ana.

—No, no, quiero llevarte; ¿cómo has de ir sola si no puedes tenerte en pie? Sol estará despierta todavía. Yo quiero ver a Sol ahora mismo.

—¡Loca! ¡Hasta cuando eres buena, loca! A Juan, sí, en cuanto lo veas mañana, que será delante de mí, bésale la mano a Juan. A Sol, que no sepa nunca lo que te ha pasado por la mente. Vamos: acompáñame hasta la mitad del corredor.

—¡Mi Ana, madrecita mía, mi madrecita!

Y lloró Lucía aquella mañana, como se llora cuando se es dichoso.

¡Fiesta, fiesta! El médico lo ha dicho; el médico, que vino desde la ciudad a ver a la enferma, y halló que pensaba bien Petrona Revolorio. ¡Fiesta de flores para Ana!

¡Todos los músicos de las cercanías! ¡Telegramas a los sinsontes! ¡Recados a los amarillos! ¡Mensajeros por toda la comarca, a que venga toda la canora pajarería! Ana, ya se sabe de Ana: ¡Aquí no está bien, y debe ir adonde está bien! Pero es buena idea esa de Petrona Revolorio, y la enferma quiere que se dé un baile que haga famosa la finca. Petrona, por supuesto, no estará en la sala, ni ése es el baile que debía dar el niño Pedro Real; pero ella estará donde la pueda ver su niñita Ana, y mandarle todo lo que necesite, porque “ella baila con ver bailar, y lo que hace no lo hace por servicio, sino porque ha cobrado mucha afición”. Ya está tan contenta como si fuese la señora. Tiene un jarrón de China, que hubo quién sabe en qué lances, y ya lo trajo, para que adorne la fiesta; pero quiere que esté donde lo vea la niña Ana.

¡Ahora sí que ha empezado la temporada en la finca! Andar bien, andar, Ana no puede; pero Petrona la acompaña mucho y Sol, siempre que van Juan y Lucía a pasear por la hacienda, porque entonces, ¡qué casualidad!, entonces siempre necesita Ana de Sol.

El médico vino, después de aquella noche. El baile lo quiere Ana para sacudir los espíritus, para expulsar de las almas suspicaces la pena pasada, para que con el roce solitario no se enconen heridas aún abiertas, para que viendo a Lucía tierna y afable, torne de nuevo la seguridad en el alma de Juan alarmado, para que Lucía vea frente a frente a Sol en la hora de un triunfo, y como Ana le hablará antes a Juan, Lucía no tiemble. ¡Ana se va, y ya lo sabe!: ella no quiere el baile para sí, sino para otros.

¡Qué semana, la semana del baile! Pedro ha ido a la ciudad. Lucía quiso por un momento que fuera Juan, hasta que la miró Ana.

—¡Oh, no, Juan!, tú no te vayas.

Una tristeza había en los ojos de Juan Jerez, que acaso ya nada haría desaparecer: la tristeza de cuando en lo interior hay algo roto, alguna creencia muerta, alguna visión ausente, algún ala caída. Mas se notó en los ojos de Juan una dulce mirada, y no como de que se alegraba él por sí, sino por placer de ver tierna a Lucía. ¡Son tan desventurados los que no son tiernos!

De la ciudad vendría lo mejor; para eso iba Pedro. ¿Quién no quería alegrar a Ana? Y ver a Sol del Valle, que estaba ahora más hermosa que nunca, ¿quién no querría? Carruajes, los tenían casi todos los amigos de la casa.

El camino, salvo el tramo de las ciudades antiguas, era llano. Allí habría caballerías para ayuda o repuesto. Cerca de la casa, como a dos cuabras de ella, aderezaron para caballerizas dos grandes caserones de madera, construidos años atrás para experimentos de una industria que al fin no dio fruto. Pedro, antes de salir, había encargado que por todas las calles del jardín que había frente a la casa, pusieran unas columnas, como media vara más altas que un hombre, que habían de estar todas forradas de aquella parásita del bosque, sembrada acá y allá de flores azules; y sobre los capiteles, se pondrían unos elegantes cestos, vestidos de guías de enredadera y llenos de rosas. Las luces vendrían de donde no se viesen, ya en el jardín, ya en la casa; y estaba en camino Mr. Sherman, el americano de la luz eléctrica, para que la hubiese bien viva y abundante: los globos se esconderían entre cestos de rosas. De jazmines, margaritas y lirios iban a vestirle a Ana, sin que ella lo supiese, el sillón en que debía sentarse en la fiesta. Con una hoja de palma, puesta a un lado de los marcos y encorvada en ondulación graciosa por la punta en el otro, vistieron los indios todas las puertas y ventanas, y hubo modo de añadir a las enredaderas del colgadizo, otras parecidas por un buen trecho a ambos lados de las tres entradas, en cada uno de cuyos peldaños, como por toda esquina visible del colgadizo o de las salas, pusieron grandes vasos japoneses y chinos con plantas americanas. En las paredes del salón como desusada maravilla, colgó Juan cuatro platos castellanos, de los que los conquistadores españoles embutían en las torres. Era por dentro la casa blanca, como por fuera, y toda ella, salvo el colgadizo, tenía el piso cubierto por una alfombra espesa como de un negro dorado, que no llegaba nunca a negro, con dibujos menudos y fantásticos, de los que el del ancho borde no era el menos rico, rescatando la gravedad y monotonía que le hubiera venido sin ellos de aquella masa de color oscuro.

¡Gentes, carruajes, caballos! Pedro y Juan jinetean sin cesar toda la tarde, de la casa al parador, y de éste a aquélla. En las ciudades antiguas donde aún hay alegres posadas, y cierto indio que sabe francés, han comido casi todos los invitados. A las ocho de la noche empieza el baile. Toda la noche ha de durar. Al alba, el desayuno va a ser en el parador. ¡Oh qué tamales, de las especies más diversas, tiene dispuestos Petrona Revolorio! ; esta tarde, cuando los hizo, se puso el chal de seda. Ana no ha visto su sillón de flores. ¿Adónde ha de estar Adela, sino por el jardín correteando, enseñando cuanto sabe, a la cabeza de un tropel de flores, de flores de ojos negros?

¿Y Lucía? Lucía está en el cuarto de Ana, vistiendo ella misma a Sol. Ella, se vestirá luego. ¡A Sol, primero! “Mírala, Ana, mírala. Yo me muero de celos. ¿Ves?, el brazo en encajes. Toma; ¡te lo beso! ¡Qué bueno es querer! Dime, Ana, aquí está el brazo, y aquí está la pulsera de perlas: ¿cuáles son las perlas?” Y ¿de qué iba vestida Sol? De muselina, de una muselina de un blanco un poco oscuro y transparente, el seno abierto apenas, dejando ver la garganta sin adorno; y la falda casi oculta por unos encajes muy finos de Malinas que de su madre tenía Ana.

—Y la cabeza, ¿cómo te vas a peinar por fin? Yo misma quiero peinarte.

—No, Lucía, yo no quiero. No vas a tener tiempo. Ahora voy a ayudarte yo. Yo no voy a peinarme. Mira; me recojo el cabello, así como lo tengo siempre, y me pongo, ¿te acuerdas?, como en el día de la procesión, me pongo una camelia.

Y Lucía, como alocada, hacía que no la oía. Le deshacía el peinado, le recogía el cabello a la manera que decía “¿Así? ¿No? Un poco más alto, que no te cubra el cuello. ¡Ah!, ¿y las camelias?... ¿Esas son? ¡Qué lindas son!, ¡qué lindas son!”. Y la segunda vez dijo esto más despacio y lentamente, como si las fuerzas le faltaran y se le fuera el alma en ello.

—¿De veras que te gustan tanto? ¿Qué flores te vas a poner tú?

Lucía, como confusa:

—Tú sabes: yo nunca me pongo flores.

—Bueno: pues si es verdad que ya no estás enojada conmigo, ¿qué te hice yo para que te pusieras enojada? si es verdad que ya no estás enojada, ponte hoy mis camelias.

—¡Yo, camelias!

—Sí, mis camelias. Mira, aquí están; yo misma te las llevo a tu cuarto. ¿Quieres?

¡Oh!, si se pusiera toda aquella hermosura de Sol la que se pusiese sus camelias. ¿Quién, quién llegaría nunca a ser tan hermosa como Sol? ¡Qué lindas, qué lindas, son esas camelias! “Pero tú, ¿qué flores te vas a poner?”

—Yo, mira: Petrona me trajo unas margaritas esta mañana, estas margaritas.

¡Gentes, caballos, carruajes! Las cinco, las seis, las siete. Ya está lleno de gente el colgadizo.

Caballeros y niñas vienen ya del brazo, de las habitaciones interiores. Carruajes y caballos se detienen a la puerta del fondo, de la que por un corredor alfombrado, con grabados sencillos adornadas las paredes, se va a la vez a los cuartos interiores que abren a un lado y a otro, y a la sala. Ya desde él, al apearse del carruaje, se ve a la entrada de la sala, donde hay un doble recodo para poner dos otomanas, como si hubiese allí ahora un bosquecillo de palmas y flores. En un cuarto dejan las señoras sus abrigos y enseres, y pasan a otro a reparar del viaje sus vestidos o a cambiarlos algunas por los que han enviado de antemano. A otro cuarto entran a aliñarse y dejar sus armas los que han venido a caballo. Una panoplia de armas indias, clavada a un lado de la puerta de los caballeros, les indica su cuarto. Un gran lazo de cintas de colores y un abanico de plumas medio abierto sobre la pared, revelan a las señoras los suyos.

Ya suenan gratas músicas, que los indios de aquellas cercanías, colocados en los extremos del colgadizo, arrancan a sus instrumentos de cuerdas. Del jardín vienen los concurrentes; del cuarto de las señoras salen; Ana llega del brazo de Juan. “Juan, ¿quién ha sido?, ¿para mí ese sillón de flores?”. No la rodean mucho; se sabe que no deben hablarle. Y, ¿Lucía que no viene?

Ella vendrá en seguida. ¿Y Sol? ¿Dónde está Sol? Dicen que llega. Los jóvenes se precipitan a la puerta. No viene aún. Se está inquieto. Se valsa. Sol viene al fin: viene, sin haberla visto, de llamar al cuarto de Lucía. “¡Voy! ¡Ya estoy!” Así responde Lucía de adentro con una voz ahogada. No oye Sol los cumplimientos que le dicen: no ve la sala que se encorva a su paso: no sabe que la escultura no dio mejor modelo que su cabeza adornada de margaritas, no nota que, sin ser alta, todas parecen bajas cerca de ella. Camina como quien va lanzando claridades, hacia Juan camina:

—Juan, ¡Lucía no quiere abrirme! Yo creo que le pasa algo. La criada me dice que se ha vestido tres o cuatro veces, y ha vuelto a desvestirse, y a despeinarse, y se ha echado sobre la cama, desesperada, lastimándose la cara y llorando. Después despidió a la criada, y se quedó vistiéndose sola. ¡Juan!, ¡vaya a ver qué tiene!

En este instante, estaban Juan y Sol, de pie en medio de la sala, y otras parejas, pasando, en espera de que rompiese el baile, alrededor de ellos.

—¡Allí viene!, ¡allí viene! —dijo Juan, que tenía a Sol del brazo, señalando hacia el fondo del corredor, por donde a lo lejos venía al fin Lucía. Lucía, toda de negro. A punto que pasaba por frente a la puerta del cuarto de vestir, interrumpiendo el paso a un indio, que sacaba en las manos cuidadosamente, por orden que le había dado Juan, una cesta cargada de armas, vio, viniendo hacia ella del brazo, solos, en plena luz de plata, en mitad del bosquecillo de flores que había a la entrada de la sala, a Juan y a Sol, a la hermosísima pareja. Se afirmó sobre sus pies como si se clavase en el piso. “¡Espera! ¡Espera!”, dijo al indio. Dejó a Juan y a Sol adelantarse un poco por el corredor estrecho, y cuando les tenía como a unos doce pasos de distancia, de una terrible sacudida de la cabeza desató sobre su espalda la cabellera: “¡Cállate, cállate!”, le dijo al indio, mientras haciendo como que miraba adentro, ponía la mano tremenda en la cesta; y cuando Sol se desprendía del brazo de Juan y venía a ella con los brazos abiertos...

¡Fuego! Y con un tiro en la mitad del pecho, vaciló Sol, palpando el aire con las manos, como una paloma que aletea, y a los pies de Juan horrorizado, cayó muerta.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! —Y retorciéndose y desgarrándose los vestidos, Lucía se echó en el suelo, y se arrastró hasta Sol de rodillas, y se mesaba los cabellos con las manos quemadas, y besaba a Juan los pies; a Juan, a quien Pedro Real, para que no cayese, sostenía en su brazo. ¡Para Sol, para Sol, aun después de muerta, todos los cuidados! ¡Todos sobre ella ¡Todos queriendo darle su vida! ¡El corredor lleno de mujeres que lloraban! ¡A ella, nadie se acercaba a ella!

—¡Jesús, Jesús! —Entró Lucía por la puerta del cuarto de vestir de las señoras, huyendo, hasta que dio en la sala, por donde Ana cruzaba medio muerta, de los brazos de Adela y de Petrona Revolorio, y exhalando un alarido, cayó, sintiendo un beso, entre los brazos de Ana.

LA EDAD DE ORO¹

(Selección)

BEBE Y EL SEÑOR DON POMPOSO

BEBÉ ES UN NIÑO magnífico, de cinco años. Tiene el pelo muy rubio, que le cae en rizos por la espalda, como en la lámina de los *Hijos del Rey Eduardo*, que el pícaro Gloucester hizo matar en la Torre de Londres, para hacerse él rey. A Bebé lo visten como al duquecito Fauntleroy, el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres. Le ponen pantaloncitos cortos ceñidos a la rodilla, y blusa con cuello de marinero, de dril blanco como los pantalones, y medias de seda colorada, y zapatos bajos. Como lo quieren a él mucho, él quiere mucho a los demás. No

¹ En la portada de *La Edad de Oro* aparecían estas palabras: "Publicación mensual de recreo e instrucción dedicada a los niños de América". Los dos principales fines de la revista, de la que sólo llegaron a publicarse cuatro números, estaban allí anunciados: enseñar deleitando, adaptar dichas enseñanzas a las necesidades especiales de los niños americanos. Enteramente redactada por Martí, la revista aparecía en Nueva York a principios de cada mes y se vendía al precio de veinticinco centavos. Por el año 1889 vemos que era ya Martí escritor de reconocido prestigio en toda América. "Los que esperaban —escribe a Mercado— con la excusable malignidad del hombre, verme por esta tentativa infantil, por debajo de lo que se creían obligados a ver en mí, han venido a decirme, con su sorpresa más que con sus palabras, que se puede publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre." En efecto, el periódico, que falto de comprensión y apoyo por parte de su editor, dejó de publicarse ese mismo año, resultó de tan subidos valores pedagógicos y artísticos que hoy se considera una obra maestra del más difícil acaso de los géneros: la literatura infantil.

Martí puso en la confección de cada número un cuidado exquisito. Procuró que tuviese fina tipografía, delicadas láminas y viñetas. La portada era azul, el papel modesto y agradable, la impresión clara. Con este esmero artístico quería dar la primera lección que, como todas las de *La Edad de Oro*, era una lección tácita: que desde la misma presentación "el periódico convida al niño a leerlo y le dé ejemplo vivo de limpieza, orden y arte". (N. de C. V.)

es un santo, ¡oh no! : le tuerce los ojos a su criada francesa cuando no le quiere dar más dulces, y se sentó una vez en visita con las piernas cruzadas, y rompió un día un jarrón muy hermoso, corriendo detrás de un gato. Pero en cuanto ve un niño descalzo le quiere dar todo lo que tiene: a su caballo le lleva azúcar todas las mañanas, y lo llama "caballito de mi alma"; con los criados viejos se está horas y horas, oyéndoles los cuentos de su tierra de Africa, de cuando ellos eran príncipes y reyes, y tenían muchas vacas y muchos elefantes: y cada vez que ve Bebé a su mamá, le echa el bracito por la cintura, o se le sienta al lado en la banqueta, a que le cuente cómo crecen las flores, y de dónde le viene la luz al sol, y de qué está hecha la aguja con que cose, y si es verdad que la seda de su vestido la hacen unos gusanos, y si los gusanos van fabricando la tierra, como dijo ayer en la sala aquel señor de espejuelos. Y la madre le dice que sí, que hay unos gusanos que se fabrican unas casitas de seda, largas y redondas, que se llaman capullos; y que es hora de irse a dormir, como los gusanitos, que se meten en el capullo, hasta que salen hechos mariposas.

Y entonces sí que está lindo Bebé, a la hora de acostarse, con sus medicitas caídas, y su color de rosa, como los niños que se bañan mucho, y su camisola de dormir: lo mismo que los angelitos de las pinturas, un angelito sin alas. Abraza mucho a su madre, la abraza muy fuerte, con la cabecita baja, como si quisiera quedarse en su corazón. Y da brincos y vueltas de carnero, y salta en el colchón con los brazos levantados, para ver si alcanza a la mariposa azul que está pintada en el techo. Y se pone a nadar como en el baño; o a hacer como que cepilla la baranda de la cama, porque va a ser carpintero; o rueda por la cama hecho un carretel, con los rizos rubios revueltos con las medias coloradas. Pero esta noche Bebé está muy serio, y no da volteretas como todas las noches, ni se le cuelga del cuello a su mamá para que no se vaya, ni le dice a Luisa, a la francesita, que le cuente el cuento del gran comelón que se murió solo y se comió un melón. Bebé cierra los ojos; pero no está dormido, Bebé está pensando.

La verdad es que Bebé tiene mucho en qué pensar, porque va de viaje a París, como todos los años, para que los médicos buenos le digan a su mamá las medicinas que le van a quitar la tos, esa tos mala que a Bebé no le gusta oír: se le aguan los ojos a Bebé en cuanto oye toser a su mamá: y la abraza muy fuerte, muy fuerte, como si quisiera sujetarla. Esta vez Bebé no va solo a París, porque él no quiere hacer nada solo, como el hombre del melón, sino con un primito suyo que no tiene madre. Su primito Raúl va con él a París, a ver con él al hombre que llama a los pájaros, y la tienda del Louvre, donde les regalan globos a los niños, y el teatro Guíñol, donde hablan los muñecos, y el policía se lleva preso al ladrón, y el hombre bueno le da un coscorrón al hombre malo. Raúl va con Bebé a París. Los dos juntos se van el sábado en el vapor grande, con tres chimeneas. Allí en el cuarto está Raúl con Bebé, el pobre Raúl, que no tiene el pelo rubio, ni va vestido de duquecito, ni lleva medias de seda colorada.

Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas: han ido con su mamá a ver a los ciegos, que leen con los dedos, en unos libros con las letras muy altas: han ido a la calle de los periódicos, a ver como los niños pobres que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después, y pagar su casa: han ido a un hotel elegante, con criados de casaca azul y pantalón amarillo, a ver a un señor muy flaco y muy estirado, el tío de mamá, el señor Don Pomposo. Bebé está pensando en la visita del señor Don Pomposo. Bebé está pensando.

Con los ojos cerrados, él piensa: él se acuerda de todo. ¡Qué largo, qué largo el tío de mamá, como los palos del telégrafo! ¡Qué leontina tan grande y tan suelta, como la cuerda de saltar! ¡Qué pedrote tan feo, como un pedazo de vidrio, el pedrote de la corbata! ¡Y a mamá no la dejaba mover, y le ponía un cojín detrás de la espalda, y le puso una banqueta en los pies, y le hablaba como dicen que les hablan a las reinas! Bebé se acuerda de lo que dice el criado viejito, que la gente le habla así a mamá, porque mamá es muy rica, y que a mamá no le gusta eso, porque mamá es buena.

Y Bebé vuelve a pensar en lo que sucedió en la visita. En cuanto entró en el cuarto el señor Don Pomposo le dio la mano, como se la dan los hombres a los papás; le puso el sombrerito en la cama, como si fuera una cosa santa, y le dio muchos besos, unos besos feos, que se le pegaban a la cara, como si fueran manchas. Y a Raúl, al pobre Raúl, ni lo saludó, ni le quitó el sombrero, ni le dio un beso. Raúl estaba metido en un sillón, con el sombrero en la mano, y con los ojos muy grandes. Y entonces se levantó Don Pomposo del sofá colorado: "Mira, mira, Bebé, lo que te tengo guardado: esto cuesta mucho dinero, Bebé: esto es para que quieras mucho a tu tío". Y se sacó del bolsillo un llavero como con treinta llaves, y abrió una gaveta que olía a lo que huele el tocador de Luisa, y le trajo a Bebé un sable dorado —¡oh, qué sable!, ¡oh, qué gran sable!— y le abrochó por la cintura el cinturón de charol —¡oh, qué cinturón tan lujoso!— y le dijo: "Anda, Bebé: mírate al espejo; ése es un sable muy rico: eso no es más que para Bebé, para el niño". Y Bebé, muy contento, volvió la cabeza adonde estaba Raúl, que lo miraba, miraba al sable, con los ojos más grandes que nunca, y con la cara muy triste, como si se fuera a morir: —¡oh, que sable tan feo, tan feo!, ¡oh, qué tío tan malo! En todo eso estaba pensando Bebé. Bebé estaba pensando.

El sable está allí, encima del tocador. Bebé levanta la cabeza poquito a poco, para que Luisa no lo oiga, y ve el puño brillante como si fuera de sol, porque la luz de la lámpara da toda en el puño. Así eran los sables de los generales el día de la procesión, lo mismo que el de él. El también, cuando sea grande, va a ser general, con un vestido de dril blanco, y un sombrero con plumas, y muchos soldados detrás, y él en un caballo morado, como el vestido que tenía el obispo. El no ha visto nunca caballos morados, pero se lo mandarán a hacer. Y a Raúl, ¿quién le manda hacer caballos? Nadie, nadie: Raúl no tiene mamá que le compre vestidos de duquecito: Raúl no tiene tíos largos que le compren sables. Bebé levanta la cabecita poco a poco: Raúl está dormido: Luisa se ha ido a su cuarto a ponerse olores. Bebé se escurre de la cama, va al tocador en la punta de los pies, levanta el sable

despacio, para que no haga ruido... y ¿qué hace, qué hace Bebé?, ¡va riéndose, va riéndose el pícaro!, hasta que llega a la almohada de Raúl, y le pone el sable dorado en la almohada.

NENE TRAVIESA

¡QUIÉN SABE si hay una niña que se parezca a Nené! Un viejito que sabe mucho dice que todas las niñas son como Nené. A Nené le gusta más jugar a "mamá", o "a tiendas", o "a hacer dulces" con sus muñecas, que dar la lección de "treses y de cuatros" con la maestra que le viene a enseñar. Porque Nené no tiene mamá: su mamá se ha muerto: y por eso tiene Nené maestra. A hacer dulces es a lo que le gusta más a Nené jugar: ¿y por qué será?: ¡quién sabe! Será porque para jugar a hacer dulces le dan azúcar de veras: por cierto que los dulces nunca le salen bien de la primera vez: ¡son unos dulces más difíciles!: siempre tiene que pedir azúcar dos veces. Y se conoce que Nené no les quiere dar trabajo a sus amigas; porque cuando juega a paseo, o a comprar, o a visitar, siempre llama a sus amiguitas; pero cuando va a hacer dulces, nunca. Y una vez le sucedió a Nené una cosa muy rara: le pidió a su papá dos centavos para comprar un lápiz nuevo, y se le olvidó en el camino, se le olvidó como si no hubiera pensado nunca en comprar el lápiz: lo que compró fue un merengue de fresa. Eso se supo, por supuesto; y desde entonces sus amiguitas no le dicen Nené, sino "Merengue de fresa".

El padre de Nené la quería mucho. Dicen que no trabajaba bien cuando no había visto por la mañana a "la hijita". El no le decía "Nené", sino "la hijita". Cuando su papá venía del trabajo, siempre salía ella a recibirlo con los brazos abiertos, como un pajarito que abre las alas para volar; y su papá la alzaba del suelo, como quien coge de un rosal una rosa. Ella lo miraba con mucho cariño, como si le preguntase cosas: y él la miraba con los ojos tristes, como si quisiese echarse a llorar. Pero en seguida se ponía contento, se montaba a Nené en el hombro, y entraban juntos en la casa, cantando el himno nacional. Siempre traía el papá de Nené algún libro nuevo, y se lo dejaba ver cuando tenía figuras; y a ella le gustaban mucho unos libros que él traía, donde estaban pintadas las estrellas, que tiene cada una su nombre y su color: y allí decía el nombre de la estrella colorada, y el de la amarilla, y el de la azul, y que la luz tiene siete colores, y que las estrellas pasean por el cielo, lo mismo que las niñas por un jardín. Pero no: lo mismo no: porque las niñas andan en los jardines de aquí para allá, como una hoja de flor que va empujando el viento, mientras que las estrellas van siempre en el cielo por un mismo camino, y no por donde quieren: ¿quién sabe?: puede ser que haya por allá arriba quien cuide a las estrellas, como los papás cuidan acá en la tierra a las niñas. Sólo que las estrellas no son niñas, por supuesto, ni flores de luz, como parece de aquí abajo, sino grandes como este mundo: y dicen que en las estrellas hay árboles, y agua, y gente como acá: y su papá dice que en un libro hablan de que uno se va a vivir a una estrella cuando

se muere. "Y dime, papá", le preguntó Nené: "¿por qué ponen las casas de los muertos tan tristes? Si yo me muero, yo no quiero ver a nadie llorar, sino que me toquen la música, porque me voy a ir a vivir en la estrella azul." "¿Pero, sola, tú sola, sin tu pobre papá?" Y Nené le dijo a su papá: "¡Malo, que crees eso!". Esa noche no se quiso ir a dormir temprano, sino que se durmió en los brazos de su papá. ¡Los papás se quedan muy tristes, cuando se muere en la casa la madre! Las niñas deben querer mucho, mucho a los papás cuando se les muere la madre.

Esa noche que hablaron de las estrellas trajo el papá de Nené un libro muy grande: ¡oh, cómo pesaba el libro!: Nené lo quiso cargar, y se cayó con el libro encima: no se le veía más que la cabecita rubia de un lado, y los zapaticos negros de otro. Su papá vino corriendo, y la sacó de debajo del libro, y se rió mucho de Nené, que no tenía seis años todavía y quería cargar un libro de cien años. ¡Cien años tenía el libro, y no le habían salido barbas!: Nené había visto un viejito de cien años, pero el viejito tenía una barba muy larga, que le daba por la cintura. Y lo que dice la muestra de escribir, que los libros buenos son como los viejos: "Un libro bueno es lo mismo que un amigo viejo": eso dice la muestra de escribir. Nené se acostó muy callada, pensando en el libro. ¿Qué libro era aquél, que su papá no quiso que ella lo tocara? Cuando se despertó, en eso no más pensaba Nené. Ella quiere saber qué libro es aquél. Ella quiere saber cómo está hecho por dentro un libro de cien años que no tiene barbas.

Su papá está lejos, lejos de la casa, trabajando para ella, para que la niña tenga casa linda y coma dulces finos los domingos, para comprarle a la niña vestiditos blancos y cintas azules, para guardar un poco de dinero, no vaya a ser que se muera el papá, y se quede sin nada en el mundo "la hijita". Lejos de la casa está el pobre papá, trabajando para "la hijita". La criada está allá adentro, preparando el baño. Nadie oye a Nené: no la está viendo nadie. Su papá deja siempre abierto el cuarto de los libros. Allí está la sillita de Nené, que se sienta de noche en la mesa de escribir, a ver trabajar a su papá. Cinco pasitos, seis, siete... ya está Nené en la puerta: ya la empujó; ya entró. ¡Las cosas que suceden! Como si la estuviera esperando estaba abierto en su silla el libro viejo, abierto de medio a medio. Pasito a pasito se le acercó Nené, muy seria, y como cuando uno piensa mucho, que camina con las manos a la espalda. Por nada en el mundo hubiera tocado Nené el libro: verlo no más, no más que verlo. Su papá le dijo que no lo tocara.

El libro no tiene barbas: le salen muchas cintas y marcas por entre las hojas, pero esas no son barbas: ¡el que sí es barbudo es el gigante que está pintado en el libro!: y es de colores la pintura, unos colores de esmalte que lucen, como el brazalete que le regaló su papá. ¡Ahora no pintan los libros así! El gigante está sentado en el pico de un monte, con una cosa revuelta, como las nubes del cielo, encima de la cabeza: no tiene más que un ojo, encima de la nariz: está vestido con un blusón, como los pastores, un blusón verde, lo mismo que el campo, con estrellas pintadas, de plata y de oro: y la barba es muy larga, muy larga, que llega al pie del monte: y por cada mechón de la barba va subiendo un hombre, como sube la cuerda para ir al trapecio el hombre del circo. ¡Oh, eso no se puede ver de lejos! Nené tiene

que bajar el libro de la silla. ¡Cómo pesa este pícaro libro! Ahora sí que se puede ver bien todo. Ya está el libro en el suelo.

Son cinco los hombres que suben: uno es un blanco, con casaca y con botas, y de barba también: ¡le gustan mucho a este pintor las barbas!: otro es como indio, sí, como indio, con una corona de plumas, y la flecha a la espalda: el otro es chino, lo mismo que el cocinero, pero va con un traje como de señora, todo lleno de flores: el otro se parece al chino, y lleva un sombrero de pico, así como una pera: el otro es negro, un negro muy bonito, pero está sin vestir: ¡eso no está bien, sin vestir!, ¡por eso no quería su papá que ella tocara el libro! No: esa hoja no se ve más, para que no se enoje su papá. ¡Muy bonito que es este libro viejo! Y Nené está ya casi acostada sobre el libro, y como si quisiera hablarle con los ojos.

¡Por poco se rompe la hoja! Pero no, no se rompió. Hasta la mitad no más se rompió. El papá de Nené no ve bien. Eso no lo va a ver nadie. ¡Ahora sí que está bueno el libro este! Es mejor, mucho mejor que el arca de Noé. Aquí están pintados todos los animales del mundo. ¡Y con colores, como el gigante! Sí, ésta es, ésta es la jirafa, comiéndose la luna: éste es el elefante, el elefante, con ese sillón lleno de niños. ¡Oh, los perros, cómo corre, cómo corre este perro!, ¡ven acá, perro!, ¡te voy a pegar, perro, porque no quieres venir! Y Nené, por supuesto, arranca la hoja. ¿Y qué ve mi señora Nené? Un mundo de monos es la otra pintura. Las dos hojas del libro están llenas de monos: un mono colorado juega con un monito verde: un monazo de barba le muerde la cola a un mono tremendo, que anda como un hombre, con un palo en la mano: un mono negro está jugando en la yerba con otro amarillo: ¡aquéllos, aquellos de los árboles son los monos niños!, ¡qué graciosos!, ¡cómo juegan!, ¡se mecen por la cola, como el columpio!, ¡qué bien, qué bien saltan!, ¡uno, dos, tres, cinco, ocho, dieciséis, cuarenta y nueve monos agarrados por la cola!, ¡se van a tirar al río!, ¡visst!, ¡allá van todos! Y Nené, entusiasmada, arranca al libro las dos hojas. ¿Quién llama a Nené, quién la llama? Su papá, su papá, que está mirándola desde la puerta.

Nené no ve. Nené no oye. Le parece que su papá crece, que crece mucho, que llega hasta el techo, que es más grande que el gigante del monte, que su papá es un monte que se le viene encima. Está callada, callada, con la cabeza baja, con los ojos cerrados, con las hojas rotas en las manos caídas. Y su papá le está hablando: “¿Nené, no te dije que no tocaras ese libro? ¿Nené, tú no sabes que ese libro no es mío, y que vale mucho dinero, mucho? ¿Nené, tú no sabes que para pagar ese libro voy a tener que trabajar un año?”. Nené, blanca como el papel, se alzó del suelo, con la cabezita caída, y se abrazó a las rodillas de su papá: “Mi papá” dijo Nené, “¡mi papá de mi corazón! ¡Enojé a mi papá bueno! ¡Soy mala niña! ¡Ya no voy a poder ir cuando me muera a la estrella azul!”.

LAS RUINAS INDIAS

NO HABRÍA POEMA más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana. No se puede leer sin ternura, y sin ver como flores y plumas por el aire, uno de esos buenos libros viejos forrados de pergamino, que hablan de la América de los indios, de sus ciudades y de sus fiestas, del mérito de sus artes y de la gracia de sus costumbres. Unos vivían aislados y sencillos, sin vestidos y sin necesidades, como pueblos acabados de nacer; y empezaban a pintar sus figuras extrañas en las rocas de la orilla de los ríos, donde es más solo el bosque, y el hombre piensa más en las maravillas del mundo. Otros eran pueblos de más edad, y vivían en tribus, en aldeas de cañas o de adobes, comiendo lo que cazaban y pescaban, y peleando con sus vecinos. Otros eran ya pueblos hechos, con ciudades de ciento cuarenta mil casas, y palacios adornados de pinturas de oro, y gran comercio en las calles y en las plazas, y templos de mármol con estatuas gigantescas de sus dioses. Sus obras no se parecen a las de los demás pueblos, sino como se parece un hombre a otro. Ellos fueron inocentes, supersticiosos y terribles. Ellos imaginaron su gobierno, su religión, su arte, su guerra, su arquitectura, su industria, su poesía. Todo lo suyo es interesante, atrevido, nuevo. Fue una raza artística, inteligente y limpia. Se leen como una novela las historias de los nahuatlés y mayas de México, de los chibchas de Colombia, de los cumanagotos de Venezuela, de los quechuas del Perú, de los aimaraes de Bolivia, de los charrúas del Uruguay, de los araucanos de Chile.

El quetzal es el pájaro hermoso de Guatemala, el pájaro de verde brillante con la larga pluma, que se muere de dolor cuando cae cautivo, o cuando se le rompe o lastima la pluma de la cola. Es un pájaro que brilla a la luz, como las cabezas de los colibríes, que parecen piedras preciosas, o joyas de tornasol, que de un lado fueran topacios, y de otro ópalo, y de otro amatista. Y cuando se lee en los viajes de Le Plongeon los cuentos de los amores de la princesa maya Ara, que no quiso querer al príncipe Aak porque por el amor de Ara mató a su hermano Chaak; cuando en la historia del indio Ixtlilxochitl se ve vivir, elegantes y ricas, a las ciudades reales de México, a Tenochtitlán y a Texcoco; cuando en la "Recordación Florida" del capitán Fuentes, o en las Crónicas de Juarros, o en la Historia del conquistador Bernal Díaz del Castillo, o en los Viajes del inglés Tomás Gage, andan como si los tuviésemos delante, en sus vestidos blancos y con sus hijos de la mano, recitando versos y levantando edificios, aquellos gentíos de las ciudades de entonces, aquellos sabios de Chichén, aquellos potentados de Uxmal, aquellos comerciantes de Tulán, aquellos artífices de Tenochtitlán, aquellos sacerdotes de Cholula, aquellos maestros amorosos y niños mansos de Uxatlán, aquella raza fina que vivía al sol y no cerraba sus casas de piedra, no parece que se lee un libro de hojas amarillas, donde las eses son como efes y se usan con mucha ceremonia las palabras, sino que se ve morir a un quetzal, que lanza el último grito al ver su cola rota. Con la imaginación se ven cosas que no se pueden ver con los ojos.

Se hace uno de amigos leyendo aquellos libros viejos. Allí hay héroes, y santos, y enamorados, y poetas, y apóstoles. Allí se describen pirámides más

grandes que las de Egipto; y hazañas de aquellos gigantes que vencieron a las fieras; y batallas de gigantes y hombres; y dioses que pasan por el viento echando semillas de pueblos sobre el mundo; y robos de princesas que pusieron a los pueblos a pelear hasta morir; y peleas de pecho a pecho, con bravura que no parece de hombres; y la defensa de las ciudades viciosas contra los hombres fuertes que venían de las tierras del Norte; y la vida variada, simpática y trabajadora de sus circos y templos, de sus canales y talleres, de sus tribunales y mercados. Hay reyes como el chichimeca Netzahualpilli, que matan a sus hijos porque faltaron a la ley, lo mismo que dejó matar al suyo el romano Bruto; hay oradores que se levantan llorando, como el tlascalteca Xicotencatl, a rogar a su pueblo que no dejen entrar al español, como se levantó Demóstenes a rogar a los griegos que no dejasen entrar a Filipo; hay monarcas justos como Netzahualcoyotl, el gran poeta rey de los chichimecas, que sabe, como el hebreo Salomón, levantar templos magníficos al Creador del mundo, y hacer con alma de padre justicia entre los hombres. Hay sacrificios de jóvenes hermosas a los dioses invisibles del cielo, lo mismo que los hubo en Grecia, donde eran tantos a veces los sacrificios que no fue necesario hacer altar para la nueva ceremonia, porque el montón de cenizas de la última quema era tan alto que podían tender allí a las víctimas los sacrificadores; hubo sacrificios de hombres, como el del hebreo Abraham, que ató sobre los leños a Isaac su hijo, para matarlo con sus mismas manos, porque creyó oír voces del cielo que le mandaban clavar el cuchillo al hijo, cosa de tener satisfecho con esta sangre a su Dios; hubo sacrificios en masa, como los había en la Plaza Mayor, delante de los obispos y del rey, cuando la Inquisición de España quemaba a los hombres vivos, con mucho lujo de leña y de procesión, y veían la quema las señoras madrileñas desde los balcones. La superstición y la ignorancia hacen bárbaros a los hombres en todos los pueblos. Y de los indios han dicho más de lo justo en estas cosas los españoles vencedores, que exageraban o inventaban los defectos de la raza vencida, para que la crueldad con que la trataron pareciese justa y conveniente al mundo. Hay que leer a la vez lo que dice de los sacrificios de los indios el soldado español Bernal Díaz, y lo que dice el sacerdote Bartolomé de las Casas. Ese es un nombre que se ha de llevar en el corazón, como el de un hermano. Bartolomé de las Casas era feo y flaco, de hablar confuso y precipitado, y de mucha nariz; pero se le veía en el fuego limpio de los ojos el alma sublime.

De México trataremos hoy, porque las láminas son de México. A México lo poblaron primero los toltecas bravos, que seguían, con los escudos de cañas en alto, al capitán que llevaba el escudo con rondelas de oro. Luego los toltecas se dieron al lujo; y vinieron del Norte con fuerza terrible, vestidos de pieles, los chichimecas bárbaros, que se quedaron en el país, y tuvieron reyes de gran sabiduría. Los pueblos libres de los alrededores se juntaron después, con los aztecas astutos a la cabeza, y les ganaron el gobierno a los chichimecas, que vivían ya descuidados y viciosos. Los aztecas gobernaron como comerciantes, juntando riquezas y oprimiendo al país; y cuando llegó Cortés con sus españoles, venció a los aztecas con la ayuda de los cien mil guerreros indios que se le fueron uniendo, a su paso por entre los pueblos oprimidos.

Las armas de fuego y las armaduras de hierro de los españoles no amedrentaron a los héroes indios; pero ya no quería obedecer a sus héroes el pueblo fanático, que creyó que aquéllos eran los soldados del dios Quetzalcoatl que a los sacerdotes les anunciaban que volvería del cielo a libertarlos de la tiranía. Cortés conoció las rivalidades de los indios, puso en mal a los que se tenían celos, fue separando de sus pueblos acobardados a los jefes, se ganó con regalos o aterró con amenazas a los débiles, encarceló o asesinó a los juiciosos y a los bravos; y los sacerdotes que vinieron de España después de los soldados echaron abajo el templo del dios indio, y pusieron encima el templo de su dios.

Y ¡qué hermosa era Tenochtitlán, la ciudad capital de los aztecas, cuando llegó a México Cortés! Era como una mañana todo el día, y la ciudad parecía siempre como en feria. Las calles eran de agua unas, y de tierra otras; y las plazas espaciosas y muchas; y los alrededores sembrados de una gran arboleda. Por los canales andaban las canoas, tan veloces y diestras como si tuviesen entendimiento; y había tantas a veces que se podía andar sobre ellas como sobre la tierra firme. En unas venían frutas, y en otras flores, y en otras jarros y tazas, y demás cosas de la alfarería. En los mercados hervía la gente, saludándose con amor, yendo de puesto en puesto, celebrando al rey o diciendo mal de él, curioseando y vendiendo. Las casas eran de adobe, que es el ladrillo sin cocer, o de calicanto, si el dueño era rico. Y en su pirámide de cinco terrazas se levantaba por sobre toda la ciudad, con sus cuarenta templos menores a los pies, el templo magno de Huitzilopochtli, de ébano y jaspes, con mármol como nubes y con cedros de olor, sin apagar jamás, allá en el tope, las llamas sagradas de sus seiscientos braseros. En las calles, abajo, la gente iba y venía, en sus túnicas cortas y sin mangas, blancas o de colores, o blancas y bordadas, y unos zapatos flojos, que eran como sandalias de botín. Por una esquina salía un grupo de niños disparando con la cerbatana semillas de fruta, o tocando a compás en sus pitos de barro, de camino para la escuela, donde aprendían oficios de mano, baile y canto, con sus lecciones de lanza y flecha, y sus horas para la siembra y el cultivo: porque todo hombre ha de aprender a trabajar en el campo, a hacer las cosas con sus propias manos, y a defenderse. Pasaba un señorón con un manto largo adornado de plumas, y su secretario al lado, que le iba desdoblado el libro acabado de pintar, con todas las figuras y signos del lado de adentro, para que al cerrarse no quedara lo escrito de la parte de los dobleces. Detrás del señorón venían tres guerreros con cascos de madera, uno con forma de cabeza de serpiente, y otro de lobo, y otro de tigre, y por afuera la piel, pero con el casco de modo que se les viesse encima de la oreja las tres rayas que eran entonces la señal del valor. Un criado llevaba en un jaulón de carrizos un pájaro de amarillo de oro, para la pajarera del rey, que tenía muchas aves, y muchos peces de plata y carmín en peceras de mármol, escondidos en los laberintos de sus jardines. Otro venía calle arriba dando voces, para que abrieran paso a los embajadores que salían con el escudo atado al brazo izquierdo, y la flecha de punta a la tierra a pedir cautivos a los pueblos tributarios. En el quicio de su casa cantaba un carpintero, remendando con mucha habilidad una silla en figura de águila, que tenía caída la guarnición

de oro y seda de la piel de venado del asiento. Iban otros cargados de pieles pintadas, parándose a cada puerta, por si les querían comprar la colorada o la azul, que ponían entonces como los cuadros de ahora, de adorno en las salas. Venía la viuda de vuelta del mercado con el sirviente detrás, sin manos para sujetar toda la compra de jarros de Cholula y de Guatemala; de un cuchillo de obsidiana verde, fino como una hoja de papel; de un espejo de piedra bruñida, donde se veía la cara con más suavidad que en el cristal; de una tela de grano muy junto, que no perdía nunca el color; de un pez de escamas de plata y de oro que estaban como sueltas; de una cotorra de cobre esmaltado, a la que se le iban moviendo el pico y las alas. O se paraban en la calle las gentes, a ver pasar a los dos recién casados, con la túnica del novio cosida a la de la novia, como para pregonar que estaban juntos en el mundo hasta la muerte; y detrás les corría un chiquitín, arrastrando su carro de juguete. Otros hacían grupos para oír al viajero que contaba lo que venía de ver en la tierra brava de los zapotecas, donde había otro rey que mandaba en los templos y en el mismo palacio real, y no salía nunca a pie, sino en hombros de los sacerdotes, oyendo las súplicas del pueblo, que pedía por su medio los favores al que manda al mundo desde el cielo, y a los reyes en el palacio, y a los otros reyes que andan en hombros de los sacerdotes. Otros, en el grupo de al lado, decían que era bueno el discurso en que contó el sacerdote la historia del guerrero que se enterró ayer, y que fue rico el funeral, con la bandera que decía las batallas que ganó, y los criados que llevaban en bandeja de ocho metales diferentes las cosas de comer que eran del gusto del guerrero muerto. Se oía entre las conversaciones de la calle el rumor de los árboles de los patios y el ruido de las limas y el martillo. ¡De toda aquella grandeza apenas quedan en el museo unos cuantos vasos de oro, unas piedras como yugo, de obsidiana pulida, y uno que otro anillo labrado! Tenochtitlán no existe. No existe Tulán, la ciudad de la gran feria. No existe Texcoco, el pueblo de los palacios. Los indios de ahora, al pasar por delante de las ruinas, bajan la cabeza, mueven los labios como si dijeren algo, y mientras las ruinas no les quedan atrás, no se ponen el sombrero. De ese lado de México, donde vivieron todos esos pueblos de una misma lengua y familia que se fueron ganando el poder por todo el centro de la costa del Pacífico en que estaban los nahuatlés, no quedó después de la conquista una ciudad entera, ni un templo entero.

De Cholula, de aquella Cholula de los templos, que dejó asombrado a Cortés, no quedan más que los restos de las pirámides de cuatro terrazas, dos veces más grande que la famosa pirámide de Cheops. En Xochicalco sólo está en pie, en la cumbre de su eminencia llena de túneles y arcos, el templo de granito cincelado, con las piezas enormes tan juntas que no se ve la unión, y la piedra tan dura que no se sabe ni con qué instrumento la pudieron cortar, ni con qué máquina la subieron tan arriba. En Centla, revueltas por la tierra, se ven las antiguas fortificaciones. El francés Charnay acaba de desenterrar en Tula una casa de veinticuatro cuartos, con quince escaleras tan bellas y caprichosas, que dice que son "obra de arrebatador interés". En la Quemada cubren el Cerro de los Edificios las ruinas de los bastimentos y cortinas de la fortaleza, los pedazos de las colosales columnas de pórfido.

Mitla era la ciudad de los zapotecas: en Mitla están aún en toda su beldad las paredes del palacio donde el príncipe que iba siempre en hombros venía a decir al rey lo que mandaba hacer desde el cielo el dios que se creó a sí mismo, el Pitao-Cozaana. Sostenían el techo las columnas de vigas talladas, sin base ni capitel, que no se han caído todavía, y que parecen en aquella soledad más imponentes que las montañas que rodean el valle frondoso en que se levanta Mitla. De entre la maleza alta como los árboles, salen aquellas paredes tan hermosas, todas cubiertas de las más finas grecas y dibujos, sin curva ninguna, sino con rectas y ángulos compuestos con mucha gracia y majestad.

Pero las ruinas más bellas de México no están por allí, sino por donde vivieron los mayas, que eran gente guerrera y de mucho poder, y recibían de los pueblos del mar visitas y embajadores. De los mayas de Oaxaca es la ciudad célebre de Palenque, con su palacio de muros fuertes cubiertos de piedras talladas, que figuran hombres de cabeza de pico con la boca muy hacia afuera, vestidos de trajes de gran ornamento, y la cabeza con penachos de plumas. Es grandiosa la entrada del palacio, con las catorce puertas, y aquellos gigantes de piedra que hay entre una puerta y otra. Por dentro y fuera está el estuco que cubre la pared lleno de pinturas rojas, azules, negras y blancas. En el interior está el patio, rodeado de columnas. Y hay un templo de la Cruz, que se llama así, porque en una de las piedras están dos que parecen sacerdotes a los lados de una como cruz, tan alta como ellos; sólo que no es cruz cristiana, sino como la de los que creen en la religión de Buda, que también tiene su cruz. Pero ni el Palenque se puede comparar a las ruinas de los mayas yucatecos, que son más extrañas y hermosas.

Por Yucatán estuvo el imperio de aquellos príncipes mayas, que eran de pómulos anchos, y frente como la del hombre blanco de ahora. En Yucatán están las ruinas de Sayil, con su Casa Grande, de tres pisos, y con su escalera de diez varas de ancho. Está Labná, con aquel edificio curioso que tiene por cerca del techo una hilera de cráneos de piedra, y aquella otra ruina donde cargan dos hombres una gran esfera, de pie uno, y el otro arrodillado. En Yucatán está Izamal, donde se encontró aquella Cara Gigantesca, una cara de piedra de dos varas y más. Y Kabah está allí también, la Kabah que conserva un arco, roto por arriba, que no se puede ver sin sentirse como lleno de gracia y nobleza. Pero las ciudades que celebran los libros del americano Stephens, de Brasseur de Bourbourg y de Charnay, de Le Plongeon y su atrevida mujer, del francés Nadaillac, son Uxmal y Chichén-Itzá, las ciudades de los palacios pintados, de las casas trabajadas lo mismo que el encaje, de los pozos profundos y los magníficos conventos. Uxmal está como a dos leguas de Mérida, que es la ciudad de ahora, celebrada por su lindo campo de henequén, y porque su gente es tan buena que recibe a los extranjeros como hermanos. En Uxmal son muchas las ruinas notables, y todas, como por todo México, están en las cumbres de las pirámides, como si fueran los edificios de más valor, que quedaron en pie cuando cayeron por tierra las habitaciones de fábrica más ligera. La casa más notable es la que llaman en los libros "del Gobernador", que es toda de piedra ruda, con más de cien varas de frente y trece de ancho, y con las puertas ceñidas de un marco

de madera trabajada con muy rica labor. A otra casa le dicen de las Tortugas, y es muy curiosa por cierto, porque la piedra imita una como empalizada, con una tortuga en relieve de trecho en trecho. La Casa de las Monjas sí es bella de veras: no es una casa sola, sino cuatro, que están en lo alto de la pirámide. A una de las casas le dicen de la Culebra, porque por fuera tiene cortada en la piedra viva una serpiente enorme, que le da vuelta sobre vuelta a la casa entera: otra tiene cerca del tope de la pared una corona hecha de cabezas de ídolos, pero todas diferentes y de mucha expresión, y arregladas en grupos que son de arte verdadero, por lo mismo que parecen como puestas allí por la casualidad; y otro de los edificios tiene todavía cuatro de las diecisiete torres que en otro tiempo tuvo, y de las que se ven los arranques junto al techo, como la cáscara de una muela cariada. Y todavía tiene Uxmal la Casa del Adivino, pintada de colores diferentes, y la Casa del Enano, tan pequeña y bien tallada que es como una caja de China, de esas que tienen labradas en la madera centenares de figuras, y tan graciosa que un viajero la llama "obra maestra de arte y elegancia", y otro dice que "la Casa del Enano es bonita como una joya".

La ciudad de Chichén-Itzá es toda como la Casa del Enano. Es como un libro de piedra. Un libro roto, con las hojas por el suelo, hundidas en la maraña del monte, manchadas de fango, despedazadas. Están por tierra las quinientas columnas; las estatuas sin cabeza, al pie de las paredes a medio caer; las calles, de la yerba que ha ido creciendo en tantos siglos, están tapiadas. Pero de lo que queda en pie, de cuanto se ve o se toca, nada hay que no tenga una pintura finísima de curvas bellas, o una escultura noble, de nariz recta y barba larga. En las pinturas de los muros está el cuento famoso de la guerra de los dos hermanos locos, que se pelearon por ver quién se quedaba con la princesa Ara: hay procesiones de sacerdotes, de guerreros, de animales que parece que miran y conocen, de barcos con dos proas, de hombres de barba negra, de negros de pelo rizado; y todo con el perfil firme, y el color tan fresco y brillante como si aún corriera sangre por las venas de los artistas que dejaron escritas en jeroglíficos y en pinturas la historia del pueblo que echó sus barcos por las costas y ríos de todo Centroamérica, y supo de Asia por el Pacífico y de Africa por el Atlántico. Hay piedra en que un hombre en pie envía un rayo desde sus labios entreabiertos a otro hombre sentado. Hay grupos y símbolos que parecen contar, en una lengua que no se puede leer con el alfabeto indio incompleto del obispo Landa, los secretos del pueblo que construyó el Circo, el Castillo, el Palacio de las Monjas, el Caracol, el pozo de los sacrificios, lleno en lo hondo de una como piedra blanca, que acaso es la ceniza endurecida de los cuerpos de las vírgenes hermosas, que morían en ofrenda a su dios, sonriendo y cantando, como morían por el dios hebreo en el circo de Roma las vírgenes cristianas, como moría por el dios egipcio, coronada de flores y seguida del pueblo, la virgen más bella, sacrificada al agua del río Nilo. ¿Quién trabajó como el encaje las estatuas de Chichén-Itzá? ¿Adónde ha ido, adónde, el pueblo fuerte y gracioso que ideó la casa redonda del Caracol; la casita tallada del Enano, la culebra grandiosa de la Casa de las Monjas en Uxmal? ¡Qué novela tan linda la historia de América!

UN PASEO POR LA TIERRA DE LOS ANAMITAS

CUENTAN UN CUENTO de cuatro hindús ciegos, de allá del Indostán de Asia, que eran ciegos desde el nacer, y querían saber cómo era un elefante. "Vamos, dijo uno, adonde el elefante manso de la casa del rajá, que es príncipe generoso, y nos dejará saber cómo es." Y a casa del príncipe se fueron, con su turbante blanco y su manto blanco; y oyeron en el camino rugir a la pantera y graznar al faisán de color de oro, que es como un pavo con dos plumas muy largas en la cola; y durmieron de noche en las ruinas de piedra de la famosa Jehanabad, donde hubo antes mucho comercio y poder; y pasaron por sobre un torrente colgándose mano a mano de una cuerda, que estaba a los dos lados levantada sobre una horquilla, como la cuerda floja en que bailan los gimnastas en los circos; y un carretero de buen corazón les dijo que se subieran en su carreta, porque su buey giboso de astas cortas era un buey bonazo, que debió ser algo así como abuelo en otra vida, y no se enojaba porque se le subieran los hombres encima, sino que miraba a los caminantes como convidándoles a entrar en el carro. Y así llegaron los cuatro ciegos al palacio del rajá, que era por fuera como un castillo, y por dentro como una caja de piedras preciosas, lleno todo de cojines y de colgaduras, y el techo bordado, y las paredes con florones de esmeraldas y zafiros, y las sillas de marfil, y el trono del rajá de marfil y de oro. "Venimos, señor rajá, a que nos deje ver con nuestras manos, que son los ojos de los pobres ciegos, cómo es de figura un elefante manso". "Los ciegos son santos", dijo el rajá, "los hombres que desean saber son santos: los hombres deben aprenderlo todo por sí mismos, y no creer sin preguntar, ni hablar sin entender, ni pensar como esclavos lo que les mandan pensar otros: vayan los cuatro ciegos a ver con sus manos el elefante manso." Echaron a correr los cuatro, como si les hubiera vuelto de repente la vista: uno cayó de nariz sobre las gradas del trono del rajá: otro dio tan recio contra la pared que se cayó sentado, viendo si se le había ido en el coscorrón algún retazo de cabeza: los otros dos, con los brazos abiertos, se quedaron de repente abrazados. El secretario del rajá los llevó adonde el elefante manso estaba, comiéndose su ración de treinta y nueve tortas de arroz y quince de maíz, en una fuente de plata con el pie de ébano; y cada ciego se echó, cuando el secretario dijo "¡ahora!", encima del elefante, que era de los pequeños y regordetes: uno se le abrazó por una pata: el otro se le prendió a la trompa, y subía en el aire y bajaba, sin quererla soltar: el otro le sujetaba la cola: otro tenía agarrada un asa de la fuente del arroz y el maíz. "Ya sé", decía el de la pata: "el elefante es alto y redondo, como una torre que se mueve." "¡No es verdad!", decía el de la trompa: "el elefante es largo, y acaba en pico, como un embudo de carne." "¡Falso y muy falso", decía el de la cola: "el elefante es como un badajo de campana!" "Todos se equivocan, todos; el elefante es de figura de anillo, y no se mueve", decía el del asa de la fuente. Y así son los hombres, que cada uno cree que sólo lo que él piensa y ve es la verdad, y dice en verso y en prosa que no se debe creer sino lo que él cree, lo mismo que los cuatro ciegos del elefante, cuando lo que se ha de hacer es estudiar con cariño lo que los hombres han pensado y hecho, y eso da un gusto gran-

de, que es ver que todos los hombres tienen las mismas penas, y la historia igual, y el mismo amor, y que el mundo es un templo hermoso, donde caben en paz los hombres todos de la tierra, porque todos han querido conocer la verdad, y han escrito en sus libros que es útil ser bueno, y han padecido y peleado por ser libres, libres en su tierra, libres en el pensamiento.

También, y tanto como los más bravos, pelearon, y volverán a pelear, los pobres anamitas, los que viven de pescado y arroz y se visten de seda, allá lejos, en Asia, por la orilla del mar, debajo de China. No nos parecen de cuerpo hermoso, ni nosotros les parecemos hermosos a ellos: ellos dicen que es un pecado cortarse el pelo, porque la naturaleza nos dio pelo largo, y es un presumido el que se crea más sabio que la naturaleza, así que llevan el pelo en moño, lo mismo que las mujeres: ellos dicen que el sombrero es para que dé sombra, a no ser que se le lleve como señal de mando en la casa del gobernador, que entonces puede ser casquete sin alas: de modo que el sombrero anamita es como un cucurucho, con el pico arriba, y la boca muy ancha: ellos dicen que en su tierra caliente se ha de vestir suelto y ligero, de modo que llegue al cuerpo el aire, y no tener al cuerpo preso entre lanas y casimires, que se beben los rayos del sol, y sofocan y arden: ellos dicen que el hombre no necesita ser de espaldas fuertes, porque los cambodios son más altos y robustos que los anamitas, pero en la guerra los anamitas han vencido siempre a sus vecinos los cambodios; y que la mirada no debe ser azul, porque el azul engaña y abandona, como la nube del cielo y el agua del mar; y que el color no debe ser blanco, porque la tierra, que da todas las hermosuras, no es blanca, sino de colores de bronce de los anamitas; y que los hombres no deben llevar barba, que es cosa de fieras: aunque los franceses, que son ahora los amos de Anam, responden que esto de la barba no es más que envidia, porque bien que se deja el anamita el poco bigote que tiene: ¿y en sus teatros, quién hace de rey, sino el que tiene la barba más larga?, ¿y el mandarín, no sale a las tablas con bigotes de tigre?, ¿y los generales, no llevan barba colorada? “¿Y para qué necesitamos tener los ojos más grandes”, dicen los anamitas, “ni más juntos a la nariz?: con estos ojos de almendra que tenemos, hemos fabricado el Gran Buda de Hanoi, el dios de bronce, con cara que parece viva, y alto como una torre; hemos levantado la pagoda de Angkor, en un bosque de palmas, con corredores de a dos leguas, y lagos en los patios, y una casa en la pagoda para cada dios, y mil quinientas columnas, y calles de estatuas; hemos hecho en el camino de Saigón a Cholen, la pagoda donde duermen, bajo una corona de torres caladas, los poetas que cantaron el patriotismo y el amor, los santos que vivieron entre los hombres con bondad y pureza, los héroes que pelearon por libertarnos de los cambodios, de los siameses y de los chinos: y nada se parece tanto a la luz como los colores de nuestras túnicas de seda. Usamos moño, y sombrero de pico, y calzones anchos, y blusón de color, y somos amarillos, chatos, canijos y feos; pero trabajamos a la vez el bronce y la seda: y cuando los franceses nos han venido a quitar nuestro Hanoi, nuestro Hue, nuestras ciudades de palacios de madera, nuestros puertos llenos de casas de bambú y de barcos de junco, nuestros almacenes de pescado y arroz, todavía, con estos ojos de almendra, hemos sabido morir, miles sobre miles,

para cerrarles el camino. Ahora son nuestros amos; pero mañana ¡quién sabe!”

Y se pasean callados, a paso igual y triste, sin sorprenderse de nada, aprendiendo lo que no saben, con las manos en los bolsillos de la blusa: de la blusa azul, sujeta al cuello con un botón de cristal amarillo: y por zapato llevan una suela de cordón, atada al tobillo con cintas. Ese es el traje del pescador; del que fabrica las casas de caña, con el techo de paja de arroz; del marino ligero, en su barca de dos puntas; del ebanista, que maneja la herramienta con los pies y las manos, y embute los adornos de nácar en las camas y sillas de madera preciosa; del tejedor, que con los hilos de plata y de oro borda pájaros de tres cabezas, y leones con picos y alas, y cigüeñas con ojos de hombre, y dioses de mil brazos: ése es el traje del pobre cargador, que se muere joven del cansancio de halar la *djirincka*, que es el coche de dos ruedas, de que va halando el anamita pobre: trota, trota como un caballo: más que el caballo anda, y más aprisa: ¡y dentro, sin pena y sin vergüenza, va un hombre sentado!: como los caballos se mueren después, del mal de correr, los pobres cargadores. Y de beber clarete y borgoña, y del mucho comer, se mueren, colorados y gordos, los que se dejan halar en la *djirincka*, echándose aire con el abanico; los militares ingleses, los empleados franceses, los comerciantes chinos.

¿Y ese pueblo de hombres trotones es el que levantó las pagodas de tres pisos, con lagos en los patios, y casas para cada dios, y calles de estatuas; el que fabricó leones de porcelana y gigantes de bronce; el que tejió la seda con tanto color que centellea al sol, como una capa de brillantes? A eso llegan los pueblos que se cansan de defenderse: a halar como las bestias del carro de sus amos: y el amo va en el carro, colorado y gordo. Los anamitas están ahora cansados. A los pueblos pequeños les cuesta mucho trabajo vivir. El pueblo anamita se ha estado siempre defendiendo. Los vecinos fuertes, el chino y el siamés, lo han querido conquistar. Para defenderse del siamés, entró en amistades con el chino, que le dijo muchos amores, y lo recibió con procesiones y fuegos y fiestas en los ríos, y le llamó “querido hermano”. Pero luego que entró en la tierra de Anam, lo quiso mandar como dueño, hace como dos mil años: ¡y dos mil años hace que los anamitas se están defendiendo de los chinos! Y con los franceses les sucedió así también, porque con esos modos de mando que tienen los reyes no llegan nunca los pueblos a crecer, y más allá, que es como en China, donde dicen que el rey es hijo del cielo, y creen pecado mirarlo cara a cara, aunque los reyes saben que son hombres como los demás, y pelean unos contra otros para tener más pueblos y riquezas: y los hombres mueren sin saber por qué, defendiendo a un rey o a otro. En una de esas peleas de reyes andaba por Anam un obispo francés, que hizo creer al rey vencido que Luis XVI de Francia le daría con qué pelear contra el que le quitó el mando al de Anam: y el obispo se fue a Francia con el hijo del rey, y luego vino solo, porque con la revolución que había en París no lo podía Luis XVI ayudar; juntó a los franceses que había por la India de Asia: entró en Anam; quitó el poder al rey nuevo; puso al rey de antes a mandar. Pero quien mandaba de veras eran los franceses, que querían para ellos todo lo del país, y quitaban lo de Anam para poner

lo suyo, hasta que Anam vio que aquel amigo de afuera era peligroso, y valía más estar sin el amigo, y lo echó de una pelea de la tierra, que todavía sabía pelear: sólo que los franceses vinieron luego con mucha fuerza, y con cañones en sus barcos de combate, y el anamita no se pudo defender en el mar con sus barcos de junco, que no tenían cañones; ni pudo mantener sus ciudades, porque con lanzas no se puede pelear contra balas; y por Saigón, que fue por donde entró el francés, hay poca piedra con que fabricar mura-llas; ni estaba el anamita acostumbrado a ese otro modo de pelear, sino a sus guerras de hombre a hombre, con espada y lanza, pecho a pecho los hom- bres y los caballos. Pueblo a pueblo se ha estado defendiendo un siglo en- tero del francés, huyéndole unas veces, otras cayéndole encima, con todo el empuje de los caballos, y despedazándole el ejército: China le mandó sus jinetes de pelea, porque tampoco quieren los chinos al extranjero en su tierra, y echarlo de Anam era como echarlo de China: pero el francés es de otro mundo, que sabe más de guerras y de modos de matar; y pueblo a pueblo, con la sangre a la cintura, les ha ido quitando el país a los anamitas.

Los anamitas se pasean, callados, a paso igual y triste, con las manos en los bolsillos de la blusa azul. Trabajan. Parecen plateros finos en todo lo que hacen, en la madera, en el nácar, en la armería, en los tejidos, en las pin- turas, en los bordados, en los arados. No aran con caballos ni con buey, sino con búfalo. La tela de los vestidos la pintan a mano. Con los cuchillos de tallar labran en la madera dura pueblos enteros, con la casa al fondo, y los barcos navegando en el río, y la gente a miles en los barcos, y árboles, y faro- les, y puentes, y botes de pescadores, todo tan menudo como si lo hubieran hecho con la uña. La casa es como para enanos, y tan bien hecha que parece casa de juguete, toda hecha de piezas. Las paredes, las pintan: los techos, que son de madera, los tallan con mucha labor, como las paredes de afuera: por todos los rincones hay vasos de porcelana, y los grifos de bronce con las alas abiertas, y pantallas de seda bordada, con marcos de bambú. No hay casa sin su ataúd, que es allá un mueble de lujo, con los adornos de nácar: los hijos buenos le dan al padre como regalo un ataúd lujoso, y la muerte es allá como una fiesta, con su música de ruido y sus cantares de pagoda: no les parece que la vida es propiedad del hombre, sino préstamo que le hizo la naturaleza, y morir no es más que volver a la naturaleza de donde se vino, y en la que todo es como hermano del hombre; por lo que suele el que muere decir en su testamento que pongan un brazo o una pierna suya adonde lo puedan picar los pájaros, y devorarlo las fieras, y deshacerlo los animales invisibles que vuelan en el viento. Desde que viven en la esclavitud, van mucho los anamitas a sus pagodas, porque allí les hablan los sacerdotes de los santos del país, que no son los santos de los franceses: van mucho a los teatros, donde no les cuentan cosas de reír, sino la historia de sus generales y de sus reyes: ellos oyen encucillados, callados, la historia de las batallas.

Por dentro es la pagoda como una cinceladura, con encajes de madera pin- tada de colores alrededor de los altares; y en las columnas sus mandamientos y sus bendiciones en letras plateadas y doradas; y los santos de oro, familias enteras de santos, en el altar tallado. Delante van y vienen los sacerdotes, con sus manteos de tisú precioso, o de seda verde y azul, y el bonete de

tejido de oro, uno con la flor del loto, que es la flor de su dios, por lo hermosa y lo pura, y otro cargándole el manteo al de la flor, y otros cantando: detrás van los encapuchados, que son sacerdotes menores, con músicas y banderines, coreando la oración: en el altar, con sus mitras brillantes, ven la fiesta los dioses sentados. Buda es su gran dios, que no fue dios cuando vivió de veras, sino un príncipe bueno, tan fuerte de cuerpo que mano a mano echaba por tierra a leones jóvenes, y tan hermoso que lo quería como a su corazón el que lo veía una vez, y de tanto pensamiento que no podían los doctores discutir con él, porque de niño sabía más que los doctores más sabios y viejos. Y luego se casó, y quería mucho a su mujer y a su hijo; pero una tarde que salió en su carro de perlas y plata a pasear, vio a un viejo pobre, vestido de harapos, y volvió del paseo triste: y otra tarde vio a un moribundo, y no quiso pasear más: y otra tarde vio a un muerto, y su tristeza fue ya mucha: y otra vio a un monje que pedía limosnas, y el corazón le dijo que no debía andar en carro de plata y de perlas, sino pensar en la vida, que tenía tantas penas, y vivir solo, donde se pudiera pensar, y pedir limosna para los infelices, como el monje. Tres veces le dio en su palacio la vuelta a la cama de su mujer y de su hijo, como si fuera un altar, y sollozó: y sintió como que el corazón se le moría en el pecho. Pero se fue, en lo oscuro de la noche, al monte, a pensar en la vida, que tenía tanta pena, a vivir sin deseos y sin mancha, a decir sus pensamientos a los que se los querían oír, a pedir limosna para los pobres, como el monje. Y no comía, más que lo que un pájaro: y no bebía, más que para no morir de sed: y no dormía, sino sobre la tierra de su cabaña: y no andaba, sino con los pies descalzos. Y cuando el demonio Mara le venía a hablar de la hermosura de su mujer, y de las gracias de su niño, y de la riqueza de su palacio, y de la arrogancia de mandar en su pueblo como rey, él llamaba a sus discípulos, para consagrarse otra vez ante ellos a la virtud: y el demonio Mara huía espantado. Esas son cosas que los hombres sueñan, y llaman demonios a los consejos malos que vienen del lado feo del corazón; sólo que como el hombre se ve con cuerpo y nombre, pone nombre y cuerpo, como si fuesen personas, a todos los poderes y fuerzas que imagina: ¡y ése es poder de veras, el que viene de lo feo del corazón, y dice al hombre que viva para sus gustos más que para sus deberes, cuando la verdad es que no hay gusto mayor, no hay delicia más grande, que la vida de un hombre que cumple con su deber, que está lleno alrededor de espinas! : ¿pero qué es más bello, ni da más aromas que una rosa? Del monte volvió Buda, porque pensó, después de mucho pensar, que con vivir sin comer y beber no se hacía bien a los hombres, ni con dormir en el suelo, ni con andar descalzo, sino que estaba la salvación en conocer las cuatro verdades, que dicen que la vida es toda de dolor, y que el dolor viene de desear, y que para vivir sin dolor es necesario vivir sin deseo, y que el dulce nirvana, que es la hermosura como de luz que le da al alma el desinterés, no se logra viviendo, como loco o glotón, para los gustos de lo material, y para amontonar a fuerza de odio y humillaciones el mando y la fortuna, sino entendiendo que no se ha de vivir para la vanidad, ni se ha de querer lo de otros y guardar rencor, ni se ha de dudar de la armonía del mundo o ignorar nada de él o mortificarse con la ofensa y la envidia, ni se ha de reposar hasta

que el alma sea como una luz de aurora, que llena de claridad y hermosura al mundo, y llore y padezca por todo lo triste que hay en él, y se vea como médico y padre de todos los que tienen razón de dolor: es como vivir en un azul que no se acaba, con un gusto tan puro que debe ser lo que se llama gloria, y con los brazos siempre abiertos. Así vivió Buda, con su mujer y con su hijo, luego que volvió del monte. Después sus discípulos, que eran muchos, empezaron a vivir de lo que la gente les daba, porque les hablasen de las verdades de Buda, y de sus hazañas cuando era príncipe, y de cómo vivió en el monte; y el rey vio que en el nombre de Buda había poder, porque la gente miraba todo lo de Buda como cosa del cielo, tan hermoso que no podía ser hombre el que vivió y habló así. Mandó el rey juntar a los discípulos, para que pusiesen en libros la historia y los sermones y los consejos de Buda; y puso a los discípulos a sueldo, para que el pueblo viese juntos el poder del rey y el del cielo, de donde creía el pueblo que había venido al mundo Buda. Hubo unos discípulos que hicieron lo que el rey quería, y salieron con el ejército del rey a quitarles a los países de los alrededores la libertad, con el pretexto de que les iban a enseñar las verdades de Buda, que habían venido del cielo: y hubo otros que dijeron que eso era engaño de los discípulos y robo del rey, y que la libertad de un pueblo pequeño es más necesaria al mundo que el poder de un rey ambicioso, y la mentira de los sacerdotes que sirven al rey por su dinero, y que si Buda hubiera vivido, habría dicho la verdad, que él no vino del cielo sino como vienen los hombres todos, que traen el cielo en sí mismos, y lo ven, como se ve el sol, cuando, por el cariño a los hombres y la honradez, llegan a ser como si no fuesen de carne y de hueso, sino de claridad, y al malo le tienen compasión, como a un enfermo a quien se ha de curar, y al bueno le dan fuerzas, para que no se canse de animar y de servir al mundo: ¡ése sí que es cielo, y gusto divino! Pero los discípulos que estaban con el rey pudieron más; y el rey les mandó hacer pagodas de muchas torres, donde ponían a Buda de dios en el altar, y los discípulos se mandaron hacer túnicas de seda y mantos con mucho oro y bonetes de picos, y a los discípulos más famosos los fueron enterrando en las pagodas, con sus estatuas sobre la sepultura, y les encendían luces de día y de noche, y la gente iba a arrodillarse delante de ellos, para que les consolaran las penas que da el mundo, y les dieran lo que deseaban tener en la tierra, y los recomendaran a Buda en la hora de morir. Miles de años han pasado, y hay miles de pagodas. Allí van los anamitas tristes, que ya no encuentran en la tierra ayuda, y la van a pedir a lo desconocido del cielo.

Y al teatro van para que no se les acabe la fuerza del corazón. ¡En el teatro no hay franceses! En el teatro les cuentan los cómicos las historias de cuando Anam era país grande, y de tanta riqueza que los vecinos lo querían conquistar; pero había muchos reyes, y cada rey quería las tierras de los otros, así que en las peleas se gastó el país, y los de afuera, los chinos, los de Siam, los franceses, se juntaban con el caído para quitar el mando al vencedor, y luego se quedaban de amos, y tenían en odio a los partidos de la pelea, para que no se juntasen contra el de afuera, como se debían juntar, y lo echaran por entrometido y alevoso, que viene como amigo, vestido de

paloma, y en cuanto se ve en el país se quita las plumas, y se le ve como es, tigre ladrón. En Anam el teatro no es de lo que sucede ahora, sino la historia del país; y la guerra que el bravo An-Yang le ganó al chino Chau-Tu; y los combates de las dos mujeres, Cheng Tseh y Cheng Urh, que se vistieron de guerreras, y montaron a caballo, y fueron de generales de la gente de Anam, y echaron de sus trincheras a los chinos; y las guerras de los reyes, cuando el hermano del rey muerto quería mandar en Anam, en lugar de su sobrino, o venía el rey de lejos a quitarle la tierra al rey Hue. Los anamitas, encucillados, oyen la historia, que no cuentan los cómicos hablando o cantando, como en los dramas o en las óperas, sino con una música de mucho ruido que no deja oír lo que dicen los cómicos, que vienen vestidos con túnicas muy ricas, bordadas de flores y pájaros que nunca se han visto, con cascos de oro muy labrados en la cabeza, y alas en la cintura, cuando son generales, y dos plumas muy largas en el casco, si son príncipes: y si son gente así, de mucho poder, no se sientan en las sillas de siempre, sino en sillas muy altas. Y cuentan, y pelean, y saludan, y conversan, y hacen que toman té, y entran por la puerta de la derecha, y salen por la puerta de la izquierda: y la música toca sin parar, con sus platillos y su timbalón y su clarín y su violinete; y es un tocar extraño, que parece de aullidos y de gritos sin arreglo y sin orden, pero se ve que tiene un tono triste cuando se habla de muerte, y otro como de ataque cuando viene un rey de ganar una batalla, y otro como de procesión de mucha alegría cuando se casa la princesa, y otro como de truenos y de ruido cuando entra, con su barba blanca, el gran sacerdote, y cada tono lo adornan los músicos como les parece bien, inventando el acompañamiento según lo van tocando, de modo que parece que es música sin regla, aunque si se pone bien el oído se ve que la regla de ellos es dejarle la idea libre al que toca, para que se entusiasme de veras con los pensamientos del drama, y ponga en la música la alegría, o la pena, o la poesía, o la furia que sienta en el corazón, sin olvidarse del tono de la música vieja, que todos los de la orquesta tienen que saber, para que haya una guía en medio del desorden de su invención, que es mucho de veras, porque el que no conoce sus tonos no oye más que los tamborazos y la algarabía; y así sucede en los teatros de Anam que a un europeo le da dolor de cabeza, y le parece odiosa, la música que al anamita que está junto a él le hace reír de gusto, o llorar de la pena, según estén los músicos contando la historia del letrado pobre que a fuerza de ingenio se fue burlando de los consejeros del rey, hasta que el consejero llegó a ser el pobre, o la otra historia triste del príncipe que se arrepintió de haber llamado al extranjero a mandar en su país, y se dejó morir de hambre a los pies de Buda, cuando no había remedio ya, y habían entrado a miles en la tierra cobarde los extranjeros ambiciosos, y mandaban en el oro y las fábricas de seda, y en el reparto de las tierras y en el tribunal de la justicia los extranjeros, y los hijos mismos de la tierra ayudaban al extranjero a maltratar al que defendía con el corazón la libertad de la tierra: la música entonces toca bajo y despacio, y como si llorase, y como si se escondiese debajo de la tierra: y los actores, como si pasase un entierro, se cubren con las mangas del traje las caras. Y así es la música de sus dramas de historia, y de los de pelea, y de

los de casamiento, mientras los actores gritan y andan delante de los músicos en el escenario, y los generales se echan por la tierra, para figurar que están muertos, o pasan la pierna derecha por sobre la espalda de una silla, para decir que van a montar a caballo, o entran por entre unas cortinas el novio y la princesa, para que se sepa que se acaban de casar. Porque el teatro es un salón abierto, sin las bambalinas ni bastidores, y sin aparatos ni pinturas: sino que cuando la escena va a cambiar, sale un regidor de blusa y turbante, y se lo dice al público, o pone una mesa, que quiere decir banquete, o cuelga una lanza al fondo, que quiere decir batalla, o sopla el alcohol que trae en la boca sobre una antorcha encendida, lo que quiere decir que hay incendios. Y este de la blusa, que anda poniendo y quitando, sale y entra entre los que hacen de príncipes de seda y generales de oro, de mil años atrás, cuando los parientes del príncipe Ly-Tieng-Vuong querían darle a beber una taza de té envenenado. Allá dentro, en lo que no se ve del teatro, hay como un mostrador, con cajas de pintarse y espejos en la pared, y un rosario de barbas, de donde el que hace de loco toma la amarilla, y la colorada el que hace de fiero, y la negra el que hace de rey hermoso, y el que hace de viejo toma la barba blanca. Y se pinta la cara el que hace de gobernador, de colorado y de negro. Por encima de todo, en lo más alto de la pared, hay una estatua de Buda. Al salir del teatro, los anamitas van hablando mucho, como enojados, como si quisieran echar a correr, y parece que quieren convencer a sus amigos cobardes, y que los amenazan. De la pagoda salen callados, con la cabeza baja, con las manos en los bolsillos de la blusa azul. Y si un francés les pregunta algo en el camino, le dicen en su lengua: "No sé". Y si un anamita les habla de algo en secreto, le dicen: "¡Quién sabe!"

LA MUÑECA NEGRA

DE PUNTILLAS, de puntillas, para no despertar a Piedad, entran en el cuarto de dormir el padre y la madre. Vienen riéndose, como dos muchachones. Vienen de la mano, como dos muchachos. El padre viene detrás, como si fuera a tropezar con todo. La madre no tropieza; porque conoce el camino. ¡Trabaja mucho el padre, para comprar todo lo de la casa, y no puede ver a su hija cuando quiere! A veces, allá en el trabajo, se ríe solo, o se pone de repente como triste, o se le ve en la cara como una luz: y es que está pensando en su hija: se le cae la pluma de la mano cuando piensa así, pero en seguida empieza a escribir, y escribe tan de prisa, tan de prisa, que es como si la pluma fuera volando. Y le hace muchos rasgos a la letra, y las oes le salen grandes como un sol, y las ges largas como un sable, y las eles están debajo de la línea, como si se fueran a clavar en el papel, y las eses caen al fin de la palabra, como una hoja de palma; ¡tiene que ver lo que escribe el padre cuando ha pensado mucho en la niña! El dice que siempre que le llega por la ventana el olor de las flores del jardín, piensa en ella. O a veces, cuando está trabajando cosas de números, o poniendo un libro sueco en español, la ve venir, venir despacio, como en una nube, y se le sienta al lado,

le quita la pluma, para que repose un poco, le da un beso en la frente, le tira de la barba rubia, le esconde el tintero: es sueño no más, no más que sueño, como esos que se tienen sin dormir, en que ve uno vestidos muy bonitos, o un caballo vivo de cola muy larga, o un cochecito con cuatro chivos blancos, o una sortija con la piedra azul: sueño es no más, pero dice el padre que es como si lo hubiera visto, y que después tiene más fuerza y escribe mejor. Y la niña se va, se va despacio por el aire, que parece de luz todo: se va como una nube.

Hoy el padre no trabajó mucho, porque tuvo que ir a una tienda: ¿a qué iría el padre a una tienda?: y dicen que por la puerta de atrás entró una caja grande: ¿qué vendrá en la caja?: ¡a saber lo que vendrá: mañana hace ocho años que nació Piedad. La criada fue al jardín, y se pinchó el dedo por cierto, por querer coger, para un ramo que hizo, una flor muy hermosa. La madre a todo dice que sí, y se puso el vestido nuevo, y le abrió la jaula al canario. El cocinero está haciendo un pastel, y recortando en figura de flores los nabos y las zanahorias, y le devolvió a la lavandera el gorro, porque tenía una mancha que no se veía apenas, pero, “¡hoy, hoy, señora lavandera, el gorro ha de estar sin mancha!”. Piedad no sabía, no sabía. Ella sí vio que la casa estaba como el primer día de sol, cuando se va ya la nieve, y les salen las hojas a los árboles. Todos sus juguetes se los dieron aquella noche, todos. Y el padre llegó muy temprano del trabajo, a tiempo de ver a su hija dormida. La madre lo abrazó cuando lo vio entrar: ¡y lo abrazó de veras! Mañana cumple Piedad ocho años.

El cuarto está a media luz, una luz como la de las estrellas, que viene de la lámpara de velar, con su bombillo de color de ópalo. Pero se ve, hundida en la almohada, la cabecita rubia. Por la ventana entra la brisa, y parece que juegan, las mariposas que no se ven, con el cabello dorado. Le da en el cabello la luz. Y la madre y el padre vienen andando, de puntillas. ¡Al suelo, el tocador de jugar! ¡Este padre ciego, que tropieza con todo! Pero la niña no se ha despertado. La luz le da en la mano ahora; parece una rosa la mano. A la cama no se puede llegar; porque están alrededor todos los juguetes, en mesas y sillas. En una silla está el baúl que le mandó en pascuas la abuela, lleno de almendras y de mazapanes: boca abajo está el baúl, como si lo hubieran sacudido, a ver si caía alguna almendra de un rincón, o si andaban escondidas por la cerradura algunas migajas de mazapán; ¡eso es, de seguro, que las muñecas tenían hambre! En otra silla está la loza, mucha loza y muy fina, y en cada plato una fruta pintada: un plato tiene una cereza, y otro un higo, y otro una uva: da en el plato ahora la luz, en el plato del higo, y se ven como chispas de estrella: ¿cómo habrá venido esta estrella a los platos?: “¡Es azúcar!”, dice el pícaro padre: “¡Eso es, de seguro!”: dice la madre, “eso es que estuvieron las muñecas golosas comiéndose el azúcar”. El costurero está en otra silla, y muy abierto, como de quien ha trabajado de verdad; el dedal está machucado ¡de tanto coser!: cortó la modista mucho, porque del calicó que le dio la madre no queda más que un redondel con el borde de picos, y el suelo está por allí lleno de recortes, que le salieron mal

a la modista, y allí está la chambra empezada a coser, con la aguja clavada, junto a una gota de sangre. Pero la sala, y el gran juego, está en el velador, al lado de la cama. El rincón, allá contra la pared, es el cuarto de dormir de las muñequitas de loza, en su cama de la madre, de colcha de flores, y al lado una muñeca de traje rosado, en una silla roja: el tocador está entre la cama y la cuna, con su muñequita de trapo, tapada hasta la nariz, y el mosquitero encima: la mesa del tocador es una cajita de cartón castaño, y el espejo es de los buenos, de los que vende la señora pobre de la dulcería, a dos por un centavo. La sala está en lo de delante del velador, y tiene en medio una mesa, con el pie hecho de un carretel de hilo, y lo de arriba de una concha de nácar, con una jarra mexicana en medio, de las que traen los muñecos aguadores de México: y alrededor unos papelitos doblados, que son los libros. El piano es de madera, con las teclas pintadas; y no tiene banquetta de tornillo, que eso es poco lujo, sino una de espaldar, hecha de la caja de una sortija, con lo de abajo forrado de azul; y la tapa cosida por un lado, para la espalda, y forrada de rosa; y encima un encaje. Hay visitas, por supuesto, y son de pelo de veras, con ropones de seda lila de cuartos blancos, y zapatos dorados: y se sientan sin doblarse, con los pies en el asiento: y la señora mayor, la que trae gorra color de oro, y está en el sofá, tiene su levantapiés, porque del sofá se resbala; y el levantapiés es una cajita de paja japonesa, puesta boca abajo: en un sillón blanco están sentadas juntas, con los brazos muy tiesos, dos hermanas de loza. Hay un cuadro en la sala, que tiene detrás, para que no se caiga, un pomo de olor: y es una niña de sombrero colorado, que trae en los brazos un cordero. En el pilar de la cama, del lado del velador, está una medalla de bronce, de una fiesta que hubo, con las cintas francesas: en su gran moña de los tres colores está adornando la sala el medallón, con el retrato de un francés muy hermoso, que vino de Francia a pelear porque los hombres fueran libres, y otro retrato del que inventó el pararrayos, con la cara de abuelo que tenía cuando pasó el mar para pedir a los reyes de Europa que lo ayudaran a hacer libre su tierra: ésa es la sala, y el gran juego de Piedad. Y en la almohada, durmiendo en su brazo, y con la boca desteñida de los besos, está su muñeca negra.

Los pájaros del jardín la despertaron por la mañanita. Parece que se saludan los pájaros, y la convidan a volar. Un pájaro llama, y otro pájaro responde. En la casa hay algo, porque los pájaros se ponen así cuando el cocinero anda por la cocina saliendo y entrando, con el delantal volándole por las piernas, y la olla de plata en las dos manos, oliendo a leche quemada y a vino dulce. En la casa hay algo: porque si no, ¿para qué está ahí, al pie de la cama, su vestidito nuevo, el vestidito color de perla, y la cinta lila que compraron ayer, y las medias de encaje? “Yo te digo, Leonor, que aquí pasa algo. Dímelo tú, Leonor, tú que estuviste ayer en el cuarto de mamá, cuando yo fui a paseo. ¡Mamá mala, que no te dejó ir conmigo, porque dice que te he puesto muy fea con tantos besos, y que no tienes pelo, porque te he peinado mucho! La verdad, Leonor: tú no tienes mucho pelo; pero yo te quiero así, sin pelo, Leonor: tus ojos son los que quiero yo, porque con los

ojos me dices que me quieres: te quiero mucho, porque no te quieren: ¡a ver!, ¡sentada aquí en mis rodillas, que te quiero peinar!: las niñas buenas se peinan en cuanto se levantan: ¡a ver, los zapatos, que ese lazo no está bien hecho!: y los dientes: déjame ver los dientes: las uñas: ¡Leonor, esas uñas no están limpias! Vamos, Leonor, dime la verdad: oye, oye a los pájaros que parece que tienen baile: dime, Leonor, ¿qué pasa en esta casa?" Y a Piedad se le cayó el peine de la mano, cuando le tenía ya una trenza hecha a Leonor; y la otra estaba toda alborotada. Lo que pasaba, allí lo veía ella. Por la puerta venía la procesión. La primera era la criada, con el delantal de rizos de los días de fiesta, y la cofia de servir la mesa en los días de visita: traía el chocolate, el chocolate con crema, lo mismo que el día de año nuevo, y los panes dulces en una cesta de plata: luego venía la madre, con un ramo de flores blancas y azules: ¡ni una flor colorada en el ramo, ni una flor amarilla!: y luego venía la lavandera, con el gorro blanco que el cocinero no se quiso poner, y un estandarte que el cocinero le hizo, con un diario y un bastón: y decía en el estandarte, debajo de una corona de pensamientos: "¡Hoy cumple Piedad ocho años!". Y la besaron, y la vistieron con el traje color de perla, y la llevaron, con el estandarte detrás, a la sala de los libros de su padre, que tenía muy peinada su barba rubia, como si se la hubieran peinado muy despacio, y redondeándole las puntas, y poniendo cada hebra en su lugar. A cada momento se asomaba a la puerta, a ver si Piedad venía: escribía, y se ponía a silbar: abría un libro, y se quedaba mirando a un retrato, a un retrato que tenía siempre en su pesa, y era como Piedad, una Piedad de vestido largo. Y cuando oyó ruido de pasos, y un vocerón que venía tocando música en un cucurucho de papel, ¿quién sabe lo que sacó de una caja grande?: y se fue a la puerta con una mano en la espalda: y con el otro brazo cargó a su hija. Luego dijo que sintió como que en el pecho se le abría una flor, y como que se le encendía en la cabeza un palacio, con colgaduras azules de flecos de oro, y mucha gente con alas: luego dijo todo eso, pero entonces, nada se le oyó decir. Hasta que Piedad dio un salto en sus brazos, y se le quiso subir por el hombro, porque en un espejo había visto lo que llevaba en la otra mano el padre: "¡Es como el sol el pelo, mamá, lo mismo que el sol!, ¡ya la vi, ya la vi, tiene el vestido rosado!, ¡dile que me la dé, mamá: si es de peto verde, de peto de terciopelo!, ¡como las mías son las medias, de encaje como las mías!". Y el padre se sentó con ella en el sillón, y le puso en los brazos la muñeca de seda y porcelana. Echó a correr Piedad, como si buscara a alguien. "¿Y yo me quedo hoy en casa por mi niña", le dijo su padre, "y mi niña me deja solo?". Ella escondió la cabecita en el pecho de su padre bueno. Y en mucho, mucho tiempo, no la levantó, aunque, ¡de veras!, le picaba la barba.

Hubo paseo por el jardín, y almuerzo con un vino de espuma debajo de la parra, y el padre estaba muy conversador, cogiéndole a cada momento la mano a su mamá, y la madre estaba como más alta, y hablaba poco, y era como música todo lo que hablaba. Piedad le llevó al cocinero una dalia roja, y se la prendió en el pecho del delantal: y a la lavandera le hizo una corona

de claveles: y a la criada le llenó los bolsillos de flores de naranjo, y le puso en el pelo una flor, con sus dos hojas verdes. Y luego, con mucho cuidado, hizo un ramo de nomeolvides. “¿Para quién es ese ramo, Piedad?” “No sé, no sé para quién es: ¡quién sabe si es para alguien!” Y lo puso a la orilla de la acequia, donde corría como un cristal el agua. Un secreto le dijo a su madre, y luego le dijo: “¡Déjame ir!”. Pero le dijo “caprichosa” su madre: “¿y tu muñeca de seda, no te gusta?, mírale la cara, que es muy linda: y no le has visto los ojos azules”. Piedad sí se los había visto; y la tuvo sentada en la mesa después de comer, mirándola sin reírse; y la estuvo enseñando a andar en el jardín. Los ojos era lo que le miraba ella: y le tocaba en el lado del corazón: “¡Pero, muñeca, háblame, háblame!”. Y la muñeca de seda no le hablaba. “¿Conque no te ha gustado la muñeca que te compré, con sus medias de encaje y su cara de porcelana y su pelo fino?” “Sí, mi papá, sí me ha gustado mucho. Vamos, señora muñeca, vamos a pasear. Usted querrá coches, y lacayos, y querrá dulce de castañas, señora muñeca. Vamos vamos a pasear.” Pero en cuanto estuvo Piedad donde no la veían, dejó a la muñeca en un tronco, de cara contra el árbol. Y se sentó sola, a pensar, sin levantar la cabeza, con la cara entre las dos manecitas. De pronto echó a correr, de miedo de que se hubiese llevado el agua el ramo de nomeolvides.

—“Pero, criada, llévame pronto!” — “¿Piedad, qué es eso de criada? ¡Tú nunca le dices criada así, como para ofenderla!” — “No, mamá, no: es que tengo mucho sueño: estoy muerta de sueño. Mira: me parece que es un monte la barba de papá: y el pastel de la mesa me da vueltas, vueltas alrededor, y se están riendo de mí las banderitas: y me parece que están bailando en el aire las flores de zanahoria: estoy muerta de sueño: ¡adiós, mi madre!: mañana me levanto muy tempranito: tú, papá, me despiertas antes de salir: yo te quiero ver siempre antes de que te vayas a trabajar: ¡oh, las zanahorias!, ¡estoy muerta de sueño! ¡Ay, mamá, no me mates el ramo!, ¡mira, ya me mataste mi flor!” — “¿Conque se enoja mi hija porque le doy un abrazo?” — “¡Pégame, mi mamá!, ¡papá, pégame tú!, es que tengo mucho sueño.” Y Piedad salió de la sala de los libros, con la criada que le llevaba la muñeca de seda. “¡Qué de prisa va la niña, que se va a caer! ¿Quién espera a la niña?” — “¡Quién sabe quien me espera!” Y no habló con la criada: no le dijo que le contase el cuento de la niña jorobadita que se volvió una flor: un juguete no más le pidió, y lo puso a los pies de la cama y le acarició a la criada la mano, y se quedó dormida. Encendió la criada la lámpara de velar, con su bombillo de ópalo: salió de puntillas: cerró la puerta con mucho cuidado. Y en cuanto estuvo cerrada la puerta, relucieron dos ojitos en el borde de la sábana: se alzó de repente la cubierta rubia: de rodillas en la cama, le dio toda la luz a la lámpara de velar: y se echó sobre el juguete que puso a los pies, sobre la muñeca negra. La besó, la abrazó, se la apretó contra el corazón: “Ven, pobrecita: ven, que esos malos te dejaron aquí sola: tú no estás fea, no, aunque no tengas más que una trenza: la fea es ésa, lo que han traído hoy, la de los ojos que no hablan: dime,

Leonor, dime, ¿tú pensaste en mí?: mira el ramo que te traje, un ramo de nomeolvides, de los más lindos del jardín: ¡así, en el pecho!, ¡ésta es mi muñeca linda!, ¿y no has llorado?, ¡te dejaron tan sola!, ¡no me mires así, porque voy a llorar yo!, ¡no, tú no tienes frío!, ¡aquí conmigo, en mi almohada, verás como te calientas!, ¡y me quitaron, para que no me hiciera daño, el dulce que te traía!, ¡así, así, bien arropadita!, ¡a ver, mi beso, antes de dormirte!, ¡ahora, la lámpara baja!, ¡y a dormir, abrazadas las dos!, ¡te quiero, porque no te quieren!".

**CRITICA
LITERARIA Y ARTISTICA**

HISPANOAMERICA

DE LA REVISTA VENEZOLANA, CARACAS

NOTA ¹

ENGALANADA APARECE hoy la *Revista Venezolana*. La han favorecido con un valiosísimo regalo los señores Arístides Rojas, y Fausto Teodoro de Aldrey: es de tal valía la obra que ofrecemos hoy, reproducción muy aumentada y pulida del trabajo que vio la luz ha poco en *La Opinión Nacional*, que ella sola, entre gentes pensadoras y benévolas, bastaría para acreditar la empresa a que se uniese.

Apenas empiezan los pueblos de América a dar paz a sus angustias, y a descansar de su indispensable trabajo revolucionario, más ocasionado a la explosión vehemente de los afectos personales, que a los trabajos detenidos de investigación y examen —se dan sin demora, con generosa prisa y singular acierto, a la creación de grandes obras: ésta es una—. No sabe qué hacer la *Revista Venezolana* para agradecer el honor que recibe de una manera digna de él. El trabajo es trascendental; y abre vías nuevas: la edición es elegante y esmerada, y publica el mérito de las prensas que la han dado a luz. Con haber merecido este obsequio se siente compensado de las amarguras que una empresa de este género y alcance había de producir, el obligado y reconocido Director de la *Revista Venezolana*.

Revista Venezolana. Caracas, 15 de julio de 1881.

¹ Esta nota de Martí se encuentra al dorso de la portada del segundo y último número de la *Revista Venezolana*.

EL CARACTER DE LA REVISTA VENEZOLANA

HE AQUÍ el segundo número de la *Revista Venezolana*. Fervorosas palabras de simpatía por una parte y naturales muestras de extrañeza por la otra, saludaron la aparición del número primero: todo nuevo viajero halla pródigo sol que lo calienta, y ramas que le azotan el rostro en el camino. Débense al público, no aquellas explicaciones que tengan por objeto cortejar gustos vulgares, ni ceder a los apetitos de lo frívolo; sino aquellas que tiendan a asegurar el éxito de una obra sana y vigorosa, encaminada, por vías de amor y de labor, a sacar a luz con vehemencia filial cuanto interese a la fama y ventura de estos pueblos.

No citaremos, sino agradeceremos en silencio, las demostraciones de ardoroso afecto que la *Revista Venezolana* ha recibido: mas, ni debe intentarse lo mezquino, aunque de ello venga provecho mayor que de intentar lo grande, ni debe dejarse sin respuesta, por lo que al logro de lo grande importa, cuanto a desfigurarlo o a estorbarlo se dirige. Seguro de sí mismo, por enamorado, por trabajador, y por sincero, ni con las alabanzas se ofusca, ni ante interesados juicios ceja, el director de la *Revista Venezolana*. La obra de amor ha hallado siempre muchos enemigos.

Unos hallan la *Revista Venezolana* muy puesta en lugar, y muy precisa, como que encamina sus esfuerzos a elaborar, con los restos del derrumbe, la grande América nueva, sólida, batallante, trabajadora y asombrosa; y se regocijan del establecimiento de una empresa que no tiene por objeto entretener ocios, sino aprovecharse de ellos para mantener en alto los espíritus, en el culto de lo extraordinario y de lo propio; y nos aseguran que la tarea de hablar a los venezolanos calurosamente de su grandeza y beneficio, y los de la América, será estimada y favorecida en esta tierra buena, en su provecho interesada, y encendida en el fogoso amor de sus proezas: ¡quién se fatiga de tener padres gloriosos!, ¡ni de oír hablar del modo de hacer casa a sus hijos! Pero hallan otros que la *Revista Venezolana* no es bastante variada, ni amena, y no conciben empresa de este género, sin su fardo obligado de cuentecillos de Andersen, y de imitaciones de Uhland, y de novelas traducidas, y de trabajos hojosos, y de devaneos y fragilidades de la imaginación, y de toda esa literatura blanda y murmurante que no obliga a provechoso esfuerzo a los que la producen ni a saludable meditación a los que leen, ni trae aparejadas utilidad y trascendencia. Pues la *Revista Venezolana* hace honor de esta censura, y la levanta y pasea al viento a guisa de bandera.

¿Cómo? Cuando se tallan sobre las ásperas y calientes ruinas de la época pasada, los tiempos admirables y gloriosos que los enérgicos ingenios y elementos robustos de este pueblo anuncian; cuando es fuerza ir haciendo con mano segura atrás todo lo que estorba, y adelante a todo lo brioso y nuevo que urge; cuando vivimos en una época de incubación y de rebrote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos como a tientas en busca de los nuevos; cuando es preciso derribar, abrirse paso entre el derrumbe, clavar el asta verde, arrancada al bosque virgen y fundar; cuando, poseedores de la excesiva instrucción literaria que heredamos de la colonia perezosa, se vive en gran manera como extraño enfrente de esos mares que nos hablan de poder y

de fama venideros, de esas selvas, guardadoras clementes de nuestra fortuna abandonada, y de esos montes de oro, que descuajados en fuego se estremecen coléricos bajo nuestras plantas, como con cansancio de su obligada pereza, y con enojo del desamor con que los vemos; cuando los árboles están de pie en los bosques, como guerreros dispuestos a la lidia, en espera de estos gallardos desdeñosos de los pueblos, que no acuden a desatarlos y a recoger el fruto de ese magnífico combate de los humanos y la naturaleza; cuando pueblan florestas suntuosas, naciones ignoradas, y se hablan raras lenguas por sendas escondidas, a cuyos bordes son abono de la tierra los frutos que podrían ir mar adelante en nave nuestra a ser gala y señuelo en los mercados; cuando vagan por entre nosotros, a modo de visiones protectoras, grandes muertos erguidos que demandan a cada hijo que vive su golpe de martillo en la faena de la patria nueva; cuando hay tres siglos que hacer rodar por tierra, que entorpecen aún nuestro andar con sus raíces, y una nación pujante y envidiable que alzar, a ser sustento y pasmo de hombres: ¿será alimento bastante a un pueblo fuerte, digno de su alta cuna y magníficos destinos, la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y perniciosa de indagaciones de otros mundos, el canto lánguido de los comunes dolorcillos, el cuento hueco en que se fingen pasiones perturbadoras y malsanas, la contemplación peligrosa y exclusiva de las nimias torturas personales, la obra brillante y pasajera de la imaginación estéril y engañosa? No: no es ésta la obra. Es la imaginación ala de fuego, mas no tórax robusto de la inteligencia humana. Es la facilidad sirena de los débiles; pero motivo de desdén para los fuertes, y para los pueblos causa de aflojamiento y grandes daños. De honda raíz ha de venir, y a grande espacio ha de tender toda obra de la mente. Deben sofocarse las lágrimas propias en provecho de las grandezas nacionales. Es fuerza andar a pasos firmes —apoyada la mano en el arado que quiebra, descuaja, desortiga y avienta la tierra— camino de lo que viene, con la frente en lo alto. Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de sembrar. Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica, de brazo de la historia, con lo que las dos son mejor vistas, por lo bien que hermanan, y del brazo del estudio, que es padre prolífico, y esposo sincero, y amante dadivoso. Es fuerza, en suma, ante la obra gigantesca, ahogar el personal hervor, y hacer la obra.

Cierto que, pasajeros de la nave humana, somos a par del resto de los hombres, revueltos y empujados por las grandes olas; cierto que, venidos a la vida en época que escruta, vocea y disloca, ni los clamores, ni los provechos, ni las faenas del universo batallador nos son extrañas; cierto también que por nacer humanos, singulares dolores nos aquejan, como de águila forzada a vivir presa en un menguado huevecillo de paloma. Mas ni el fecundo estudio del maravilloso movimiento universal nos da provecho —antes nos es causa de amargos celos y dolores—, si no nos enciende en ansias de combatir por ponernos con nuestras singulares aptitudes a la par de los que adelantan y batallan; ni hemos de mirar con ojos de hijo lo ajeno, y con ojos de apóstata lo propio; ni hemos de ceder a esta voz de fatiga y agonía que viene de nuestro espíritu espantado del ruido de los hombres. De llorar, tiempo se tiene en la callada alcoba, frente a sí mismo, en la solemne noche:

durante el día, la universal faena, el bienestar de nuestros hijos y la elaboración de nuestra patria nos reclaman.

Animada de esos pensamientos, y anhelosa de hacer la obra más útil, la *Revista Venezolana* viene a luz, no para dar salida a producciones meramente literarias, de las que vive sin embargo tan pagado y a las que con doloroso amor secreto se abandona el que esto suscribe y comienza por alejar con mano resuelta de estas páginas, sus propias hijas nacidas en pañales de Europa, o en pañal de lágrimas; no para alimentar sus ediciones de trabajos varios, sin orden ni concierto, ni gran traba entre sí, ni fin común, ni más analogía que la que viene de la imaginación que las engendra; no a ser casa de composiciones aisladas, sin plan fijo, sin objeto determinado, sin engranaje íntimo, sin marcado fin patrio: viene a dar aposento a toda obra de letras que haga relación visible, directa y saludable con la historia, poesía, arte, costumbres, familias, lenguas, tradiciones, cultivos, tráficos e industrias venezolanas. Quien dice Venezuela, dice América: que los mismos males sufren, y de los mismos frutos se abastecen, y los mismos propósitos alientan el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de México el Apache indómito, y el que en tierras del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada del Arauco. Como balcón por donde asome a nuestro mundo feraz el mundo antiguo, y porque es elemento útil de nuestra vida, estará el movimiento universal representado por el extracto sucinto y provechoso de los grandes libros que en toda parte del mundo se publiquen. Y como dan medida justa de este sano pueblo el sentimiento ingenuo, el dolor casto y la pasión caballeresca de sus poetas, con rimas suyas irán siempre esmaltadas estas páginas humildes, soberbias sólo en el vigor con que han de defender la obra que intentan. Más vale estar en ocio que emplearse en lo mezquino. Y callar, que no hablar verdad. Pero enfrente a la faena, es deber el trabajo, prueba la injusticia y el silencio culpa. Determinado así nuestro propósito, excusado es decir lo que está fuera de él, o cabe en él.

De esmerado y de pulcro han motejado algunos el estilo de alguna de las sencillas producciones que vieron la luz en nuestro número anterior. No es defensa, sino aclaración, la que aquí hacemos. Uno es el lenguaje del gabinete: otro el del agitado parlamento. Una lengua habla la áspera polémica: otra la reposada biografía. Distintos goces nos produce, y diferentes estilos ocasiona, el deleite de crepúsculo que viene de contemplar cuidadosamente lo pasado, y el deleite de alba que origina el penetrar anhelante y trémulo en lo por venir. Aquél es ocasionado a regocijos de frase, donaire y discreto; éste a carrera fulgurosa y vívida, donde la frase suene como escudo, taje como espada y arremeta como lanza. De lo uno son condiciones esenciales el reposo, la paciencia: de lo otro, el ansia y el empuje. De aquí que un mismo hombre hable distinta lengua cuando vuelve los ojos ahondadores a las épocas muertas, y cuando, con las angustias y las iras del soldado en batalla, esgrime el arma nueva en la colérica lid de la presente. Está además cada época en el lenguaje en que ella hablaba como en los hechos que en ella acontecieron, y ni debe poner mano en una época quien no la conozca como a cosa propia, ni conociéndola de esta manera es dable esquivar el encanto y unidad artística que lleva a decir las cosas en el que fue su natural lenguaje. Este es el color,

y el ambiente, y la gracia, y la riqueza del estilo. No se ha de pintar cielo de Egipto con brumas de Londres; ni el verdor juvenil de nuestros valles con aquel verde pálido de Arcadia, o verde lúgubre de Erin. La frase tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana, y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el de otro. Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero? Sólo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno. De arcaico se tachará unas veces, de las raras en que escriba, al director de la *Revista Venezolana*; y se le tachará en otras de neólogo; usará de lo antiguo cuando sea bueno, y creará lo nuevo cuando sea necesario: no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.

Queda con esto, agradecido tiernamente el amoroso concepto que a muchos merecemos, respondida sin vacilación la extrañeza que a otros hemos causado, y determinado con fijeza el carácter de la *Revista Venezolana*. La sinceridad: he aquí su fuerza. El estudio: he aquí su medio. Y un derecho sólo recaba para sí: su derecho a lo grande.

Revista Venezolana. Caracas, 15 de julio de 1881.

EL POEMA DEL NIAGARA ¹

¡PASAJERO, DETENTE! ¡Este que traigo de la mano no es zurcidor de rimas, ni repetidor de viejos maestros —que los son porque a nadie repitieron—, ni decididor de amores, como aquellos que trocaron en mágicas cítaras el seno tenebroso de las traidoras góndolas de Italia, ni gemidor de oficio, como tantos que fuerzan a los hombres honrados a esconder sus pesares como culpas, y sus sagrados lamentos como pueriles futilidades! Este que viene conmigo es grande, aunque no lo sea de España, y viene cubierto: es Juan Antonio Pérez Bonalde, que ha escrito el Poema del Niágara. Y si me preguntas más de él, curioso pasajero, te diré que se midió con un gigante y no salió herido, sino con la lira bien puesta sobre el hombro —porque éste es de los lidiadores buenos, que lidian con la lira—, y con algo como aureola de triunfador sobre la frente. Y no preguntes más, que ya es prueba sobrada de grandeza atreverse a medirse con gigantes; pues el mérito no está en el éxito del acometimiento, aunque éste volvió bien de la lid, sino en el valor de acometer.

¹ Este trabajo se publicó como prólogo al *Poema del Niágara* de Juan Antonio Pérez Bonalde, en Nueva York, en 1882, y fue luego reproducido en la *Revista de Cuba*, tomo XIV, 1883.

¡Ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado; sin ver que la naturaleza humana no ha de cambiar de como es, y con sacar el oro afuera, no se hace sino quedarse sin oro alguno adentro! ¡Ruines tiempos, en que son mérito eximio y desusado el amor y el ejercicio de la grandeza! ¡Son los hombres ahora como ciertas damiselas, que se prendan de las virtudes cuando las ven encomiadas por los demás, o sublimadas en sonante prosa o en alados versos, mas luego que se han abrazado a la virtud, que tiene forma de cruz, la echan de sí con espanto, como si fuera mortaja roedora que les comiera las rosas de las mejillas, y el gozo de los besos, y ese collar de mariposas de colores que gustan de ceñirse al cuello las mujeres! ¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneración de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía a ser sacerdotes!

¡Ruines tiempos!, ¡no para el hombre en junto, que saca, como los insectos, de sí propio la magnífica tela en que ha de pasear luego el espacio; sino para estos jóvenes eternos; para estos sentidores exaltables reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella, para estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas! Es su natural oficio sacarse del pecho las águilas que en él les nacen sin cesar —como brota perfumes una rosa, y da conchas la mar y luz el sol— y sentarse, a par que con sonidos misteriosos acompañan en su lira a las viajeras, a ver volar las águilas: pero ahora el poeta ha mudado de labor, y anda ahogando águilas. ¿Ni en qué vuelta irán, si con el polvo del combate que hace un siglo empezó y aún no termina, están oscurecidas hoy las vueltas? ¿Ni quién las seguirá en su vuelo, si apenas tienen hoy los hombres tiempo para beber el oro de los vasos, y cubrir de él a las mujeres, y sacarlo de las minas?

Como para mayor ejercicio de la razón, aparece en la naturaleza contradictorio todo lo que es lógico; por lo que viene a suceder que esta época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes, es para los poetas —hombres magnos—, por la confusión que el cambio de estados, fe y gobiernos acarrea, época de tumulto y de dolores, en que los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros, y el trasegar de los combatientes deja sin rosas los rosales, y los vapores de la lucha opacan el brillo suave de las estrellas en el cielo. Pero en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes, y el cielo gira y anda con sus tormentas, días y noches, y el hombre se revuelve y marcha con sus pasiones, fe y amarguras; y cuando ya no ven sus ojos las estrellas del cielo, los vuelve a las de su alma. De aquí esos poetas pálidos y gemebundos; de aquí esa nueva poesía atormentada y dolorosa; de aquí esa poesía íntima, confidencial y personal, necesaria consecuencia de los tiempos, ingenua y útil, como canto de hermanos, cuando brota de una naturaleza sana y vigorosa, desmayada y ridícula cuando la ensaya en sus cuerdas

un sentidor flojo, dotado, como el pavón del plumaje brillante, del don del canto.

Hembras, hembras débiles parecerían ahora los hombres, si se dieran a apurar, coronados de guirnaldas de rosas, en brazos de Alejandro y de Ceibes, el falerno meloso que sazónó los festines de Horacio. Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fue hermosa, por haber cambiado los humanos el ideal de Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres. Ni líricos ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera su propio ser el asunto único de cuya existencia no tuviera dudas, o como si el problema de la vida humana hubiera sido con tal valentía acometido y con tal ansia investigado, que no cabe motivo mejor, ni más estimulante, ni más ocasionado a profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo. Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen, se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte a colorear con la novedad y transparencia de otros tiempos la aureola luminosa de las vírgenes, ni cantor religioso o predicador que ponga unción y voz segura en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están, airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. ¡Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra, y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡qué susto en el pecho! ¡qué demandar lo que no viene! ¡qué no saber lo que se desea! ¡qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite del alba!

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbranse apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diversas: y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria. Partido así el espíritu en amores contradictorios e intranquilos; alarmado a cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo; desprestigiadas y desnudas todas las imágenes que antes se reverenciaban; desconocidas aún las imágenes futuras, no parece posible, en este desconcierto de la mente, en esta revuelta vida sin vía fija, carácter definido, ni término seguro, en este miedo acerbo de las pobrezas de la casa, y en la labor varia y medrosa que ponemos en evitarlas, producir aquellas luengas y pacientes obras, aquellas dilatadas historias en verso, aquellas celosas imitaciones de gentes lati-

nas que se escribían pausadamente, año sobre año, en el reposo de la celda, en los ocios amenos del pretendiente en corte, o en el ancho sillón de cordobán de labor rica y tachuelas de fino oro, en la beatífica calma que ponía en el espíritu la certidumbre de que el buen indio amasaba el pan, y el buen rey daba la ley, y la madre Iglesia abrigo y sepultura. Sólo en época de elementos constantes, de tipo literario general y determinado, de posible tranquilidad individual, de cauces fijos y notorios, es fácil la producción de esas macizas y corpulentas obras de ingenio que requieren sin remedio tal suma de favorables condiciones. El odio acaso, que acumula y concentra, puede aún producir naturalmente tal género de obras, pero el amor rebosa y se esparce; y éste es tiempo de amor, aun para los que odian. El amor entona cantos fugitivos, mas no produce —por sentimiento culminante y vehemente, cuya tensión fatiga y abruma— obras de reposado aliento y laboreo penoso.

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; éste es el tiempo de las vallas rotas. Ahora los hombres empiezan a andar sin tropiezos por toda la tierra; antes, apenas echaban a andar, daban en muro de solar de señor o en bastión de convento. Se ama a un Dios que lo penetra y lo prevale todo. Parece profanación dar al Creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser, la forma de uno solo de los seres. Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos, no un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiador, impío. Y estos nuevos amores no se incuban, como antes, lentamente en celdas silenciosas en que la soledad adorable y sublime empollaba ideas gigantescas y radiosas; ni se llevan ahora las ideas luengos días y años luengos en la mente, fructificando y nutriéndose, acrecentándose con las impresiones y juicios análogos, que volaban a agruparse a la idea madre, como los abanderados en tiempo de guerra al montecillo en que se alza la bandera; ni de esta prolongada preñez mental nacen ahora aquellos hijos ciclópeos y desmesurados, deyo natural de una época de callamiento y de repliegue, en que las ideas habían de convertirse en sonajas de bufón de rey, o en badajo de campana de iglesia, o en manjar de patíbulo; y en que era forma única de la expresión del juicio humano el chismeo donairoso en una mala plaza de las comedias en amor trabadas entre las cazoletas de la espada y velos del guardainfante de los cortejadores y hermosas de la villa. Ahora los árboles de la selva no tienen más hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pie en pie. El hablar no es pecado, sino gala; el oír no es herejía, sino gusto y hábito, y moda. Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florescencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpago, con alas. No crecen en una

mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, después de salida trabajosa, a número escaso de lectores; sino que, apenas nacidas, benefician. Las estrujan, las ponen en alto, se las ciñen como corona, las clavan en picota, las erigen en ídolo, las vuelcan, las mantean. Las ideas de baja ley, aunque hayan comenzado por brillar como de ley buena, no soportan el tráfico, el vapuleo, la marejada, el duro tratamiento. Las ideas de ley buena surgen a la postre, magulladas, pero con virtud de cura espontánea, y compactas y enteras. Con un problema nos levantamos; nos acostamos ya con otro problema. Las imágenes se devoran en la mente. No alcanza el tiempo para dar forma a lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental, como cuando una piedra hiere el agua azul, se pierden unos en otros los círculos del agua. Antes las ideas se erguían en silencio en la mente como recias torres, por lo que, cuando surgían, se las veía de lejos: hoy se salen en tropel de los labios, como semillas de oro, que caen en suelo hirviente; se quiebran, se radifican, se evaporan, se malogran — ¡oh hermoso sacrificio! — para el que las crea: se deshacen en chispas encendidas; se desmigajan. De aquí pequeñas obras fúlgidas, de aquí la ausencia de aquellas grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas.

Y acontece también, que con la gran labor común de los humanos, y el hábito saludable de examinarse, y pedirse mutuas cuentas de sus vidas, y la necesidad gloriosa de amasar por sí el pan que se ha de servir en los manteles, no estimula la época, ni permite acaso la aparición aislada de entidades suprahumanas recogidas en una única labor de índole tenida por maravillosa y suprema. Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas. Y ésta es la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras; época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realizaban antes tanto su estatura. Y como todos van aprendiendo a cosechar los frutos de la naturaleza y a estimar sus flores, tocan los antiguos maestros a menos flor y fruto, y a más las gentes nuevas que eran antes cohorte mera de veneradores de los buenos cosecheros. Asítese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placará a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso, que saben que no es en la tierra, por grande criatura que se sea, más que arena de oro, que volverá a la fuente hermosa de oro, y reflejo de la mirada del Creador.

Y como el auvernés muere en París alegre, más que de deslumbramiento, del mal del país, y todo hombre que se detiene a verse anda enfermo del dulce mar del cielo, tienen los poetas hoy —auverneses sencillos en Lutecia alborotada y suntuosa— la nostalgia de la hazaña. La guerra, antes fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza, comienza a ser crimen.

La corte, antes albergue de bardos de alquiler, mira con ojos asustados a los bardos modernos, que aunque a veces arriendan la lira, no la alquilan ya por siempre, y aun suelen no alquilarla. Dios anda confuso; la mujer como sacada de quicio y aturdida; pero la naturaleza enciende siempre el sol solemne en medio del espacio; los dioses de los bosques hablan todavía la lengua que no hablan ya las divinidades de los altares; el hombre echa por los mares sus serpientes de cabeza parlante, que de un lado se prenden a las breñas agrestes de Inglaterra, y de otro a la riente costa americana; y encierra la luz de los astros en un juguete de cristal; y lanza por sobre las aguas y por sobre las cordilleras sus humeantes y negros tritones; y en el alma humana, cuando se apagan los soles que alumbraron la tierra decenas de siglos, no se ha apagado el sol. No hay occidente para el espíritu del hombre; no hay más que norte, coronado de luz. La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada que la tempestad arremolina y echa al cielo; en copa el árbol; y en cima ha de acabar la vida humana. En este cambio de quicio a que asistimos, y en esta refacción del mundo de los hombres, en que la vida nueva va, como los corceles briosos por los caminos, perseguida de canes ladrones; en este cegamiento de las fuentes y en este anublamiento de los dioses —la naturaleza, el trabajo humano, y el espíritu del hombre se abren como inexhaustos manantiales puros a los labios sedientos de los poetas—: ¡vacíen de sus copas de preciosas piedras el agrio vino viejo, y pónganlas a que se llenen de rayos de sol, de ecos de faena, de perlas buenas y sencillas, sacadas de lo hondo del alma, y muevan con sus manos febriles, a los ojos de los hombres asustados, la copa sonora!

De esta manera, lastimados los pies y los ojos de ver y andar por ruinas que aún humean, reentra en sí el poeta lírico, que siempre fue, en más o en menos, poeta personal —y pone los ojos en las batallas y solemnidades de la naturaleza, aquel que hubiera sido en épocas cortesanas, conventuales o sangrientas, poeta de epopeya. La batalla está en los talleres; la gloria, en la paz; el templo, en toda la tierra; el poema, en la naturaleza. Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo—. ¿Qué es el hombre arrogante, sino vocero de lo desconocido, eco de lo sobrenatural, espejo de las luces eternas, copia más o menos acabada del mundo en que vive? Hoy Dante vive en sí, y de sí. Ugolino roía a su hijo; mas él a sí propio; no hay ahora mendrugo más denteado que un alma de poeta: si se ven con los ojos del alma, sus puños mondados y los huecos de sus alas arrancadas manan sangre.

Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; harto nuevas aún y harto confusas las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí —porque a los pueblos viene el perfume como al vino, con los años— elementos poéticos; sacadas al viento, al empuje crítico, las raíces desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbética; la vida íntima febril, no bien enquistada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna.

¡Mas, cuánto trabajo cuesta hallarse a sí mismo! El hombre apenas entra

en el goce de la razón que desde su cuna le oscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí. Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza y los que amontonan las ideas convencionales de que es, en hora menguada, y por impío consejo, y arrogancia culpable, alimentada. No hay más difícil faena que esta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y prenatal; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones, legados y ordenanzas, los que antes de él han venido. So pretexto de completar el ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embriado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos. Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida a las veces por el mismo en quien hace su obra cauta, a la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas. Asegurar el albedrío humano; dejar a los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposición de ajenos prejuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada. ¡He ahí el único modo de poblar la tierra de la generación vigorosa y creadora que le falta! Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos; urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Sólo lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado. Toca a cada hombre reconstruir la vida: a poco que mire en sí, la reconstruye. Asesino alevoso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres, es el que, so pretexto de dirigir a las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio. ¡Reo es de traición a la naturaleza el que impide, en una vía u otra, y en cualquiera vía, el libre uso, la aplicación directa y el espontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre! ¡Entre ahora el bravo, el buen lancero, el ponderoso justador, el caballero de la libertad humana —que es orden magna de caballería—, el que se viene derechamente, sin pujos de Valbuena ni rezagos de Ojeda, por la poesía épica de nuestros tiempos; el que movió al cielo las manos generosas en tono de plegaria y las sacó de la oración a modo de ánfora sonora, henchida de estrofas opulentas y vibrantes, acariciada de olímpicos reflejos! ¡El poema está en el hombre, decidido a gustar todas las manzanas, a enjugar toda la savia del árbol del Paraíso y a trocar en hoguera confortante el fuego de que forjó Dios, en otro tiempo, la espada exterminadora! ¡El poema está en la naturaleza, ma-

dre de senos pródigos, esposa que jamás desama, oráculo que siempre responde, poeta de mil lenguas, maga que hace entender lo que no dice, consoladora que fortifica y embalsama! ¡Entre ahora el buen bardo del Niágara, que ha escrito un canto extraordinario y resplandeciente del poema inacabable de la naturaleza!

¡El poema del Niágara! Lo que el Niágara cuenta; las voces del torrente; los gemidos del alma humana; la majestad del alma universal; el diálogo titánico entre el hombre impaciente y la naturaleza desdeñosa; el clamor desesperado de hijo de gran padre desconocido, que pide a su madre muda el secreto de su nacimiento; el grito de todos en un solo pecho; el tumulto del pecho que responde al bravío de las ondas; el calor divino que enardece y encala la frente del hombre a la faz de lo grandioso; la compenetración profética y suavísima del hombre rebelde e ignorador y la naturaleza fatal y reveladora, el tierno desposorio con lo eterno y el vertimiento deleitoso en la creación del que vuelve a sí el hombre ebrio de fuerza y júbilo, fuerte como un monarca amado, ungido rey de la naturaleza.

¡El poema del Niágara! El halo de espíritu que sobrerrodea el halo de agua de colores; la batalla de su seno, menos fragosa que la humana; el oleaje simultáneo de todo lo vivo, que va a parar, empujado por lo que no se ve, encabritándose y revolviéndose, allá en lo que no se sabe; la ley de la existencia, lógica en fuerza de ser incomprensible, que devasta sin acuerdo aparente mártires y villanos, y sorbe de un hálito, como ogro famélico, un haz de evangelistas, en tanto que deja vivos en la tierra, como alimaña de boca roja que le divierten, haces de criminales; la vía aparejada en que estallan, chocan, se rebelan, saltan al cielo y dan en hondo hombres y cataratas estruendosas; el vocerío y combate angélico del hombre arrebatado por la ley arrolladora, que al par que cede y muere, blasfema, agítase como titán que se sacude mundos y ruge; la voz ronca de la cascada que ley igual empuja, y al dar en mar o en antro, se encrespa y gime; y luego de todo, las lágrimas que lo envuelven ahora todo, y el quejido desgarrador del alma sola: he ahí el poema imponente que ese hombre de su tiempo vio en el Niágara.

Toda esa historia que va escrita es la de este poema. Como este poema es obra representativa, hablar de él es hablar de la época que representa. Los buenos eslabones dan chispas altas. Menguada cosa es lo relativo que no despierta el pensamiento de lo absoluto. Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente a lo general y a lo grande. La filosofía no es más que el secreto de la relación de las varias formas de existencia. Mueven el alma de este poeta los afanes, las soledades, las amarguras, la aspiración del genio cantor. Se presenta armado de todas armas en un circo en donde no ve combatientes, ni estrados animados de público tremendo, ni ve premio. Corre, cargado de todas las armas que le pesan, en busca de batalladores. ¡Halla un monte de agua que le sale al paso; y, como lleva el pecho lleno de combate, reta al monte de agua!

Pérez Bonalde, apenas puso los ojos sobre sí, y en su torno, viviendo en tiempo revuelto y en tierra muy fría, se vio solo; catecúmeno enérgico de una religión no establecida, con el corazón necesitado de adorar, con la razón negada a la reverencia; creyente por instinto, incrédulo por reflexión. En

vano buscó polvo digno de una frente varonil para postrarse a rendir tributo de acatamiento; en vano trató de hallar su puesto, en esta época en que no hay tierra que no los haya trastocado todos, en la confusa y acelerada batalla de los vivos; en vano, creado por mal suyo para empresas hazañosas, y armado por el estudio del análisis que las reprime cuando no las prohíbe o ridiculiza, persiguió con empeño las grandes acciones de los hombres, que tienen ahora a gala y prueba de ánimo fuerte, no emprender cosa mayor, sino muy suave, productiva y hacedera. En los labios le rebosaban los versos robustos; en la mano le vibraba acaso la espada de la libertad —que no debiera, por cierto, llevar jamás espada—; en el espíritu la punzante angustia de vivir sobrado de fuerzas sin empleo, que es como poner la savia de un árbol en el corpecillo de una hormiga. Los vientos corrientes le batían las sienes; la sed de nuestros tiempos le apretaba las fauces; lo pasado, ¡todo es castillo solitario y armadura vacía!; lo presente, ¡todo es pregunta, negación, cólera, blasfemia de derrota, alarido de triunfo!; lo venidero, ¡todo está oscurecido por el polvo y vapor de la batalla! Y fatigado de buscar en vano hazañas en los hombres, fue el poeta a saludar la hazaña de la naturaleza.

Y se entendieron. El torrente prestó su voz al poeta; el poeta su gemido de dolor a la maravilla rugidora. Del encuentro súbito de un espíritu ingenuo y de un espectáculo sorprendente, surgió este poema palpitante, desbordado, exuberante, lujoso. Acá desmaya, porque los labios sajan las ideas, en vez de darles forma. Allá se encumbra, porque hay ideas tales, que pasan por sobre los labios como por sobre valla de carrizos. El poema tiene el alarde pindárico, el vuelo herediano, rebeldes curvas, arrogantes reboses, lujosos alzamientos, cóleras heroicas. El poeta ama, no se asombra. No se espanta, llama. Riega todas las lágrimas del pecho. Increpa, golpea, implora. Yergue todas las soberbias de la mente. Empuñaría sin miedo el cetro de la sombra. Ase la niebla, rásgala, péntrala. ¡Evoca al Dios del antro; húndese en la cueva limosa: enfríase en torno suyo el aire; resurge coronado de luz; canta el *hosanna!* La Luz es el gozo supremo de los hombres. Ya pinta el río sonoro, turbulento, despeñado, roto en polvo de plata, evaporado en humo de colores. Las estrofas son cuadros: ora ráfagas de ventisquero, ora columnas de fuego, ora relámpagos. Ya Luzbel, ya Prometeo, ya Icaro. Es nuestro tiempo, enfrente de nuestra naturaleza. Ser eso es dado a pocos. Contó a la Naturaleza los dolores del hombre moderno. Y fue pujante, porque fue sincero. Montó en carroza de oro.

Este poema fue impresión, choque, golpe de ala, obra genuina, raptó súbito. Vese aún a trechos al estudiador que lee, el cual es personaje importuno en estos choques del hombre y la Naturaleza; pero por sobre él salta, por buena fortuna, gallardo y atrevido, el hombre. El gemidor asoma, pero el sentidor vehemente vence. Nada le dice el torrente, que lo dice todo; pero a poco pone bien el oído, y a despecho de los libros de duda, que le alzan muralla, lo oye todo. Las ideas potentes se enciman, se precipitan, se cobijan, se empujan, se entrelazan. Acá el consonante las magulla; el consonante magulla siempre; allá las prolonga, con lo cual las daña; por lo común, la idea abundosa y encendida encaja noblemente en el verso centellante. Todo el poeta se salió a estos versos; la majestad evoca y pone en pie todo lo ma-

jestuoso. Su estrofa fue esta vez como la ola que nace del mar agitado, y crece al paso con el encuentro de otras olas, y se empina, y se enrosca, y se despliega ruidosamente, y va a morir en espuma sonante y círculos irregulares y rebeldes no sujetos a forma ni extensión; acá enseñoreándose de la arena y tendiéndose sobre ella como triunfador que echa su manto sobre la prisionera que hace su cautiva; allá besando mansamente los bordes cincelados de la piedra marina caprichosa; quebrándose acullá en haces de polvo contra la arista enhiesta de las rocas. Su irregularidad le viene de su fuerza. La perfección de la forma se consigue casi siempre a costa de la perfección de la idea. Pues el rayo ¿obedece a marcha precisa en su camino? ¿Cuándo fue jaca de tiro más hermosa que potro en la dehesa? Una tempestad es más bella que una locomotora. Señálanse por sus desbordes y turbulencias las obras que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas.

Y Pérez Bonalde ama su lengua, y la acaricia, y la castiga; que no hay placer como este de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor y de pintor. Es la dicción de este poema redonda y hermosa; la factura amplia; el lienzo extenso; los colores a prueba de sol. La frase llega a alto, como que viene de hondo, y cae rota en colores, o plegada con majestad, o fragorosa como las aguas que retrata. A veces, con la prisa de alcanzar la imagen fugitiva, el verso queda sin concluir, o concluido con premura. Pero la alteza es constante. Hay ola, y ala. Mima Pérez Bonalde lo que escribe; pero no es, ni quiere serlo, poeta cincelador. Gusta, por descontado, de que el verso brote de su pluma sonoro, bien acuñado, acicalado, mas no se pondrá como otro, frente al verso, con martillo de oro y buril de plata, y enseres de cortar y de sajar, a mellar aquí un extremo, a fortificar allí una juntura, a abrillantar y redondear la joya, sin ver que si el diamante sufre talla, moriría la perla de ella. El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por dondequiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos, o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa y nace mejor el fruto. Pulir es bueno, mas dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio. El verso hierve en la mente, como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos; ni se aquilata el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor. Y así brotó de Bonalde este poema, y es una de sus fuerzas: fue hecho de una pieza.

¡Oh! ¡Esa tarea de recorte, esa mutilación de nuestros hijos, ese trueque de plectro del poeta por el bisturí del disector! Así quedan los versos pu-

lidos: deformes y muertos. Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar palabras es mermar espíritu, y cambiarlas es rehervir el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido. Se queja el alma del verso, como maltratada, de estos golpes de cincel. Y no parece cuadro de Vinci, sino mosaico de Pompeya. Caballo de paseo no gana batallas. No está en el divorcio el remedio de los males del matrimonio, sino en escoger bien la dama y en no cegar a destiempo en cuanto a las causas reales de la unión. Ni en el pulimento está la bondad del verso, sino en que nazca ya alado y sonante. No se dé por hecho el verso en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastrojado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y amala cuando lo cambian muchas veces de troje. Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.

Que aun con todo esto, como pajas perdidas que con el gusto del perfume no se cuidó de recoger cuando se abrió la caja de perfumería, quedaron sueltos algunos cabos, que bien pudieran rematarse; que acá sobra un epíteto; que aquí asoma un asonante inoportuno; que acullá ostenta su voluta caprichosa un esdrújulo osado; que a cual verso le salió corta el ala, lo que en verdad no es cosa de gran monta en esta junta de versos sobrados de alas grandes; que, como dejo natural del tiempo, aparecen en aquella y esta estrofa, como fuegos de San Telmo en cielo sembrado de astros, gemidos de contagio y desesperanzas aprendidas; ¡ea!, que bien puede ser, pero esa menudencia es faena de pedantes. Quien va en busca de montes, no se detiene a recoger las piedras del camino. Saluda el sol, y acata al monte. Estas son confidencias de sobremesa. Esas cosas se dicen al oído. Pues, ¿quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo? La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera.

Y aquí viene bien que yo conforte el alma, algún momento abatida y azorada de este gallardísimo poeta; que yo le asegure lo que él anhela saber; que vacíe en él la ciencia que en mí han puesto la mirada primera de los niños, colérica como quien entra en casa mezquina viniendo de palacio, y la última mirada de los moribundos, que es una cita, y no una despedida. Bonalde mismo no niega, sino que inquiere. No tiene fe absoluta en la vida próxima; pero no tiene duda absoluta. Cuando se pregunta desesperado qué ha de ser de él, queda tranquilo, como si hubiera oído lo que no dice. Saca fe en lo eterno de los coloquios en que bravamente lo interroga. En vano teme él morir cuando ponga al fin la cabeza en la almohada de tierra. En vano el eco que juega con las palabras —porque la naturaleza parece, como el Creador mismo, celosa de sus mejores criaturas, y gusta de ofuscarles el juicio que les dio— le responde que nada sobrevive a la hora que nos parece la postrera. El eco en el alma dice cosa más honda que el eco del torrente. Ni hay torrente como nuestra alma. ¡No! ¡la vida humana no es toda la

vida! La tumba es vía y no término. La mente no podría concebir lo que no fuera capaz de realizar; la existencia no puede ser juguete abominable de un loco maligno. Sale el hombre de la vida, como tela plegada, ganosa de lucir sus colores, en busca de marco; como nave gallarda, ansiosa de andar mundos, que al fin se da a los mares. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva. La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra. Pues ¿qué es nuestro cerebro, sementera de proezas, sino anuncio del país cierto en que han de rematarse? Nace el árbol en la tierra, y halla atmósfera en que extender sus ramas; y el agua en la honda madre, y tiene cauce en donde echar sus fuentes; y nacerán las ideas de justicia en la mente, las jubilosas ansias de no cumplidos sacrificios, el acabado programa de hazañas espirituales, los deleites que acompañan a la imaginación de una vida pura y honesta, imposible de logro en la tierra, ¿y no tendrá espacio en que tender al aire su ramaje esta arboleda de oro? ¿Qué es más el hombre al morir, por mucho que haya trabajado en vida, que gigante que ha vivido condenado a tejer cestos de monje y fabricar nidillos de jilguero? ¿Qué ha de ser del espíritu tierno y rebosante que, falto de empleo fructífero, se refugia en sí mismo, y sale íntegro y no empleado de la tierra? Este poeta venturoso no ha entrado aún en los senos amargos de la vida. No ha sufrido bastante. Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera. Ha vivido con la mente, que ofusca; y con el amor, que a veces desengaña; fáltale aún vivir con el dolor que conforta, acrisola y esclarece. Pues ¿qué es el poeta, sino alimento vivo de la llama con que alumbrá? ¡Echa su cuerpo a la hoguera, y el humo llega al cielo, y la claridad del incendio maravilloso se esparce, como un suave calor, por toda la tierra!

Bien hayas, poeta sincero y honrado, que te alimentas de ti mismo. ¡He aquí una lira que vibra! ¡He aquí un poeta que se palpa el corazón, que lucha con la mano vuelta al cielo, y pone a los aires vivos la arrogante frente! ¡He aquí un hombre, maravilla de arte sumo, y fruto raro en esta tierra de hombres! ¡He aquí un vigoroso braceador que pone el pie seguro, la mente avarienta, y los ojos ansiosos y serenos en ese haz de despojos de templos, y muros apuntalados, y cadáveres dorados, y alas hechas de cadenas, de que, con afán siniestro, se aprovechan hoy tantos arteros batalladores para rehacer prisiones al hombre moderno! El no persigue a la poesía, breve espuma de mar hondo, que sólo sale a flote cuando hay ya mar hondo, y voluble coqueta que no cuida de sus cortejadores, ni dispensa a los importunos sus caprichos. El aguardó la hora alta, en que el cuerpo se agiganta y los ojos se inundan de llanto, y de embriaguez el pecho, y se hincha la vela de la vida, como lona de barco, a vientos desconocidos, y se anda naturalmente a paso de monte. El aire de la tempestad es suyo, y ve en él luces, y abismos bordados de fuego que se entreabren, y místicas promesas. En este poema, abrió su seno atormentado al aire puro, los brazos trémulos al oráculo piadoso, la frente enardecida a las caricias aquietadoras de la sagrada naturaleza. Fue libre, ingenuo, humilde, preguntador, señor de sí, caballero del espíritu. ¿Quiénes son los soberbios que se arrojan el derecho de enfrenar cosa que nace libre, de sofocar la llama que enciende la naturaleza, de privar del ejer-

cicio natural de sus facultades a criatura tan augusta como el ser humano? ¿Quiénes son esos búhos que vigilan la cuna de los recién nacidos y beben en su lámpara de oro el aceite de la vida? ¿Quiénes son esos alcaides de la mente, que tienen en prisión de dobles rejas al alma, esta gallarda castellana? ¿Habrá blasfemo mayor que el que, so pretexto de entender a Dios, se arroja a corregir la obra divina? ¡Oh Libertad! ¡no manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de ti el recién nacido! ¡Bien hayas tú, Poeta del Torrente, que osas ser libre en una época de esclavos pretenciosos, porque de tal modo están acostumbrados los hombres a la servidumbre, que cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comienzan ahora, con más indecoroso humillamiento, a ser esclavos de la Libertad! ¡Bien hayas, cantor ilustre, y ve que sé qué vale esta palabra que te digo! ¡Bien hayas tú, señor de espada de fuego, jinete de caballo de alas, rapsoda de lira de roble, hombre que abres tu seno a la naturaleza! Cultiva lo magno, puesto que trajiste a la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja a los pequeños otras pequeñeces. Muévante siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser más juego de la mano y divertimento del ocioso ingenio que llamarada del alma y hazaña digna de los magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas ajenas, males de libros, fe prescrita, y caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto.

EL HOMBRE ANTIGUO DE AMERICA Y SUS ARTES PRIMITIVAS

CAZANDO Y PESCANDO; desentendiéndose a golpes de pedernal del tigrillo y el puma y de los colosales paquidermos; soterrando de una embestida de colmillos el tronco montuoso en que se guarecía, vivió errante por las selvas de América el hombre primitivo en las edades cuaternarias. En amar y en defenderse ocupaba acaso su vida vagabunda y azarosa, hasta que los animales cuaternarios desaparecieron, y el hombre nómada se hizo sedentario. No bien se sentó, con los pedernales mismos que le servían para matar al ciervo, tallaba sus cuernos duros; hizo hachas, harpones y cuchillos, e instrumentos de asta, hueso y piedra. El deseo de ornamento, y el de perpetuación, ocurren al hombre apenas se da cuenta de que piensa: el arte es la forma del uno: la historia, la del otro. El deseo de crear le asalta tan luego como se desembaraza de las fieras; y de tal modo, que el hombre sólo ama verdaderamente, o ama preferentemente, lo que crea. El arte, que en épocas posteriores y más complicadas puede ya ser producto de un ardoroso amor a la belleza, en los tiempos primeros no es más que la expresión del deseo humano de crear y de vencer. Siente celos el hombre del hacedor de las criaturas; y gozo en dar semejanza de vida, y forma de ser animado, a la piedra.

Una piedra trabajada por sus manos, le parece un Dios vencido a sus pies. Contempla la obra de su arte satisfecho, como si hubiera puesto un pie en las nubes. Dar prueba de su poder y dejar memoria de sí, son ansias vivas en el hombre.

En colmillos de elefantes y en dientes de oso, en omóplatos de renos y tibias de venado esculpían con sílices agudos los trogloditas de las cuevas francesas de Vezere las imágenes del mamut tremendo, la foca astuta, el codrilo venerado y el caballo amigo. Corren, muerden, amenazan, aquellos brutales perfiles. Cuando querían sacar un relieve, ahondaban y anchaban el corte. La pasión por la verdad fue siempre ardiente en el hombre. La verdad en las obras de arte es la dignidad del talento.

Por los tiempos en que el troglodita de Vezere cubría de dibujos de pescados los espacios vacíos de sus escenas de animales, y el hombre de Laugerie Basse representaba en un cuerno de ciervo una palpitante escena de caza, en que un joven gozoso de cabello hirsuto, expresivo el rostro, el cuerpo desnudo, dispara, seguido de mujeres de senos llenos y caderas altas, su flecha sobre un venado pavorido y colérico, el hombre sedentario americano imprimía ya sobre el barro blando de sus vasijas hojas de vid o tallos de caña, o con la punta de una concha marcaba imperfectas líneas en sus obras de barro, embutidas a menudo con conchas de colores, y a la luz del sol secadas.

En lechos de guano cubiertos por profunda capa de tierra y arboleda tupida se han hallado, aunque nunca entre huesos de animales cuaternarios ni objetos de metal, aquellas primeras reliquias del hombre americano. Y como a esas pobres muestras de arte ingenuo cubren suelos tan profundos y maleza tan enmarañada como la que ahora mismo sólo a trechos deja ver los palacios de muros pintados y paredes labradas de los bravíos y suntuosos mayapanes, no es dable deducir que fue escaso de instinto artístico el americano de aquel tiempo, sino que, como a nuestros ojos acontece, vivían en la misma época pueblos refinados, históricos y ricos, y pueblos elementales y salvajes. Pues hoy mismo, en que andan las locomotoras por el aire, y como las gotas de una copa de tequila lanzada a lo alto, se quiebra en átomos invisibles una roca que estorba a los hombres —hoy mismo, ¿no se trabajan sílices, se cavan pedruscos, se adoran ídolos, se escriben pictógrafos, se hacen estatuas de los sacerdotes del sol entre las tribus bárbaras?—. No por fajas o zonas implacables, no como mera emanación andante de un estado de la tierra, no como flor de geología, pese a cuanto pese, se ha ido desenvolviendo el espíritu humano. Los hombres que están naciendo ahora en las selvas en medio de esta avanzada condición geológica, luchan con los animales, viven de la caza y de la pesca, se cuelgan al cuello rosarios de guijas, trabajan la piedra, el asta y el hueso, andan desnudos y con el cabello hirsuto, como el cazador de Laugerie Basse, como los elegantes guerreros de los monumentos iberos, como el salvaje inglorioso de los cabos africanos, como los hombres todos en su época primitiva. En el espíritu del hombre están, en el espíritu de cada hombre, todas las edades de la Naturaleza.

Las rocas fueron antes que los cordones de nudos de los peruanos, y los collares de porcelana del Arauco, y los pergaminos pintados de México, y las piedras inscritas de la gente maya, las rocas altas en los bosques solemnes

fueron los primeros registros de los sucesos, espantos, glorias y creencias de los pueblos indios. Para pintar o tallar sus signos elegían siempre los lugares más imponentes y bellos, los lugares sacerdotales de la naturaleza. Todo lo reducían a acción y a símbolo. Expresivos de suyo, no bien sufría la tierra un sacudimiento, los lagos un desborde, la raza un viaje, una invasión el pueblo, buscaban el limpio tajo de una roca, y esculpían, pintaban o escribían el suceso en el granito y en la siena. Desdeñaban las piedras deleznable. De entre las artes de pueblos primitivos que presentan grado de incorrección semejante al arte americano, ninguno hay que se le compare en lo numeroso, elocuente, resuelto, original y ornamentado. Estaban en el albor de la escultura, pero de la arquitectura, en pleno medio día. En los tiempos primeros, mientras tienen que tallar la piedra, se limitan a la línea; pero apenas puede correr libre la mano en el dibujo y los colores, todo lo recaman, superponen, encajean, bordan y adornan. Y cuando ya levantan casas, sienten daño en los ojos si un punto solo del pavimento o la techumbre no ostenta, recortada en la faz de la piedra, o en la cabeza de la viga, un plumaje rizado, un penacho de guerrero, un anciano barbudo, una luna, un sol, una serpiente, un cocodrilo, un guacamayo, un tigre, una flor de hojas sencillas y colosales, una antorcha. Y las monumentales paredes de piedra son de labor más ensalzada y rica que el más sutil tejido de esterería fina. Era raza noble e impaciente, como esa de hombres que comienzan a leer los libros por el fin. Lo pequeño no conocían y ya se iban a lo grande. Siempre fue el amor al adorno dote de los hijos de América, y por ella, lucen, y por ella pecan el carácter movable, la política prematura y la literatura hojosa de los países americanos.

No con la hermosura de Tetzcontzingo, Copán y Quiriguá, no con la profusa riqueza de Uxmal y de Mitla, están labrados los dólmenes informes de la Galia; ni los ásperos dibujos en que cuentan sus viajes los noruegos; ni aquellas líneas vagas, indecisas, tímidas con que pintaban al hombre de las edades elementales los mismos iluminados pueblos del mediodía de Italia. ¿Qué es, sino cáliz abierto al sol por especial privilegio de la naturaleza, la inteligencia de los americanos? Unos pueblos buscan, como el germánico; otros construyen, como el sajón; otros entienden, como el francés; colorean otros, como el italiano; sólo al hombre de América es dable en tanto grado vestir como de ropa natural la idea segura de fácil, brillante y maravillosa pompa. No más que pueblos en cierne —que ni todos los pueblos se cuajan de un mismo modo, ni bastan unos cuantos siglos para cuajar un pueblo—, no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargó su ponderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la Naturaleza. ¡Robaron los conquistadores una página al Universo! Aquellos eran los pueblos que llamaban a la Vía Láctea "el camino de las almas"; para quienes el Universo estaba lleno del Grande Espíritu, en cuyo seno se encerraba toda luz, del arco iris coronado como de un penacho, rodeado, como de colosales faisanes, de los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas; los pueblos eran que no imaginaron como los hebreos a la

mujer hecha de un hueso y al hombre hecho de lodo; ¡sino a ambos nacidos a un tiempo de la semilla de la palma!

La América. Nueva York, abril de 1884.

AUTORES AMERICANOS ABORIGENES

LA POMPA de los samanes, la elegancia de las palmeras, la varia y brillante fronda que viste a los monte americanos, lucen en los restos de obras de autores indios que se salvaron de manos de obispos Landas y Zumárragas. No se quiebran los rayos del sol persa en más ricos matices sobre la montura de plata y piedras preciosas de aquellos caballeros de sable duro y túnica de seda, que en abundantes y fáciles colores se rompe, amplía como un manto, la frase india. Lo negará sólo quien no haya leído un cuento de batalla o un título de propiedad de los indios guatemaltecos. El Mahabarata es más sentencioso; el Schahnameh, más grave; las profecías de Chilam Balam el yucateco, más reposadas y profundas; las olas de Netzahualcoyotl mexicano, más sublimes; más apasionados los dramas peruanos: el Apu Ollantay, el Uska Pankar acaso; resplandecen las tradiciones de Tingal, como túnica cuajada de diamantes; pero como arroyo, como caballo nuevo de paso alado y crines de colores, como cinta de mago que en incontables vueltas se entrelaza y crece, como mar recién hecho que fulgura a una luz sana y virgen, o como a sol no enrojecido por los vapores de la sangre, brillaría en mañana de agosto un ejército parlero de indias coronadas de campanillas azules e indios cubiertos de penachos plumados; como río de joyas, o como si sus pensamientos desatase, sobre el riachuelo limpio de la selva, una doncella pura, brillan las pintorescas relaciones de aquellos quichés y zutujiles que sorprendió y domó en hora de querellas el tremendo Jonatín, el bello Alvarado. Cuando un pueblo se divide, se mata. El ambicioso ríe en la sombra. Ni ¿cómo pudiera ser, dado que literatura no es otra cosa más que expresión y forma, y reflejo en palabras de la Naturaleza que nutre y del espíritu que anima al pueblo que la crea; cómo pudiera ser que, contra la ley universal, no tuviese la literatura indígena las condiciones de esbeltez, armonía y color de la naturaleza americana? Y esto no lo vemos sólo los que amamos a los indios como a un lirio roto; precisamente escribimos estas líneas para dar noticia del libro curioso en que un autor norteamericano halla esas cualidades en los retazos de obras que de los indígenas se conocen, y en todas aquellas en que después de la conquista mostró su abundancia y gallardía, ya en las lenguas patrias, ya en la de los conquistadores, el ingenio nativo. ¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! ¡Qué bravos, Mayapán! Teotiltlán, ¡qué escuelas! Copán, ¡qué circo! México, ¡qué talleres, plazas y acueductos! Zempoala, ¡qué templos! Los Andes, ¡qué calzadas! ¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira. ¡Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enarde-

cida de Tamanaco y Paracamoni, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas! Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan. Sólo cuando son directas, prosperan la política y la literatura. La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.

Los Estados Unidos tienen muy buenos americanistas, y Daniel S. Brinton es de los mejores. Ahora acaba de publicar en libro una buena memoria en que contó el año pasado a los americanistas congregados en Copenhague todo lo que se sabe de obras indígenas. Demuestra cuán amplio, apropiado y flexible era el vocabulario de los aborígenes. Descubre en ellos, y señala con calor, una facultad literaria poderosa. Como la impresión en ellos era viva, la necesidad de la expresión era inmediata. Gustaban de narrar, y lo hacían con abundancia y gracia. El color les fue siempre necesario, y como accidente indispensable de sus cuentos. Campean en cuanto se conoce de los indios un alma ingenua y una imaginación vívida. Vese en sus ruinas, como en sus manuscritos, su gusto por la simetría y el ornamento. Sus Atreos y sus Niestes tuvieron los griegos, y voluble Europa; también los indios los tuvieron, y luchas entre las familias y casas rivales, que a juzgar por las escasísimas páginas interpretadas en sus letras y signos, con más lujo y pasión están contadas en sus pergaminos y sus piedras que las de Atridas y Pelópidas en el glorioso romance griego. ¡Qué augusta la *Iliada* de Grecia! ¡Qué brillante la *Iliada* indígena! Las lágrimas de Homero son de oro; copas de palma, pobladas de colibríes, son las estrofas indias.

En el libro de Brinton no hay sólo hechos y deducciones, sino lista de documentos: ha unido al libro un índice de todo lo que hoy se conoce y se tiene como escrito por autores indígenas. En el Norte, ocupado de ampararse de las fieras y del frío, apenas tuvo el indio tiempo para dejar memoria dibujada o escrita de sus combates; y en guerra siempre, como pueblo pobre, y en marcha sobre los pueblos cálidos, más escribió con la flecha que con el pincel. Pero en las tierras calientes, adonde vendrán al fin a abrigarse todos los hombres, la poesía que nace del reposo y la imaginación, suntuosa en los pueblos de naturaleza rica, con todos sus colores vistosos florecieron. ¡Manto admirable echó Naturaleza sobre los hombros de la América! Se verá un espectáculo sublime el día que se sienta con fuerzas, y despierte. ¡Qué franjas, nuestros ríos! Nuestros montes, ¡qué rosas! ¡Qué bordados, nuestros pensamientos! ¡Nuestras almas, qué águilas! ¡Manto admirable echó Naturaleza sobre los hombros de la América!

RAFAEL POMBO

ANALIZAR POR ENTERO la obra poética de Rafael Pombo, fuera —y esto es su mayor elogio y la más clara señal de su valer— como hacer el análisis de las cualidades, conflictos y deficiencias de la poesía de Hispanoamérica. Quien en sí condensa un pueblo, es digno de figurar entre los que van a su cabeza. Chocan en Pombo, como en nuestra América, a manera de aguas de un río caudaloso contra los estribos del puente de piedra que les estorban al paso, las novedades, desbordamientos y larguezas del espíritu nuevo, que en América, por las abundancias de la tierra, es aún más libre y osado, con el alma vieja española, que en España va, por ley natural, modificándose y abriéndose al Universo, y en América, ¡oh caso singular!, se fosiliza, y resiste a la obra universal, y alimentado por los fanáticos, los de alma caballeresca que se apegan a lo desaparecido, y aquellos en quienes el amor a lo tradicional y pintoresco puede más que el amor a lo humano y justo, perdura erizada y colérica, cuando en su propia patria se ablanda y transforma. Pues, a ir nuestros españoles de América a España, como muchos de ellos quisieran, a servir de hijos pródigos, de caballericos menores o de asistentes de los monteros de Espinosa, o de cargos reales semejantes, con grandes casacas paramentadas, o llaves de oro en los faldones, u otros no menos hermosos aditamentos, no tardaría mucho en sentarse el pretendiente don Carlos en el trono. ¡En andas lo llevarían a él, con disgusto y censura de la noble España nueva, estos sumisos y serviles trasamericanos! A España se la puede amar, y los mismos que sentimos todavía sus latigazos sobre el hígado la queremos bien; pero no por lo que fue ni por lo que violó, ni por lo que ella misma ha echado con generosa indignación abajo, sino por la hermosa de su tierra, carácter sincero y romántico de sus hijos, ardorosa voluntad con que entra ahora en el concierto humano y razones históricas que a todos se alcanzan, y son como aquellas que ligan con los padres ignorantes, descuidados o malos a los hijos buenos.

Ardor como de sacerdote enamorado; piedad, que se le desborda y le tiene siempre escondido, como si creyese que con el valer y ventura de los demás ha de valer él más y ser más venturoso, recomiendan, iluminan y acaloran la fertilísima poesía de Pombo. Si ve una flor por tierra, la levanta, y le alisa con cuidado los pétalos, y de su propia vida quisiera darle para reanimarla; si ve un niño, ya se adelanta a acariciarlo; y si ve hermosura femenil, ya le corre por las venas el fuego griego, para deponer después respetuosamente su corazón devastado por las llamas a los pies de la casta hermosura. Del mérito ajeno, ¿quién más orgulloso? No bien halla persona que lo tenga, ya está con los brazos en alto, como un muecín en la torre de la mezquita, dando robustas voces para que la ciudad entera venga a contemplar la maravilla y alabar al Señor; y riñe con aspereza a los menguados o tibios que no comparten con él su entusiasmo. ¿Caridad? Está tallado en ella. ¿Amor? Pues, ¿qué es éste, sino caridad suma por el objeto que se ama? Ningún espíritu extraordinario ama por sí, sino por no causar dolor a los que le han hecho la merced de quererlo. De preferencia inspiran a Pombo lo hermoso y lo débil. Encantadores versos ha escrito, y como de padre

amante, para las escuelas y los niños. Su alma es por igual apasionada y honrada; y si fatídica parece a veces su poesía por el abrasante aliento que corre por ella, y la empuja, envuelve y levanta, como raptor impaciente que a trechos se detiene en su fuga para acariciar a su amada, en otras veces, que son las más, de la sofocación virtuosa de estos afectos, que en su expresión vehemente han tenido ya como una imperfecta satisfacción, viénele una belleza original y segura, que es como una nueva manera de hermosura mística. De asir la belleza vive preocupado, y en trabajar ánforas dignas de contenerla pasa la vida; por lo que la pintura, como todas las artes, le cautiva. A sus versos los mira como colores leales, que sin exageración, pero sin tibieza, deben reproducir los espectáculos del espíritu y aquellos análogos y más vastos del universo: delante de la Naturaleza se pone a vaciarla en sus rimas, como el pintor delante del paisaje que intenta traspasar al lienzo. Tan fiel es Pombo a la verdad, y tan amigo de la sobriedad al mismo tiempo, y de pensar tan sobresaltado y abundoso, que por lo fiel suele caer en nimio, y por el choque de las ideas torrenciales y este laudable gusto suyo por lo conciso y pictórico, para a veces en irregular y confuso.

De los atrevimientos de su fantasía, que lo echan adelante sin descansos ni miramientos, y de ese sano horror a las palabras inútiles e ideas de relleno, frías a los sentidos y repugnantes al espíritu, como esas mujeres bellas vacías de alma que pululan, cual hongos frondosos y emponzoñados, por los caminos de la vida, de las osadías de su mente, en conflicto con los escrúpulos de su lenguaje, viene al estilo poético de Pombo esa desigualdad que, aunque provenga del exceso de buenas condiciones, no puede llamarse belleza. Su necesidad de salirse de sí es tal, siente con tanto brío el amor por las formas más elevadas de la hermosura, y le es tan familiar el verso, que muchas veces ha puesto en él, con el desmayo y oscuridad consiguiente en el ajuste forzado de un pensamiento al lenguaje que no le es natural, lo que hubiera debido estar en prosa. Tales cosas quiere decir a veces, que el verso se le queja, y como que forcejea por escapársele, temeroso de la pesadumbre que le va a caer encima; pero cuando la expresión es deficiente, adivínase bajo ella el bravo pensamiento que se sale por sus grietas y bordes. Y es frecuente verle echar el pensamiento triunfante y encendido por el verso que lo recibe vencido y amoroso. Pombo ha debido sentir muchas veces el goce ardiente del que ase por la melena revuelta a un león, y lo postra.

Recibe el talento poético sus dones de las riquezas naturales del país en que aparece, de las condiciones físicas que a éste distinguen y del depósito espiritual que los seres humanos que lo han animado con sus amores y padecimientos han ido acumulando en él. La tierra está llena de espíritus. El aire está lleno de almas. Así es como se hacen las naciones. Y tal como la montaña, al erguirse sobre el resto de la tierra, levanta en su camino por la altura, hasta que en ella se detiene, la tierra arbolada y florecida, que queda luego vistiendo como falda amable al monte, tal el genio poético, al batir las alas, recoge en ellas, aprieta a su corazón y cierra en él todas las fuerzas y aromas de la tierra en que surge, y con sus enseñanzas, pasiones y dolores, los espíritus de las generaciones desaparecidas que habitan el espacio, y desde él empujan a su pueblo y lo vigilan. Ungido nace el poeta, como un rey; inves-

tido nace, como un sacerdote. A su pueblo ha de ser fiel, porque de su pueblo recibe las condiciones con que brilla. Y el que de su pueblo reniegue, de las propias alas de su cerebro y entrañas de su entendimiento sea, como un ladrón, privado.

Nació Pombo con aquellos alientos soberanos; y su mal ha sido el de limitarse a ceñir en formas estrechas y convencionales el rebotante e impaciente espíritu de América, que se puso en él como en uno de sus privilegiados voceros. Crece la lengua dentro de sus propios cauces, y cada espíritu trae sus formas nuevas; que a no haber sido lícito variar las formas, haciendo versos estaríamos ahora a manera de los de la Danza de la Muerte. Lengua áurea, caudalosa y vibrante habla el espíritu de América, cual conviene a su luminosidad, opulencia y hermosura. O la literatura es cosa vacía de sentidos, o es la expresión del pueblo que la crea; los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende, ¿no ven que con eso reconocen que no tienen patria, ni espíritu propio, ni son más que sombras de sí mismos, que de limosna andan vivos por la tierra? ¡Ah! Es que por cada siglo que los pueblos han llevado cadenas, tardan por lo menos otro en quitárselas de encima.

Necesita la fantasía poderosa y original de Pombo de una lengua pujante y resuelta, adecuada a ella; y ni le cabía en los moldes tradicionales, que a innovar se atrevió, mas no en el grado que debiera; ni sin traición a su genio hubiera podido tampoco ceñirse a ellos tan apretadamente que la novedad y energía de sus visiones quedase sacrificada a la mera perfección artística: poeta es éste a quien se ve extender la mano y asir el vacío; águilas siente en torno de la frente, y en el cráneo lleva un águila. De esta oposición entre el pensamiento extraordinario y lujoso y la rima timorata o común originase esa imperfección que en el estilo de Pombo se nota; y por eso en aquellos asuntos de ingenio y ternura, que no son de suyo arrebatados y vehementes, sino flexibles y plácidos, y dejan espacio al entendimiento para que los acomode en lengua castiza, campea el estilo de Pombo con sin igual desenvoltura; que no hay ya entonces aquel combate entre la imaginación americana y el molde trasatlántico; y se le ve dueño de sí; y de sus melodiosos versos se desprende aquella armonía y canción de amor inefable que por fortuna jamás faltan por entero, cuando no se revelan de súbito de manera magnífica, en las más atormentadas de sus composiciones. Sólo una excesiva cultura literaria, dañosa cuando no va acompañada de atrevimiento o fe igual a ella, hubiera podido refrenar con sus escrúpulos y timideces el vuelo de su fantasía, que vino al mundo con túnica ligera como las nubes, corona de rosas blancas y alas de oro.

TIPOS Y COSTUMBRES BONAERENSES

por JUAN A. PIAGGIO

NUNCA EN VEINTE años cambió una ciudad tanto como Buenos Aires. Se sacó del costado el puñal de la tradición: el tirano, ahíto por el peso de la sangre, cayó en tierra; tapiaron, para no abrirlo jamás, el zaguán de la universidad retórica; la blusa del trabajador reemplazó a la toga excesiva e infausta; los pueblos, con el arado en las manos, despertaron a la ciudad en que "se dormía la siesta y la comida era barata". Los desterrados, y los que como tales vivieron en su tierra mientras duró el oprobio, mientras salía triunfante en el conflicto "la civilización" sobre "la barbarie", mientras la ciudad literaria y anémica padeció bajo el rural codicioso y robusto, lucharon con calor después de la victoria; pero fue menos para mantener sus privilegios que para abrir de par en par las puertas de su patria a los necesitados, a los creadores, a los enérgicos del mundo. Sarmiento sentó a la mesa universal a su país, y lo puso a jugar con modelos de escuelas, de máquinas norteamericanas, de ferrocarriles. Mitre, que había estado de joven en la tierra de los cóndores, se hizo como una familia de los pueblos de la humanidad, y contó sus orígenes y sus transformaciones, como cosa de familia; Gutiérrez, para no ser traidor, no quiso ser académico. Convidaron al universo, que padece de plétora, y lo trajeron sin miedo a su casa, porque los hijos de Rivadavia y de Alberdi saben juntar el valor y la prudencia. Los campos les entregaron, y no las libertades. Maestros, maestros ingenieros, negociantes, artesanos, artistas, exploradores, labradores, todo vino a barcadas, adonde se vive en libertad en tierra virgen, adonde los cruzados no van en busca de un sepulcro, y los hombres se forjan por sí propios sus coronas. Al guijarro sucedió el asfalto; a la lechada, el granito; a las arrias, arrias de ferrocarriles; a la lógica de las escuelas, la lógica superior y la enseñanza ordenada de la vida. Por las plazas repletas, donde pululan los grupos, tropiezan los negociantes, se saludan los banqueros, donde los hombres nuevos hablan animados de las ferrovías, de las colonias, de los descubrimientos, de las concesiones, de los teatros, de las carreras, pasan gruñendo, con cuello de corbatín y bastón de puño de oro, dos letrados enjutos: "¡Oh amigo, el tiempo aquel en que el panadero de a caballo nos traía a la casa el pan en serones!".

Pero aquélla no fue capa de quita y pon, que se usa un día y se deja al otro; sino determinación de crear, con sus manos delicadas de universitarios, un pueblo donde se juntasen, bajo la presidencia latina, las fuerzas vivas del mundo. Y se han juntado, y confundido con las del país, pero sin invadirlo ni desfigurarlo, ni quitar al alma arrogante de las pampas el sentimiento y novedad con que embellece la civilización industrial súbita, y contiene la codicia y el egoísmo que crea la riqueza, con daño de la patria. Porque no vale quitar unas piedras y traer otras, ni sustituir una nación estancada con una nación prostituida, ni sacarse el corazón y ponerse otro de retazos, con una aurícula francesa y un ventrículo inglés, por donde corra a regañones, con sus glóbulos de sueño, la sangre española; sino que es la caldera

de la tierra, y con sus carbones se han de hervir los allegados extranjeros, de modo que tomen el sabor del país, y no le hurten más de lo que le den, ni le mermen las dos fuerzas nacionales que a todas las demás completan y coronan, y son como la sal y la levadura de los pueblos: la originalidad y la poesía.

De lo juicioso y real de esa mezcla con naciones afines, y la pasión de nuestra raza por la belleza y por la idea, se ha creado, para que todo sea maravilla, a la vez que el país nuevo, la literatura que lo refleja y ennoblece, y suele tardar siglos en las naciones de casta más lenta. A la razón científica y señorío londinense se unen en la expresión argentina la sobriedad del francés y la soltura del español, e impera, sobre todo, en la prensa como en el poema, una airosa y resuelta majestad, en que se avienen, por singular fortuna, allegando en la hora decisiva lo indígena y lo exótico, el vehemente deseo de emular a las naciones famosas y la altivez épica de quien nace y se cría junto al mar y la pampa que lo iguala, sin que el mismo espinazo andino lo sobrecoja ni admire, porque su primer capitán pasó los Andes.

Fue primero la lengua revuelta y excesiva, como en la primera confusión tenía que ser, más cuando era, en la pelea local de la carreta contra el ferrocarril, timbre de honor y patente de hombre aquel modo de hablar, y símbolo del advenimiento de la patria, sin miedo ni tutelas, al coro del mundo. Con los pueblos vinieron sus lenguas, pero ninguna de ellas pudo más que la nativa española, sino que le trajo las calidades que le faltan como lengua moderna, el italiano la sutileza, el inglés lo industrial y científico, el alemán lo compuesto y razonado, el francés la concisión y la elegancia. Y surgió en la Argentina, con la irregularidad y atrevimiento que vienen de la fuerza, ese mismo castellano que no huele a pellejo por obligación ni está sin saber salir de Santa Teresa y el Gran Tacaño, y ya se habla en España por los hombres nuevos, aunque sin el desembarazo y riqueza con que lo manejan en América sus verdaderos creadores. Mas no el castellano de crónica, adamado y pintoresco, que en espera de lances mayores, y por obra de la armonía y color de América, se escribe felizmente, con ligereza de pluma y matices de azulajo, en los países que no han entrado aún de lleno en la brega universal; sino otro que le lleva ventaja, aunque no se le vea ante el peine y el rizador, como que va poniéndole causas a todo lo que dice, y nombres a todo lo que ha menester, y es franco, directo, breve, potente, vivo, sin que se note que prospera en él el vicio de que al principio lo acusaron, que fue el de caer de la jerga arcaica, a que se ha de hacer la cruz, en la jerga científica. Y a esta literatura pertenece, como hijo sano y legítimo, por la franqueza y vida de la pasión, por lo numeroso y rápido de los cuadros, por la luz americana de los colores, por la fuerza argentina del pensamiento, el libro de *Tipos y costumbres bonaerenses*, de Juan A. Piaggio.

No llegan a doscientas las páginas, pequeñas y de margen generoso, de *Tipos y costumbres*, y de ellas unas setenta son bocetos de novela, y acaso de drama; como que en uno, un Alberto ligero se cansa del amor de una pobre María, cuyo nombre le subirá toda la vida a los labios, en las horas de reposo o de pena; y en el otro, "una dama honesta" se casa, porque era la hora de casar, con un marido a quien quería "como a su madre y como a

Dios" y a cuyos pies muere, de tisis de alma y de esfuerzos de honradez, cuando se le apareció, con los ojos azules y la barba rubia, el héroe a cuyas miradas echó por primera vez toda la flor su beldad, que vibraba y resplandecía, desde que la inundó, como el Sol, el amor de hombre. Pero le bastan a este escritor enérgico las ciento veinte páginas para poner ante los ojos, sin cátedras fatigosas, ni nimiedades, ni burlas, sino con la caridad de un apesarado, con la precisión de un poeta, con el arte de un músico, con el brillo de un pintor, aquel pueblo de su alma que reconoce por acreedor suyo, como todo hombre honrado, que por la patria es, y en paz y en guerra se debe, antes que todo, a la patria; aquel "Buenos Aires siempre alegre, que tiene en sus brazos la fuerza que da la sangre de cien razas, y lleva en el espíritu la chispa de fuego de la ambición y la prodigalidad; aquel rival chiquitín del fuerte yanqui, durmiendo en la fábrica apenas techada que levantó ayer, entre miles de inmigrantes recién desembarcados, que aprenden el idioma y prueban la herramienta, para poder seguir mañana sus pasos gigantesco".

La ciudad palpita en él; y él dice, como el romano: "¡Mi ciudad!". Con ella se levanta, desde que iba de niño, antes de la clase de sus maestros italianos, a coger violetas por los alrededores, a echar los primeros suspiros detrás del "sol de suburbio, de natural bondadoso, que de todo se admira; muy sana y alegre; de pollera oscura y de botitas altas". Ve vivir a los pobres, querellando y cantando, tendiendo la ropa, de baile y de escuela, en el hervidero de los "conventillos". Va por los barrios, "callejeando", y a eso de las diez, "en la paz sublime de una noche de verano bonaerense", noblemente ocupado de poblar de castillos el aire; y parece que se ve venir por la soledad al "grédano", al napolitano que cojea y toca en el órgano la *Marianita*, al "hermano" de chambergo y mascada, y chaquetilla y pantalón flojo, al "viejo" que le viene a hablar de que "no le da la viaba" a un extranjero, a un "feligrés", porque "tiene una hija de mi flor el gringo"; y silban, y se van juntos "de farra" después de dar al "grédano" cinco "centavarios". De tarde, al caer el sol, ¡cuántas cosas tristes le cuentan los pianos de las casas pobres, las casas de viuda, con las persianas bajas, con la fachada de colorín a medio descascarar, con los tiestos de flores que se ven en el patio por el portón a medio abrirse, como la hermana soltera de la casa, la hermana del suicida que pudo ser hombre, y se metió de empleado! Sí, tiene muy buenas sociedades Buenos Aires: la de Damas de Beneficencia, la de Huérfanos, la de Mendigos; pero ¿por qué no pone una casa de cariño y de limpieza para los pobres de espíritu, para los que no tienen fuerza con que cargar su pena, ni valor con que arrancársela; para los que no mudan de vestido, ni se cortan el pelo, ni levantan del suelo los ojos, ni comen sino de limosna; para el pobre "atorrante"? Y allá, donde Buenos Aires brilla, donde a los gritos del rematador pasan de mano en mano, chorreando el oro, los solares, las barriadas, las colonias, las contratas, los caminos; allá, en las grandes plazas y en las calles suntuosas, sale el "chacarero", sombrero en mano, de casa del abogado, "con sus botas gruegas"; pasa el procurador, cuelliparado y narigudo, con la cartera al pecho y el bastón negro; viene y va el corredor de tierras, solapeando a cuantos ve, clavándolos contra la esquina, metiéndoles el plano por los bolsillos, vivo como el ratón, fino

como la naranja, rapaz como el águila; anda a paso veloz el "hombre de negocios", de niñas mochas, de cigarro en boquilla, carirrojo y barbudo, con el reloj y las botas fuertes, y en el meñique el brillante. "El mono, el mono humano" vende periódicos. Los petimetres de la calle de la Florida "esperan en hilera a las bellas, hasta entrada la noche". La porteña, hermosa e independiente, pasa con su aire real, como que "Dios la hizo con esmero e inspiración". Los semihombres, los pretendientes, entran en palacio, "blandos y pulcros".

Y luego pinta a Buenos Aires cuando el carnaval lo enloquece, y pasean juntos, ante las puertas de los bancos, de los tribunales, de los teatros, de los clubs, de los cien diarios, los chicuelos, de diablos y monos; las comparsas, con guitarra y tamboril; los carruajes de jóvenes ricas, que van rechazando el asalto con el agua de sus pomos de olor; y como que "nuestra ley es amplia, y generosa nuestra tierra, y nuestro corazón lleno de amor", ¡bien vaya carro tosco del inmigrante de ayer, con toda la familia a la mesa: "el italiano empinando la damajuana; la mujer dando el pecho al niño; la hija mayor condimentando la ensalada; riñendo los hermanitos; y el carricoche —como el país— en marcha!". La plaza de Lorea, la del Retiro, la de la Victoria, todo es banderas, y flores, y luz, y batalla de aguas olorosas; los clubs, bailes de espaldas nacarinas; el Politeama, cancanes, entre pastoreles y locos, "él, como palomo y zumbón, ella, como corcho que boga; a poco, en una vuelta de carrera, él, puesto como sobre palangana, le arroja sal, y la pernera, la chazadora, se acerca, levanta el lomo, corre erguida y da el golpe; es como rayo: no se ve, y apenas se siente el gusto cuando ya está paseando asendereada como clueca que levanta tierra". Allá, entre los más pobres, es el "batuque" con tarantela de organillo, ellos de sombrero puesto, ellas de aros de oro, y "el pelo liso del aceite de almendras".

Viva está Buenos Aires en esas páginas, donde no huelgan voces; ni anda la frase como en muletas, sobre elegancias postizas; ni están los cuadros en tropel, sino con cuerda distribución, y cada grupo con su movimiento y color especiales, sin poner el adjetivo sino donde ahorre palabras, ni usar de las etnologías sino como fundamento breve, cuando viene natural, y no, según otros, a modo de percha, en donde van colgando, al son de la fanfarria, todo lo que saben. Cabría, corrigiendo otra vez las pruebas, que un término u otro fuera tan propio como los demás, o que se expurgase de estos párrafos animosos y sucintos algunas desinencias y asonancias cercanas; podría un crítico moscatel pellizcar aquí y allí, sin verle la razón, algún vocablo altisonante, que es más útil que pecaminoso, porque por su uso en manos de este artista se ve que es grande aquel pueblo, y que aun en las voces ama lo grande. Piaggio compone como cuadros sus artículos: para un artículo solo, el *Calajeando*, que es cosa de maestros, reúne un diccionario del caló porteño; no echa las palabras a granel, a que caigan donde suenen, sino que les arregla las distancias, y pone en grados los sonidos, de modo que ayuden al dibujo y quede en realce la idea; odia la pompa estéril. Sabe que la literatura verdadera está en la observación de los tipos originales, y en la expresión fiel e intensa de lo que el autor ve dentro y fuera de sí, lo cual, más que con pluma, ha de escribirse con tijeras, para ir podando todo lo que sobre, y

dejando cada idea en la frase en que salió más clara y feliz, sin engolosinarse con los conceptos de recalada, porque nuestra imaginación es como las ondas de la mar, que se borran las huellas en la arena unas a otras, y dejan el bordado feo y confuso. Rara vez usa Piaggio de la imaginación para invenciones, que es su empleo vano y censurable, sino para componer las partes de su trabajo, de modo que no choquen, sino que se ayuden a brillar, o para que lo real se vea mejor en un símbolo, cuya verdad acentúa con burlas aparentes, a fin de que no le tachen de ideólogo en un pueblo que se ha dado a lo industrial con frenesí; y en plena hora de bolsa detiene a su pueblo, con el poder del estilo, para hacerle pensar en la salud del amor y en la divinidad de las montañas; o en magnífico sueño, sintiendo rota su lanza de quijote y comidas las entrañas por el dolor de Fausto, ve en los hombres los locos cazadores que le van detrás, con los brazos tendidos, a la implacable luna, y cuando al despertar magullado halla que rompe en luz el día, se viste gozoso, para cumplir con su deber, y "baja las escaleras, exclamando en tonos proféticos: ¡Levántate y marcha, que el Señor está contigo!"

Pero no es ésa la mayor fuerza y hermosura del libro del argentino Piaggio, por más que en la juventud sea dote extraordinaria la moderación en pensar y decir, y merezca plácemes por su humildad el que ha entendido a tiempo que escribir no es cosa de azar, que sale hecha de la comezón de la mano, sino arte que quiere a la vez martillo de herrero y buril de joyería; arte de fragua y caverna, que se riega con sangre, y hace una víctima de cada triunfador; arte de cíclope lapidario. Lo hermoso del libro, y lo que le da derecho de entrada en los corazones, es la suave sabiduría de tristezas que por todo él va enseñando la utilidad y dicha del valor, y la ternura con que celebra, en medio de la pompa de su pueblo, la gracia y la poesía de los humildes. El amor a la mujer y a la patria anima, con abundancia juvenil, estos cuadros generosos: a la mujer, rica o pobre, con tal que sea fiel y lozana; a la patria del héroe, del "hermano", del suburbio, del "grédano" infeliz, que divierte con la música de su órgano los barrios de los desamparados. Y su patria no lo sería para él si no fuera ya, desde que se decidió a ser grande, una patria más para los trabajadores del mundo. El, como su impresor Lajouane, ha tomado por sello la divisa hermosa: *Sine labore, nihil*.

El Partido Liberal. México, 3 de octubre de 1889.

LA PAMPA

JUICIO CRITICO

EL GAUCHO viene, a caballo tendido, por la llanura, mirando atrás de sí, como quien desconfía. Su caballo batallador, enhiestas las orejas y vigilantes los ojos, saca del pecho membrudo, en un arranque de galope, las manos de cañas afiladas. El poncho, cogido sobre la arzonera, flota al aire, dorado y azul. El gaucho es de los que nacen a horcajadas; con la rodilla guía a su

compañero, más que con la rienda; trae calzones azules y camisa blanca; al cuello lleva un pañuelo rojo; el sombrero de ala floja va bien sujeto, por el barboquejo, a la cara lampiña. Esa es la portada del libro argentino que ha publicado en París el francés Alfredo Abelot, con el nombre de "La Pampa".

No es libro vergonzante, impreso en papel turbio, con láminas prerrafaelistas; sino de lo más rico que sale de las prensas, con páginas que convidan a leer y dibujos blandos y delicados, donde se ve, en su ternura y ferocidad, la vida de la pampa, de la planicie imponente y melancólica, coronada al Norte por la palma moriche y frondosa higuera del Brasil y calzada al Sur por los montes téticos de la Patagonia. Allí la vida intensa bajo el techo del cielo, con el recado por montura y posada y el horizonte sin más ondulaciones que las del lomo de los avestruces. Allí la pulpería, el club del desierto, con sus velorios y sus rimas, sus carreros y sus cantos, su ginebra y su conversación, su alboroto y su comercio. Allí, en los yerbales profundos, la "boleada", la caza a caballo, con el arma de las bolas; el "baqueo", siguiendo la pista del indio temible por la piedra y el agua; la pelea de la "partida" de soldados y el gaucho malo, el gaucho alzado contra la justicia, que se corre a ellos, se quita de encima las balas a punta de cuchillo. Allí el indio jinete, que cría a sus hijos para el exterminio del blanco invasor, y la tropilla que le rinde la vida y la hacienda, o lo echa sobre sus "toldos" a balazos. Allí, expirando ya a los pies de la locomotora, la vida primitiva y la época.

En setecientas leguas de soledad, a las puertas de las ciudades universitarias, vive aún, con la tradición confusa de lo indio y lo español, una casta natural y fiera, nacida de los castillos y la indiada, hecha al caballo y a la sangre, que bajó lanza en cuja, a la población, a desmontar de sus cátedras al "cajetilla" que, con el agrimensor y el botavacas, la ha vencido. "La Cautiva", de Esteban Echeverría, y el "Celiar", de Magariños Cervantes, cuentan en verso la vida de aquellos centauros, los ataques de la "china" y el "payador" a la grupa del potro, las muertes que deben aquellos caballeros del cuchillo, de alma leonina y de apostura real. Rafael Obligado la cuenta en sus versos de colores. La cantó el gran Sarmiento en su "Civilización y Barbarie", libro de fundador, donde se narran los combates de Aldao, el fraile terrible, y del "tigre" Facundo Quiroga. Ahora Abelot pinta la pampa que se va, el último velorio, la última pulpería, el último gaucho alzado, poncho al brazo y hoja al sol; el mate bebido al alba en cuclillas, antes de ir a la carrera, de juntar la caballada de la tropa, de arrancar, en sus bestias amigas, a la boleada palpitante. "Pampa" es el caballo que el tigre mismo no logra acobardar; "pampa" es el perro que de una dentellada le quiebra el muslo en la pluma al avestruz; la india vanidosa, al mes de verse en la finura de las ciudades, con collar de cuentas y pañolón carmesí, no quiere ser "pampa"; "¡luluhuú!" grita desnudo en su caballo, arremetiendo sobre los guanacos, con las bolas al vuelo por encima de la cabeza, el indio de la "pampa". Allí está el poema donde el hombre alborea, como en las edades vírgenes; mata a fuerza de brazo al león que le niega su morada; copia en la piel, a punta de puñal, los árboles, los combates y las nubes; canta de noche, al son de las estrellas, el triste y el cielito; marca de un tajo la cara del que le ofende

o le disputa el puesto, y cae de rodillas ante la civilización, roto el jarrete por la reja del arado. ¿A qué leer a Homero en griego, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro, por el desierto americano?

"La Pampa", de Abelot, no es libro macizo, como pudo ser, sin más que poner con arte lo saliente y propio de aquella vida natural, de modo que se enseñara de por sí, y sin apuntador, y que el carácter del hombre naciese de la naturaleza que lo rodea y educa. El apuntador molesta en los libros, como en el teatro. Lo que se vio es lo que importa, y no quién lo vio. El desinterés del autor es, en la composición de un libro, esencial al arte. Es como cuando sale a la escena en el teatro chino, en medio de los príncipes de tisú y de los generales alados, el tramoyista de chanclos y blusa que en pleno baile de ira, o esgrima de batalla, entra y sale por entre los actores con sus decoraciones ambulantes. Peca este libro sincero de "La Pampa", en que el autor mezcla sus opiniones, aprendidas y prehechas, con las que dan las cosas de suyo, que es lo que el lector busca en los libros. Porque éstos son los tiempos de pensar por sí, sin perifollos de frase ni dilaciones inútiles, y lo que el que lee quiere y necesita son hechos en que fundar su juicio; por lo que, le impacientan con razón, por satisfechos e intrusos, los juicios de otro. Hay libros de mero discurso y opinión personal, que cae, de lo vacía, cuando no está bien fundada, y tienen su encanto en el arte con que el autor hace que sus razones opinen por él y comienzan y llevan al lector adonde con la verdad se le desea llevar, sin ofenderle la vista con la pompa rudimentaria, ni el albedrío con los pareceres dogmáticos. Lo que se quiere es saber lo que enseña la vida, y enoja que no nos dejen ver la vida como es, sino con estos o aquellos espejuelos. Con tanto como se escribe, está aún en sus primeros pañales la literatura servicial y fuerte.

Es cierto que en "La Pampa" va el autor como contando a modo de testigo lo que vio, y lo cuenta con soltura y hombría, y aquel espíritu de la naturaleza que a todos nos hace uno, según el verso inglés; pero lo que describe es tan vivo e interesante, tan ruidosa aquella "galera" de cadenas en que vienen revueltos hacendados, mozas y criminales; tan ceñida la carrera de los caballos perspicaces a la puerta del vasco pulpero; tan segura la nariz del rastreador que va levantando la pista del fiero Gato Moro; tan deslumbrante, con el sol en la lejanía y el ánimo del mate en las venas, la boleada de donde vuelve el cazador con el avestruz a la arzonera o la piel chorreando a los ijares; tan pintoresca y nueva la pelea en que el que quiere lanza para pelear se la quita al enemigo con el lazo de las bolas, que no está bien en su traje de biblioteca el caballero francés cuando sujeta los caballos humeantes, con su jinete de camiseta y "vincha" a la cabeza, como los corredores griegos, para poner en la llanura abierta las novelorías de la metafísica de ahora, o se quita de la boca la bombilla de plata del mate cimarrón, del "matecito" sin azúcar, para el pecado artístico y filosófico de encinchar con Darwins y Haeckels la vida libre, que se ha de estudiar con un juicio tan libre como ella. ¡No se sale de un papado para entrar en otro!

Donde pudo y debió ver los lances heroicos de la sociedad inicial, el com-

bate primario del hombre y de la fiera, la tristeza asidua y gozos violentos de la vida nómada, la reducción de los lanceros desamparados al capitán cauto y hercúleo, la disputa de las tribus pujantes y naturales con la ciudad literaria y leguleya, y la victoria súbita y feliz de la cultura, bella y útil, sobre la barbarie deslumbrada, ve persistencias, y desviaciones y selecciones, y atavismos. Lleva teoría, que es como llevar venda. No ve más que barbarie primitiva y necesidad feroz de sangre en el indio descendiente de generaciones oteadas y acuchilladas por el blanco, que congrega a su prole, frente al cautivo blanco atado, a que con sus manos indias cumpla la justicia que manda cumplir la tierra de sus padres, manchada por el invasor. A crudeza animal, e insistencia de la fiera en la composición humana, atribuye la familiaridad, que le parece gusto, del gaucho con la sangre, sin notar que ésta es consecuencia de la vida carnífera del gaucho, que se ve, en las comunidades civilizadas, en los mataderos de reses, casado con el cuchillo; y que el valor es una nobleza a que busca salida el hombre, siempre amigo de lucir la habilidad y la bravura; colorada es la sangre del hombre, como la del toro; al toro, que no ofende, se le mata, y ¿o no se ha de matar al que ofende la vanidad y el puntillo salvaje? Por teorizante, cae en errores; como el de decir que mientras más se acerca el estado primitivo del hombre, "más se le ve el furor del juego y de la embriaguez"; y el juego, que no es más que la forma violenta e inculta de la esperanza, e impera en las civilizaciones de plastrón y claque, se le antoja salto atrás, según la teoría naturalista, y reaparición periódica del hombre bárbaro.

La atracción del abismo, el vértigo de la mar y las alturas, la tendencia constante del hombre a entrar en lo absoluto, a salir de sí y esparcirse, la juzga, por la ceguera de las reglas escolásticas, retorno a la celebración caótica primitiva. Con ver el mundo, graduado y en cada grado idéntico, cualquiera que sea la época de la graduación, salvo las modificaciones de lugar y ambiente, hay filosofía magna e infalible para entender cada trance social, y gozar con verlo, sin entristecerse, como nuestro francés, porque se acaban los carnavales aldeanos de la Buenos Aires de Otroza, cuando damas y caballeros peleaban a agua brutal, a no ser que estas mudanzas no sean por cosa nacida del país, que es lo que nutre y persiste, que a la larga dejan a los pueblos sin la persona propia, y crecida en sí, que es su sal y levadura. ¿A qué buscar en particularidades locales lo que es de la naturaleza común de cuantos pueblos empiezan a vivir? Tiene el gaucho argentino velorios, como el canario campesino y el vulgo irlandés. En la pampa visten de fiesta al muertecito, con sus vestidos mejores, y en Colombia le ponen zapatos dorados, porque es de espinas el camino del cielo, y no quiere la madre, ¡no quiere!, "que se le entunen" al hijo los pies. Batea su carne el cazador pampero, lo mismo que el indio del Norte. Sin ley vive el gaucho de Choel-Choel, y el vaquero yanqui vive sin ley. En cuanto "se carga" de ginebra en la pulpería, sale el gaucho a flor de aire, a llamar a pistoletazos a quien le saque el pie en valor, y el minero de Colorado hace bailar a balazos en los pies, al petimetre de la ciudad, lo mismo que el gaucho al "cajetilla", en cuanto le aloca la sangre el whisky. El gaucho malo llega a contar sus muertes como honor; y el llanero de Upata, allá en Venezuela, le decía al maestro: "Señor maes-

tro, me gusta dar una puñalá por detrás, *pa* oír el *pujío*". El que sabe de árabes errantes e indóciles, sabe de gauchos. Y la torre de los fortines del desierto, ¿no es la torre de las tribus africanas? El hombre es uno, y el orden y la entidad son las leyes sanas e irrefutables de la naturaleza.

Pero esta desventaja de la prevención, que tanto daña cuando viene de la pasión por la ciencia como de la ignorancia de ella, resulta menos en el autor de "La Pampa", por ser a las claras un hombre bueno, que es la primera condición para ser inteligente de veras; y se ve que el corazón sincero le manda querer lo que la teoría tacha de animalidad por ingenua: la pulpería, él "la quiere". Los gauchos, a la verdad, "son gentes buenas cuando se sabe por dónde tomarlos". El Gato Moro juró guerra a los jueces de paz, y mató cinco de una función de cuchillo; pero los jueces de paz le quitaron al Gato Moro su caballo querido, "su crédito", o su recado de plata, o su "china" amorosa. Se va el gaucho con la vida nueva, y él "siente que se vaya". ¿Quién se le apegará por simpatía en la jornada contra el indio sagaz, y le colgará del arzón, sin que lo note, el pañuelo, con toda la yerba mate que le queda? ¿Quién, con el mismo cuchillo que remató en la disputa a un "delicado", le quitará al tigre caliente la piel, y se la regalará, "porque para sí la querría"? Son buenas gentes estos gauchos. Una "china" les gusta, y se la llevan a la grupa, a vivir en la platería del cielo, que de día tiene un brillante, y de noche es una caja de joyas. Tienen el apetito del puñal, y al "cajetilla" de la ciudad lo ven con odio; pero cuando el poeta pálido andaba por la pampa, el enfermizo Echeverría, no le sacaban el sombrero, y le oían hablar de pie, y se ponían en fila para que pasase, y se decían al oído: "¡Este no es cajetilla!, ¡éste es poeta!". ¡Buena gente, estos gauchos!

En el velorio los pinta primero el libro. Llega la tropilla a la estancia de Torres, que es rico del lugar, y atan en el palenque los caballos, porque del muro del palenque adentro no se pasa montado sin pagar cara la descortesía. El angelito de cuatro años se ha muerto, y hay velorio de los vecinos para celebrar su viaje al cielo. Afuera, llueve a mares; el trueno tamborea; el rayo estalla. Dentro bailan, ceñidos en la habanera o picándose los pies en la zamacueca, los pares de novios, que se persignan al pasar frente a la silla donde está sentado el niño muerto, sobre un pie de cajones vacíos, con treinta y seis velas de sebo alrededor, y a un lado el gaucho viejo, de canas por el hombro, rasgueando la guitarra, y al otro lado la madre, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos secos. Hay pocas fiestas en la soledad, y el pulpero le toma en alquiler su muertecito al gaucho pobre, que sí se lo alquila, para que el ángel tenga velas y vaya al cielo como se debe, con canto y velorio, ya que la suerte negra tiene en el hilo vivo el poncho de sus padres.

Y llega la mañana. En cuclillas sorben, alrededor de la fogata de boñigas, el mate generoso. Sobre el recado, tendido por tierra, se echó el sueño ligero, y ahora el recado, con sus jergas dobladas en cuatro para lo de abajo, su caraña de cuero fino para la humedad, su basto de madera fileteado, con estribos de plata, su pellón y su sobrepellón, de cama que fue, es silla de

montar; la cincha es de cuero, y la sobrecincha de lana, y el freno es como los de los moros, de cuero trabajado y de plata; donde cabe la pica de su cuchillo, allí labra el gaucho flores, y cabezas, y caprichos, y hojas; sobre el calzón holgado se coge a la cintura, a modo de sobrecazón, el chiripá; por la cabeza se mete el poncho, y el sombrero hasta los ojos; a rastrear va la "partida"; a buscar al asesino que mató en su rancho al "baqueano viejo", que era la gloria y el honor del lugar, porque no había como él para decir de un guiño dónde estaba cuál estancia, o a cuántas leguas era la vuelta para ir a la otra, o a cuántos días estaba el indio. Por más huellas que vio a la puerta del rancho, busca el rastreador al asesino, que huyó hace como ocho días por el yerbal, remolineando, para extraviar la pista, por el río, hasta donde halló piedra, para no dejar rastro a la salida. Llegan a un pueblo en feria, por entre carros, tiendas, grupos, caballerías. "Este es el caballo", dice el rastreador. Y era. El asesino lo trocó por otra bestia del carretero. Vuelven al punto del trato; toma el caballo, a trote de vuelta, el camino de su señor, y el rastreador victorioso le pone la mano en el hombro al asesino, que confiesa, ¿quién se le niega al rastreador? En las calles de piedra conocen los hijos de los gauchos la mula en que pasó el cura, o el caballo en que anda el alcabalero, o si el maestro salió con botas o con alpargatas; y en el remolino de la yerba saben cuántas caballerías van, y cuáles son yeguas, y cuántos son los potros; no le vale al que huye ir de punta de pies, o andar a la jineta sobre la cerca y caer lejos, de talones; al cabo del año el rastreador, imposable, encontrará la huella.

Si hay por allí boleada, ¿quién se va sin verla? Para avestruces y venados dicen que es; pero los gauchos ricos están temblando, porque las bolas las suele echar el cazador sobre el caballo que codicia, o sobre el novillo pintado, "por mor de la piel". En sus caballos de todo lujo vienen a la arrancada los boleadores. Montan en su caballo de cazar; el sol está saliendo; el agua del mate barbulle en la caldera; los perros enjutos se relamen el hocico; a la busca se arranca la boleada, por los cuatro vientos; de los cuatro vientos vuelven al anochecer, con la carga de pieles sangrientas, y los avestruces muertos por pendones; los perros traen el hocico colorado. Tendidos sobre el recado, encucillados alrededor de la bombilla, sentados en cabezas secas de bueyes, pasan la noche clara, con las estrellas como si les dijeren cosas; y el payador está cantando las muchas desgracias que ha tenido, o la muerte triste del gaucho Santos Vega, o el robo que le han hecho de su fina querida, o la pena que tuvo cuando cantó mejor que él el payador de otro poblado, o la pelea que ha habido entre los soldados y los indios, o lo tierno que se pone un hombre cuando ve en la noche el cielo estrellado.

En la pulpería es donde se cantarán luego las hazañas, en la sombra de los bancos largos que corren por junto a la pared, o de codos en el mostrador, platicándole al pulpero que de detrás de la reja segura les pasa los alcoholes, o dibujando con el cuchillo, en los muros, las marcas de los caballos del contorno. Ya se salen todos a la puerta, porque el pulpero les compró todas las pieles y las plumas, y llegan del mundo entero, en sus monturas de plata pulida, los gauchos corredores. La pista está limpia, como para carrera grande. Pasean, con el bozal de cuero, los caballos que van a correr.

Unos los ven pasar, y hablan de ellos, y apuestan; otros están de amores con las "chinas" que han venido, de traje largo y mantón amarillo o violeta, y los pendientes de oro y cristal, y preso en la cinta el cabello repeinado. ¡De vuelta, los corredores triunfantes, en mangas blancas, con el cabello cogido por la frente con la "vincha" de color! Luego abren paso todos, porque es la carrera de trampas donde, de cintura abajo, con todo se puede pelear, con la rodilla a la paleta del caballo del otro, para cortarle el ímpetu, o enlazándole la pierna, para desmontarlo de un arranque, o llevándole por donde hay, escondida en la tierra, una cueva de bizcacha. Y van cosidos y revolotean, y vuelven cosidos, a escape mortal, caballo con caballo.

Las "chinas" hablan de la tropa fuerte que fue camino de Juárez, con mucha caballada de repuesto, y más mujeres que nunca, porque la pelea es para no volver, hasta que los indios malditos no "hayan estirado la jeta". Y muchas viejas que iban, de las que hacen las tortas que le gustan al soldado. Recién nacidos iban también más que nunca. Y todas en caballos buenos, porque le sacaron la paquetería a las bestias malas que se les venían al morir, y en un Jesús le volvieron a armar los paquetes en los caballos de refresco; y los fogones, y las ollas, y los cestos, y los bultos, y lo de planchar, para ganarles la plata con el buen lavado a los oficiales; "que vea el hombre que se le quiere por su valor y su merecer, y no por lo que da cuando le paga el comisario, porque aunque él no diera, la mujer industriosa se busca con qué comprarse sus pañuelos, y sus alfileres y sus perfumes". Y así van las mujeres del soldado, que ya son menos con los ferrocarriles y la guerra sabia. Por el desierto triste no pelea bien el soldado sin la mujer. Se la dejan atrás, y hay que mandar a buscarla. El perro es fiel al batallón; pero ella más. Y si se anda a golpes cuando se ha bebido mucha caña, hay una torta que sabe muy bien, que viene detrás del vapuleo, y es la torta de las paces. Si hay que pelear, la mujerería se viste con los uniformes que sobran, guarda la caballada y echa atrás al indio.

El juego, la conversación, la pelea de gallos, se suspenden de pronto. De un hachazo corta el gaucho perdidoso la cabeza al gallo bastardo que careó. A un lado se echan de prisa todos los jinetes. Viene tronando la galera. De los caballos extenuados echan pie a tierra los postillones, que son tantos como parejas. El mayoral es héroe allí, y ha marcado la cara de muchos atrevidos. Salta del pescante, y se le ve la barba negra, los hombros opulentos, la cintura arqueada y escasa, las piernas secas de andar largo; sin palabras ni risas. Y mientras mudan los caballos en el corral revuelto, con polvareda y alboroto, sacan sillas, mate y agua, para las señoras viajeras; que van de mucho fereler, pero hablan a la par con la gente de Dios; y el pulpero está de mieles con el amo de la estancia, que lleva botas de charol y poncho fino; un gaucho viene en la galera, de "chiripá" muy lujoso; y un italiano de pelo rizado, con corbata azul y la caja en que trae la prendería de vender, que es la locura de las chinas; y un "desgraciado" viene en hierros, con dos policías; un "desgraciado que causó una muerte, porque el amigo se le echó mucho sobre el cuchillo, y se le encontró la cortada". Para él hay mate doble; y caña de la buena; y se le da un pañuelo de seda, para que recuerde en la pena que hay en el mundo una "china" compasiva. Y se

canta y se baila, y el cantor habla de la agonía de los hombres de honra perseguidos por la justicia, y del cuidado que ha de tener la galera que va a Juárez, porque por allí la indiada anda feroz, y hay una calavera pelada por cada cabeza de buey; lo que oyen las señoras tomando mate. En la galera, ya pronta a arrancar, meten el mayoral y el pulpero una caja de fusiles.

¡Adonde se va y no se vuelve va ahora la galera! Caerán los indios, los últimos indios, sobre los caballos; de la primera bala vendrá abajo el mayoral; de cadáveres desnudos quedará rodeada la galera; las mujeres, se las han llevado los indios a la grupa. Allá, en la última frontera, hay un cacique indio, hijo de francés, que lleva el pantalón de franja de oro de sargento mayor argentino, y está casado, en su casa de ladrillos rodeada de "todos", con una española. Más allá, en la última ciudad del mundo, en nuestra Señora del Carmen de Patagones, con sus colinas de arena erizada de arbustos sinuosos, son hoy banqueros, agricultores, padres amantes y felices, los que años atrás mandó el Gobierno a la villa por sus delitos de robo, de falsificación, de muerte, a levantar hogares, donde no les podía acusar la tierra, con las mujeres culpables de haber amado sin medida.

El Sudamericano. Buenos Aires, 20 de mayo de 1890.

ESTADOS UNIDOS

LONGFELLOW

Longfellow ha muerto. — Su muerte, sus versos, su vida. — Urnas sonoras.

Nueva York, 1 de abril de 1882

SEÑOR DIRECTOR de *La Opinión Nacional*:

Ya, como vaso frío, duerme en la tierra el poeta celebrado. Ya no mirará más desde los cristales de su ventana los niños que jugaban, las hojas que revoloteaban y caían, los copos de nieve que fingían en el aire danza jovial de mariposas blancas; los árboles abatidos, como por el pesar los hombres, por el viento, y el sol claro, que hace bien al alma limpia, y esas leves visiones de alas tenues que los poetas divisan en los aires, y esa calma solemne, que como vapor de altar inmenso, flota, a manera de humo, sobre los montes azules, los llanos espigados y los árboles coposos de la tierra. Ya ha muerto Longfellow. ¡Oh, cómo acompañan, los buenos poetas! ¡Qué tiernos amigos, esos a quienes no conocemos! ¡Qué benefactores, esos que cantan cosas divinas y consuelan! ¡Si hacen llorar, cómo alivian! ¡Si hacen pensar, cómo empujan y agrandan! Y, si están tristes, ¡cómo pueblan de blandas músicas los espacios del alma, y tañen en los aires, y le sacan sonos, como si fuera el aire lira, y ellos supieran el hermoso secreto de tañerla!

La vida, como un ave que se va, dejó su cuerpo. Le vistieron de ropas negras. Le arreglaron la blanca barba, ondeante sobre el pecho. Le besaron la mano generosa. Miraron tristemente, como quien ve un templo vacío, su frente alta. Le acostaron en su ataúd de paño. Le pusieron en él un ramo humilde de flores campestres. Y abrieron, bajo la copa de un álamo majestuoso, un hueco en tierra. Y allí duerme.

Y ¡qué hermoso fue en vida! Tenía aquella mística hermosura de los hombres buenos; el color sano de los castos; la arrogancia magnífica de los virtuosos; la bondad de los grandes, la tristeza de los vivos, y aquel anhelo de la muerte, que hace la vida bella. Era su pecho ancho, su andar seguro, su cortesía real, su rostro inefable, su mirada fogosa y acariciadora. Había vivido entre literaturas, y sido quien era, lo que es mérito grande. Le sirvie-

ron sus estudios, como de crisol, que es de lo que han de servir, y no de grillos, como sirven a otros. Tanta era su luz propia, que no pudieron cegarla reflejos de otras luces. Fue de los que dan de sí, y no de los que toman de otros. Le graznaron cuervos, que graznan siempre a las águilas. Le mordieron los envidiosos, que tienen dientes verdes. Pero los dientes no hincan en la luz. El anduvo sereno, propagando paz, señalando bellezas, que es modo de apaciguar; mirando ansiosamente el aire vago, puestos los ojos en las altas nubes y en los montes altos. Veía a la tierra, donde se trabaja, hermosa; y la otra tierra, donde tal vez se trabaja también, más hermosa todavía. No tenía ansia de reposar, porque no estaba cansado; pero como había vivido tanto, tenía ansia de hijo que ha mucho tiempo no ve a su madre. Sentía a veces una blanda tristeza, como quien ve a lo lejos, en la sombra negra, rayos de luna, y otras veces, prisa de acabar, o duda de la vida posterior, o espanto de conocerse, le llenaban de relámpagos los ojos. Y luego sonreía, como quien se vence. Parecía un hombre que había domado a un águila.

Son sus versos como urnas sonoras, y como estatuas griegas. Parecen al ojo frívolo, pequeños, como parece de primera vez todo lo grande. Mas luego surge de ellos, como de las estatuas griegas, ese suave encanto de la proporción y la armonía. Y no batallan en lo hondo de esas urnas ángeles rebeldes en nubes encendidas; ni se escapan de ellas lamentos alados, que vuelan como cóndores heridos, lúgubre la mirada, llameante el pecho rojo; ni sobre rosas muelles se tienden, descuidados, al son de los blandos besos y la amable avena, los tiernos amadores; sino que es su poesía vaso de mirra, de donde asciende en humo fragante, como en homenaje a lo alto, la esencia humana. Hizo el poeta canoso versos varios, y supo de finlandeses y noruegos, y de estudiantes salmantinos, y de monjas moravas, y de fantasmas suecos, y de cosas de la colonia pintoresca, y de la América salvaje. Pero estos ocios de la mente que son bellos, no copian bien el alma del poeta, ni son su obra real, sino aquellos vagares de sus ojos y efluvios de su espíritu, y luengos y ternísimos coloquios con la solemne naturaleza, que era como la desposada de este amante, y se ponía para él sus galas ricas, y le mostraba, confiado en su amor, los tesoros de su magnífica hermosura. Y de sus labios, hechos al canto, fluían entonces versos armoniosos. Así miraba, desde los cristales de su ventana, la tarde oscura, no como quien teme a la noche, sino quien aguarda a su perezosa desposada. Y le parecían los niños flores, y las niñas rosas, y él era para ellos muro viejo, por el que trepaban alegres las rosas y las flores. Le sobrecogía como a onda mísera, el miedo de perderse en el mar inmenso como onda, y se rebelaba, y se preguntaba cuál era entonces la utilidad de tanta pena y la razón de tanto bárbaro martirio, pero tenía piedad de sí, y de los demás, y no contaba estos dolores a los hombres. Quería que se viviese como Héctor, y no como Paris, que se viviera sin ira, y con agradecimiento; y que se supiese cuánto hay de hermoso en el dolor, y en la muerte, y en el trabajo. No incitaba a los humanos a cóleras estériles, sino al bravo cultivo de sí mismos. Creyó que, puesto que se tiene alma, ha de vivirse de ella, y no de vanidad, ni de comprar ni vender goces, por cuanto no es goce el que se compra o vende. Veía la vida como monte, y el estar en ella como la obligación de llevar un estandarte blanco a la cima del monte. Y vivió

en paz, fuera de los mercados bulliciosos, donde los árboles rumoreaban y trabajaba a la sombra de un castaño un herrero robusto, y volaban, como las hebras rubias del maíz tierno, las chispas de la fragua, y se paraban a verlas, como pensativos, parvadas de escolares, pequeñuelos. Y ha muerto ahora serenamente, cual se hunde en el mar la onda. Los niños llevan su nombre; está vacío el sillón alto, hecho del castaño del herrero, que le regalaron, muy labrado y mullido, los niños amorosos; anda con son pausado el reloj rudo, que sobrevive al artífice que lo hizo, y al héroe que midió en él la hora de las batallas, y al poeta que lo celebró en sus cantos; y cuando, más como voz de venganza, que como palabra de consuelo, sonaron sobre la fosa, abierta aún, aquellos sonos religiosos, salmodiados tristísimamente por el hermano del poeta, que dicen que se vino del polvo y al polvo se vuelve, parecía que la naturaleza descontenta en cuyo seno posaba ya su amado, enviaba el aire recio que abatía sobre la tumba fresca el ramaje del álamo umbroso, y que decía el viento en las ramas, como consuelo y como promesa, los nobles versos de Longfellow, en que cuenta que no se dijo lo de la vuelta al polvo para el alma. Y echaron tierra en la fosa, y cayó nieve, y volvieron camino a la ciudad, mudos y tímidos, el poeta Holmes, el orador Curtis, el novelista Howells; Luis Agassiz, hijo del sabio que lo fue de veras porque no fue para él el cuerpo, como para tantos otros, velo del alma, y el tierno Whittier, y Emerson, trémulo, ¡en cuyo rostro enjuto ya se pinta ese solemne y majestuoso recogimiento del que siente que ya se pliega su cabeza del lado de la almohada desconocida!

La Opinión Nacional. Caracas, 11 de abril de 1882.

EMERSON

Muerte de Emerson. — *El gran filósofo americano ha muerto.* — *Emerson filósofo y poeta.* — *Su vida pura.* — *Su aspecto.* — *Su mente, su ternura y su cólera.* — *Su casa en Concord.* — *Extasis.* — *Suma de méritos.* — *Su método.* — *Su filosofía.* — *Su libro extraordinario: "Naturaleza".* — *¿Qué es la vida?* — *¿Qué son las ciencias?* — *¿Qué enseña la naturaleza?* — *Filosofía de lo sobrehumano y de lo humano.* — *La virtud, objeto final del Universo.* — *Su modo de escribir.* — *Sus maravillosos versos.*

TIEMBLA A VECES la pluma, como sacerdote capaz de pecado que se cree indigno de cumplir su ministerio. El espíritu agitado vuela a lo alto. Alas quiere que lo encumbren, no pluma que lo taje y moldee como cincel. Escribir es un dolor, es un rebajamiento: es como uncin condór a un carro. Y es que cuando un hombre grandioso desaparece de la tierra, deja tras de sí claridad pura, y apetito de paz, y odio de ruidos. Templo semeja el Universo. Profanación el comercio de la ciudad, el tumulto de la vida, el bullicio de los hombres. Se siente como perder de pies y nacer de alas. Se vive como a

la luz de una estrella, y como sentado en llano de flores blancas. Una lumbre pálida y fresca llena la silenciosa inmensa atmósfera. Todo es cúspide, y nosotros sobre ella. Está la tierra a nuestros pies, como mundo lejano y ya vivido, envuelto en sombras. Y esos carros que ruedan, y esos mercaderes que vocean, y esas altas chimeneas que echan al aire silbos poderosos, y ese cruzar, caracolear, disputar, vivir de hombres, nos parecen en nuestro casto refugio regalado, los ruidos de un ejército bárbaro que invade nuestras cumbres, y pone el pie en sus faldas, y rasga airado la gran sombra, tras la que surge, como un campo de batalla colosal, donde guerreros de piedra llevan coraza y casco de oro y lanzas rojas, la ciudad tumultuosa, magna y resplandeciente. Emerson ha muerto: y se llenan de dulces lágrimas los ojos. No da dolor sino celos. No llena el pecho de angustia, sino de ternura. La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo. El llanto es de placer, y no de duelo, porque ya cubren hojas de rosas las heridas que en las manos y en los pies hizo la vida al muerto. La muerte de un justo es una fiesta, en que la tierra toda se sienta a ver como se abre el cielo. Y brillan de esperanza los rostros de los hombres, y cargan en sus brazos haces de palmas, con que alfombran la tierra, y con las espadas de combate hacen en lo alto bóveda para que pase bajo ellas, cubierto de ramas de roble y viejo heno, el cuerpo del guerrero victorioso. Va a reposar, el que lo dio todo de sí, e hizo bien a los otros. Va a trabajar de nuevo, el que hizo mal su trabajo en esta vida. ¡Y los guerreros jóvenes, luego de ver pasar con ojos celosos, al vencedor magno, cuyo cadáver tibio brilla con toda la grandeza del reposo, vuelven a la faena de los vivos, a merecer que para ellos tiendan palmas y hagan bóvedas!

¿Que quién fue ese que ha muerto? Pues lo sabe toda la tierra. Fue un hombre que se halló vivo, se sacudió de los hombros todos esos mantos y de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres, y vivió faz a faz con la naturaleza, como si toda la tierra fuese su hogar; y el sol su propio sol, y él patriarca. Fue uno de aquellos a quienes la naturaleza se revela, y se abre, y extiende los múltiples brazos, como para cubrir con ellos el cuerpo todo de su hijo. Fue de aquellos a quienes es dada la ciencia suma, la calma suma, el goce sumo. Toda la naturaleza palpitaba ante él, como una desposada. Vivió feliz porque puso sus amores fuera de la tierra. Fue su vida entera el amanecer de una noche de bodas. ¡Qué deliquios, los de su alma! ¡Qué visiones, las de sus ojos! ¡Qué tablas de leyes, sus libros! Sus versos, ¡qué vuelos de ángeles! Era de niño, tímido y delgado, y parecía a los que le miraban, águila joven, pino joven. Y luego fue sereno, amable y radiante, y los niños y los hombres se detenían a verle pasar. Era su paso firme, de aquel que sabe adonde ha de ir; su cuerpo alto y endeble, como esos árboles cuya copa mecen aires puros. El rostro era enjuto, cual de hombre hecho a abstraerse, y a ansiar salir de sí. Ladera de montañas parecía su frente. Su nariz era como la de las aves que vuelan por cumbres. Y sus ojos, cautivadores, como de aquel que está lleno de amor, y tranquilos, como de aquel que ha visto lo que no se ve. No era posible verle sin desear besar su frente. Para Carlyle, el gran filósofo inglés, que se revolvió contra la tierra con brillo y fuerza de Satán, fue la visita de Emerson,

“una visión celeste”. Para Whitman, que ha hallado en la naturaleza una nueva poesía, mirarle era “pasar hora bendita”. Para Estedman, crítico bueno, “había en el pueblo del sabio una luz blanca”. A Alcott, noble anciano juvenil, que piensa y canta, parece “un infortunio no haberle conocido”. Se venía de verle como de ver un monumento vivo, o un ser sumo. Hay de esos hombres montañosos, que dejan ante sí y detrás de sí, llana la tierra. El no era familiar, pero era tierno, porque era la suya imperial familia cuyos miembros habían de ser todos emperadores. Amaba a sus amigos como a amadas: para él la amistad tenía algo de la solemnidad del crepúsculo en el bosque. El amor es superior a la amistad en que crea hijos. La amistad es superior al amor en que no crea deseos, ni la fatiga de haberlos satisfecho, ni el dolor de abandonar el templo de los deseos saciados por el de los deseos nuevos. Cerca de él, había encanto. Se oía su voz, como la de un mensajero de lo futuro, que hablase de entre nube luminosa. Parecía que un impalpable lazo, hecho de luz de luna, ataba a los hombres que acudían en junto a oírle. Iban a verle los sabios, y salían de verle como regocijados, y como reconvenidos. Los jóvenes andaban luengas leguas a pie por verle, y él recibía sonriendo a los trémulos peregrinos, y les hacía sentar en torno a su recia mesa de caoba, llena de grandes libros, y les servía, de pie como un siervo, buen jerez viejo. ¡Y le acusan, de entre los que lo leen y no lo entienden, de poco tierno, porque hecho al permanente comercio con lo grandioso, veía pequeño lo suyo personal, y cosa de accidente, y ni de esencia, que no merece ser narrada! ¡Frínés de la pena son esos poetillos jeremías! ¡Al hombre ha de decirse lo que es digno del hombre, y capaz de exaltarlo! ¡Es tarea de hormigas andar contando en rimas desmayadas dolorcillos propios! El dolor ha de ser pudoroso.

Su mente era sacerdotal; su ternura, angélica; su cólera, sagrada. Cuando vio hombres esclavos, y pensó en ellos, habló de modo que pareció que sobre las faldas de un nuevo monte bíblico se rompían de nuevo en pedazos las Tablas de la Ley. Era moisiaco su enojo. Y se sacudía así las pequeñeces de la mente vulgar, como se sacude un león, tábanos. Discutir para él era robar tiempo al descubrimiento de la verdad. Como decía lo que veía, le irritaba que pusiesen en duda lo que decía. No era cólera de vanidad, sino de sinceridad. ¿Cómo había de ser culpa suya que los demás no poseyesen aquella luz esclarecedora de sus ojos? ¿No ha de negar la oruga que el águila vuela? Desdeñaba la argucia, y como para él lo extraordinario era lo común, se asombraba de la necesidad de demostrar a los hombres lo extraordinario. Si no le entendían, se encogía de hombros: la naturaleza se lo había dicho: él era un sacerdote de la naturaleza. El no fingía revelaciones; él no construía mundos mentales; él no ponía voluntad ni esfuerzo de su mente en lo que en prosa o en verso escribía. Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa, son como ecos. El veía detrás de sí al Espíritu creador que a través de él hablaba a la naturaleza. El se veía como pupila transparente que lo veía todo, lo reflejaba todo, y sólo era pupila. Parece lo que escribe trozos de luz quebrada que daban en él, y bañaban su alma, y la embriagaban de la embriaguez que da la luz, y salían de él. ¿Qué habían de parecerle esas mentecillas vanidosas que andan montadas sobre convenciones, como sobre zancos? ¿Ni

esos hombres indignos, que tienen ojos y no quieren ver? ¿Ni esos perezosos u hombres de rebaño, que no usan de sus ojos, y ven por los de otro? ¿Ni esos seres de barro, que andan por la tierra amoldados por sastres, y zapateros, y sombrereros, y esmaltados por joyeros, y dotados de sentidos y de habla, y de no más que esto? ¿Ni esos pomposos fraseadores, que no saben que cada pensamiento es un dolor de la mente, y lumbre que se enciende con óleo de la propia vida, y cúspide de monte?

Jamás se vio hombre alguno más libre de la presión de los hombres, y de la de su época. Ni el porvenir le hizo temblar, ni le cegó al pasarlo. La luz que trajo en sí le sacó en salvo de este viaje por las ruinas, que es la vida. El no conoció límites ni trabas. Ni fue hombre de su pueblo, porque lo fue del pueblo humano. Vio la tierra, la halló inconforme a sí, sintió el dolor de responder las preguntas que los hombres no hacen, y se plegó en sí. Fue tierno para los hombres, y fiel a sí propio. Le educaron para que enseñara un credo, y entregó a los crédulos su levita de pastor, porque sintió que llevaba sobre los hombres el manto augusto de la naturaleza. No obedeció a ningún sistema, lo que le parecía acto de ciego y de siervo; ni creó ninguno, lo que le parecía acto de mente flaca, baja y envidiosa. Se sumergió en la naturaleza, y surgió de ella radiante. Se sintió hombre, y Dios, por serlo. Dijo lo que vio; y donde no pudo ver, no dijo. Reveló lo que percibió, y veneró lo que no podía percibir. Miró con ojos propios en el Universo, y habló un lenguaje propio. Fue creador, por no querer serlo. Sintió gozos divinos, y vivió en comercios deleitosos y celestiales. Conoció la dulzura inefable del éxtasis. Ni alquiló su mente, ni su lengua, ni su conciencia. De él, como de un astro, surgió luz. En él fue enteramente digno el ser humano.

Así vivió: viendo lo invisible y revelándolo. Vivía en ciudad sagrada, porque allí, cansados los hombres de ser esclavos, se decidieron a ser libres, y puesta la rodilla en tierra de Concord, que fue el pueblo del sabio, dispararon la bala primera, de cuyo hierro se ha hecho este pueblo, a los ingleses de casaca roja. En Concord vivía, que es como Túsculo, donde viven pensadores, eremitas y poetas. Era su casa, como él, amplia y solemne, cercada de altos pinos como en símbolos del dueño, y de umbrosos castaños. En el cuarto del sabio, los libros no parecían libros, sino huéspedes: todos llevaban ropas de familia, hojas descoloridas, lomos usados. El lo leía todo, como águila que salta. Era el techo de la casa alto en el centro, cual morada de aquel que vivía en permanente vuelo a lo alto. Y salían de la empinada techumbre penachos de humo, como ese vapor de ideas que se ve a veces surgir de una gran frente pensativa. Allí leía a Montaigne, que vio por sí, y dijo cosas ciertas; a Swedenborg el místico, que tuvo mente oceánica; a Plotino, que buscó a Dios y estuvo cerca de hallarlo; a los hindús, que asisten trémulos y sumisos a la evaporación de su propia alma, y a Platón, que vio sin miedo, y con fruto no igualado, en la mente divina. O cerraba sus libros, y los ojos del cuerpo, para darse el supremo regalo de ver con el alma. O se paseaba agitado e inquieto, y como quien va movido de voluntad que no es la suya, y llameante, cuando, ganosa de expresión precisa, azotaba sus labios, como presa entre breñas que pugna por abrirse paso al aire, una idea. O se sentaba fatigado, y sonreía dulcemente, como quien ve cosa solemne, y aca-

ricia agradecido su propio espíritu que la halla. ¡Oh, qué fruición, pensar bien! ¡Y qué gozo, entender los objetos de la vida! — ¡gozo de monarca! —. Se sonríe a la aparición de una verdad, como a la de una hermosísima doncella. Y se tiembla, como en un misterioso desposorio. La vida que suele ser terrible, suele ser inefable. Los goces comunes son dotes de bellacos. La vida tiene goces suavísimos, que vienen de amar y de pensar. Pues ¿qué nubes hay más bellas en el cielo que las que se agrupan, ondean y ascienden en el alma de un padre que mira a su hijo? Pues ¿qué ha de envidiar un hombre a la santa mujer, no porque sufre, ni porque alumbra, puesto que un pensamiento, por lo que tortura antes de nacer, y regocija después de haber nacido, es un hijo? La hora del conocimiento de la verdad es embriagadora y augusta. No se siente que se sube, sino que se reposa. Se siente ternura filial y confusión en el padre. Pone el gozo en los ojos brillo extremo; en el alma, calma; en la mente, alas blandas que acarician. ¡Es como sentirse el cráneo poblado de estrellas: bóveda interior, silenciosa y vasta, que ilumina en noche solemne la mente tranquila! Magnífico mundo. Y luego que se viene de él, se aparta con la mano blandamente, como con piedad de lo pequeño, y ruego de que no perturbe el recogimiento sacro, todo lo que ha sido obra de hombre. Uvas secas parecen los libros que poco ha parecían montes. Y los hombres, enfermos a quienes se trae cura. Y parecen los árboles, y las montañas, y el cielo inmenso, y el mar pujante, como nuestros hermanos, o nuestros amigos. Y se siente el hombre un tanto creador de la naturaleza. La lectura estimula, enciende, aviva, y es como soplo de aire fresco sobre la hoguera resguardada, que se lleva las cenizas, y deja al aire el fuego. Se lee lo grande, y si se es capaz de lo grandioso, se queda en mayor capacidad de ser grande. Se despierta el león noble, y de su melena, robustamente sacudida, caen pensamientos como copos de oro.

Era veedor sutil, que veía cómo el aire delicado se transformaba en palabras melodiosas y sabias en la garganta de los hombres, y escribía como veedor, y no como meditador. Cuanto escribe, es máxima. Su pluma no es pincel que diluye, sino cincel que esculpe y taja. Deja la frase pura, como deja el buen escultor la línea pura. Una palabra innecesaria le parece una arruga en el contorno. Y al golpe de su cincel, salta la arruga en pedazos, y queda nítida la frase. Aborrecía lo innecesario. Dice, y agota lo que dice. A veces, parece que salta de una cosa a otra, y no se halla a primera vista la relación entre dos ideas inmediatas. Y es que para él es paso natural lo que para otros es salto. Va de cumbre en cumbre, como gigante, y no por las veredas y caminillos por donde andan, cargados de alforjas, los peatones comunes, que como miran desde tan abajo, ven pequeño al gigante alto. No escribe en períodos, sino en elencos. Sus libros son sumas, no demostraciones. Sus pensamientos parecen aislados, y es que ve mucho de una vez, y quiere de una vez decirlo todo, y lo dice como lo ve, a modo de lo que se lee a la luz de un rayo, o apareciese a una lumbre tan bella, que se sabe que ha de desaparecer. Y deja a los demás que desenvuelvan: él no puede perder tiempo; él anuncia. Su estilo no es lujoso, sino límpido. Lo depuraba, lo acisolaba, lo aquilataba, lo ponía a hervir. Tomaba de él la médula. No es su estilo montículo verde, lleno de plantas florecidas y fragantes: es monte

de basalto. Se hacía servir de la lengua, y no era siervo de ella. El lenguaje es obra del hombre, y el hombre no ha de ser esclavo del lenguaje. Algunos no le entienden bien; y es que no se puede medir un monte a pulgadas. Y le acusan de oscuro; mas ¿cuándo no fueron acusados de tales los grandes de la mente? Menos mortificante es culpar de inentendible lo que se lee, que confesar nuestra incapacidad para entenderlo. Emerson no discute: establece. Lo que le enseña la naturaleza le parece preferible a lo que le enseña el hombre. Para él un árbol sabe más que un libro; y una estrella enseña más que una universidad; y una hacienda es un evangelio; y un niño de la hacienda está más cerca de la verdad universal que un anticuario. Para él no hay cirios como los astros, ni altares como los montes, ni predicadores como las noches palpitantes y profundas. Emociones angélicas le llenan si ve desnudarse de entre sus velos, rubia y alegre, la mañana. Se siente más poderoso que monarca asirio o rey de Persia, cuando asiste a una puesta de sol, o a un alba riente. Para ser bueno no necesita más que ver lo bello. A esas llamas, escribe. Caen sus ideas en la mente como piedrecillas blancas en mar luminoso: ¡qué chispazos!, ¡qué relampagueos!, ¡qué venas de fuego! Y se siente vértigo, como si se viajara en el lomo de un león volador. El mismo lo sintió, y salió fuerte de él. Y se aprieta el libro contra el seno, como a un amigo bueno y generoso; o se le acaricia tiernamente, como a la frente limpia de una mujer leal.

Pensó en todo lo hondo. Quiso penetrar el misterio de la vida: quiso descubrir las leyes de la existencia del Universo. Criatura, se sintió fuerte, y salió en busca del Creador. Y volvió del viaje contento, y diciendo que lo había hallado. Pasó el resto de su vida en la beatitud que sigue a este coloquio. Tembló como hoja de árbol en esas expansiones de su espíritu, y vertimientos en el espíritu universal; y volvía a sí, fragante y fresco como hoja de árbol. Los hombres le pusieron delante al nacer todas esas trabas que han acumulado los siglos, habitados por hombres presuntuosos, ante la cuna de los hombres nuevos. Los libros están llenos de venenos sutiles, que inflaman la imaginación y enferman el juicio. El apuró todas esas copas y anduvo por sí mismo, tocado apenas del veneno. Es el tormento humano que para ver bien se necesita ser sabio, y olvidar que se lo es. La posesión de la verdad no es más que la lucha entre las revelaciones impuestas de los hombres. Unos sucumben y son meras voces de otro espíritu. Otros triunfan, y añaden nueva voz a la de la naturaleza. Triunfó Emerson: he ahí su filosofía. "Naturaleza" se llama su mejor libro: en él se abandona a esos deleites exquisitos, narra esos paseos maravillosos, se revuelve con magnífico brío contra los que piden ojos para ver, y olvidan sus ojos; y ve al hombre señor, y al Universo blando y sumiso, y a todo lo vivo surgiendo de un seno y yendo al seno, y sobre todo lo que vive, al Espíritu que vivirá, y al hombre en sus brazos. Da cuenta de sí, y de lo que ha visto. De lo que no sintió, no da cuenta. Prefiere que le tengan por inconsistente que por imaginador. Donde ya no ven sus ojos, anuncia que no ve. No niega que otros vean; pero mantiene lo que ha visto. Si en lo que vio hay cosas opuestas, otro comente, y halle la distinción: él narra. El no ve más que analogías: él no halla contradicciones en la naturaleza: él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo lo que hay

en el hombre lo hay en ella. El ve que la naturaleza influye en el hombre, y que éste hace a la naturaleza alegre, o triste, o elocuente, o muda, o ausente, o presente, a su capricho. Ve la idea humana señora de la materia universal. Ve que la hermosura física vigoriza y dispone el espíritu del hombre a la hermosura moral. Ve que el espíritu desolado juzga el Universo desolado. Ve que el espectáculo de la naturaleza inspira fe, amor y respeto. Siente que el Universo que se niega a responder al hombre en fórmulas, le responde inspirándole sentimientos que calman sus ansias, y le permiten vivir fuerte, orgulloso y alegre. Y mantiene que todo se parece a todo, que todo tiene el mismo objeto, que todo da en el hombre, que lo embellece con su mente todo, que a través de cada criatura pasan todas las corrientes de la naturaleza, que cada hombre tiene en sí al Creador, y cada cosa creada tiene algo del Creador en sí, y todo irá a dar al cabo en el seno del Espíritu creador, que hay una unidad central en los hechos, en los pensamientos, y en las acciones; que el alma humana, al viajar por toda la naturaleza, se halla a sí misma en toda ella; que la hermosura del Universo fue creada para inspirarse el deseo, y consolarse los dolores de la virtud, y estimular al hombre a buscarse y hallarse; que "dentro del hombre está el alma del conjunto, la del sabio silencio, la hermosa universal a la que toda parte y partícula está igualmente relacionada: el Uno Eterno". La vida no le inquieta: está contento, puesto que obra bien: lo que importa es ser virtuoso: "la virtud es la llave de oro que abre las puertas de la Eternidad": la vida no es sólo el comercio ni el gobierno, sino es más, el comercio con las fuerzas de la naturaleza y el gobierno de sí: de aquéllas viene éste: el orden universal inspira el orden individual: la alegría es cierta, y es la impresión suma; luego, sea cualquiera la verdad sobre todas las cosas misteriosas, es racional que ha de hacerse lo que produce alegría real, superior a toda otra clase de alegría, que es la virtud: la vida no es más que "una estación en la naturaleza". Y así corren los ojos del que lee por entre esas páginas radiantes y serenas, que parecen escritas, por sobre humano favor, en cima de montaña, a luz no humana: así se fijan los ojos, encendidos en deseos de ver esas seductoras maravillas, y pasear por el palacio de todas esas verdades, por entre esas páginas que encadenan y relucen, y que parecen espejos de acero que reflejan, a ojos airados de tanta luz, imágenes gloriosas. ¡Ah, leer cuando se está sintiendo el golpeo de la llama en el cerebro, es como clavar un águila viva! ¡Si la mano fuera rayo, y pudiera aniquilar el cráneo sin cometer crimen!

¿Y la muerte? No aflige la muerte a Emerson: la muerte no aflige ni asusta a quien ha vivido noblemente: sólo la teme el que tiene motivos de temor: será inmortal el que merezca serlo: morir es volver lo finito a lo infinito: rebelarse no le parece bien: la vida es un hecho, que tiene razón de ser, puesto que es: sólo es un juguete para los imbéciles, pero es un templo para los verdaderos hombres: mejor que rebelarse es vivir adelantando por el ejercicio honesto del espíritu sentidor y pensador.

¿Y las ciencias? Las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza; la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elementos del Universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores, mas a quien no se

conocen superiores. El espíritu presiente; las creencias ratifican. El espíritu, sumergido en lo abstracto, ve en conjunto; la ciencia, insecteando por lo concreto, no ve más que el detalle. Que el Universo haya sido formado por procedimientos lentos, metódicos y análogos, ni anuncia el fin de la naturaleza, ni contradice la existencia de los hechos espirituales. Cuando el ciclo de las ciencias esté completo, y sepan cuanto hay que saber, no sabrán más de lo que sabe hoy el espíritu, y sabrán lo que él sabe. Es verdad que la mano del saurio se parece a la mano del hombre, pero también es verdad que el espíritu del hombre llega joven a la tumba a que el cuerpo llega viejo, y que siente en su inmersión en el espíritu universal tan penetrantes y arrebatadores placeres, y tras ellos una energía tan fresca y potente, y una serenidad tan majestuosa, y una necesidad tan viva de amar y perdonar, que esto, que es verdad para quien lo es, aunque no lo sea para quien no llega a esto, es ley de vida tan cierta como la semejanza entre la mano del saurio y la del hombre.

¿Y el objeto de la vida? El objeto de la vida es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura; porque como la virtud hace hermosos los lugares en que obra, así los lugares hermosos obran sobre la virtud. Hay carácter moral en todos los elementos de la naturaleza: puesto que todos avivan este carácter en el hombre, puesto que todos lo producen, todos lo tienen. Así, son una la verdad, que es la hermosura en el juicio; la bondad, que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte. El arte no es más que la naturaleza creada por el hombre. De esta intermezcla no se sale jamás. La naturaleza se postra ante el hombre y le da sus diferencias, para que perfeccione su juicio; sus maravillas, para que avive su voluntad a imitarlas; sus exigencias, para que eduque su espíritu en el trabajo, en las contrariedades, y en la virtud que las vence. La naturaleza da al hombre sus objetos, que se reflejan en su mente, la cual gobierna su habla, en la que cada objeto va a transformarse en un sonido. Los astros son mensajeros de hermosuras, y lo sublime perpetuo. El bosque vuelve al hombre a la razón y a la fe, y es la juventud perpetua. El bosque alegra, como una buena acción. La naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre. Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza. El Universo va en múltiples formas a dar en el hombre, como los radios al centro del círculo, y el hombre va con los múltiples actos de su voluntad, a obrar sobre el Universo, como radios que parten del centro. El Universo, con ser múltiple, es uno: la música puede imitar el movimiento y los colores de la serpiente. La locomotora es el elefante de la creación del hombre, potente y colosal como los elefantes. Sólo el grado de calor hace diversas el agua que corre por el cauce del río y las piedras que el río baña. Y en todo ese Universo múltiple, todo acontece, a modo de símbolo del ser humano, como acontece en el hombre. Va el humo al aire como a la Infinitud el pensamiento. Se mueven y encrespan las aguas de los mares como los afectos en el alma. La sensitiva es débil, como la mujer sensible. Cada cualidad del hombre está representada en un animal de la naturaleza. Los árboles nos hablan una lengua que entendemos. Algo deja la noche en el oído, puesto

que el corazón que fue a ella atormentado por la duda, amanece henchido de paz. La aparición de la verdad ilumina súbitamente el alma, como el sol ilumina la naturaleza. La mañana hace piar a las aves y hablar a los hombres. El crepúsculo nocturno recoge las alas de las aves y las palabras de los hombres. La virtud, a la que todo conspira en la naturaleza, deja al hombre en paz, como si hubiese acabado su tarea, o como curva que reentra en sí, y ya no tiene más que andar y remata el círculo. El Universo es siervo y rey del ser humano. El Universo ha sido creado para la enseñanza, alimento, placer y educación del hombre. El Hombre, frente a la naturaleza que cambia y pasa, siente en sí algo estable. Se siente a la par eternamente joven e inmemorablemente viejo. Conoce que sabe lo que sabe bien que no aprendió aquí: lo cual le revela vida anterior, en que adquirió esa ciencia que a ésta trajo. Y vuelve los ojos a un Padre que no ve, pero de cuya presencia está seguro, y cuyo beso, que llena los ámbitos, y le viene en los aires nocturnos cargados de aromas, deja en su frente lumbre tal que ve a su blanda palidez confusamente revelados el universo interior, donde está en breve —todo el exterior—, y el exterior, donde está el interior magnificado, y el temido y hermoso universo de la muerte. ¿Pero está Dios fuera de la tierra? ¿Es Dios la misma tierra? ¿Está sobre la Naturaleza? ¿La naturaleza es creadora, y el inmenso ser espiritual a cuyo seno el alma humana aspira, no existe? ¿Nació de sí mismo el mundo en que vivimos? ¿Y se moverá como se mueve hoy perpetuamente, o se evaporará, y mecidos por sus vapores, iremos a confundirnos, en compenetración augusta y deleitosa, con un ser de quien la naturaleza es mera aparición? Y así revuelve este hombre gigantesco la poderosa mente, y busca con los ojos abiertos en la sombra el cerebro divino, y lo halla pródigo, invisible, uniforme y palpitante en la luz, en la tierra, en las aguas y en sí mismo, y siente que sabe lo que no puede decir, y que el hombre pasará eternamente la vida tocando con sus manos, sin llegar a palparlos jamás, los bordes de las alas del águila de oro, en que al fin ha de sentarse. Este hombre se ha erguido frente al Universo, y no se ha desvanecido. Ha osado analizar la síntesis, y no se ha extraviado.

Ha tendido los brazos, y ha abarcado con ellos el secreto de la vida. De su cuerpo, cestilla ligera de su alado espíritu, ascendió entre labores dolorosas y mortales ansias, a esas cúspides puras, desde donde se dibujan, como en premio al afán del viajador, las túnicas bordadas de luz estelar de los seres infinitos. Ha sentido ese desborde misterioso del alma en el cuerpo, que es ventura solemne, y llena los labios de besos, y las manos de caricias, y los ojos de llanto, y se parece al súbito hinchamiento y rebose de la naturaleza en primavera. Y sintió luego esa calma que viene de la plática con lo divino. Y esa magnífica arrogancia de monarca que la conciencia de su poder da al hombre. Pues ¿qué hombre dueño de sí no ríe de un rey?

A veces deslumbrado por esos libros resplandecientes de los hindús, para los que la criatura humana, luego de purificada por la virtud, vuela, como mariposa de fuego, de su escoria terrenal al seno de Brahma, siéntase a hacer lo que censura, y a ver la naturaleza a través de sus ojos ajenos, porque ha hallado esos ojos conformes a los propios, y ve oscuramente y desluce sus propias visiones. Y es que aquella filosofía india embriaga, como un bosque

de azahares, y acontece con ella como con ver volar aves, que enciende ansias de volar. Se siente el hombre, cuando penetra en ella, dulcemente aniquilado, y comó mecido, camino de lo alto, en llamas azules. Y se pregunta entonces si no es fantasmagoría la naturaleza, y el hombre fantaseador, y todo el Universo una idea, y Dios la idea pura, y el ser humano la idea aspiradora, que irá a parar al cabo, como perla en su concha, y flecha en tronco de árbol, en el seno de Dios. Y empieza a andamiar, y a edificar el Universo. Pero al punto echa abajo los andamios, avergonzado de la ruindad de su edificio, y de la pobreza de la mente, que parece, cuando se da a construir mundos, hormigas que arrastra a su espalda una cadena de montañas.

Y vuelve a sentir correr por sus venas aquellos efluvios místicos y vagos; a ver cómo se apaciguan las tormentas de su alma en el silencio amigo, poblado de promesas, de los bosques; a observar que donde la mente encalla, como buque que da en roca seca, el presentimiento surge, como ave presa, segura del cielo, que se escapa de la mente rota; a traducir en el lenguaje encrespado y brutal y rebelde como piedra, los lúcidos transportes, los púdicos deliquios, los deleites balsámicos, los goces enajenadores del espíritu trémulo a quien la cautiva naturaleza, sorprendida ante el amante osado, admite a su consorcio. Y anuncia a cada hombre que, puesto que el Universo se le revela entero y directamente, con él le es revelado el derecho de ver en él por sí, y saciar con los propios labios la ardiente sed que inspira. Y como en esos coloquios aprendió que el puro pensamiento y el puro afecto producen goces tan vivos que el alma siente en ellos una dulce muerte, seguida de una radiosa resurrección, anuncia a los hombres que sólo se es venturoso siendo puro.

Luego que supo esto, y estuvo cierto de que los astros son la corona del hombre, y que cuando su cráneo se enfriase, su espíritu sereno hendiría el aire, envuelto en luz, puso su mano amorosa sobre los hombres atormentados, y sus ojos vivaces y penetrantes en los combates rudos de la tierra. Sus miradas limpiaban de escombros. Toma puesto familiarmente a la mesa de los héroes. Narra con lengua homérica los lances de los pueblos. Tiene la ingenuidad de los gigantes. Se deja guiar de su intuición, que le abre el seno de las tumbas, como el de las nubes. Como se sentó, y volvió fuerte, en el senado de los astros, se sienta, como en casa de hermanos, en el senado de los pueblos. Cuenta de historia vieja y de historia nueva. Analiza naciones, como un geólogo fósiles. Y parecen sus frases vértebras de mastodonte, estatuas doradas, pórticos griegos. De otros hombres puede decirse: "Es un hermano"; de éste ha de decirse: "Es un padre". Éscribió un libro maravilloso, suma humana, en que consagra, y estudia en sus tipos, a los hombres magnos. Vio a la vieja Inglaterra de donde le vinieron sus padres puritanos y de su visita hizo otro libro, fortísimo libro, que llamó "Rasgos ingleses". Agrupó en haces los hechos de la vida, y los estudió en mágicos "Ensayos", y les dio leyes. Como en un eje, giran en esta verdad todas sus leyes para la vida: "toda la naturaleza tiembla ante la conciencia de un niño". El culto, el destino, el poder, la riqueza, las ilusiones, la grandeza, fueron por él, como por mano de químico, descompuestos y analizados. Deja en pie lo bello. Echa a tierra lo falso. No respeta prácticas. Lo vil, aunque esté consagrado, es

vil. El hombre debe empezar a ser angélico. Ley es la ternura; ley, la resignación; ley, la prudencia. Esos ensayos son códigos. Abruman de exceso de savia. Tienen la grandiosa monotonía de una cordillera de montañas. Los realza una fantasía infatigable y un buen sentido singular. Para él no hay contradicción entre lo grande y lo pequeño, ni entre lo ideal y lo práctico, y las leyes que darán el triunfo definitivo, y el derecho de coronarse de astros, dan la felicidad en la tierra. Las contradicciones no están en la naturaleza, sino en que los hombres no saben descubrir sus analogías. No desdeña la ciencia por falsa, sino por lenta. Abrense sus libros, y rebosan verdades científicas. Tyndall dice que debe a él toda su ciencia. Toda la doctrina transformista está comprendida en un haz de frases de Emerson. Pero no cree que el entendimiento baste a penetrar el misterio de la vida, y dar paz al hombre y ponerle en posesión de sus medios de crecimiento. Cree que la intuición termina lo que el entendimiento empieza. Cree que el espíritu eterno advina lo que la ciencia humana rastrea. Esta, husmea como un can; aquél, salva el abismo, en que el naturalista anda entretenido, como enérgico cóndor. Emerson observaba siempre, acotaba cuanto veía, agrupaba en sus libros de notas los hechos semejantes, y hablaba, cuando tenía que revelar. Tiene de Calderón, de Platón y de Píndaro. Tiene de Franklin. No fue cual bambú hojoso, cuyo ramaje corpulento, mal sustentado por el tallo hueco, viene a tierra; sino como baobab, o sabino, o samán grande, cuya copa robusta se yergue en tronco fuerte. Como desdeñoso de andar por la tierra, y malquerido por los hombres juiciosos, andaba por la tierra el idealismo. Emerson lo ha hecho humano: no aguarda a la ciencia, porque el ave no necesita de zancos para subir a las alturas, ni el águila de rieles. La deja atrás, como caudillo impaciente, que monta caballo volante, a soldado despacioso, cargado de pesada herrajería. El idealismo no es, en él, deseo vago de muerte, sino convicción de vida posterior que ha de merecerse con la práctica serena de la virtud en esta vida. Y la vida es tan hermosa y tan ideal como la muerte. ¿Se quiere verle concebir? Así concibe: quiere decir que el hombre no consagra todas sus potencias, sino la de entender, que no es la más rica de ellas, al estudio de la naturaleza, por lo cual no penetra bien en ella, y dice: "es que el eje de la visión del hombre no coincide con el eje de la naturaleza". Y quiere explicar cómo todas las verdades morales y físicas se contienen unas y otras, y están en cada una todas las demás, y dice: "son como los círculos de una circunferencia, que se comprenden todos los unos a los otros, y entran y salen libremente sin que ninguno esté por encima de otro". ¿Se quiere oír cómo habla? Así habla: "Para un hombre que sufre, el calor de su propia chimenea tiene tristeza". "No estamos hechos como buques, para ser sacudidos, sino como edificios, para estar en firme." "Cortad estas palabras, y sangrarán." "Ser grande es no ser entendido." "Leónidas consumió un día en morir." "Estériles, como un solo sexo, son los hechos de la historia natural, tomados por sí mismos." "Ese hombre anda pisoteando en el fango de la dialéctica."

Y su poesía está hecha como aquellos palacios de Florencia, de colosales pedruscos irregulares. Bate y olea, como agua de mares. Y otras veces parece en mano de un niño desnudo, cestillo de flores. Es poesía de patriar-

cas, de hombres primitivos, de cíclopes. Robledales en flor semejan algunos poemas suyos. Suyos son los únicos versos poémicos que consagran la lucha magna de esta tierra. Y otros poemas son como arroyuelos de piedras preciosas, o jirones de nube, o trozo de rayo. ¿No se sabe aún qué son sus versos? Son unas veces como anciano barbado, de barba serpentina, cabellera tortuosa y mirada llameante, que canta, apoyado en un vástago de encina, desde una cueva de piedra blanca, y otras veces, como ángel gigantesco de alas de oro, que se despeña desde alto monte verde en el abismo. ¡Anciano maravilloso, a tus pies dejo todo mi haz de palmas frescas, y mi espada de plata!

La Opinión Nacional. Caracas, 19 de mayo de 1882.

HENRY WARD BEECHER

SU VIDA Y SU ORATORIA

PARECE QUE la libertad, dicha del mundo, puede rehacer la muerte. El hombre, turbado antes en la presencia de lo invisible, lo mira ahora sereno, como si la tumba no tuviese espantos para quien ha pasado con decoro por la vida. Ya alborea la alegría en la gigantesca crisis; de cada nuevo hervor sale más bello el mundo; el ejercicio de la libertad conduce a la religión nueva. En vano frunce la razón meticulosa el ceño, y recatando con estudiado livor la fe invencible, escribe la duda sus versos raquíuticos y atormentados. ¿A qué sino a desconfiar de la eficacia de la existencia han de llevar las religiones que castigan y los gobiernos tétricos? Así, donde la razón campea florece la fe en la armonía del Universo.

El hombre crece tanto, que ya se sale de su mundo e influye en el otro. Por la fuerza de su conocimiento abarca la composición de lo invisible, y por la gloria de una vida de derecho llega a sus puertas seguro y dichoso. Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión, que es una parte de ella; siempre fue el Cielo copia de los hombres, y se pobló de imágenes serenas, regocijadas o vengativas, conforme viviesen en paz, en gozos de sentidos, o en esclavitud y tormento, las naciones que las crearon. Cada sacudida en la historia de un pueblo altera su Olimpo; la entrada del hombre en la ventura y ordenamiento de la libertad produce, como una colosal florecencia de lirios, la fe casta y profunda en la utilidad y justicia de la Naturaleza. Las religiones se funden en la religión; surge la apoteosis tranquila y radiante del polvo de las iglesias; ya no cabe en los templos, ni en éstos ni en aquéllos, el hombre crecido; la salud de la libertad prepara a la dicha de la muerte. Cuando se ha vivido para el hombre, ¿quién nos podrá hacer mal, ni querer mal? La vida se ha de llevar con bravura y a la muerte se la ha de esperar con un beso.

Henry Ward Beecher, el gran predicador protestante, acaba de morir. En él, como criatura de su época, la fe en Cristo, heredada de su pueblo, ya se dilataba con la grandiosa herejía, y su palabra, como las nubes que se deshacen a la aurora, tenía los bordes orlados con los colores fogosos de la nueva luz; en él, como en su tiempo y pueblo, los dogmas enemigos, hijos enfermos de una sombría madre, se unían atropelladamente, con canto de pájaros que festejan la muda de sus plumas a la Primavera; en él, hijo culminante de un país libre, la vida ha sido un poema y la muerte una casa de rosas. En la puerta de su casa no pusieron, como es costumbre, un lazo de luto, sino una corona. Sus feligreses le bordaron, para cubrir su féretro, un manto de claveles blancos, rosas de Francia y siemprevivas. En sus funerales oficiaron todas las sectas, excepto la católica. A su iglesia, la iglesia que llamó a su púlpito a los perseguidos y rescató a los esclavos, la vistieron de rosas, del pavimento al techo, y parecía, al penetrar en el enflorado recinto, ¡que la iglesia cantaba!

Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo. En vano concede la Naturaleza a algunos de sus hijos cualidades privilegiadas; porque serán polvo y azote si no se hacen carne de su pueblo, mientras que si van con él, y le sirven de brazo y de voz, por él se verán encumbrados, como las flores que lleva en su cima una montaña.

Los hombres son productos, expresiones, reflejos. Viven, en lo que coinciden con su época o en lo que se diferencian marcadamente de ella; lo que flota, les empuja y pervade; no es aire sólo lo que les pesa sobre los hombros, sino pensamiento; esas son las grandes bodas del hombre: sus bodas con la patria. ¿Cómo, sin el fragor de los combates de su pueblo, sin sus antecedentes e instituciones, hubiera llegado a su singular eminencia Henry Ward Beecher, pensador inseguro, orador llano, teólogo flojo y voluble, pastor hombruno y olvidadizo, palabra helada en la iglesia? Nada importa que su secta fuese más liberal que las rivales; porque los hombres, subidos ya a la libertad entera, no han de bajar hasta una de sus gradas. Pero Beecher, criado en la hermosura y albedrío del campo, por padres en quienes se acumularon por herencia los caracteres de su nación, creció, palpité, culminó como ella, y en su naturaleza robusta, nodriza de aquella palabra pujante y desordenada, se condensaron las cualidades de su pueblo; clamó su crimen, suplicó su miedo, retemblaron sus batallas y tendieron las alas sus victorias.

El era, es verdad, como arpa en que los vientos, juguetones o arrebatados, ya revolotean sacudiendo las cuerdas blandamente, ya se desatan con cólera y empuje, arrancándoles sonidos siniestros; mas, sin los vientos, ¿qué fuera de las arpas? El era sano, caminador, laborioso, astuto, fuerte; él había levantado en el Oeste su casa con sus manos; él traía de la contemplación de la Naturaleza una elocuencia familiar, grata y armónica, y de los trabajos y choques de la vida la pertinacia y la cautela; él, semejante en todo esto a su nación, aún se le asemejaba más en el espíritu rebelde que conviene a los pueblos recién salidos de la servidumbre, y en lo rudimentario y llano de su cultura. El usaba, como su pueblo, sombrero de castor y zapatos de be-

cerro; él, que perteneció en su Estado nativo al bando de colonos hostiles a la esclavitud, trajo al público de Brooklyn aquella ira local que fue nacional luego; él puso al servicio de la campaña de la abolición su salud desbordante, su espíritu indisciplinado, su oratoria pintoresca, su dialecto eclesiástico, embellecido con una natural poesía; él vio crecer los tiempos, a través de las señales engañosas, y se puso junto a ellos en la época feliz en que la virtud era oportuna.

Cautivó a su congregación con la novedad, llaneza y gracejo de sus sermones; arremetió contra la esclavitud con todo su ímpetu y descomedimiento campesinos. Cedió su púlpito a los abolicionistas apedreados por las turbas. Su oratoria batallante y esmaltada tuvo pronto por admiradora a la nación. Y cuando Inglaterra ayudaba a los Estados rebeldes, a los dueños de esclavos, él se fue al corazón de Inglaterra; la hizo reír, llorar, avergonzarse, celebrar en él la justicia de su pueblo. Luego bajó la cuesta de la vida, acusado de una culpa odiosa: el adulterio con la mujer de un amigo. Veinte años ha llevado la carga, jadeando como un Hércules. Jamás recobró la altura que tenía antes de su pecado, porque todo se puede fingir, menos la estimación de sí propio; aunque en su pasmosa energía, o en su sincero arrepentimiento, encontró fuerzas para seguir siendo elocuente cuando ya no era honrado.

Mas desde que quedó resuelto el gran problema en que se confundió con su República, sólo fue lo que con su naturaleza bullente, encogullada en un dogma religioso, hubiera sido siempre en un país donde la fe no es asustadiza y la originalidad es rara: fue una fuerza de palabra, como otros son una fuerza de acto. Hay palabras de instinto, que vienen sobre el mundo en las horas de renuevo, como los huracanes y las avalanchas; retumban y purifican, como el viento; elaboran sin conciencia, como los insectos y las arenas de la mar. Era un orador superior a sí mismo. Divisaba el amor futuro; defendía, con pujanza de león, la dignidad humana; se le abrasaba el corazón de libertad. Demolía involuntariamente; sólo dejó en pie los dogmas indispensables para que su congregación no lo depusiera por hereje. Traía a su púlpito a sus adversarios, a un cardenal, a un ateo. Apenaba verle luchar entre sus hipócritas reticencias de pastor y el concepto filosófico del mundo, que se enseñoreaba de su juicio. No se atrevió, acobardado por la ancianidad, a defender a los pobres como había defendido a los negros. Pero introdujo en el culto cristiano la soltura, gracia y amor de la Naturaleza; congregó en el cariño al hombre las sectas hostiles que con sus comadrazgos y ceños lo han atormentado; y con una oratoria que solía ser dorada como el plumaje de las oropéndolas, clara como las aguas de las fuentes, melodiosa como la fronda poblada de nidos, triunfante como las llamaradas de la aurora, anunció desde el último templo grandioso de la cristiandad que la religión verdadera y perdurable está escrita en las armonías del Universo.

Henry Ward venía de antepasados vigorosos; de una partera puritana, que sacó al mundo mucho hijo de peregrino cuando aún no se había podrido la madera de La Flor de Mayo; de jayanes que bebían la sidra a barril al-

zado, como los catalanes beben el vino en sus porrones; de un herrero que, a la sombra de un roble, hacía las mejores azadas de la comarca; de un posadero parlanchín que pasaba los días debatiendo, con los seminaristas que se hospedaban en su casa, sobre la religión y la política; del pastor Lyman Beecher, el padre de Henry, en quien culminó la fuerza exaltada, nomádica y agresiva de aquella familia de puritanos menestrales.

En los tiempos de Lyman los estudiantes se apellidaban con los nombres gloriosos de la Enciclopedia. Todos sabían de memoria "La Edad de la Razón", de Tomás Paine; todos, como Paine, jugaban, se embriagaban, adoraban sus puños y sus remos, se descuadernaban sobre las cabezas las Biblias. Lyman, que empezó en el seminario de despensero, salió de él pastor elocuente. Componía sus sermones vagando por el campo; y luego, en el desorden de la improvisación en las mentes que no se han nutrido por igual ni fueron criadas en el ejercicio y sensatez del arte, los exhalaba con la fuerza histórica que le venía de sus abuelos, y de lo agitado y directo de su propia vida. La palabra le molestaba y oprimía, hasta que, como apretado granizo, la vaciaba sobre sus oyentes en apotegmas y epigramas; y tan estremecido quedaba del choque, que le conocían por "el pastor del violín", porque calmaba la agitación de sus sermones tocando al volver de la iglesia un aire viejo, o bailando con gran ligereza el trezadillo en la sala de su casa, la casa de un pastor de pueblo que ganaba trescientos pesos al año. La alfombra en que bailaba era de algodón cardado e hilado por su esposa, y pintada por ella misma de orlas y ramos, con unas pinturas que le dio un hermano.

Ese padre vehemente tuvo Beecher, y una madre que a la sombra de los árboles gustaba de escribir a sus amigas cartas bellas, que aún huelen a flores. Los rizos rubios de Henry le revoloteaban al correr detrás de las mariposas; Harriet, la que había de escribir "La Cabaña del Tío Tom", quería que le hiciesen una muñeca; allá adentro, en la sala, discutían los pastores, envueltos en el humo de sus pipas; ornaba las ventanas la penetrante madre-selva; mecían sus copas compasadamente los álamos y meples, guardianes de la casa; como gotas de sangre lucían en la huerta las manzanas, sobre su follaje espeso. Cansado a veces de ellas, miraba Henry el pinar majestuoso que bordeaba los lagos vecinos; y la cabeza redonda y azul de la montaña del lugar coronaba a lo lejos el paisaje; en monstruos soberanos, en extraños ejércitos, en rosas de oro, en carros gigantescos, se desvanecían las nubes apaciblemente en la hora de las puestas. Durante el invierno, leía el pastor, rodeado de sus hijos, los patriarcas de la lengua: Milton, austero como su San Juan; Shakespeare, que pensaba en guirnaldas de flores; la Biblia, fragante como una selva nueva. O bien, mientras los hijos ponían la leña en pilas, les contaba el pastor cuentos de Cromwell. En el comedor oscuro ardía perennemente el fresno, en una colosal estufa rusa.

Sin madre ya, aunque con buena madrastra, iba creciendo el niño, rebelde a reclusión y freno, como quien se cría en el decoro e independencia del campo. El pinar le atraía más que los libros. Cuando lo llevaban a la iglesia "le parecía que iba a una cueva donde no entraba nunca el Sol"; pero se estaba absorto horas enteras oyendo rezar a un negro de la casa, que decía sus oraciones cantando y riendo, como si unas veces sintiera en sí el cuerpo

mismo del Señor y otras le inundara de alegría la belleza del mundo. Para las palabras no tenía el niño memoria; su ingenio se mostraba sólo en sus réplicas, cómicas y sesudas. Se iba por los caminos recogiendo flores; volvía de sus excursiones por el bosque cargado de la bellota misteriosa, de piñones, de semillas; gustaba de pasearse por las rocas, viendo cómo el agua se esconde y labra en ellas, con tal finura que parece pensamiento. ¿Qué catecismos y libros de deletrear habían de seducir a aquel hijo de un puritano activo y de una descendiente de escoceses románticos, que se embebecía en las músicas de la Naturaleza; que comparaba sus semejanzas y colores; que observaba la sabiduría de sus cambios, la perpetuidad de la vida, la eficacia de la misma destrucción; que se sentía mudar, como las hojas y las plumas, con el invierno, que fortifica la voluntad; con la primavera, que desata las alas; con el estío, que atormenta y enciende; con el otoño, el himno de la tierra?

“¿Conque me pedís mi plegaria de ayer?” —decía una vez Beecher—. “Si me enviáis las notas de la oropéndola que trinaba en el ramaje de mis árboles el último junio, o las burbujas tornasoladas de la espuma que en menudos millones se deshicieron ayer contra la playa, o un segmento de aquel hermoso arco iris de la semana pasada, o el aroma de la primera violeta que floreció en mayo, entonces yo también, amigos míos, podré enviaros mi plegaria.” Esa era su oratoria. El la improvisaba, porque conocía la Naturaleza. Por la fuerza del lenguaje amó luego a los clásicos; de su abolengo de puritano le vino su ímpetu de reformador; pero el amor fogoso a la libertad, la salud y la alegría, y la abundancia y color de su elocuencia, le vinieron de aquellos profundos paseos por el campo, y de su madre, que vivió en el jardín cuando lo tuvo encinta y fue amiga siempre de las flores.

Es necesario que la juventud sea dura. Beecher fue al seminario; jamás aprendió el griego; supo mal sus latines; era el primero en los ejercicios corporales, en correr, en nadar, en luchar, en tirar a la pelota; también era el primero contra las brutalidades del colegio, el mancebo, la bebida, el juego, el abuso de los menores. Pastor fue el padre, pastores eran sus amigos, pastor lo hicieron a él; estas carreras heredadas malogran los hombres; la cogulla para aquel mozo indómito hubiera sido un insoportable freno, si no hubiese en la casta puritana el espíritu vehemente del sacerdocio y la astucia que enseña cuán prudente es entrar por un camino hecho. El bosque se come a los exploradores. Los hombres abandonan a los que se deciden a vivir sin adularlos.

Beecher se casó joven, en lo que dio prueba de nobleza. “Me casaré con ella, aunque no tengamos para vivir más que la punta noroeste de una mazorca”; y juntos se fueron a la aldea, donde derribó él los árboles de que hizo su casa, ayudado por sus feligreses y vecinos. El era el pastor, el sacristán, el apagaluces; su parroquia era de ganapanes; recibía, como su padre, trescientos pesos al año. Pero luego en una ciudad de más viso, la angustia fue mayor; allí a su mujer la envejecía la ira; el Oeste rudo la sacaba de quicio; ocho años vivió enferma. Y aquel pastor elocuente, a quien ya venían

a oír de los lugares a la redonda; aquel defensor enérgico de los colonos que se resistían a permitir la esclavitud en el Estado; aquel ministro del Señor que no tenía embarazo en convidar a las armas, como los obispos antiguos, ni en hacer reír a sus oyentes con chistes brutales, ni en hacerles llorar con sus tiernas memorias domésticas; aquel desenvuelto predicador que hablaba más de los derechos del hombre que de los dogmas de la Iglesia, cultivaba una huerta para ayudar a los gastos de la casa; cuidaba de su caballo, su vaca y su cerdo; pintaba las paredes como su madre había pintado la alfombra; ¡y cocinaba, y corría con la limpieza de la vajilla!

Al fin, lo oyó predicar un día un viajero, por cuya recomendación lo llamaron de Brooklyn. ¡Brooklyn, del Este! Allá los pastores son gente de mucho libro; no dicen chistes en el púlpito; no cantan a voz en cuello con sus feligreses; usan zapatos finos y sombreros de copa; ¿qué va a hacer allá el pastor de rostro bermejo y cabellera suelta? Pero su mujer quiere ir, y van. Lo primero fue cambiarles el guardarropa, porque el que llevaba era para reír: ella, unas mangas abullonadas, y saya de velos; él, una levita flotante y locuaz, el sombrero risueño y caído sobre la oreja, el cuello a la Byron.

Para reír también era la oratoria del pastor. ¡Qué ademanes, qué chascarrillos, qué transiciones súbitas, qué hablar de las costumbres de las ardillas y de los amores de los pájaros! ¡Pues no discurría sobre política en el púlpito!: el mejor modo de servir a Dios es ser hombre libre y cuidar de que no se menoscabe la libertad. Unos períodos parecían arrullos; otros, columnas de humo perfumado; de pronto un manotazo en los faldones, un círculo dibujado en el aire con el brazo. ¡Y qué herejías! El no creía en la caída de Adán; el hombre estaba cayendo siempre; la divinidad se estaba revelando sin cesar; cada nido es una nueva revelación de la divinidad; los domingos deben ser alegres; el mundo no pudo haber sido hecho contra lo que revela con su propio testimonio. Zumbaba el encono alrededor del púlpito. “¡Por Dios, sáquenme al hijo del Este!”, decía Lyman Beecher. “Allí se sabe demasiado.”

¡Ah, sí!, pero allí no se tiene la altivez pujante de los que se crían alejados de las ciudades populosas. El traía su religión oreada por la vida. El venía del Oeste domador, que abate la selva, el búfalo y el indio. La nostalgia misma de su iglesia pobre le inspiró una elocuencia sincera y amable. Hacía tiempo que no se oían en los púlpitos acentos humanos. Le decían payaso, profanador, hereje. El hacía reír; él se dejaba aplaudir; ¡culpable pastor que se atrevía a arrancar aplausos! El no tomaba jamás su texto del Viejo Testamento, henchido de iras, sino que predicaba sobre el amor de Dios y la dignidad del hombre, con abundancia de símiles de la Naturaleza. En lógica, cojeaba. Su latín era un entuerto. Su sintaxis, toda talones. Por los dogmas pasaba como escaldado. ¡Pero en aquella iglesia cantaban las aves, como en la primavera; los ojos solían llorar sin dolor y los hombres experimentaban emociones viriles!

¿Qué importaba que sus mismos feligreses creyeran exagerada la propaganda de su pastor contra la esclavitud? Ellos le habían admirado cuando,

afrontando la cólera pública, cedió su púlpito al evangelista de la abolición, a Wendell Phillips. ¡Quién ha de atreverse con el pensamiento del hombre! Y ellos fueron, como él les aconsejó, armados de garrotes. El púlpito crecía; de la nación entera venían a oír aquella palabra famosa: "¡Siga al genitío!", decían los policías a quienes les preguntaban por la iglesia. Allí solía encrespase la elocuencia del pastor, y subir, como las olas del mar, en torres de encaje. Tundir solía, como el garrote de sus feligreses. Pero era, en lo común, su discurso, coloreado y melodioso, como un fresco bosquejo por cuyos árboles de escasa altura trepan, cuajadas de flores, las enredaderas, ya la roja campánula, ya la blanca nochebuena, ya la ipomea morada. A veces un chiste brusco hacía parecer como si, por desdicha, hubiese asomado entre los florales un titiritero; pero de súbito, con arte de mago, un recuerdo de niño cruzaba volando como una paloma, e iba a esconderse, despertando a las lágrimas, en un árbol de lilas.

Corría el estilo de Beecher como las cañadas del valle, argentando la arena, meciendo las frutas caídas y las florecillas, sombreándose en las nubes que pasan, serpeando por entre las guijas relucientes, derramándose en mil canales, entrándose por los bosques de la orilla y volviendo de ellos más retozonas y traviesas. Cuando se ahondaba el camino, cuando enardecía aquel estilo la pasión, despeñábanse sus múltiples aguas, y allá iban, reunidas y potentes, con sus hojas de flores y sus guijas; mas luego que el camino se serenaba, volvía aquella agua, que no tenía fuerza de río, a esparcirse en cañadas juguetonas.

No poseyó la palabra nueva, el giro abrupto, el salto inesperado, la concreción montuosa de los creadores. El era criatura de reflejo, en quien su pueblo se manifestaba por una voz sensible y rica. Tenía de actor, de mímico, de títere. Lo gigantesco en él era la fuerza; fuerza en la cantidad y los matices de la palabra, fuerza para adorar la libertad, con una pasión frenética de mancebo. ¡Y todo se tocaba menos ella! Aquel orador, acusado con justicia de mal gusto, hallaba entonces ejemplos apropiados en el tesoro de sus impresiones de la Naturaleza; aquellos ojos azules centelleaban, y se veía en el fondo el mar; aquel predicador de gestos burdos producía sin esfuerzo arengas sublimes. Ya era una nota inesperada y vibrante, que subía hendiendo el aire y quedaba azotándolo en lo alto, como un gallardete de bronce. Ya era un magnífico puñetazo, dado con acierto mortal entre las cejas.

No recargaba el raciocinio con ornamentos inútiles, pero solía debilitar la frase por su misma abundancia. Escribió libros sin cuento, por el cebo de la paga, que llegó al millón de pesos; mas nunca fue maestro de la palabra escrita; y se buscarían en él en vano, a pesar de su amor a la Naturaleza, la expresión triste y jugosa de Thoreau y aquella lengua raizal de Emerson. No hay que buscar en él la prosa caldeada, transparente y fina de Nathaniel Hawthorne; pero eso bien se puede perdonar al que, descubriendo en todos los credos dignos del hombre el amor a éste en que todos se reúnen, desmintió la frase fanática de aquel otro Nathaniel Ward, "la polipiedad es la impiedad del mundo". La lengua inglesa, es verdad, no debe a Beecher ningún cuño nuevo, ningún ingrediente desconocido y olvidado, ningún injerto brioso. No ilustraba su asunto con anécdotas, como Lincoln, sino con sími-

les. La imagen era la forma natural de su pensamiento. El hombre era su libro. Casi puede decirse de él, aunque no en tan alto grado, lo mismo que él decía de Burns: "Fue un verdadero poeta, no creado por las escuelas, sino educado sin ayuda ni cultivo exterior". El, como Burns, pedía "una chispa del fuego de la Naturaleza": ésa era toda la ciencia que él deseaba.

Célebre era la iglesia de Plymouth en aquellos días en que, marcado en la frente por Wendell Phillips, se decidía el Norte, herido en sus derechos, a protestar al fin contra la esclavitud; un flagelo de llamas era la elocuencia de Beecher; no se salía sin llorar un solo domingo de su iglesia; exhibía en su púlpito a una niña esclava de diez años, y despertaba el horror de la nación; con las joyas que llevaban puestas libertaban otro día sus feligreses a una madre y su hija. Cuando el rufián Brooks golpeó brutalmente, en el Senado, con el puño de su bastón, al elocuente abolicionista Sumner, los magnates de Nueva York no invitaron a Beecher a protestar con ellos en su reunión solemne; pero Beecher fue a ella; lo vio el público; lo echó sobre la tribuna, abandonada por los magnates medrosos, ¡y halló en aquel instante de soberbia emoción palabras históricas que todavía flamean, tal como lloran las que dijo cuando voló la luz de Lincoln!

Mas ¿qué era el entusiasmo de sus compatriotas, el saludarlo por las calles, el llenarle el púlpito de lirios, el recibirlo en triunfo las ciudades, comparado a su gloriosa defensa de la Unión Americana en Inglaterra? Los ingleses, menos enemigos de la esclavitud que de la prosperidad de los Estados Unidos, ayudaban a los confederados. La Unión corría peligro; aquella Unión, mirada entonces como la primera prueba feliz de la capacidad del hombre para gobernarse sin tiranos. ¡No en balde, con tal causa, halló Beecher en sus debates de Inglaterra aquellos arranques portentosos! ¡Para eso se han hecho los montes, para subir a ellos! Quien ha visto abatir toros, ha visto aquella lucha. Hablaba bajo tormentas de silbidos. Las deshacía con un chiste inesperado. Su auditorio, compuesto en su mayor parte de muchedumbre sobornada e ignorante, tenía a los pocos momentos húmedos los ojos. ¡Cómo le movía, con alusiones a sus propias desdichas, las entrañas! ¡Con qué fortuna, de un revés del discurso, echaba a tierra una interrupción insolente! Era duelo mortal: él, con sus hechos, sus chistes, sus argumentos, sus cóleras, sus lágrimas; ellos, cercando su tribuna, frenéticos, enseñándole los puños, vociferando; ¡mas siempre, al fin, domados! Esgrimía, aporreaba, fulminaba. Era invencible, porque llevaba la patria por coraza. ¡Cuán fácil es lo enorme!, ¡cuán poco pesan las tareas grandiosas!

Vinieron luego los días del triunfo, cuando él, que defendió a la Unión en Inglaterra fue llamado a proclamarla en nombre de Dios sobre aquellas mismas murallas de Sumter que por primera vez la vieron abatida. Vinieron los días amargos de la política mezquina, cuando él, que había ayudado a levantar a la nación contra el Sur esclavista, pidió luego en vano, con palabras que cayeron al suelo con las alas rotas, que los vencidos entraran en la

Unión con su derecho pleno de hijos. Vinieron luego los días del escándalo, cuando a él, el pastor adorado, lo acusó el orador celoso a quien alzó a la fama y casó con una de sus feligresas, de haber deslucido la majestad de su vejez con el hurto de la mujer ajena. ¡Bien pudo ser, porque el amor de una mujer joven trastorna a los ancianos, como si volviera a llenarles la copa vacía de la vida! Sentaron al pastor en el banquillo; fue su proceso la befa nacional. Que se había insinuado en el alma de su oveja; que no había dejado el hombre a la puerta, como debe el pastor cuando va de visita a las casas; que le había bebido la mente con místicos hechizos; que había caído sobre Danae, merced a las vestiduras divinas. El jurado era un teatro; se oyeron cosas que daban vergüenza de vivir; cien mil pesos pedía Tilton, el orador celoso, por su honra; la esposa del pastor se sentó siempre a su lado, con adorable fortaleza. Protestó Beecher ante Dios, en escena dramática, de su inocencia; complaciase su acusador en darle vueltas por el lodo, como a su presa un perro envenenado. El tribunal ni absolvió ni condenó a Beecher, que, declarado por su iglesia exento de culpa, ni entonces, ni luego, abatió la cabeza. Un diario implacable ha estado en vano exigiéndole confesión con amenazas dantescas. Beecher, regocijado y rubicundo, era el primero en las juntas políticas, en las reformas, en las campañas de elecciones, en las reuniones de teatro, en los festines. La opinión, agradecida o indiferente, continuó honrando en público a aquel a quien en privado creía culpable.

Culpable pudo ser; mas su pecado será siempre menor que su grandeza. Grande ha sido, porque fustigó sin miedo a su pueblo cuando lo creyó malvado o cobarde; y, para extirpar de su país la esclavitud del hombre, hizo a su lengua himno, a su iglesia cuartel, y a su hijo soldado. Grande ha sido, porque la Naturaleza le ungió con la palabra, y aunque la usó en un oficio que apoca y estrecha, nunca la puso de disfraz de su interés, ni engañó con ella a los hombres, ni le recortó jamás las alas. Grande ha sido, porque, como el cielo se refleja en el mar con sus luminares y tinieblas, su pueblo, que es aún la mejor casa del derecho, se reflejó en él como era: amigo del hombre y ciclópeo. Grande ha sido, porque, creado a los pechos de una secta, no predicó el apartamiento de la especie humana en religiones enemigas, sino el concierto de todo lo creado en el amor y la alegría, el orden de la libertad y la ventura de la muerte. Y cuando salió de su iglesia para no volver a ella jamás, a la hora en que el sol de la tarde coloreaba el pórtico con su última luz, iba de la mano de dos niños.

WENDELL PHILLIPS ¹

LA TIERRA TIENE sus cráteres; la especie humana, sus oradores. Nacen de un gran dolor, de un gran peligro o de una gran infamia. Hay cierta pereza en las almas verdaderamente grandes, y cierto horror al empleo fútil, que las lleva a preferir la obscuridad solemne a la publicidad y caracoleo por causas menores. La fuerza oratoria, como la fuerza heroica, está esparcida acá y allá por los pechos de los hombres; tal como en espera de guerra reposan en las almenas formidables de los castillos, para cubrirse tal vez de orín si no hay caso de lidia, cañones gigantescos que de un aliento acostarán mañana un buque. Pero los oradores, como los leones, duermen hasta que los despierta un enemigo digno de ellos. Balbucean y vacilan cuando, errante la mente en palacios vacíos, obligan su palabra desmayada a empleos pequeños; pero si se desgajara de súbito un monte, y de su seno saliese, a azotar con sus alas el cielo lóbrego, colérico y alborotado, bandada incólume de águilas blancas, no sería más hermoso el espectáculo que el que encubre el pecho de un orador honrado cuando la indignación, la indignación fecunda y pura, desata el mar dormido, y lo echa en olas roncadas, espumas crespas, rías anchurosas, gotas duras y frías, sobre los malvados y los ruines. Así, de ira de ver aplaudidos por un prohombre del Estado de Massachusetts a los asesinos del reverendo Lovejoy, que defendía en el primer tercio del siglo la justicia de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos; así, encendido todavía el rostro en la sagrada ira con que meses atrás había visto, desde su bufete de abogado joven y rico, a una caterva de bostonianos acaudalados que de una cuerda que habían atado alrededor del pecho del abolicionista

¹ En *La América* de mayo de 1884 apareció la siguiente nota de Martí sobre el primero de estos dos trabajos:

"Acaso recuerdan los lectores de *La América* que en el número de marzo se publicó en este periódico un artículo en que, como de pasada y muy en concreto, se reseñaba la extraordinaria y limpia vida de Wendell Phillips, el famoso orador norteamericano, que mereció bien su fama, puesto que, si fueron de oro sus palabras, todavía más de oro fueron sus hechos. Un orador brilla por lo que habla; pero definitivamente queda por lo que hace. Si no sustenta con sus actos sus frases, aun antes de morir viene a tierra, porque ha estado de pie sobre columnas de humo.

"En los Estados Unidos es famoso, como una especie de Charles Lamb, para los norteamericanos, el escritor y orador George W. Curtis, por su cincelado estilo, su juicio sano, su lenguaje, que no rehúye imágenes, y cierta puritánica entereza, que luce aquí tanto más cuanto que ya quedan pocos que la posean. Más culto escritor y más elegante orador no lo tienen ahora los Estados Unidos, que por estas razones lo eligieron para pronunciar el elogio fúnebre de Wendell Phillips. Lo pronunció, y es como suyo: en estilo, un modelo; en espíritu, amoroso; en su crítica, justo. Tiénese el elogio como el veredicto que los Estados Unidos pronuncian definitivamente sobre la vida del abolicionista formidable.

"Como con las razas varían los criterios, y como *La América* peca más de amante que de insidiosa, hubiéramos temido, y temíamos, que nuestra apreciación de Wendell Phillips difiriese grandemente de la que en justicia hicieran de él los hombres de su propio pueblo. Pero ahora no sólo vemos con gozo que en todos sus puntos coinciden, tanto en la alabanza como en las razones que damos para algunas deficiencias del orador, el juicio de *La América* y el de George W. Curtis, sino que este caballero se sirve decirnos en carta bondadosa: 'Me es sumamente agradable ver que en nada difieren la apreciación de Vd. y la mía sobre el gran orador'."

Lloyd Garrison lo llevaban arrastrando por las calles, como a una bestia inmundada; así, bello, como si en la mano le centellease una espada de fuego; tremendo, como si la frente magnífica le coronasen las serpientes sagradas de la profecía; pujante, como quien de una sola arremetida de los hombros, cual bisonte a ovejas, dispersa y acorrala; así, para marcar con letras negras en la frente a los que, en una junta llamada a censurar a los matadores de un abolicionista, osaban defender la legalidad de la esclavitud y la justicia de la muerte, se reveló con tamaños extremos y amor sumo el orador Wendell Phillips a los bostonianos. Acaba de morir, y todavía no le ha nacido un émulo.

¡Qué brío!, ¡qué pompa!, ¡qué anatema!, ¡qué flagelo! Maceradas se hubieran visto aquella noche las espadas de los esclavistas, si las hubiesen desnudado de sus ropas. Era una ola encendida que les comía los pies, y les llegaba a la rodilla, y les saltaba al rostro; era una grieta enorme, de dentadas mandíbulas, que se abría bajo sus plantas; como elegante fusta de luz era, que remataba en alas; era como si un gigante celestial desgajase y echase a rodar sobre la gente vil tajos de monte.

Treinta años habían de pasar aún para que la redención se realizase. Por lo que otros vencieron luego como héroes, murió el viejo John Brown de Ossawatomie, como un malvado, en un patíbulo. Por lo que más tarde sacó millones de hombres a rabiosa pelea, Wendell Phillips peleó treinta años, solo. Fue magnífico verle, como dama numantina que echa al épico fuego todas sus joyas, romper —por no jurar lealtad a una Constitución que parecía prohibir el vil derecho de los amos de esclavos— su título laborioso de abogado. Vio aquella ofensa humana, y se hizo hierro ardiente para secarla. El era rico; era de ilustres padres; era de universidad famosa; era de culta, diestra y armoniosísima palabra; era estudioso, impetuoso, ambicioso, ágil; ¡parecía que la tierra lo recibía en casa de fiesta, y todo iba a ser para él éxito, paga, puesto público, fama fácil, gloria brillante, carroza de oro! Pero era de esa raza de hombres radiantes, atormentados, erguidos e ígneos, comidos del ansia de remediar los dolores humanos. Y ¡qué arreos le dio Naturaleza para la batalla! Parece que, de no sentirse en pueblo sensible a lo grandioso, había hallado manera de acomodar su palabra, abundante y segura, a las artes menores que seducen a auditorios incultos y vulgares; chisteaba, anecdotaba, digredía, ridiculizaba, maceaba, hendía de un juicio acre a su enemigo. Pero por encima del gusto burdo, en aquella época sobre todo, de la nación que le cupo en suerte; por encima de su voluntad misma generosa, que a la propia gloria prefería el triunfo de la idea con que, más que con su mujer misma, se había desposado; por encima de los hábitos nacionales y los intentos previos, hinchábase de súbito su oratoria como las nubes en tormenta, y de acá alzaba el mar, de allá lo vertía en lluvia sonora; y parecía venirse sobre el público, como cerrada nube negra, y abrirse en rayos. Era en una parte su discurso como llovizna de flechas, todas cortas y agudas; plática, en otra, popular y amena, que le traía la atención, estima y juicio del vulgo; párrafos, en otras, que, como lienzo encogido a vientos magnos, se hinchaba, redondeaba, adelantaba y crecía, y se abría al cabo en alas.

Mas no salía el vibrante discurso de sus labios con ese aparato fragoroso,

verba plena ondeante y cabellera de relámpagos con que deslumbra y asombra, como si una selva o una tempestad se humanaran y hablasen, la elocuencia hispanoamericana; sino de suave, firme y penetrante modo, como si de antemano trajese estudiados el lugar y el alcance de la herida, y con deliberado movimiento y mano fría hundiese el arma en la víctima elegida. Maestro saetero de los tiempos de casco mitrado parecía, que cuando escogía de blanco un roble, lo vestía, como de un manto a un desnudo, de saetas.

No tuvo aquella amplitud, catolicidad, ciencia de vida, desapasionamiento de juicio y tolerancia, que son menester para dar opinión viable, aun en detalles mínimos, sobre las cosas humanas; que sólo el que concibe bien el conjunto puede legislar en el accidente, que es su abreviación y suma. No hirvió por largos años, como el orador que ha de influir en su pueblo debe, en esta artesa colosal de hombres, donde se sazona, al fuego de la vida, la inteligencia, y cuecen las pasiones. Ni clavó, como el Dante, el diente trémulo, sentado en los peldaños del palacio ajeno, en el pan salado de otros. No le enseñó la vida aquella melancólica indulgencia, artes de tránsito y ajuste, y moderación saludable que ella enseña; vino de súbito a vivir entre los hombres, menores de espíritu en su mayoría, con todas las dotes sublimes y funestas de los mayores de espíritu. La pobreza, el destierro, la oscuridad del nacimiento, las amarguras del noviciado, toda esa levadura de la vida, que la pone a punto y acendra, para él no contó. Su natural encumbramiento, su ansia de darse y de esparcirse, su afán de atraer a todos a su cumbre, por lo que andaba siempre, con mengua de su misma vida, colgado al borde de los abismos, con un brazo defendiéndose de los que lo empujaban a ellos, y con el otro levantando de ellos a los buitres, y azotando con los que se asían de su mano, como con un ramo de sarmientos, el rostro de los egoístas; su ternura abundante, y como oceánica; su violenta necesidad del propio sacrificio en bien ajeno; su supramundo, en suma, no mermado en su niñez por carencia, ni alarmado por anuncio humano alguno, no se corrigieron ni bajaron de quilate, como ha de bajárseles si se les quiere hacer encajar en la existencia diaria, sino que se precipitaron y encumbraron, por el comercio entusiasta con grandes hombres y robustos libros, en que el heroísmo y la imaginación campean; de modo que sólo lo sobrenatural —que ha de dirigir finalmente, pero que no puede dirigir inmediatamente lo natural— llegó a ser natural para Wendell Phillips.

Un día, y como quien recibe una bofetada en el rostro, vio aquel hombre, condensación —como toda criatura superior— del espíritu humano, pasar, arrastrado de una cuerda, por ante sus ventanas, a otro hombre, por el delito de compadecer a los esclavos y ser bueno. Así como, para arremeter en lucha armada a un enemigo fuerte, se concentran, con desusada energía, casi maravillosa, todas las fuerzas, de modo que el empuje no sea menos que el riesgo que las espera y el adversario que las alza, así ante el crimen de la esclavitud, legalizado y practicado en la mitad de los Estados de la Unión, auxiliado por gran parte del Norte e infiltrado, a manera de sangre venenosa, en toda la nación, se recogieron por instantáneo y culminante esfuerzo las potencias y bríos de Wendell Phillips, para oponer a aquella infamia inmensa enemigo capaz de sujetarla y abatirla; así, a ser animada, se levantaría la

tierra en monte cuando viera venir sobre ella, en hombros de la tormenta arrasadora, el mar desatentado. Toda la luz de su espíritu la puso de modo que enseñase bien los antros de aquella institución tan infamante que enloquece y hace llorar, de ver cómo vuelve viles, pacientes e insensibles a los más claros hombres. Y como antros tan grandes requerían, para ser bien escrutados, luz tan poderosa, toda la de Phillips se fue a ellos, y quedó como sin luz, o con porción escasa para todas las cosas de la vida que no fuesen la liberación del espíritu del hombre, deseo febril de las almas soberanas. Otros añaden al mérito que viene del ansia de redimir, el de sofocarla y no dejarla ver entera, para levantar así tormenta menor entre la gente usual, y hacer más inmediata su eficacia. Phillips ni debió, ni pudo. A otros, terciar, vadear, tentar, retroceder, conceder, empalmar, juntar orillas, echar puentes; a él, con clarines de oro, despertar al horrible monstruo, y mantenerlo siempre en pie, para que todo el mundo lo viera. Su defecto, pues, fue defecto de exceso; y él fue como debió ser, dada su naturaleza y la de su nación en su tiempo.

De aquel supremo deleite que viene de la visión constante de la propia alma consagrada al bien ajeno; de aquel permanente ímpetu en que mantiene el amor vivo a la justicia a los espíritus preclaros; de aquel útil desdén y legítima arrogancia con que a las turbas interesadas, torpes, equivocadas o coléricas, afrontan los que se sienten poseídos de la palabra magna y pura, que quemándoles les viene, como de una cruz hecha del fuego de las estrellas, de vehemente e incondicional amor al hombre; de la certeza misma del tamaño y poder de la institución que combatía, y del oportuno sacrificio de la gloria que, para lograrla mayor y definitiva acaso, consuman los oradores honrados, se originaban en Wendell Phillips el perpetuo e intenso brío, la solemne y altilocuente plática, la serena e incontrastable arremetida, la posesión de sí extraña y perfecta; y su soberbia y poderosa calma ante los clamores y hostilidades de la muchedumbre. Poco menos que arrastrado fue por las calles; poco menos que lapidado fue en juntas públicas. "La canalla de levita", como él, con crudeza y desembarazo yanquis, la llamaba; la gente de Boston amiga de los esclavistas, y la de todas partes de la Unión Americana, que quería deshacer Phillips si había de seguir juntando a los Estados cemento tal de "sangre y fango", cual la Constitución, que, a juicio de él, como al de Calhoun del Sur y sus secuaces, prohibaba y mantenía el derecho de poseer esclavos; los amigos fervientes de la Unión; los aliados por miedo, preocupación o conveniencia de los propietarios del Sur, llenaban los teatros en que hablaba Phillips, y lo voceaban y silbaban a su aparición; lo denostaban como a un traidor nacional o un demagogo odioso, hasta que a poco, como que habían tenido alzados los brazos en amenaza y alboroto, sentían que por el pecho descubierto se les había entrado el arma fina, a raíz de la tetilla; y se les oía cejar y crujir, como una fiera herida y deshuesada. Aguila parecía, luchando con gorriones. Si a una frase suya, como fiera que va a acometer, se revolvió y contestaba con un clamor de cólera la muchedumbre, no bien expiraba a sus pies el rugido, les repetía con lentitud e intensidad más grandes la frase condenada. Y con más recia furia, como a un golpe del látigo del domador, reclamaba el concurso y se agitaba. Y con fuerza mayor

y mayor calma, como quien hunde una espada hasta el pomo, o fríamente echa el guante a la cara a su enemigo, decíales otra vez, como si fuera acero ya de muchas hojas, la frase temida; hasta que, respetuosa al fin la muchedumbre, les dejaba la frase bien clavada.

Esa fue su vida: ministerio sereno de justicia.

Ese fue su espíritu, a la liberación de los esclavos consagrado, por ser el mal visible y urgente, en su época primera; y luego, aunque por ello se alejasen de él como de enemigo abominable los hipócritas, los poderosos y los ricos, a la liberación de todos los tristes y desamparados de la Tierra, a la defensa de todos los que, aun cuando de modo violento, excusado sólo por los extremos de la acción despótica, se rebelaban, por miseria extrema o cólera santa, contra los detentadores del hombre.

Ese fue su carácter; que tan seguro de la suprema justicia del amor a los hombres vehemente y desinteresado estaba, que jamás entendió el uso de la libertad contra la libertad, ni derecho contra el derecho; ni tachó de menos que de participio en la iniquidad todo recurso medio e incompleto, toda espera y lentitud, prudentes acaso, aunque repugnantes; toda arte de compromiso con las maldades que azotaba.

Esa fue su representación, no la de esas profundas y monumentales personalidades en que, como en grandes moles de piedra, se vacían, en su época de hervor y superabundancia, las condiciones distintivas de una época o un pueblo; ni la de esas incontrastables, derrumbadoras, tremendas y lumíneas en que —como si todo el dolor que destilan en noches cruentas y días mudos los hombres oprimidos se condensase y castigara— toman brazo y espada, y abrasadora lengua, dolores y abusos que han durado siglos; ni fue de esos tonantes y parleros, gigantescos, resplandecientes y voltarios, en que en sus horas de revuelta y acción pública, como en pujante y servicial agente que los refleja y acomoda, se entregan, por períodos nunca largos, los pueblos en desquiciamiento o en reenquicio; sino que fue Phillips de aquellos seres sumos que, venidos a la Tierra con las condiciones todas que dan derecho natural a la grandeza humana, el mando y el goce, a la vida sedosa, muelle y llana, a la gloria pacífica, áurea y cómoda, hizo con todo un haz ardiente y lo puso bajo los pies de los malvados. Se privó de sí, por darse. Y soberano de naturaleza, como vio que las gentes de corte no eran buenas, cambió la púrpura por el sayal de paño pardo, y el látigo por el cayado, y caminó del lado de los humildes.

Y ésa fue su oratoria: afilada, serena, flameante, profética, tudente, aristofánica.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

MARK TWAIN (Fragmento)

MARK TWAIN ESCRIBE libros de reír, henchidos de sátira, en donde lo cómico no viene de presentar gente risible y excesiva, sino de poner en claro, con cierta picardía de inocente, las contradicciones, ruindades e hipocresías de la gente común, y en contrastar, con arte sumo, lo que se afecta pensar y sentir, y lo que se piensa y siente. Pero lo hace de tan suelta manera, y con tan poco aire de dómine, que la gente se ríe de sí misma, al verse sorprendida en su interior, como niño a quien al punto de hurtar fresas de la cesta, alcanza a ver la madre cariñosa. Sus ideas le vienen directamente de la vida; y aunque bien se ve en sus libros la maña del letrado, no es de aquellos que por parecer culto, monda, tijeretea y recorta sus ideas, como si dama alguna en tren de baile fuera más bella que la Venus de Milo.

¿De qué nace, sino de desatentada coquetería, ese callar o desfigurar lo que se ve por sí propio, en el afán de demostrar que se está en cuenta de lo que otros dijeron? Bueno es saberlo y aprovecharlo; pero con ser un índice de su tiempo, no se pasará a los venideros. Mire cada uno por sí, y escriba por sí, y entre en sí por luz, y palpe en sí y en su torno la naturaleza.

De impresiones viven las letras, más que de expresiones. ¡Escombros, escombros! Todas esas frases rellenas, todos esos abalorios históricos, todos esos paramentos literarios, ¿qué dejan en quien lee, sino la presunción de que el escritor es sabihondo? Narciso no se ha de ser en las letras, sino misionero. No se ha de escribir para hacer muestra de sí, y abanicar como el pavón la enorme cola; sino para el bien del prójimo, y poner fuera de los labios, como un depósito que se entrega, lo que la naturaleza ha puesto del lado adentro de ellos. Los motivos, los abominables y ruidosos motivos, se han puesto de moda en la literatura como en la música.

Este frasea la inspiración de aquél, y la diluye, la infla, la dora. Andan por el aire las ideas del siglo, porque cada siglo tiene su atmósfera de ideas: se las recoge en una cucharilla literaria: y se las presenta, inermes y pomposas, sin aquel brío, color e influjo que tienen las ideas vivas, surgidas, como un ave del nido sorprendido, de cada tajo en el pecho, o noche del cerebro, que trae luego la luz. Oficio de dorador se hace ahora en las letras: urge que se haga oficio de minero. Las manos duelen más; pero se saca, con las manos fuertes, metal puro. Sobran los ejecutantes y los ornamentistas. No es Mark Twain, a pesar de su fama, en el mundo de las letras, luz mayor; pero brilla con la suya, que es hoy cualidad rara, y merece su renombre, que es mucho, en Europa y América. No lo trajeron a vivir de la mano, ni le dieron mujer hermosa y buena, ni le pusieron casa y coche, como era en nuestras tierras regalonas uso, no bien salía del aula, con la muceta encarnada o amarilla, el caballero joven de la casa.

Empezó de impresor. Las aventuras le hablaban al oído, y se hizo hombre de mar: lo lleva aún en el rostro sonrosado y fresco. En el Mississippi tomó su nombre de escribir, porque lo original le cautivaba. "Mark Twain", decía la voz de mando muchas veces: "En dos brazas", y no bien empezó,

con su burlón desembarazo, a contar lo que había visto por el mundo y a sacar de dentro del hombre visible, el hombre verdadero, lo firmó con el grito del Mississippi: "Mark Twain". Luego anduvo, de secretario de un hermano, por tierras de minas, donde la gente se acuesta sobre una veta de oro, y se despierta con un puñal al pecho.

Ha estado en los talleres encendidos, donde el país se fragua: con los que yerran, con los que enamoran, con los que roban, con los que viven en soledad y la pueblan; con los que construyen. El vagar le placía, y luego que había visto al hombre en un lugar, se iba de él, ganoso de observarlo en otro. Tiene el hábito de guiñar los ojos, como para ver mejor, o para que no le adivinen en la mirada sus pensamientos. Conoce a los hombres, y el empeño que ponen en ocultar o disfrazar sus defectos; y se divierte en contar las cosas de manera que el hombre real, hipócrita, servil, cobarde, lascivo, caiga de la última frase de su cuento, como de las manos de un payaso el polichinela con que juega. Y se asoma a su frase a verlo caer.

Dibuja con carbón, pero con líneas rápidas y firmes. Entiende el poder de los adjetivos, los adjetivos que ahorran frases, y los apila sobre un carácter de manera que el hombre descrito echa a andar, como si estuviera vivo. De la práctica de ver le ha venido la seguridad en describir. Hay espíritus crédulos y ardientes, que lo ven todo, a la luz de sus propias llamas, o entre sus propias nubes, disparatado, enorme o deforme, falso o confuso: hay otros espíritus, como el de Mark Twain, incrédulos de puro experimentados, y aquietados, en fuerza acaso del padecimiento: y éstos lo ven todo en su tamaño natural, por más que a veces, como el defecto de su cualidad, no les sea dable adivinar las alas de las cosas. Le han dado fama, y cuatrocientos mil pesos de provecho, sus libros de viajes. Dice sus chistes como quien no los quiere decir, y los produce sin intención de causar mal.

No le gusta enseñarse, para que los hombres no se recaten de él, y le escondan el carácter que él, con arte de buen cazador, les excita y espía. Debe tener, y creo que tiene, la melancolía incurable de todos los que conocen a los hombres profundamente. Casó con mujer rica, y ha estado en las Islas Sandwich, por toda Europa, por Egipto, por la Palestina. Lo insensato y lo hipócrita le mueven inevitablemente la pluma. Su chiste tiene de su propia vida la originalidad y la burdez. Lo ha ejercitado mucho tiempo entre gente elemental, y él ha debido ser calavera entre ellos, por lo que en todas sus páginas asoma el vulgo. Más tiene de Kock que de Chamfort. Pero sobre ellos tiene un exquisito sentido de la naturaleza, que a estar servido con más delicados pinceles, habría engendrado copias gloriosas. Su propia persona, chisteando y burlando, empequeñece sus vívidas pinturas.

No vaya a ver a Atenas de noche, si no quiere ir, el que lea el cuadro en que Mark Twain la pinta, que es tal, que se la ve: ni vaya a las Pirámides: acomete el contar cómo, estando en el tope de una de ellas, apostó uno de los guías que bajaría de allí y subiría a la cumbre de la pirámide próxima, y de ella volvería a la cumbre en que estaban, en diez minutos. Y echa a correr el árabe veloz; lo pinta bajando a trancos; lo suelta en la llanura ardiente: ya lo ve como un perro: ya lo ve como una paloma: ya lo ve como una mosca: no le ve ya: ve un punto negro rampando pirámide arri-

ba: sube: llega: saluda: baja: echa a correr de nuevo: ya toca a la base de la pirámide: ya vuelve como el viento: ya está otra vez en el tope y ha ganado la apuesta: no han pasado aún diez minutos. En veinte renglones apenas cuenta Mark Twain todo esto, y aunque no lo describe hilo a hilo, se ve la soledad magnífica, el sol quemante, la pirámide grande, la distancia que las separa, la arena arremolinada, el alboroz que flota.

Escribe novelas, todavía no bien cuajadas. Recita, como de mala gana y de corrido, incidentes de su vida o episodios de sus obras: sale de bastidores como cojeando y aburrido: dice su cuento al público como pudiera a sus propios hijos para entretenerlos y verse libre de ellos. En estas recitaciones, al chiste del pensamiento añade el que irresistiblemente produce el contraste de sus cuadros cómicos y exageradas descripciones con el tono malhumorado, nasal e imperturbable con que las recita. No logra efecto en chistes cortos, sino que los diluye y extiende por la masa, porque su picor no está en la felicidad de la expresión, que suele ser violenta cuando la busca o dilata; sino en la justicia de su crítica, y en la manera con que contrapone las apariencias y los sentimientos. Dejarse caer y vagabundear le han complacido y servido siempre, y en los títulos de sus mejores libros se revelan este método y tendencias suyos: "Los Inocentes en Viaje"; "Los Inocentes en Casa"; "Un Vagabundo en Viaje", que lleva por cierto un tira-beque ingeniosísimo.

A veces, sobre un átomo, alza y hace danzar, con prodigios de equilibrista, una tromba de chistes. El *Figaro* de París se regala en sus libros, y lo traduce y celebra: por la fineza de estilo no es, que él conoce a su pueblo, y no se quiere fino, sino por la sutileza de la observación. Peina melena cana: los ojos acusan experiencia, profundidad y picardía; la nariz, aguileña y luega, preside un mostacho marcial: el resto del rostro, de color sano, lo lleva lampiño: echa la cabeza hacia adelante, como quien escudriña: y es subido de espaldas, como si hubiera decidido encogerse para siempre de hombros. Así es Mark Twain, o Samuel Clemens, el primer humorista norteamericano.

La Nación. Buenos Aires, 11 de enero de 1885.

EL POETA WALT WHITMAN¹

Fiesta literaria en Nueva York. — Vejez patriarcal de Whitman. — Su elogio a Lincoln y el canto a su muerte. — Carácter extraordinario de la poesía y lenguaje de Whitman. — Novedad absoluta de su obra poética. — Su filosofía, su adoración del cuerpo humano, su felicidad, su método poético. — La poesía en los pueblos libres. — Sentido religioso de la libertad. — Desnudeces y profundidad del libro prohibido de Whitman.

Nueva York, 19 de abril de 1887

SEÑOR DIRECTOR de *El Partido Liberal*:

“Parecía un dios anoche, sentado en su sillón de terciopelo rojo, todo el cabello blanco, la barba sobre el pecho, las cejas como un bosque, la mano en un cayado.” Esto dice un diario de hoy del poeta Walt Whitman, anciano de setenta años a quien los críticos profundos, que siempre son los menos, asignan puesto extraordinario en la literatura de su país y de su época. Sólo los libros sagrados de la antigüedad ofrecen una doctrina comparable, por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas emite, a manera de bocanadas de luz, este poeta viejo, cuyo libro pasmoso está prohibido.

¿Cómo no, si es un libro natural? Las universidades y latines han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen; en vez de echarse unos en brazos de los otros, atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropeándose como placeras, por diferencias de mero accidente; como el budín sobre la budinera, el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar o la moda de su tiempo; las escuelas filosóficas, religiosas o literarias, encogullan a los hombres, como al lacayo la librea; los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando su hierro; de modo que, cuando se ven delante del hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente —del hombre que camina, que ama, que pelea, que rema—, del hombre que, sin dejarse cegar por la desdicha, lee la promesa de final ventura en el equilibrio y la gracia del mundo; cuando se ven frente al hombre padre, nervudo y angélico de Walt Whitman, huyen como de su propia conciencia y se resisten a reconocer en esa humanidad fragante y superior el tipo verdadero de su especie, descolorida, encasacada, amuñecada.

Dice el diario que ayer, cuando ese otro viejo adorable, Gladstone, acababa de aleccionar a sus adversarios en el Parlamento sobre la justicia de conceder un gobierno propio a Irlanda, parecía él como mastín pujante, erguido sin rival entre la turba, y ellos a sus pies como un tropel de dogos. Así parece Whitman, con su “persona natural”, con su “naturaleza sin freno en original energía”, con sus “miríadas de mancebos hermosos y gigantes”, con su creen-

¹ Publicado también en *La Nación*; Buenos Aires, 26 junio 1887.

cia en que "el más breve retoño demuestra que en realidad no hay muerte", con el recuento formidable de pueblos y razas en su "Saludo al mundo", con su determinación de "callar mientras los demás discuten, e ir a bañarse y a admirarse a sí mismo, conociendo la perfecta propiedad y armonía de las cosas"; así parece Whitman, "el que no dice estas poesías por un peso"; el que "está satisfecho, y ve, baila, canta y ríe"; el que "no tiene cátedra, ni púlpito, ni escuela", cuando se le compara a esos poetas y filósofos canijos, filósofos de un detalle o de un solo aspecto; poetas de aguamiel, de patrón, de libro; figurines filosóficos o literarios.

Hay que estudiarlo, porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo. En su casita de madera, que casi está al borde de la miseria, luce en una ventana, orlado de luto, el retrato de Víctor Hugo; Emerson, cuya lectura purifica y exalta, le echaba el brazo por el hombro y le llamó su amigo; Tennyson, que es de los que ven las raíces de las cosas, envía desde su silla de roble en Inglaterra, ternísimos mensajes al "gran viejo"; Robert Buchanan, el inglés de palabra briosa, "¿qué habéis de saber de letras —grita a los norteamericanos—, si estáis dejando correr, sin los honores eminentes que le corresponden, la vejez de vuestro colosal Walt Whitman?".

"La verdad es que su poesía, aunque al principio causa asombro, deja en el alma, atormentada por el empuñamiento universal, una sensación deleitosa de convalecencia. El se crea su gramática y su lógica. El lee en el ojo del buey y en la savia de la hoja." "¡Ese que limpia suciedades de vuestra casa, ése es mi hermano!" Su irregularidad aparente, que en el primer momento desconcierta, resulta luego ser, salvo breves instantes de portentoso extravío, aquel orden y composición sublimes con que se dibujan las cumbres sobre el horizonte.

El no vive en Nueva York, su "Manhattan querida", su "Manhattan de rostro soberbio y un millón de pies", a donde se asoma cuando quiere entonar "el canto de lo que ve a la Libertad"; vive, cuidado por "amantes amigos", pues sus libros y conferencias apenas le producen para comprar pan, en una casita arrinconada en un ameno recodo del campo, de donde en su carruaje de anciano le llevan los caballos que ama a ver a los "jóvenes forzudos" en sus diversiones viriles, a los "camaradas" que no temen codearse con este iconoclasta que quiere establecer "la institución de la camaradería", a ver los campos que crían, los amigos que pasan cantando del brazo, las parejas de novios, alegres y vivaces como las codornices. El lo dice en sus "Calamus", el libro enormemente extraño en que canta el amor de los amigos: "Ni orgías, ni ostentosas paradas, ni la continua procesión de las calles, ni las ventanas atestadas de comercios, ni la conversación con los eruditos me satisface, sino que al pasar por mi Manhattan los ojos que encuentro me ofrezcan amor; amantes, continuos amantes es lo único que me satisface". El es como los ancianos que anuncia al fin de su libro prohibido, sus "Hojas de Yerba": "Anuncio miríadas de mancebos gigantescos, hermosos y de fina sangre; anuncio una raza de ancianos salvajes y espléndidos".

Vive en el campo, donde el hombre natural labra al Sol que lo curte, junto a sus caballos plácidos, la tierra libre; mas no lejos de la ciudad amable y férvida, con sus ruidos de vida, su trabajo graneado, su múltiple epopeya, el polvo de los carros, el humo de las fábricas jadeantes, el Sol que lo ve todo, "los gañanes que charlan a la merienda sobre las pilas de ladrillos, la ambulancia que corre desalada con el héroe que acaba de caerse de un andamio, la mujer sorprendida en medio de la turba por la fatiga augusta de la maternidad". Pero ayer vino Whitman del campo para recitar, ante un concurso de leales amigos, su oración sobre aquel otro hombre natural, aquella alma grande y dulce, "aquella poderosa estrella muerta del Oeste", aquel Abraham Lincoln. Todo lo culto de Nueva York asistió en silencio religioso a aquella plática resplandeciente, que por sus súbitos quiebros, tonos vibrantes, hímica fuga, olímpica familiaridad, parecía a veces como un cuchicheo de astros. Los criados a leche latina, académica o francesa, no podrían, acaso, entender aquella gracia heroica. La vida libre y decorosa del hombre en un continente nuevo ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo al mundo en epodos atléticos. A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vio jamás la Tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta, como el Sol del mar, incendiando las nubes; bordeando de fuego las crestas de las olas; despertando en las selvas fecundas de la orilla las flores fatigadas y los nidos. Vuela el polen; los picos cambian besos; se aparejan las ramas; buscan el Sol las hojas, exhala todo música; con ese lenguaje de luz ruda habló Whitman de Lincoln.

Acaso una de las producciones más bellas de la poesía contemporánea es la mística trenodia que Whitman compuso a la muerte de Lincoln. La Naturaleza entera acompaña en su viaje a la sepultura el féretro llorado. Los astros lo predijeron. Las nubes venían ennegreciéndose un mes antes. Un pájaro gris cantaba en el pantano un canto de desolación. Entre el pensamiento y la seguridad de la muerte viaja el poeta por los campos conmovidos, como entre dos compañeros. Con arte de músico agrupa, esconde y reproduce estos elementos tristes en una armonía total de crepúsculo. Parece, al acabar la poesía, como si la Tierra toda estuviese vestida de negro, y el muerto la cubriera desde un mar al otro. Se ven las nubes, la Luna cargada que anuncia la catástrofe, las alas largas del pájaro gris. Es mucho más hermoso, extraño y profundo que "El Cuervo" de Poe. El poeta trae al féretro un gajo de lilas.

Su obra entera es eso.

Ya sobre las tumbas no gimen los sauces; la muerte es "la cosecha, la que abre la puerta, la gran reveladora"; lo que está siendo, fue y volverá a ser; en una grave y celeste primavera se confunden las oposiciones y penas aparentes; un hueso es una flor. Se oye de cerca el ruido de los soles que buscan con majestuoso movimiento su puesto definitivo en el espacio; la vida es un himno; la muerte es una forma oculta de la vida; santo es el sudor y el entozoario es santo; los hombres, al pasar, deben besarse en la mejilla; abrácese los vivos en amor inefable; amen la yerba, el animal, el aire, el mar, el dolor, la muerte; el sufrimiento es menos para las almas que el amor posee; la vida no tiene dolores para el que entiende a tiempo

su sentido; del mismo germen son la miel, la luz y el beso; ¡en la sombra que resplande en paz como una bóveda maciza de estrellas, levántase con música suavísima, por sobre los mundos dormidos como canes a sus pies, un apacible y enorme árbol de lilas!

Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus crónicas y sus décadas. No puede haber contradicciones en la Naturaleza; la misma aspiración humana a hallar en el amor, durante la existencia, y en lo ignorado después de la muerte, un tipo perfecto de gracia y hermosura, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de vida que atravesamos parecen desunidos y hostiles. La literatura que anuncie y propague el concierto final y dichoso de las contradicciones aparentes; la literatura que, como espontáneo consejo y enseñanza de la Naturaleza, promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las penurias y fealdades de la existencia no las descorazonen ni acibaren, no sólo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿A dónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la Naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales las que deben servirles de meros instrumentos y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo bello y grandioso.

La libertad debe ser, fuera de otras razones, bendecida, porque su goce inspira al hombre moderno —privado a su aparición de la calma, estímulo y poesía de la existencia— aquella paz suprema y bienestar religioso que produce el orden del mundo en los que viven en él con la arrogancia y serenidad de su albedrío. Ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos.

Creáis la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vues-

tras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del Universo.

Oíd lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho; oíd a Walt Whitman. El ejercicio de sí lo encumbra a la majestad, la tolerancia a la justicia, y el orden a la dicha. El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que sólo ve la prisión que la encierra y cree, en la oscuridad, que aquello es el mundo; la libertad pone alas a la ostra. Y lo que, oído en lo interior de la concha, parecía portentosa contienda, resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo.

El mundo, para Walt Whitman, fue siempre como es hoy. Basta con que una cosa sea para que haya debido ser, y cuando ya no deba ser, no será. Lo que ya no es, lo que no se ve, se prueba por lo que es y se está viendo; porque todo está en todo, y lo uno explica lo otro; y cuando lo que es ahora no sea, se probará a su vez por lo que esté siendo entonces. Lo infinito colabora para lo infinito, y todo está en su puesto, la tortuga, el buey, los pájaros, "propósitos alados". Tanta fortuna es morir como nacer, porque los muertos están vivos; "¡nadie puede decir lo tranquilo que está él sobre Dios y la muerte!". Se ríe de lo que llama desilusión, y conoce la amplitud del tiempo; él acepta absolutamente el tiempo. En su persona se contiene todo: todo él está en todo; donde uno se degrada, él se degrada; él es la marea, el flujo y reflujo; ¿cómo no ha de tener orgullo en sí, si se siente parte viva e inteligente de la Naturaleza? ¿Qué le importa a él volver al seno de donde partió, y convertirse, al amor de la tierra húmeda, en vegetal útil, en flor bella? Nutrirá a los hombres, después de haberlos amado. Su deber es crear; el átomo que crea es de esencia divina; el acto en que se crea es exquisito y sagrado. Convencido de la identidad del Universo, entona el "Canto de mí mismo". De todo teje el canto de sí: de los credos que contienen y pasan, del hombre que procrea y labora, de los animales que le ayudan, ¡ah!, de los animales, entre quienes "ninguno se arrodilla ante otro, ni es superior al otro, ni se queja". El se ve como heredero del mundo.

Nada le es extraño, y lo toma en cuenta todo, el caracol que se arrastra, el buey que con sus ojos misteriosos lo mira, el sacerdote que defiende una parte de la verdad como si fuese la verdad entera. El hombre debe abrir los brazos, y apretarlo todo contra su corazón, la virtud lo mismo que el delito, la suciedad lo mismo que la limpieza, la ignorancia lo mismo que la sabiduría; todo debe fundirlo en su corazón, como en un horno; sobre todo, debe dejar caer la barba blanca. Pero, eso sí, "ya se ha denunciado y tonteado bastante"; regaña a los incrédulos, a los sofistas, a los habladores; ¡procreen en vez de querrellarse y añadan al mundo! ¡Créese con aquel respeto con que una devota besa la escalera del altar!

El es de todas las castas, credos y profesiones, y en todas encuentra justicia y poesía. Mide las religiones sin ira; pero cree que la religión perfecta está en la Naturaleza. La religión y la vida están en la Naturaleza. Si hay un enfermo, "idos", dice al médico y al cura, "yo me apegaré a él, abriré

las ventanas, le amaré, le hablaré al oído; ya veréis como sana; vosotros sois palabra y yerba, pero yo puedo más que vosotros, porque soy amor". El Creador es "el verdadero amante, el camarada perfecto"; los hombres son "camaradas", y valen más mientras más aman y creen, aunque todo lo que ocupe su lugar y su tiempo vale tanto como cualquiera; mas vean todos el mundo por sí, porque él, Walt Whitman, que siente en sí el mundo desde que éste fue creado, sabe, por lo que el Sol y el aire libre le enseñan, que una salida de Sol le revela más que el mejor libro. Piensa en los orbes, apetece a las mujeres, se siente poseído de amor universal y frenético; oye levantarse de las escenas de la creación y de los oficios del hombre un concierto que le inunda de ventura, y cuando se asoma al río, a la hora en que se cierran los talleres y el Sol de puesta enciende el agua, siente que tiene cita con el Creador, reconoce que el hombre es definitivamente bueno y ve que de su cabeza, reflejada en la corriente, surgen aspas de luz.

Pero ¿qué dará idea de su vasto y ardentísimo amor? Con el fuego de Safo ama este hombre al mundo. A él le parece el mundo un lecho gigantesco. El lecho es para él un altar. "Yo haré ilustres, dice, las palabras y las ideas que los hombres han prostituido con su sigilo y su falsa vergüenza; yo canto y consagro lo que consagraba el Egipto." Una de las fuentes de su originalidad es la fuerza hercúlea con que postra a las ideas como si fuera a violarlas, cuando sólo va a darles un beso, con la pasión de un santo. Otra fuente es la forma material, brutal, corpórea, con que expresa sus más delicadas idealidades. Ese lenguaje ha parecido lascivo a los que son incapaces de entender su grandeza; imbéciles ha habido que cuando celebra en "Calamus", con las imágenes más ardientes de la lengua humana, el amor de los amigos, creyeron ver, con remilgos de colegial impúdico, el retorno a aquellas viles ansias de Virgilio por Cebetes y de Horacio por Giges y Licisco. Y cuando canta en "Los Hijos de Adán" el pecado divino, en cuadros ante los cuales palidecen los más calurosos del "Cantar de los Cantares", tiembla, se encoge, se vierte y dilata, enloquece de orgullo y virilidad satisfecha, recuerda al dios del Amazonas, que cruzaba sobre los bosques y los ríos esparciendo por la tierra las semillas de la vida: "¡mi deber es crear!". "Yo canto al cuerpo eléctrico", dice en "Los Hijos de Adán"; y es preciso haber leído en hebreo las genealogías patriarcales del Génesis; es preciso haber seguido por las selvas no holladas las comitivas desnudas y carnívoras de los primeros hombres, para hallar semejanza apropiada a la enumeración de satánica fuerza en que describe, como un héroe hambriento que se relame los labios sanguinosos, las pertenencias del cuerpo femenino. ¿Y decís que este hombre es brutal? Oíd esta composición que, como muchas suyas, no tiene más que dos versos: "Mujeres Hermosas". "Las mujeres se sientan o se mueven de un lado para otro, jóvenes algunas, algunas viejas; las jóvenes son hermosas, pero las viejas son más hermosas que las jóvenes." Y esta otra: "Madre y Niño". Ve el niño que duerme anidado en el regazo de su madre. La madre que duerme, y el niño: ¡silencio! Los estudió largamente, largamente. El prevé que, así como ya se juntan en grado extremo la virilidad

y la ternura en los hombres de genio superior, en la paz deleitosa en que descansará la vida han de juntarse, con solemnidad y júbilo dignos del Universo, las dos energías que han necesitado dividirse para continuar la faena de la creación.

Si entra en la yerba, dice que la yerba le acaricia, que "ya siente mover sus coyunturas"; y el más inquieto novicio no tendría palabras tan fogosas para describir la alegría de su cuerpo, que él mira como parte de su alma, al sentirse abrasado por el mar. Todo lo que vive le ama: la tierra, la noche, el mar le aman; "¡penétrame, oh mar, de humedad amorosa!". Paladea el aire. Se ofrece a la atmósfera como un novio trémulo. Quiere puertas sin cerradura y cuerpos en su belleza natural; cree que santifica cuanto toca o le toca, y halla virtud a todo lo corpóreo; él es "Walt Whitman", un cosmos, el hijo de Manhattan, turbulento, sensual, carnoso, que come, bebe y engendra, ni más ni menos que todos los demás. Pinta a la verdad como una amante frenética, que invade su cuerpo y, ansiosa de poseerle, lo liberta de sus ropas. Pero cuando en la clara medianoche, libre el alma de ocupaciones y de libros, emerge entera, silenciosa y contemplativa del día noblemente empleado, medita en los temas que más la complacen: en la noche, el sueño y la muerte; en el canto de lo universal, para beneficio del hombre común; en que "es muy dulce morir avanzando" y caer al pie del árbol primitivo, mordido por la última serpiente del bosque, con el hacha en las manos.

Imagínese qué nuevo y extraño efecto producirá ese lenguaje henchido de animalidad soberbia cuando celebra la pasión que ha de unir a los hombres. Recuerda en una composición del "Calamus" los goces más vivos que debe a la Naturaleza y a la patria; pero sólo a las olas del océano halla dignas de corear, a la luz de la luna, su dicha al ver dormido junto a sí al amigo que ama. El ama a los humildes, a los caídos, a los heridos, hasta a los malvados. No desdeña a los grandes, porque para él sólo son grandes los útiles. Echa el brazo por el hombro a los carreros, a los marineros, a los labradores. Caza y pesca con ellos, y en la siega sube con ellos al tope del carro cargado. Más bello que un emperador triunfante le parece el negro vigoroso que, apoyado en la lanza detrás de sus percherones, guía su carro sereno por el revuelto Broadway. El entiende todas las virtudes, recibe todos los premios, trabaja en todos los oficios, sufre con todos los dolores. Siente un placer heroico cuando se detiene en el umbral de una herrería y ve que los mancebos, con el torso desnudo, revuelan por sobre sus cabezas los martillos, y dan cada uno a su turno. El es el esclavo, el preso, el que pelea, el que cae, el mendigo. Cuando el esclavo llega a sus puertas perseguido y sudoroso, le llena la bañadera, lo sienta a su mesa; en el rincón tiene cargada la escopeta para defenderlo; si se lo vienen a atacar, matará a su perseguidor y volverá a sentarse a la mesa, ¡como si hubiera matado una víbora!

Walt Whitman, pues, está satisfecho; ¿qué orgullo le ha de punzar, si sabe que se para en yerba o en flor?, ¿qué orgullo tiene un clavel, una hoja de salvia, una madreSelva?, ¿cómo no ha de mirar él con tranquilidad los dolores humanos, si sabe que por sobre ellos está un ser inacabable a quien

aguarda la inmersión venturosa en la Naturaleza? ¿Qué prisa le ha de azuzar, si cree que todo está donde debe, y que la voluntad de un hombre no ha de desviar el camino del mundo? Padece, sí, padece; pero mira como un ser menor y acabadizo al que en él sufre, y siente por sobre las fatigas y miserias a otro ser que no puede sufrir, porque conoce la universal grandeza. Ser como es le es bastante y asiste impasible y alegre al curso, silencioso o loado, de su vida. De un solo bote echa a un lado, como excrescencia inútil, la lamentación romántica: “¡no he de pedirle al Cielo que baje a la Tierra para hacer mi voluntad!”. Y qué majestad no hay en aquella frase en que dice que ama a los animales “porque no se quejan”. La verdad es que ya sobran los acobardadores; urge ver cómo es el mundo para no convertir en montes las hormigas; dése fuerzas a los hombres, en vez de quitarles con lamentos las pocas que el dolor les deja; pues los llagados ¿van por las calles enseñando sus llagas? Ni las dudas ni la ciencia le mortifican. “Vosotros sois los primeros, dice a los científicos; pero la ciencia no es más que un departamento de mi morada, no es toda mi morada; ¡qué pobres parecen las argucias ante un hecho heroico! A la ciencia, salve, y salve al alma, que está por sobre toda la ciencia.” Pero donde su filosofía ha domado enteramente el odio, como mandan los magos, es en la frase, no exenta de la melancolía de los vencidos, con que arranca de raíz toda razón de envidia; ¿por qué tendría yo celos, dice, de aquel de mis hermanos que haga lo que yo no puedo hacer? “Aquel que cerca de mí muestra un pecho más ancho que el mío, demuestra la anchura del mío.” “¡Penetre el Sol la Tierra, hasta que toda ella sea luz clara y dulce, como mi sangre. Sea universal el goce. Yo canto la eternidad de la existencia, la dicha de nuestra vida y la hermosura implacable del Universo. Yo uso zapato de becerro, un cuello espacioso y un bastón hecho de una rama de árbol!”

Y todo eso lo dice en frase apocalíptica. ¿Rimas o acentos? ¡Oh, no!, su ritmo está en las estrofas, ligadas, en medio de aquel caos aparente de frases superpuestas y convulsas, por una sabia composición que distribuye en grandes grupos musicales las ideas, como la natural forma poética de un pueblo que no fabrica piedra a piedra, sino a enormes bloqueadas.

El lenguaje de Walt Whitman, enteramente diverso del usado hasta hoy por los poetas, corresponde, por la extrañeza y pujanza, a su cíclica poesía y a la humanidad nueva, congregada sobre un *continente* fecundo con portentos tales, que en verdad no caben en liras ni serventesios remilgados. Ya no se trata de amores escondidos, ni de damas que mudan de galanes, ni de la queja estéril de los que no tienen la energía necesaria para domar la vida, ni la discreción que conviene a los cobardes. No de rimillas se trata, y dolores de alcoba, sino del nacimiento de una era, del alba de la religión definitiva, y de la renovación del hombre; trátase de una fe que ha de sustituir a la que ha muerto y surge con un claror radioso de la arrogante paz del hombre redimido; trátase de escribir los libros sagrados de un pueblo que reúne, al caer del mundo antiguo, todas las fuerzas vírgenes de la libertad a las ubres y pompas ciclópeas de la salvaje Naturaleza; trátase de reflejar en palabras el ruido de las muchedumbres que se asientan, de las ciudades que trabajan y de los mares domados y los ríos esclavos. ¿Apareará consonantes Walt

Whitman y pondrá en mansos dísticos estas montañas de mercaderías, bosques de espinas, pueblos de barcos, combates donde se acuestan a abonar el derecho millones de hombres y Sol que en todo impera, y se derrama con límpido fuego por el vasto paisaje?

¡Oh!, no; Walt Whitman habla en versículos, sin música aparente, aunque a poco de oírla se percibe que aquello suena como el casco de la tierra cuando vienen por él, descalzos y gloriosos, los ejércitos triunfantes. En ocasiones parece el lenguaje de Whitman el frente colgado de reses de una carnicería; otras parece un canto de patriarcas, sentados en coro, con la suave tristeza del mundo a la hora en que el humo se pierde en las nubes; suena otras veces como un beso brusco, como un forzamiento, como el chasquido del cuero reseco que revienta al Sol; pero jamás pierde la frase su movimiento rítmico de ola. El mismo dice cómo habla: "en alaridos proféticos; éstas son, dice, unas pocas palabras indicadoras de lo futuro". Eso es su poesía, índice; el sentido de lo universal pervade el libro y le da, en la confusión superficial, una regularidad grandiosa; pero sus frases desligadas, flagelantes, incompletas, sueltas, más que expresan, emiten: "lanzo mis imaginaciones sobre las canosas montañas"; "di, Tierra, viejo nudo montuoso, ¿qué quieres de mí?", "hago resonar mi bárbara fanfarria sobre los techos del mundo".

No es él, no, de los que echan a andar un pensamiento pordiosero, que va tropezando y arrastrando bajo la opulencia visible de sus vestiduras regias. Él no infla tomeguines para que parezcan águilas; él riega águilas, cada vez que abre el puño, como un sembrador riega granos. Un verso tiene cinco sílabas; el que le sigue cuarenta, y diez el que le sigue. El no esfuerza la comparación, y en verdad no compara, sino que dice lo que ve o recuerda con un complemento gráfico e incisivo, y dueño seguro de la impresión de conjunto que se dispone a crear, emplea su arte, que oculta por entero, en reproducir los elementos de su cuadro con el mismo desorden con que los observó en la Naturaleza. Si desvaría, no disuena, porque así vaga la mente sin orden ni esclavitud de un asunto a sus análogos; mas luego, como si sólo hubiese aflojado las riendas sin soltarlas, recógelas de súbito y guía de cerca, con puño de domador, la cuadriga encabritada, sus versos van galopando, y como engullendo la tierra a cada movimiento; unas veces relinchan ganosos, como cargados sementales; otras, espumantes y blancos, ponen el casco sobre las nubes; otras se hunden, osados y negros, en lo interior de la tierra, y se oye por largo tiempo el ruido. Esboza; pero dijérase que con fuego. En cinco líneas agrupa, como un haz de huesos recién roídos, todos los horrores de la guerra. Un adverbio le basta para dilatar o recoger la frase, y un adjetivo para sublimarla. Su método ha de ser grande, puesto que su efecto lo es; pero pudiera creerse que procede sin método alguno; sobre todo en el uso de las palabras, que mezcla con nunca visto atrevimiento, poniendo las augustas y casi divinas al lado de las que pasan por menos apropiadas y decentes. Ciertos cuadros no los pinta con epítetos, que en él son siempre vivaces y profundos, sino por sonidos, que compone y desvanece con destreza cabal, sosteniendo así con el turno de los procedimientos el interés que la monotonía de un modo exclusivo pondría en riesgo. Por repeticiones atrae

la melancolía, como los salvajes. Su cesura, inesperada y cabalgante, cambia sin cesar, y sin conformidad a regla alguna, aunque se percibe un orden sabio en sus evoluciones, paradas y quiebros. Acumular le parece el mejor modo de describir, y su raciocinio no toma jamás las formas pedestres del argumento ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la insinuación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía. A cada paso se hallan en su libro estas palabras nuestras: *viva, camarada, libertad, americanos*. Pero ¿qué pinta mejor su carácter que las voces francesas que, con arrobo perceptible, y como para dilatar su significación, incrusta en sus versos?: *ami, exalté, accoucheur, nonchalant, ensemble; ensemble*, sobre todo, le seduce, porque él ve el cielo de la vida de los pueblos, y de los mundos. Al italiano ha tomado una palabra: ¡*bravura!*

Así, celebrando el músculo y el arrojo; invitando a los transeúntes a que pongan en él, sin miedo, su mano al pasar; oyendo, con las palmas abiertas al aire, el canto de las cosas; sorprendiendo y proclamando con deleite fecundidades gigantescas; recogiendo en versículos édicos las semillas, las batallas y los orbes; señalando a los tiempos pasmados las colmenas radiantes de hombres que por los valles y cumbres americanos se extienden y rozan con sus alas de abeja la fimbria de la vigilante libertad; pastoreando los siglos amigos hacia el remanso de la calma eterna, aguarda Walt Whitman, mientras sus amigos le sirven en manteles campestres la primera pesca de la Primavera rociada con champaña, la hora feliz en que lo material se aparte de él, después de haber revelado al mundo un hombre veraz, sonoro y amoroso, y en que, abandonado a los aires purificadores, germine y arome en sus ondas, "¡desembarazado, triunfante, muerto!".

El Partido Liberal. México, 1887.

EUROPA

GOYA¹

NUNCA NEGROS ojos de mujer, ni encendida mejilla, ni morisca ceja, ni breve, afilada y roja boca —ni lánguida pereza, ni cuanto de bello y deleitoso el pecaminoso pensamiento del amor andaluz, sin nada que pretenda revelarlo exteriormente, ni lo afee—, halló expresión más rica que en *La maja*. No piensa en un hombre; sueña. ¿Quiso acaso Goya, vencedor de toda dificultad, vestir a Venus, darle matiz andaluz, realce humano, existencia femenil, palpable, cierta? Helo ahí.

¡Luego, qué desafío el de esas piernas, osadamente tendidas, paralelas, la una junto a la otra, separadas y unidas a la vez por un pliegue oportuno de la dócil gasa! Sólo que esas piernas, en Goya delicadamente consumidas y convenientemente adelgazadas, porque así son más bellas, y más naturales en la edad juvenil y apasionada de esta Venus, recuerdan por su colocación las piernas de la más hermosa de las Venus reclinadas de Ticiano.

No se le niega a esa *Maja* —brusco y feliz rompimiento con todo lo convencional— existencia humana. Si se levanta de sus almohadones, viene a nosotros y nos besa, pareciera naturalísimo suceso, y buena ventura nuestra, no germánico sueño, ni vaporización fantástica. ¡Pero no mira a nadie!

Piélogo son de distraído amor sus ojos. No se cansa uno de buscarse en ellos. En esto estuvo la delicadeza del pintor; voluptuosidad sin erotismo.

Había hecho Goya gran estudio al pie de los cadalsos, por entre los sayones de Corpus Christi y de Semana Santa. Gusta de pintar agujeros por ojos,

¹ Estas notas se encuentran en un libro de apuntes de Martí, del año 1879, por lo que es evidente que fueron escritas durante su permanencia en Madrid, en su segunda deportación a España.

puntos gruesos rojizos por bocas, divertimientos feroces por rostros. Donde no hay apenas colores, vese un sorprendente efecto de coloración, por el feliz concierto de los que usa. Como para amontonar dificultades, suele usar los vivos. Ama y prefiere los oscuros; gris, pardo, castaño, negro, humo, interrumpidos por manchas verdes, amarillas, rojas, osadas, inesperadas y brillantes. Nadie pide a Goya líneas, que ya en *La Maja* demostró que sabe encuadrar en ellas gentilísima figura. Tal como en noche de agitado sueño danzan por el cerebro infames fantasmas, así los vierte al lienzo, ora en *El entierro de la sardina* —donde lo feo llega a lo hermoso, y parecen, gran lección y gran intuición, no nobles seres vivos, sino cadáveres desenterrados y pintados los que bailan—, ora en *La Casa de Locos* donde casi con una sola tinta, que amenaza absorber con la negruzca de las paredes la pardo-amarillosa —con tintes rosados— de los hombres. En ese extraño lienzo de desnudos, uno ora; otro gruñe; éste, ¡feliz figura!, se coge un pie, sostiene en otra mano la flauta, y se corona de barajas; el otro se finge obispo, lleva una mitra de latón, y echa bendiciones; éste, con una mano se mesa el cabello, y con la otra empuña un asta; aquél, señalando con airado ademán la puerta, luce un sombrero de tres puntas, y alas vueltas; tal se ha pintado el rostro de bermellón, y va como un iroqués, coronado de enhiestas plumas; bésale la mano una cana mujer de faz grosera, enhiesta la cabeza con un manto; a aquél le ha dado por franciscano; a éstos por inflar un infeliz soplando en el vientre. Estos cuerpos desnudos ¿no son tal vez las miserias sacadas a la plaza? ¿Las preocupaciones, las vanidades, los vicios humanos? ¿Qué otra forma hubiera podido serle permitida? Reúnelos a todos en un tremendo y definitivo juicio. Religión, monarquía, ejército, cultos del cuerpo, todo parece aquí expuesto, sin ropas, de lo que son buen símbolo esos cuerpos sin ellas, a la meditación y a la vergüenza. Ese lienzo es una página histórica y una gran página poética. Aquí más que la forma sorprende el atrevimiento de haberla desdeñado. El genio embellece las incorrecciones en que incurre, sobre todo cuando voluntariamente, y para mayor grandeza del propósito, incurre en ellas. ¡El genio embellece los monstruos que crea!

Esta *Corrida de toros en un pueblo* —en esa plaza que se ve tan llena de espacio y tan redonda—, no conserva de lo fantástico más que el color elemental. A vosotros, los relamidos, he aquí el triunfo de la expresión, potente y útil sobre el triunfo vago del color. Parece un cuadro manchado, y es un cuadro acabado. Un torillo, de cuernos puntiagudos, y hocico por cierto demasiado afilado, viene sobre el picador, que a él se vuelve, y que, dándonos la espalda, y la pica al toro, es la mejor figura de esta tabla. Allá sobre la valla, gran cantidad de gentes. Tras el toro, un chulillo que corre bien. Junto al picador, el de los quites. Tras ellos, dos de la cuadrilla. Por allá, otro picador. En este tendido puntos blancos que son, a no dudar, mozas gallardas con blanca mantilla: y con mantilla de encaje. “Fuérzate a adivinarnos, dice Goya, lo que yo he intentado hacer.” Prendado de la importancia de la idea, pasa airado por encima de lo que tal vez juzga, y para él lo son, devaneos innecesarios del color. Aquí parece que quiso dejar ver cómo

pintaba, no cubriendo con la pintura los contornos que —de prisa, y con mano osada y firme— trazó para el dibujo. Dos gruesas líneas negras, y entre ellas, un listón amarillo: he aquí una pierna. Y cuando quiere, ¡qué oportuna mezcla de colores, o de grados de un mismo color, que hacen en este cuadro, a primera vista desmayada, un mágico efecto de luces! Así es la chaqueta del picador.

Aquí está también de tamaño natural, la celebrada *Tirana* María Fernández: la famosa actriz María del Rosario. Goya, huyendo toda convención ajena, como para hacer contrapeso al mal, cayó en la convención propia. Al amor de la forma, opuso el desprecio de la forma. Y sucedió en pintura como en política. La exageración en un extremo, trajo la exageración en otro. La falta casi absoluta de expresión originó en Goya el cuidado casi único del espíritu, de la madre idea en el cuadro. El culto del color, con marcada irreverencia del asunto, le hizo desdeñar el color tal como lo usaban sus amaneradores, y ocuparse del asunto especialmente. Pero su secreto está, por dote rara de su indiscutible genio, en el profundo amor a la forma, que conservaba aun en medio de su voluntario olvido, de sus deformidades voluntarias. Díganlo si no, los elegantísimos chapines de blanca seda, prolijo bordado, recortado tacón, y afiladísima y retorcida punta que calzan los inimitables pies de la "Tirana". Porque con pasmoso, aunque rápido y tal vez no intencional estudio de la naturaleza, aquel ojo privilegiado penetrábalo todo. Hubiera podido ser un gran pintor miniaturista, él, que fue un gran pintor revolucionario. La "Tirana" descansando el cuerpo robusto sobre el pie derecho, ladea un tanto al apoyarlo, el izquierdo. Véase este culto invencible a la elegancia en toda la figura: la vaporosa tela de la blondada saya, aquella faja de pálido carmín, de visible raso, cuyos flecos de oro, venciendo todas las dificultades del sobrecolor, besan los nunca bien celebrados chapines. No es ésta la cara de árabe perezosa de *La Maja*. También ésta quema, pero así también amenaza cuando mira. Con todo el cuerpo reta. Se dará al amor, pero nada más que al amor. Y despedirá, sin apelación cuando se canse. Gran energía acusa la ceja poblada, cargada al entrecejo, y hacia el otro extremo en prolongado arco levantada. De esos ojos —impresión real— tan pronto brotan efluvios amorosos, enloquecedoras miradas, dulcísimas promesas, raudales de calientes besos, como robando suavidad a la fisonomía, con esa extraña rudeza que da a las mujeres la cólera, chispean y relampaguean, a modo de quien se irrita de que la miren y la copien. Estas mujeres de Goya tienen todas las bellezas del desnudo, sin ninguna de sus monotonías. Vaporoso claror rodea a la maja. Atrevidamente se destaca la "Tirana" de un fondo azul cenizo, sin que más que un ligerísimo ambiente azul desleído envuelva en el fondo general a la espléndida figura. Y sin embargo, como que se adelanta a gran distancia de aquella barandilla y aquella fuente, tras de las cuales aún se adivinan árboles, jardines, aguas, césped, aquella falda de blanca gasa, bordada de oro, por un lado, siguiendo la inclinación del cuerpo como que se alza y huelga un tanto hacia la cintura; por otro, en magistrales pliegues, cae. Interrumpe la línea difícil del cuello el codo, puesto que el

brazo derecho está apoyado con el dorso de la mano, en la cadera, esa brevísima manga que apenas cubre el oro, de oro también recamada, como el traje, y de la que arranca el, si no casto, no ofensivo descote, aquí menos desnudo, porque si bien al ceñirlo revela el rico seno, hace banda alrededor del talle y se cruza sobre el hombro izquierdo, interrumpiendo la monotonía del traje blanco de una dama en pie —blanco y recto como eran por entonces, y de saya lisa— la ancha faja acarminada. Como que me premia la prolijidad con que la estudio y me mira con amor. Y como que creo que es viva, y me ama. ¡Qué abandono, y qué atrevimiento en la pasión! La mano izquierda, saliendo de entre la manga que cubre casi todo el brazo, cuelga; pudo ser más elegante, y menos oscura. La carne tiene su resplandor, que brilla aun entre los colores oscuros. La garganta, suavemente torneada, es humana, y como de la "Tirana", bella. El cuello, puro; el cabello, rizado, echado sobre la frente, alzando sobre la cabeza peinado a modo de revuelta montera, que hacia el lado izquierdo se eleva y recoge con breve peineta. No sé decirle adiós.

Y la *Maja*, al verme pasar, como que sonrío, si un tanto celosa, bien segura de que la "Tirana" no la ha vencido. ¡Qué seno el de la *Maja*, más desnudo porque está vestido a medias, con la chaquetilla de neutros alamares, abierta y a los lados recogida, con esa limpia tela que recoge las más airosas copas del amor! *Ma guarda-e passa*. Que este cuadro es de la Academia de San Fernando.

El retrato de Goya, en tabla suya, parece de Van Dyck. Pero con más humanismo, aun en la carne, con todos los juegos de la sombra, y con todo el corvo vuelo del párpado, con todas esas sinuosidades del rostro humano, plegada boca, hondos hoyuelos, ojos cuya bóveda resalta, y cuya mirada se sorprende. Acá en la abierta frente, golpe enérgico, y a la par suave, de luz; por entre ella flotan esos menudos cabellos que nacen a la raíz. En el resto del rostro, vigoroso tono rosado, diestramente no interrumpido, sino mezclado en la sombra. Y a este otro lado, aquí en el cuello, seno oscuro, sombras. Como que de allí se tomó la luz y de aquí la tiniebla, y a semejanza del humano espíritu, hizo el rostro. De otro pintor parecía este cuadro. Quiso por la pulcritud exquisita y finísimo color de esta tabla, mostrar una vez que era, no por impericia, sino por convicción y sistema, desdénoso.

Cuadros de Inquisición. Córreles la sangre que va del rojo del vivo al morado del muerto. Allí una virgen, ciega y sin rostro, ¡oh pintor admirable!, ¡oh osadía soberbia!, ¡oh defecto sublime!, asiste a la flagelación llevada en andas. Los cuerpos desnudos, con el ademán, con el encorvarse, con los brazos, huyen el azote: blanco lienzo, para hurtar el cuerpo a la vergüenza, cuélgales de la cintura, y manchado de sangre. Aquél lleva por detrás los brazos atados a un madero. Estos, llevan velado el rostro, y el resto, como los demás, desnudo. Envuelta la cabeza. Por debajo del lienzo, adivínase por aquellos huecos los ojos aterrados, la boca que clama. Procesión, gentes que miran, noche que hace marco y da al cuadro digna atmósfera, es-

tandartes, trompetas, cruz, faroles. ¿Forma? Los desnudos son admirables. Robustos músculos de las piernas. Variadas posturas, todas de hombre doliente que esquivo la fusta, siéntese el peso y el dolor del último latigazo en todos esos cuerpos que para huir los nuevos se inclinan. Nueva y feliz coloración de carne; no por eso más cuidado que el resto del cuadro descuidado a voluntad, porque así se pierden las formas confusas en la negra noche. Grandes dorsos, fuertes brazos.

¡Qué grande es este otro cuadro! Encima del tablado, ensangrentado el pecho, sobre él caída la cabeza, un condenado, con el cucurucho coronado, muere. Detrás, en afrentoso tribunal, frailes de redondos carrillos, carrillos cretinos —éste, de manchas negras por los ojos, que le suponen mirada siniestra—; aquéllos, revelan brutal indiferencia —éstos, viejos dominicos, calaveras recompuestas y colgadas de blanco—, mal disimulado júbilo. Enfrente del tablado, dos juzgadores —el uno, con todos los terrores del infierno en la ancha frente—, el otro, de cana cabellera, de saliente pómulo, de huesosa boca, de poblada ceja, de frente con siniestra luz iluminada, como que le convence de que se ha obrado bien; y extiende la mano, por un capricho trascendental y admirable, hecha con rojo. Cada aparente error de dibujo y color de Goya, cada monstruosidad, cada deforme cuerpo, cada extravagante tinta, cada línea desviada, es una áspera tremenda crítica. He ahí un gran filósofo, ese pintor, un gran vindicador, un gran demoleedor de todo lo infame y lo terrible. Yo no conozco obra más completa en la sátira humana.

Famosos son los dos retratos que Goya hizo de la duquesa de Alba. En uno, descansando sobre un *lit de repos*, lleva la de Alba vestido español, y medio acostada, descansa sobre un codo. Posee este cuadro el venerado crítico de arte, Paul de St. Victor.

Desnuda en el otro, los senos levantados, se separan hacia fuera en las extremidades. Baudelaire dijo del cuadro: "les seins sont frappés de strabisme surgent et divergent". ¡Ah, Baudelaire! Escribía versos como quien con mano segura cincela en mármol blanco.

EL CENTENARIO DE CALDERON

EN MADRID no ha cesado la gorja. Cestas de rubios vinos han cambiado de aposento en las fiestas alegres del Hipódromo y de motivo de deseo en sus mohosos envases, han venido a ser regocijo de la sangre en las calientes venas. Sobre certámenes, carreras de caballos. Y a par de éstas, las de toros; no ya con duques y marqueses como arrogantes rejoneros y diestros lidiadores, con sus cohortes de pajes vestidos a la turca, con sus penachos de cristal en hilos, y en sus turbantes encajada la media luna de plata reluciente, y sobre sus

hábitos rojos, matizados de viva argentería, golpeando el corvo alfanje; no ya con aquel robusto señor de Medina Sidonia, que en las bodas del rey de los hechizos con la francesa Luisa, de dos embestidas de su rejón dio en tierra con dos toros; ni con aquel don Córdoba, que de la manera de caer hacía triunfo, y fue aplaudido —al alzarse del polvo entre sus cien verdes moriscos, enlindados con cintas muy rojas— por palmas de duquesas; ni con aquellos atrevidos marqués de Camarasa y conde de Rivadavia, que se entraron en liza, con séquito de negros muy galanamente puestos de tela pajiza, y esterilla de plata, apretados de argollas los tobillos y de esposas las manos, en signo del poderío y riqueza de sus dueños; sino con estos matadores de oficio, reyes de plebe, favoritos de damas locas, amigos predilectos de nobletes menguados, que tienen el ojo hecho a la sangre, el oído a la injuria popular y la mano a la muerte por la paga. Mas no han sido estas competencias de caballos, ocasionadas a que suenen los nombres de sus dueños vanidosos, como Aladro y Villamejor, y Vega de Armijo, notable por sus artes en política y la entereza de su esposa, que fue de las que puso a aquella reina pálida, Victoria prudentísima, porque se colgaba los hijos de su pecho, y las llaves de palacio de su cintura, aquel apodo de *ventera*, que a otras mejor que a la apodada venía muy propiamente; no han sido estos regocijos importados, ni los toros mismos muertos de la espada del frenético “Frascuero” o del torvo “Lagartijo”, cuyos retratos, entre insignias de toreo, lucen en los aparadores de las tiendas a par de los del joven rey Alfonso, cercado de insignias reales: ¡más vacila el trono del rey que el del torero!; ni han sido siquiera los esfuerzos loables de la Institución Libre de Enseñanza, donde se explican, sin traba de escuela antigua, letras y ciencias; ni la fiesta de música en la casa que la enseña, donde los que en las mañanitas de frío van allí galancetes y damiselas, desafiando cierzos y pobrezas, que son como otros cierzos, a dar empleo y vía a su anhelo de fama, levantaron, en número de cuatrocientos, sus voces juveniles en loor del poeta de los autos; ni el congreso de Arquitectura, que con ocasión del centenario se inauguró; ni las sesiones de academias; ni el haber buscado cuna en el primer poeta dramático vasto y humano de los españoles, esta cruzada que debiera tener una lanza en cada hombre: la cruzada de Madrid contra la ignorancia; ni tanto galán de lira e hidalgo de péñola que fueron —en el suntuoso y ahora churrigueresco teatro de Oriente, en que la sociedad de escritores, de una parte, y el Ateneo de otra, tuvieron fiestas graves— como mariposas de antenas y alas negras en torno a aquellas damas, de alto donaire y bajo seno, mariposillas de alas de colores; ni exhibición de glorias de nobleza, ni recompensas a la virtud, ni declamaciones generosas de la sociedad antiesclavista, ni batalladoras asambleas de jóvenes católicos, que suelen echar a golpe de cirio de las iglesias a los que ven en calma y respeto sus vehementes ceremonias, las que lograron, en esos días de holganza justa y patriótico bullicio, encender en pasión a las gentes, como aquella lucida cabalgata, colmo y corona del anheloso esfuerzo madrileño, que arrancó de la calle espaciosa de Serrano, en el barrio de Salamanca, que ha su nombre del rico venturoso que compró timbres de nobleza, justamente de aquella facilísima manera que Calderón censura en el alcalde bravío de Zalamea.

Descuajáronse las casas, quedáronse desiertas, y echaron sus deslumbrados habitantes a las aceras y balcones que daban a las calles de la fiesta. Por la abigarrada procesión del 27, que fue como redoma de alquimista en busca de oro, hervidero de intentos incompletos en solicitud de fama durable no lograda, salieron de sus cuevas del cerrillo de San Blas los míseros *goripas*, que hay chicuelos vendedores de arena por Madrid que viven con sus madres y hermanillos, desnudos en invierno, en agujeros rotos en el cerro; y las bailarinas dejaron sus balcones de la montuosa calle de la Primavera; y las modistillas hambrientas y elegantes lucieron su vestido meritorio, que ya cuenta tres luengos veranos, y para revolotear en el centenario fue repintado, a cambio de un peso fuerte, en Barcelona. Y los tristes cesantes, que aún llevan capa limpia por ser cosa reciente la cesantía, olvidan la marcial gloria de Cánovas, y la de Sagasta, colérica y mefistofélica; y los empleados novísimos ostentan, bajo el rizado bigote que huele a dinero nuevo, perfumado cigarro; y la familia madrileña, con su tipo confuso y andar suelto, y traje de Francia y habla de Castilla, y aire de Andalucía, acá corre y allí empuja, y por aquí abre brecha, y compra flores a la chiquilla de ojos rasgados que se las ofrece, o los programas de la fiesta, que hubiesen salido mejor de las prensas de Rasco o la de Arámbura, al chistoso granuja, de remendada chaqueta y vieja gorra, que suele tomar visiblemente la *mota* que el programa vale, y, cuando no le vean, las demás que huelguen descuidadas en el bolsillo de su dueño. ¡Qué pregonar de folletos! ¡Qué vocear de discursos! ¡Qué revolver de los granujas vendedores, que, cruzando en velocísima carrera de un lado a otro de la velada calle, fatigan a los guardias enojados, y semejan, envueltos en el periódico que venden, colosales insectos, que llevan alas que suenan y nido de carcajadas en el vientre! ¡Qué esperar con impaciencia, qué comentar con gracia, qué hacer muros de cuerpos, y apretar contra la pared de argamasa y repello, viva pared humana! Ya viene la cabalgata numerosa; ya se alivia Madrid de su gran peso, porque en raza latina no hay pesadumbre mayor que un deseo pueril no satisfecho; la onda viva, cual mar en que entrase de súbito agua nueva, hínchase, precipítase, oscila, apriétase. Ya aparecen, caballeros en negros caballos, cincuenta guardias apuestos, a la usanza de hoy, cruzado el pecho de bandas amarillas, apretado a la pierna el calzón blanco, luciendo en los pies la negra bota, el triangular sombrero en la rapada testa, el ancho sable en la enguantada mano. Los heraldos les siguen: ocho heraldos, en recios corceles, vestidos de azul paño, como en el siglo xvii; colgante a espalda y pecho la amarilla dalmática, realzada en ambos lados con las armas austríacas; tocados de lujosísimo chambergo; afirmando en los fuertes estribos el banderín tirante, ricamente bordado, con su nema y sus flecos, o el flexible oriflama de asta de oro. Vienen luego aquellos armazones colosales con que los burgaleses de otro tiempo, y los zaragozanos, y los del viejo Valladolid, y Santander inquieto, celebraban, vistiéndolas de gigantes chinos, o quijotes escuálidos, o togados enanos, las alegrías de la ciudad. Cien pajecillos, que la muchedumbre aclama, luciendo al sol sereno de Madrid trajes crujientes, varios y vistosos; bellos como ninfas, flotando como alas de colores a sus espaldas las vueltas de los mantos, pasan como visión dichosa, portando en sus cien altos

estandartes tantos nombres de dramas del poeta. No ven con ojos buenos los curiosos a esos caballeros que ahora vienen, y que con sus casacas de diputado, o de comisionado de ayuntamiento de provincia, que disuenan con los maceros, de rojos y amarillos aderezos, y los afelipados alguaciles que les preceden; como que les hacen caer inopinadamente de sus sueños de gloria fulgurosos a las realidades domésticas presentes. Aquí llegan ahora, con trabajados estandartes, los que venden vino, y trabajan en tabla, y trafican en telas, y otros tráficos. ¡Ah! ¡Qué pesada la carroza que han construido los buenos vecinos del barrio apartado de Chamberí! Ocho caballos tiran de ella, que es la apoteosis de Calderón, ahogado entre tributos, y lo cerca corona ondeante de motes y banderas.

No va mala la carroza del Círculo de la Unión Mercantil, ese que ofrece frecuentemente con tan buen acuerdo prácticas y elocuentes conferencias de asiduos oradores; bien que no tengan mucho que hacer tan juntos, ni color lógico, ni de época, ese templo del arte de la Grecia, simbolizado en columnas graves dóricas, sobre esos barrilillos, y pacas, y anclas, que lucen bajo el templo. Gusta, y lo merece —por los autos sacramentales que, al par que anda, imprime en prensa de madera, como entonces se usaba, y con gran lidia y bullicio de la gente de las aceras, echa al aire, como don gracioso—, esa otra armazón de ruedas que ha construido el Fomento de las Artes. Esa que ahora viene, muy lujosa y muy grave, sentadas en la delantera las armas de España, con su diadema real y sus leones; y simulando en esta punta la coronación del poeta famoso, y en aquélla la imprenta glorificadora, con una estatua de Guttenberg: es el carruaje rico de la prensa, y van en estandartes los nombres de los periódicos que lo hicieron, y números de ellos sin tasa se reparten. ¡Hermoso es el estandarte de Manila! Murmullos, y ondeos de la muchedumbre, y voces de alabanza, que al fin rompen en vítores, arranca ese movible barco, esa popa arrogante de galera, como las que en Lepanto dieron gloria a Juan de Austria, y a España, con sus remos robustos a los lados y su baranda al frente, presidida por silenciosa y grande lira; que es el regalo que la Marina suntuosa ofrece al séquito. Estrújense las gentes agitadas: ¡qué marinos aquellos de Don Juan! ¡Y éstos van como aquéllos! Las aceras, mal contenidas, se desbordan; las músicas de Marina, en toda España excelentes, celebran ésta, que a las pasadas deben, bulluciosa victoria. Y ecos de estos aplausos férvidos resuenan cuando pasa, no ya triste y avergonzada como debiera, por los actuales vivos dolores coloniales, sino regocijada y olorosa, y monumental y artística, sonando a palmas y excitándola, la carroza de las provincias ultramarinas, con sus indias de manto rico y plumaje animado en son de América, bajo dosel que lleva el nombre de acongojadísima isla, coronada de escudos que le pesan, todo al fondo, y en el frente arrogante, en que ramos de laurel hacen corona a la efigie del poeta famoso, las columnas del estrecho le dan lados, y entre ellas, señalándolas altivo, está el feliz geógrafo, que en procesiones se celebra, pero que llevó en vida vestido de cadenas. Bien viene, ¡ay!, por lo que la sujeta, y la escolta, y la cerca, detrás de ese carruaje de las colonias, la alta torre, fabricada de cañones, que una estatua de Marte remata fieramente; como que envía este edificio bélico el Cuerpo de Ingenieros. Atronador

ruido sucede: ¡la artillería que pasa! ¡Allá obuses, cureñas, ruedas, mulas! Y luego sigue, con clásico atavío, la Sociedad de Escritores y de Artistas, que bien pudo, para ocasión tan grande, hallar cosa más propia que esa que, en vasta plaza, con sus columnas rematadas de retazos dóricos sobre trozos sin gracia y pulimento, en sustento de ardientes pebeteros, que echan al viento durador perfume, representa el teatro de oro, alzándose sobre aquel que se alimentaba de paráfrasis míseras de Séneca, y glorias de Alejandro y burdas gracejadas de plebeyo. La muchedumbre, atenta, mira; mas como llevada del femenino espíritu que se halla en lo que viene, y quiere verse, agítase y se empuja para ver pasar esa ingeniosa fábrica ligera, si sostenida por hombres invisibles, al parecer tirada por palomas, que sustenta al Genio: ésta la hicieron los maestros de obras. Mas ésta sí que es oportuna y grave, y acusa que un poeta anda entre los cerrajeros de Madrid, o un cerrajero entre los poetas. Vibra el martillo; resplandece la fragua; saltan chispas del yunque; percíbense entre el hervor del entusiasmo, el buen clamor y buen olor del hierro: ésta fue la carroza de las cerrajerías. Ese macizo carruaje que lleva una alegoría de la alegoría del poeta sacerdote, es del Ayuntamiento. Esta, tirada de doce frisonas, que ahora sigue, es de la Diputación de Madrid. Y ¡qué suntuosa! ¡Vedle sus maceros, tocados de sombrero de riquísimas plumas, con sus muy grandes mazas, y ese estandarte de terciopelo, y oro en realce, con todas las cabezas de partido, y esa guardia amarilla, tan famosa en tiempo de Olivares y de Valenzuela! De Valencia, cuyas húmedas vegas rinden juntos el higo fresco, la naranja dorada y las crecidas rosas, han venido las flores que de ese carro que pasa ahora vierten sobre las gentes apretadas. Súbito murmullo, como predecesor de maravilla que se acerca, extingue el de la vocíglora competencia que por hacerse de azucenas y lirios se había alzado; y es que a las ancas de doce gruesos bridones, orgullosos de la carga real que portan semejando con sus blancos penachos ambulantes palmeros, y paseando al sol escamas de oro en los vívidos arneses y echados al ancho lomo mantos muy ricos de tejidos blancos, viene, como nación que pasa, y como grupo de andaluzas nubes sorprendido y atado, y como monte en que el pincel y los colores hubiesen hecho poderosa fábrica, el suntuosísimo edificio andante con que España celebra a su poeta, y en cuya voluminosa maquinaria, realzada de amarillo terciopelo y grana alegre, aparece aquella nación de los Felipes, ciñendo de magnífica corona las sienas de su muerto muy amado. ¡Oh, sí! La muchedumbre como que sentía temblar sus manos, y encogérsele el corazón, y secársele las fauces, vibró de amor y ardor de gloria. Y pasó la carroza, y mucho tiempo hacía que era pasada, y el aire estaba aún lleno de vítores.

Y cerraba al fin la marcha, como cortejo de respeto —porque es ley que honren y acaten a los poetas que no pasan, reyes que pasan—, aquel carruaje de ébano, gala preciada de las caballerizas de palacio, y ya chillante y mate, como si la madera monárquica careciese de buena savia viva, y las ruedas reales estuvieran cansadas de rodar, en que, mortificando a su hermoso y áspero Felipe con tristísimos celos, paseó tantas veces a su lado la mísera Juana la Loca enamorada. Y palafreneros de aquel tiempo, en que eran para la librea de los custodios de los reales palafrenes, el raso de Flo-

rencia, de color de llama, y el oro de Milán para avivarlo, y la escarlata para la cómoda capilla. Y autoridades, y comisiones, e innumerables grupos, pasaron tras de ellos. Y Barcelona, que ha enviado un macero de los suyos, armado y fornido, y bello y grave, a levantar en medio de la fiesta, en lujosa montura, el escudo pujante de las barras. Y los maceros del Ayuntamiento. Y unos tristes munícipes, de frac y guante blanco. Y unos cuantos caballos, y en ellos seis soldados caballeros. Y la ola de colores pasa y rueda, del Madrid nuevo que tributa la honra, al Madrid viejo de quien la honra viene, por la calle Mayor, de que el poeta, que hoy pasea muerto en ella, huyó espantado cuando vivo, por no oír los clamores de las víctimas que, por dar placer y avivar el celo religioso al menguado don Carlos, iban maniatadas y argolladas, ardiendo ya, antes de arder en llamas de leña, en las de espanto, a morir en la plaza de los Autos, guiados del estandarte carmesí de los soldados de la Fe, y de la cruz verde, la espada tajante y la rama de oliva de los inquisidores. Y por la Armería sigue el cortejo, donde reposan hoy las armas que entonces batallaban. Y por la plaza de Oriente, antes lugar de pláticas de nobles, y hoy de desocupados, rapaces y criadillas. Y por el esplendísimo palacio, por donde corre hoy viento de muerte. Y por la calle ancha de Baileón, morada de cansados y de pobres, y por calles tortuosas, de nombres ignorados, y va a dar, rendido a la par, de trabajo y fatiga el séquito y de alumbrarlo el Sol, en la histórica casa de soldados que llaman la Princesa.

Allá en la noche, en que los teatros hierven, y aquí es un auto, allá una comedia de reír, allá de celos, y una tragedia en éste, y en aquél un poema hablado, día parece la nocturna sombra. De Calderón es cuanto se representa; de sus dramas, con sobra de crítica alemana y escasez visible de profundidad, habla, en edición doblada, un periódico de jóvenes: *El Demócrata*. De las cosas del tiempo, y de cómo casó Carlos, y qué sucedió cuando Felipe, y cómo se quemaban herejes, y se humillaban toros, habla por boca de un bachiller Alonso de Riaña, que pone en plática corriente las del tiempo, el lujoso *Estandarte*. Y *El Espejo*, enamorado de Cánovas, luce, en número excesivo, efigies de magna gente: de Montalbán benévolo; de Teresa, de amores consumida; de Cano, vencedor del mármol con su San Francisco, y del lienzo con su Jesús crucificado, mas no de su desgracia; de Alarcón, que no alcanzó un buen puesto en Indias, y sí máxima gloria; de Quevedo, que ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos, con su lengua hablamos; de Zurbarán famoso, que ató a la humanidad visible, y robó al cielo falso, la pintura; de Murillo, que fijó el cielo; de Cervantes, que pasmó la Tierra; del padre Gabriel Téllez, dueño de la lengua y de la escena, mas no de las iras a que le mueven las traviesas damas; de fray Lope, en cuya frente cabían todos sus dramas; del blando Garcilaso; de Alemán el profundo; del sencillo Iriarte; de aquel Solís que embelleció y mintió la historia; del generoso Ercilla, que nos tiene obligados y atónitos con la grandeza de su Caupolicán y de su Glaura. Mas ni en la abigarrada procesión del 27, que bien pudo ser copia excelentísima de aquellos reales tiempos de Mentidero y Buen Retiro; ni en los galanes de veste noguerada, gregüescos de rizo y recogido fieltro; ni en las damas de guardainfante, porque de ellos les guardaba, y lechuguillo, que daba amparo al blanco seno; ni en los re-

tazos breves de época, que alabanza tan grande recabaron, con lo que se mire cuanto no hubiese la época completa conseguido; ni en las letras mismas impresas, salvo —en lo que ha venido— las de *El Día*, que es maravilla de arte y gracia, halla la mente inquieta, enamorada por humana de aquel poeta potente que dio tipo al ansia de libertad, con Segismundo, y a la de dignidad con *El Alcalde*, cosa tal que responda a lo que de sus hijos bien merece aquel que lo fue glorioso de la humanidad, de España, del teatro y del claustro, y que, si fue torturado de hondos celos, por cuanto no hay dolor más vivo para el ánima alta que el de desestimar a la mujer que ha amado, los dio a sus émulos vencidos con la grandeza de su mente altiva, tantas veces celebrada por el blando ruido de tiernos guantes de ámbar, y por la que caminito del teatro, arena entonces encendida de burlones *chorizos* y alborotadores *polacos*, acariciaron las calles tortuosas tantos breves chapines, y se revolviéron al viento madrileño tantos suaves y diestros mantos de humo.

La Opinión Nacional. Caracas, junio 23 de 1881.

OSCAR WILDE

VIVIMOS, LOS QUE hablamos lengua castellana, llenos todos de Horacio y de Virgilio, y parece que las fronteras de nuestro espíritu son las de nuestro lenguaje. ¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras, tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu actual que falta en la moderna literatura española? Ni la huella que en Núñez de Arce ha dejado Byron, ni la que los poetas alemanes imprimieron en Campoamor y Bécquer, ni una que otra traducción pálida de alguna obra alemana o inglesa, bastan a darnos idea de la literatura de los eslavos, germanos y sajones, cuyos poemas tienen a la vez del cisne nívico, de los castillos derruidos, de las robustas mozas que se asoman a su balcón lleno de flores, y de la luz plácida y mística de las auroras boreales. Conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas; así como no hay manera de salvarse del riesgo de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, sino nutrirse de todos, y ver como en todos palpita un mismo espíritu, sujeto a semejantes accidentes, cualesquiera que sean las formas de que la imaginación humana, vehemente o menguada, según los climas, haya revestido esa fe en lo inmenso y esa ansia de salir de sí, y esa noble inconformidad con ser lo que es, que generan todas las escuelas filosóficas.

He ahí a Oscar Wilde: es un joven sajón que hace excelentes versos. Es un cismático en el arte, que acusa al arte inglés de haber sido cismático en la iglesia del arte hermoso universal. Es un elegante apóstol, lleno de fe en su propaganda y de desdén por los que se la censuran, que recorre en estos instantes los Estados Unidos, diciendo en blandas y discretas voces cómo le parecen abominables los pueblos que, por el culto de su bienestar

material, olvidan el bienestar del alma, que aligera tanto los hombros humanos de la pesadumbre de la vida, y predispone gratamente al esfuerzo y al trabajo. Embellecer la vida es darle objeto. Salir de sí es indomable anhelo humano, y hace bien a los hombres quien procura hermosear su existencia, de modo que vengan a vivir contentos con estar en sí. Es como mellar el pico del buitre que devora a Prometeo. Tales cosas dice, aunque no acierte tal vez a darles esa precisión ni a ver todo ese alcance, el rebelde hombre que quiere sacudirse de sus vestidos de hombre culto, la huella oleosa y el polvillo de carbón que ennegrece el cielo de las ciudades inglesas, sobre las que el sol brilla entre tupidas brumas como opaco globo carmesí, que lucha en vano por enviar su color vivificante a los miembros toscos y al cerebro aterido de los ásperos norteos. De modo que el poeta que en aquellas tierras nace, aumenta su fe exquisita en las cosas del espíritu tan desconocido y desamado. No hay para odiar la tiranía como vivir bajo ella. Ni para exacerbar el fuego poético, como morar entre los que carecen de él. Sólo que, falto de almas en quienes verter la suya desbordante, muere ahogado el poeta.

¡Ved a Oscar Wilde! Es en Chickering Hall, casa de anchos salones, donde en Nueva York acude el público a oír lecturas. Es la casa de los lectores aristocráticos que ya gozan de fama y de fortuna para llamar desahogadamente a ella. En esas salas se combate y defiende el dogma cristiano, se está a lo viejo y se predica lo nuevo. Explican los viajeros sus viajes, acompañados de vistas panorámicas y dibujos en una gran pizarra. Estudia un crítico a un poeta. Diserta una dama sobre la conveniencia o inconveniencia de estos o aquellos trajes. Desenvuelve un filósofo las leyes de la filología. En una de esas salas va a leer Wilde su discurso sobre el gran renacimiento del arte en Inglaterra, del que le llaman maestro y guía, cuando no es más que bravo adepto y discípulo activo y ferviente. El propaga su fe. Otros hubo que murieron de ella. Ya llegaremos a esto. La sala está llena de suntuosas damas y de selectos caballeros. Los poetas magnos faltan, como temerosos de ser tenidos por cómplices del innovador. Los hombres aman en secreto las verdades peligrosas, y sólo iguala su miedo a defenderlas, antes de verlas aceptadas, la tenacidad y brío con que las apoyan luego que ya no se corre el riesgo en su defensa. Oscar Wilde pertenece a excelente familia irlandesa, y ha comprado con su independencia pecuniaria el derecho a la independencia de su pensamiento. Este es uno de los males de que mueren los hombres de genio: acontece a menudo que su pobreza no les permite defender la verdad que los devora e ilumina, demasiado nueva y rebelde para que puedan vivir de ella. Y no viven sino en cuanto consienten en ahogar la verdad reveladora de que son mensajeros, de cuya pena mueren. Los carruajes se agolpan a las puertas anchas de la solemne casa de las lecturas. Tal dama lleva un lirio, que es símbolo de los reformistas. Todas han hecho gala de elegancia y riqueza en el vestir. Como los estetas, que son en Inglaterra los renovadores del arte, quieren que sean siempre armónicos los colores que se junten en la ornamentación o en los vestidos, el escenario es simple y nítido.

Una silla vacía, de alto espaldar y gruesos brazos, como nuestras sillas de coro, espera al poeta. De madera oscura es la silla, y de marroquí oscuro

su respaldo y su asiento. De castaño más suave es el lienzo que ocupa la pared del fondo. Junto a la silla, una mesa elegante sostiene una artística jarra, en que brilla, como luz presa, el agua pura. ¡Ved a Oscar Wilde! No viste como todos vestimos, sino de singular manera. Ya anuncia su traje el defecto de su propaganda, que no es tanto crear lo nuevo, de lo que no se siente capaz, como resucitar lo antiguo. El cabello le cuelga cual el de los caballeros de Elizabeth de Inglaterra, sobre el cuello y los hombros; el abundoso cabello, partido por esmerada raya hacia la mitad de la frente. Lleva frac negro, chaleco de seda blanco, calzón corto y holgado, medias largas de seda negra, y zapatos de hebilla. El cuello de su camisa es bajo, como el de Byron, sujeto por caudalosa corbata de seda blanca, anudada con abandono. En la resplandeciente pechera luce un botón de brillantes, y del chaleco le cuelga una artística leopoldina. Que es preciso vestir bellamente, y él se da como ejemplo. Sólo que el arte exige en todas sus obras unidad de tiempo, y hierde los ojos ver a un galán gastar chupilla de esta época, y pantalones de la pasada, y cabello a lo Cromwell, y leontinas a lo petimetre de comienzos de este siglo. Brilla en el rostro del poeta joven honrada nobleza. Es mesurado en el alarde de su extravagancia. Tiene respeto a la alteza de sus miras, e impone con ellas el respeto de sí. Sonríe como quien está seguro de sí mismo. El auditorio, que es granado, cuchichea. ¿Qué dice el poeta?

Dice que nadie ha de intentar definir la belleza, luego de que Goethe la ha definido; que el gran renacimiento inglés en este siglo une al amor de la hermosura griega, la pasión por el renacimiento italiano, y el anhelo de aprovechar toda la belleza que ponga en sus obras ese espíritu moderno; dice que la escuela nueva ha brotado, como la armoniosa eufonía del amor de Fausto y Helena de Troya, del maridaje del espíritu de Grecia, donde todo fue bello, y el individualismo ardiente, inquisidor y rebelde de los modernos románticos. Homero precedió a Fidas; Dante precedió a la renovación maravillosa de las artes de Italia; los poetas siempre preceden. Los prerrafaelistas, que fueron pintores que amaron la belleza real, natural y desnuda, precedieron a los estetas, que aman la belleza de todos los tiempos, artística y culta. Y Keats, el poeta exuberante y plástico, precedió a los prerrafaelistas. Querían estos sectarios de los modos de pintar usados por los predecesores del melodioso Rafael, que hiciesen a un lado los pintores cuanto sabían del arte y venían enseñando los maestros y con la paleta llena de colores, se dicesen a copiar los objetos directamente de la Naturaleza. Fueron sinceros hasta ser brutales. Del odio a la convención de los demás, cayeron en la convención propia. De su desdén de las reglas excesivas, cayeron en el desdén de toda regla. Mejor no puede ser volver hacia atrás; pero los prerrafaelistas, ya que fueron incapaces de fundar, volcaron al menos ídolos empolvados. Tras de ellos, y en gran parte merced a ellos, empezaron a tenerse por buenas en Inglaterra la libertad y la verdad del arte. “No preguntéis a los ingleses —decía Oscar Wilde— quiénes fueron aquellos beneméritos prerrafaelistas: no saber nada de sus grandes hombres es uno de los requisitos de la educación inglesa. Allá en 1847, se reunían los admiradores de nuestro Keats para verle sacudir de su lecho de piedra la poesía y la pintura. Pero hacer

esto es perder en Inglaterra todos sus derechos de ciudadano. Tenían lo que los ingleses no perdonan jamás que se tenga: juventud, poder y entusiasmo. Los satirizaron, porque la sátira es el homenaje que la medianía celosa paga siempre al genio, lo que debía tener muy contento de sí a los reformadores, porque estar en desacuerdo con las tres cuartas partes de los ingleses en todos los puntos es una de las más legítimas causas de propia satisfacción, y debe ser una ancha fuente de consuelos en los momentos de desfallecimiento espiritual.”

Oíd ahora a Wilde hablar de otro armoniosísimo poeta, William Morris, que escribió *El Paraíso Terrenal*, y hacía gala de su belleza suma y condición sonora de sus versos, vibrantes y transparentes como porcelana japonesa. Oíd a Wilde decir que Morris creyó que copiar de muy cerca a la Naturaleza es privarla de lo que tiene de más bello, que es el vapor, que a modo de halo luminoso, se desprende de sus obras. Oídle decir que a Morris deben las letras de Inglaterra aquel modo preciso de dibujar las imágenes de la fantasía en la mente y en el verso, a tal punto, que no conoce poeta alguno inglés que haya excedido, en la frase nítida y en la imagen pura, a Morris. Oídle recomendar la práctica de Teófilo Gautier, que creía que no había libro más digno de ser leído por un poeta que el diccionario. “Aquellos reformadores —decía Wilde— venían cantando cuanto hallaban de hermoso, ya en su tiempo, ya en cualquiera de los tiempos de la tierra.” Querían decirlo todo, pero decirlo bellamente. La hermosura era el único freno de la libertad. Les guiaba el profundo amor de lo perfecto.

No ahogaban la inspiración, sino le ponían ropaje bello. No querían que fuese desordenada por las calles, ni vestida de mal gusto, sino bien vestida. Y decía Wilde: “No queremos cortar las alas a los poetas, sino que nos hemos habituado a contar sus innumerables pulsaciones, a calcular su fuerza ilimitada, a gobernar su libertad ingobernable. Cántelo todo el bardo, si cuanto canta es digno de sus versos. Todo está presente ante el bardo. Vive de espíritus, que no perecen. No hay para él forma perdida, sí asunto caducado. Pero el poeta debe, con la calma de quien se siente en posesión del secreto de la belleza, aceptar lo que en los tiempos halle de irreprochablemente hermoso, y rechazar lo que no ajuste a su cabal idea de la hermosura. Swinburne, que es también gran poeta inglés, cuya imaginación inunda de riquezas sin cuento sus rimas musicales, dice que el arte es la vida misma, y que el arte no sabe nada de la muerte. No desdeñemos lo antiguo, porque acontece que lo antiguo refleja de modo perfecto lo presente, puesto que la vida, varía en formas, es perpetua en su esencia, y en lo pasado se la ve sin esa ‘bruma de familiaridad’ o de preocupación que la anubla para los que vamos existiendo en ella. Mas no basta la elección de un adecuado asunto para conmemorar las almas: no es el asunto pintado en un lienzo lo que encadena a él las miradas, sino el vapor del alma que surge del hábil empleo de los colores. Así el poeta, para ser su obra noble y durable, ha de adquirir ese arte de la mano, meramente técnico, que da a sus cantos ese perfume espiritual que embriaga a los hombres. ¡Qué importa que murmuren los críticos! El que puede ser artista no se limita a ser crítico, y los artistas, que el tiempo confirma, sólo son comprendidos en todo su valer por los artistas.

Nuestro Keats decía que sólo veneraba a Dios, a la memoria de los grandes hombres y a la belleza. A eso venimos los estetas: a mostrar a los hombres la utilidad de amar la belleza, a excitar al estudio de los que la han cultivado, a avivar el gusto por lo perfecto, y el aborrecimiento de toda fealdad; a poner de nuevo en boga la admiración, el conocimiento y la práctica de todo lo que los hombres han admirado como hermoso. Mas, ¿de qué vale que ansiemos coronar la forma dramática que intentó nuestro poeta Shelley, enfermo de amar al cielo en una tierra donde no se le ama? ¿De qué vale que persigamos con ahínco la mejora de nuestra poesía convencional y de nuestras artes pálidas, el embellecimiento de nuestras casas, la gracia y propiedad de nuestros vestidos? No puede haber gran arte sin una hermosa vida nacional, y el espíritu comercial de Inglaterra la ha matado. No puede haber gran drama sin una noble vida nacional, y ésa también ha sido muerta por el espíritu comercial de los ingleses". Aplausos calurosos animaron en este enérgico pasaje al generoso lector, objeto visible de la curiosidad afectuosa de su auditorio.

Y decía luego Oscar Wilde a los norteamericanos: "Vosotros, tal vez, hijos de pueblo nuevo, podréis lograr aquí lo que a nosotros nos cuesta tanta labor lograr allá en Bretaña. Vuestra carencia de viejas instituciones sea bendita, porque es una carencia de trabas; no tenéis tradiciones que os aten ni convenciones seculares e hipócritas con que os den los críticos en rostro. No os han pisoteado generaciones hambrientas. No estáis obligados a imitar perpetuamente un tipo de belleza cuyos elementos ya han muerto. De vosotros puede surgir el esplendor de una nueva imaginación y la maravilla de alguna nueva libertad. Os falta en vuestras ciudades, como en vuestra literatura, esa flexibilidad y gracia que da la sensibilidad a la belleza. Amad todo lo bello por el placer de amarlo. Todo reposo y toda ventura vienen de eso. La devoción a la belleza y a la creación de cosas bellas es la mejor de todas las civilizaciones: ella hace de la vida de cada hombre un sacramento, no un número en los libros de comercio. La belleza es la única cosa que el tiempo no acaba. Mueren las filosofías, extingúense los credos religiosos; pero lo que es bello vive siempre, y es joya de todos los tiempos, alimento de todos y gala eterna. Las guerras vendrán a ser menores cuando los hombres amen con igual intensidad las mismas cosas, cuando los una común atmósfera intelectual. Soberana poderosa es aún, por la fuerza de las guerras, Inglaterra; y nuestro renacimiento quiere crearle tal soberanía, que dure, aun cuando ya sus leopardos amarillos estén cansados del fragor de los combates, y no tiña la rosa de su escudo la sangre derramada en las batallas. Y vosotros también, americanos, poniendo en el corazón de este gran pueblo este espíritu artístico que mejora y endulza, crearéis para vosotros mismos tales riquezas, que os harán olvidar, por pequeñas, estas que gozáis ahora, por haber hecho de vuestra tierra una red de ferrocarriles, y de vuestras bahías el refugio de todas las embarcaciones que surcan los mares conocidos a los hombres".

Esas nobles y juiciosas cosas dijo en Chickering Hall el joven bardo inglés, de lengua cabellera y calzón corto. Mas, ¿qué evangelio es ése, que ha alzado en torno de los evangelistas tanta grito? Esos son nuestros pensamientos comunes: con esa piedad vemos nosotros las maravillas de las artes;

no la sobra, sino la penuria, del espíritu comercial hay en nosotros. ¿Qué peculiar grandeza hay en esas verdades, bellas, pero vulgares y notorias, que, vestido con ese extraño traje, pasea Oscar Wilde por Inglaterra y los Estados Unidos? ¿Será maravilla para los demás lo que ya para nosotros es código olvidado? ¿Será respetable ese atrevido mancebo, o será ridículo? ¡Es respetable! Es cierto que, por temor de parecer presuntuoso, o por pagarse más del placer de la contemplación de las cosas bellas, que del poder moral y fin trascendental de la belleza, no tuvo esa lectura que extractamos aquella profunda mira y dilatado alcance que placerían a un pensador. Es cierto que tiene algo de infantil predicar reforma tan vasta, aderezado con un traje extravagante que no añade nobleza ni esbeltez a la forma humana, ni es más que una tímida muestra de odio a los vulgares hábitos corrientes.

Es cierto que yerran los estetas en buscar, con peculiar amor, en la adoración de lo pasado y de lo extraordinario de otros tiempos, el secreto del bienestar espiritual en lo porvenir. Es cierto que deben los reformadores vigorosos perseguir el daño en la causa que lo engendra, que es el excesivo amor al bienestar físico, y no en el desamor del arte, que es su resultado. Es cierto que en nuestras tierras luminosas y fragantes tenemos como verdades trascendentales esas que ahora se predicán a los sajones como reformas sorprendentes y atrevidas. Mas, ¡con qué amargura no se ve ese hombre joven; cómo parece aletargado en los hijos de su pueblo ese culto ferviente de lo hermoso, que consuela de las más grandes angustias y es causa de placeres inefables! ¡Con qué dolor no ha de ver perdida para la vida permanente la tierra en que nació, que paga culto a ídolos percederos! ¡Qué energía no ha menester para sofocar la censura de dibujantes y satíricos que viven de halagar los gustos de un público que desama a quien le echa en cara sus defectos! ¡Qué vigor y qué pujanza no son precisos para arrostrar la cólera temible y el desdén rencoroso de un pueblo frío, hipócrita y calculador! ¡Qué alabanza no merece, a pesar de su cabello luengo y sus calzones cortos, ese gallardo joven que intenta trocar en sol de rayos vívidos, que hiendan y doren la atmósfera, aquel opaco globo carmesí que alumbra a los melancólicos ingleses! El amor al arte aquilata al alma y la enaltece: un bello cuadro, una límpida estatua, un juguete artístico, una modesta flor en lindo vaso, pone sonrisas en los labios donde morían tal vez, pocos momentos ha, las lágrimas. Sobre el placer de conocer lo hermoso, que mejora y fortifica, está el placer de poseer lo hermoso, que nos deja contentos de nosotros mismos. Alhajar la casa, colgar de cuadro las paredes, gustar de ellos, estimar sus méritos, platicar de sus bellezas, son goces nobles que dan valía a la vida, distracción a la mente y alto empleo al espíritu. Se siente correr por las venas una savia nueva cuando se contempla una nueva obra de arte. Es como tener de presente lo venidero. Es como beber en copa de Cellini la vida ideal.

Y ¡qué pueblo tan rudo aquel que mató a Byron! ¡Qué pueblo tan necio, como hecho de piedra, aquel que segó los versos en los labios juveniles del abundoso Keats! El desdén inglés hiela, como hiela los ríos y los lagos ingleses el aire frío de las montañas. El desdén cae como saeta despedida de labios fríos y lívidos. Ama el ingenio, que complace; no el genio, que devora. La luz excesiva le daña, y ama la luz tibia. Gusta de los poetas ele-

gantes, que le hacen sonreír; no de los poetas geniosos, que le hacen meditar y padecer. Opone siempre las costumbres, como escudo ferrado, a toda voz briosa que venga a turbar el sueño de su espíritu. A ese escudo lanzan sus clavos los jóvenes estetas; con ese escudo intentan los críticos ahogar en estos labios ardientes las voces generosas. Selló ese escudo, antes que la muerte, los labios de Keats. De Keats viene ese vigoroso aliento poético, que pide para el verso música y espíritu, y para el ennoblecimiento de la vida el culto al arte. De Keats vino a los bardos de Inglaterra aquel sutil y celoso amor de la forma, que ha dado a los sencillos pensamientos griegos. En Keats nace esa lucha dolorosa de los poetas ingleses, que lidian, como contra ejército invencible, por despertar el amor de la belleza impalpable y de las dulces vaguedades espirituales en un pueblo que rechaza todo lo que hiera, y no adule o adormezca sus sentidos. ¿Adónde ha de ir en aquella tierra un poeta sino al fondo de sí mismo? ¿Qué ha de hacer, sino plegarse en su alma, como violeta herida de casco de caballo? En Keats, las ideas, como agua de mar virgen, se desbordaban de las estrofas aladas y sonantes. Sus imágenes se atropellaban, como en Shakespeare; sólo que Shakespeare las domaba y jugueteaba con ellas; y Keats era a veces arrebatado por sus imágenes. Aquel sol interior calcinó el cuerpo. Keats, que adoraba la belleza, fue a morir a su templo: a Roma. ¡Puede su fervoroso discípulo, que con desafiar a sus censores da pruebas de majestuosa entereza, y con sus nobles versos invita a su alma a abandonar el mercado de las virtudes, y cultivarse en triste silencio, avivar en su nación preocupada y desdeñosa el amor al arte, fuente de encantos reales y de consuelos con que reparar al espíritu acojonado de las amarguras que acarrea la vida!

El Almendares. La Habana, enero de 1882.

La Nación. Buenos Aires, 10 de diciembre de 1882.

NUEVA EXHIBICION DE LOS PINTORES IMPRESIONISTAS

Los vencidos de la luz. — Influjo de la exhibición impresionista. — Estética y tendencias de los impresionistas. — Verdad y luz. — Desórdenes de color. — El remador de Renoir.

Nueva York, julio 2 de 1886

SEÑOR DIRECTOR de *La Nación*:

Iremos adonde va todo Nueva York, a la exhibición de los pintores impresionistas, que se abrió de nuevo por demanda del público, atraído por la curiosidad que acá inspira lo osado y extravagante, o subyugado tal vez por el atrevimiento y el brillo de los nuevos pintores. Cuesta trabajo abrirse paso por las salas llenas: acá están todos, naturalistas e impresionistas, padres e hijos, Manet con sus crudezas, Renoir con sus japonismos, Pissarro con sus

brumas, Monet con sus desbordamientos, Degas con sus tristezas y sus sombras.

Ninguno de ellos ha vencido todavía. La luz los vence, que es gran vencedora. Ellos la asen por las alas impalpables, la arrinconan brutalmente, la aprietan entre sus brazos, le piden sus favores; pero la enorme coqueta se escapa de sus asaltos y sus ruegos, y sólo quedan de la magnífica batalla sobre los lienzos de los impresionistas esos regueros de color ardiente que parecen la sangre viva que echa por sus heridas la luz rota: ¡ya es digno del cielo el que intenta escalarlo!

Esos son los pintores fuertes, los pintores varones, los que cansados del ideal de la Academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, a la naturaleza. ¡Sólo los que han bregado cuerpo a cuerpo con la verdad, para reducirla a la frase o al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella!

La elegancia no basta a los espíritus viriles. Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar. Son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas. Los artistas jóvenes hallan en el mundo una pintura de seda, y con su soberbia grandiosa de estudiantes, quieren un artesano de tierra y de sol. Luzbel se ha sentado ante el caballete, y en su magnífica quimera de venganza, quiere tender sobre el lienzo, sujeto como un reo en el potro, el cielo azul de donde fue lanzado.

Al olor de la riqueza se está vaciando sobre Nueva York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo; los municipios para fomentar la cultura; las casas de bebida para atraer a los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido. Quien no conoce los cuadros de Nueva York no conoce el arte moderno. Aquí está de cada gran pintor la maravilla. De Meissonier están aquí los dos Napoleones, el mancebo olímpico de Friburgo, el hombre pétreo de la retirada de Rusia. De Fortuny está aquí "La playa de Pórtici", el cuadro no acabado donde parece que la luz misma, alada y pizpireta, sirvió al pintor de modelo complaciente: ¡parece una cesta de rayos de sol este cuadro dichoso! ¿No fue aquí la colosal venta de Morgan?

Pero toda aquella colección de obras maestras, con ser tan opulenta y varia, no dejaba en el espíritu, como deja la de los impresionistas, esa creadora inquietud y obsesión sabrosa que produce el aparecimiento súbito de lo verdadero y lo fuerte. Ríos de verde, llanos de rojo, cerros de amarillo: eso parecen, vistos en montón, los lienzos locos de estos pintores nuevos.

Parecen nubes vestidas de domingo: unas, todas azules; otras, todas violetas; hay mares cremas; hay hombres morados; hay una familia verde. Algunos lienzos subyugan al instante. Otros, a la primera ojeada, dan deseos de hundirlos de un buen puñetazo; a la segunda, de saludar con respeto al pintor que osó tanto; a la tercera, de acariciar con ternura al que luchó en vano por vaciar en el lienzo las hondas distancias y tenuidades impalpables con que suaviza el vapor de la luz la intensidad de los colores.

Los pintores impresionistas vienen, ¿quién no lo sabe?, de los pintores naturalistas: de Courbet, bravío espíritu que ni en arte ni en política entendió de más autoridad que la directa de la Naturaleza; de Manet, que no quiso

saber de mujeres de porcelana ni de hombres barnizados; de Corot, que puso en pintura, con vibraciones y misterios de lira, las voces veladas que pueblan el aire.

De Velázquez y Goya vienen todos —esos dos españoles gigantescos: Velázquez creó de nuevo los hombres olvidados; Goya, que dibujaba cuando niño con toda la dulcedumbre de Rafael, bajó envuelto en una capa oscura a las entrañas del ser humano y con los colores de ellas contó el viaje a su vuelta—. Velázquez fue el naturalista: Goya fue el impresionista: Goya ha hecho con unas manchas rojas y parduscas una *Casa de Locos* y un *Juicio de la Inquisición* que dan fríos mortales: allí están, como sangriento y eterno retrato del hombre, el esqueleto de la vanidad y la maldad profundas. Por los ojos redondos de aquellos encapuchados se ven las escaleras que bajan al infierno. Vio la corte, el amor y la guerra y pintó naturalmente la muerte.

Los impresionistas, venidos al arte en una época sin altares, ni tienen fe en lo que no ven, ni padecen el dolor de haberla perdido. Llegan a la vida en los países adelantados donde el hombre es libre. Al amor devoto de los pintores místicos, que aun entre las rosas de las orgías se les salía del pecho como una columna de humo aromado, sucede un amor fecundo y viril de hombre, por la naturaleza de quien se va sintiendo igual. Ya se sabe que están hechos de una misma masa el polvo de la tierra, los huesos de los hombres y la luz de los astros. Lo que los pintores anhelan, faltos de creencias perdurables por que batallar, es poner en el lienzo las cosas con el mismo esplendor y realce con que aparecen en la vida. Quieren pintar en el lienzo plano con el mismo relieve con que la Naturaleza crea en el espacio profundo. Quieren obtener con artificios de pincel lo que la Naturaleza obtiene con la realidad de la distancia. Quieren reproducir los objetos con el ropaje flotante y tornasolado con que la luz fugaz los enciende y reviste. Quieren copiar las cosas, no como son en sí por su constitución y se las ve en la mente, sino como en una hora transitoria las pone con efectos caprichosos la caricia de la luz. Quieren, por la implacable sed del alma, lo nuevo y lo imposible. Quieren pintar como el sol pinta, y caen.

Pero el espíritu humano no es nunca fútil, aun en lo que no tiene voluntad o intención de ser trascendental. Es, por esencia, trascendental el espíritu humano. Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia. Y esa misma angélica fuerza con que los hijos leales de la vida, que traen en sí el duende de la luz, procuran dejar creada por la mano del hombre una naturaleza tan espléndida y viva como la que elaboran incesantemente los elementos puestos a hervir por el Creador, les lleva por irresistible simpatía con lo verdadero, por natural unión de los ángeles caídos del arte con los ángeles caídos de la existencia, a pintar con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes. ¡Esas son las bailarinas hambrientas! ¡Eson son los glotones sensuales! ¡Esos son los obreros alcoholizados! ¡Esas son las madres secas de los campesinos! ¡Esos son los hijos pervertidos de los infelices! ¡Esas son la mujeres del gozo! ¡Así son: descaradas, hinchadas, odiosas y brutales!

Y no surge de esas páginas de colores, incompletas y sinceras, el perfume sutil y venenoso que trasciende de tanto libro fino y cuadro elegante, donde la villanía sensual y los crímenes de alma se recomiendan con las tentaciones del ingenio; sino que de esas mozuelas abrutadas, de esas madres rudas de pescadores, de esas coristas huesudas, de esos labriegos gibosos, de esas viejecitas santas, se levanta un espíritu de humanidad ardiente y compasivo, que con saludable energía de gañán echa a un lado los falsos placeres y procura un puesto en la...

¿Cómo saldremos de estas salas, afeadas por mucha figura sin dibujo, por mucho paisaje violento, por mucha perspectiva japonesa, sin saludar una vez más a tanto cuadro de Manet, que abrió el camino con su cruda pintura a esos desbordes de aire libre, sin detenernos ante el *Organo* de Lerolle, con su sobrehumano organista, ante los cuadros resplandecientes de Renoir, ante los de Degas, profundos y lúgubres, ante aquel *Estudio* asombroso de Roll, recuerdo de la leyenda de Pasifae, de donde emerge una poesía fragante, plena y madura como las frutas en sazón?

Los Renoir lucen como una copa de borgoña al sol; son cuadros claros, relampagueantes, llenos de pensamiento y desafío. Hay un Seurat que subleva: la orilla verde corta sin sombra, bajo el sol del cenit, el río algodonoso: una mancha violeta es un bañista: otra amarilla es un perro: azules, rojos y amarillos se mezclan sin arte ni grados. Los Monet son orgías. Los Pissarro son vapores. Los Montemard ciegan de tanta luz. Los Huguette, que copian el mar árabe, inspiran amistad hacia el artista. Los Caillebote son de portentoso atrevimiento: unas niñas vestidas de blanco en un jardín, con todo el fuego del sol; una nevada deslumbrante e implacable; tres hombres arrodillados, desnudos de cintura, que cepillan un piso: al lado de uno, el vaso y la botella.

¿Cómo contar, si hay más de doscientos cuadros? Estos exasperan; aquellos pasman; otros, como "La joven del palco", de Renoir, enamoran como una mujer viva. Este monte parece que se cae, ese río parece que nos va a venir encima. ¿No ha pintado Manet un estudio de reflejo de invernadero, tres figuras de cuerpo entero en un balcón, todo verde?

Pero de esos extravíos y fugas de color, de ese uso convencional de los efectos transitorios de la naturaleza como si fueran permanentes, de esa ausencia de sombras graduadas que hace caer la perspectiva, de esos árboles azules, campos encarnados, ríos verdes, montes lilas, surge de los ojos, que salen de allí tristes como de una enfermedad, la figura potente del remador de Renoir, en su cuadro atrevido "Remadores del Sena". Las mozas, absortas, contratan favores a un extremo de la mesa improvisada bajo el toldo, o desgranar las uvas moradas sobre el mantel en que se apilan, con luces de piedras preciosas, los restos del almuerzo.

El vigoroso remador, de pie tras ellas, oscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético torso, alto el pelo, desnudos los brazos, realzado el cuerpo por una camisilla de franela, a un sol abrasante.

CARTA SOBRE ARTE

El Cristo de Munkacsy. — Exhibición en Nueva York del famoso cuadro "Cristo ante Pilatos". — La gente húngara. — La vida de Michael Munkacsy. — De pobrecillo Miska a rey de pintores. — Análisis de su arte. — Carácter moderno, nacional y profundo de toda su obra. — Influjo de su esposa. — La fuerza de la idea, en Milton y en Cristo. — Originalidad y encanto de su Cristo. — Descripción del cuadro. — Razones de su popularidad. — El Cristo vivo, racional y fiero.

Nueva York, diciembre 2 de 1886

SEÑOR DIRECTOR de *La Nación*:

Iremos hoy adonde va Nueva York, a ver el Cristo del pintor húngaro Munkacsy. "¡Eljem, eljem!" —que quiere decir ¡viva!— gritan pintores, poetas, periodistas, clérigos, políticos, dondequiera aparece Munkacsy, que está ahora de visita en Nueva York, como para ayudar la fama y ganancia de su cuadro. Ayer le dieron un banquete los magnates de la ciudad, y en la pared decía en letras de flores, por sobre su cabeza de cabello hirsuto, "Istem-Hozott": "Dios te trajo a nosotros". Recuerda la suntuosidad de su viaje aquella manera de vivir de Rubens, que todo lo quería de tisú y de oro, y aun en la misma carne femenina gustaba de ver los resplandores y pompa de las joyas. En Washington lo celebran con festejos grandes, manteles de brocado, candelabros de oro, salas colgadas de damasco rojo, riquezas de reyes. Pero más honores que él, recibe en el humilde tabernáculo en que se enseña, su sublime Cristo, de cuya túnica de lienzo blanco, por maravilla secreta del pincel, emerge una luz magna que domina y compendia todas las del contorno, concentra en el reposo el vario movimiento del conjunto, e inviste de seductora majestad un cuerpo escueto por donde cae el lienzo en pliegues desairados.

¡Ah!, es preciso batallar para entender bien a los que han batallado: es preciso, para entender bien a Jesús, haber venido al mundo en pesebre oscuro, con el espíritu limpio y piadoso, y palpado en la vida la escasez del amor, el florecimiento de la codicia y la victoria del odio: es preciso haber aserrado la madera y amasado el pan entre el silencio y la ofensa de los hombres. Este Michael Munkacsy, casado ahora con una viuda rica que da a su casa de París el encanto de un palacio, era en los primeros años de su vida un pobrecillo "Miska" de la aldea de Munkacsy. Nació en una fortaleza en los tiempos en que los rusos devastaban a Hungría, y todo el bello país de selva y viñedos parecía una copa de colores quebrada por el casco de un caballo.

No salía el sol para las almas. La gente moría de hambre. De hambre murió la madre de Munkacsy. Su padre murió preso. Los ladrones que nacen de la guerra, dieron muerte a lo que quedaba de la casa y sólo a él lo dejaron vivo, junto al cadáver de su tía. El niño no sabía reír. Un tío pobre lo puso de aprendiz de carpintero. Trabajaba doce horas, por un peso a la semana. Unos niños de escuela, apenados de ver aquella cara ávida y triste, le enseñaron a leer y escribir las letras que acariciaba con los ojos.

Sin saber por qué, empezó a pintar en las arcas de la carpintería las escenas heroicas de húngaros y servios, los morriones peludos, las botas ajustadas, los sables corvos. Al fin su tío mejoró de fortuna y le envió a recobrar fuerzas a un lugarejo que pareció a "Miska" bóveda celeste, porque allí vio a un pintor de retratos manejar los colores y se le pusieron en pie, en la voluntad, todos los héroes de sus arcas, y con tanto fuego rogó al retratista, que logró ir con él para aprender a pintar, lo cual hizo tan bien que a los pocos meses vivía de dar lecciones de dibujo y retrató la familia de un sastre tan a gusto del don Tijeras que le pagó los retratos en un sobretodo.

Ya en aquel tiempo leía vorazmente, y los tipos heroicos y las épocas tomaban puesto como invasiones de luz, en su alma, que la muerte, la guerra y la orfandad habían vestido cual una cámara fúnebre de sombras. Pero la gente de esas tierras de Hungría, de ojo negro y tenaz, adora la naturaleza, la pasión desnuda, el hogar franco, el campo alegre y libre: en música son Liszt, en poesía Petofi, Kossuth en oratoria; beben el vino fresco de los odres: aman de modo que queman: cuando tocan sus músicas selváticas tienen de crin de corcel revuelta por la tempestad, y de voz de flor, y de reclamo de paloma: de allí son los gitanos de colores, con sus caravanas felices y pintorescas; sus amoríos que huelen a fruta primeriza, sus vagabundos de cabellos rizados que se enamoran de las reinas.

La vida allí florece y se desborda, se sale de cánones y reglas, y conserva aires regios aun en el vicio y la molicie: parecen príncipes todos aquellos vagabundos, que se disfrazan, por capricho, de mendigos. Las ideas ajenas molestaba a Munkacsy como un freno: el amor de su raza a la naturaleza le nacía; prefería la vida al libro: crear le urgía; tenía aquel apetito de verdad, desconocido de los eruditos, que produce a los grandes hombres: los hombres son como los astros, que unos dan luz de sí y otros brillan con la que reciben. ¿Con qué había de pintar Munkacsy sino con las tristezas de su alma, con sus recuerdos tétricos, con aquellas tintas propias de quien no ha conocido la alegría? Se ve en el mundo lo que se tiene en sí; el hombre se sobrepone a la naturaleza, y altera con la disposición de la voluntad su armonía y su luz.

Así fue el pobre "Miska" ejercitando su impaciente mano; y como era de aquellos que en sí tienen su ley y su color, con lo que le rebosaba de artista, buscó lo pintoresco en el asunto, mas del alma no bien asoleada sacó la tinta lóbrega, fortalecida por su misma superioridad, de la que sólo el amor y la gloria que traen luces, habían de apartarle luego. ¡Pero brillaba en aquel betún oscuro el ojo del gitano!

Y ese hombre audaz, directo, hijo de sí, ¿había de entretenerse en vestir momias, en mimar trajes, en agrupar academias? No. La vida está llena de encanto y de aspectos pictóricos: cuando sintió maduras sus fuerzas, aplaudidas ya en exposiciones y concursos, lo que le ocurrió pintar, con gran escándalo del plácido Knaus, fue una nota viva, un cuadro famoso: *El último día de un condenado*. Ora el reo de bruces sobre una mesa en cuyo mantel blanco se levanta entre dos cirios el crucifijo: de pie contra la pared sombría gime la pobre esposa; la niña queda entre ellos: el soldado contiene a la

puerta del calabozo a la muchedumbre que se asoma. Puso el pintor en aquella obra su piedad de pobre, su color de alma sola, su osadía de hombre nuevo.

Le dio el premio París; y su arte y su existencia misma han crecido con la hermosura y rapidez de las leyendas. Cada cuadro de Munkacsy es un asalto. Fuera tiene la fama, en su casa tiene el amor de esposa que da los bríos para ganarla. Ella mima sus creaciones, vuelve a sus manos la paleta que abandona la impotencia o el despecho; se posa en su hombro, como un colibrí, para decirle al oído, de modo que él no note que la voz viene de afuera, que aquel brazo está alto, que aquel ojo está tibio, que aquel pie un poco brutal denuncia a "Miska". Ella disipa sus últimas tristezas. Ella suaviza sus grupos atrevidos, ella trae al taller el verde y el azul. La sombra no, no puede desvanecerla por completo: que cuando la sombra bautiza un alma, la sal queda clavada sobre la frente, como una rosa de diamantes: hay placer en la sombra. Y el blanco tampoco lo atrae, porque éste lo saca de sí el pintor con épico atrevimiento.

La fuerza de la idea fue cada día poniendo mayor asombro en este espíritu que ha tomado de sí principalmente, con poca ayuda de libros, los seres palpitantes de sus lienzos: y por esta admiración del poder mental vino a caer en el amor de Milton, demacrado y ciego, como el tipo mejor de la hermosura y pujanza de la idea, y luego subió al amor del Cristo, ante cuya luz triunfante agrupa, para que resalten más su mezquindad y abatimiento, los poderes más temibles y activos de la tierra: el egoísmo y la envidia. Ha acumulado de intento dificultades que parecían insuperables, ha querido hacer triunfar por su propio fulgor la mente humana: ha logrado investir de suprema belleza una figura fea: ha conseguido dominar con una figura en reposo, toda la fiereza y brillantez de las pasiones que se la disputan en animado movimiento.

Ese es su Cristo. Esa es su extraña concepción de Cristo. El no lo ve como la caridad que vence, como la resignación que cautiva, como el perdón immaculado y absoluto que no cabe, no cabe, en la naturaleza humana: cabe el placer de domar la ira, pero sería menos hermosa y eficaz la naturaleza del hombre si pudiese sofocar la indignación ante la infamia, que es la fuente más pura de la fuerza.

El ve a Jesús, como la encarnación más acabada del poder invencible de la idea. La idea consagra, enciende, adelgaza, sublima, purifica: da una estatura que no se ve y se siente: limpia el espíritu de escoria, como consume el fuego la maleza: esparce una beldad clara y segura que viene hacia las almas y se siente en ellas. El Jesús de Munkacsy es el poder de la idea pura.

Ahí está en un sayón, flaco, huesudo; trae las manos atadas, estirado el cuello, la boca comprimida y entreabierta, como para dar paso a las últimas hieles. Se siente que acaban de poner sobre él la mano vil; que la jauría humana que lo cerca ha venido oteándolo como a una fiera; que lo han vejado, golpeado, escupido, traído a rastras, arrancado las vestiduras a pedazos, reducido a la condición más baja y ruin. ¡Y ese instante de humillación

suma es precisamente el que el artista elige para hacerle surgir con una majestad que domina a la ley que tiene en frente, y a la brutalidad que lo persigue, sin ayudarse de un solo gesto, de un músculo visible; de la dignidad del ropaje, de lo elevado de la estatura, del uso exclusivo del color blanco, de la aureola mística de los pintores!

De la cabeza nada más se ayuda, de la mirada augusta bajo el ojo cóncavo, de la mejilla enjuta, de la boca contraída que aún revela la bravura humana, de la serena y adorable frente, honda hacia las sienas poco pobladas de cabellos y levantada en dosel sobre las cejas.

¡La mirada es el secreto del singular poder de esa figura! ¡La angustia y la aspiración se ven claramente en ella; y la resurrección y la existencia eterna! Los vientos pueden desnudar los árboles, los hombres pueden derribar los tronos, el fuego de la tierra puede descabezar montañas, pero se siente, sin estímulo violento y enfermizo de la fantasía, que esa mirada, por natural poder, continuará encendida.

Todo se postra ante esos ojos que concentran cuanto cabe de amor, anunciación, claridad, altivez en el espíritu. El está al pie de las cuatro gradas que llevan al ábside de Pilatos; y Pilatos parece postrado ante él. Blanca es la túnica de Pilatos, como la suya, pero de la suya brota, sin ardid visible del pincel, una luz que no brota de la del juez cobarde.

A su lado se revuelve la cólera, se atreve la insolencia, se discute la ley, se pide a gritos la muerte; pero aquellos ojos curiosos o atrevidos, aquellos rostros frenéticos y descompuestos, aquellas bocas que hablan y que gritan, aquellos brazos iracundos y levantados, en vez de desviar la fuerza y la luz de su figura fulgurosa, se concentran en ella y la realzan por el contraste de su energía sublime con las bajas pasiones que lo cercan.

La escena es en el pretorio, de austera y vasta arquitectura. Por la entrada del fondo que acaba de dar paso a la multitud, se ve un rincón de cielo delicioso que brilla como las alas de las mariposas azules de Muzo.

El gentío alborotado se aprieta a la izquierda del lienzo sobre la figura de Jesús. Ni en el centro quiso ponerla el pintor, para tener esa dificultad más que vencer. Un magnífico soldado echa atrás con su pica a un gañán que vocifera con los brazos en alto: ¡figura soberana!, ¡todos los pueblos tienen ese hombre bestial, lampiño, boca grande, nariz chata, mucho pómulo, ojo chico y viscoso, frente baja!: rebosa en la figura ese odio inmenso de las naturalezas viles hacia las almas que las deslumbran y avergüenzan con su claridad; y sin esfuerzo alguno artificioso, ni violencia en el contraste, resaltan en el cuadro en su doble oposición moral y física: el hombre acrisolado que ama y muere, y el bestial que odia y mata.

A la derecha del lienzo está el romano Pilatos, en su toga blanca ribeteada del rojo de los patricios; se adivina la lana en lo blando de los pliegues: pasma el relieve de Pilatos, que parece vivo en el nicho del ábside: en los ojos se le ve el trastorno de sus pensamientos, el miedo a la muchedumbre, el respeto al acusado, la vacilación que le hace ir levantando una mano de la rodilla, como preguntándose qué ha de hacer con Jesús.

Comparable a la mejor creación artística es el fanático Caifás, que con el rostro vuelto hacia el pretor le señala en un gesto imperante el gentío que reclama la muerte; aquella cabeza de la barba blanca increpa y apremia: de aquellos labios están saliendo las palabras, ardientes y duras.

Dos doctores sentados a la izquierda del ábside miran a Jesús como si no acabasen de entenderlo.

Al lado de Caifás clava un viejo los ojos en Pilatos, que tiene baja la cabeza. Un rico saduceo, de turbante y barba cana, mira a Jesús de lleno, rico el traje, arrellanado en el banco, en arco el brazo derecho, el izquierdo sobre el muslo: ¡es ese rico odioso de todos los tiempos!: la fortuna le ha henchido de orgullo brutal: la humanidad le parece su escabel: se adora en su bolsa y plenitud. Entre él y Caifás discuten el caso jurídico los sacerdotes, éste con ojos torvos, aquél con frialdad de leguleyo; otro, reclinado en la pared, de pie sobre el banco, mira en calma la revuelta escena. Detrás del saduceo, junto mismo a Jesús, otro gañán, de realidad que maravilla, se inclina sobre la baranda en postura violenta para ver de frente el rostro al preso; por encima de la cabeza del gañán, junto al pilar del arco que divide la escena sabiamente, una madre joven, con su niño en brazos, tiene puestos en Jesús sus ojos piadosos, que como toda su figura recuerdan las madonas italianas; allá al fondo, para quebrar la línea de cabezas, se alza entre ellas un beduino barbudo que tiende el brazo brutal hacia Jesús.

Imposible es ver este lienzo gigantesco sin que asalte la mente, fatigada de tanto arte menor, de tanto arte retacero y sofisticado, la memoria de aquella época de ideales fijos en que los pintores vestían las iglesias y los palacios de composiciones grandiosas.

Aquella luz del Cristo avasalladora, que atrae a él los ojos como el término inevitable de las excursiones por el lienzo: aquel arco robusto y espacioso que en vez de robar efecto al Cristo lo realza y completa: aquella fuerza, novedad y viveza de los grupos: aquella ciencia para destacar sin falsedad del fondo sombrío, los colores riquísimos, calientes y pastosos, como los de la vieja escuela de Venecia: aquella concepción armónica y segura, en que ninguno de los tipos secundarios ha perdido en relieve y poder al subyugarse al tipo central y superior: aquella elocuencia de los rostros que están contando la pasión que los enciende: aquel brío magistral en los detalles, y desdén de ardidés, oposiciones y contraluces: aquella gracia, verdad y movimiento, y el punto aquel de cielo que a lo lejos las inflama y corona, enseñan que el pobre "Miska" de la aldea de Munkacsy que hoy vive en París como un rey de pintores, era uno de aquellos magníficos espíritus, raros en esta edad de apremio y crisis, que pueden pecho a pecho abrazarse a una idea humana, descomponerla en sus elementos, y reproducirla con la intensidad y energía que requieren las obras dignas del aplauso de los siglos.

No en vano ha paseado el cuadro en triunfo por Europa entera. No en vano dio París al admirable Valtner la medalla de honor por la radiante aguafuerte del "Cristo ante Pilatos". No en vano, en este siglo, cuya grandeza caótica y preparatoria no ha podido condensarse en símbolos, apasiona

este cuadro de Munkacsy a los críticos y a las muchedumbres, aunque alguna de sus figuras resulte violenta, aunque cierta parte de él parezca añadida como segundo pensamiento, por efecto de decoración, a la idea principal, aunque ya esté perdida la fe en la religión que conmemora.

Nunca acude en vano el genio verdadero a la admiración de los hombres, necesitados a pesar suyo de grandeza. ¿Pero serán sólo esa facultad de componer grandiosamente, esa fuerza y fulgor de colorido, esa armoniosa gracia de los grupos, esa pujanza de la obra entera, lo que en este tiempo de creencias rebeldes y temas novísimos asegure tamaña popularidad a ese asunto familiar de una religión vencida?

Algo más hay en ese cuadro que el placer que produce una composición armónica y la simpatía a que mueve el que emprende con ímpetu y corona con esplendor una obra osada. Es el hombre en el cuadro lo que entusiasma y ata el juicio. Es el triunfo y resurrección de Cristo, pero en la vida y por su fuerza humana. Es la visión de nuestra fuerza propia, en la arrogancia y claridad de la virtud. Es la victoria de la nueva idea, que sabe que de su luz puede sacarse el alma, sin comercio extravagante y sobrenatural con la creación, ese amor sediento y desdén de sí que llevaron al Nazareno a su martirio. Es el Jesús sin halo, el hombre que se doma, el Cristo vivo, el Cristo humano, racional y fiero.

Es la bravura con que el húngaro Munkacsy, presintiendo en su intuición artística lo que el estudio corrobora, entendió y realizó, que siempre fueron unas las pasiones y sus móviles, y desembarazándose de leyendas y figuras canijas, estudió en su propia alma el misterio de la divinidad de nuestra naturaleza, y con el pincel y el espíritu libre, escribió que ¡lo divino está en lo humano! Pero el cariño por el dulce error es tan potente, y tan segura está el alma de un tipo más bello fuera de esta vida, que el Cristo nuevo no parece enteramente hermoso.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 28 de enero de 1887.

LA EXHIBICION DE PINTURAS DEL RUSO VERESCHAGIN

Alma, arte y tiranía. — La protesta en los colores. — El color natural: cuadros al sol. — La procesión de los elefantes. — Cuadros sagrados, militares, de arquitectura, de costumbres, de naturaleza. — El cielo azul.

Nueva York, enero 13 de 1889

SEÑOR DIRECTOR de *La Nación*:

De afuera se oía, como invitando a comparecer, la música suave. A la puerta llegaba, del cuchicheo de adentro, como un ruido de iglesia. Artistas, ricos, novios, cuáqueros, desocupados, artesanos, todos han ido, han ido dos veces, a la exhibición de los cuadros del ruso Vereschagin. Por su color

lo saludó París; por su María, madre de Jesús, lo maltrataron los austríacos. Por su intensidad, por su abundancia, por su candor épico, se reconoce en él su patria.

El ruso renovará. Es niño patriarcal, piedra con sangre, ingenuo, sublime. Trae alas de sangre y garras de piedra. Sabe amar y matar. Es un castillo, con barbas en las almenas y sierpes en los tajos, que tiene adentro una paloma. Debajo del frac, lleva la armadura. Si come, es banquete; si bebe, cuba; si baila, torbellino; si monta, avalancha; si goza, frenesí; si manda, sátrapa; si sirve, perro; si ama, puñal y alfombra. La creación animal se refleja en el ojo ruso con limpidez matutina, como si acabase de tallar la naturaleza al hombre en el lobo y en el león, y a la mujer en la zorra y la gacela. Da luces al ojo ruso, un ojo que tiene algo de llama y de oriente, tierno como la codorniz, cambiante como el gato, turbio como la hiena. Es el hombre con pasión y color, con gruñidos y arrullos, con sinceridad y fuerza. Se mueve con pesadez, bajo su capa francesa, como Hércules barbudo con ropas de niño. Se sienta de guante blanco a la mesa donde humea un oso.

Artistas, ricos, novios, cuáqueros, desocupados, artesanos, clérigos, todos han ido a ver dos veces la exhibición de Vereschagin. Y dicen que esos cuadros sombríos, fúlgidos, crudos, lívidos, amarillos, pintados con leche, pintados con sangre, se destacan, radiantes y enormes, de entre tapices blandos y discretos, por entre cuyos profundos pliegues, como pájaros que buscan asilo, se extinguen, trinando querrellosas, las notas de la música. ¡Como un telón que se descorre, un telón del color silencioso del anochecer, que revela con sus grietas de nieve deslumbradora, los antros del Cáucaso! “La exhibición, dice uno, de un caballo cosaco con freno de seda.”

Cede el gentío a la puerta. Un grupo de ancianas ricas se echa sobre un tapiz, y lo palpa, y lo huele, y dice que es mejor que el suyo, que era el mejor hasta que vio éste. Otros compran el retrato del pintor, frente honda y bruñida, ojo aguileño, nariz de presa, fuertes las quijadas, la barba de hilos negros, un pueblo de barba. Otros entran primero a ver las curiosidades: el cuarto donde dos mujiks, de bota y blusa, sirven té, pasado por el samovar de bronce, con azúcar y un gajo de limón; la copa labrada en un cráneo; la plata como encaje, de allá de Cachemira; la lana del Tibet, donde los sacerdotes, con gorros de payasos, hieden, y los santos llevan máscaras, y hacen flauta de los huesos de las piernas, como el indio enamorado del Perú, y las ovejas son sedosas; la raíz, abierta como en flor de un cedro de Jerusalén: un rincón de la celosía de mármol del mausoleo de Tamerlán terrible; el sombrero picudo del derviche; la fuente donde los héroes de Bókhara presentaron las cabezas de los rusos vencidos al emir de Samarcanda. Y marfiles y encajes, y cruces y tisús, y casullas y paramentos.

Se alza el tapiz de entrada, de ramas de azul y humo, y allí está la ciudad de Jeypore, Jeypore suntuoso, en todo el fuego del mediodía. Las flores a los pies, arriba el cielo ardiente, el gentío de las ventanas, los palacios, de color de rosa, la comitiva de elefantes que en el *howdah* de oro y marfil cargan al príncipe de la tierra y a sus conquistadores. ¡Esa es la pintura

deseada, la pintura al sol, sin ardidés de sombra y de barniz! ¡Esos son los tonos francos y firmes de la naturaleza, sostenida con aliento épico, con mano de domador, en una tela que va de pared a pared, y nos hace saludar y pestañear! ¡Es el color fresco, el color sin brillo de la verdad, el color seco de los objetos al aire libre, y no eso de academias, retórico y meloso! Tal sorpresa causa aquel poder de expresión, aquellos claros superpuestos sin dañarse ni unirse, aquellos oscuros suavizados, y como aclarados, por el conjunto esplendente, aquel como rescaldo de la mucha luz, y el vaho del sol por sobre la masa de cabezas, que se tarda en hallar el defecto del lienzo, y acaso de todo el arte de Vereschagin, procesional y frío. El alma ha de quemar, para que la mano pinte bien. Del corazón no ha de sacarse el fuego, y poner donde él un libro. El pensamiento dirige, escoge y aconseja; pero el arte viene, soberbio y asolador, de las regiones indómitas donde se siente. Grande es asir la luz, pero de modo que encienda la del alma.

Allá, en el *howdah* de oro y marfil, van en paz, ¡parece increíble que vayan en paz!, el rajá de Jeypore, con barbas inútiles, y el príncipe de Gales, de casco y cota roja; pero van sobre el *howdah*, confusos y menudos, sin que se adivine que aquel triunfo es la procesión funeral de la India.

Y así fue la procesión, por de contado; pero el arte no ha de dar la apariencia de las cosas, sino su sentido. Cuando da la apariencia, como aquí, aunque como aquí la pinte con sol, falla. Allá va el séquito pomposo con los infantes por héroes, y los recamos de los paños de oro y las mazas de plata cincelada. Primero van abanderados y clarines, con las banderas de cuatro colores, y el clarín de caño largo. El elefante todo es joyería: la gualdrapa, al peso de las piedras, le cuelga de los lados; la testera es de realce, con rosas de amatistas y zafiros, y laberintos de perlas, y sartas de perla mayor por las orejas; bajo la testera está el frontil, con sus dibujos de terciopelo rojo y verde: y los colmillos con argollas de oro, y la trompa pintada hasta la mitad de colorado. Cinco elefantes se ven, y el de delante se va a salir del lienzo. Al pie de cada uno marcha el macero rojo, y los de blanco, que llevan abanicos de plumas, y el caballo a todo jaez, de frenos de colores y copete de plumas; enjoyado el petral verde y plata la manta, al pecho y los costados plumajes azules, con su caballero de coselete y manopla, rodela al ijar y lanza en la cuja, al cinto el montante y el casco de florón, la pierna de tibial y de quijote, y el estribo de mano de joyero, de esmeraldas y fina argentería. Marchan al sol. Esplende el polvo.

Y ese cuadro iba a ser el último de una tragedia en colores. Porque Vereschagin, como toda mente de verdadero poder, tiende ya en la madurez a lo vasto y simbólico. Le riza, le para, le desata la sangre en las venas una ejecución; y pintará, como los ve o como serían si los hubiese visto, los varios modos de matar, la crucifixión romana, el cañoneo del Indostán, la horca de Rusia. Asiste a la campaña de Plevna, y la pintará en páginas copiosas, desde la primera trinchera de nieve hasta el hospital verdinegro donde muere cara a tierra el turco.

Va a Palestina en busca de color, y pintará en cuadros que parecen

joyeros desde las tumbas de Hebrón, cuyo populacho le tira piedras, para que no profane el reposo de Abraham, hasta los ermitaños trogloditas que entre sapos y áspides viven tallando cruces como harapos y liendres de la religión vencida en las cuevas del Jordán avieso. Copia un edificio de fama; y arrostrará peligros, obstáculos, largas travesías para copiar los mausoleos, los palacios, las mezquitas rivales.

Como con alambre más que con pincel, retrata un fondo carnoso a plena luz, un rabino de espejuelos y casquete, un rabino típico; y se va por breñas y profundidades, buscando los tipos que interesan y rodean al ruso, el magiar mostachudo, el sirio narigón, el armenio togado, el circasiano de fez en pico, el de Mingrelia, con su aire principal, el kurdo de perfil de oveja, el turco enjuto, el búlgaro, bello y triste, el valaco abotinado, el moldavo ostentoso. Es un arte en capítulos, ¡ay!, pero no en cantos.

Porque salta a la vista en este pintor, como en todos los de su raza, aquel pecado universal del arte contemporáneo, que en Rusia aparece más de bulto por el contraste de su niñez enérgica con su cultura traída de pueblos viejos, y es el exceso, constante en el hombre, de la facultad de expresar sobre la de crear, del poder de esparcir colores sobre el de concebir asuntos dignos de ello, de la habilidad del artesano sobre el arrebató y condensación del artista, de la pintura de lo exterior, que sólo exige ojo para observar, juicio para elegir, gracia para agrupar color, para reproducir, sobre aquella otra pintura en que lo exterior se usa verazmente en estado y formas que produzcan aquella caricia íntima, mezcla de sumisión y orgullo, con que el hombre en presencia de la beldad, animada o inerte, se reconoce y estima como porción viva y hermana de las demás del universo.

Y en Rusia se agrava esta desazón del hombre moderno, porque de los tipos bárbaros y conquistadores que se han fundido en el eslavo hercúleo, originánse a la vez esta fuerza de mano, pujo de carácter, necesidad de extensión que heredan de sus padres feudales y batalladores, fieros como las cumbres, melancólicos como la llanura, y este asombro terrible con que se ven, podridos por una civilización extraña, antes de condensarse en otra propia. El príncipe como el mujik, el *kaiaz* como el *isvotcbik*, el palacio que bebe champaña como la isba que bebe vodka, sienten que la barba les cae sobre un pecho desesperado porque en él vive el corazón sin libertad.

No creen en nada, porque no creen en sí, pero el *knout* esté perennemente suspendido, con sus garras picudas, sobre la espalda del labriego, roca que anda, y del *barina* que la posee y desdeña: padecen del peso de la vida sin el decoro del albedrío, mayor que el peso del amor ultrajado, mayor que el de la soledad del alma del poeta; padecen, roscados del regocijo de la emancipación universal, del dolor del hombre esclavo, comparable sólo al dolor de los eunuco; y con el frenesí de la mutilación irremediable, y el ímpetu de su raza de jinetes, vierten sobre los que les parecen más infelices, con rabia y encarnizamiento, la compasión que sienten por sí propios.

¿Y qué arte hay sin sinceridad ni qué hombre sincero empleará su fuerza, sea de fantasía o de razón, sea de hermosura o de combate, en meros escarceos, adornos e imaginaciones, cuando está enfrente, sobre templos que parecen montes, sobre las cárceles donde no se vuelve, sobre palacios que son

pueblos de palacios, sobre la pared que se levanta en hombros de cien razas unidas, la hecatombe de donde saldrá, cuando la podredumbre llegue a luz, el esplendor que pame al mundo, cuando está enfrente "la pirámide del mal" de Herzen?

¡La justicia primero, y el arte después! ¡Hembra es el que en tiempos sin decoro se entretiene en las finezas de la imaginación, y en las elegancias de la mente! Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella. ¡Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!

¿Ni de qué vive el artista sino de los sentimientos de la patria? ¡Empléese, por lo mismo que invade y conmueve, en la conquista del derecho! Y como la defensa directa de la justicia, el comentario dramático, la composición elocuente, están vedadas al ruso, por su propio terror, tanto como por la ley, ¡el medio único, la osadía única, la protesta única, la defensa única e indirecta, la plegaria sin alas y sin voz, del ruso desolado, es la pintura, fea si puede, fétida si puede, de las miserias que contempla, de la verdad desgarradora! "¡Yo espero —dice Vereschagin con los versos de Puskin— yo espero que los hombres me amen, porque mi arte sirve a la verdad, y ruega por los vencidos!" Después, para reposar, para recobrar bríos, pintará, libre y grande, por primera vez, la majestad de la naturaleza.

En Rusia, ¡ay del que ruega por el vencido en alta voz! Y el cuadro, no va de casa en casa como los manuscritos veraces de Tolstoi, que necesita del modelo vivo, el cuadro ruso, a lo que más se atreve, con la sanción acaso del monarca, afligido, es a implorar la gracia de los hombres, por el horror de la pintura, para los centinelas muertos de frío, para los mujiks cercenados en masa de un vuelo del alfange, para los miles de muertos de Plevna, desangrándose en las charcas de lluvia.

¿Cómo, con ese carácter nacional contemplativo, del objeto, con ese hábito de la observación y de la copia, refleja este pintor, con el drama elevado a sacerdocio por la santidad de los franceses y el ímpetu de los españoles, el movimiento del combate, la rabia de la caballería, el encuentro de la trinchera, barba a barba? Si pinta una batalla, la velará en humo espeso, ¡acaso para decir que es toda humo!, como cuando su zar, desde la colina en que lo rodean, sentado en la silla de campaña, sus generales de banda lila al cinto, ve a lo lejos, por la humareda que les va detrás, que huye Rusia del turco, que Alá les va cortando las colas a los potros cosacos. O pintará la batalla antes, con los soldados tendidos en el trigal, mano al gatillo, a las espaldas la manta amarillosa, como el cielo, y a un lado los jefes, en pie, de galón rojo en la gorra. O luego que de los turcos enemigos ya no queda en Shipka más que los montones de cadáveres, apilados en la nieve por el villorrio mudo, pasea a Skobelev, seguido del pabellón, a escape en caballos blancos frente a las tropas que al pie del monte que brilla como seda, echan al aire frenéticos los gorros. O después del combate, pintará, con sangre acabada de derramar, los heridos de bruces, encucillados, enroscados, moribundos. El centinela, de capote gris, tiene la cara deshecha. Un general, con la cabeza baja, como quien va a recibir la hostia de la muerte, está, casaca al hombro, a los pies del que acaba de expirar, con el rostro como barro. Otro muerto

también, encogidas las piernas, y los brazos abiertos, se ríe, con la cara verde. Este alza con cuidado, como a un amigo, la pierna en tablillas. Ese se sujeta el brazo que le pende. Aquél aprieta los labios, al tratar en vano de levantarse entre mochilas, cantinas y fusiles rotos. Entre los muertos y heridos otros fuman.

Un oficial, como para animar el cuadro frío, habla al paso con una cantinera. En la tienda repleta, un herido pide en vano entrada. Uno vuelve hacia atrás la cara sin ojos. La serranía, amarilla; el cielo, lanudo. Y el corazón no se conmueve ante aquella pintura de pensamiento compuesta como para aleccionar, porque la calma visible del artista, la madera de aquellos cuerpos, la mudéz de aquel cuadro, donde falta la agitación de la agonía y la dignidad de la muerte, contrastan con un tema que pide miradas que desgarran, cuerpos que se hunden al abandonar el espíritu, líneas rotas y crespas, escorzos fugaces y violentos, y un aparente desorden de método que realce y contribuya al del asunto.

Mas donde impera la muerte solitaria, y el hombre ha cesado de padecer, halla Vereschagin la sublimidad que falta siempre, acaso porque desprecia a los hombres que conoce, en los lienzos, donde se quiere algo más de grupo y color de las figuras: tal el camino solemne del Danubio, sembrado acá y allá, como único color en la nevada maravillosa, de los cadáveres de turcos que el ejército triunfante fue abandonando por la ruta, sin más vigías que los postes de telégrafo, elocuentes en tanta soledad, ni más amigos que los pájaros que picotean sus mantas, o se posan en sus botas: tal aquel otro tiempo, lleno de majestad y de ternura, en que, de pie en el yerbal cubierto de muertos blanquecinos, bajo el cielo que sube por el Este sombrío y lluvioso, los dos amigos postreros, el jefe en traje de batalla, y el sacerdote con su casulla sepulcral, entierran, con un dolor que entra en los huesos, murmurando la oración al compás del incensario, al escuadrón que de una arremetida segó el turco. La música, allá de entre los tapices, llega tenue, como con manos, doliente, desesperada. El gentío quiere luz y contento. El gentío va a ver los cuadros sagrados.

Son rayos de color, patios musgosos, muros sin cáscara, pozos y puertas negras, y mares fosforescentes, a cuyas orillas, con su túnica blanca y su cabellera rubia, vaga Jesús, o conversa con Juan, o maldice a las ciudades impuras, o llora desconsolado. ¿Qué es la religión, más que historia?, ¡a nuestro lado anda Jesús, y se muere de angustia porque no le ayudan a hacer bien!, ¡a nuestro lado predica Juan, con el sayo de piel de camello y la palabra terrible, y los buenos lo saludan de lejos, y los mercaderes se ríen de él, entre sus hogazas, y sus ánforas! Como hombres los entiende Vereschagin y como hombres los pinta, o como figuras de paisajes, donde más tiene de divino el azul del agua que la congoja del "cordero de Dios", o a la fiera del apóstol, o a la mansedumbre de aquellos almuercos del Jordán, a la sombra de los tamarindos, con langostas y mieles.

Y acaso sería, a no haberse quedado como en boceto, uno de los cuadros más notables de nuestra época, por lo franco de la concepción, y la habilidad con que por el contraste natural con lo que le rodea resalta en Jesús el alma

sublime, aquel de Vereschagin en que pinta la familia de José, en un patio pobre, con el padre y su aprendiz ensamblando por un lado, y María saciando a sus pechos el hambre de su recién nacido, con otro hijo al pie, y uno que viene deshecho en lágrimas, el brazo a los ojos, en tanto que de codos en tierra, dos más, ya en sus diez años, hablan de cosas no más graves que trompos y boliches; sobre la cabeza de María se seca, al aire, el lavado de la casa; con el gallo a la cola comen al pie de la escalera de piedra las gallinas, y en los peldaños de abajo, de modo que parece más alto que todos los demás, Jesús lee.

Tienen matices de amatista, y flores como sangre, y sombras como de violetas, y paredones como la carne desollada, y verdes como de orín, los lienzos, menudos todos, donde, como quien toma el pulso en la vena abierta, copió a pleno color aquel mar muerto, con sus árboles que dan fruta de ceniza; aquel monte, ya a media flor, donde murió Moisés frente a la tierra prometida; aquel valle de Jericó, que era ayer de jardines, y hoy es marañas de escorpiones y culebras; aquella tumba de Samuel, donde citaba a guerra contra los filisteos; aquel pozo donde probó Gedeón a sus soldados, y dejó por flojos a los que metieron la boca en el agua para beber. Allí está en lienzos que pueden llevarse de medallón en las sortijas, el pozo de Jacob, donde Jesús habló con la samaritana de los tiempos olvidados; Beisán la fuerte, que jamás se abrió a Israel; Cafarnaum famosa, toda hoy maleza y ruinas, donde vivió Jesús en casa suya, y curó a tantos; Bethsaida ingrata, donde multiplicó el pan y los peces, y dio la vista al ciego; los campos de betún inflamable donde perecieron, a la furia de las llamas, Sodoma y Gomorra; y una llanura desde donde se ve el Tabor, con el castillo que lo coronaba cuando cuentan que desapareció por él Jesús; y el monte de la Tentación, en cuya gruta, antes rica y cubierta de frescos, viven hoy, haciendo caridad de su pobreza a los pájaros y a los beduinos, los buenos monjes que no tienen para comer más que judías y aceitunas, con su cebolla y su ajo, y un poco de pan negro.

Y en un lienzo como sin fondo, donde las figuras del calvario, raquíticas y a estilo de panorama, dan cara a un muro de cantos rojos y musgosos, está la gente de Galilea, como quien va de fiesta, mirando a las cruces. Un caballo da el anca. Un árabe, con el bordón atravesado, mira desde su burro. Por el fondo vienen, en cabalgaduras de mucho paramento, unos moros ricos. Falta como lazo a aquella sencillez fingida. A un lado del cuadro, no por tierra deshecha, como madre que ve a su hijo en la cruz, sino de pie, cubriéndose el rostro con las palmas, está María. Una moza robusta, de manto blanco como ella, la implora, con bello dolor. A otra mujer, por el entrecejo que se distingue, se le ve clara la pena. A un judío que parece inglés le está hurtando la bolsa un ratero de barbaza rubia, con blusa de listas.

Y allí los curiosos se detienen, no para ver una pintura de admirable trabajo, un portón de piedra bermeja, con césped y florecillas a la entrada, donde al pie de dos bellos brutos, blanco uno y negro otro, esperan, de jaique y brial, los árabes palafreneros; ni para celebrar como lo merecen, los retratos del butanés greñudo y rosicobrizo, con ojos como de hiel y esmeraldas en los lóbulos, y su butanesa belfuda, con el hijo a la espalda.

Lo que los curiosos ven, tomando por arte el mero tamaño, es una lámina de diario coloreada con vigor, que representa, sin más cosa de poder que el cuerpo vivo de un soldado, el suplicio del cañoneo en el Indostán, donde el hindú culpable, atado a un poste a la boca del cañón, muere en pedazos. Ni es de arte, ni mueve al horror solicitado, por faltarle, en fuerza de realidad, el grado intenso que constituye, en lo bello como en lo feo, lo artístico, otro lienzo donde la muchedumbre, como en ruedo blanco con costra de colores, se agolpa en plena nevada que salpica de copos caftanes y pellizas, a ver, colgando de la horca, dos sentenciados, como dos gusanos.

Pero ¡qué modo el de Vereschagin, en esos lienzos infeliz, de sacar, con masas de color, blanco sobre blanco; de pintar, de manera que se ve de veras el mármol transparente, la famosa ventana que levantó Akbar, el gran Mogol, en honra de su santo consejero Selim-Shirti! ; y acurruados en el poyo, al fuego del cenit, conversan, en togas y turbantes albos como la celosía, los guardianes del templo, de rostros cobrizos.

Luego es el Taj, puro como la leche, que refleja sus cúpulas ligeras, labradas como con aguja, en el lago cercado de cipreses y ramas otoñales, a cuyo arrullo, en su soberbia tumba blanca, duerme bajo follaje de mármol aéreo, aquella favorita que amó el sha Jehan. Y ya es la mezquita de la Perla, que invita a entrar por sus nobles arquerías, más que de perla de marfil tallado, con sus hileras de musulmanes reverentes que evocan al creador invisible, de pie, hombro a hombro, con las cabezas bajas. Ya es, con su aljibe de doble boca y las babuchas a la puerta, el vestíbulo, fresco como las mañanas, de la mezquita donde el otomano en traje verde o amarillo, pide el amparo de Alá contra el judío, que llora y comercia. Ya es, con sus domos dorados y verdes; con su palacio de *orujinaia*, lleno de tesoros; con la soberana torre de Iván que preside la vasta maravilla; con la puerta del Salvador, por donde nadie pasa cubierto; con el panteón de los zares, erizado de espiras; con su masa de pisos superpuestos, como el palacio babilónico; con sus bastiones por valladar y su Moskova al pie, el Kremlin colosal, el Kremlin rosado.

¿Y qué importan ahora, ya al salir con el gentío, ni el tigre que al pie de una palma ve venir sobre el cadáver en que se apresta a regalarse el buitre que se lo disputa; ni un lienzo como velo, que es un amanecer en Cachemira; ni aquella palma sola, centinela negro de las ruinas de Delhi, que se mira en el lago Amarillo, a la puesta del sol?

Bien hace ahora la música, de allá de entre los tapices, en enviar, como gargantillas de diamantes, notas sueltas de himno. Jamás en tan vasto lienzo creó el hombre con más verdad y poder el cielo luminoso. ¿A qué pintarlo? ¿Quién no ha visto el cielo? Abajo, donde el buitre negro, habitante único de aquella pureza, se cierne, anchas las alas, en busca del soldado insepulto, las peñas terrosas, como gigantescos búcaros, levantan en las cumbres sus flores de nieve. Las nubes dormidas despiertan al sol; y vagan ligeras, cual si las moviesen, con dulce pereza, como cendales de la mañana, doncellas invisibles. Con tajos de sombra se empinan por lo alto los picos nevados. La

nube aérea flota, afloja sus vapores, se mece y deshace, el cielo arriba triunfa, sereno y azul.

Así corona la luz a los artistas fieles, adoloridos por la carencia de ideal amable en estos tiempos de muda, que, a despecho de escuelas y gramáticas, ponen su caballete al sol, y hallan en la naturaleza, consoladora como los claros del amanecer, la paz y la epopeya que parecen perdidas para el alma. Como con puñales pinta Vereschagin sus retratos: como con zafiro desleído hasta dar deseos de morir en él, pinta el mar samaritano; reproduce lo que ve como si le hubiera levantado la corteza, para poseerlo mejor; sus mármoles relucen, y su aire indio irradia; hijo fuerte de un pueblo espantado y deforme, no sabe usar del hombre en sus lienzos, sino cuando, lejos de su país sombrío, lo halla ágil y gracioso; cuando pinta al hombre, es para servirle; ni compone ni condensa, ni crea: su espíritu no parece haberse abierto al arte sumo, que es el que sabe sacar el alma de las cosas, producir con el detalle la emoción de la armonía, inundar las entrañas de deleite, sino en aquellos lienzos vastos y solitarios, con montes, Rusia, como tu dolor, con valles, Rusia, helados como tus esperanzas.

La Nación. Buenos Aires, 3 de marzo de 1889.

CUBA

A JOSE JOAQUIN PALMA¹

PALMA AMIGO:

Te devuelvo tu libro de versos: ¡no te lo quisiera devolver! Gustan los pobres peregrinos de oír cerca de sí, en la larguísima jornada, rumor del árbol lejano, canción del propio mal, ruido del patrio río. ¡Bien hayan siempre los versos, hijos del recuerdo, creadores de la esperanza! ¡Bien hayan siempre los poetas, que en medio a tanta humana realidad anuncian y prometen la venidera realidad divina! Lejos nos lleva el duelo de la patria: apenas si, de tanto sufrir, nos queda ya en el pecho fuego para calentar a nuestra mujer y nuestros hijos. Pero puesto que la poesía ungió tus labios con las mieles del verso, canta, amigo mío, el mar tormentoso, semejante al alma; el relámpago, semejante a la justicia de los hombres; el rayo que quebranta nuestras palmas; los bravos pechos que llenan con su sangre nuestros arroyos. Cuando te hieran, ¡canta! Cuando te desconozcan, ¡canta! Canta cuando te llamen errante y vagabundo, que este vagar no es pereza, sino desdén. Canta siempre, y cuando mueras, para seguir probablemente lejos de aquí cantando, deja tu lira a tu hijo, y di como Sócrates a sus discípulos en la tragedia de Giacometti: "¡Suona, e l'anima canta!".

Tú naciste para eso. El rocío brilla; el azahar perfuma; el espíritu asciende; canta el bardo. Trabaja enhorabuena; pero cuando dejes la pluma, toma la lira. ¿No ves qué concierto de simpatías levantan unos cuantos versos tuyos? ¿Qué cortejo de amigos te sigue? ¿Cuántos ojos de mujer te miran? ¡Miradas de mujer, premio gratisimo! Es que lleva el poeta en su alma excelsa la esencia del alma universal.

Tú eres poeta en Cuba, y lo hubieras sido en todas partes. Mudan con los tiempos las cosas pequeñas: las grandezas son unas y constantes. Tal fue

¹ Esta carta de Martí se publicó como introducción al libro *Poesías* de José Joaquín Palma, editado en Tegucigalpa (Honduras), 1882.

el hombre viejo, tal el nuevo. Ni lágrimas más amargas que las que llora Homero, ni sacrificio más noble que el de Leandro. Safo dio el salto de Léucades: porque lo den desde el Sena, ¿es menos heroico el salto de las modernas numerosas Safos?

Tú, Palma, hubieras sido aeda en Grecia, scaldier en Escocia, trovador en España, rimador de amores en Italia. ¡Rimador de amores! Tú eres de los que leen en las estrellas, de los que ven volar las mariposas, de los que espían amores en las flores, de los que bordan sueños en las nubes. Se viene acá a la tierra unas cuantas veces cada día, y el resto, ¡oh, amigo!, se anda allá arriba en compañía de lo que vaga. ¡Rimador de amores!, a ti, poeta, tierno, no conviene el estruendo de la guerra, ni el fragor dantesco de los ayes, las balas y los miembros. Tú tienes más del azul de Rafael que del negro de Goya. Tu mundo son las olas del mar: azules, rumorosas, claras, vastas. Tus mujeres son náyades suaves, tus hombres, remembranzas de otros tiempos.

Tú llevas levita, y no la entiendes. Tú necesitas la banda del cruzado. Vives de fe; mueres de amor.

Si estuviéramos en los dichosos tiempos mitológicos, ¡en aquellos en que se creía!, tú creerías de buena voluntad que dentro del pecho llevabas una alo-dra. Nosotros, los que te oímos, sabemos que la llevas en los labios.

Hay versos que se hacen en el cerebro: éstos se quiebran sobre el alma: la hieren, pero no la penetran. Hay otros que se hacen en el corazón. De él salen y a él van. Sólo lo que del alma brota en guerra, en elocuencia, en poesía, llega al alma. Hay poetas discutidos. Tú eres un poeta indiscutible. Cabrá mayor corrección en una estrofa, no más gracia y blandura; parecerán una palabra o giro osados; pero como el espíritu anima las facciones, la poesía, espíritu tuyo, anima tus versos.

Tus versos parecen hechos a la sombra del cinamomo de la Biblia. El genio poético es como las golondrinas: posa donde hay calor. Cierras el Evangelio de San Mateo, y ora envuelto en el fantástico albornoz, ora ceñida la invencible cota, cantas trovas dulcísimas, como aquellas que debió oír en los jardines de la Alhambra Lindaraja. Tienes en tus versos el encaje de las espadas de taza de nuestros abuelos; los vivos y coloreados arabescos, menudas flores de piedras, sutil blonda de mármol de la Aljafería y de los alcázares. Eres perezoso como un árabe, bueno como un cristiano, galante como un batallador de la Edad Media.

Tú no conoces el río de hiel en que empapaba su estilo Juvenal; no te visita el Genio de la Tormenta; no turba tus sueños la sombría visión apocalíptica, coronada de relámpagos, segadora de malvados, sembradora de truenos. Los romanos te dieron su elegía; los mártires, su unción; los árabes su décima y su guzla.

Comprimida en la forma, habrá un momento en que la dureza del lenguaje no exprese bien la delicadeza de tu espíritu. Aquí un consonante, allí un pie largo: la fragua no está templada siempre a igual calor. Pero estas cosas, que te las diga un crítico. Yo soy tu amigo. Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando mal, callo. Este es el modo mío de censurar.

Y luego, tú tienes un gran mérito. Nacido en Cuba, eres poeta cubano.

Es nuestra tierra, tú lo sabes bien, un nido de águilas; y como no hay aire allí para las águilas; como cerca de los cadalsos no viven bien más que los cuervos, tendemos, apenas nacidos, el vuelo impaciente a los peñascos de Heidelberg, a los frisos del Partenón, a la casa de Plinio, a la altiva Sorbona, a la agrietada y muerta Salamanca. Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante. Como nos vedan lo nuestro, nos empapamos en lo ajeno. Así, cubanos, henos trocados, por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles, franceses, alemanes. Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés. No corre en tus versos el aire frío del Norte; no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset. Lloren los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de gérmenes podridos; lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los cetros despedazados, los monumentos derruidos, la perdida virtud, el desaliento aterrador: el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.

Dormir sobre Musset; apearse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojarse en las cimas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto, ¡oh, amigo mío!, tanto como apostatar. Apostasías en Literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y pueblos extraños.

Nobles son, pues, tus musas: patria, verdad, amores. ¿Quién no te ha dicho que tus versos susurran, ruedan, gimen, rumorean? No hay en ti fingidos vuelos, imágenes altisonantes, que mientras más luchan por alzarse de la tierra, más arrastran por ellas sus alas de plomo. No hay en ti las estériles prepotencias de lenguaje, exuberante vegetación vacía de fruto, matizada apenas por solitaria y, entre las hojas, apagada flor. En un jardín, tus versos serían violetas. En un bosque, madre selvas. No son renglones que se suceden: son ondas de flores.

Tú eres honrado, crees en la vida futura: tienes en tu casa un coro de ángeles; vuelas cada verano para llevarles su provisión de cada invierno. Tú naciste con la ira a la espalda, el amor en el corazón, y los versos en los labios. ¿A qué decirte más? Deja que otros te lo digan mejor.

En tanto, está contento, porque has sabido ser en estos días de conflictos internos, de vacilaciones apóstatas, de graves sacrificios, y tremendas penas, poeta del hogar, poeta de la amistad, poeta de la patria.

Tu amigo

José Martí.

Guatemala, 1878.

"MI TIO EL EMPLEADO"

NOVELA DE RAMON MEZA

ESTA ES LA HISTORIA del poblano don Vicente Cuevas, que llegó a Cuba en un bergantín, de España, sin más seso, ciencia ni bienes que una carta en que el señor marqués de Casa Vetusta lo recomendaba a un empleado ladrón, y con las mañas de éste y las suyas, amparadas desde Madrid por los que participaban de sus frutos, paró el don Cuevas de las calzas floreadas y las mandíbulas robustas en "el señor conde Coveo", a quien despidieron con estrépito de trombones y lujo de estandartes y banderines los "buenos patriotas de La Habana", cuando se retiraba de la ínsula, del brazo de la rica cubana Clotilde. Esta es la vergonzosa historia, dicha con sobrio ingenio, cuidado estilo y varonil amargura.

Llega el Vicente —más un sobrino honrado en cuya boca pone Meza el libro— con los sesos tan pobres bajo su sombrerete "de copa como media bala de cañón", que lo primero que ve de La Habana es el tope de un muro, donde lo montaron de burlas la noche de Reyes "a esperar los magos"; y él da con el burócrata truhán que necesita del ignorante tamaño para que le manen oro, por artes bribonas, ciertos expedientes mohosos de cuyo estudio saca a un leal oficinista, a fin de que el Vicente, que ni leerlos sabe, le deje de dueño en la oficina de que él despojado era guardián; él finge "que escribe mucho y de prisa"; él es dado a títulos, y tan servil con su superior como tan tiránico con el escribiente, su sobrino; él para en la cárcel de que el otro lo saca, fugado, a la goleta que lo lleva a México; él vuelve a poco tiempo al destino del otro, que es puesto alto y pingüe, por lo que quienes escudan a aquél en virtud de la parte que perciben de los provechos del empleo, tienen empeño de poner a la cabeza de la mina, por sobre cárceles y robos pasados, a uno "que se haya dejado la vergüenza en Cádiz"; a un pillo que, como Vicente, encubra que lo es, cacareando que está "en un país de pillos"; bueno, en verdad, puesto que los sienta a su mesa, y les da sus mujeres para que se paseen por sus calles, hecho ya un señorón de carretela, con su placa en el frac y caña de Indias, con su panza eminente y pechera de brillantes, con su calva lustrosa y cuello vacuno, aquel que, traficando en la deuda, cuyos secretos están bajo su guarda, y tomando para sí lo que se allega con pretextos patrióticos, vendiendo a sus propios soldados garbanzos manidos, llega a arrancar con una perorata condal, los aplausos del cínico banquete que preside, en el mismo teatro desde cuya cazuela, como si con el ambiente hubiera bebido desde el desembarcar, la certidumbre de que el alcornoque en su tierra era el dueño de esta otra, juró, cerrando el puño, a los que se reían de él, que don Vicente Cuevas "¡había de ser algo!". Y lo fue todo, hasta esposo de Clotilde.

Todo esto se cuenta en el libro, que parece una mueca hecha con los labios ensangrentados. Cuéntase cómo se va en Cuba de Cuevas a Coveo; cómo se enriquecen, a robo limpio y cara de jalea, los empleados; cómo chupan, obstruyen y burlan al país, que pasa en la sombra discreta de la novela como una procesión de fantasmas lívidos y deshuesados; cómo echa

vientre el conde, a la tibia luz de su casa voluptuosa de soltero, entre cocheros y poetas celestinos; cómo sobre el ataúd caliente de la vana mujer que da la beldad de su hija a un necio título, engordan —mientras el mayordomo leal muere de pena— el secretario, el general, el contratista, el canónigo, el coronel, el escritor “patriota” que hoy atenta, vestido de negro y con bastón de carey, contra las vidas de aquellos a quienes ayer sirvió, ¡y tal vez le lleva y trae flores! Al lado del conde se mueven, esbozados de propósito con sencillez no exenta de firmeza, el portero adulón; el cochero procurador; el buscapié, servil; el secretario, presuntuoso; los oficinistas, famélicos; los ladrones titulados; la suegra, frívola; la hija, complaciente. Se ven los misterios de oficinas, el lujo grotesco del advenedizo, el sabio asedio de la casa rica, nuestras casas y parques, criados y costumbres, vanidades y barraganías, festejos y banquetes.

El comer es parte principal de *Mi tío el empleado*: come pan y sardinas en la fonda donde llega; come a Chartreuse tendido en su casa de soltero, donde luce, bajo un guardapolvo de cristal, un becerrillo de oro; come a chaleco abierto, en casa de su suegra difunta, rodeado de coroneles y canónigos; come con su secretario a traga mesas, cuando preside en el teatro, lleno de luces que no se saben apagar, el festín patriótico: “¡daba gusto ver comer a aquellos dos hombres!”.

No parece de veras, aun a los que todavía llevan el brazo manchado de cuando se rozaban con ellos por las calles, que esos entes cómicos, sobre cuyas cabezas flota la tragedia, sean tan desnudos de mérito como los pinta, calcándolos del natural, este libro, que deja una impresión semejante a la que ha de dejar una bofetada. Es un teatro de títeres; de títeres fúnebres. Y a no ser porque no pueden negarse los ojos a ver, ni la memoria a recordar, diríase, conforme se va leyendo el libro, que sólo en los dominios de la pesadilla pudieran llegar a esa preponderancia, ignorantes y pícaros tales. Hay algo de pantagruélico en aquellos banquetes, y de rabelesiano en la risa del libro, no tanto por voluntad de éste como por efecto del modelo monstruoso. El libro, sin ser más que retrato, parece caricatura; pero precisamente está su mérito en que, aun en el riesgo de desviar la novela de su naturaleza, no quiso el autor invalidarla mejorando lo real en una obra realista, cuya esencia y método es la observación, sino que, hallando caricatura la verdad, la dejó como era.

Este don de observar es en Meza tan característico, que ha de constituirle una originalidad poderosa en los libros donde ya salgan en sazón las cualidades que, por lo despacioso de ellas y lo joven de él, se muestran aquí, y deben mostrarse como en agraz; porque no es esa observación común que copia lo que ve, como la fotografía, sino otra implacable y casi ceñuda, que realza su poder con su justicia. Y parece que brega a brazo con su objeto hasta que lo deja por tierra sin la vida que le toma para su descripción; es como ciertos pintores, que no dibujan con lápices, sino con púas de acero. Achica de propósito sus personajes ruines con lo mínimo de sus detalles, como el que se entretiene en sacar flores, pompones y tufos a un perro de lanas. No dice “¡ése es!”, porque pudieran no creerle; sino hace que el personaje diga “¡yo soy!”.

Y lo que sin duda contribuye a dar ese aire de parodia a la copia intencionada de lo natural, no es que quite de éste o le añada sin justa proporción, o le suponga; sino que al condensar en tipo enérgico las condiciones en que los de su casta se distinguen, aparecen de bulto y como magnificadas las picardías, que se ven menos cuando andan repartidas por la especie y mezcladas en el concierto usual de desvergüenzas y virtudes. Ni se le habría de censurar que tuviese por genio propio el de la caricatura, que es modo eficaz de hacer visible el defecto por su exageración. El arte sienta a su mesa a Daumier y a Hogarth.

Y ¿en qué estilo está escrito todo eso? En un estilo intenso y laborioso, aunque entabado por el ejemplo de las grandes novelas españolas, donde en salvo algo de Pereda y en casi todo lo de Palacio Valdés, no se procura aquella belleza superior que viene al lenguaje, de expresar directamente y sin asomos de literatura, la pasión, la esencia y el concepto, graduando acentos y escalonando cláusulas de modo que vayan siendo confirmación del sentido, y acabe la frase musical donde acaba la lógica; sino aquella otra perfección del remiendo parecida a las flores de paño que adornaban la chaqueta con que vino a Cuba don Vicente Cuevas, que encasaca y deforma con giros desproporcionados y violentos la fecunda beldad de la idea libre, y en vez de realzar su gracia con el donaire suelto de la túnica, la emperifolla, afeitada y endominga, como sesentona llena de moños y cintajos. En ese repulgo de la frase, así como en lo minucioso de la descripción y uso frecuente del sueño simbólico, se ve el influjo de los autores que están poniendo ahora en lengua académica, por métodos ingleses y franceses, las cosas de España. Pero los defectos mismos de nimiedad y cargazón que, en las descripciones sobre todo, pudieran censurarse en el lenguaje de *Mi tío el empleado*, no son defectos realmente, sino abundancia de condiciones, por donde se revela, con el exceso propio de la juventud, la pasión esencial del artista por la verdad y el color. Ya podará adjetivos, evitará asonancias, agrupará matices y cuidará pronombres. El estilo, más que en la forma, está en las condiciones personales que han de expresarse por ellas.

El que ajuste su pensamiento a su forma, como una hoja de espada a la vaina, ése tiene estilo. El que cubra la vaina de papel o de cordones de oro, no hará por eso de mejor temple la hoja. El verso se improvisa, pero la prosa no; la prosa viene con los años. Ya Meza sobresale por su honrado y constante deseo de emplear la palabra propia, necesaria y gráfica; pero lo que anuncia en él al escritor no es esta caza del vocablo, aunque sin ella no hay belleza durable en la literatura, sino la determinación de subordinar el lenguaje al concepto, el don de ver en conjunto y expresar fielmente, la capacidad de componer un plan vasto, con sus caracteres, incidentes y colores, y la firmeza indispensable para conducirlos al fin propuesto, no enseñándose a cada paso a que le vean la imagen rica o la frase bien cortada, sino como olvidado de sí, y guiando la acción desde afuera.

Pero más notable que la facultad de componer, el mérito de desaparecer de su libro, y el reposo, intención y sobriedad con que todo él está concebido y ejecutado, es aquel como fiero pensamiento y grave melancolía que da

a su chiste la fuerza de la sátira. Hay ojos centelleantes bajo esa careta pintarrajeada. En ese silbato chasquea un látigo. Ese conde que se lleva de Cuba a Clotilde tiene las espaldas listadas de negro, como los vestidos de los presidiarios. Ese es el chiste viril, el chiste útil, el único chiste que está hoy permitido en Cuba a los hombres honrados. Las épocas de construcción, en las que todos los hombres son pocos; las épocas amasadas con sangre y que pudieran volver a anegarse con ella, quieren algo más de la gente de honor que el chiste de corrillo y la literatura de café, empleo indigno de los talentos levantados. La gracia es de buena literatura; pero donde se vive sin decoro, hasta que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla. A Níobe no se le debe poner collar de cascabeles. A Cristo no se le puede poner en la mano una sonaja. La gacetilla no es digna del país que acaba de salir de la epeopeya.

El Avisador Cubano. Nueva York, 25 de abril de 1888.

HEREDIA

NO POR SER compatriota nuestro un poeta lo hemos de poner por sobre todos los demás; ni lo hemos de deprimir, desagradecidos o envidiosos, por el pecado de nacer en nuestra patria. Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad y le educa el gusto que el que exagera el mérito de sus hombres famosos. Ni se ha de adorar ídolos, ni de descabezar estatuas. Pero nuestro Heredia no tiene que temer del tiempo: su poesía perdura, grandiosa y eminente, entre los defectos que le puso su época y las imitaciones con que se adiestraba la mano, como aquellas pirámides antiguas que imperan en la divina soledad, irguiendo sobre el polvo del amasijo desmoronado sus piedras colosales. Y aún cuando se negase al poeta, puesto que el negar parece ser el placer más grato al hombre, las dotes maravillosas por que, después de una crítica austera, asegura su puesto en las cumbres humanas, ¿quién resiste al encanto de aquella vida atormentada y épica, donde supieron conciliarse la pasión y la virtud, anheloso de niño, héroe de adolescente, pronto a hacer del mar caballo, para ir "armado de hierro y venganza" a morir por la libertad en un féretro glorioso, llorado por las bellas, y muerto al fin de frío de alma, en brazos de amigos extranjeros, sedientos los labios, despedazado el corazón, bañado de lágrimas el rostro, tendiendo en vano los brazos a la patria? ¡Mucho han de perdonar los que en ella pueden vivir a los que saben morir sin ella!

Ya desde la niñez precocísima lo turbaba la ambición de igualarse con los poetas y los héroes: por cartilla tuvo a Homero; por gramática a Montesquieu, por maestro a su padre, por dama a la hermosura, y por sobre todo, el juicio; mas no aquel que consiste en ordenar las pasiones cautamente, y practicar la virtud en cuanto no estorbe a los goces de la vida, sino aquel otro que no lo parece, por serlo sumo, y es el de dar libre empleo a las fuer-

zas del alma —que con ser como son ya traen impuesto el deber de ejercitarse— y saber a la vez echarlas al viento como halcones, y enfrenarlas luego. No le pareció, al leer a Plutarco en latín, que cuando había en una tierra hecha para la felicidad esclavos azotados y amos impíos, estuviese aún completo el libro de las *Vidas*, ni cumplido el plan del mundo, que comprende la belleza moral en la física, y no ve en ésta sino el anuncio imperativo de aquélla: así que, antes de llevarse la mano al bozo, se la llevó al cinto. Salvó su vida y calmó su ansiedad en el asilo que por pocos días le ofreció la inolvidable Emilia. Lloró de furor al ver el país de nieves donde ha de vivir, por no saber amar con mesura su país de luz. Lo llama México, que siempre tuvo corazones de oro, y brazos sin espinas, donde se ampara sin miedo al extranjero. Pero ni la amistad de Tornel, ni la compañía de Quintana Roo, ni el teatro de Garay, ni la belleza fugaz de María Pautret, ni el hogar agitado del destierro, ni la ambición literaria, que en el país ajeno se entibia y vuelve recelosa, ni el pasmo mismo de la naturaleza, pudieron dar más que consuelo momentáneo a aquella alma “abrasada de amor” que pedía en vano amante, y paseaba sombrío por el mundo, sin su esposa ideal y sin los héroes.

Aquel maestro de historia, aquel periodista sesudo, aquel político ardiente, aquel juez atildado, con una mano opinaba en los pleitos, y con la otra se echaba atrás las lágrimas. En el sol, en la noche, en la tormenta, en la lluvia nocturna, en el océano, en el aire libre, buscaba frenético, mas siempre dueño de sí, sus hermanos naturales. Disciplinaba el alma fogosa con los quehaceres nimios de la abogacía. Su poesía, marcial primero y reprimida después, acabó en desesperada. Más de una vez quiso saber cómo se salía pronto de la vida. Pide paz a los árboles, sueño a la fatiga, gloria al hombre, amor a la luna. Aborrece la tiranía, y adora la libertad. Arreglando tragedias, nutre en vez de apagar su fuego trágico. Borra con sus lágrimas la sangre que en la carrera loca sacó con la espuela al ijar de su caballo. ¿Quién le apaciguará el corazón? ¿Dónde se asilará la virtud? El exceso de vida le agobia; vive condenado a afectos estériles; jamás, ¡infeliz!, ser correspondido por la que ama. De noche, sobre un monte, descubierta la cabeza, alza la frente en la tempestad. ¡No se irá de la vida sin haber sembrado el laurel que quiere para su tumba! Aquietará su espíritu desolado con el frescor de la lluvia nocturna, pero donde se oiga, a los pies de una mujer, bramar el mar y rugir el trueno. Y murió, grande como era, de no poder ser grande.

Porque uno de los elementos principales de su genio fue el amor a la gloria, en que los hombres suelen hallar consuelos comparables al dolor de quien nada espera de ella: su poesía resplandece, desmaya o angustia, según vea las coronas sobre su cabeza o fuera de su mano: busca *sin éxito*, ya desalentado, poesía nueva por cauces más tranquilos: su lira es de las batallas, del amor “tremendo”, del horror “grato”, “bello” y “augusto”. Del país profanado en que le tocó nacer, y exaltó desde la infancia su alma siempre dispuesta a la pasión, buscó amparo en la grandeza de su tiempo, reciente aún de la última renovación de la humanidad, donde, como bordas de fuego de un mar torvo, cantaba Byron y peleaban Napoleón y Bolívar. Grecia y Roma, que le eran familiares por su cultura clásica, refulgían en los pueblos europeos, desde el trágico que acababa de imitarlas en Italia al

inglés que había de ir a morir en Misolonghi; en los mismos Estados Unidos, donde Washington acaba de vencer, Bryant canta a Tesalia, y Halleck celebra a Bozzaris. Pero ya tenía para entonces su poesía, a más del estro ígneo, la majestad que debió poner en ella la contemplación, entre helénica por lo armoniosa y asiática por el lujo, de la hermosura de los países americanos donde vivió en su niñez; de aquel monte del Avila y valles caraqueños, con el cielo que viene a dormir de noche sobre los techos de las casas; de aquellas cumbres y altiplanicies mexicanas, modelo de sublimidad, que hinchen el pecho de melancolía e imperio; de Santo Domingo, donde corre el fuego por las venas de los árboles, y son más las flores que las hojas; de Cuba, velada, ¡ay!, por tantas almas segadas en flor, donde tiene la naturaleza la gracia de la doncella y la frescura del beso.

Pero nada pudo tanto en su genio como aquella ansia inextinguible de amor, que con los de la tierra crecía, por ir demostrando cada uno lo amargo de nacer con una sed que no se puede apagar en este mundo. No cesan las hermosuras en cuanto habla de amores. Hay todavía "Lesbias" y "Filenos"; pero ya dice "pañuelo" en verso, antes que de Vigny. Cuando se prepara a la guerra, cuando describe el sol, cuando contempla el Niágara, piensa en los tiranos, para decir otra vez que los odia, y en la mujer a quien ha de amar. Es lava viva, y agonía que da piedad. Del amor padece hasta retorcerse. El amor es "furioso". Lloro llanto de fuego. Aquella mujer es "divina y funesta". Una bailarina le arranca acentos pindáricos, una bailarina "que tiende los brazos delicados, mostrando los tesoros de su seno". No teme caer en alguna puerilidad amatoria, de que se alza en un vuelo a la belleza pura, ni mostrarse como está, mísero de amor, postrado, desdénado: ¡cómo viviría él en un rincón "con ella y la virtud"! Y era siempre un amor caballeresco, aun en los mayores arrebatos. Para su verso era su corazón despedazado; pero salía a la vida sereno, domador de sí mismo. Acaso hoy, o por desmerecimiento de la mujer, o por mayor realidad y tristeza de nuestra vida, no nos sea posible amar así: la pasión es ahora poca, o sale hueca al verso, o gusta de satisfacerse por los rincones. Tal fue su genio, contristado por la zozobra inevitable en quien tiene que vivir de los frutos de su espíritu en tierras extrañas.

Así amó él a la mujer, no como tentación que quita bríos para las obligaciones de la vida, sino como sazón y pináculo de la gloria, que es toda vanidad y dolor cuando no le da sangre y luz el beso. Así quiso a la libertad, patricia más que francesa. Así a los pueblos que combaten, y a los caudillos que postran a los déspotas. Así a los indios infelices, por quienes se le ve siempre traspasado de ternura, y de horror por los "hombres feroces" que contuvieron y desviaron la civilización del mundo, alzaron a su paso montones de cadáveres, para que se vieran bien sus cruces. Pero eso, otros lo pudieran amar como él. Lo que es suyo, lo herédico, es esa tonante condición de su espíritu que da como beldad imperial a cuanto en momentos felices toca con su mano, y difunde por sus magníficas estrofas un poder y esplendor semejante a los de las obras más bellas de la Naturaleza. Esa alma que se consume, ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso, ese lenguaje que centellea como la bóveda celeste, ese período que se desata como

una capa de batalla y se pliega como un manto real, eso es lo herédico, y el lícito desorden, grato en la obra del hombre como en la del Universo, que no consiste en echar peñas abajo o nubes arriba la fantasía, ni en simular con artificio poco visible el trastorno lírico, ni en poner globos de imágenes sobre hormigas de pensamiento, sino en alzarse de súbito sobre la tierra sin sacar de ella las raíces, como el monte que la encumbra o el bosque que la interrumpe de improviso, a que el aire la oree, la argente la lluvia, y la consagre y despedace el rayo. Eso es lo herédico, y la imagen a la vez esmaltada y de relieve, y aquella frase imperiosa y fulgurante, y modo de disponer como una batalla la oda, por donde Heredia tiene un solo semejante en literatura, que es Bolívar. Olmedo, que cantó a Bolívar mejor que Heredia, no es el primer poeta americano. El primer poeta de América es Heredia. Sólo él ha puesto en sus versos la sublimidad, pompa y fuego de su naturaleza. El es volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas.

Ni todos sus asuntos fueron felices y propios de su genio; ni se igualó con Píndaro cuantas veces se lo propuso; ni es el mismo cuando imita, que no es tanto como parece, o cuando vacila, que es poco, o cuando trata temas llanos, que cuando en alas de la pasión deja ir el verso sin moldes ni recaños, ni más guía que el águila; ni cabe comparar con sus odas al Niágara, al Teocali de Cholula, al sol, al mar, o sus epístolas a Emilia y Elpino y la estancia sexta de los Placeres de la Melancolía, los poemas que escribió más tarde pensando en Young y en Delille, y como émulo de Voltaire y Lucrecio más apasionado que dichoso; ni campea en las composiciones rimadas, sobre todo en las menores, con la soberanía de aquellos cantos en que celebra en verso suelto al influjo de las hermosas, el amor de la patria y las maravillas naturales. Suele ser verboso. Tiene versos rellenos de adjetivos. Cae en los defectos propios de aquellos tiempos en que al sentimiento se decía sensibilidad: hay en casi todas sus páginas versos débiles, desinencias cercanas, asonantes seguidos, expresiones descuidadas, acentos mal dispuestos, diptongos ásperos, aliteraciones duras: ésa es la diferencia que hay entre un bosque y un jardín: en el jardín todo está pulido, podado, enarenado, como para morada de la flor y deleite del jardinero: ¿quién osa entrar en un bosque con el mandil y las podaderas?

El lenguaje de Heredia es otra de sus grandezas, a pesar de esos defectos que no han de excusársele, a no ser porque estaban consentidos en su tiempo, y aun se tenían por gala: porque a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce y vibrar como la porcelana: y bien pudo Heredia evitar en su obra entera lo que evitó en aquellos pasajes donde despliega con todo su lujo su estrofa amplia, en que no cuelgan las imágenes como dijes, sino que van con el pensamiento, como en el diamante va la luz, y producen por su nobleza, variedad y rapidez la emoción homérica. Los cuadros se suceden. El verso triunfa. No van los versos encasacados, adonde los quiere llevar el poeta de gabinete, ni forjados a martillo, aunque sea de cíclope, sino que le nacen del alma con manto y corona. Es directo y limpio como la prosa aquel verso llameante, ágil y oratorio, que ya pinte, ya describa, ya fulmine, ya narre, ya evoque, se desata o enfrena al poder de una censura sabia y viva, que con más ímpetu

y verdad que la de Quintana, remonta la poesía, como quien la echa al cielo de un bote, o la sujeta súbito, como auriga que dé un reclamo para la cuadriga. La estrofa se va tendiendo como la llanura, encrespando como el mar, combando como el cielo. Si desciende, es como una exhalación. Suele rielar como la luna; pero más a menudo se extingue como el sol poniente, entre carmines vívidos y negrura pavorosa.

Nunca falta, por supuesto, quien sin mirar en las raíces de cada persona poética, ni pensar que los que vienen de igual raíz han de enseñarlo en la hoja, tenga por imitación o idolatría el parecimiento de un poeta con otro que le sea análogo por el carácter, las fuentes de la educación o la naturaleza del genio: como si el roble que nace en Pekín hubiera de venir del de Aranjuez, porque hay un robledal en Aranjuez. Así, por apariencias, llegan los observadores malignos o noveles a ver copia servil donde no hay más que fatal semejanza. Ni Heredia ni nadie se libra de su tiempo, que por mil modos sutiles influye en la mente, y dicta, sentado donde no se le puede ver ni resistir, los primeros sentimientos, la primera prosa. Tan ganosa de altos amigos está siempre el alma poética, y tan necesitada de la beldad, que apenas la ve asomar, se va tras ella, y revela por la dirección de los primeros pasos la hermosura a quien sigue, que suele ser menor que aquella que despierta. De esos impulsos viene vibrando el genio, como mar de ondas sonoras, de Homero a Whitman. Y por eso, y por algunas imitaciones confesas, muy por debajo de lo suyo original, ha podido decirse de ligero que Heredia fuese imitador de éste o aquél, y en especial de Byron, cuando lo cierto es que la pasión soberbia de éste no se avenía con la más noble de Heredia; ni en los asuntos que trataron en común hay la menor semejanza esencial; ni cabe en juicio sano tener en menos las maravillas de la *Tempestad* que las estrofas que Byron compuso "durante una tormenta"; ni en el *No me recuerdes*, que es muy bello, hay arranques que puedan compararse con el ansia amorosa del *Desamor*, y aun de *El Rizo de Pelo*; ni por los países en que vivió, y lo infeliz de su raza en aquel tiempo, podía Heredia, grande por lo sincero, tratar los asuntos complejos y de universal interés, vedados por el azar del nacimiento a quien viene al mundo donde sólo llega de lejos, perdido y confuso, el fragor de sus olas. Porque es el dolor de los cubanos, y de todos los hispanoamericanos que aunque hereden por el estudio y aquilaten con su talento natural las esperanzas e ideas del universo, como es muy otro el que se mueve bajo sus pies que el que llevan en la cabeza, no tienen ambiente ni raíces ni derecho propio para opinar en las cosas que más les conmueven e interesan, y parecen ridículos e intrusos si, de un país rudimentario, pretenden entrarse con gran voz por los asuntos de la humanidad, que son los del día en aquellos pueblos donde no están en las primeras letras como nosotros, sino en toda su animación y fuerza. Es como ir coronado de rayos y calzado con borceguíes. Este es de veras un dolor mortal, y un motivo de tristeza infinita. A Heredia le sobraron alientos y le faltó mundo.

Esto no es juicio, sino unas cuantas líneas para acompañar un retrato. Pero si no hay espacio para analizar, por su poder y el de los accidentes que se lo estimularon o torcieron, el vigor primitivo, elementos nuevos y curiosos, y formas varias de aquel genio poético que puso en sus cantos, sin más

superior que la creación, el movimiento y la luz de sus mayores maravillas, y descubrió en un pecho cubano el secreto perdido que en las primicias del mundo dio sublimidad a la epopeya, antes le faltaría calor al corazón que orgullo y agradecimiento para recordar que fue hijo de Cuba aquel de cuyos labios salieron algunos de los acentos más bellos que haya modulado la voz del hombre, aquel que murió joven, fuera de la patria que quiso redimir, del dolor de buscar en vano en el mundo el amor y la virtud.

El Economista Americano. Nueva York, julio de 1888.

FRANCISCO SELLEN

UN POETA. — "POESIAS" DE FRANCISCO SELLEN

POESÍA NO ES, de seguro, lo que ocurre con el nombre, sino lo heroico y virgíneo de los sentimientos, puesto de modo que vaya sonando y lleve como alas, o lo florido y sutil del alma humana, y la de la tierra, y sus armonías y coloquios, o el concierto de mundos en que el hombre sublimado se anega y resplandece. No es poeta el que echa una hormiga a andar, con una pompa de jabón al lomo; ni el que sale de hongo y chaqué, a cantarle al balcón de la Edad Media, con el ramillete de flores de pergamino; ni el desesperado de papel, que porque se ve sin propósito, se lo niega a la naturaleza; ni el que pone en verso la política y la sociología; sino el que de su corazón, listado de sangre como jacinto, da luces y aromas; o batiendo en él, sin miedo al golpe, como en parche de pelear, llama a triunfo y a fe al mundo, y mueve a los hombres cielo arriba, por donde va de eco en eco, volando al redoble. Poesía es poesía, y no olla podrida, ni ensayo de flauta, ni rosario de cuentas azules, ni manta de loca, hecha de retazos de todas las sedas, cosidos con hilo pesimista, para que vea el mundo que se es persona de moda, que acaba de recibir la novedad de Alemania o de Francia.

De Francisco Sellén toda la América ha leído versos, porque él es artista infatigable, que no deja pasar "día sin línea", ni cree que haya gusto mayor que el de cumplir en silencio con el deber, fuera del cual no hay poesía cierta, y propagar el culto de la idea hermosa. Hijo de aquella tierra desangrada que purga en la desesperación una riqueza inicua; hijo de Cuba, a cuyos héroes novicios dio tiempo para errar la indiferencia de un continente sordo, ni pudo Sellén volver adonde es una reconversión cada hoja de árbol, y el amo de cinto y espuelas, con Frinea en las rodillas, escancia en las copas criollas el veneno; ni pudo de su vida rota, de la vida que ofrendó a la patria en la hora triste, sacar la energía poética de quien mora en su suelo natural sin la pesadumbre del aire prestado, y la soledad que espanta a los corazones amorosos. Y como el único modo de ser poeta de la patria oprimida es ser soldado, no afeó el destierro con quejumbres pueriles, ni puso tienda de rimar, donde se rima a todo lo que viene, y hoy sale una oda a la caridad y

mañana un estornelo al sinsonte, sino que, cegadas o interrumpidas las fuentes de la poesía propia, entretuvo el genio suspenso con la ajena.

Un día era Ibsen, y Blumenthal otro. Los griegos eran un mes, y otro los rusos. Estudiaba a Khaiyam, y a Horacio luego. Leía el original, perdido en lo alto del Himalaya o en las riberas del Anio, y lo seguía por las literaturas, de copia en copia. No era lector de los de a granel, que toma de la mesa lo que le trae el correo del día, y anda de petimetre poético, paseando de diario en diario los últimos patrones, ora lloroso, de dalmata y calzas, con la peluca rubia coronada de margaritas y de nomeolvides, ora fatídico, de labios de cinabrio y ojos de kokol, negro el traje y enjuto, con un hueso al ojal, y el ajenjo en la mano tembladora; sino que leía en grupos, ya viendo cada literatura de por sí, en lo que tiene de primaria, o tomó de las otras, ya estudiando la misma pasión en todas ellas, para notar los modos de decir-la, y sus razones, ya comparando a los poetas de un temple, o de una época, a ver cómo caía la luz igual, en diferentes vasos; hasta que halló que con el pensamiento del hombre pasa como con los árboles, donde son pocas las raíces y muchas las hojas, y que el hombre es sencillo y uno, como se saca de sus literaturas, en que se ve a la vez lo romántico y lo real, sin más diferencia que las que pone en la imaginación, por los sujetos peculiares, el país y época de cada poesía. Vio caída la pompa y la sencillez perenne.

De lo vago y esencial, oyó mejor música que de lo diluido y académico. El apólogo y el apóstrofe le parecieron más propios, en el arte de la imaginación, que la polémica y el discurso. En sí mismo llevaba como cierto crepúsculo, que es el de los que ya saben del mundo todo lo que tienen que saber, y andan con la luz venidera sobre el rostro. ¿A qué el sol, si no lo había en su patria?: ni era verdad el sol, cuando no lo había en su vida. Ya desde que escribió en la juventud su "Libro Intimo" sabía que por la tierra hay que pasar volando, porque de cada grano de polvo se levanta el enemigo, a echar abajo, a garfio y a saeta, cuanto nace con ala. En los astros silenciosos empezó a poner su amor, y estudió con afán las lenguas de aquellos pueblos de nieve perpetua, cuya poesía, blanca y azul, sube por el cielo en la noche elocuente con el manojito de flores ventaneras, y por la espalda los cabellos de oro. Ni de sus penas, había de cantar, porque es como quitarse el sexo, esta queja continua; ni había de servirle a su patria bombones, y cestos de fresas, cuando su patria, enhiesta entre los cadáveres, señala al mundo impasible, con la mano comida, el festín de los cuervos; ni la vida rutinaria, apuntalada, odiosa, en la ribera del Hudson hostil, le había, ni daría acaso, aquella flor de luz, breve e inmortal, en donde el poeta sazonado por el dolor, cuaja el alma propia. Ni el castellano de erisipela que se usa en los versos, inflado y de colorines, es la lengua precisa y radiante que debe hablar la poesía.

Así, en la busca de lo ideal y sincero, se dio tanto Sellén a lo alemán, donde está vertida la obra toda del hombre, que vivió años enteros, en las cosas de su arte, como olvidado de sí, y como si no fuese poeta él, sin más afán que el de poner ante los demás lo que le parecía hermoso, y tallar y esmerilar el verso, y probarlo a la luz del sol, hasta que le quedaba en los colores naturales; lo que era faena recia, porque el alemán es rosado y azul,

y el castellano amarillo y punzó, y los rayos de la luna se le iban y venían por entre los dedos, sin que hubiera siempre modo de aprisionarlos en el encaje. De Heine, el que vivió con el corazón atravesado, se prendó antes que de los demás, porque todo el mundo sufre de la puñalada. Por lo tierno e intenso le cautivó Geibel, y lo tradujo con esmero de hermano. El invicto Goethe le movió menos que Uhland aéreo, y el leal Hartman, y Kerner desamparado y doloroso. En lo sutil de Von Arnim trabajaba un día, y otro con el ardiente Freitigrath, o con Bodestedt, hecho al cuarteto firme de los persas, o con Simniock, cuyas palabras eran cuños, o con Ruckert, que escribía con las raíces. Su gusto no era que lo viesan a él, sino a ellos. Consolar quería él, y esparcir por el mundo castellano la belleza pura. Y tradujo tan de continuo que pudo parecer, a los que juzgan sin ahondar, traductor nato, que cargaba una urna vacía, e iba echando en ella cuanto hallaba al andar; sin verle el ejercicio de domar la lengua, ni la pasión por la poesía esencial y perdurable, ni la honradez de callar hasta que tuviera algo que decir. ¿Por qué no ha de celebrarse, sin miedo a parecer crítico contentadizo, al poeta fuerte que sale salvo de todas las literaturas, y canta con fe de novio el espíritu eterno de la naturaleza, en la estrofa labrada sobre su corazón?

“Poesías” se llama el libro; y tiene pocas, por ser como el diamante la poesía genuina, en que a veces la vida entera da un solo cristal. Lo primero que cautiva, es la modestia con que el poeta presenta sus frutos, como si fueran ensayos de estudiante y no obra de maestro, en que cada composición vive por sí, y todas juntas cantan, como coro de diversas voces, la paz final y corona angélica del mundo. En dos partes divide su libro el poeta, “Antes de la guerra”, y “Después de la guerra”, como un tronco que el rayo ha partido en dos, ni hay cubano que no vaya por el mundo así, partido por el rayo. Desde la juventud se ve a Sellén dueño de sí, con su pecho por fuente, la tierra por agonía, y por pasión el descanso. Del primer vuelo lo echa atrás el pavor. Nunca esperó, y deseó apenas. Sus “Deseos” son imitados: lo suyo el no desear, que es en lo que se conoce la grandeza. “Humo y ceniza” la ilusión: tiembla de “lo que le falta por andar”: quiere “olvidar cuanto existe”: supone al cielo más quieto de lo que está, y lo envidia porque está tranquilo “mientras la tempestad ruge en su pecho”: pero “ei que sufre, calle”: el que desfallezca, mire al hogar, al hijo en que continúa la vida, a la tarde solemne, ¡y vuelva la mano al arado! Lo amaré todo el que lea su canto a *Las Mariposas*, que es como juego de iris, de una pena bella, que se queda en el alma. Todo tiene para él espíritu y pena, y por todo sufre, para todo se “abre su amor en el infinito”. El ver las flores, le da deseos de subir hecho centella al cielo, para beber del agua encendida y bajar sobre el mundo con las alas abiertas, “derramando a raudales, dicha, luz y libertad”. Jamás, jamás hablará de su dolor, para no prostituirlo, y porque de su dolor sólo ha de decir el hombre lo que aproveche y consuele al género humano; pero la muerte es lo que apetece él, “la eterna aurora”, “el lecho voluptuoso”. De gigantescos lirios, a la bajada de la noche, parece ascender, como bandada de vírgenes, la primera estrofa del “Himno a la muerte”. Sobre aromas, como una reina aérea, pasea la muerte por el mundo. Novia amable es la muerte, y no bruja famélica. Ya se va a abrir el mundo, “como una inmensa

flor". La Virgen de la Piedad, con el Cristo en los brazos, es para él la muerte, que recibe en sus brazos al hombre. Y el ave de las Tempestades, en símbolo casi sublime, negro el plumaje y fatídico el canto, tajando el nubarrón y arrebujándose en la bruma, entona serena, al fulgor del rayo, el himno fúnebre de los que "murieron en el mar".

Acá, enamorado de una imagen, peca por repetir en ella lo que dijo con la anterior, o deslucen un cuadro natural con una palabra metafórica, o remata la estrofa, con una rima de estampilla, o rebaja el verso con un epíteto fácil, o da al diptongo, con la autoridad engañosa de la prosodia, más valor del que en música y lógica debe. Pero el estilo aunque inseguro a veces en esta primera parte, va ya en ondas y masas de uno u otro color, que se mecen si canta "Ondas del Río", o zumban, giran, y se paran jadeantes, como las parejas frenéticas y revueltas de "Un Baile en Cuba".

¿Y la segunda parte escrita al poniente de la vida? Del remolino de los hombres; más libre en el aire azul por lo estrecho y prolongado de la prisión, surge "El Cóndor Cautivo" de monte en monte, rasgando a pico las nieblas, aleteando entre lavas y humos, poniéndose los rayos de corona, metiéndose entre los soles, a ver cuál es más si él o los del cielo. Suena un himno de victoria; pebeteros son las montañas; peldaños los astros; las estrofas, con la verdad al hombro, suben de nube en nube, como doncellas con sus ánforas; el poeta, magnífico, proclama en las alturas la fraternidad universal; la fe nueva desciende, en la aurora épica, sobre el espíritu del mundo. Todo palpita y canta: de inefable ternura se llena el pecho humano, que es uno con el astro y con la flor: la beldad del dolor hermosea el rostro, y purga la tempestad o la naturaleza, como la llama del tronco que se consume, de la muerte, que depura y transforma, exhálase la vida, alegre y nueva: todo palpita y canta. Y el poeta esencial y absoluto, en la visión de la espiritualidad superior, padece suavemente, como la mirra del incensario, y se da al aire repleto de vida, a que lo lleve, en sus giros y vuelos, con las aromas que suben y las almas desembarazadas, adonde en el pináculo de la luz, como joyas que vuelven a la corona descompuesta, encajan en sus cuencas, centelleando los orbes.

El dolor delicado y continuo, por donde el hombre se conoce y ennoblece, acendra y eleva el espíritu que se abraza a él como a la verdadera salvación y la cruz que ensangrentó los hombros viene a ser el ánora con que el alma desperdiciada se clava al puerto eterno. Y como el fuego con el cuarzo, que por las grietas humeantes suda el oro hermoso, así el dolor, con su llama perenne, descubre, entre la escoria que cae, lo verdadero de la vida. El dobla la fagina de castigo, al soldado rebelde que quiere subir a las alturas sin haber cortado con sus manos el árbol del monte, y labrado en angustia los peldaños: él echa a tierra a latigazos, y lo vuelve a echar cada vez que se levanta, al perezoso que quiere entrar de copa y coche sin pagar portazgo, por la puerta que lleva de la desdicha del mundo a la perpetua dicha: él consuela a los que padecen sin miedo, y gozan en padecer, insinuando en el

alma depurada la certidumbre de la serena eternidad, y el parentesco de todo lo creado. De un solemne sentido, grato como la música, empieza a henchirse el mundo, y de un puro perdón, que se derrama por el alma y la deleita. Cada pena trae su haz, con que se nutre la hoguera de la fe en lo espiritual y venturoso de la vida culminante del Universo, adonde todo asciende por la prueba, y de que es esta vida de ahora mero retazo y áspero preparativo. Un sentimiento como de familia, vago y feliz, y una claridad excelsa y tenue, suceden a la duda rudimentaria, el pueril descontento, o la satánica turbulencia: se va por entre voces, luces e himnos: como los lirios del campo se abre, a un sol invisible, el espíritu enajenado; y a los acordes, espontáneos y continuos, de la lira universal, ora graves y lentos, ora estridentes y retumbando de pavor, pasan, exhalando alma, los órdenes de mundos. Y en su marcha gloriosa, y en la función y armonías de sus elementos, el poeta sazonado por el dolor, vislumbra, para cuando se perfeccione la sabiduría, el canto triunfal de la última epopeya.

Cree Sellén en "Preexistencia", poesía famosa ya en castellano y en inglés, que en otra vida, que no sabe cuál fuese, ensayó esto: "la palabra es inútil para explicar lo que sólo se percibe con el alma": en "Panteísmo" saluda en el Universo al "glorioso ágape que no se ha interrumpido jamás, al vaso misterioso y eterno donde beben todos los seres de hoy, y los que han sido"; en "Transformación", con alegría primaveral, entona "el himno poderoso que resuena desde el origen obscuro de los tiempos": en "Meditación", ido el espíritu, ve, al resplandor de los cometas fúnebres, rodar, gélida, "la tierra vacía": en "Aspiración" no osa afirmar, con el rigor del juicio, lo que le canta con sus voces firmes la naturaleza, pero pide a los astros, "atormentado por un anhelo inmortal, que lo lleven en su ronda bulle al palacio de lo infinito, al piélago que vierte la inmensa catarata de diamantes". Pero no es ya su afán aquella ansia, excusable en la juventud, de salvarse del padecimiento por la muerte, y de huir adonde no se sufra. El dolor inevitable florece en su vida, y llega a llamarlo "lo único eterno y verdadero", mas luego ama su pena, porque se ve por ella hermano de todo lo vivo, y descubre la hermosa verdad, que es la de consolar a los demás, por ser más propio del hombre, aunque no lo parezca, el derramar consuelos que el recibirlos, como se ve cuando se recibe un bien, que no es tanto el goce como cuando se hace. Sellén padece, hasta caer sin sentirlo en penas de imitación, y despedirse del "sol de las ilusiones" en una "Tarde de Otoño", o entristecerse porque no ve el Mayo en sí, cuando en todo lo publica su "Mañana de Primavera"; pero su pena no es de adorno, como la de los dadores de oficio, que no ven que en la creación todo afirma y persiste, y se van en cuanto la doncella sirve los vinos y pasteles; ni le copia a los franceses el pesimismo traducido del alemán; sino que en la dicha que le crece de su mismo dolor, como la aurora que sigue a la noche, y en la limpieza celeste que de la obediencia al deber y el conocimiento de lo natural le queda en el alma, tal como el aire puro que corre en las alturas, aprende sin violencia, con el testimonio unánime de cuanto existe, que lo eterno es apetecible y hermoso, y que a la pena se la ha de cortejar, en vez de huir, porque el que renuncia a sí, y se doma, entra desde esta vida en un goce de majestad y

divino albedrío, por donde el espíritu, enlazado con el universo, pierde la noción y el apetito de la muerte.

No es la suya la eternidad sombría de Leconte de Lisle, ni los vivientes son para él, como para Leopardi, "imbéciles irreparables", ni proclama la muerte final y la inutilidad de vivir, como Luisa Ackermann; sino que de un impulso salta de sus penas a las cumbres universales, con la llama en el casco, como los guerreros de las fantasías. Plumas de ave del paraíso tienen sus estrofas, cuando canta el universo permanente y radioso. "En todo existe un alma." "La nota de una canción olvidada revela al alma su existencia anterior." "El mundo es una armonía, una llama que no se extingue." "La vida va del sol al átomo, y del hombre a la estrella." Es vida todo, y luz, y movimiento.

En sus poesías más personales, que son las menos, persiste ese concepto majestuoso de la creación, "cuyos árboles son como su alma"; clavada por la raíz y con el ramaje al cielo; y "la corriente del golfo", como los recuerdos de su niñez, que canta en versos caudalosos y graves, de modo que la imagen osada se justifica por el volumen y nobleza de las voces; si va a la "Orilla del Mar", que es para él "el principio de la vida", no será como rapsoda desmelenado, a enderezarle odas de tambor, ni a lo pontífice académico, con el concurso delante, como en un teatro, para que se miren unos a otros, y digan que está bien, y que ha resucitado Píndaro, sino a anegarse en su silencio augusto, y a convidarle a que se despeñe sobre "las gehenas espantosas y las ergástulas infames".

Ama al buey lo mismo que Carducci, y lo celebra en un soneto que parece ventana del Japón, fino como la mejor ebanistería, por donde se ve, recortado en lo azul, el lomerío florido, con sus valles verdes, y allá, en un bosque ameno, la casa del labrador, como un grano de oro. Helios es para él "divino", y aspira en sus versos a la belleza griega, que seduce por la razón del conjunto y aborrece la línea extravagante; pero no es su helenismo de ese segundón que traspone a las lenguas de ahora los idilios de flauta y pezuña, y echa a andar a los sátiros de chistera y casaca, sino aquel sabio acuerdo de la idea y el lenguaje, por donde la idea no queda vestida de sobresa de tres vuelos, con pasamanes y rebordes, sino imponente y lisa, como una buena estatua, y aquel arte de expurgar del asunto todo lo que no lo ayude y realce, sin poner en cada detalle tanto color que se desfigure el dibujo por él, ni tampoco que salga el dibujo torcido o escaso. Porque lo eterno de los griegos no es lo que nos cuentan de Atis y Cibeles, sino la ponderación y armonía por donde alcanzaban la plenitud de la hermosura. Ni entiende Sellén por helenismo lo que otros, que cincelan el mármol, y se olvidan de ponerle sangre, sino que en sus versos, bellos como el potro espumante y enarcado que cabecea de la mano del domador, corre fogoso e imprevisto, el romance que constituye y anima la poesía.

No es poeta de una nota, que unas veces la da en la guerra, y en la gaita otras veces y otras en el caramillo; sino que expresa la pasión, que es lo esencial de la poesía, como lo quiere el estado de su alma, ya manso y contemplativo, como el fuego ahogado en el rescoldo, ya ondeante como la lengua de la hoguera, o despeñado como ola de lava. Su amor no es cifra escrita

sobre la arena, sino jeroglífico tallado en la pirámide: "la que lo ama es como un templo nuevo que recibe a su Dios"; cuando se besan, brota la centella, y el mundo se pone a loar. Si canta al amor pagano, es pagano él; y es india joven, cuando canta el areito de la india. Entre lo muy bueno del verso castellano, merece figurar la balada dramática de "Los Fugitivos", por la estrofa que se columpia en la mar, como la nave donde huyen, o tiembla, como la barba del padre que los persigue. Y en la del duelo de los hermanos la estrofa espantada galopa y ojea; y con el caballo del jinete muerto se hunde tras el matador en la tumba. Si describe "La noche tropical", no se pone en ella a desarreglar el cuadro con su persona intrusa, como los poetas personales, sino que la persona se ve donde debe, que es en el arte de pintar la escena de modo que dé ruido, misterio y pavor, ya con los grupos de acentos, dispuestos vagamente o apiñados de súbito, ya con la semejanza de la frase y el lance u objeto que describe. Y si la que ama lo hace padecer, se vengará en "Injusticia", besándole la mano, o escribirá, con amor grandioso, "Las dos olas": ¡a la par por el mundo, el hombre y la mujer!, ¡de mano por el mundo, los dos que han sufrido! No es hombre para quejarse del peso, como amante de tocador, y andar sobre los demás, chupando almas y dejándolas en gollojo al borde del camino, sino para acompañarlas mano a mano, cantando en la pena la canción del valor: y si se le cansan de andar, echárselas al hombro. A su patria la adora, y ama al pobre delicadamente, por lo que no se pone a decirlo, de corbata blanca y plastrón, con un vaso de agua y azúcar sobre la mesa, como tantos que salen a dar limosna en verso, y a compadecer de oficio, como si el dar limosna en público no fuera siempre feo, en verso como de cualquier otro modo.

Al pobre, del "cielo mismo bajará a derramar sobre él ventura". A la patria, en la hora de pelear, le ofreció la vida. Y si canta a la patria, humearán como pira sus octavas *A la Memoria de los Héroeos*; llorarán, como madres dolientes, sus décimas *A Cuba*; esconderá, como en el *Canto de Espera*, la espada entre flores; vibrará, como el caracol, de colina en colina, el *Canto de Guerra*. Sus versos patrióticos relucen, bruñidos como fusiles. Pero no rebajará con la pompa verbosa la dignidad del más delicado de los sentimientos.

Así se enseña, con más que uno u otro reflejo de sus lecturas, este poeta salvado de la erudición, que brilla por sus poesías originales en época de tantas mezclas como la de ahora, donde los pueblos copian desmedidamente lo de otros, sin ceñirse a sacar del estudio del ajeno, aquel conocimiento de la identidad del hombre, por el que las naciones, aún rudimentarias, han de perfeccionarse y confundirse, sino bebiéndose por novelería, o pobreza de invención, o dependencia intelectual, cuanta teoría, autóctona o traducida, sale al mercado ahíto.

En América se padece de esto más que en pueblo alguno, porque los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España; ni tienen aún, por la población revuelta e ignorante que heredaron, un carácter nacional que pueda más por su novedad poética, que las literaturas donde el genio impaciente de sus hijos se nutre y complace. Ya lo de Bécquer pasó como se deja de lado un retrato cuando se conoce al original precioso; y lo de Núñez de Arce va a pasar, porque la fe nueva alborea, y

no ha de regir la duda trasnochada, porque traiga, por único mérito, el manto con menos relumbrones que el del romanticismo. Ahora, con el apetito de lo contemporáneo, lo accesible del idioma y el ansia loable de la perfección, lo que empieza a privar es lo de los franceses, que no tienen en esta época de tránsito mucho que decir, por lo que mientras se condensa el pensamiento nuevo, pulen y rematan la forma, y tallan en piedra preciosa a veces, cazos de finas y menudas facetas, donde vacían cuanto hallan en lo antiguo de gracia y color, o riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda, y es propio de los literatos sin empleo en la ciudad sobrada de literatura; lo cual no ven de lejos los poetas de imaginación, o toman como real, por el desconsuelo de su vida, los que viven con un alma estética, en pueblos podridos o aún no bien formados.

Para Sellén fue mayor el peligro, por haber andado desde joven de Pe-toefi en Gogol, y de Tirdusi en Hugo, y por tener su morada constante en los Estados Unidos, donde se dio en poesía el misterio de Poe, y la oda profética de Emerson, y el ritmo revolucionario de Walt Whitman. Por sobre todo, con su pena oculta, pasa inmaculado el poeta, y atento a la canción universal, proclama, con fe vaga y ardiente, imperio de la dicha, la fuerza de la virtud y la espiritualidad del mundo.

Y no es que otros no hayan hallado de Lucrecio acá, "el alma de las cosas", o que lo que vuelve a decir Sellén no se ha dicho antes. Todo está dicho ya; pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas. Confirmar es crear. Lo que hace crecer el mundo no es el descubrir cómo está hecho, sino el esfuerzo de cada uno para descubrirlo. ¡Pues no veamos un árbol porque es plagio, puesto que los hombres están viendo árboles desde que nacieron! Y cada hombre que nace ¿no es un plagio? El que saca de sí lo que otro sacó de sí antes que él, es tan original como el otro. Dígase la verdad que se siente, con el mayor arte con que se pueda decirlo. La emoción en poesía es lo primero, como señal de la pasión que la mueve, y no ha de ser caldeada o de recuerdo, sino sacudimiento del instante, y brisa o terremoto de las entrañas. Lo que se deja para después es perdido en poesía, puesto que en lo poético no es el entendimiento lo principal, ni la memoria, sino cierto estado de espíritu confuso y tempestuoso, en que la mente funciona de mero auxiliar, poniendo y quitando, hasta que quepa en música, lo que viene de fuera de ella. Por ahí peca alguna vez Sellén, que no peca mucho; como cuando dice "Adiós a la Juventud", en unos alejandrinos compuestos de penas viejas, o cuando de las memorias de lo pasado escribe "Calma", que no le salió tan feliz como otros versos suyos, porque en poesía, como en pintura, se ha de trabajar con el modelo; o cuando en el mismo "Mar", se nota, por el desmayo de ciertas líneas, que no fueron escritas sobre la roca, como debieron ser, con la mano húmeda de los chispazos. Pero por lo común Sellén, que es poeta honrado, espera la hora de rimar, sin violencia ni afán de que lo vean, y cesa en cuanto cesa la emoción. La poesía ha de tener la raíz en la tierra, y base de hecho real.

Se desvanecen los castillos de nubes. Sin emoción se puede ser escultor en verso, o pintor en verso; pero no poeta.

Mas lo que da a Sellén carácter propio y derecho a sentarse como los

mejores, es la novedad de trabajar el verso como arte que es, y bregar con la emoción, sosteniéndola o podándola hasta que entra en la turquesa que le conviene. No está el arte en meterse por los escondrijos del idioma, y desparramar por entre los versos palabras arcaicas o violentas; ni en deslucirle la beldad natural a la idea poética poniéndole de tocado como a la novia rusa, una mitra de piedras ostentosas; sino en escoger las palabras de manera que con su ligereza o señorío aviven el verso o le den paso imperial, y silben o zumben, o se arremolinen y se arrastren, y se muevan con la idea, tundiendo y combatiendo o se aflojen y arrullen, o acaben, como la luz del sol, en el aire incendiado. Lo que se dice no lo ha de decir el pensamiento solo, sino el verso con él; y donde la palabra no sugiera, por su acento y extensión la idea que va en ella, ahí peca el verso. Cada emoción tiene sus pies, y cada hora del día, y un estado de amor quiere dácilios, y anapestos la ceremonia de las bodas, y los celos quieren yambos. Un juncal se pintará con versos leves, y como espigados, y el tronco de un roble con palabras rugosas, retorcidas y profundas. En el lenguaje de la emoción, como en la oda griega, ha de oírse la ola en que estalla, y la que le responde y luego el eco. En el aparato no está el arte, ni en la hinchazón, sino en la conformidad del lenguaje y la ocasión descrita, y en que el verso salga entero del horno, como lo dio la emoción real, y no agujereado o sin los perfiles, para atiborrarlo después, en la tortura del gabinete, con adjetivos huecos, o remendarle las esquinas con estuco. Por no alterar la impresión primitiva, ha dejado Sellén, por acá o por allá, una línea prosaica, que pudo con su habilidad, colocar según él sabe, y dotar de alas, como ha de ser toda línea en poesía, que es arte aéreo, donde no tiene puesto el mero raciocinio, ni sus giros trabados, ni sus voces. Aún prefiere la elegancia latina a la raíz criolla. Aún es "umbría" la selva, y tiene "sed de lo ignoto", y "esperanza" rima con "lontananza"; pero apenas en esta segunda parte hay versos catalécticos, ni hipermétricos. La línea va dócil por donde el poeta la lleva. El lenguaje, vivo y feliz, parece brisa y orea, si pinta, "El Amanecer", o es lento y vago, en la "Tarde de Otoño", o en el "Mediodía de Cuba", caliginoso y resplandeciente. "Los soles de zafiro brotaron como escuadrones de los abismos mudos"; "el gran dosel de pedrería sublime"; "quiere fundirse en la esfera brillante y adiamantada"; "a la rueda del tiempo le atará lazos de seda y de flores". Parece que se ve subir por el aire, como el aroma de un rosál sacudido suavemente cada vez que se leen las estrofas "A L..." donde enseña con el ejemplo cuanto va de la idea en el arreglo de las palabras, que en el arte de escribir es decisivo y sólo los ignorantes descuidan o motejan. Retozan los versos como el nenúfar, cuando travesea con ellos el aire del lago. Pasa el verso, hostigado y huyendo, cuando pasa el perro jíbaro. Cada cuadro lleva las voces del color que le está bien; porque hay voces tenues, que son como el rosado y el gris, y voces esplendorosas, y voces húmedas. Lo azul quiere unos acentos rápidos y vibrantes, y lo negro otros dilatados y oscuros. Con unas vocales se obtiene un tono, que quedaría con otras falso y sin vigor la idea; porque este arte de los tonos en poesía no es nada menos que el de decir lo que se quiere, de modo que alcance y perdure, o no decirlo. Así Sellén, maestro en su lengua, pondera los acentos, y los reduce o acumula,

de modo que cada composición halague a la vez los ojos y el oído, y llegue a la imaginación por ambas vías. Desbocará el verso, o lo tremolará o lo plegará al asta. Y cuando quiera pintar en "Panteísmo" los aspectos múltiples de la naturaleza, en cada línea pondrá el nombre substancioso que conviene y el epíteto justo; y cada estrofa será un aspecto nuevo, apacible o terrible, y el encrespado después del llano; y todo lo calculará con sutileza de orquesta, a fin de que por lo variado corra lo uno, y los tonos distintos, ligados a una voz, rompan con fuerza de coro, en el cántico final, e impere en el poema, como en toda su poesía, la música simple y colosal del Universo.

Y si algo faltase, fuera del decoro, y viveza de su inspiración, para explicar la enérgica sencillez e íntimo encanto de esta poesía artística, sería la noble paz a que, por la escalera estrecha de la virtud, ha llegado, siempre venciendo, el poeta. Dicen los que lo conocen que no tiene en su mesa de emigrado vientres de trucha que ofrecer a la gacetilla complaciente, ni túnica nueva en su guardarropía para los críticos de mala ropa. Dicen que por entre sus libros, puestos en hilera con esmero de novio, pasa todas las tardes, de vuelta de la labor, al cuarto donde padece, clavada a su enfermedad, la esposa que se mira en él, y no cree que su espíritu sea de hombre como es, sino el de las flores que él mismo le riega, antes de salir al trabajo, en su ventana. Dicen que de su corazón limpio y severo, manan hilos de sangre silenciosos, y que su vida ejemplar se ha consagrado a la benignidad y al sacrificio.

El Partido Liberal. México, 28 de septiembre de 1890.

RAFAEL MARIA DE MENDIVE

SR. ENRIQUE TRUJILLO

Mi generoso amigo:

Y ¿cómo quiere que en algunas líneas diga todo lo bueno y nuevo que pudiera yo decir de aquel enamorado de la belleza, que la quería en las letras como en las cosas de la vida, y no escribió jamás sino sobre verdades de su corazón o sobre penas de la patria? De su vida de hombre yo no he de hablar, porque sabe poco de Cuba quien no sabe cómo peleó él por ella desde su juventud, con sus sonetos clandestinos y sus sátiras impresas; cómo dio en España el ejemplo, más necesario hoy que nunca, de adquirir fama en Madrid sin sacrificar la fe patriótica; cómo empleó su riqueza, más de una vez, en hermosear a su alrededor la vida, de modo que cuanto le rodeaba fuese obra de arte, y hallaran a toda hora cubierto en su mesa los cubanos fieles y los españoles generosos; cómo juntó, con el cariño que emanaba de

su persona, a cuantos, desagradecidos o sinceros para con él, amaban como él la patria, y como él escribían de ella. De la *Revista de la Habana* nada le diré aquí; ni de su traducción de las *Melodías* de Tomás Moore; ni de su cariño de hijo para José de la Luz, y de hermano para Ramón Zambrana; ni de la tierna amistad que le profesaron, aun cuando las contrariedades le tenían el carácter un tanto deslucido, los hombres, jóvenes o canosos, que llevaban a Cuba en el corazón, y la veían, fiera y elegante, en aquella alma fina de poeta. ¿No recuerdo yo aquellas noches de la calle del Prado, cuando el colegio que llamó San Pablo él porque la Luz había llamado al suyo el Salvador?: José de Armas y Céspedes, huyendo de la policía española, estaba escondido en el cuarto mismo de Rafael Mendive; en el patio, al pie de los plátanos, recitábamos los muchachos el soneto del "Señor Mendive" a Lersundi; en la sala, siempre vestido de dril blanco, oía él, como si conversasen en voz baja, la comedia que le fue a recitar Tomás Mendoza; o le mudaba a Francisco Sellén el verso de la elegía a Miguel Angel, donde el censor borró "De Bolívar y Washington la gloria", y él puso, sin que el censor cayese en cuenta, "De Harmodio y Aristógiton la gloria"; o dictaba, a propósito de uno u otro Sedano, unas sextillas sobre "los pancistas" que restallaban como latigazos; o defendía de los hispanófobos, y de los literatos de enaguas, la gloria cubana que le querían quitar a la Avellaneda; o con el ingeniero Roberto Escobar y el abogado Valdés Fauli y el hacendado Cristóbal Madan y el estudiante Eugenio Entenza, seguía, de codos en el piano, la marcha de Céspedes en el mapa de Cuba; o me daba a empeñar su reloj, para prestarle seis onzas a un poeta necesitado. Y luego yo le llevé un reloj nuevo, que le compramos los discípulos, que le queríamos; y se lo di, llorando.

O de un poco antes pudiera yo hablarle, cuando lo acababan de hacer director del colegio, y él estaba de novio en sus segundas nupcias, con una casa que era toda de ángeles. Los ángeles se sentaban de noche con nosotros, bordando y cuchicheando, a oír la clase de historia que nos daba, de gusto de enseñar, Rafael Mendive; o nos oían de detrás de las persianas, cuando las expulsaban por traviesas, lo que —ante el tribunal de Valdés Fauli, y Domingo Arosarena, y Julio Ibarra, y el conde de Pozos Dulces, y Luis Victoriano Betancourt— teníamos que decir sobre "el funesto Alcibiades" o "el magnánimo Artajerjes" o "los sublimes Gracos". Era maravilloso —y esto lo dice quien no usa en vano la palabra maravilla— aquel poder de entendimiento con que, de una ojeada, sorprendía Mendive lo real de un carácter; o cómo, sin saber de ciencias mucho, se sentaba a hablarnos de fuerzas en la clase de física, cuando no venía el pobre Manuel Sellén, y nos embelesaba. De tarde, antes de que llegasen sus amigos, dictaba a un tierno amanuense las escenas de su drama inédito *La Nube Negra*, o capítulos de su novela de la sociedad habanera, donde están, como flagelados con rosas, pero de modo que se les ve pestañear y urdir, los héroes de la tocina y del chisme y del falso dandismo.

¿Se lo pintaré preso, en un calabozo del castillo del Príncipe, servido por su Micaela fiel, y sus hijos, y sus discípulos; o en Santander, donde los españoles lo recibieron con palmas y banquetes?; ¿o en New York, a donde vino escapado de España, para correr la suerte de los cubanos, y celebrar en

su verso alado y caluroso al héroe que caía en el campo de pelea y al español bueno que no había querido alzarse contra la tierra que le dio el pan, y a quien dio hijos?; ¿o en Nassau, vestido de blanco como en Cuba, malhumorado y silencioso, hasta que, a la voz de Víctor Hugo, se alzó, fusta en mano, contra *Los Dormidos*?; ¿o en Cuba, después de la tregua, cuando respondía a un discípulo ansioso?: “¿Y crees tú que si, por diez años a lo menos, hubiese alguna esperanza, estaría yo aquí?”. ¿A qué volver a decir lo que saben todos, ni pensar en que los diez años han pasado? Prefiero recordarlo, a solas, en los largos paseos del colgadizo, cuando, callada la casa, de la luz de la noche y el ruido de las hojas fabricaba su verso; o cuando, hablando de los que cayeron en el cadalso cubano, se alzaba airado del sillón, y le temblaba la barba.

Su

José Martí

El Porvenir. Nueva York, 1 de julio de 1891.

JULIAN DEL CASAL

AQUEL NOMBRE tan bello que al pie de los versos tristes y joyantes parecía invención romántica más que realidad, no es ya el nombre de un vivo. Aquel fino espíritu, aquel cariño medroso y tierno, aquella ideal peregrinación, aquel melancólico amor a la hermosura ausente de su tierra nativa, porque las letras sólo pueden ser enlutadas o hetairas en un país sin libertad, ya no son hoy más que un puñado de versos, impresos en papel infeliz, como dicen que fue la vida del poeta.

De la beldad vivía prendida su alma; del cristal tallado y de la levedad japonesa; del color del ajeno y de las rosas del jardín; de mujeres de perla, con ornamentos de plata labrada; y él, como Cellini, ponía en un salero a Júpiter. Aborrecía lo falso y pomposo. Murió, de su cuerpo endeble, o del pesar de vivir, con la fantasía elegante y enamorada, en un pueblo servil y deforme. De él se puede decir que, pagado del arte, por gustar del de Francia tan de cerca, le tomó la poesía nula, y de desgano falso e innecesario, con que los orífices del verso parisiense entretuvieron estos años últimos el vacío ideal de su época transitoria. En el mundo, si se le lleva con dignidad, hay aún poesía para mucho; todo es el valor moral con que se encare y dome la injusticia aparente de la vida; mientras haya un bien que hacer, un derecho que defender, un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y ordenado de la vida, odiosa a veces por la brutal maldad con que suelen afearla la venganza y la codicia. El sello de la grandeza es ese triunfo. De Antonio Pérez es esta verdad: “Sólo los grandes estómagos digieren veneno”.

Por toda nuestra América era Julián del Casal muy conocido y amado, y ya se oirán los elogios y las tristezas. Y es que en América está ya en flor

la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa. Y ese verso, con aplauso y cariño de los americanos, era el que trabajaba Julián del Casal. Y luego, había otra razón para que lo amasen; y fue que la poesía doliente y caprichosa que le vino de Francia con la rima excelsa, paró por ser en él la expresión natural del poco apego que artista tan delicado había de sentir por aquel país de sus entrañas, donde la conciencia oculta o confesa de la general humillación trae a todo el mundo como acorralado, o como con antifaz, sin gusto ni poder para la franqueza y las gracias del alma. La poesía vive de honra.

Murió el pobre poeta, y no lo llegamos a conocer. ¡Así vamos todos, en esa pobre tierra nuestra, partidos en dos, con nuestras energías regadas por el mundo, viviendo sin persona en los pueblos ajenos, y con la persona extraña sentada en los sillones de nuestro pueblo propio! Nos agriamos en vez de amarnos. Nos encelamos en vez de abrir vía juntos. Nos queremos como por entre las rejas de una prisión. ¡En verdad que es tiempo de acabar! Ya Julián del Casal acabó, joven y triste. Quedan sus versos. La América lo quiere, por fino y por sincero. Las mujeres lo lloran.

Patria, 31 de octubre de 1893.

PROLOGO AL LIBRO *LOS POETAS DE LA GUERRA*,¹ PUBLICADO POR "PATRIA"

¿Y QUEDARÁ perdida una sola memoria de aquellos tiempos ilustres, una palabra sola de aquellos días en que habló el espíritu puro y encendido, un puñado siquiera de aquellos restos que quisiéramos revivir con el calor de nuestras propias entrañas? De la tierra, y de lo más escondido y hondo de ella, lo recogeremos todo, y lo pondremos donde se le conozca y reverencie; porque es sagrado, sea cosa o persona, cuanto recuerda a un país, y a la caediza y venal naturaleza humana, la época en que los hombres, desprendidos de sí, daban su vida por la ventura y el honor ajenos. La indignación misma ante la envidia y codicia que malean, hipócritas o descaradas, las virtudes más finas, trae en sí como cierta piedad, y un deseo ciego y dominante

¹ Este libro, con prólogo de Martí y notas biográficas escritas por Serafín Sánchez, Fernando Figueredo, Gonzalo de Quesada y otros, lo publicó *Patria*, Nueva York, 1893.

de perdón y olvido; porque sobre todo cuanto cubrió derrama su belleza la luz de aquellos tiempos consoladores y muchas veces sobrenaturales. Una noche de poca luz, después del día útil, en el rincón de un portal viejo de las cercanías de New York, recordaba un general cubano, rodeado de ávidos oyentes, los versos de la guerra. Los árboles afuera, árboles fuertes y nervudos, recortaban el cielo, y parecían caricia a los muertos, al bajarse una rama rumorosa, o revés, al erguirse de súbito, o hilera de guardianes gigantes, con el fusil a la funerala, al borde de nuestra gran tumba. El robusto recitador, sentado como estaba, decía como de lejos, o como de arriba, o como si estuviese en pie. Las mujeres, calladas de pronto, acercaron sus sillas, y oían fluir los versos. El respeto llenaba aquella sombra. “¿Por qué, dijo uno, no publicaremos todo esto, antes de que se pierda; antes de que caigan tal vez los hombres que lo recuerdan todavía?” Y en la prisa de trabajos mayores, como quien se descubre un instante la cabeza en la humildad del alma, y conversa en la tiniebla con los suyos antes de seguir el camino arduo, se publican los versos que Serafín Sánchez, el recitador de aquella noche, aprendió de los labios de los poetas, en los días en que los hombres firmaban las redondillas con su sangre.

De copia en copia han venido guardándose, o en la memoria agradecida, los versos de la guerra. Ni luz tiene el sol, ni hermosura la naturaleza, ni sabor la vida mientras corren riesgo constante de degradación los hombres que nacieron en la misma tierra en que nacimos; ni el desahogo y regalo de la pluma parecen, con justicia, digna ocupación, cuando la sangre toda de las venas arde por derramarse, de abono y semilla, en la tierra donde los hombres no pueden vivir en paz con su honor, ni emplear en su bien y en el del mundo la riqueza oprimida de su pensamiento. En los descansos de esta fatiga creciente, que sólo ha de cesar cuando la patria sea feliz o la vida se extinga —porque no hay gozo privado que emancipe al hombre, criatura y compuesto de su pueblo, de su deber público; en los instantes de bochorno, raros por fortuna, en que se ve caer una honra de su antigua cumbre, a sentarse a un pan vil, o en los de santo recogimiento, cuando el ánimo decidido, como para ponerlo en lo futuro, busca en la memoria el honor pasado—, los cubanos leales, a la sombra de un viejo o de un valiente, se juntan a recordar las hazañas, y la gloria, y los versos. Tiene la guerra su poesía famosa, ya porque expresaba, en la forma ingenua y primeriza del mártir novel, los puros sentimientos que sacrificó alegre al de la patria, ya porque a filo de chiste le descabezaban al contrario una insolencia, ya porque dicen hechos tales de sacrificio y ardor que ponen como una majestad involuntaria e inviolable sobre los que en aquel aire respiraron, y contra el testimonio de sus venas pugnarian luego en vano por negarse el honor de haber sido en él héroes o testigos. Periódicos hubo allí como *El Mambí*, *El Cubano Libre*, *La Estrella Solitaria* y *La Estrella de Jagua*, de Hurtado, donde en el tipo mínimo de aquellas cajas andariegas, vio la luz mucha poesía generosa e histórica: ocios hubo allí amables, y certámenes en ellos, y hasta un libro manuscrito llegó a componerse, de lo mejor que se recitaba en una casa amiga: valiente tuvo la revolución que no bien salvado en la ceja protectora, de la sorpresa de la sabana donde perdió los espejuelos, narraba, envuelto

aún en el humo, su cómica agonía: los combates y la amistad y el amor fueron puestos en rima o romance, inferiores siempre, por lo segundón y mestizo de la literatura en que se criaron, a las virtudes con que en ellos se copiaban insensiblemente los poetas. Su literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían. Rimaban mal a veces pero sólo pedantes y bribones se lo echarán en cara: porque morían bien. Las rimas eran allí hombres: dos que caían juntos, eran sublime dístico: el acento, cauto o arrebatado, estaba en los cascos de la caballería. Y si hubiera dos notas salientes entre tantos versos de molde ajeno e inseguro, en que el espíritu nuevo y viril de los cubanos pedía en vano formas a una poética insignificante e hinchada, serían ellas la púdica ternura de los afectos del hogar, encendidos, como las estrellas en la noche, en el silencioso campamento, y el chiste certero y abundante, como sonrisa de desdén, que florecía allí continua en medio de la muerte. La poesía de la guerra fue amar y refr. Y acaso lo más correcto y característico de ella es lo que, por la viveza de sus sales, ha de correr siempre en frasco cerrado. En los labios de todos, entre otros menos conocidos, están los nombres de los poetas: Miguel Jerónimo Gutiérrez y Antonio Hurtado del Valle, y José Joaquín Palma y Luis Victoriano Betancourt, y Antenor Lescano y Francisco la Rúa, y Ramón Roa. Hay versos que hacen llorar, y otros que mandan montar a caballo.

La rima, que entretiene el dolor, fue en los largos descansos de la guerra tarea de enfermos y de heridos, o piedad con que el poeta animaba a ejército hambriento y desnudo, o crónica en que se iba viendo, en días de poca imprenta, los deseos y juicios de la revolución e historia de sus sucesos principales, o forma sencilla, e inadecuada casi siempre, de sentimientos y escenas heroicas. Catorce años van pasados, que han sido años de veras, desde que por sorpresa o desmayo comenzó la tregua en Cuba, y no se reúne una casa de entonces o un poco de nuestro honor antiguo, sin recordar una anécdota gloriosa y picante del tiempo fuerte y bueno, o a un bravo chistoso, o un cuadro conmovedor, o el zancudo soneto y suelta décima en que aquellos poetas naturales los conmemoraban. Habla Tomás Estrada Palma, autor a la vez del decreto de muerte a los cubanos traidores y de la fina trova a la modestia y piedad de las hermanas de Fernando Figueredo; y recuerda, como entre nube de pólvora, la procesión patriótica, poco después de la toma de Bayamo, en que salió de Libertad la hija de *Perucho*, e iba el pueblo cantando tras ella el himno que en el arrebató del triunfo, había compuesto el padre. De las Villas sabe mucho Néstor Carbonell, y él cuenta el porte noble de Miguel Jerónimo y su verso doloroso, y la melancolía y enfermedad del pulcro y tierno Hurtado, y de José Botella, que a consonantes puros, y con otros recursos ingeniosos, logró curar a los oficiales en barbecho de la manía de probar unos en otros el acero que por enfermos o desocupados no podían blandir en la pelea: en un bohío estaban como diecisiete valientes, con una sed que daba náuseas, y les hacía ver enemigos o serlo entre sí, cuando un ojo baqueano divisó por allá arriba uno que parecía panal suculento, y resultó luego de derribado, cuajo de cera, sin más que un dedo de miel, que cupo en suerte al compasivo Coll, en premio del mejor soneto entre los que se disputaron el panal. Si no hay moños alrededor, nunca falta quien recite

las décimas aquellas de Luis Victoriano a don Julián de Mena; o tanta cosa suya, de franco giro y epíteto desenvuelto; o la décima de Antenor a Villergas, en que el chispeante camagüeyano, autor más tarde en México de versos reales y sentidos, le volcó sobre la cabeza al demagogo alquilón la caricatura con que en *El Moro Muza* se quiso burlar de los fundadores de un pueblo. O se está en familia, entre Barrancos y Guerras, contando cómo se vivía, en terror y orgullo, por los primeros años de la revolución, y pinta Benjamín Guerra, que ya a los doce años era caballero de la libertad en nuestros montes, el modo con que volvió al rancho libre el abuelo de la casa: tenía el viejo a Nuevitas por cárcel, y para que le viese la humillación el pueblo entero, le hacían subir todos los días la loma del gobernador a la pobre barba blanca; pero José de Armas fue, cuando la visita de arreglos, y dieron al abuelo permiso para volver a su familia: a caballo, loco, venía el niño a saber novedades, cuando divisó al anciano, torció jáquima y voló a decir al rancho la felicidad: de la puerta del rancho salía a poco la familia entera, con los hijos alrededor de la abuelita, y el sol sobre el grupo, y en las manos de la abuela la bandera cubana: el viejo, al verla, se quitó el sombrero, se mesó la barba blanca, y rompió en una décima, mala y sublime, que empezaba así:

*Esa bandera adorada
que llena mi corazón
de placer, satisfacción,
al verla en tu mano amada...*

Y si se habla con Fernando Figueredo, es de no alzar la mano del papel, porque pinta como si se le viese a toda aquella compañía de gloria, y no hay canción que él no sepa, ni memoria tierna o picante, ni quien le gane a contar con intención y cariño, ni quien saque más risas cuando narra el ataque al poblado de Yara, en que para conocerse en la oscuridad los cubanos entraron desnudos de cintura arriba, y tener camisa era cosa infeliz; pero no fue tan bien como pudo en aquella ocasión a los cubanos, por lo que los españoles los burlaban en unas estrofas bizcas, cantadas a coro en la retreta, y a las que Fernando contestó con dichosa parodia, que los voluntarios mismos de Yara cantaban después:

*Sin camisas, triunfantes, entraron,
ante el mundo mostrando, orgullosos,
que aunque pobres son libres, dichosos,
siervos no de un tirano opresor.*

Pero lo mejor de Fernando es cuando cuenta cuán mal le pareció a aquel gigante ingenuo, al leal y genioso Modesto Díaz, que Tomás Estrada tuviese de secretarios a Francisco La Rúa y a Ramón Roa: —“Ven acá, hombre: ¿cómo han consentido que Tomás haga eso?” —“Pero, don Modesto, ¡si son dos magníficos patriotas!” —“Mira, hombre, qué patriotas ni qué magníficos: pues a mí me han dicho que son dos sinvergüenzas”. —“Don Modesto, ¡si no hay quien les ponga punto a esos dos mozos!, ¿qué malque-

riente le dijo esa maldad?" — "Hombre, mira: a mí no me dijeron que eran sinvergüenzas: a mí me dijeron no más que eran poetas".

Pero en la casa de toda una mujer, de Loreto Castillo de Duque de Estrada, fue donde tuvo la poesía de la guerra más largo y abrigado asiento. La casa estaba en San José de Guaicanamar, que los testigos dichosos de nuestra grandeza pintan como potrero extenso y feraz, donde residía de uso el Gobierno, o había siempre correo que pudiera dar con él. Otros ranchos eran de horquetas de caballete, con tres luengas yaguas por montura, que arrastraban en tierra, y adentro la hamaca: algún rancho fue recio y forrado, como el de Francisco Sánchez, a quien se le sujetó la tisis tenaz en la salud de la guerra: la casa de Loreto era, como las más de las cercanías, con la pared de lo que hubiese, y de yaguas las puertas, y el techo de ella también, o de guano o manaca. Por sillas sólo había la hamaca de preferencia o bancos de cuje, o troncos de árbol; pero la limpieza campesina hacía a todo el mundo llevarse la mano al yarey. Y allí se juntaban las mejores visitas. Duque de Estrada era silencioso, y Loreto vehemente y resuelta, baja de cuerpo, y de ojos relampagueadores cuando la sacaba del asiento la indignación, o contaba un lance apurado de su propia vida, como el de la bandera de las camagüeyanas para Enrique Reeve, bordada a ojos públicos, que ella plegó con mucho esmero bajo el cáliz, a que la bendijese con él el arzobispo de Santiago: o decía sus angustias cuando salió del Príncipe a la guerra, toda colgada en lo interior de medicinas, paquetes y jarros, y al entrar en la casa de las afueras, de donde pensaba irse de escondite, halló de visita tendida a un capitán que cortejaba en la familia, y era de ver la falda aquella, que no podía moverse sin música y denuncia: o hablaba de la infelicidad de Cuba y de la muerte cruenta de sus hijos, y los guerreros oían a la mujer con la cabeza baja. Herminia, la hija, era de todos amiga discreta e inocente, y siempre fue como quien sabía que sin sonrisa de mujer no hay gloria completa de hombre. Allí iban todas las edades, y el ejército y el gobierno, y el Camagüey y los habaneros con el Oriente y las Villas: Estrada Palma, a toda hora cortés, visitaba con el Presidente, que era Spotorno entonces, y hombre de tanta urbanidad como ímpetu: Eduardo Machado ponía en todo su gracia serena, y aquel simpático mérito suyo, que no se complacía en deslucir el ajeno: allí el más puro, La Rúa; el más constante, Juan Miguel Ferrer; el más intencionado, Luis Victoriano Betancourt; el más caballeresco, Fernando Figueredo; el más decidor, Marcos García; el más original, Ramón Roa. Allí, entre versos propios y extraños, corrían las horas honrosas. Herminia recitaba, de poetas de Cuba, o alguna romántica melancolía traída en la memoria de los mejicanos o los caraqueños: recordaba Machado a "El Hijo del Damují" con la doliente voz de su cuerpo menudo, y su mano altiva y rota: quién recitaba un soneto de Céspedes o las décimas guerreras de antes de la revolución, o el himno de Holguín, que compuso Pedro Martínez Freire, o un feliz estribillo, que todo Oriente cantó, de José Joaquín Palma, o los demás versos de él, que son, en lo serenos y lúcidos, como las clavellinas del Cauto. En recitar era siempre el primero Marcos García, por su voz obediente y briosa, y el sentido que daba a *El Beso*, de Milanés, o al *Nocturno*, de Zenea, o a lo mejor de la poesía de España. Fernando Figueredo, con su hidalgo

reposo, decía, del corazón más que de los labios, las décimas que escribió a su madre cuando el combate de Báguanos, o versos de ternura y lealtad a una flor de la guerra. Por la virtud del poeta parecían más bellas las estrofas propias que llevaba La Rúa, y él fue quien con su letra franca y cuidadosa escribió el único tomo de *La Lira Mambí*, perdido acaso, donde está lo mejor que entonces se compuso o dijo en la casa de Loreto. Luis Victoriano, guardando para lid mayor el corazón alto y estoico, era rima continua, quebradiza y risueña, y ponía en musa la gacetilla toda de la República, y la de Guaicanamar. Y Roa, en los romances felicísimos, siempre iba allí con uno nuevo, bien de burla amigable a los transidos amigos de Herminia, bien de agorero regocijado, pintando su entrada triunfal en el Camagüey, con más lauros que ropa, y a las bellezas todas de su amistad rodeándolo solícitas, y a él entre tantas tentaciones impasible, porque, como decía el último verso: "el buey suelto bien se lame". O era triste la reunión a veces, porque alguno de los que estuvieron antes en ella no volvería ya jamás a recitar versos.

Convite y nada más es este libro, a todos los que saben de versos de la guerra, para que, siquiera sea sin orden ni holgura, salven, por la piedad de hermanos o de hijos, todo lo que pensaron en nuestros días de nación los que tuvieron fuego y desinterés para fundarla. Lágrimas cuajadas son algunas estrofas de aquéllas, o bofetones, o mortal despedida, y puede hallarse más de una vez, entre el follaje y relleno de la jerga poética española, el rasgo franco y preciso del verdadero genio. Pero la poesía de la guerra no se ha de buscar en lo que en ella se escribió: la poesía escrita es grado inferior de la virtud que la promueve; y cuando se escribe con la espada en la historia, no hay tiempo, ni voluntad, para escribir con la pluma en el papel. El hombre es superior a la palabra. Recojamos el polvo de sus pensamientos, ya que no podemos recoger el de sus huesos, y abrámonos camino hasta el campo sagrado de sus tumbas, para doblar ante ellas la rodilla, y perdonar en su nombre a los que los olvidan, o no tienen valor para imitarlos.

JUAN J. PEOLI

SIN DOLOR, como el justo que fue —"tranquilamente, sin sufrimiento ninguno", como dice con orgullo y ternura su hija—, ha muerto, lejos de la más virtuosa de las compañeras, lejos del más puro de los hogares, el hombre sin mancha y sincero artista que se llamó en vida Juan J. Peoli. Le tenía la cabeza al morir el hijo a quien en medio de la riqueza crió para el trabajo, su hijo Juan. Murió en el campo, silencioso y solemne, que prefería él a la ciudad fea y vana. Murió en Cuba, la tierra que amó él tanto, la tierra que le premió el mérito, y le dio mujer noble, hijos buenos, ilustres amigos. Murió como las tardes del Hudson, que se sentaba él a ver caer, desde el banco rústico de su manzano solariego, en las colinas de tiniebla y oro por donde baja majestuoso el río.

De New York fue hijo por el casual nacimiento, de Venezuela por la familia, de Cuba por su corazón y por su fama. Era alumno en La Habana de la Academia de San Alejandro, y un retrato atrevido de sí propio le dio el primer premio, y la pensión del Municipio en Roma. Allí Minard, de fino color y soñador pincel, lo tuvo "de discípulo favorito", y le celebró el dibujo correcto, las carnes suaves y luminosas, y la quietud y hondura de la atmósfera en que envolvía sus creaciones. Perdida la fe religiosa, y menospreciando la luz ambiente por la exuberancia que allí la hace común, el arte italiano, anheloso de idealidad, vestía aún los esbozos confusos de su fantasía nueva con el color artificial y opaco de los templos. La pintura, como la época, era transitoria. La novedad, no condensada todavía en lo real, se desordenaba en lo fantástico e imaginativo. Los románticos han pecado sólo por su caballeroso exceso de fidelidad a aquella época de renovación sublime. Como en todo, la aspiración satisfecha, la libertad del arte, les pareció inferior a la aspiración por satisfacer. Y ahí está todo el arte de Peoli: leal en el dibujo, sabio en los matices, huraño y melancólico en el color, indefinido en las creaciones, y aun etéreo. Frente al modelo vivo, a un buen modelo cargado de idea, al pulcro Domingo Delmonte, al incisivo Saco, a la infanta enamorada de un estudiante habanero, al héroe de Carabobo descansando en la gloria de su vejez, su pincel, bien bosqueje o acabe, corre fácil y justo, anacarando un tanto, pero fiel a la línea expresiva, y a la característica del alma. Sorprende la luz del ojo, el amor de la boca entreabierta, la corbata deshecha del amigo moribundo, el pliegue rebelde de la capa romántica. Bastarían al renombre de Peoli los retratos de sus protectores cubanos; los de la familia real de España, que pudo él tratar sin deshonor, porque la trató en días de libertad; los de los cubanos notables de la mitad del siglo, que lo celebraron y mimaron; el de José Antonio Páez, el más pujante y original acaso de los héroes de la independencia de América. Y en los retratos todos se nota una finura singular, y como ciencia plena, que venía al artista del conocimiento de todas las artes secundarias de la representación, de la litografía y el grabado, de la fotografía y el aguafuerte. La facultad de sorprender en el sujeto la cualidad típica le dio, por su extremo natural, la de exagerar en la caricatura, siempre templada por su alma bondadosa, el defecto dominante o especialidad del amigo caricaturado. La sociedad entera de La Habana, en aquel tiempo en que supo aspirar y querer, la de los prohombres abnegados y la juventud ardiente, está toda, en hábil retrato o sátira inofensiva, en los cartones inéditos de Peoli. De su mano cariñosa son los retratos de cubanos ilustres que adornaron las revistas de su tiempo, y él fue quien ilustró, con composición que por el candor conmueve y por la naturalidad encanta, el "Negro Guardiero", del generoso Anselmo Suárez, el buen taita Alejandro del ingenio de Mendive. La suave litografía tiene toda la triste mansedumbre, y aun la cruda sencillez, de aquella desgarradora ancianidad. Galones y charreteras no hay en los retratos de Peoli, a no ser los ganados, como en Páez, peleando por dar a la libertad el mundo nuevo de América. De los que iluminaban las sendas nuevas desde la tribuna, de los que peleaban en el periódico y en el verso, de los que pagaban de su bolsa las batallas de la libertad naciente, de los que murieron luego con la hopa del cadalso, o a

campo abierto con la mano sobre la herida, son —no de bribones enriquecidos ni de canijos literarios— los retratos que por cariño y admiración pintó Juan Peoli. En España su amigo fue Prim; sus amigos de Cuba fueron los Gener y los Guiteras, padres de Matanzas; Delmonte, el más real y útil de los cubanos de su tiempo; Saco, que no creía en parches andaluces ni positizos rubios para las cosas del país; y José de la Luz, que le dijo así una vez: “Yo no hago libros, hijo, porque nos hace falta el tiempo ahora para hacer hombres”. La buena juventud criolla era su círculo natural: la elegancia de Mendive, la piedad de Zambrana, la sabiduría de Valle, el ingenio de Poey, la hidalguía de Palma, la pasión de Güell y Renté, la ternura de Anselmo Suárez y Romero. Pero Peoli tuvo hijos, y no quiso que creciesen donde la vida acaba en el martirio o se corrompe en la hipocresía. A la opulencia habanera, y la vanagloria de una sociedad espantada y servil, prefirió él, con plauso de la ejemplar criatura que le ayudó y embelleció la vida, de Antonia Alfonso y Madan, la humildad del ciudadano extranjero en una tierra libre. Para siempre mudó su casa a New York. No fue de esos cobardes, pegados a la comodidad indecorosa, que a todo se rebajan, con tal de que no les falte el cuchicheo adulador, y el mármol de debajo de los pies; ¡raza villana, y a menudo soberbia; raza mediocre e indecisa, que osa desear con la inteligencia lo que no sabe realizar con el carácter; raza de siervos y de cómplices!

De recuerdos y hogar vivió hasta su muerte, amando a los propios y a las artes, y distinguiéndose entre los extraños, el artista que, leal a la libertad y a la juventud, abandonó por mezquino el pincel cuando Garibaldi citaba a pelea contra el mundo viejo, y peleó con Garibaldi. Su estudio era su vida, y su teatro, y su palacio. Por presentes, se daba el plantar de árboles su casa campesina, o el ver ponerse la tempestad y deshacerse sobre la cumbre de impenetrables montes. Otro goce tenía, y era el de acumular, en las reproducciones originales, cuanto ha dado el arte de gracia y poder. Su caballete tuvo siempre un lienzo, ya un león flaco, rodeado de cadáveres, solo en la sombra; ya la Dama del Lago, envuelta en vagos velos, como luz en bruma espesa; ya las artes mayores, con símbolos nuevos, en aire rojizo la una, otra en rosa y tules, todas propias y vivas; ya sus seis cuadros de amor, desde la desnudez inmaculada hasta la hermosura desierta; ya la enorme ciudad, a la luz azul del cometa misterioso, lleno el aire, sobre los hombres dormidos, de visiones de seno tentador y alevosa cabellera. Con su blusa de terciopelo, retocando y cambiando, buscando a media luz el tono propio para sus criaturas espirituales, vivía Peoli feliz entre sus bocetos de los maestros, la maravilla de sus grabados y aguafuertes, sus bronceos de Roma y barroos de Tanagra. Dejaba a veces entrar el pleno sol, a que se vieran bien los cuadros de naturaleza, que pintó siempre al aire libre. El era miembro de Academias y socio de honor del Museo Metropolitano de New York, y dueño, muy visitado por los envidiosos, de la mejor colección de blanco y negro y acuarelas históricas que ande acaso en manos privadas: porque conocía él al dedillo la cuna y vicisitudes de cada hoja notable, y siempre la pagó a precio mayor. Pero el silencio del taller era su gusto, y el estudio sincero de aquel color ideal que entrevén, sin lograr nunca asirlo, los que

por la verdad y pureza de su vida, y por mirar con ojos limpios e intensos en lo natural, llegan en este mundo mismo, como los físicos creadores, a los linderos de la claridad impenetrable. Otros ven sólo el pincel caído, cuando lo que ha de verse es el esfuerzo. En los cuadros fantásticos de Peoli, tan puro en el retrato, y escrupuloso en el paisaje, hay sombras oleosas, como de tiniebla puesta a hervir, y rojos cenicientos, de lava que se apaga, y luces que vienen a ser en el color lo que en la idea la visión de Swedenborg, que vio ya el alma etérea y abrasarse los cuerpos amorosos, y boquear, como mina encendida, la iniquidad humana. Y es que el hombre, dichoso por la virtud, cree lo que ve, y ve en sí y fuera un mundo claro y mejor. La Naturaleza, sin los velos ni abalorios que le pone la pasión de la vida, recobra las tintas creadoras; imperan en ese arte innovador la sombra matriz, el fuego genésico y la perla del alba; la mano del hombre, impotente para representar un estado superior a él, traduce con gloriosa torpeza la vaga aurora que calma e inunda su espíritu purificado; no sabe de esta inefable realidad el hombre egoísta o inmodesto.

Y esto no se dice aquí en vano, sino porque es la enseñanza útil, y la belleza mayor, de la vida de Juan J. Peoli. El arte, con haberle dado días de gloria, y ser su empleo principal, fue lo menos de él. Amó la beldad ardentemente; la respetó, y le enojaba que no la respetasen; reconocía en sí, y en todo, una realidad visible, de fácil copia, y otra espiritual, a que con callada pasión buscó color y símbolo: la fuerza, para él, residía en la gracia, y vio en el universo, aun a pleno sol, como un color nocturno; su pincel, jamás mercenario, desdeñó la fama fácil del retrato, en que sobresalía, y de sus magistrales escenas de la Naturaleza, para fijar en las luces aéreas el alma solemne que se alza de la vida, y cuajar en cuerpos leves y ondulantes la beldad creatriz que flota sobre el mundo. Dibujó bien: copió felizmente, y alguna vez con majestad, el paisaje grandioso y el carácter humano: enseñó el arte reposado y fino que escoge de lo natural, como realidad superior, la belleza típica, y peca sólo acaso por dar formas terrenas a lo que por esencia o ascenso está fuera de ellas, y envolver las cosas de la tierra, la humanidad marcial y robusta, en los efluvios del universo adivinado. Pero de su arte mismo fue lo más bello el carácter manso y puro con que, por el amor y fuerza de él, y por la luz y dicha de su alma, pasó en salvo Peoli por las tentaciones de este mundo. Lo conoció y ahondó, puso de lado toda la impedimenta de él, con que el vulgo humano, en que entra mucho de lo que no quiere pasar por vulgo, se deshonra y aflige; y cultivó en la vida lo que tiene de sustancia y ventura, que es el decoro propio, en el trabajo continuo y la amistad sincera el alivio del dolor del hombre, el rincón de la casa, y la ciencia y fe que vienen del conocimiento y amor de la creación. El hombre, que lleva lo permanente en sí, ha de cultivar lo permanente; o se degrada, y vuelve atrás, en lo que no lo cultive. A lo transitorio se esclavizan y venden los que no saben descubrir en sí lo superior y perdurable: los que en la lealtad de los afectos íntimos, en el empleo libre y laborioso de sus fuerzas, en la persistencia y triunfo de las obras de belleza y virtud, y en el deleite de penetrar la composición y juego de la Naturaleza lo descubren, éstos, como Peoli, con una santa de la mano, darán en caridades ocultas lo que tienen,

criarán en la riqueza humilde a sus hijos, poblarán su hogar de la compañía segura y ennoblecedora de las maravillas del arte humano, y a la sombra del árbol plantado con sus manos propias verán serenos al río de los siglos correr por entre las colinas de oro y sombra, y desvanecerse por la mar la claridad del sol.

Patria, 22 de julio de 1893.

JOSE DE LA LUZ

EL, EL PADRE; él, el silencioso fundador; él, que a solas ardía y centelleaba, y se sofocó el corazón con mano heroica, para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos; él, que antepuso la obra real a la ostentosa —y a la gloria de su persona, culpable para hombre que se ve mayor empleo—, prefirió ponerse calladamente, sin que le sospechasen el mérito ojos nimios, de cimiento de la gloria patria; él, que es uno en nuestras almas, y de su sepultura ha cundido por toda nuestra tierra, y la inunda aún con el fuego de su rebeldía y la salud de su caridad; él, que se resignó —para que Cuba fuese— a parecerle, en su tiempo y después, menos de lo que era; él, que decía al manso Juan Peoli, poniéndole en el hombro la mano flaca y trémula, y en el corazón los ojos profundos, que no podía “sentarse a hacer libros, que son cosa fácil, porque la inquietud intranquiliza y devora, y falta el tiempo para lo más difícil, que es hacer hombres”; él, que de la piedad que regó en vida, ha creado desde su sepulcro, entre los hijos más puros de Cuba, una religión natural y bella, que en sus formas se acomoda a la razón nueva del hombre, y en el bálsamo de su espíritu a la llaga y soberbia de la sociedad cubana; él, el padre, es desconocido sin razón por los que no tienen ojos con que verlo, y negado a veces por sus propios hijos.

¿Qué es ver la luz, y celebrarla de lejos, si se la huye de cerca? ¿Qué es saludar la luz, mientras sus rayos tibios adornan flojamente la desidiosa naturaleza, y ponérsele de cancel, en cuanto sale del caos, quemando y sanando, con el brío del sol? ¿Qué es pensar sin obrar, decir sin hacer, desear sin querer? ¿Qué es ver caer la torre deshecha sobre el pueblo amado, y tener al pueblo por la espalda, como la celestina a la novicia dolorosa, para que le caiga mejor la torre encima? ¿Qué es aborrecer al tirano, y vivir a su sombra y a su mesa? ¿Qué es predicar, en voz alta o baja, la revolución, y no componer el país desgobernado para la revolución que se predica? ¿Qué es gloria verdadera y útil, sino abnegarse, y con la obra silente y continua tener la hoguera henchida de leños, para la hora de la combustión, y el cauce abierto, para cuando la llama se desborde, y el cielo vasto y alto, para que quepa bien la claridad?

Lo más del hombre, y lo mejor, suele ser, como en José de la Luz, lo que en él sólo ven a derechas quienes como él padezcan y anhelan; porque hoy, como en Grecia, “se necesita ser fuego para comprender el fuego”: o los

que oyen aterrados su paso en la sombra. De él fue lo más la idea profética e íntima, que no veía acomodo entre su pueblo sofocado y crecedero —cercado de la novedad humana, y la nación victimaria, lejana e incapaz, que entrará descompuesta y sin rumbo a su ajuste violento e incompleto con el mundo nuevo— y consagró la vida entera, escondiéndose de los mismos en que ponía su corazón, a crear hombres rebeldes y cordiales que sacaran a tiempo la patria interrumpida de la nación que la ahoga y corrompe, y le bebe el alma y le clava los vuelos. Los pueblos, injustos en la cólera o el apetito, y crédulos en sus horas de deseo, son infalibles a la larga. Ellos leen lo que no se escribe, y oyen lo que no se habla. Ellos levantan, como el sabueso, al enemigo, aunque use lengua túrgida y sedosa, y descubren la pasión de virtud que se suele ocultar, para servir mejor, en el sacrificio desconocido o en el silencio prudente. Ellos, en los países de desdén y discordia, quieren, con apego de hijo, a los hombres de justicia y amor, a los que no emplean en herir a sus hermanos dispuestos a morir por su patria la energía que reservan para perpetuar en ella el poder de sus tiranos. Y así ama, con apego de hijo, la patria cubana a José de la Luz.

Lo que es para los enemigos de Cuba y del libre empleo del alma cubana en la tierra que pueblan insolentes los aventureros que la odian, véase en el párrafo de un discurso de Francisco Santos Guzmán en Cienfuegos. Y lo que es para los cubanos que le oyeron de cerca la palabra creadora, véase en otro párrafo que publica "Alt Wander" en *La Verdad* de La Habana.¹

Patria, 17 de noviembre de 1894.

JOAQUIN TEJADA

EL PINTOR CUBANO Y SU CUADRO
"LA LISTA DE LA LOTERIA"

POCAS DICHAS HAY como la de hallar mérito superior en un hombre que ha nacido en nuestra tierra, porque el placer de amar el mérito es más vivo cuando nos viene de quien padece de nuestra propia humillación, y con su valer nos la levanta y redime. Es como si de súbito creciese la fuerza de nuestro derecho, y más cuando no es el valer segundón o imitado, de los que andan sumisos tras lo ajeno —o subiéndose por cuanta altura hallan al paso, para que se les oiga la voz rastrera—, o cepillando cualquier faldón luciente; sino poder honrado, que con eficaz realidad y entrañas de hombre, compone obras pensadas y sentidas de belleza. El mundo es patético, y el artista mejor no es quien lo cuelga y recama, de modo que sólo se le vea el raso y el oro, y pinta amable el pecado oneroso, y mueve a fe inmoral en el lujo y la dicha, sino quien usa el don de componer, con la palabra, o

¹ A continuación siguen el párrafo del discurso de Francisco Santos Guzmán, y el de "Alt Wander" en *La Verdad*.

los colores, de modo que se vea la pena del mundo, y quede el hombre movido a su remedio. Mientras haya un antro, no hay derecho al sol. Joaquín Tejada, el pintor nuevo de Cuba, si va a Barcelona, no pinta ocios o tentaciones, que son sutil lisonja al vicio, pródigo con quien lo cosquillea y excusa, sino la gente triste de la ciudad, de blusa o capa ruin, o de pañuelo y cesta, que en el azar de un sorteo busca alivio a su vida áspera y ansiosa: de Cuba pinta a un negro, roto y avinado, o a otro de Africa, cano y nudoso, y de ojos como iracundos y proféticos: y si copia un paisaje criollo, de la naturaleza abandonada es, con la luz rica perdida en el jardín deshecho, y la casa desierta y miserable. En New York está ahora de paso Joaquín Tejada, y quien las ve no olvida, por lo menos, sus tres telas mayores. Uno es el cuadro, de verdad desolada, de las Bocas del Toro; otro, el negro, de pecho abierto, rostro apretado y sombrero de yarey; otro, es la obra mayor: "La Lista de la Lotería". En él, está, humanitario y robusto, el pintor nuevo de Cuba. Y desde hoy se puede ya decir: su nombre será gloria.

Por el aire fresco y libre, por el color ameno y natural, por la soltura y propósito de los detalles, con ser todos de mérito saliente, es menos notable el vasto cuadro que por la piedad y sentida de las figuras, en que el artista adivino pone la historia toda, agitada o sumisa, y el carácter típico de cada variedad social, y por la gracia y levedad de la obra entera, y la elegancia con que, sobre una esquina cubierta de elocuentes carteles, agrupa los personajes vulgares. El grupo curioso ve los billetes en la lista de la pared. El mozo de cordel, con las cuerdas por los muslos, nervudos y caídos del trabajo, y el chaleco alón, y la barretina por la espalda, tiene el dedo rígido sobre su número feliz; a la modista se le ve la lozanía por las ropas dóciles, y la salud del cabello, enroscado a la nuca; el estudiante es lampiño y de cepa catalana, que desea y arriba; el empleado pálido empina el triste honggo; a la cadera del blusón tiene la mano el aprendiz irreverente; conversan las arrugas hondas del viejo de la blusa azul; cuelga el cesante, de capa y chistera; al mocetón de espaldas, se le adivina la mano viril, que rebusca por el bolsillo el billete; la bondad del trabajo rebosa, y el alma madraza de la española pobre, en la cuarentona de pañuelo y cesta que oye al vejete parlanchín; un porfiado valenciano, de alpargata y montera, se lleva indiferente, a la otra parte del cuadro, su carro de lechero. En los carteles de la pared, a medio desgarrar, como para que no recarguen el cuadro que completan, está la vida entera barcelonesa: la junta electoral, la cita del orfeón, la asamblea de obreros, la denuncia de los crímenes sociales; la calle silenciosa dobla, en vuelta ligera, por el fondo. Y dice el lienzo todo que el trabajo da salud, que la mujer es hermosa y consuela, que la humanidad codicia y hierve.

Por el dibujo pudo errar el primer cuadro de quien, como Tejada, sabía poco de colores hace aún tres años, y no sólo es todo él fino y juicioso en "La Lista de la Lotería", sino que tiene el mérito sumo, que es el de enseñar, por la sagaz percepción del laboreo de las almas en la carne, la vida interior, burda o graciosa, del personaje a quien el suelto contorno deja pleno carácter y movimiento. En la tentación del color pudo caer, que es siempre excesivo, en letras y pintura, durante la juventud; pero él tiene ya la suave

tristeza del hombre pensador, que ve a la vida sus velos y nubes, y a la ciudad ese vaho turbio que atenúa el escándalo de los matices vivos. En lo que debió pecar Tejada, por su sinceridad misma, fue en el abandono que los artistas incompletos confunden con el vigor y el albedrío, y goza hoy de fama grande y perecedera, que pudo tentar por el aplauso unánime, y por ser la forma de expresión de los pintores de la realidad, a quien viene al arte con el respeto y amor de ella, y el don de ver la belleza en los desdichados y en los mansos; pero el pintor nuevo de Cuba mostró su mérito sobresaliente en la difícil moderación con que realzó por el trabajo acabado sus figuras intencionadas y verdaderas, y dio a una obra urbana y de asunto común el interés triunfante de la gracia. Sacar de sí el mensaje natural es la obra del artista, y ver con sus propios ojos, que es fuerza a que aun los hombres de sumo valer suelen llegar tarde en la vida, por lo falso y ajeno de la educación artificial con que los vendan, y a que Joaquín Tejada ha llegado temprano. Y de otro peligro se salvó Tejada ya, y es el de la inmodestia, compañera segura del mérito inferior, que en él no aparece, porque es como quien peca con vivir, y tiene a la vez la fe creadora y la saludable duda de cuanto hace. Amese, puesto que ama al hombre, al artista nuevo de Cuba, al que padece de la pena humana, y no tiene pinceles para los vanos y culpables de la tierra, sino para los adoloridos y creadores.

Patria, 8 de diciembre de 1894.

DIARIO
Y
EPISTOLARIO

DIARIO¹

DE MONTECRISTI A CABO HAITIANO

MIS NIÑAS:

Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Vds., con los que les mandé antes. No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en Vds.

Su
M.

14 de febrero

Las seis y media de la mañana serían cuando salimos de Montecristi el General,² Collazo y yo, a caballo para Santiago: Santiago de los Caballeros, la ciudad vieja de 1507. Del viaje, ahora que escribo, mientras mis compañeros seestean, en la casa pura de Nicolás Ramírez, sólo resaltan en mi memoria unos cuantos árboles —unos cuantos caracteres, de hombre o de mujer—, unas cuantas frases. La frase aquí es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera. Una frase explica la arrogancia innecesaria y cruda del país: "Si me traen (regalos, regalos de amigos y parientes, a la casa de los novios) me deprimen, porque yo soy el obsequiado". Dar, es de hombre; y recibir,

¹ Este diario de Martí, dedicado a María y Carmen Mantilla, corresponde a la penúltima etapa de su peregrinar revolucionario. Comienza el 14 de febrero de 1895, en Montecristi, y termina, el 8 de abril del mismo año, en Cabo Haitiano, Haití.

² Se refiere al General Máximo Gómez.

no. Se niegan, por fiera, al placer de agradecer. Pero en el resto de la frase está la sabiduría del campesino: "Y si no me traen, tengo que matar las gallinitas que le empiezo a criar a mi mujer". El que habla es bello mozo, de pierna larga y suelta, y pies descalzos, con el machete siempre en puño, y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados. Es Arturo, que se acaba de casar, y la mujer salió a tener el hijo donde su gente de Santiago. De Arturo es esta pregunta: "¿Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió —y si la mujer de Jiménez tiene el suyo dicen que ha dado a luz?"—. Y así, por el camino, se van recogiendo frases. A la moza que pasa, desgoznada la cintura, poco al seno el talle, atado en nudo flojo el pañuelo amarillo, y con la flor de campeche al pelo negro: "¡Qué buena está esa pailita de freír para mis chicharrones!". A una señorona de campo, de sortija en el guante, y pendientes y sombrilla, en gran caballo moro, que en malhora casó a la hija con un *musié* de letras inútiles, un orador castelaruno y poeta zorrillesco, una "luz increada" y una "sed de ideal inextinguible", el marido, de sombrero de manaca y zapatos de cuero, le dice, teniéndole el estribo: "Lo que te dije, y tú no me quisiste oír: cada peje en su agua". A los caballos les picamos el paso, para que con la corrida se refresquen, mientras bebemos agua del río Yaque en casa de Eusebio; y el General dice esta frase, que es toda una teoría del esfuerzo humano, y de la salud y necesidad de él: "El caballo se baña en su propio sudor". Eusebio vive de puro hombre: lleva amparada de un pañuelo de cuadros azules la cabeza vieja, pero no por lo recio del sol, sino porque de atrás, de un culetazo de fusil, tiene un agujero en que le cabe medio huevo de gallina, y sobre la oreja y a media frente, le cabe el filo de la mano en dos tajos de sable: lo dejaron por muerto.

"¿Y Don Jacinto, está ahí?" Y nuestros tres caballos descansan de quijadas en la cerca. Se abre penosamente una puerta, y allí está Don Jacinto; aplanado en un sillón de paja, con un brazo flaco sobre el almohadón atado a un espaldar, y el otro en alto, sujeto por los dos lazos de una cuerda nueva que cuelga del techo: contra el ventanillo reposa una armazón de catre, con dos clavijas por tuercas: el suelo, de fango seco, se abre a grietas: de la mesa a la puerta están en hilera, apoyadas de canto en el suelo, dos canecas de ginebra, y un pomo vacío, con tapa de tusa: la mesa, coja y polvosa, está llena de frascos, de un inhalador, de un pulverizador, de polvos de asma. A Don Jacinto, de perfil rapaz, le echa adelante las orejas duras el gorro de terciopelo verde: a las sienes lleva parches: el bigote, corvo y pesado, se le cierra en la mosquilla: los ojos ahogados se le salen del rostro, doloroso y fiero: las medias son de estambre de color de carne, y las pantuflas desteñidas, de estambre roto. Fue prohombre, y general de fuego: dejó en una huida confiada a un compadre la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y de un tiro de carabina, a la puerta de su propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel. "¡Y a ti, adiós!: no te mato, porque eres mujer." Anduvo por Haití, entró por tierra nueva, se le juntó la hija lozana de una comadre del rincón, y entra a besarnos, tímida, una hija linda de ocho años,

sin medias, y en chancletas. De la tienda, que da al cuarto, nos traen una botella, y vasos para el romo. Don Jacinto está en pleitos: tiene tierras —y un compadre—, el compadre que lo asiló cuando iba huyendo del carabinazo, le quiere pasear los animales por la tierra de él. “Y el mundo ha de saber que si me matan, el que me mató fue José Ramón Pérez. Y que a mí no se me puede decir que él no paga matadores: porque a mí vino una vez a que le buscara por una onza un buen peón que le balease a Fulano: y otra vez tuvo que matar a otro, y me dijo que había pagado otra onza.” “¿Y el que viene aquí, Don Jacinto, todavía se come un alacrán?” Esto es: se halla con un bravo: se topa con un tiro de respuesta. Y a Don Jacinto se le hinchan los ojos, y le sube el rosado enfermizo de las mejillas. “Sí”, dice suave, y sonriendo. Y hunde en el pecho la cabeza.

Por la sabana de aromas y tunas, cómoda y seca, llegamos, ya a la puesta, al alto de Villalobos, a casa de Nené, la madraza del poblado, la madre de veinte o más crianzas, que vienen todas a la novedad, y le besan la mano. “Ustedes me dipensen”, dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con rom y café, el arroz blanco y los huevos fritos: “pero toíto ei día e stao en ei conuco jalando ei machete”. El túnico es negro, y lleva pañuelo a la cabeza. El poblado todo de Peña la respeta. Con el primer sol salimos del alto, y por entre cercados de plátano o maíz, y de tabaco o yerba, llegamos, echando por un trillo, a Laguna Salada, la hacienda del General: a un codo del patio, un platanal espeso: a otro, el boniatial: detrás de la casa, con cuatro cuartos de frente, y de palma y penca, está el jardín, de naranjos y adornapátios, y, rodeada de lirios, la cruz, desnuda y grande, de una sepultura. Mercedes, mulata dominicana, de vejez limpia y fina, nos hace, con la leña que quiebra en la rodilla su haitiano Albonó, el almuerzo de arroz blanco, pollo con llerén, y boniato y auyama: el pan, prefiero el casabe, y el café pilato tiene, por dulce, miel de abeja. En el peso del día conversamos, de la guerra y de los hombres, y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez, padre de muchas hijas, una de ojos verdes, con cejas de arco fino, y cabeza de mando, abandonado el traje de percal carmesí, los zapatos empolvados y vueltos, y el paraguas de seda, y al pelo una flor: y otra hija, rechoncha y picante, viene fumando, con un pie en media y otro en chancleta, y los dieciséis años del busto saliéndosele del talle rojo: y a la frente, en el cabello rizo, una rosa. Don Jesús viene del conuco, de quemarle los gusanos al tabaco, “que da mucha briega”, y recostado a la puerta de su buena casa, habla de sus cultivos, y de los hijos que vienen con él de trabajar, porque él quiere “que los hijos sean como él”, que ha sido rico y luego no lo ha sido, y cuando se le acaba la fortuna sigue con la cabeza alta, sin que le conozca nadie la ruina, y a la tierra le vuelve a pedir el oro perdido, y la tierra se lo da: porque el minero tiene que moler la piedra para sacar el oro de ella, pero a él la tierra le da “el oro jecho, y el peso jecho”. Y para todo hay remedio en el mundo, hasta para la mula que se resiste a andar, porque la resistencia no es sino con quien sale a viaje sin el remedio, que es un limón o dos, que se le exprime y frota bien en las uñas a la mula, “y sigue andando”. En la mesa hay pollo y frijoles, y arroz y viandas, y queso del Norte, y chocolate. Al otro día por la mañana, antes de montar para

Santiago, Don Jesús nos enseña un pico roído, que dice que es del tiempo de Colón, y que lo sacaron de la Esperanza, “de las excavaciones de los indios”, cuando la mina de Bulla: ya le decían “Bulla” en tiempo de Colón, porque a la madrugada se oía de lejos el rumor de los muchos indios, al levantarse para el trabajo. Y luego Don Jesús trae una buena espada de taza, espada vieja castellana, con la que el General, puesto de filo, se guarda el cuerpo entero de peligro de bala, salvo el codo, que es lo único que deja afuera la guardia que enseñó al General su maestro de esgrima. La hija más moza me ofrece tener sembradas para mi vuelta seis matas de flores. Ni ella siembra flores, ni sus hermanos, magníficos chicuelos, de ojos melosos y pecho membrudo, saben leer.

Es la Esperanza, el paso famoso de Colón, un caserío de palma y yaguas en la explanada salubre, cercado de montes. “La Providencia” era el nombre de la primera tienda, allá en Guayubin, la del marido puertorriqueño, con sus libros amarillos de medicina vejancona, y su india fresca, de perfil de marfil, inquieta sonrisa, y ojos llameantes: la que se nos acercó al estribo, y nos dio un tabaco. “La Fe” se llama la otra tienda, la de Don Jacinto. Otra, cerca de ella, decía en letras de tinta en una yagua: “La Fantasía de París”. Y en Esperanza nos desmontamos frente a “La Delicia”. De ella sale, melenudo y zancón, a abrirnos su talanquera, “a abrirnos la pueita” del patio para las monturas, el general Candelario Lozano. No lleva medias, y los zapatos son de vaqueta. El cuelga la hamaca; habla del padre, que está en el pueblo ahora, “a llevarse los cuaitos de las confirmaciones”; nos enseña su despacho, pegado en cartón, de general de brigada, del tiempo de Báez; oye, con las piernas colgantes en su taburete reclinado, a su Ana Vitalina, la niña letrada, que lee de corrido, y con desembarazo, la carta en que el ministro exhorta al general Candelario Lozano a que continúe “velando por la paz”, y le ofrece llevarle “más tarde” la silla que le pide. El vende cerveza y tiene de ella tres medias, “poique no se vende má que cuando viene ei padre”. El nos va a comprar romo. Allá, un poco lejos, a la caída del pueblo, están las ruinas del fuerte de la Esperanza, de cuando Colón, y las de la primera ermita.

De la Esperanza, a marcha y galope, con pocos descansos, llegamos a Santiago en cinco horas. El camino es ya sombra. Los árboles son altos. A la izquierda, por el palmar frondoso, se le sigue el cauce al Yaque. Hacen arcos, de un borde a otro, las ceibas potentes. Una, de la raíz al ramaje, está punteada de balas. A vislumbres se ve la vega, como chispazo o tentación de serena hermosura, y a lo lejos el azul de los montes. De lo alto de un repecho, ya al llegar a la ciudad, se vuelven los ojos, y se ve el valle espeso, y el camino que a lo hondo se escurre, a dar ancho a la vega, y el montío leve al fondo, y el copioso verdor que en luengo hilo marca el curso del Yaque.

Es Santiago de los Caballeros, y la casa de yagua y palma de Nicolás Ramírez, que de guajiro insurrecto se ha hecho médico y buen boticario: y enfrente hay una casa como pompeyana, mas sin el color, de un piso corrido, bien levantado sobre el suelo, con las cinco puertas de ancho marco tallado, al espacioso colgadizo, y la entrada a un recodo, por la verja rica, que de un lado lleva por la escalinata a todo el frente, y del fondo, por una puerta de agraciado medio punto, lleva al jardín, de rosas y cayucos: el cayuco es el cactus: las columnas, blancas y finas, del portal, sustentan el friso, combo y airoso. Los soldados, de dril azul y kepis, pasan relucientes, para la misa del templo nuevo, con la bandera de seda del Batallón del Yaque. Son negros los soldados, y los oficiales: mestizos o negros. El arquitecto del templo es santiaguero, es Onofre de Lora: la puerta principal es de la mano cubana de Manuel Boitel.

Manuel Boitel vive a la otra margen del río. Paquito Borrero, con su cabeza santa y fina, como la del San Francisco de Elcano, busca el vado del río en su caballo blanco, con Collazo atrás, en el melado de Gómez. Gómez y yo aguardamos la balsa, que ya viene, y se llama "La Progresista". Remontamos la cuesta, y entramos por el batey limpio de Manuel Boitel. De allí se ve la otra ribera, que en lo que sube del río es de veredas y chozas, y al tope el verde oscuro, por donde asoman las dos torres y el cimborrio del templo blanco y rosado, y a lo lejos, por entre techos y lomas, el muro aspillado y la torre de bonete del "reducto patriótico", de la fortaleza de San Luis.

En la casita, enseña todo la mano laboriosa: ésta es una carreta de juguete, que a poco subirá del río cargada de vigas —aquél es un faetón, amarillo y negro, hecho todo, a tuerca y torno, por el hábil Boitel—, allí el perro sedoso, sujeto a la cadena, guarda echado la puerta de la casa pulcra. En la mesa de la sala, entre los libros viejos, hay una biblia protestante, un tratado de Apicultura. De las sillas y sillones, trabajados por Boitel, vemos, afuera, el sereno paisaje, mientras Collazo lo dibuja. La madre nos trae merengue criollo. El padre está en el aserradero. El hijo mayor pasa, arreando el buey, que hala de las vigas. El jardín es de albahaca y guacamaya, y de algodón y varita de San José. Cogemos flores, para Rafaela, la mujer de Ramírez, con sus manos callosas del trabajo, y en el rostro luminoso el alma augusta: No menos que augusta: Es leal, modesta y tierna. El sol enciende el cielo, por sobre el monte oscuro. Corre ancho y claro el Yaque.

Me llevan, aún en traje de camino, al "Centro de Recreo", a la sociedad de los jóvenes. Rogué que desistiesen de la fiesta pública y ceremoniosa con que me querían recibir; y la casa está como de gala, pero íntima y sencilla. La buena juventud aguarda, repartida por las mesas. El gentío se agolpa a las puertas. El estante está lleno de libros nuevos. Me recibe la charanga, con

un vals del país, fácil y como velado, a piano y flauta, con güiro y pande-reta. Los "mamarrachos" entran, y su música con ellos: las máscaras, que salen aquí de noche, cuando ya anda cerca el carnaval: sale la tarasca, tra-gándose muchachos, con los gigantones. El gigante iba de guantes, y Má-ximo, el niño de Ramírez, de dos y medio, dice que "el gigante trae la corbata en las manos".

En el centro fue mucha y amable la conversación: de los libros nuevos del país —del cuarto libre de leer, que quisiera yo que abriese la sociedad, para los muchachos pobres—, de los maestros ambulantes, los maestros de la gente del campo, que en un artículo ideé, hace muchos años, y puso por ley, con aplauso y arraigo, el gobierno dominicano, cuando José Joaquín Pérez, en la presidencia de Billini. Hablamos de la poquedad, y renovación regional, del pensamiento español: de la belleza y fuerza de las obras loca-les: del libro en que se pudieran pintar las costumbres, y juntar las leyen-das, de Santiago, trabajadora y épica. Hablamos de las casas nuevas de la ciudad, y de su construcción apropiada, de aire y luz.

Oigo este cantar:

*El soldado que no bebe
Y no sabe enamorar,
¿Qué se puede esperar de él
Si lo mandan avanzar?*

16 de febrero

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en aquella campiña floreciente, corsada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña: el mango estaba en flor, y el naranjo maduro, y una palma caída, con la mucha raíz de hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el seibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real. El tabaco se sale por una cerca, y a un arroyo se asoman caimitos y guanábano-s. De autoridad y fe se va llenando el pecho. La conversación es templada y cariñosa. En un ventorro nos apeamos, a tomar el *cafecito*, y un *amargo*. Rodeado de oyentes está, en un tronco, un haitiano viejo y harapiento, de ojos grises fogosos, un lío mísero a los pies, y las sandalias desflecadas. Le converso, a chorro, en un francés que lo aturde, y él me mira, entre fosco y burlón. Calló, el peregrino, que con su canturria dislocada tenía absorto al gentío. Se le ríe la gente: ¿conque otro habla, y más aprisa que el santo, la lengua del santo? "¡Mírenlo, y él que estaba aquí como Dios en un plata-nal!" "Como la yuca éramos nosotros, y él era como el guayo." Carga el lío el viejo, y echa a andar, comiéndose los labios: a andar, al santo cerro.

De las paredes de la casa está muy oronda la ventorrillera, por los muñecos deformes que el hijo les ha puesto, con pintura colorada. Yo, en un rincón, le dibujo, al respaldo de una carta inútil, dos cabezas, que mira él codicioso. Está preso el marido de la casa: *es un político*.

15 de febrero

Soñé que, de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz, y estrella de llamas, la lanza bruñida. Del alma perezosa, no se saca fuego. Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre. Luego, ya al mediodía, estaba yo sentado, junto a Manuelico, a una sombra del batey. Pilaban arroz, a la puerta de la casa, la mujer y una ayuda: y un gallo pica los granos que saltan. "Ese gallo, cuidao, que no le dejen comer arroz, que lo afloja mucho." Es gallero Manuelico, y tiene muchos, amarrados a estacas, a la sombra o al sol. Los "solean" para que "sepan de calor", para que "no se ahoguen en la pelea", para que "se maduren": "ya sabiendo de calor, aunque corra no le hace". "Yo no afamo ningún gallo, por bueno que sea: el día que está de buenas, cualquier gallo es bueno. El que no es bueno, ni con carne de vaca. Mucha fuerza que da al gallo la carne de vaca. El agua que se les da es leche; y el maíz, bien majado. El mejor cuidado del gallo, es ponerlo a *juchar*, y que esté donde escarbe; y así no hay gallo que se tulla." Va Manuelico a mudar la estaca a un giro, y el gallo se le encara, erizado el cuello, y le pide pelea. De la casa traen café, con anís y nuez moscada.

18 de febrero

Y vamos conversando, de la miel de limón, que es el zumo muy hervido, que cura las úlceras tenaces; del modo moro, que en Cuba no se conoció, de estancarse la herida con puñados de tierra; de la guacaica, que es pájaro gustoso, que vive de gusanos, y da un caldo que mueve al apetito; de la miel de abeja, "mejor que el azúcar, que fue hecha para el café". "El que quiera alimento para un día, exprima un panal que ya tenga pichones, de modo que salga toda la leche del panal, con los pichones revueltos en la miel. Es vida para un día, y cura de excesos." "A Carlos Manuel le vi yo hacer una vez, a Carlos Manuel de Céspedes, una cosa que fue de mucho hombre: coger un panal vivo es cosa fácil, porque las avispas son de olfato fino y con pasarse la mano por la cuenca del brazo sudorosa, ya la avispa se aquieta, del despego al olor acre, y deja que la muden, sin salir a picar. Me las quise dar de brujo, en el cuarto de Carlos Manuel, ofreciéndome a manejar el panal; y él me salió al paso: 'Vea, amigo: si esto se hace así'. Pero parece que la medicina no pareció bastante poderosa a las avispas, y vi que dos se le cla-

varon en la mano, y él, con las dos prendidas, sacó el panal hasta la puerta, sin hablar de dolor, y sin que nadie más que yo le conociera las punzadas de la mano."

18 de febrero

A casa de Don Jesús vamos a la cena, la casa donde vi la espada de taza del tiempo de Colón, y la azada vieja, que hallaron en las minas, la casa de las mocetonas que regañé porque no sembraban flores, cuando tenían tierra de luz y manos de mujer, y largas horas de ocio. De burdas las acusó aquel día un viajero, y de que no tenían alma de flor. Y ahora ¿qué vemos? Sabían de nuestra vuelta, y Joaquina, que rebosa de sus dieciocho años, sale al umbral, con su *túbano* encendido entre dos dedos, y la cabeza cubierta de flores: por la frente le cae un clavel, y una rosa le asoma por la oreja: sobre el cerquillo tiene un moño de jazmines: de geranios tiene un mazo a la nuca, y de la flor morada del guayacán. La hermana está a su lado, con un penacho de rosas amarillas en la cabellera cogida como tiesto, y bajo la fina ceja los dos ojos verdes. Nos apeamos, y se ve la mesa, en un codo de la sala, ahogada de flores: en vasos y tazas, en botellas y fuentes; y a lo alto, como orlando un santo, en dos pomos de aceitunas, dos lenguas de vaca, de un verde espeso y largo, con cortes acá y allá, y en cada uno un geranio.

19 de febrero

De Ceferina Chaves habla todo el mundo en la comarca: suya es la casa graciosa, de batey ancho y jardín, y caserón a la trasera, donde en fina sillería recibe a los viajeros de alcurnia, y les da a beber, por mano de su hija, el vino dulce: ella compra a buen precio lo que la comarca da, y vende con ventaja, y tiene a las hijas en colegios finos, a que vengan luego a vivir, como ella, en la salud del campo, en la casa que señorea, con sus lujos y hospitalidad, la pálida región: de Ceferina, por todo el contorno, es la fama y el poder. Nos paramos a una cerca, y viene de lo lejos de su conuco, por entre sus hombres que le cogen el tabaco. A la cerca se acoda, con unas hojas en la mano seca y elegante, y habla con idea y soltura, y como si el campo libre fuera salón, y ella la dueña natural de él. El marido, se enseña poco, o anda en quehaceres suyos: Ceferina, que monta con guantes y prendas cuando va de pueblo, es quien de ama propia, y a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa, a tenderse al buniatal, a cuajarse el tabaco, a engordar el cerdo. Casará la hija con letrado; pero no abandonará el trabajo productivo, ni el orgullo de él. El sillón, junto al pilón. En la sala porcelanas, y al conuco por las mañanas. "Al pobre, algo se ha de dejar, y el divi-divi de mis tierras, que los pobres se lo lleven." Su conversación, de natural autoridad, fluye y chispea. La hija suave, con el dedal calzado, viene a darnos vino fresco: sonríe ingenua, y habla altiva, de injusticias o esperanzas: me da a hurtadillas el retrato de su madre que le pido: la madre está diciendo, en una mecida del sillón: "Es preciso ver si sembramos hombres buenos".

1.º de marzo

Salimos de Dajabón, del triste Dajabón, último pueblo dominicano, que guarda por el norte la frontera. Allí tengo a Montesinos, el canario volcánico, guanche aún por la armazón y rebeldía, que desde que lo pusieron en presidio, cuando estaba yo, ni favor ni calor acepta de mano española. Allí vive "Toño" Calderón, de gran fama de guapo, que cuando pasé la primera vez en su tiempo de Comandante de armas, me hizo apear, a las pocas palabras, del arrenquín en que ya me iba a Montecristi, y me dio su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, "el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer": "Toño" de ojos grises, amenazantes y misteriosos, de sonrisa insegura y ansiosa, de paso velado y cabellos lacios y revueltos. Allí trabaja, como a nado y sin rumbo, el cubano Salcedo, médico sin diploma —"mediquín, como decimos en Cuba"—, azorado en su soledad moral; azotado, en su tenacidad inútil; vencido, con su alma suave, en estos rincones, de charlatán y puño: la vida, como los niños, maltrata a quien la teme, y respeta y obedece a quien se le encara: Salcedo, sin queja ni lisonja —porque me oye decir que vengo con los pantalones deshechos—, me trae los mejores suyos, de dril fino azul, con un remiendo honroso: me deslía con su mano, largamente, una dosis de antipirina: y al abrazarme, se pega a mi corazón. Allí, entre Pancho y Adolfo —Adolfo, el hijo leal de Montesinos, que acompaña a su padre en el trabajo humilde—, me envuelven capa y calzones en un maletín improvisado, me ponen para el camino el ron que se beberá la compañía, y pan puro, y un buen vino, áspero y sano, del Piamente: y dos cocos. A caballo, en la silla de Montesinos, sobre el potro que él alquiló a un "compadre" del general Corona. "Ya el general está aquí, que es ya amigo", "por la mira que nos hemos echado": panamá ancho, flus de dril, quitasol con puño de hueso: buen trigüeño, de bigote y patillas guajiras. A caballo, al primer pueblo haitiano, que se ve de Dajabón, a Ouanaminthe.

Se pasa el río Massacre, y la tierra florece. Allá las casas caídas, y un patio u otro, y el suelo seco, o un golpe de árboles, que rodea al fuerte de Bel Air, de donde partió, cuando la independencia, el disparo que fue a tapan la boca del cañón de Haití: y acá, en la orilla negra, todo es mango en seguida, y guanábana y anón, y palma y plátano, y gente que va y viene: en un sombrío, con su montón de bestias, hablan, al pie mismo del vado, haitianos y dominicanos: llegan bajando, en buenas monturas, los de Ouanaminthe, y otro de más lejos y un chalán del Cabo: sube, envuelta en un lienzo que le ciñe el tronco redondo, una moza quinceña: el lienzo le coge el seno, por debajo de los brazos y no baja del muslo: de la cabeza, menuda y crespuda, le salen, por la nuca, dos moños: va cantando. "Bon jour, comère". "Bon jour, compère": es una vieja descalza, de túnico negro, muy cogido a la cintura, que va detrás del burro, con su sombrero quitasol. Es una mocetona, de andar cazador, con la bata morada de cola, los pechos breves y altos, la manta negra por los hombros, y a la cabeza el pañolón blanco

de puntas. Ya las casas no son de palma y yagua, leprosas y polvosas; sino que es limpio el batey, lleno de árboles frutales, y con cerca buena, y las casas son de embarrado sin color, de su pardo natural, grato a los ojos, con el techo de paja, ya negruzca de seca, y las puertas y ventanas de tabla cepillada, con fallebas sólidas, o pintadas de amarillo, con borde ancho de blanco a las ventanas y puertas. Los soldados pasan, en el ejercicio de la tarde, bajos y larguirutos, enteros y rotos, azules y desteñidos, con sandalias o con botines, el kepis a la nariz, y la bayoneta calada: marchan y ríen: un cenagal los desbanda, y rehacen la hilera alborotosos. Los altos uniformes ven desde el balcón. El cónsul dominicano pone el visto bueno al pasaporte, "para continuar, debiendo presentarse a la autoridad local" —y me da una copa de vino de garnacha—. Corona llega caracoleando: quitaipón de fieltro, y de la cachucha consular: salimos con el oro de la tarde.

2 de marzo

Duerme mal, el espíritu despierto. El sueño es culpa, mientras falta algo por hacer. Es una deserción. Hojeo libros viejos: *Origines des Découvertes attribuées aux Modernes*, de Dutens, en Londres, en 1776, cuando a los franceses picaba la fama de Franklin, y Dutens dice que "una persona fidedigna le ha asegurado que se halló recientemente una medalla latina, con la inscripción *Jupiter Elicius*, o Eléctrico, representando a Júpiter en lo alto, rayo en mano, y abajo un hombre que empuja una cometa, por cuya manera se puede electrizar una nube, y sacar fuego de ella"; a lo que pudiese yo juntar lo que me dijo en Belize la mujer de Le Plongeon, del que se quiso llevar de Yucatán las ruinas de los mayas, donde se ve, en una de las piedras pintadas de un friso, a un hombre sentado, de cuya boca india sale un rayo, y otro hombre frente a él, a quien da el rayo en la boca. Otro libro es un Goethe en francés. En Goethe, y mucho más lejos, en la antología griega —y en la poesía oceánica, como los pantunes—, se encuentran los ritornelos, refranes y estrambotes que tiene la gente novelera, y de cultura de alfiler, como cosa muy contemporánea: la profecía y censura de las minimeces de hoy y huecas elegancias, se encuentran, enteras, en los versos sobre *Un chino en Roma*.

2 de marzo

En un crucero, con el río a la bajada, está de un lado, donde se abre la vía, un Cristo de madera, bajo dosel de zinc, un Cristo francés, fino y rosado, en su cruz verde, y la cerca de alambre. Enfrente, entre las ruinas desdentadas de una ancha casa de ladrillo, hay un rancho embarrado, y un centinela a la puerta, de sombrero azul, que me presenta el arma. Y el oficial saluda. Me entro por una enramada, a rociar el agua con ron de anís del ventorrillo, y nadie tiene cambio para un peso. Pues ¿dejaré el peso, porque he hecho gasto aquí? *Pas ça, pas ça mosié*. No me quieren el peso. Reparto saludos.

Bon blanc! Bon blanc! A las ocho me llamó hermano Nephtalí en Fort Liberté: a las cinco, costeando la concha de la bahía, entro, por la arena salina, en Cabo Haitiano. Echo pie a tierra delante de la puerta generosa de Ulpiano Dellundé.¹

La fiesta está en el sol, que luce como más claro y tranquilo, dorándolo todo de un oro como de naranja, con los trajes planchados y vistosos, y el gentío sentado a las puertas, o bebiendo refrescos, o ajeno o anisado, en las mesas limpias, al sombrío de los árboles, o apiñado bajo un guanábano, donde oye el coro de carcajadas a un vejancón que tienta de amores a una vieja, y los mozos, de dril blanco, echan el brazo por la cintura a las mozas de bata morada. Una madre me trae, al pie del caballo, su mulatico risueño, con camisolín de lino y cintas, el gorro rosado y los zapatos de estambre blanco y amarillo. Y los ojos me comen, y luego se echa a reír, mientras se lo acaricio y se lo beso. Vuelvo riendas, sobre la tienda azul, a que el potro repose unos minutos, y a tender sobre una mesa mi queso y mi empanada, con la cerveza que no bebo. Con el bastón en alto perora un ochentón, de listado fino y botines de botonadura. La esposa, bella y triste, me mira, como súplica y cuento, medio escondida al marco de una puerta; y juega con su hija, distraída. El amo, de espaldas, me cubre con los ojos redondos desde su sillón, de botín y saco negro, y reloj bueno de plata, y la conversación pesada y espantadiza. Con los libros de la iglesia, y los cabos del pañuelo a la nuca, entra la amiga, hablando buen francés. De un ojeo copio la sala, embarrada de verde, con la cenefa de blando amarillo, y una lista rosada por el borde. El aire mueve en las ventanas, las cortinas. Adiós. Sonríe el amo, solícito a mi estribo.

2 de marzo

Vadeé un riachuelo, que al otro lado tiene un jabillal, de fronda alta y clara, por donde cae, arrasando hojas y quebrando ramos, la jabilla madura que revienta. Me detengo a remendar las amarras de mi capote, que son de cordel rabón, a poco de andar, a la salida del río, junto a un campesino dominguero, que va muy abotinado en su burro ágil, con la pipa a los labios barbudos, y el cabo del machete saliéndole por la rotura del saco de dril blanco. De un salto se apea, a servirme. *Ab, compère! ne vous dérangez pas. Pas ça, pas ça, l'ami. En chemin, garçon aide garçon. Tous sommes haïtiens ici.* Y muerde, y desdobra, y sujeta los cordeles; y seguimos hablando de su casa y de su mujer y de los tres hijos con que *Dieu m'a favorisé*, y del bien que el hombre siente cuando da con almas amigas, que el extraño de pronto le parece cosa suya, y se le queda en el alma recio y hondo, como una raíz. *Ab, oui!*, con el *oui* haitiano, halado y profundo: *Quand vous parlez de chez un ami, vous parlez de chez Dieu.*

¹ Al margen de la página del original que comienza en el párrafo siguiente hay una nota del propio Martí, entre paréntesis, que dice:

(Aquí sigue la nota del 2 de marzo, interrumpida, sobre *Petit Trou*, después de la de Nephtalí, en Fort Liberté.)

2 de marzo

Por los fangales, que eran muchos, creí haber perdido el camino. El sol tuesta, y el potro se hala por el lodo espeso. De la selva, a un lado y otro, cae la alta sombra. Por entre un claro veo una casa, y la llamo. Despacio asoma una abuela, y la moza luego con el niño en brazos, y luego un muchachón, con calzones apenas, un harapo por sombrero, y al aire la camisa azul. Es el camino. Dieciséis años tiene la madre traviesa. Por dejarles una pequeñez en pago de su bondad les pido un poco de agua, que el muchachón me trae. Y al ir a darle unas monedas, *Non: argent non; petit livre, oui*. Por el bolsillo de mi saco asomaba un libro, el segundo prontuario científico de Paul Bert. De barro y paja, en un montón de maíz, es la *habitation de Mamenette, chemin du Cap*. Alrededor, fango, y selva sola. Sobre la cerca pobre empinaba los ojos luminosos Auguste Etienne.

2 de marzo

Ouanaminthe, el animado pueblo fronterizo, está alegre, porque es sábado, y de tarde. Otra vez lo vi, cuando mi primera entrada en Santo Domingo: me traía de prisa, en lo negro de la tormenta, el mozo haitiano que me fue hablando de su casita nueva, y el matrimonio que iba a hacer con su enamorada, y de que iba a poner cortinas blancas en las dos ventanas de la sala: y yo le ofrecí las cintas. Sin ver, de la mucha agua, y de la oscuridad del anochecer, entramos aquella vez en Ouanaminthe con los caballos escurridos, yo a la lluvia, y mi mozo bajo el quitasol de Dellundé. A la guardia fuimos, buscando al Comandante de armas, para que refrendase los pasaportes. Y eso fue cuanto entonces vi de Ouanaminthe: el cuarto de guardia, ahumado y fangoso, con teas por luz, metidas en las grietas de la pared, un fusil viejo cruzado a la puerta, hombres mugrientos y descalzos que entraban y salían, dando fumadas en el tabaco único del centinela, y la silla rota que por especial favor me dieron, cercada de oyentes. Hablaban el criollo del campo, que no es el de la ciudad, más fácil y francés, sino crudo, y con los nombres indios o africanos. Les dije de guerra y de nuestra guerra, e iba cayendo la desconfianza, y encendiéndose el cariño. Y al fin exclamó uno esta frase tristísima: *Ab! gardez ça: blanc, soldat aussi!* El cuarto de guardia vi, y al comandante luego, en una casa de amigas, con pobre lámpara en la mesa de pino, ellas sentadas, de pañuelo a la cabeza, en sillones mancos, y él, flaco y cortés. Así pasé entonces.

Esta vez, la plaza está de ejercicios, y los edecanes corretean por frente a las filas, en sus caballos blancos o amarillos, con la levita de charreteras y el tricornio, que en el jefe lleva pluma. Pasan, caracoleando, los caballos que vienen a la venta. En casas grandes se ve sillería de Viena. La iglesia es casi pomposa, en tal villorrio, con su recia mampostería, y sus torres cuadradas. Hay sus casas de alto, con su balcón de colgadizo, menudo y alegre. Es el primer caserío haitiano, y ya hay vida y fe. Se sale del poblado saludando al cónsul dominicano en Fort Liberté, un brioso mulato, de traje azul y som-

brero de panamá, que guía bien el caballo blanco, sentado en su montura de charol. Y pasan recuas, y contrabandistas. Cuando los aranceles son injustos, o rencorosa la ley fronteriza, el contrabando es el derecho de insurrección. En el contrabandista se ve al valiente, que se arriesga; al astuto, que engaña al poderoso; al rebelde, en quien los demás se ven y admiran. El contrabando viene a ser amado y defendido, como la verdadera justicia. Pasa un haitiano, que va a Dajabón a vender su café: un dominicano se le cruza, que viene a Haití a vender su tabaco de mascar, su afamado andullo: "Saludo". "Saludo."

2 de marzo

Corona, "el general Corona", va hablándome al lado. "Es cosa muy grande, según Corona, la amistad de los hombres." Y con su "dimpués" y su "inorancia" va pintando en párrafos frondosos y floridos el consuelo y fuerza que para el corazón "sofocado de tanta malinidad y alevosía como hai en este mundo" es el saber que "en un conuco de por ahí está un eimano poi quien uno puede dai la vida". "Puede Uté decir que, a la edad que tengo, yo he peleado más de ochenta peleas." El quiere "decencia en el hombre", y que el que piense de un modo no se dé por dinero, ni se rinda por miedo, "a quien le quiere prohibir ei pensar". "Yo ni Comandante de aimas quiero ser, ni inteiventor, ni ná de lo que quieren que yo sea, poique eso me lo ofrece ei gobierno poique me ve probe, pa precuraimi mi deshonor, o pa que me entre temó de su venganza, de que no le aceite ei empleo." "Pero yo voy viviendo, con mi honradé y con mi caña." Y me cuenta los partidos del país; y cómo salió a cobrar, con dos amigos, la muerte de su padre al partido que se lo mató; y cómo con unos pocos, porque falló el resto, defendió la fortaleza de Santiago, "el reducto de San Luis", cuando se alzó con él, contra Lili, Filo Patiño "que aorita etá de empleado dei gobierno". "Poi ete hombre o poi ei otro no me levanto yo, sino de la ira muy grande y de la desazón que me da e vei que los hombres de baiba tamaña obedecen o siven a la tiranía." "Cuando yo veo injusticia, las dos manos me bailan, y me le voi andando ai rifle, y ya no quiero má cuchillo ni tenedor." "Poi que yo de aita política no sé mucho, pero a mí acá en mi sentimiento me parece sabé que política e como un debé de dinidá." "Poique yo, o todo, o nada." "Trece hijos tengo, amigo, pero no de la misma mujei; poique eso sí tengo yo, que cuando miro asina, y veo que voi a tener que etai en un lugai má de un me o do, ensegua me buco mi mejó comodidá"; y luego, a la despedida, "ella ve que no tiene remedio, y la deajo con su casita y con aignos cuaitos: poique a mi mujei legítima poi nada de ete mundo le deberé faitai." A ella vuelve siempre, ella le guardó la hacienda cuando su destierro, le pagó las deudas, le ayuda en todos sus trabajos, y "que ella tiene mi mesma dinidá, y si yo tengo que echame a la mala vida a pasai trabajo, yo sé que mis hijitos quedan detrás mui bien guardaos, y que esa mujé no me tiene a mal que yo me conduca como un hombre". De pronto, ya caída la noche, pasa huida, arrastrando el aparejo, que queda roto entre dos troncos, una

mula de la recua de Corona. El se va con sus dos hombres a buscar la mula por el monte, en lo que pasará la noche entera. Yo me buscaré un guía haitiano en aquella casita del alto donde se ve luz. Yo tengo que llegar esta noche a Fort Liberté. Corona vuelve, penoso por mí. "Vd. no va a jallá ei hombre que buca." Les habla él, y no van. Lo hallé.

2 de marzo

Mi pobre negro haitiano va delante de mí. Es un cincuentón zancudo, de bigote y pera, y el sombrero deshecho, y el retazo de camisa colgándole del codo, y por la espalda un fusil de chispa, y la larga bayoneta. Se echa a trancos por el camino, y yo, a criollo y francés, le pago sus dos *gourdes*, que son el peso de Haití, y le ofrezco que no le haré pasar de la entrada del pueblo, que es lo que teme él, porque la ordenanza de la patrulla es poner preso al que entre al poblado después del oscurecer: *Mosié blanc pringarle: li metté mosié prison*. De cada rama me va avisando. A cada charco o tropiezo vuelve la cara atrás. Me sujeta una rama, para que no dé contra ella. La noche está velada, con luz de luna a trechos, y mi potro es saltón y espan-tadizo. En un claro, al salir, le enseño al hombre mi revólver Colt, que reluce a la luna: y él, muy de pronto, y como chupándose la voz, dice: ¡*Bon, papá!*

2 de febrero ¹

Ya después de las diez entro en Fort Liberté, solo. De lejos venía oyendo la retreta, los ladridos, el rumor confuso. De la casa cerrada de una Felicia-na, que me habla por la pared y no tiene alojamiento, voy buscando la casa de Nephtalí, que lo puede tener. Ante el listón de luz que sale de la puerta a medio cerrar recula y se me sienta mi caballo. "¿Es acá Nephtalí?" Oigo ruido, y una moza se acerca a la puerta. Hablamos, y entra ...*Bien sellé, bien bridé: pas commun...* Eso dicen, adentro, de mí. Sí puedo entrar; y la moza, con su medio español, va a abrirme la puerta del patio. En la oscuridad desensillo mi caballo, y lo amarro a una higuera. La gallera está llena de hamacas, donde duerme gente que vino de sábado a gallear. Y adentro "de caridad" ¿habrá dónde duerma, y qué coma, un pasajero respetuoso? Me viene a hablar, en camiseta y calzones negros, un mocete blancucho, de barbija, bigotín y bubones, que habla un francés castizo y pretencioso. En la mesa empolvada revuelvo libros viejos: textos descuadernados, catálogos, una Biblia, periódicos masones. Del cuarto de al lado salen risas —y la moza luego, la hija de la casa, a arreglar hacia el medio las sillas de Viena—, y luego sale el colchón: que echo yo por tierra, y las sillas a un lado. ¿De allá adentro, quien me ha dado su colchón? Por la puerta asoma una cabeza negra, un muchachón que ríe en camisola de dormir. De cena, dulce de

¹ Equivocación de Martí: febrero por marzo.

maní, y casabe: y el vino piamontés que me puso Montesinos en la cañonera, y parto con la hija, segura y sonriente. El castizo se fue en buena hora. *Le chemin est voiturable*: el camino a Fort Liberté: *Oh, monsieur: l'aristocratie est toujours bien reçue!*: y que no hay que esperar nada de Haití, y que hay mucha superstición, y que "todavía" no ha estado en Europa y que si "las señoras de al lado quieren que las vaya a ayudar". Le acaricio la mano fina a la buena muchacha, y duermo tendido, bajo el techo amable. A las seis, está en pie Nephtalí a mi cabecera: bienvenido sea el huésped: el huésped no ha molestado: perdónelo el huésped porque no estaba anoche a su llegada. Todo él sonríe, con su dril limpio, y sus patillas de chuleta: van saliendo en la plática nombres conocidos: Montesinos, Montecristi, Jiménez. No me pregunta quién me envía. Para mí es el almuerzo oloroso, que el mocetín, muy encorbatado, se sienta a gustar conmigo: y Nephtalí y la hija me sirven: el almuerzo es buen queso, y pan suave, del horno de la casa, y empanadillas de honor, de la harina más leve, con gran huevo: el café es oro, y la mejor leche. "Madame Nephtalí" se deja ver, alta y galana, con su libro de misa, de mantón y sombrero, y me la presenta con ceremonia Nephtalí. En el patio, baña el sol los rosales, y entran y salen a la panadería, con tableros de masa, y la gallera está como una joya, de limpia y barrida, y Nephtalí dice al castizo que "superstición en Haití, hay y no hay: y que el que la quiere ver la ve, y el que no, no da nunca con ella, y él, que es haitiano, ha visto en Haití poca superstición". Y ¿en qué se ocupa *monsieur* Lespinnasse, el castizo, amigo de un músico de bailes que lo viene a ver? ¡Ah!, escribe uno u otro artículo en *L'Investigateur: on est journaliste: l'aristocratie n'a pas d'avenir dans ce pays-ci*. Para el camino me pone Nephtalí del queso bueno, y empanadilla y panetela. Y cuando me llevo al buen hombre a un rincón, y le pregunto temeroso lo que le debo, me ase por los dos brazos, y me mira con reproche: *Comment, frère? On ne parle pas d'argent, avec un frère*. Y me tuvo el estribo, y con sus amigos me siguió a pie, a ponerme en la calzada.

3 de marzo

Como un cestón de sol era Petit Trou aquel domingo. A vagos grupos, planchados y lucientes, veía el gentío de la plaza los ejercicios de la tropa.

3 de marzo

Hallo, en un montón de libros olvidados bajo una consola, uno que yo no conocía: *Les Mères Chretiennes des Contemporains Illustres*. Lo hojeo, y le descubro el espíritu: con la maña de la biografía es un libro escrito por el autor de *L'Academie Française au XIX^{me} Siècle*, para fomentar, dándola como virtud suprema y creatriz, la devoción práctica en los casos: la confesión, el "buen cura", el "santo abad", el rezo. Y el libro es rico, de página mayor, con los cantos dorados, y la cubierta roja y oro. El índice, más que del libro, lo es de la sociedad, ya hueca, que se acaba: "Las altas esferas de

la sociedad". — "El mundo de las letras". — "El clero". — "Las carreras liberales". Carrera: el cauce abierto y fácil, la gran tentación, la satisfacción de las necesidades sin el esfuerzo original que desata y desenvuelve al hombre, y lo cría, por el respeto a los que padecen y producen como él, en la igualdad única duradera, porque es una forma de la arrogancia y el egoísmo, que asegura a los pueblos la paz sólo asequible cuando la suma de desigualdades llegue al límite mínimo en que las impone y retiene necesariamente la misma naturaleza humana. Es inútil, y generalmente dañino, el hombre que goza del bienestar de que no ha sido creador: es sostén de la injusticia, o tímido amigo de la razón, el hombre que en el uso inmerecido de una suma de comodidad y placer que no está en relación con su esfuerzo y servicio individuales, pierde el hábito de crear, y el respeto a los que crean. Las carreras, como aún se las entiende, son odioso, y pernicioso, residuo de la trama de complicidades con que, desviada por los intereses propios de su primitiva y justa potencia unificadora, se mantuvo, y mantiene aún, la sociedad autoritaria: sociedad autoritaria es, por supuesto, aquella basada en el concepto, sincero o fingido, de la desigualdad humana, en la que se exige el cumplimiento de los deberes sociales a aquellos a quienes se niegan los derechos, en beneficio principal del poder y placer de los que se los niegan: mero resto del estado bárbaro. Lo del índice de "Las Madres Cristianas": "Las altas esferas de la sociedad". — "El mundo de las letras". — "El Clero". — "Las carreras liberales".

Por donde dice "Madame Moore" abro el libro. Madame Moore, la madre de Tomás Moore, a cuya "Betsy" admiro, leal y leve; y siempre fiel, y madre verdadera, a su esposo danzarín y vano. Como muy santa madre da el libro a la de Moore, y lo de ella lo prueba por la vida del hijo. Pero no dice lo que es: que por donde el hijo cristiano comenzó, fue por la traducción picante y feliz de las odas de Anacreonte. De Margarita Bosco habla mucho, que es madre del cardenal, que recuerda mucho la del cura mimado de *La Regenta*, de Alas, aquel cura sanguíneo a quien la madre astuta le ponía la cama y la mesa. Conocí yo a un hijo del príncipe Bosco: el padre había sido amante de la reina de Nápoles, de la última reina: el hijo había sido en Texas capitán de la milicia montada, y en Brooklyn era domador de caballos. Una madre es "Madame Río" de A. del Río, "el ilustre autor de *L'Art Chrétien*". Otra "Madame Pie", la del obispo de Poitiers. "Madame Osmond" es otra, la del conde que escribió *Reliques et Impressions*. Otra es la madre de Ozanam, el católico elocuente y activo. Y otra la de Gerando, aquel cuyas metafísicas leía atento Michelet, cuando vestía frac y zapatos de hebilla, y daba clase de historia a las princesas.

3 de marzo

Me voy a pelar, a la mísera barbería de Martínez, en la calle de la Playa: él reluce de limpio, chiquitín y picante, en la barbería empapelada a retazos, con otros de mugre, y cromos viejos: y en techo muy alto, de listones de lienzo, seis rosas de papel. "¿Y Vd., Martínez, será hombre casado?" "Hom-

bre como yo, ambulante, no puede casar." "¿Y dónde aprendió su español?" "En San Thomas: yo era de San Thomas, santomeño." "¿Y ya no lo es Vd.?" "No, ahora soy haitiano. Soy hijo de danés, no vale de nada: soy hijo de inglés, no vale de nada: soy hijo de español, peor: España es la más mala nación que hay en el mundo. Para hombre de color, nada vale de nada." "¿Conque no quiere ser español?" "Ni cubano quiero yo ser, ni puertorriqueño, ni español. Si era blanco español inteligente, sí, porque le doy la gobernación de Puerto Rico, con \$500 mensuales: si era hijo de Puerto Rico, no. Lo peor del mundo español." A la pordiosera que llega a la puerta: "Todavía no he ganado el primer cobre".

4 de marzo

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el mar está cantando. El patrón se endereza, y oye erguido, con una mano a la tabla y otra al corazón: el timonel, deja el timón a medio ir: "Bonito eso": "Eso es lo más bonito que yo haya oído en este mundo": "Dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito". Y luego se echa a reír: que los *vaudous*, los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es: que hoy es día de baile *vaudou*, en el fondo de la mar, y ya lo sabrán a hora los hombres de la tierra: que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora —más de una hora—. La lancha piafa y se hunde, rumbo a Montecristi.

6 de marzo

¡Ah, el eterno barbero, con el sombrero de paja echado a la nuca, los rizos perfumados a la frente, y las pantuflas con estrellas y rosas! En la barbería no hay más que dos espejos, de marco de madera, con la repisa de pomos vacíos, un cepillo mugriento, y pomadas viejas. A la pared está un mostruario de panamás de cinta fina, libros descuadernados, y papelería revuelta. En medio del salón, de grandes manchas de agua, está la silla donde el pinche empolva al que se alza de afeitarse. "Mira, muchacho de los billetes: ven acá." "Cómprale un billete: dale un peso."

6 de marzo

Oigo un ruido, en la calle llena del sol del domingo, un ruido de ola, y me parece saber lo que es. ¡Es! Es el fustán almidonado de una negra que pasa triunfante, quemando con los ojos, con su bata limpia de calicó morado

y oscuro, y la manta por los hombros. La haitiana tiene piernas de ciervo. El talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y cadenciosa.

29 de marzo

De sobremesa se habló de animales: de los caos negros, y capaces de hablar, que se beben la leche; de cómo se salva el ratón de las pulgas, y se relame el rabo que hundió en la manteca; del sapo, que se come las avispas; del murciélago, que se come al cocuyo, y no la luz. Un cao bribón veía que la conuquera ordeñaba las vacas por las mañanas, y ponía la leche en botellas: y él, con su pico duro, se sorbía la primer leche, y cuando había secado el cuello, echaba en la botella piedrecitas, para que la leche subiera. El ratón entra al agua con una mota de algodón entre los dientes, adonde las pulgas por no ahogarse vuelan; y cuando ya ve la mota bien negra de pulgas, la suelta el ratón. El sapo hunde la mano en la miel del panal, y luego, muy sentado, pone la mano dulce al aire, a que la avispa golosa venga a ella: y el sapo se la traga. El murciélago trinca al cocuyo en el aire y le deja caer al suelo la cabeza luminosa.

29 de marzo

Venimos de la playa, de ver haces de campeche y mangle espeso: venimos por entre la tuna y el aroma. Y un descalzo viene cantando desde lejos, con voz rajada y larga, una trova que no se oye, y luego ésta:

*Te quisiera retratar
En una concha de naclé
Para cuando no te vea
Alzar la concha, y mirarte.*

30 de marzo

César Salas, que dejó ir su gente rica a Cuba, para no volver más que "como debe volver un buen cubano", es hombre de crear, sembrador e industrial, con mano para el machete y el pincel, e igual capacidad para el sacrificio, el trabajo y el arte. De las cuevas de San Lorenzo, allá en Samaná, viene ahora; y cuenta las cuevas. La mayor es como la muestra de las muchas que por allí hay, con el techo y las paredes de pedrería destilada, que a veces cuelga por tierra como encaje fino, y otras exprime, gota a gota, "un agua que se va cuajando en piedra". Es grande el frescor, y el piso de huano blanco y fino, que en la boca no desagrada, y se disuelve. La galería, de trecho en trecho, al codear, cría bóveda, y allí, a un mismo rumbo, hay dos caras de figuras pintadas en la pared, a poco más de altura de hombre, que

son como redondeles imperfectos, donde está de centro un rostro grande humano sobre el vértice de un triángulo, crestado a todo el borde, con dos rostros menores a los lados, y a todo el rededor dibujos jeroglíficos de homúnculos con la azada en una mano, o sin ella; de caballo o muña; de gallina —la conquista acaso, y las minas bárbaras, ofrecidas a la religión del país, en los altares de las cuevas de asilo—. Allí ha hallado César Salas caracoles innúmeros, de que debió vivir la indiada; y hachas grandes de sílex, de garganta o de asta. Los caracoles hacen monte a las aberturas. Por cuatro bocas se entra a la cueva. Por una, espumante y resonante, entra el mar. De una boca, por entre bejucos, se sube al claro verde.

1.º de abril

A paso de ansia, clavándonos de espinas, cruzábamos, a la media noche oscura, la marisma y la arena. A codazos rompemos la malla del cambrón. El arenal, calvo a trechos, se cubre a manchones del árbol punzante. Da luz como de sudario, al cielo sin estrellas, la arena desnuda: y es negror lo verde. Del mar se oye la ola, que se exhala en la playa; y se huele la sal. De pronto, de los últimos cambroneros, se sale a la orilla, espumante y velada —y como revuelta y cogida— con ráfagas húmedas. De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña, de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano. El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza.

3 de abril

La ingratitud es un pozo sin fondo, y como la poca agua, que aviva los incendios, es la generosidad con que se intenta corregirla. No hay para un hombre peor injuria que la virtud que él no posee. El ignorante pretencioso es como el cobarde, que para disimular su miedo da voces en la sombra. La indulgencia es la señal más segura de la superioridad. La autoridad ejercitada sin causa ni objeto denuncia en quien la prodiga falta de autoridad verdadera.

3 de abril

Pasan volando por lo alto del cielo, como grandes cruces, los flamencos de alas negras y pechos rosados. Van en filas, a espacios iguales uno de otro, y las filas apartadas hacia atrás. De timón va una hilera corta. La escuadra avanza ondeando.

3 de abril

En el medio de la mar, recuerdo estos versos:

*Un rosal cría una rosa
Y una maceta un clavel
Y un padre cría a una hija
Sin saber para quién es.*

4 de abril

En la goleta "Brothers", tendido en cubierta, veo, al abrirse la luz, el rincón de Inagua, de árbol erizado, saliendo, verdoso, de entre sus ruinas y salinas. Rosadas como flamencos, y de carmín negruzco, son las nubes que se alzan, por el cielo perlado, de las pocas casas. Me echo a la playa, a sujetar bribones, a domarlos, a traerles a la mano el sombrero triunfador. Lo logro. En las idas y las venidas, ojeo el pueblo: mansiones desiertas y descabezadas, muros roídos del abandono y del fuego, casas blancas de ventanas verdes, arbolejos de púas, y florales venenosos. No tiene compradores la mucha sal de la isla; yace el ferrocarril; quien tuvo barcos los vende; crece penosa la industria del henequén; el salón de leer tiene quince socios, a real mensual; el comerciante de más brillo es tierno amigo de un patrón contrabandista; el capitán del puerto —ventrudo mozo— es noble de alma, y por tanto cortés, y viste de dril blanco: el sol salino ciega. Contra una pared rota duerme una pila de guayacancillo, el "leño de la vida", que "arde como una antorcha", con su corazón duro: dos burros peludos halan de un carro, mal lleno de palos de rosa, rajados y torcidos: junto a un pilar hay un saco de papas del país: de una tienda, mísera, sale deshecha una vieja blanca, de espejuelos, pamea y delantal, a ofrecernos pan, anzuelos, huevos, gallina, hilo: la negraza, de vientre a la nariz, y los pendientes de coral al hombro, dice, echada en el mostrador de su tienda vacía, que "su casa de recibir no es allí", donde tres hombres escaldados reposan un instante, secándose el sudor sangriento, en los cajones que hacen de sillas: y por poder sentarse, compran a la tendera, de dientes y ojos de marfil, todo el pan y los dulces de la casa: tres chelines: ella cubre de sus anchas sonrisas el suelo. Pasa Hopkins, cuarentón de tronco inglés y tez de cobre, vendiendo "su gran corazón", su "pecho valiente, que sirve por dos pechos", los botines rastrosos, que se saca de los pies, un gabán roto. El irá "a todas partes, si le pagan", porque "él es un padre de familias, que tiene dos mujeres": él es "un alma leal": él se cose a los marineros, y les va envenenando la voluntad, para que no acepten el oficio que no se quiso poner en él: revende un pollo, que le trae de las patas un policía de casco de corcho, patillas de chuleta y casimir azul de bocas rojas. Pasa el guadalupeño, de torso color de chocolate, y la cana rizada de sus setenta y cuatro años: lleva al aire los pechos y los pies, y el sombrero es de penca: ni bebió ni fumó, ni amó más que en casa, ni necesita espejuelos para leer de noche: es albañil, y contratista, y pescador. Pasa, con su caña macaca de puño neoyorquino, el patrón contrabandista, de

sortija recia al anular, y en la cabeza de respeto el panamá caro. Pasa el patrón blandilocuo, de lengua patriarcal y hechos de zorro, el que a la muerte del hijo "no lloró el dolor, sino que lo sudó": y rinde, balbuceando, el dinero que robaba. Pero él es "un caballero, y conoce a los caballeros": y me regala, sombrero en mano, una caneca de ginebra.

5 de abril

El vapor carguero, más allá de la mar cerúlea de la playa, vacía su madera de Mobila en la balsa que le flota al costado, de popa a proa, en el oleaje turquí. Descuelgan la madera, y los trabajadores la halan y la cantan. Puja el vapor al sesgo por arrimar la balsa a la orilla: y los botes remolcadores se la llevan, con los negros arriba en hilera, halando y cantando.

5 de abril

David, de las islas Turcas, se nos apegó desde la arrancada de Montecristi. A medias palabras nos dijo que nos entendía, y sin espera de paga mayor, ni tratos de ella, ni mimos nuestros, él iba creciéndose con la fuga de los demás; y era la goleta él solo, con sus calzones en tiras, los pies roídos, el levitón que le colgaba por sobre las carnes, el yarey con las alas al cielo. Cocinaba él el "locrío", de tocino y arroz; o el "sancocho", de pollo y pocas viandas; o el pescado blanco, el buen "*mutton-fish*", con salsa de mantequilla y naranja agria: él traía y llevaba, a "gudilla" pura —a remo por timón— el único bote: él nos tendía de almohada, en la miseria de la cubierta, su levitón, su chaquetón, el saco que le era almohada y colcha a él: él, ágil y enjuto, ya estaba al alba bruñendo los calderos. Jamás pidió, y se daba todo. El cuello fino, y airoso, le sujetaba la cabeza seca: le reían los ojos, sinceros y grandes: se le abrían los pómulos, decidores y fuertes: por los cabos de la boca, desdentada y leve, le crecían dos rizos de bigote: en la nariz, franca y chata, le jugaba la luz. Al decirnos adiós se le hundió el rostro, y el pecho, y se echó de bruces, llorando, contra la vela atada a la botavara. David, de las islas Turcas.

6 de abril

Es de pilares, de buena caoba, la litera del capitán del vapor, el vapor carguero alemán, que nos lleva al Cabo Haitiano. La litera cubre las gavetas, llenas de mapas. En la repisa del escritorio, entre gaceteros y navegadores, está Goethe todo, y una novela de Gaudy. Preside la litera el retrato de la mujer, cándida y huesuda. A un rincón, la panoplia es de una escopeta de

caza, dos puñales, un pistolín perrero, y dos pares de esposas, "que uso para los marineros algunas veces". Y junto hay un cuadro, bordado de estambre, "del estambre de mi mujer", que dice, en letras góticas:

*In allen Stürmen,
In aller Noth,
Mög er dich beschirmen
Der treue Gott.*

7 de abril

Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domingo del Cabo. El café fue "caliente, fuerte y claro". El sol es leve y fresco. Chacharea y pelea el mercado vecino. De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guilbaud, el poeta grande y pulido de *Patrie*, y el grito de una frutera que vende "caïmite!". Suenan, lejanos, tambores y trompetas. En las piedras de la calle, que la lluvia desencajó ayer, tropiezan los caballos menudos. Oigo *le bon Dieu*, y un bastón que se va apoyando en la acera. Un viejo elocuente predica religión, en el cruce de las calles, a las esquinas vacías. Le oigo: "Es preciso desterrar de este fuerte país negro a esos mercaderes de la divinidad salvaje que exigen a los pobres campesinos, como el ángel a Abraham, el sacrificio de sus hijos a cambio del favor de Dios: el gobierno de este país negro, de mujeres trabajadoras y de hombres vírgenes, no debe matar a la infeliz mujer que mató ayer a su hija, como Abraham iba a matar a Isaac, sino acabar, con el rayo de la luz, al *papa-boco*, al sacerdote falso que se les entra en el corazón con el prestigio de la medicina y el poder sagrado de la lengua de los padres'. Hasta que la civilización no aprenda criollo, y hable en criollo, no civilizará". Y el viejo sigue hablando, en soberbio francés, y puntúa el discurso con los bastonazos que da sobre las piedras. Ya lo escuchan: un tambor, dos muchachos que ríen, un mocete de corbata rosada, pantalón de perla, y bastón de puño de marfil. Por las persianas le veo al viejo el traje pardo, aflautado y untoso. A los pies le corre, callada, el agua turbia. La vadea de un salto, con finos botines, una mulata cincuenta y seca, de manteleta, y sombrero, y libro de horas y sombrilla: escarban, sus ojos verdes. Del libro a que vuelvo, en mi mesa de escribir, caen al suelo dos tarjetas, cogidas por un lazo blanco: la mínima, de ella, dice "Mlle. Elise Etienne, Cap Haitien": la de él, la grande, dice: "Mr. Edmond Féreere: Francés". Es domingo de Ramos.

8 de abril

Por el poder de *resistencia* del indio se calcula cuál puede ser su poder de *originalidad*, y por tanto de *iniciación*, en cuanto lo encariñen, lo muevan a fe justa, y emancipen y deshielen su naturaleza. Leo sobre indios.

Del flaco Moctezuma acababa de leer, y de la inutilidad de la timidez y de la intriga. Con mucho amor leí de Cacama, y de Cuitláhuac, que a cada-
veres heroicos le tupían los cañones a Cortés. Leí con ira de la infame o in-
fortunada Tecuichpo, que con Cuauhtémoc en la piragua real defendió el
águila, y a pecho de pluma se echó sobre el arcabuz, y luego —la que había
dormido bajo los besos indios del mártir— se acostó a dormir, de mujer de
español, en la cama de Alonso de Grado, y de Pedro Callejo, y de Juan
Cano. El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda.
Habla todo en mí, lo que no quiero hablar, ni de patria, ni de mujer. A la
patria ¡más que palabras! De mujer, o alabanza, o silencio. La vileza de
nuestra mujer nos duele más, y humilla más, y punza más, que la de nuestro
hombre. Entra Tom a mi cuarto escondido. Tom, el negro leal de San Tho-
mas, que con el siglo a espaldas sirve y ama a la casa de Dellundé. Con un
doble de papel en que pido libros, para escoger, a la librería de la esquina,
la librería haitiana, le doy un billete de dos pesos, a que lo guarde en rehes,
mientras escojo. Y el librero, el caballero negro de Haití, me manda
los libros, y los dos pesos.

EPISTOLARIO

(Selección)

A ROSARIO DE LA PEÑA

[México, 1875]

ROSARIO:

Decía yo anoche la verdad. Tristeza como sombras me anonadan a veces y me envuelven. Y tienen estas pequeñeces tan real grandeza, y crezco yo en ellas tanto y me muevo yo tan bien, que —aunque yo no soy más que una perenne angustia de mí mismo— todavía tengo una extraña sonrisa para mis locos dolores, y pensamientos de cariño para estas invencibles tristezas que me envuelven.

Parece que debía yo contestar a Vd. ahora sus letras de Vd. De tal manera estoy yo ahora envuelto en pena, que, aun creyéndolo yo verdad, sería mentira cuanto dijese a Vd. de esto. Una vez más ha querido Vd. contener su corazón enfrente de mí; más me hubiera dicho Vd. que lo que en sus letras me dice; pero yo sí que las amo como son, y las amo más cada vez que las veo, y pocas y cortas, todavía perdono a Vd. a despecho de mi exigente voluntad, y en esas letras pudorosas o calculadamente frías, gozo y leo y amo al fin.

Amo en las letras que Vd. escribe. Esto podría llegar a ser principio de toda una plenitud en el amor.

Amar en mí —y vierto aquí toda la creencia de mi espíritu— es cosa tan vigorosa, y tan absoluta, y tan extraterrena, y tan hermosa, y tan alta, que en cuanto en la tierra estrechísima se mueve no ha hallado en donde ponerse entero todavía. Probablemente —amarguísimo dolor— se habrá ido de la tierra sin completarse y sin ponerse. Angustia esto, de sentirse vivísimo y repleto de ternuras y de delicadezas inmortales, y de gemir horas enteras, sin que mi alma me permita el derecho de exhalar gemidos, en esta atmósfera tibia, en esta pequeñez insoportable, en esta igualdad monótona, en esta vida medida, en este vacío de mis amores que sobre el cuerpo me pesa, y que a él lo abrumba, y a mí dentro de él me sofoca perennemente y me oprime. Enfermedad de vivir: de esta enfermedad se murió Acuña.

Rosario, despiérteme Vd., no como a él, disculpable en alteza de alma, pero débil al fin e indigna de mí. Porque vivir es carga, por eso vivo; porque vivir es sufrimiento, por eso vivo: vivo, porque yo he de ser más fuerte que todo obstáculo y todo valor.

Pero despiérteme Vd. a la agitación, a la exaltación, a las actividades, a las esperanzas, a todo cuanto pudiera hacerme posible la excusa y el olvido de la vida.

No hay inmodestia en las supremas angustias de mi espíritu. Rosario, vivo en ellas, y cuando yo hubiera vencido todas las miserias que me agobian, sufriría yo mucho, Rosario, sufriría yo siempre de estos mis nobles dolores de no hallar vida y de vivir.

Esfuércese Vd.; vézame. Yo necesito encontrar ante mi alma una explicación, un deseo; un motivo justo, una disculpa noble de mi vida.

De cuantas vi, nadie más que Vd. podría. Y hace cuatro o seis días que tengo frío.

José Martí

A SU HERMANA AMELIA

[Nueva York, 1880]

TENGO DELANTE de mí, mi hermosa Amelia, como una joya rara y de luz blanda y pura, tu cariñosa carta. Ahí está tu alma serena, sin mancha, sin locas impacencias. Ahí está tu espíritu tierno, que rebosa de ti como la esencia de las primeras flores de mayo. Por eso quiero yo que te guardes de vientos violentos y traidores, y te escondas en ti a verlos pasar: que como las aves de rapiña por los aires, andan los vientos por la tierra en busca de la esencia de las flores. Toda la felicidad de la vida, Amelia, está en no confundir el ansia de amor que se siente a tus años con ese amor soberano, hondo y dominador que no florece en el alma sino después del largo examen, deteniéndose conocimiento, y fiel y prolongada compañía de la criatura en quien el amor ha de ponerse. Hay en nuestra tierra una desastrosa costumbre de confundir la simpatía amorosa con el cariño decisivo e incambiable que lleva a un matrimonio que no se rompe, ni en las tierras donde esto se puede, sino rompiendo el corazón de los amantes desunidos. Y en vez de ponerse el hombre y la mujer que se sienten acercados por una simpatía agradable, nacida a veces de la prisa que tiene el alma en flor por darse al viento, y no de que otro nos inspire amor, sino del deseo que tenemos nosotros de sentirlo —en vez de ponerse doncel y doncella como a prueba, confesándose su mutua simpatía y distinguiéndola del amor que ha de ser cosa distinta, y viene luego, y a veces no nace, ni tiene ocasión de nacer, sino después del matrimonio, se obligan las dos criaturas desconocidas a un afecto que no puede haber brotado sino de conocerse íntimamente—. Empiezan las relaciones de amor en nuestra tierra por donde debieran terminar. Una mujer de alma severa e inteligencia justa debe distinguir entre el placer íntimo y vivo,

que semeja el amor sin serlo, sentido al ver a un hombre que es en apariencia digno de ser estimado —y ese otro amor definitivo y grandioso, que, como es el apegamiento inefable de un espíritu a otro, no puede nacer sino de la seguridad de que el espíritu al que el nuestro se une tiene derecho, por su fidelidad, por su hermosura, por su delicadeza, a esta consagración tierna y valerosa que ha de durar toda la vida—. Ve que yo soy un excelente médico de almas, y te juro, por la cabecita de mi hijo, que eso que te digo es un código de ventura, y que quien olvide mi código no será venturoso. He visto mucho en lo hondo de los demás, y mucho en lo hondo de mí mismo. Aprovecha mis lecciones. No creas, mi hermosa Amelia, en que los cariños que se pintan en las novelas vulgares, y apenas hay novela que no lo sea, por escritores que escriben novelas porque no son capaces de escribir cosas más altas, copian realmente la vida, ni son ley de ella. Una mujer joven que ve escrito que el amor de todas las heroínas de sus libros, o el de sus amigas que los han leído como ella, empieza a modo de relámpago, con un poder devastador y eléctrico, supone, cuando siente la primera dulce simpatía amorosa, que le tocó su vez en el juego humano, y que su afecto ha de tener las mismas formas, rapidez e intensidad de esos afectillos de libretos, escritos —créemelo Amelia— por gentes incapaces de poner remedio a las tremendas amarguras que origina su modo convencional e irreflexivo de describir pasiones que no existen, o existen de una manera diferente de aquella con que las describen. ¿Tú ves un árbol? ¿Tú ves cuánto tarda en colgar la naranja dorada, o la granada roja, de la rama gruesa? Pues, ahondando en la vida, se ve que todo sigue el mismo proceso. El amor, como el árbol, ha de pasar de semilla a arbolillo, a flor, y a fruto. Cuéntame Amelia mía, cuanto pase en tu alma. Y dime de todos los lobos que pasen a tu puerta; y de todos los vientos que anden en busca de perfume. Y ayúdame de mí para ser venturosa, que yo no puedo ser feliz, pero sé la manera de hacer feliz a los otros.

No creas que aquí acabo mi carta. Es que hacía tiempo que quería decirte eso, y he empezado por decírtelo. De mí, te hablaré otro jueves. En éste sólo he de decirte que ando como piloto de mí mismo, haciendo frente a todos los vientos de la vida, y sacando a flote un noble y hermoso barco, tan trabajado ya de viajar, que va haciendo Agua. —A papá que te explique esto que él es un valeroso marino—. Tú no sabes, Amelia mía, toda la veneración y respeto ternísimo que merece nuestro padre. Allí donde lo ves, lleno de vejez y caprichos, es un hombre de una virtud extraordinaria. Ahora que vivo, ahora sé todo el valor de su energía y todos los raros y excelsos méritos de su naturaleza pura y franca. Piensa en lo que te digo. No se paren en detalles, hechos para ojos pequeños. Ese anciano es una magnífica figura. Endúlcentle la vida. Sonrían de sus vejez. El nunca ha sido viejo para amar.

Ahora, adiós de veras.

Escríbeme sin tasa y sin estudio, que yo no soy tu censor, ni tu examinador, sino tu hermano. Un pliego de letra desordenada y renglones mal hechos, donde yo sienta palpitar tu corazón y te oiga hablar sin reparos ni miedos —me parecerá más bella que una carta esmerada, escrita con el temor

de parecerme mal—. Ve: el cariño es la más correcta y elocuente de todas las gramáticas. Di ¡ternura! y ya eres una mujer elocuentísima.

Nadie te ha dado nunca mejor abrazo que éste que te mando.

¡Que no tarde el tuyo!

Tu hermano

J. Martí

A MANUEL MERCADO

1

N.Y. 11 de agosto. [1882]

MI HERMANO QUERIDÍSIMO:

Va para años que no ve U. letra mía: y, sin embargo, no tiene mi alma compañero más activo, ni confidente más amado que U. Todo se lo consulto, y no hago cosa ni escribo palabra sin pensar en si le sería agradable si la viese. Y cuente de veras con que si algo mío creyera yo que habría de desagradar a U., no lo haría de fijo. Pero no se me ocurre nada, ni pongo en planta nada, que no vaya seguro, si obra de actividad, de su aplauso; si pecado, porque soy pecador, por humano, de su indulgencia. Este comercio me es dulce. Este agradecimiento de mi alma a U. que me la quiere, me es sabroso. Su casa es un hogar para mi espíritu. Todos los días me siento a su mesa, sin ocurrírseme que U. puede estar, por mi silencio aparente, enojado conmigo; ni que me recibiría U. fríamente. Y me parece que tengo derecho a U. —por el que doy a U. constante y crecientemente sobre mí—. No es que me acuerde de U. en marcada hora del día. Es que sé que U. consolaría mis tristezas, si las viera de cerca, y aún siento que las consuela con su afecto lejano: y es debilidad humana, o acaso fortaleza, pensar en lo que redime del dolor al punto en que el dolor se sufre. Por eso estoy pensando constantemente en Ud., como viajero fatigado en puerto, y desterrado en patria, y amante de dama que le engaña en aquella que no le engañó cuando él la amaba. Alguna vez he de decir en verso todas estas cosas, porque en verso están bien, y son verso ellas mismas. Ahora no —porque estoy lleno de penas, y todo iría empapado de lágrimas—. Y yo tengo odio a las obras que entristecen y acobardan. Fortalecer y agrandar vías es la faena del que escribe, Jeremías se quejó tan bien, que no valen quejas después de las suyas. Por eso no escribo —ni a mi madre, ni a Ud., ni para mí mismo—, porque pensar en las penas quita fuerza para sufrirlas, y ni podría escribirle sin contárselas, porque me parecería deslealtad, ni escribirle para contárselas, por aborrecimiento a querellas femeniles, o por miedo de que mis pesares creciesen, con hablarle de ellos. Y a más, porque desde hace dos años tengo un favor que pedirle, que no le voy a pedir ahora porque si fuese a pedirselo no le escribiría, y como el caso me era útil y aun urgente, y como sin querer, le hablaba de él en las cartas que le escribía, me ha parecido mal reempezar a escribirle con ocasión de necesidad mía, y he dejado

sin enviar, y están ahora ante mí, cuantas cartas le he escrito. En una le hacía cuenta de mi vida de estos años, y le explicaba por qué razón de prudencia social no había ido a refugiarme en México, mi tierra carísima: en otra le pedía consejo sobre una clase de versos rebeldes y extraños que suelo hacer ahora, no por propósito de mente, sino porque así, sueltos y encabritados —y ¡quiera Dios que tan airosos! — como los caballos del desierto, me salen del alma —y en todas vaciaba en Ud. el alma entera. Su espíritu sereno por todas partes me fortifica y acompaña—.

Otra le escribí, que tampoco fue, cuando me sacaron el *Ismaelillo* de las manos, y lo pusieron en prensa. En mi estante tengo amontonada hace meses toda la edición —porque como la vida no me ha dado hasta ahora ocasión suficiente para mostrar que soy poeta en actos, tengo miedo de que por ir mis versos a ser conocidos antes que mis acciones, vayan las gentes a creer que sólo soy, como tantos otros, poeta en versos—. Y porque estoy todo avergonzado de mi libro, y aunque vi todo eso que él cuenta en el aire, me parece ahora cantos mancos de aprendiz de musa, y en cada letra veo una culpa. Con lo que verá Ud. que no escondo el libro por modestia, sino por soberbia.

Y en todas esas cartas iban filiales iras mías por la avaricia sórdida, artera, temible y visible con que este pueblo mira a México: ¡cuántas veces, por no parecer intruso o que quería ganar fama fácil, he dejado la pluma ardiente que me vibraba como lanza de pelea en la mano!

Pero ahora supe, por carta del fidelísimo Heberto, que Ocaranza ha muerto. Salió a los labios, en versos que le envió, todo el amor dormido en mi alma. Mi hermana, y U., y su casa, y su tierra llenan esos versos en que no se habla de ellos. Y ¡es tan raro ya que yo los haga! Estos no los hice yo, sino que vinieron hechos. Que padecí, no he de decírselo; me pareció que me robaban algo mío, y me revolví contra el ladrón. Ya no vive tan buena criatura, que amó lo que yo amo: me queda al menos el consuelo de honrarlo. Yo no me doy cuenta de si valen algo, o nada valen, y son desborde monstruoso de la fantasía, y no construcción sana, los versos que le mando. Como los escribí, interrumpiendo un trabajo premioso que me llevaba ya ocupado, y con él el cerebro inflamado, días y noches —en el punto mismo en que recibí la carta de Heberto—, se los envió. Si le parecen bien, publíquelos. Si no, agradézcame el amor con que los hice, y regáñeme por mi obra ruin. ¡Cuánta bondad y grandeza se llevó el que ha muerto! ¡Qué recado tan bello acerca de U. me mandó con mi amigo Bonalde! ¡Con qué triste ternura miro ahora aquel bosquejo suyo del bosque de Chapultepec, que ha ido paseando por unas y otras tierras mi fidelidad, y el mérito del más original, atrevido y elegante de los pintores mexicanos! ¿Qué habrá sido, Mercado, de aquel bosquejo de cuerpo entero de mi hermosa Ana que una vez vi en su cuarto? ¿A qué manos irá a dar si no es a las de U., en que sea tan bien estimado como en las mías? Dígame qué es del cuadro, y si podría yo tenerlo. ¡Qué regalo para mis ojos si pudiera yo ver constantemente ante ellos aquella esbelta y amante figura! Me parecería que entraba en posesión de gran riqueza.

Ya va apresuradamente dicho en mi mesa de empleado de comercio

—que es profesión nueva en que entro, por no dar en la vil de desterrado sin ocupación, y ayudar a la amarga de cultivador de letras españolas—, lo que de más importancia tenía hoy que decirle. A Lola, que aún me acaricia el perfume de aquellas florecitas de San Juan que me enviaba su mano piadosa a mi cuarto de enfermo. A Manuel, que es de seguro un niño hidalgo, un abrazo apretado. Y a la gentil Luisa y a sus hermanitas, un beso en la mano. A Ud. toda el alma de su hermano

J. Martí

¿A qué decirle que hable de mí a Peón y a Sánchez Solís y a cuantos no me hayan olvidado?

Mi dirección:

J. M.
324 Classon Av.
Brooklyn
L. I.

2

MI HERMANO QUERIDO:

Escribo a U. mientras espero a Pablo Macedo, que me ha prometido pasar a verme un instante antes de irse.

Tengo ocupado el espíritu, como un niño que jugase con un rayo de sol, con ciertos pensamientos de resurrección; de que Pablo Macedo tiene la culpa. A él le ha ocurrido espontáneamente la idea de ponerme en camino de empezar una serie de publicaciones útiles americanas, cosa en que pienso desde hace muchos años con la insistencia de quien madura lo que le es natural, y objeto único grato de mi vida, perdida como tengo la esperanza de ser por ahora, y por siempre acaso, útil a mi patria. Estoy regocijadísimo con esta idea, no sólo porque con la alegría que me trae, y la nobleza de la ocupación, me salvaría lo poco que me queda de salud y de espíritu, sino porque como sin que yo lo haya buscado se me viene a la mano lo que por tantos años preparo y tanto deseo, deduzco que es natural y posible que suceda, y ya lo doy por hecho, y a mí por sacado de la inactividad y la tristeza que me comen. Porque trabajar, con la hiel al cuello, entre hombres que parecen pezuñas, por el mero pan del día, sin una mano de amigo, sin un retazo de Alameda, sin nadie en quien verterse ni hacer bien, hasta indigno de hombre es, y cosa que me tiene medio muerto y avergonzado. Luego, me llena de contento poder reunir en un mismo quehacer la labor y el gran gusto de ser útil. Tengo muy meditado lo que ha de hacerse en este género de empresas, y con poco que me ayuden la fortuna y los amigos de la educación en México, dentro de poco tendré establecida una noble y extensa empresa americana, en que vaciaré todo lo que tengo de previsor en el juicio y de amante en el alma: y ayudaré a hacer los hombres conforme a los tiempos. México, sobre todo, habrá de aprovecharlo, porque, fuera de

las manos de editores rapaces, podrá esparcir periódicamente libros vivos y útiles, que funden carácter y preparen a la faena práctica, a muy bajo precio. En fin ¿no le dije ya que estoy con este pensamiento como un niño que juega en la cuna con un rayo de luz?

Y luego, ¡si U. me viera el alma!, ¡si U. me viera cómo me ha quedado de cocada y de desmenuzada, en mi choque incesante con las gentes, que en esta tierra se endurecen y corrompen, de modo que todo pudor y entereza, como que ya no lo tienen, les parecen un crimen! A Ud. puedo decírselo, que me cree: muchas penas tengo en mi vida, muchas, tantas que ya para mí no hay posibilidad de cura completa; pero esta pena es la que acentúa las demás, y la mayor de todas. Ya estoy, mire que así me siento, como una cierva acorralada por los cazadores en el último hueco de la caverna. Si no caen sobre mi alma algún gran quehacer que me la ocupe y redima, y alguna gran lluvia de amor, yo me veo por dentro, y sé que muero.

Ahora, a otra cosa, también egoísta. Hace ya como un año que le hablé de ella, de un modo general, pero esta vez, ha de ir de veras. De tal manera tengo hoy dispuestos mis quehaceres, tiempo y obligaciones, que me es absolutamente imprescindible, si no me quiere ver en una agonía que mi carácter hace mayor, crearme una pequeña ayuda mensual de \$50, a cambio, naturalmente, de un trabajo que valga mucho más. Esto sí se lo indiqué yo a Pablo Macedo; y en la forma práctica en que lo propongo, lo creyó él muy hacedero, como yo lo creo también sinceramente. Ya U. sabe que yo tengo la mano muy hecha a escribir sobre cosas de este país para diarios de afuera; que en la América del Sur me han hecho casi popular, en cinco años de esta labor, mis estudios y análisis sobre las cosas de esta tierra, y su carácter, elementos y tendencias; y que con tan buena fortuna he andado en esto que, no sólo he puesto en su lugar ciertas aficiones excesivas que en nuestros países se sienten por éste, sin entrar jamás en denuncias ni censuras concretas, sino que —y esto me halaga más— mis simples correspondencias me han atraído el cariño y la comunicación espontánea de los hombres de mente más alta y mejor corazón en la América que habla castellano. México necesita irremisiblemente un origen de información constante y sereno sobre los elementos, acontecimientos y tendencias de los E. Unidos. Es incomprendible que no lo tenga ya; y el periódico que lo inaugure, responderá a una necesidad práctica y generalmente sentida, y ganará fama de útil y prudente, más los provechos que recibe el que da al público lo que el público desea.

Pues ese servicio, bien en cuatro correspondencias al mes, bien en dos, que permitirían acaso estudiar mejor los problemas, es el que propongo hacer, por \$50 oro americano al mes. Firmemente creo que los repondría en interés y en utilidad al periódico que los pague. "La Nación" de Montevideo, me paga \$25 por cada correspondencia. "La Opinión Nacional" hasta que me pareció bien separarme de ella, me pagaba \$100 por dos. Pero para México, sobre tener más gusto en escribir y en volver a mi público, tengo en cuenta el estado actual de las finanzas, y el deseo de hacer el plan posible. Excusado es advertirle, pues me conoce, que allá irán cuartillas sin reparo, ni relación con el sueldo. Macedo me habla de dos diarios en que yo

mismo había pensado antes de verlo. “El Partido Liberal” en el que me sería muy grato escribir, por andar en él, según entiendo, Villada a quien quiero, y D. Manuel Romero Rubio, que me sirvió una vez de prudente evitafrascas, y “El Nacional” que parece también emprendedor. Nada más le digo. De mí para U. le confieso que con esto me salva, aunque no lo parezca, de verdadera angustia; y me atrevo a urgirle con empeño a que me ayude, como Pablo Macedo de acuerdo con U. me ofrece —porque lo que ofrezco es mercancía útil y superior por su importancia, salvo en cuanto tendría mí—, a lo que pido por ella. Pónganse, pues, mis dos amigos el sombrero, y no vuelvan a casa sin dejarme el alma contenta.

No me regañe por haberle hablado tanto de mí. ¡Cuando la oveja bala, el lobo anda cerca! Esto de los periódicos es aparte de los libros, y cabe dentro de ellos, y sin ellos. Lo de los libros es la cosa magna, y hoy, de pensarlo hacedero, he cantado y me he puesto a arreglar mis papeles. Déme un estribo para echar a andar otra vez sobre la vida: porque el que nació conmigo, se me lo han comido.

Bese a Lola la mano, y salude a Don Manuel e hijos menores. Quiérame bien, y ayúdeme. Pablo Macedo me deja el alma acariciada. Con estos planes, pronto podría ir a verle: allá me iría a ver nacer el año nuevo.

Su hermano

J. Martí

Marzo 22 [1886]

Pablo Macedo me escribe a última hora que ya no le queda tiempo para verme, y pongo en el correo esta carta que iba a llevarle él.

Un ruego: ¿por qué no me deja leer, que aquí no puedo hallarlo, el “Romancero” de Guillermo Prieto?

A ENRIQUE ESTRAZULAS

1

[Junio o julio de 1888]

MI SEÑOR:

¿Qué es? Pasan semanas, y ni una carta, ni un periódico siquiera que me traiga mi nombre escrito de su mano. Yo vivo sin día ni noche, dando por escritas las cartas que pienso, y muy creído de que el aire le ha de llevar mis mejores cariños, que son los que no pongo en el papel, y otras veces estoy muy escribidor, y me pondría a ensayar prosas en usted; ¿pero con qué cara le mando prosa mía a quien me escatima tanto la suya? Vd. tiene Parises y damas ajenas: yo no tengo más que mi conciencia, las cartas de usted y otro amigo de México a quien quiero, la de mi madre, y los garabatos que una vez al mes me manda mi hijo: Quise hacerlo y pudo venir; pero Carmen no lo deseó; para arrancarme así como mandato la orden de que venga,

que no le he de dar, porque el hacerlo por voluntad propia es la condición natural de lo que se estima sacrificio. Nunca me regañe porque le escriba poco. Llevo en mí un león preso que me hace pedazos las plumas. ¡Pero usted, mi señor, con el arte en casa, y arte por dondequiera que va, y arte en sí, sin más penas que las de la superioridad y la imaginación ¿no tiene la rodilla libre una hora al día para decirme, entre una seta y un taponazo, que acordarse de un amigo es tan grato como recibir un beso? O es que anda de calavera, y le da pena decírmelo. Para que se vea obligado a acusarme recibo le mando aquí papelitos azules. El Consulado sigue mohíno: a lo más, dos barcos al mes, uno de Norton y otro de petróleo, y flojo el de Norton: de afuera, algún check de Pensacola o de Portland, no más de dos al mes. En Jacksonville hay peste. Hice a los cónsules de Pensacola y Savannah las prevenciones usuales, por si se extiende a sus puertos la fiebre amarilla. En New York ha habido un caso aislado, y fue desdicha que cayese en hombre tan útil y feliz como el astrónomo Proctor, que murió en dos días. En Filadelfia ha habido otro, a pesar de las precauciones de la Sanidad en Jacksonville, que son muchas, y la mejor la de no dejar salir a nadie sino después de días de fumigaciones y espera en los "campamentos de refugio". Aquí nadie tiene miedo, con los fríos que ya corren.

Yo vine ayer de Bath Beach, que ya sabe que está de Coney Island poco más lejos que Sheepshead Bay. Pero tanta gente extraña afluyó a la casa, so pretexto de enfermedad o de parentesco con Carmita, que la agorafobia se me enconó, y he vivido sin gusto para admirar a mis anchas los árboles. Y crea conmigo que he de morir pronto, puesto que el año pasado pude tener por fin un Webster, y este año me convidó Philippon a ir a Catskill, del sábado al lunes. Vd. hubiera bufado, y con razón; ¡treinta y dos horas de viaje, y de noche y en vapor, por ocho horas de hotel, con un poco de monte y de cascada de Kaaters Kill! Y me acordé más de Vd., porque también yo me sentí como preso entre aquellos picos. Está demasiado lejos la cumbre de los montes de la faena humana.

Creí, al ofrecerle en mi carta pasada que con ella iba *Ramona*, tener en Bath mismo, donde le escribía, el ejemplar de prueba de los pocos a que mandé poner pasta. Estaba en New York, y con una buena mancha de tinta. Hoy le va al fin. No le va a gustar, porque V. está ahora de casaca y barba de punta, y en el aire que huele a vinagre de tocador; la pobre *Ramona* va con los pies descalzos. Pero por Vd. he podido publicarla, y ella, como yo, es de usted. Me preparo a traducir *John Halifax, Gentleman*. ¡Y tener que pasar por estas horcas, y pasarme meses tendidos peinando libros ajenos! Pero ya verá como paro a lo mejor, en escribir uno que se pueda leer, y llevará su nombre al frente.

Yo no me canso, ni me quejo; y aunque tengo en el lado del corazón uno como encogimiento, y un dolor que no cesa un instante, jamás pienso en él, ni en cederle, y hago cuanto debo y puedo, sin esperanzas y temores. Eso sí, me hacen falta sus cartas.

Y no porque quiera, sino por no enojarme, acaba aquí, con un abrazo para la casa, su amigo

J. Martí

MI SEÑOR:

No quisiera tener que hablarle de nuestro pobre Don Jaime. Desde que le vi a V., sin que me viera, echar un día los ojos sobre él, sé como lo quiere: yo lo entendí y lo quise a V. más por eso. Pero yo quiero creer que la linda y chispeante criatura ha mejorado ya cuanto es posible. Para algo sirven esas penas, y es para sacarle a V. el oro del alma. ¿Sabe, gran perezoso, que lo que Vd. me dice de su hijo, con haber todo en una violeta, no lo hubieran dicho mejor Daudet ni de Amicis? ¡Vaya eso en castigo de las cosazas que me dice por mi dedicatoria! Para Sarmiento no puede ser. Se fue del mundo sin que le llegara noticia de mi agradecimiento. Pero contestarle sobre su estupenda celebración ¿no era parecer como que me creía merecedor de ella? Y entre vano e ingrato, preferí parecer ingrato, aunque no hay para mí cosa que haga más feo el mundo. No es verdad que las religiones se acaban, porque además de la constante y armoniosa que enseña la hermosura del mundo, siempre queda la de estas cosas dulces del alma. Le hablo de estas filosofías, para que no se me ande pensando en tristezas.

Los argentinos me han estado visitando estos días, y trayéndome diarios sobre Sarmiento, porque quiero decir algo sobre él en *El Economista*. Ahí le va el número de hoy, con un laudo a las damas de Montevideo. ¿Sabe que ando dándole vueltas a la idea, después de dieciocho años de meditarla, de publicar aquí una revista mensual, *El Mes*, o cosa así, toda escrita de mi mano, y completa en cada número, que venga a ser como la historia corriente, y resumen a la vez expedito y crítico, de todo lo culminante y esencial, en política alta, teatro, movimiento de pueblos, ciencias contemporáneas, libros, que pase acá y allá, y dondequiera que de veras viva el mundo? Si es, no será a la loca, sino con esperanza razonable de éxito. Ni al buen amigo Tejera me le hable de esto, porque sin querer pudieran salirme al camino con una idea semejante a ésta, aunque no con esta misma, los que tienen más dinero que yo, que no tengo más que el que saco a sudor puro de la noria, y el tanto más que me da la bondad de Vd., y con el cual endulzo algo las vidas ajenas, y me ayudo a comprar libros, publicar *Ramonas*, y seguir meditando en estas locuras.

Por no haber cambiado a tiempo el dinero no le escribí el viernes pasado; y éste le iba a mandar \$75; pero a la 1½ tuve que salir escapado a dar fe de vida en una función de Coquelin a beneficio de los cubanos que padecieron en el ciclón. En el Consulado quedó un secretario que me ha puesto *El Economista*. Un *chiche* de alma: ¡como que puedo delante de él, sin que me estorbe, hasta escribir versos! Pero créame, mi señor: muchas veces le doy vuelta al sillón, y busco en vano aquellos ojos sedientos y aquella barba negra.

¡Viera Vd. ahora el Consulado! Dos estantes de libros, una librería giratoria, libros en los rincones. A mi derecha, en una mesa pequeña, todo lo consular. ¡Y qué libros! Se los compro, real a real, a un anciano pelón que me ha tomado cariño, aunque me está dejando sin pelo. No se ría. La semana

pasada compré 33 tomos de Teatro francés, Beaumarchais, Diderot, hermosuras, en — ¡oh villanía! — en dos pesos y medio. Y hoy, por tres y medio, he comprado toda la Historia Parlamentaria de la Revolución, y en pasta fina. Y dígame ahora que no sé hacer negocios. Bien es que no hago más que darle al anciano lo que me pide. Y la cuenta de banco se está tiesa que tiesa, con sus vislumbres de crecer, para cuando estén en el granero los frutos de *Ramona*.

¡Que qué me ha parecido Coquelin! Un Pancracio exquisito, fuerte y ágil, con una máscara natural de extraordinario efecto y poder: la misma cara de un humorista de salones que aquí y en Inglaterra tiene justa fama, el jorobado Marshal Wilder. Para gozar de Daudet en toda su profundidad y perfume hay que oírle a Coquelin el "Subprefecto en el Campo". ¿Y la Hading? La ví en un juguete, imitado de la Dora de Tennyson, en Jean Marie de Theuriet. Vd. la ha visto. Es una cara dramática: los ojos húmedos; la nariz ancha y agitada; la boca blanda y fina; vasta y temible la cuenca del ojo: los pómulos, de voluntad; la barba, de elegancia; ni un átomo de carne inútil en el rostro; los músculos secos y recios, como en caballo de raza; y el rostro todo una desolación de amor, un pastel de La Tour. Estos son muchos perfiles para tercera hoja de carta.

Hasta el sábado, pues. ¿Qué me dice de pinturas, y no me manda algo? ¿De Martiño, y no me ha pescado un pedazo de cielo? Lo que yo quiero es que Jaime esté bien, y que Vd. no esté triste. Junte su casa, y eche a volar entre todos un beso, como recuerdo mío. Vd., mi señor, no se me ponga otoñal.

Nadie lo quiere más que su amigo

J. Martí

A RAFAEL SERRA

[Septiembre, 1890]

MI MUY querido Serra:

El criminal soy yo, que desde el viernes recibí una carta tan tierna y hermosa como la de Vd., y por el deseo de contestársela con un abrazo, he ido demorando la respuesta de hora en hora. Como siempre, Serra: los perros al pie, y sin día ni noche: ni un instante he tenido para decirle que es Vd., se lo digo hoy miércoles, uno de los oradores del 10 de octubre. No hay excusa. Quien es, es, y ha de cumplir con todas las obligaciones de lo que es. En diez minutos tiene Vd. tiempo para echar el alma afuera, a que se la vean fundadora y grande. Los años pasan, madurando, no envejeciendo: veamos a nuestro alrededor, cada año sabemos más, creemos más, perdonamos más, esperamos más que el año antes: se va haciendo la obra, segura e invisible: la casa se empieza a hacer desde que empieza a cuajarse la piedra en la montaña: y ¿quién osa temer algo de nosotros, que somos tan independientes como humanos, y tan viriles como discretos? Ese puede ser su

tema, o el que Vd. escoja, que siempre ha de sorprender por la entereza y la generosidad. A trabajar. Lo veré en *La Liga* mañana jueves. Lo de mi clase forzosa, porque doy clase de español de siete a nueve de la noche en una de las escuelas nocturnas, la de la calle 63 al Este, no quiere decir, ¡que ha de querer decir!, que no me quede corazón y voz para empezar, a las nueve y veinte o cosa así, nuestra charla de los jueves. Entreténgamelos, y que me perdonen la tardanza, que para entendernos y excusarnos vivimos los trabajadores.

Ahora, a lo del otro día. ¿Pero a qué toda esa pena, que me la dio de veras, cuando ni por las mientes me pasaban las ideas que Vd. me supone? Ni por las mientes. ¡Si apenas le sé hablar de esto! No sólo no me ofendió la famosa serie de preguntas del viaje de Anacarsis, sino que me dio gusto sincero, por la honradez y valentía que creí ver en el preguntador. Y téngame por burro; pero no caí en que era Vd. Ni quise caer, ni pensé por un solo instante en que fuera aquél o fuera éste. Lo que me dije fue esto: "he aquí un hombre que dice lo que piensa, y piensa como debe, porque esos temores son humanos y justos". Y yo lo leí con cariño, y con orgullo, porque era hombre como yo, preguntador sincero, y contesté con amor de hombre. ¿Adónde me notaron el embarazo y cómo no se me notó la complacencia y el contento? Déjese de estas penas, y conózcame de una vez. Pues aunque me hubiera hecho Vd. las preguntas con toda intención como creí que estaban hechas, mi deber no era el de enojarme como un pavo real porque le pisan la cola, o como un virtuoso de profesión, porque le ponen en duda la virtud; sino tratar imparcialmente, y con deseo de iluminar, el caso humano, el caso de estudio, que se me proponía. ¿Y por dónde hemos de empezar a estudiar, sino por nosotros mismos? Hay que meterse la mano por las entrañas, y mirar la sangre al sol: si no, no se adelanta. Muy bien hechas estuvieren las preguntas, y estarán todas las que se asemejen. Yo no quiero hombres castrados. Y cuidado con que le vuelvan a entrar esos miedos, que yo conozco bastante el dolor del mundo para ser indulgente con todas las formas, y aun injusticias de él; y en las cosas del alma soy como los médicos, que siguen curando al enfermo que les muerde la mano. Pues aun cuando muerda la mano ¿no es por enfermedad? La desconfianza, ¿no es una enfermedad, además de ser un deber? Y dudar yo de Vd., que es cien veces más generoso que yo, me sería más difícil que dudar de mí mismo. No dudo de mí mismo. Ni del sol tengo celos, porque ni él me gana en calor ni en limpieza. Soy pecador; pero no en mi manera de amar a los hombres. A preguntar, pues; y créame, por Dios, lo que le digo: no tuve gusto más grande que el de ver semejantes preguntas, útiles y viriles, sobre la mesa. No sentí pena alguna. No soñé en ofensas de nadie. ¿Qué levita se pondría Vd., Serra, que con estos ojos dolorosos míos no le viese yo debajo el verdadero corazón? En mis amigos de *La Liga* tengo orgullo y fe. Hombres estamos creando, y lo somos. Ya sé que en el mundo es una verdadera novedad; lo que ha de ser viejo para Vd. porque lo conoce de sobra, es el cariño profundo y entusiasta sin recelos ni reticencias, que le tiene por lo que valen su mente y su corazón, su

José Martí

A LA MADRE

[1892]

MADRE MÍA:

Todavía no me siento con fuerzas para escribir. No es nada, no es ninguna enfermedad; no es ningún peligro de muerte: la muerte no me mata, caí unos días cuando la infamia fue muy grande; pero me levanté. La gente me quiere, y me ha ayudado a vivir. Mucho la necesito: mucho pienso en Vd.: nunca he pensado tanto en Vd.: nunca he deseado tanto tenerla aquí. No puede ser. Pobreza. Miedo al frío. Pena del encierro en que la habría de tener. Pena de tenerla y no poderla ver, con este trabajo que no acaba hasta las diez y media de la noche. Bueno: los tiempos son malos, pero su hijo es bueno. Nada más ahora: Vd. lo sabe todo: esta palabra de hijo me quema. Lea ese libro de versos:¹ empiece a leerlo por la página 51. Es pequeño, es mi vida. Pero no crea que se afloja, ni que corre riesgo ninguno, ni que está en salud peor de lo que estaba este hijo que nunca la ha querido tanto como ahora.

J. Martí

A RAFAEL SERRA

Enero 30 [1895]

SERRA QUERIDÍSIMO:

Por dondequiera que yo ande, hablo de Vd., hablo con Vd., espero en Vd., corazón contra toda maldad, flor de toda ternura, y hermano mío. Esté yo aquí o allá, haga como si lo estuviese yo siempre viendo. No se canse de defender, ni de amar. No se canse de amar.

Un beso a Consuelo.

Martí

A LA MADRE

Montecristi, 25 marzo, 1895

MADRE MÍA:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Vd. Yo sin cesar pienso en Vd. Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nació de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré

¹ Se refiere a sus *Versos Sencillos*, y en particular a los que recuerdan los sucesos del Teatro Villanueva.

yo de Vd. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. Martí

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.

A MARIA MANTILLA

1

[SOUTHERN HOTEL. — Whelphrey & Penfield, Proprietors]

Waycross, Ga., 28 de mayo 1894

MARÍA MÍA:

¿Conque Fermín es *queridísimo*, y yo no soy más que *querido*? Así dicen tus cartas. Yo me vengo de ti, queriéndote con todo mi corazón. Aunque tú y yo somos así, que callamos cuando más queremos. La verdad es que no estoy bravo contigo.

¡Me acordé tanto de ti en mi enfermedad! Una noche tenía como encendida la cabeza, y hubiera deseado que me pusieses la mano en la frente. Tú estabas lejos.

¿Te acuerdas de mí? Ya lo sabré a mi vuelta, por el ejercicio en francés de cada día, que hayas escrito con su fecha al pie —por la música nueva, por lo que me digan del respeto con que te has hecho tratar—, y por el calor de tu primer abrazo.

A Carmita, que me quiera, que se ría dos horas al día, y no más, y que pinte.

Tu

Martí

Ernesto:

Quiere, sirve, habla con finura y trabaja.

Tu

Martí

2

MARÍA MÍA:

Ya no te vuelvo a escribir hasta que te vea, o poco antes, y quiero decirte adiós, para que no me olvides en las alegrías de Central Valley. ¿Ves el cerezo grande, el que da sombra a la casa de las gallinas? Pues ése soy yo, con tan-

tos ojos como tiene hojas él, y con tantos brazos, para abrazarte, como él tiene ramas. Y todo lo que hagas, y lo que pienses, lo veré yo, como lo ve el cerezo. Tú sabes que yo soy brujo, y que adivino los pensamientos desde lejos, y soy como los vestidos de esas bailarinas clavadas a un cartón que anuncian el agua, que cuando hay tiempo bueno tienen el vestido azul, y si el tiempo es malo, el vestido es de color de un golpe, de morado oscuro, y si hay tormenta, negro. Si piensas algo que no me puedas decir, de lejos lo sentiré, por dondequiera que yo ande, y me pondré oscuro, como el vestido que anuncia el mal tiempo.

Por el viaje no hemos visto mucho nuevo. He visto gente mala y buena, y con la buena he podido más que la mala. He estado enfermo, y me atendieron muy bien la cubana Paulina, que es negra de color, y muy señora en su alma, mi médico Barbarrosa, hombre de Cuba y de París, y hermano bueno del que tú conoces, y Pancho, que no se separa de mi cabecera, y hace muy buenos discursos: pero todavía anda jorobado, y se pone el sombrero sobre la oreja. Y en tantas leguas de arena y de pinares, la verdad es que sólo tres cosas nos han llamado la atención: un negro viejo de Africa, en la estación de Thomasville, del Estado de Georgia, donde no se puede beber vino ni cerveza: el negro lo era mucho, de bigote y barba de horca, como creo que está el Moisés pintado en el Diccionario de Larousse (Moyse), la levita y el pantalón negros como él, el sombrero de palma, con las alas muy anchas, dobladas a los lados por el borde, la mano en el bastón, con una cuerda pasada a la muñeca, y la mirada como fuego, encendida, y larga —y lo otro fue el almuerzo muerto de un mal hotel, con huevos que olían a pollo, y un beefsteak engurruñado y hediondo, y *hominy*—, y tres niñas en su traje azul, con gorros de campo, que venían de la casa de la escuela, allá en lo hondo del monte, por entre los pinos. Aquí los niños besan, y la gente sonrío. No te me pongas áspera.

Quería, antes de entrar en viaje, recibir carta tuya, y temo que no llegue. A ver si piensas en mí, que te cuido y te quiero tanto, cuando todos estén alegres, y yo no esté donde tú estás, cuando está el cielo tranquilo, y muy lleno de estrellas.

Tu

Martí

Dale un beso a Patria.¹

29 de mayo [1894]

3

[México, julio de 1894]

MI MARÍA:

¿A que no sabes qué te llevo? “Cuatro danzas” lindas, de un señor de acá de México, a las cuatro hijas de mi amigo Mercado —y una “Meloepa”, a que Carmita la recite al piano—, y dos piezas muy finas sobre *Ruy Blas* y

¹ Ahijada de Martí, hija de Manuel Barranco.

Carmen. El domingo me preparó la casa de Mercado una gran fiesta de música, para mí solo. Las tres hijas cantan, y una con voz muy pura y llena, y tocan tu rapsodia y tu minueto: por la noche fue lo hermoso, con la orquesta de once, de mandolinas, bandurrias y guitarras. Pero lo admirable aquí es el pudor de las mujeres, no como allá, que permiten a los hombres un trato demasiado cercano y feo. Esta es otra vida, María querida. Y hablan con sus amigos, con toda la libertad necesaria; pero a distancia, como debe estar el gusano de la flor. Es muy hermoso aquí el decoro de las mujeres. Cada una, por su decoro, parece una princesa. ¡Y el cariño de la casa!

Acá ahora tengo muchas hijas. Son mujeres ya las tres hijas de Manuel Mercado, y para mí son como si fueran niñas. La casa parece una jaula de pájaros deshecha cuando llego. Me han puesto la mesa llena de rosas y nardos: me ha hecho cada una con sus manos un plato finísimo, de comida o de dulce: cada una me ha preparado una sorpresa. A mí, a veces, se me llena de lágrimas el corazón. Y me pongo a pensar, y me pregunto si tú me querrás así, y Carmita, y Ernesto. Yo todo lo que veo, quisiera llevárselo: y no puedo nada: un muñequito sí les llevo, y un amigo que las ve por todas partes. ¿Qué plato fino me preparas tú, hecho con tus manos?

Aquí todas las niñas saben hacer platos finos. Y yo, temblar de miedo de que tú no me quieras como aquí me quieren.

Tu

Martí

4

[Atlas Line of Mail Steamers S. S. Athos]

Febrero 2 — 1895

MI NIÑA QUERIDA:

Tu carita de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso. Los dos seremos buenos, yo para merecer que me vuelvas a abrazar, y tú para que yo te vea siempre tan linda como te vi entonces. No tengas nunca miedo a sufrir. Sufrir bien, por algo que lo merezca, da juventud y hermosura. Mira a una mujer generosa: hasta vieja es bonita y niña siempre, que es lo que dicen los chinos, que sólo es grande el hombre que nunca pierde su corazón de niño: y mira a una mujer egoísta, que aun de joven, es vieja y seca. Ni a las arrugas de la vejez ha de tenerse miedo. “Esas arrugas que tú tienes, madre mía” —dice algo que leí hace mucho tiempo— “no son las arrugas feas de la cólera, sino las nobles de la tristeza”. Quiere y sirve, mi María. Así te querrán, y te querré. ¿Y cómo no te querré yo, que te llevo siempre a mi lado, que te busco cuando me siento a la mesa; que cuanto leo y veo te lo quiero decir, que no me levanto sin apoyarme en tu mano, ni me acuesto sin buscar y acariciar tu cabeza? ¿Y tú me olvidarás, o te distraerás de mí, y querrás más a quien te quiera menos que yo?

¿Qué has hecho desde que te dejé? Entre niños y enfermos y las primeras visitas habrás tenido poco tiempo en los primeros días; pero ya estarás tranquila, cuidando mucho a tu madre tan buena, y tratando de valer tanto como quien más valga, que es cosa que en la mayor pobreza se puede obtener, con la receta que yo tengo para todo, que es saber más que los demás, vivir humildemente, y tener la compasión y la paciencia que los demás no tienen. A mi vuelta sabré si me has querido, por la música útil y fina que hayas aprendido para entonces: música que exprese y sienta, no hueca y aparatosa: música en que se vea un pueblo, o todo un hombre, y hombre nuevo y superior. Para la gente común, su poco de música común, porque es un pecado en este mundo tener la cabeza un poco más alta que la de los demás, y hay que hablar la lengua de todos, aunque sea ruin, para que no hagan pagar demasiado cara la superioridad. Pero para uno, en su interior, en la libertad de su casa, lo puro y lo alto.

Los libros, se habrán quedado en Central Valley, y yo lo he de sentir, sobre todo si se quedó allá el Larousse, que ahora te serviría en un trabajo de cariño que quiero que hagas, para ver si te acuerdas de mí —y es que vayas haciendo como una historia de mi viaje, a modo de diccionario, con la explicación de los nombres curiosos de este viaje mío—. *Atlas*, por ejemplo, es el nombre de la compañía de estos vapores: busca *Atlas*, y escribe lo que encuentres. *Athos*, es el nombre del vapor: busca *Athos*. *Cap Haitien* es el lugar a donde vamos ahora; búscalo, en el Larousse y en las geografías. Y así harás un libro curioso, e irás pensando en mí. El Larousse está en casa de Gonzalo, y Blanche tiene un buen libro de Mitología, donde puedes leer de Atlas y Athos: "Goldfinch" es el autor del libro, o cosa así —con láminas—. De *Cap Haitien* habla mucho una geografía de las Antillas que tenemos, pero está en Central Valley. Tú hallarás. No se sabe bien sino lo que se descubre.

Y ahora un abrazo muy largo, para que te duermas con él. Visita en nombre mío a Aurora, y al *bebito*, y diles que es leal mi corazón. Estarás hecha una madre, con los hijos de Luis. Es lo que me gusta más de ti: que te quieren los niños. Pero nadie te quiere más, ni desea más verte y oírte que tu

Martí

5

MARICUSA MÍA:

¿Cuántos días hace ya que no te acuerdas de mí? Yo te necesito más, mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el *batey*, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas: la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba de arriba un mazo de palmas: las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: yo pensaba en ti. Y cuando el día antes había pasado por el camino, lleno todo, a un lado y otro, de árboles de fru-

tas, de cocos y mangos, de caimitos y mameyes, de aguacates y naranjos, pensaba en Vds., y en tenerlas conmigo, para sentarlas en la yerba, y llenarles la falda de frutas. Estás lejos, entusiasmada con los héroes de colorín del teatro, y olvidada de nosotros los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que son. Malo es vestir de saco viejo, y de sombrero de castor: cualquier tenor bribón, con un do en la garganta, le ocupa los pensamientos a una señorita, con tal que lleve calzas lilas y jubón azul, y sombrero de plumas. Ya ves que estoy celoso, y que me tienes que contentar. Es que por el aire, que lleva y trae almas, no me han llegado las cartas que esperaba recibir de ti. Le hablé de ti en el camino a una guajirita que sabe leer letra de pluma: a una huérfana de nueve años: ahora le llevo de regalo un libro: se lo llevo en tu nombre. Haz tú como yo: haz algo bueno cada día en nombre mío. Visita a Aurora, y a mi gran *baby*. Y no le dejes solo el pensamiento a tu mamá. Rodéala y cuídala. Un beso triste de tu

José Martí

Santiago de los Caballeros, 19 de feb. [1895]

Busca, p.^a tu diario, *Santiago*; y *batey*.

6

MI MARÍA y mi Carmita:

Salgo de pronto a un largo viaje, sin pluma ni tinta, ni modo de escribir en mucho tiempo. Las abrazo, las abrazo muchas veces sobre mi corazón. Una carta he de recibir siempre de Vds. y es la noticia, que me traerán el sol y las estrellas, de que no amarán en este mundo sino lo que merezca amor —de que se me conservan generosas y sencillas—, de que jamás tendrán de amigo a quien no las iguale en mérito y pureza. ¿Y en qué pienso ahora, cuando las tengo así abrazadas? En que este verano tengan muchas flores: en que en el invierno pongan, las dos juntas, una escuela: una escuela para diez niñas, a seis pesos, con piano y español, de nueve a una: y me las respetarán, y tendrá pan la casa.

Mis niñas ¿me quieren?

Y mi honrado Ernesto. Hasta luego. Pongan la escuela. No tengo qué mandarles, más que los brazos. Y un gran beso de su

Martí

25 marzo [1895]

7

[Cabo Haitiano, 1895]

MI MARÍA:

¿Y cómo me doblo yo, y me encojo bien, y voy dentro de esta carta, a darte un abrazo? ¿Y cómo te digo esta manera de pensarte, de todos los momentos, muy fina y penosa, que me despierta y que me acuesta, y cada

vez te ve con más ternura y luz? No habrá quien más te quiera; y sólo debes querer más que a mí a quien te quiera más que yo.

¿A que de París, de ese París, que veremos un día juntos, cuando los hombres me hayan maltratado, y yo te lleve a ver mundo antes de que entres en los peligros de él, a que de París vas a recibir un gran recuerdo mío, por mano de un amigo generoso de Cabo Haitiano, del padre de Rosa Dellundé? Yo voy sembrándote, por dondequiera que voy, para que te sea amiga la vida. Tú, cada vez que veas la noche oscura, o el sol nublado, piensa en mí.

En mi nombre visita a Benjamincito, y a Aurora, y a Mercedes, a quien escribiré antes de salir de aquí, y ve con ella a llevarle flores a mi pobrecita Patria. Que tu madre sienta todos los días el calor de tus brazos. Que no hagas nunca nada que me dé tristeza, o yo no quisiera que tú hicieses. Que te respeten todos, por decorosa y estudiosa. Que entiendas cuánto, cuánto te quiere.

Tu

Martí

¿Y esa oreja de mi leal Ernesto? Le mando un beso, allí donde se le heló, tú se lo das.

8

A MI MARÍA:

Y mi hijita ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer —en saber, para poder querer—, querer con la voluntad, y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores, a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas —esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse— llaman en el mundo “amor”. Es grande, amor; pero no es eso. Yo amo a mi hijita. Quien no la ame así no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto. ¿En qué piensa mi hijita? ¿Piensa en mí?

Aquí estoy, en Cabo Haitiano; cuando no debí estar aquí. Creí no tener modo de escribirte, en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós. Cuando alguien me es bueno, y

bueno a Cuba, le enseñó tu retrato. Mi anhelo es que vivan muy juntas, tu madre y ustedes, y que pases por la vida pura y buena. Espérame, mientras sepas que yo viva. Conocerás el mundo, antes de darte a él. Elévate, pensando y trabajando. ¿Quieres ver como pienso en ti, en ti y en Carmita? Todo me es razón de hablar de ti, el piano que oigo, el libro que veo, el periódico que llega. Aquí te mando, en una hoja verde, el anuncio del periódico francés a que te suscribió Dellundé. El *Harper's Young People* no lo leíste, pero no era culpa tuya, sino del periódico, que traía cosas muy inventadas, que no se sienten, ni se ven, y más palabras de las precisas. Este *Petit Français* es claro y útil. Léelo, y luego enseñarás. Enseñar, es crecer. Y por el correo te mando dos libros, y con ellos una tarea, que harás, si me quieres; y no harás si no me quieres. Así, cuando esté en pena, sentiré como una mano en el hombro, o como mi cariño en la frente, o como las sonrisas con que me entendías y consolabas; y será que estás trabajando en la tarea, y pensando en mí.

Un libro es *L'Histoire Générale*, un libro muy corto, donde está muy bien contada, y en lenguaje fácil y limpio, toda la historia del mundo, desde los tiempos más viejos, hasta lo que piensan e inventan hoy los hombres. Son 180 sus páginas: yo quiero que tú traduzcas en invierno o en verano, una página por día; pero traducida de modo que la entiendas, y de que la puedan entender los demás, porque mi deseo es que este libro de historia quede puesto por ti en buen español, de manera que se pueda imprimir, como libro de vender. a la vez que te sirva, a Carmita y a ti, para entender, entero y corto, el movimiento del mundo, y poderlo enseñar. Tendrás, pues, que traducir el texto todo, con el resumen que va al fin de cada capítulo, y las preguntas que están al pie de cada página; pero como éstas son para ayudar al que lee a recordar lo que ha leído, y ayudar al maestro a preguntar, tú las traducirás de modo que al pie de cada página escrita sólo vayan las preguntas que corresponden a esa página. El resumen lo traducen al acabar cada capítulo. La traducción ha de ser natural, para que parezca como si el libro hubiese sido escrito en la lengua a que lo traduces, que en eso se conocen las buenas traducciones. En francés hay muchas palabras que no son necesarias en español. Se dice —tú sabes— *il est*, cuando no hay *él* ninguno, sino para acompañar a *est*, porque en francés el verbo no va solo: y en español, la repetición de esas palabras de persona —del *yo* y *él* y *nosotros* y *ellos*— delante del verbo, ni es necesaria ni es graciosa. Es bueno que al mismo tiempo que traduzcas —aunque no por supuesto a la misma hora— leas un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes. Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música. Tal vez debas leer, mientras estés traduciendo, *La Edad de Oro*. El francés de *L'Histoire Générale* es conciso y *directo*, como yo quiero que sea el castellano de tu traducción; de modo que debes imitarlo al traducir, y procurar usar sus mismas palabras, excepto cuando el *modo de decir francés*, cuando la *frase francesa*, sea diferente en castellano. Tengo, por ejemplo, en la página 19, en el párrafo

número 6, esta frase delante de mí: "Les Grecs ont les premiers cherché á se rendre compte des choses du monde". Por supuesto que no puedo traducir la frase así, palabra por palabra. "Los Griegos han los primeros buscado a darse cuenta de las cosas del mundo", porque eso no tiene sentido en español. Yo traduciría: "Los griegos fueron los primeros que trataron de entender las cosas del mundo". Si digo: "Los griegos han tratado los primeros", diré mal, porque no es español eso. Si sigo diciendo "de darse cuenta", digo mal también, porque eso tampoco es español. Ve, pues, el cuidado con que hay que traducir, para que la traducción pueda entenderse y resulte elegante —y para que el libro no quede, como tantos libros traducidos, en la misma lengua extraña en que estaba—. Y el libro te entretendrá, sobre todo cuando llegues a los tiempos en que vivieron los personajes de que hablan los versos y las óperas. Es imposible entender una ópera bien —o la romanza de Hildegonda, por ejemplo—, si no se conocen los sucesos de la historia que la ópera cuenta, y si no se sabe quién es Hildegonda, y dónde y cuándo vivió, y qué hizo. Tu música no es así, mi María, sino la música que entiende y siente. Estudia, mi María, trabaja, y espérame.

Y cuando tengas bien traducida *L'Histoire Générale* en letra clara, a renglones iguales y páginas de buen margen, nobles y limpias ¿cómo no habrá quien imprima —y venda para ti, venda para tu casa— este texto claro y completo de la historia del hombre, mejor, y más atractivo y ameno, que todos los libros de enseñar historia que hay en castellano? La página al día, pues: mi hijita querida. Aprende de mí. Tengo la vida a un lado de la mesa, y la muerte a otro, y mi pueblo a las espaldas: y ve cuántas páginas te escribo.

El otro libro es para leer y enseñar: es un libro de 300 páginas, ayudado de dibujos, en que está, María mía, lo mejor —y todo lo cierto— de lo que se sabe de la naturaleza ahora. Ya tú leíste, o Carmita leyó antes que tú, las *Cartillas* de Appleton. Pues este libro es mucho mejor, más corto, más alegre, más lleno, de lenguaje más claro, escrito todo como que se lo ve. Lee el último capítulo, *La Physiologie Végétale*, la vida de las plantas, y verás qué historia tan poética y tan interesante. Yo la leo, y la vuelvo a leer, y siempre me parece nueva. Leo pocos versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos, o sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas, y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica; y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no el costo. La elegancia del vestido —la grande y verdadera—

está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de China un jazmín: pondrá el jazmín, solo y ligero, en un cristal de agua clara. Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor. Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia de las criaturas de la tierra. Lean tú y Carmita el libro de Paul Bert, a los dos o tres meses, vuelvan a leerlo; léanlo otra vez, y ténganlo cerca siempre, para una página u otra, en las horas perdidas. Así sí serán maestras, contando esos cuentos verdaderos a sus discípulas, en vez de tanto quebrado y tanto decimal y tanto nombre inútil de cabo y de río, que se ha de enseñar sobre el mapa como de casualidad, para ir a buscar el país de que se cuenta el cuento, o donde vivió el hombre de que habla la historia. Y cuentas, pocas, sobre la pizarra, y no todos los días. Que las discípulas amen la escuela, y aprendan en ella cosas agradables y útiles.

Porque ya yo las veo este invierno, a ti y a Carmita, sentadas en su escuela, de 9 a 1 del día, trabajando las dos a la vez, si las niñas son de edades desiguales, y hay que hacer dos grupos, o trabajando una después de otra, con una clase igual para todas. Tú podías enseñar piano y lectura, y español tal vez, después de leerlo un poco más; y Carmita una clase nueva de deletreo y composición a la vez, que sería la clase de gramática, enseñada toda en las pizarras, al dictado, y luego escribiendo lo dictado en el pizarrón, vigilando porque las niñas corrijan sus errores, y una clase de geografía, que fuese más geografía física que de nombres, enseñando cómo está hecha la tierra, y lo que alrededor la ayuda a ser, y de la otra geografía, las grandes divisiones, y esas bien, sin mucha menudencia, ni demasiados detalles yanquis, y una clase de ciencias, que sería una conversación de Carmita, como un cuento de veras, en el orden en que está el libro de Paul Bert, si puede entenderlo bien ya, y si no, en el que mejor pueda idear, con lo que sabe de las cartillas, y la ayuda de lo que Paul Bert entienda, y astronomía. Para esa clase le ayudarían mucho un libro de Arabella Buckley, que se llama *The Fairy-Land of Science*, y los libros de John Lubbock, y sobre todo dos, *Fruits, Flowers and Leaves* y *Ants, Bees, and Wasps*. Imagínate a Carmita contando a las niñas las amistades de las abejas y las flores, y las coqueterías de la flor con la abeja, y la inteligencia de las hojas, que duermen y quieren y se defienden, y las visitas y los viajes de las estrellas, y las casas de las hormigas. Libros pocos, y continuo hablar. Para historia, tal vez sean aún muy nuevas las niñas. Y el viernes, una clase de muñecas, de cortar y coser trajes para muñecas, y repaso de música, y clase larga de escritura, y una clase de dibujo. Principien con dos, con tres, con cuatro niñas. Las demás vendrán. En cuanto sepan de esa escuela alegre y útil, y en inglés, los que

tengan en otra escuela hijos, se los mandan allí: y si son de nuestra gente, les enseñan para más halago, en una clase de lectura explicada —explicando el sentido de las palabras— el español: no más gramática que ésa: la gramática la va descubriendo el niño en lo que lee y oye, y ésa es la única que le sirve. ¿Y si tú te esforzaras, y pudieras enseñar francés como te lo enseñé yo a ti, traduciendo de libros naturales y agradables? Si yo estuviera donde tú no me pudieras ver, o donde ya fuera imposible la vuelta, sería orgullo grande el mío, y alegría grande, si te viera desde allí, sentada, con tu cabecita de luz, entre las niñas que irían así saliendo de tu alma —sentada, libre del mundo, en el trabajo independiente—. Ensáyense en verano: empiecen en invierno. Pasa, callada, por entre la gente vanidosa. Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímalas, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de ti, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otras el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro, el libro que te pido, sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres. Trabaja. Un beso. Y espérame.

Tu

Martí

Cabo Haitiano, 9 de abril, 1895.

A CARMEN MIYARES DE MANTILLA Y SUS HIJAS

1

Abril 10 de 1895

DESDE LA CUBIERTA del vapor escribo, porque nuestro camino del 1.º de abril se interrumpió y hay que empezarlo de nuevo.

Escribí el 1.º de abril y no creí entonces, al emprender viaje con apariencias de llegada, que ya a la noche siguiente nos veríamos detenidos en la ruta. Fue rudo y peligroso. Pero al fin, sólo de tiempo fue la pérdida. A la mar otra vez con esperanza mayor. Tal vez de aquí a pocos días esté donde ya sean más difíciles las cartas. Tal vez, con esta esperanza ida, y entrando en la que para eso llevo preparada, les esté escribiendo de aquí a pocos días, algunas líneas más. Se ha de llegar. Lo que me rodea lleva la misma alma que yo. El riesgo común nos ha unido bien, con ayuda de mi servicio real y manso, y —por ahora— he dejado de sufrir.

De¹ fuimos a.² De³ y después de tres días difíciles vinimos a Cabo

¹ Debe ser Montecristi.

² Debe ser Inagua.

³ Idem.

Haitiano, que es tierra triste, pero para mí, querida por la casa buena de Dellundé. Pudiera, y acaso debiera, contar con minuciosidad todo este viaje último; pero aún sería indiscreto, y es cosa pasada, que tampoco podría contar yo, porque la llevé principalmente en mis hombros. Me rodeó y premió el afecto de todos mis compañeros. Pudimos encallar, solos y conocidos, en un rincón sin salida. Y salimos, servidos y queridos... Y otra razón, además: ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido. Así lo mandan a la vez la honradez y la discreción. El alarde de lo hecho puede cerrar el camino a lo que se pueda volver a hacer... no encontrarán, por supuesto, ni lo habrán de buscar, detalles de persona, ni de mis actos o los de los demás. Si míos, por míos los callo. Si ajenos, son ajenos, y sólo pudiera contarlos si los pudiese celebrar, o si el relato sincero no me obligase a la vez a la celebración, que me es grata, y a la censura, que me es odiosa, y de que se aprovecha luego la curiosidad maligna. En tiempos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos, casi siempre determinados; o torcidos, por la bondad o maldad de los caracteres personales. Hoy no fuera posible, sin saber a dónde va lo que se escribe, ni si se pierde en el viaje. Y luego, un diario suele ser un espía, y una alevosa anotación de las personas en cuya intimidad vivimos...

2

Jurisdicción de Baracoa, 16 de abril de 1895

CARMITA QUERIDA y mis niñas, y Manuel, y Ernesto:

En Cuba les escribo, a la sombra de un rancho de yaguas. Ya se me secan las ampollas del remo con que halé a tierra el bote que nos trajo. Eramos seis, llegamos a una playa de piedras y espinas, y estamos salvos, en un campamento, entre palmas y plátanos, con las gentes por tierra; y el rifle a su lado. Yo, por el camino, recogí para la madre la primera flor, helechos para María y Carmita, para Ernesto una piedra de colores. Se las recogí, como si los fuese a ver, como si no me esperase la cueva o la loma, sino la casa, la casa abrigada y compasiva, que veo siempre delante de mis ojos.

Es muy grande, Carmita, mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril, puedo decirte que llegué al fin a mi plena naturaleza, y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez. Sólo la luz es comparable a mi felicidad. Pero en todo instante le estoy viendo su rostro, piadoso y sereno, y acerco a mis labios la frente de las niñas, cuando amanece, cuando anochece, cuando me sale al paso una flor nueva, cuando veo alguna hermosura de estos ríos y montes, cuando bebo, hincado en la tierra, el agua clara del arroyo, cuando cierro los ojos, contento del día libre. Ustedes me acom-

pañan y rodean, las siento, calladas y vigilantes, a mi alrededor. A mí, sólo ellas me faltan. A ellas, ¿qué les faltará? De sus angustias nuevas, ¿podrán irse salvando? Mi poca ayuda, ¿cómo la habrán repuesto? Cuba ya tiene escritos sus nombres con mis ojos en muchas nubes del cielo y en muchas hojas de árboles.

Mi dicha de hombre útil hace mayor el pesar de que no me lo vean. ¿Recordarán así a su amigo, con tanta lealtad, con tanta vehemencia?

¡Ah, María, si me vieras por esos caminos, contento y pensando en ti, con un cariño más suave que nunca, queriendo coger para ti, sin correo con que mandártelas, estas flores de estrellas, moradas y blancas, que crecen aquí en el monte.

Voy bien cargado, mi María, con mi rifle al hombro, mi machete y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas, al otro en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila, con sus dos arrobas de medicina y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho tu retrato.

El papel se me acaba, y al correo no puede ir mucho bulto. Escribo con todo el sol sobre el papel. Véanme vivo y fuerte y amando más que nunca a las compañeras de mi soledad, a la medicina de mis amarguras. De acá no teman. La dificultad es grande, y los que han de vencerlas, también. Carmita pedirá a Gonzalo que le deje leer lo que hay de personal en la carta que le envío. Manuel bueno, trabaja. Carmita, escríbele a mamá. Carmita hija y María se educan para la escuela. Una palma y una estrella vi, alto sobre el monte, al llegar aquí antier, ¿cómo no había de pensar en Carmita y en María? ¿Y en la amistad de su madre, al ver el cielo limpio de la noche cubana? Quieran a su

Martí

3

Cerca de Guantánamo, 26 de abril de 1895

EN EL RANCHO de un campesino escribí mi primera carta, hace unos doce días, en que contaba nuestra llegada feliz, el desembarco de los seis en un bote, y yo, de remero en la lluvia oscura, y la hermandad y la alegría de los cubanos alzados que salieron a recibirnos.

Ahora escribo en la zona misma de Guantánamo, en la seguridad y alegría del campamento de los trescientos hombres de Maceo y Garzón, que salieron a recibirnos aquí. Y ¿quién creen que vino al escape de su caballo a abrazarme de los primeros, todavía oliendo al fuego de la pelea? Rafael Portuondo, que desde ayer no se aparta de mí. Por bravo y juicioso lo quieren y respetan, y yo por abnegado y previsor; díganlo a Ritica. Su amigo íntimo es el hijo de Urbano Sánchez. Por el momento veníamos muy seguidos ya por tropa española y contentos y a pie, con la custodia de cuatro tiradores y un negro magnífico, padre de su pueblo y hombre rico y puro, Luis González, que se nos unió con diecisiete parientes, y trae a su hijo; veníamos y

estalló a pocos pasos el gran tiroteo de las dos horas: allí cruzaron por nuestras cabezas las primeras balas; momentos después rechazado el enemigo, caíamos en brazos de nuestra gente: allí caballos, júbilo, y seguimos la marcha admirable, a la luz de hachas del monte y árboles encendidos; la marcha de ocho horas a pie, después de dos de combate y de cuatro de camino, de la noche entera, sin descanso para comer de día ni de noche. Yo me acosté a las tres de la mañana, curando los heridos. A las cinco en pie, todos alegres; luego duermen, hablan en grupos, pasan cargados de viandas y reses, me traen mi caballo y mi montura nueva; ¿pelearemos hoy? Organizamos y seguimos rumbo; el alma es una: algunas armas cogidas al enemigo.

Yo escribo en mi hamaca, a la luz de una vela de cera, sujeta junto a mis rodillas por una púa clavada en tierra. Mucho tengo que escribir... Sentía anoche piedad en mis manos, cuando ayudaba a curar a los heridos... Y no les he dicho que esta jornada valiente de ayer cerró una marcha a pie de trece días continuos, por las montañas agrias o ricas de Baracoa, la marcha de los seis hombres que se echaron sin guía, por la tierra ignorada y la noche, a encararse triunfantes contra España.

Eramos treinta cuando abrazamos a José Maceo. Dejamos atrás orden y cariño. No sentíamos ni en el humor ni en el cuerpo la angustiosa fatiga, los pedregales a la cintura, los ríos a los muslos, el día sin comer, la noche en el capote por el hielo de la lluvia, los pies rotos. Nos sonreíamos y crecía la hermandad. Gómez me ha ido cuidando en los detalles más humildes con perenne delicadeza. He observado muy de cerca en él las dotes de prudencia, sufrimiento y magnanimidad. Nuestros Remingtons van sin un solo tropiezo, rápidamente a su camino. Llama a silencio la corneta: mi trabajo no me permite silencio; en voz baja cuenta cerca de mí Rafael las fuerzas, grandes de veras, de la revolución en Oriente. Los hombres de la guerra vieja se asombran del atrevimiento franco de la gente y su ayuda en ésta... envió del cielo libre, un saludo de orgullo por nuestra patria, tan bella en sus hombres como en su naturaleza... No soy inútil ni me he hallado desconocido en nuestros montes; pero poco hace en el mundo quien no se siente amado.

Martí

4

Cerca de Guantánamo, 28 de abril de 1895

... ..
SON LAS NUEVE de la noche, toca a silencio la corneta del campamento, y yo reposo del alegre y recio trabajo del día escribiendo, mientras en las hamacas del portal, Maceo, Gómez, Bonne y Borrego, se cuentan batallas. Rafael Portuondo, que acaso siga viaje conmigo, me ha estado ayudando hoy, con el valiente y juicioso hijo de Urbano Sánchez Echevarría. ¡Cuán bello es ver a estos jóvenes de casa privilegiada, servir de capitanes al Jefe negro,

caballero y moderado, que los abraza y mimas como hijos. A mi lado, en un rincón de yaguas sufre un tísico, que sirvió con el arma en la guerra entera, y esta vez también sigue pálido y seco a su columna, sentado a la mujeriega en su arrenquín; está serena afuera la noche de este día en que no vi el sol sino cuando las fuerzas formadas quisieron oír hablar al que, con un cariño que en esto rechazo, llaman "el Presidente". Mi alma es sencilla. En vez de aceptar, siquiera en lo íntimo de la conciencia soberbia, este título con que desde mi aparición en estos campos me saludaron, lo pongo aparte, y ya en público lo rechacé, y lo rechazaré oficialmente, porque ni en mí, ni en persona alguna, se ajustaría a las conveniencias y condiciones recién nacidas de la Revolución. Ella crece natural y sana, exquisita como una niña en sus afectos, pura como sólo lo es en el mundo el aire de la libertad. Es innegable el afán revolucionario en campos y poblaciones: no llega noticia hostil, y cuantas vienen son de adhesión y de servicio: corre aire heroico: ya es una carta de mujer, amiga admirable, que guía y salva desde su vejez enferma a las tropas hermanas: ya son dos jinetes frenéticos que se lanzan, dando vivas, a nuestro cuello: ya es un pueblo todo, que se quiere salir y pide ayuda; ya la comisión que va, montada en los caballos que tomó a la guardia civil, a recoger las armas que le tiene guardadas el vecino. Y a mí también me han regalado un caballo blanco. De aquí a dos días, volveremos al camino; a seguir ordenando, como aquí, y poniendo en vía igual estas sanas voluntades; a recorrer el Oriente entero, cubierto de nuestra gente, y deponer ante sus representantes nuestra autoridad, y que ellos den gobierno propio a la República. Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño.

¿Por qué me vuelvo a acordar ahora de la larga marcha —para mí la primera marcha de batalla— que siguió al combate victorioso con que nos recibió el valiente y sencillo José Maceo?

Porque fue muy bella, y quisiera que Vds. la hubieran visto conmigo. ¿O tenía el cielo balcones, y los seres que me son queridos estaban asomados a uno de ellos? A la mañana veníamos aún los pocos de la expedición de Baracoa, los seis, y los que se nos fueron uniendo revueltos por el monte de espinas y con la mano al arma, esperando por cada vereda al enemigo. Retumba de repente el tiroteo como a pocos pasos de nosotros, y el fuego es de dos horas. Los nuestros han vencido. Cien cubanos bisoños han apagado treinta hombres de la columna entera de Guantánamo: trescientos teníamos, pero sólo pelearon cien.

Ellos se van pueblo adentro, deshechos, ensangrentados, con los muertos en brazos, regando las armas. En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo: se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo; y nos calzan las espuelas. ¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino, ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada, en la cartera que le puso de almohada un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendemos la marcha de victoria, de vuelta al campamento: a las doce de la noche habían salido por ríos y cañaverales y espinares, a salvarnos: acababan de llegar, ya cerca, cuando les cae encima el español, sin almuerzo pelearon las dos horas;

y con galletas engañaron el hambre del triunfo: y emprendían el viaje de ocho leguas, con tarde primero, alegre y clara, y luego, por bóvedas de púas, en la noche oscura. En fila de a uno iba la columna larga. Los ayudantes pasan corriendo y voceando. Nos revolvíamos caballos y de a pie; en los altos ligeros. Entra el cañaveral, y cada soldado sale con una caña de él. "Párese la columna, que hay un herido atrás." Uno hala su pierna atravesada y Gómez lo monta a su grupa. Otro herido no quiere: "No, amigo, yo no estoy muerto", y con la bala en el hombro sigue andando. ¡Los pobres pies, tan cansados! Se sientan, rifle al lado, al borde del camino: y nos sonreían gloriosos. Se oye algún ¡ay!, y más risas y el habla contenta. "¡Abran camino!" Y llega montado el recio Cartagena, Teniente Coronel que lo ganó en la guerra grande, con un hachón prendido de cardona, clavado como una lanza al estribo de cuero. Y otros hachones de tramo en tramo. O encienden los árboles que escaldan y chisporrotean, y echan al cielo su fuste de llama y una pluma de humo.

El río nos corta. Aguardamos a los cansados. Ya está a nuestro alrededor, los yareyes en la sombra. Ya es la última agua, y del otro lado el sueño. Hamacas, candelas, calderas. Ya duerme el campamento: al pie de un árbol grande iré luego a dormir, junto al machete y el revólver, y de almohada mi capa de hule: ahora hurgo el jolongo y saco de él la medicina para los heridos. ¡Qué cariñosas las estrellas... a las tres de la madrugada! A las cinco, abiertos los ojos, y a caballo.

Y han de saber que me han salido habilidades nuevas, y que a cada momento alzo la pluma, o dejo el taburete, y el corte de palma en que escribo, para adivinarle a un doliente la maluquera, porque de piedad o casualidad se me han juntado en el bagaje más remedios que ropa, y no para mí, que no estuve más sano nunca. Y ello es que tengo acierto, y ya me he ganado mi poca de reputación, sin más que saber cómo está hecho el cuerpo humano, y haber traído conmigo el milagro del yodo. Y el cariño que es otro milagro: en el que ando con tacto, y con rienda severa, no vaya la humanidad a parecer vergonzosa adulación, aunque es rara la claridad del alma, y como finura en el sentir, que embellece, por entre palabras pícaras y disputas y fritos y guisos, esta vida de campamento.

¡Si nos vieran a la hora de comer! Volcamos el taburete, para que en uno nos sentemos dos: de la carne hervida con plátanos, y a poca sal, nos servimos en jícara de coco y en platos escasos: a veces es festín, y hay plátano frito, y tasajo con huevos, y gallina entomatada: lo usual es carnaza, y de postre un plátano verdín, o una uña de miel de abeja. Otros más diestros, cuecen fino; pero este cuartel general, con su asistente español, anda muy ocupado. ¿Y mi traje? Pues pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas.

Se va el correo...

A Estrada, el alma henchida. Cuando escribo es para él.

Escríbanme por Gonzalo.

.....

Martí

Altagracia, Holguín, 9 de mayo de 1895

.....
 A RESERVA de más larga carta, que pronto podré escribirles desde Manzanillo, ansioso ya, con más premura que las de las leguas continuas y los sucesos, de poder guiarlos conforme a un plan rápido y general, les pongo estas líneas ya en tierras de Holguín, tan nuestras como cuanto he visto, y con sus 500 hombres armados, oyendo hablar al fervoroso Miró y al abnegado Rafael Manduley, brillante e impetuoso en Holguín.

.....
 Vamos a Masó, venimos de Maceo. ¡Qué entusiasta revista la de los 3.000 hombres de a pie y a caballo que tenía a las puertas de Santiago de Cuba! ¡Qué erguido en su hermoso caballo el valiente Rabí! ¡Qué lleno de triunfos y de esperanzas Antonio Maceo! Y nosotros hasta hoy paseamos salvos la comarca. Hoy salimos con escasa escolta del campamento de Quintín Banderas. Y de Masó al Camagüey. Se entrará pronto en todas partes, a la vez, en las operaciones más activas que permite ya contra el enemigo aturdido y receloso, la ordenación, entusiasmo y agresión continuas de nuestras fuerzas.

.....
 100 hombres apiñados respiran en el casuco donde escribo, con la vela en un jarro. He de acabar. Gran cariño he encontrado en Holguín de gente toda blanca, que lee y escribe, y marcial.

Les hubiera enternecido el arrebató del Campamento de Maceo y el rostro resplandeciente con que me seguían de cuerpo en cuerpo los hijos de Santiago de Cuba.

Gómez, organizador enérgico. Mi fatiga será grande y haré cuanto en este campo glorioso puedan Cuba y Vds., esperar de mí...

Adiós les digo, con el júbilo de ver aquí a los cubanos *negados a España*, y enamorados de la revolución. Auxilio rápido, un gran revuelo, y gloria, y martirio.

Todos duermen a mi alrededor; velo. El más tierno cariño de su

José Martí

**IDEAS
ESTETICAS Y LITERARIAS**

1878-1880

—¿Por qué —me dijo Todboys— no podemos hacer aquí una cosa como esta? —y me enseñaba una caricatura de Meissonier, a tres colores, publicada por el "Vanity Fair". —Porque el arte —le dije—, no es un resultado aislado de una mente activa, sino el resultado de la común aptitud en constante ejercicio. No es una manifestación exclusiva; sino una condición esencial. Ha de estar en todo, para que esté en algo. Por la vista van las impresiones artísticas a la mente, que guía luego la mano: ésta devuelve lo que a ella envían. —Las manos producen en analogía con lo que los ojos miran. —Un pueblo de pintores será siempre un pueblo de mujeres elegantes, de edificios bellos, de libros bien impresos, de casas bien adornadas. (O.C., t. 21, pp. 134-135.)

1881

Antes que hacer colección de mis versos me gustaría hacer colección de mis acciones. (O.C., t. 21, p. 159.)

Ni será escritor inmortal en América, y como el Dante, el Lutero, el Shakespeare o el Cervantes de los americanos, sino aquel que refleje en sí las condiciones múltiples y confusas de esta época, condensadas, despropiadas, ameduladas, informadas por sumo genio artístico. Lenguaje que del propio materno reciba el molde, y de las lenguas que hoy influyen en la América soporte el necesario influjo, con antejuiicio suficiente para grabar lo que ha de quedar fijo luego de esta época de génesis, y desdeñar de lo que en ella se anda usando lo que no tiene condiciones de fijeza, ni se acomoda a la

índole esencial de nuestra lengua madre, harto bella, y por tanto poderosa, sobre serlo por su sólida estructura, para ejercer a la postre, luego del acrisolamiento, dominio sumo —tal ha de ser el lenguaje que nuestro Dante hable.

Y en él —asunto continental, que sea fuente histórica, y monumento visible a distancia, con lo que por espíritu, y por forma, quedará su obra como representación doble de la patria cuya literatura entra a fundar. Porque tenemos alardes y vagidos de Literatura propia, y materia prima de ella, y notas sueltas vibrantes y poderosísimas —mas no Literatura propia. No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá Literatura Hispano Americana, hasta que no haya —Hispano América. Estamos en tiempos de ebullición, no de condensación; de mezcla de elementos, no de obra enérgica de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio en la unidad del género. —El apego hidalgo a lo pasado cierra el paso al anhelo apostólico de lo porvenir. Los patricios, y los neo-patricios, se oponen a que gocen de su derecho de unidad los libertos y los plebeyos. Temen que les arrebatan su preponderancia natural, o no le reconozcan en el Gbno. su parte legítima —se apegan los indios con exceso y ardor a su Gbno. La práctica sesuda se impone a la teoría ligera. Las instituciones que nacen de los propios elementos del país, únicas durables, van asentándose trabajosa, pero seguramente, sobre las instituciones importadas, caíbles al menor soplo del viento. Siglos tarda en crearse lo que ha de durar siglos. Las obras magnas de las letras han sido siempre expresión de épocas magnas. ¡A pueblo indeterminado, Literatura indeterminada! Mas apenas se acercan los elementos del pueblo a la unión, acércanse y condénsanse en una gran obra profética los elementos de su Literatura. Lamentémonos ahora, de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque ésa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo, —que ha de reflejar— (de que ha de ser reflejo). ¿Se unirán, en consorcio urgente, esencial y bendito, los pueblos conexos y antiguos de América? ¿Se dividirán, por ambiciones de vientre y celos de villorrio, en nacioncillas desmeduladas, extraviadas, laterales, dialécticas...?

En las palabras, hay una capa que las envuelve, que es el uso: es necesario ir hasta el cuerpo de ellas. Se siente en este examen que algo se quiebra, y se ve lo hondo. Han de usarse las palabras como se ven en lo hondo, en su significación real, etimológica y primitiva, que es la única robusta, que asegura duración a la idea expresada en ella. —Las palabras han de ser brillantes como el oro, ligeras como el ala, sólidas como el mármol. (O.C., t. 21, pp. 163-164.)

Imágenes geniales, espontáneas y grandes, no vienen del laboreo penoso de la mente, sino de su propia voluntad e instinto. La poesía no ha de perseguirse. Ella ha de perseguir al poeta. No es dama de alquiler, quien se enseña, como a interés que vuelve gracias al afán con que se la corteja y la suma con que se la paga. Es señora soberana, que ordena erguida. Cuando duerme, duerme. Ella es la que despierta el alma. Ninguna voz humana la

disturba. Así las mujeres bellas con los solicitadores importunos. (O.C., t. 21, p. 168.)

Pasa en poesía como en pintura: se debe copiar del natural, y no hacer las figuras de memoria. (O.C., t. 21, p. 176.)

Mas esa que fue en el primer momento la inspiración sana del corazón, vino a ser luego la inspiración fatigada de la imaginación. De la trascendental e influyente inspiración involuntaria vino a la floja y fría inspiración voluntaria. Cada pensamiento trae su molde: mas, así como piedra de litógrafo se gasta cuando imprimen en ella muy numerosos ejemplares, y pierde vigor de línea y tinta la figura impresa, así pierde fuerza de influir y color con que brillar el pensamiento que cae sobre otros pensamientos en un molde usado. Y lo que comenzó como rugido de león, acaba a poco como ladrido de can. (O.C., t. 21, p. 185.)

Modo de escribir: Primero, tiendo los rieles, y luego —echo a andar la máquina.—

Necesito ver antes lo que he de escribir.

Me creo, estudio, reconstruyo en mí los colores y el aspecto de lo que tengo que pintar. (O.C., t. 21, pp. 185-186.)

Es preciso dejar reposar las impresiones. En silencio, hacen su obra y camino. De este reposo viene el juicio sólido, pleno, seguro. El juicio que sigue inmediatamente a la impresión es incompleto. (O.C., t. 21, p. 189.)

La prosa tiene alas de hierro, y tarda en venir. La poesía tiene alas de mariposa, y viene pronto.—

—Por eso perece, porque se quema a toda luz.—

—No —porque, mariposa eterna, va en busca de la luz eterna, ¡no ha llegado todavía!

¡Y la poesía valerosa avanza, arrastrando, arrastrando sus alas!

¿Por qué en vez de diluir las ideas en largos artículos, no han de sintetizarse, a modo de odas, en prosa, cuando son ideas madres —en párrafos cortos, sólidos y brillantes?

La prosa que llega más aprisa, es la prosa poética. —Se lee de los proistas, no lo propio, para expresar lo cual la belleza de la prosa es escasa e impotente, —sino aquello en que reflejan los grandes trances de la historia de los hombres o de la naturaleza. (O.C., t. 21, p. 211.)

Porque a esto tengo jurado guerra a muerte: a la poesía cerebral. (O.C., t. 21, p. 214.)

No quiero para la poesía, la lengua débil de Séneca, —ni aquella floja, sobrada, vacilante, copiosa, exuberante: —de Lucano. —Pláceme, como en

Sondraka, la abundancia legítima: —y, de no haberla, por las condiciones ásperas de la naturaleza en que se cría, pláceme la rugosa y troncal lengua del Génesis. (O.C., t. 21, p. 214.)

Unos, quieren a las letras como a sus esposas; otros, como a sus queridas; —otros, como a hijas. Es el amor menos brillante, pero el más útil y puro. (O.C., t. 21, p. 220.)

¿Mi objeto? —no se me calumnie, diciendo que quiero imitar nada ajeno; mi objeto es desembarazar del lenguaje inútil la poesía: hacerla duradera, haciéndola sincera, haciéndola vigorosa, haciéndola sobria; no dejando más hojas que las necesarias para hacer brillar la flor. No emplear palabra en los versos que no tenga en sí propia, real e inexcusable importancia. —Denunciar el vulgar culto a la rima, y hacer a ésta esclava del pensamiento, vía suya, órgano suyo, traje suyo. (O.C., t. 21, pp. 220-221.)

Pues bien, en nuestra poesía, no teniendo aún alcance determinado el pensamiento religioso, ni el político, y entorpecido y azorado el pensamiento moral; —no pudiendo sacrificar en altares conocidos; —sacrifiquemos en uno que jamás perece, porque lo vamos haciendo nosotros mismos, con nuestros cuerpos y con nuestros dolores; —el de la historia. Salvemos nuestro tiempo; grabémoslo; cantémoslo; heroico, miserable, glorioso, rafagoso, confundido. Hagamos la historia de nosotros mismos, mirándonos en el alma; y la de los demás, viendo en sus hechos. Siempre quedará, sobre todo trastorno, la musa subjetiva, como es ahora de uso decir, y es propio, —y la histórica—. ¡Venturosos los pueblos que, como éste, tienen aún, sobre sus variados dolores personales, hazañas que cantar! (O.C., t. 21, p. 226.)

¡Oh! ¡qué bochornosa esclavitud! ¡qué voluntario y estéril servimiento! —En metros, a que va, si no la idea entera, buena parte de ella, la parte de idea que va siempre en la forma aparejada; —en asuntos, en corte, en modo de pensar, repetimos, sin dar paso al propio ingenio, los tipos antiguos, —o a lo sumo los modernos, que más señaladamente talan entre ellos, y los imitan. Como que tomamos sobre alas ajenas la medida de nuestras alas. Los tiempos por venir, no verán pues, los nuestros, puesto que se ajustan mansamente a aquellos en que nos amoldamos. —Pues ¿por qué se es grande en poesía, sino por traer a ella contingente nuevo, y abrir vía nueva, y hallar lengua más alta, más tierna, más terrible que las otras lenguas? No se es visto a distancia, desde lejos, sino a condición de ser montaña. (O.C., t. 21, pp. 226-227.)

Acercarse a la vida —he aquí el objeto de la Literatura: —ya para inspirarse en ella; —ya para reformarla conociéndola. —Los románticos aman los contrastes, cómico y trágico; mezcla: como en la existencia.

El romanticismo fue el lucero del naturalismo, y una especie de realidad imaginaria.

Toda tensión prolongada es falsa. Nada falso es duradero ni útil. Hacer amar lo falso es estancar, u obligar a volver atrás la humanidad. (O.C., t. 21, p. 227.)

1880-1882

Dana, como Flaubert, no usa al hablar ni al escribir, palabra que no tenga en sí, sentido propio. Lenguaje así hecho, penetra y convence. La sobriedad es la nobleza de la inteligencia. Lo cual no excluye la abundancia, dentro de la cual se puede ser sobrio: —pero ¡es tan difícil que todos los frutos de un árbol estén a un tiempo lozanos y maduros! Ese es el genio: lo trascendental en lo opulento.

Para pensar, altamente, me hace falta sufrir. Primero, caigo, tambaleando y muriendo. Y me levanto —con el cerebro en hervor, y el alma ágil. Brotan mis pensamientos como chispas. Parece como que el puñal que me entra en el cerebro, echa hacia adelante las ideas. Suben en alto, como espumas rotas, al chocar de la ola con la roca —como mina volada de diamantes, llameando al Sol. (O.C., t. 21, p. 234.)

1882

El lenguaje ha de ser matemático, geométrico, escultórico. La idea ha de encajar exactamente en la frase, tan exactamente que no pueda quitarse nada de la frase sin quitar eso mismo de la idea. (O.C., t. 21, p. 255.)

No debe expresarse en poesía sino lo muy profundo, lo muy amargo, lo muy delicado, lo muy tierno. Hacer al lenguaje poético vehículo de toda nimiedad: poner en rima frases que están en su punto en carta amorosa, o artículo de prensa —vale tanto como obligar a elegantísima y cultísima dama a trabajos de antesala y de cocina. Respetarla es preciso —no profanarla. (O.C., t. 21, p. 331.)

Hay un momento extraño de transformación en las naturalezas originales que, llevadas de su ansia de saber, han ahondado en las literaturas y gustando de ellas por lo refinado del amor artístico, no se atreven sino a sacrificarlas por completo a la novedad potente que les puja de adentro, y, produciéndose en ese estado adolescente, dan como producto de este estado, un estilo confuso, atormentado y casi deforme, en que las galas literarias de la literatura aprendida, afean y oscurecen la originalidad que corcovea bajo ellas, y ésta no brilla en todo su poder, como, seguramente, ha de brillar después, cuando la determinación de pensar y hablar con sinceridad haya llevado al escritor a entender que de todas las literaturas lo único cierto y perpetuo es lo que la razón aconseja en las letras como en los actos todos de la vida: la armonía. Armonía en el conjunto, y fuerza de idea, propia y distinta en cada (una) palabra. (O.C., t. 21, p. 344.)

El estilo tiene su plasticidad, y después de producirlo como poeta, se le debe juzgar y retocar como pintor: componer las distancias y valores, agrupar con concierto, concentrar los colores esenciales, desvanecer los que dañan la energía central. El estilo tiene sus leyes de dibujo y perspectiva. Aunque es mejor componer el cuadro en la mente, de primera intención, y echarlo al papel completo, para que no haya luego que recalentarlo, cuando falten al fuego rehecho algunos de los elementos propicios. (O.C., t. 21, p. 345.)

1892-1894

Yo conozco el placer de la palabra pintada, y del palacio de los pensamientos, y de decir lo que se ha sentido o visto, de modo que haga bien al mundo, y lo sienta y lo vea.

Pero eso es placer inferior, y deber inferior.

Cuando todos sean libres, y estén en vía de ser felices, entonces, si la vida entre el hombre ruin llega a tanto, será grato poner en lengua de bronce, que brille como oro, la verdad simple y fuerte de la vida, a la sombra de aquéllas.

Que ¡cuando todo padece, cuando todo sangra, cuando... ¿estaré yo como un rey, con los pies en la estufa, leyendo rimas y tirios para salirme como un sortilegio con un cúmulo de remiendo, y el traje de remiendo, y todo yo de remiendos, a que los míos me admiren, los míos, que lloran y sangran, porque sé mucho de...? De sus penas es de lo que quiero saber para remediárselas. Esa es, amigo mío, mi literatura, mi literatura salvaje.

Un bribón dice que mi literatura es salvaje, porque digo estas cosas, porque me sale de las venas la sangre de los demás; porque mi sangre es la sangre de todos. Y yo le digo: bribón, y sigo mi camino, consolando al triste.

El que va rimando iras, cuando los demás olvidan el odio y se deciden a amar, infame.

No traigo voz de indecorosa súplica —he visto el ángel de fuego. (O.C., t. 21, pp. 368-371.)

En América rimamos ideas, más que sentimientos. Se olvida que la poesía, y el arte todo, está en la emoción, en la emoción suprema e inesperada, por donde, en una hora propicia, culmina todo un orden de emociones semejantes, y hasta entonces como parciales e insuficientes. (O.C., t. 21, p. 432.)

La condición esencial del arte es la moderación. (O.C., t. 22, p. 21.)

¡Decir bien es bueno, pero obrar bien es mejor! (O.C., t. 22, p. 37.)

El desequilibrio, irrita. —Todo lo desequilibrado, irrita. Esta es la gran ley estética, la ley matriz y esencial. (O.C., t. 22, p. 38.)

Amo la forma, venero las letras, como de oro donde se alberga el pensamiento hermoso como para los católicos se alberga en el cáliz el cuerpo de Cristo. (O.C., t. 22, pp. 39-40.)

La belleza no es mera belleza literaria, mental, de segunda mano. Depende de que ve naturalmente lo bello, de que lo dice como lo ve, sin añadirle retoques ni abalorios, de que halla lo bello donde está, en la salud, en el amor sincero, en el trabajo, en la fuerza, en la naturaleza. (O.C., t. 22, p. 65.)

Hay algo de plástico en el lenguaje, y tiene él su cuerpo visible, sus líneas de hermosura, su perspectiva, sus luces y sombras, su forma escultórica y su color, que sólo se perciben viendo en él mucho, revolviéndolo, pesándolo, acariciándolo, puliéndolo. En todo gran escritor hay un gran pintor, un gran escultor y un gran músico. Un párrafo bien hecho es un tratado de armonía más sutil y complicado mientras más fino sea el artista, por lo que, en literatura como en música, el intérprete, que en literatura es el lector, ha de ser del mismo molde y fuego del (compositor) (autor) para que guste y haga gustar los efectos ocultos y melodiosos del colorido y el acento. ¡Qué estrago, el de una coma fuera de. (O.C., t. 22, p. 69.)

El naturalismo no viene a ser, en suma, más que el nombre pomposo de un defecto: la carencia de imaginación. Entre los naturalistas, y los que no necesitan serlo, hay la misma diferencia que entre los pintores copistas y los creadores. Una rigurosa deducción del naturalismo da con él en tierra. Ajustando cerradamente al arte la teoría naturalista: el pintor que copia un cuadro de Rafael es más grande pintor que Rafael. Y el que dibuja la pata aplastada y cenagosa de un puerco, que el que saca al lienzo los volcanes humeantes, llanuras florecientes, abismos agrietados, atmósfera azulada e interminable cielo del alma. (O.C., t. 22, p. 71.)

El arte es una forma del respeto; pero cuando se le exagera, es una falta de respeto. (O.C., t. 22, p. 97.)

Las obras literarias, si no son la explosión de una individualidad fantástica y potente, adecuado a todas las edades, son el reflejo del tiempo en que se producen. La Mitología engendró la *Ilíada*; el espiritualismo a Fausto; la teología a Dante; la caballería al Tasso. Hay, pues, que reseñar la historia para generar de ella la Literatura y estudiarla en lo que pudo ser y tuvo que ser: —allí donde no haya esas individualidades portentosas. (O.C., t. 22, p. 97.)

Otro amaneramiento hay en el estilo, —que consiste en fingir, contra lo que enseña la naturaleza, una frialdad marmórea que suele dar hermosura

de mármol a lo que se escribe, pero le quita lo que el estilo debe tener, el salto del arroyo, el color de las hojas, la majestad de la palma, la lava del volcán. (O.C., t. 22, p. 100.)

De un amaneramiento sí huyo; pero no de aquel que puede resultar, y debe resultar, de pretender poner, con las tradiciones de la lengua, las corrientes de la vida moderna y el fuego del mundo.

Opondré siempre a la escuela de la frialdad, la del calor; y a toda imitación, la de la naturaleza, griega en el reposo, hindú en la fiesta. (O.C., t. 22, p. 100.)

Adoro la sencillez, pero no la que proviene de limitar mis ideas a este o aquel círculo o escuela, sino la de decir lo que veo, siento o medito con el menor número de palabras posibles, de palabras poderosas, gráficas, enérgicas y armoniosas. (O.C., t. 22, p. 101.)

...hacer llorar, sollozar, increpar, castigar, crujir la lengua, domada por el pensamiento, como la silla cuando la monta el jinete; eso entiendo yo por escribir.

—No tocar una cuerda, sino todas las cuerdas.

—No sobresalir en la pintura de una emoción, sino en el arte de despartirlas todas. (O.C., t. 22, pp. 102-103.)

Aquella acumulación de pensamiento que parece confusión, cuando no es más que luminosa brevedad, —aquellos saltos de monte a monte, que cual paso natural de los gigantes... (O.C., t. 22, p. 110.)

Los hombres nuevos. A la Academia de los Retóricos, la Academia de la Naturaleza. (O.C., t. 22, p. 116.)

Fundar la Literatura en la ciencia. Lo que no quiere decir introducir el estilo y lenguaje científicos en la Literatura, que es una *forma de la verdad* distinta de la ciencia, sino comparar, imaginar, aludir y deducir de modo que lo que se escriba permanezca, por estar de acuerdo con los hechos constantes y reales. (...)

Nada sugiere tanta y tan hermosa Literatura como un párrafo de ciencia. Asombran las correspondencias y relaciones entre el mundo meramente natural y extrahumano y las cosas del espíritu del hombre, tanto que un axioma científico viene a ser una forma eminentemente gráfica y poética de un axioma de la vida humana. (O.C., t. 22, p. 141.)

Pero no tenían la sublime precipitación, la acumulación de cumbres, la sabia singularidad, la locura fortuniana de la fantasía, propias del genio. (O.C., t. 22, p. 141.)

En los países donde se padece, el caracolear con la mera fantasía es un delito público. La inteligencia se ha hecho para servir a la patria. Y la que no sirve para esto, hasta que toda la justicia no sea cumplida, fustigada y echada sea del cerco, como un perro ladrón. (O.C., t. 22, p. 142.)

Todo el arte de escribir es concretar.

Sucede al público vulgo con algunos escritores lo que a estos mismos acaso acontece con esas maquinarias complicadas, de construcción y efecto admirables, para entender las cuales y estimarlas no los ha preparado bien su educación rudimentaria, deforme, irregular, de unos lados pletórica, de otros anémica, cuando no atáxica y exangüe.

Apártanse los mal preparados de todo estilo bien trabajado y cargado de ideas trascendentales y nuevas, como los viajeros ignorantes se alejan con un mohín, o soportan con visible disgusto, la inspección y explicación de maquinarias de curiosísimo y venerable urdimiento, cuya trabazón les es, por lo superficial o desequilibrado de su instrucción, impenetrable.

Debe ser cada párrafo dispuesto como excelente máquina, y cada una de sus partes ajustar, encajar, con tal perfección entre las otras, que si se la saca de entre ellas, éstas quedan como pájaro sin ala, y no funcionan, o como edificio al cual se saca una pared de las paredes. Lo complicado de la máquina indica lo perfecto del trabajo. No es el dynamo de ahora la pila de Volta. Ni la máquina de Watt la marmita de Papin. Ni la locomotora de tranca de madera la locomotora de Brooks o de Baldwin. Apolo fue pedazo de montaña. Lo que acaba en estática empieza en Eved. (O.C., t. 22, páginas 156-157.)

¿Qué es poesía sino el concierto de soberbias íntimas, de amargos desfallecimientos, de patrióticas ansias, de perfumes del espíritu humano y del espíritu de la gran Naturaleza? (O.C., t. 22, p. 166.)

Y de que esa fe suma e inspiradora falte, viene que haya penuria de las artes y letras, que nacen de ella. Y despoblados los cielos, y no repoblados aún, se entretiene el hombre en el copiarse a sí mismo, lo cual puede ser que esté haciendo ya con nimiedad, escándalo y demasía; mas dejará fruto de verdad detrás de sí... (O.C., t. 22, p. 200.)

Los escritores mejores, cuando no escriben todos los días, usan más palabras de las necesarias —y el mérito mayor del estilo es no usar palabra que no sea indispensable, y así se ve de realce toda la fuerza y belleza de lo escrito. Saberse sacrificar es el precio del éxito durable en todo.

Mientras haya algo que decir, nada es largo. (O.C., t. 22, p. 203.)

Los hombres en Literatura son lo mismo que en política. Los caracteriza una necesidad vil de seguir y obedecer. Se encorvan, como las espigas

del trigo al viento. —Están casi siempre poseídos del apetito de la novedad de aquella pobre loca de que habla la Santa Escritura. Pues, por Dios que ya que son hombres, deben serlo, y no que en cuanto asoma uno por el gallinero, con cacareos de gallo triunfante, cresta saliente y colorines de victoria, ya toda la gallinería se puso en pie, y va tras el gallo, y cacarea como él, y usa sus colores. (O.C., t. 22, pp. 226-227.)

No hay más que diferenciar entre los talentos de análisis y los de síntesis. De aquéllos lo que se llama realismo; de éstos lo que se llama idealismo. La exageración natural e imponente de una u otra condición es el genio imperfecto: el genio perfecto es el que con el poder supremo de la moderación, co-explica el análisis y la síntesis, sin que ésta prescinda de aquélla, ni niegue aquélla a ésta, y suba a la síntesis por el análisis. (O.C., t. 22, p. 236.)

Y padecí de veras mientras ponía en equilibrio la imaginación y el juicio, y hacía a éste dueño de aquélla. El inglés y el francés me ayudaron a eso, porque la prosa de acá gasta pocos abalorios: yo no creo que el escritor se debe poner ante el público para lucir sus poderes, sino para darle, en la forma más propia del asunto, la cantidad mayor de ideas posible (O.C., t. 22, pp. 251-252.)

Perdón por esta culpa mía de ofrecer, en vez de un ramo de flores, un haz de relámpagos. Si mis jardines están hechos de ellos, ¿qué otras flores he de coger que las que hay en mis jardines? Y si nacen a mis ojos, por voluntad extraña a la mía, ¿cómo evitar que los ojos caigan sobre ellas: y si mandan que las pinte, como si fuesen espadas de fuego movidas por capitán invisible, cómo me libraré de su mandato? (O.C., t. 22, p. 317.)

No brotan las mejores ideas de la meditación, sino de la improvisación. Surgen las ideas en la conversación de una manera imprevista y espontánea, involuntariamente, pujantemente. No vienen a remolque de nuestra voluntad, sino que brillan de súbito a nuestros ojos asombrados, como en el Océano Pacífico una tempestad de relámpagos. Son fustas de fuego; no bueyes perezosos. Parece que la mente acapara en celoso silencio todas las varias y diversas impresiones exteriores, y las hierve calladamente al fuego interno, y luego a la menor brisa que sopla sobre el fuego, la llamarada surge, y el humo fragante, fortificante, cargado de savia, asciende, arrebolando con sus colores la tierra, al cielo. Y esto no es verdad solamente en ideas de orden poético, sino de esfera positiva y experimental. —O será que en nuestro interior se está sentado, como guardián, un consejero íntimo, que por nuestros labios revela a nuestra mente las leyes que han de guiarla. (O.C., t. 22, p. 311.)

El uso de una palabra extranjera entre las palabras castellanas, me hace el mismo efecto que me haría un sombrero de copa sobre el Apolo de Belvedere. (O.C., t. 22, p. 315.)

Parece como que es necesaria una reforma en nuestra manera de escribir. No debe escribirse de manera que el escritor luzca por alusiones que demuestran su conocimiento propio de modo que el lector, a la par que admire al escritor, no aproveche de lo que de él lee, ya por lo vago de la alusión, ya porque desconozca el asunto. No debe escribirse para ser admirado, por más que nunca deba, ni pueda dejar de pensarse en ser estimado y querido del lector, sino en decir las cosas de manera tan sólida, bien estudiada, concentrada, juzgada, depurada, acrisolada, aprovechada, completa, que cada una línea escrita deje conocimiento nuevo al lector, o idea clara y fecunda, muy diluida y probada por el autor mismo antes de darla, lo cual le aprovechará más que pomposas aunque afortunadas exhibiciones de facultad de imaginación y composición artística. El estilo de fruto debe sustituir al estilo de alusión. (O.C., t. 22, pp. 325-326.)

Respeto a mis pensamientos, como superiores a mí, e independientes de mí, y como guardaría un depósito. Hay ideas que yo elaboro y compagino, y urdo, y acabo, y son las más pobres de las que pasan como mías. —Otras vienen hechas, acabadas de suyo, sin intervención alguna de mi mente, y se salen sin mi permiso, sin preparación y sin anuncio, de mis labios. (O.C., t. 22, pp. 326-327.)

No hay que rebajar las condiciones que se tienen: sino equilibrarlas por el realce o adquisición de las que no se tienen. Para dar a los pueblos de la América del Sur lo que les falta, no hay que rebanarles la hermosa imaginación, sino levantarla, dotarlos de razón en igual grado. Lo contrario sería mejorar perdiendo. El capital futuro es capital constante en las naciones. Y un pueblo pierde en caudal, no en relación a lo que gana ahora, sino a si lo que gana ahora le impide ser mañana lo que con el cultivo de sus naturales condiciones pudiera ser. Preservad la imaginación, hermana del corazón, fuente amplia y dichosa. Los pueblos que perduran en la historia son los pueblos imaginativos. Y cread el pueblo sumo, rico sin rival en naturaleza, rico sin rival en imaginación, rico sin igual en razón, porque la imaginación es como una iluminadora, que va delante del juicio, avivándole para que vea lo que investiga, lo que ella descubre, y dejándolo atrás en reflexiones mientras ella, impaciente, parte a descubrir campiñas nuevas. La imaginación ofrece a la razón, en sus horas de duda, las soluciones que ésta en vano sin su ayuda busca. Es la hembra de la inteligencia, sin cuyo consorcio no hay nada fecundo. (O.C., t. 23, pp. 43-44.)

CRONOLOGIA

Vida y obra de José Martí

- 1853 Nace en La Habana, el 28 de enero, primogénito de Mariano Martí Navarro, sargento primero del Real Cuerpo de Artillería, natural de Valencia, y de Leonor Pérez Cabrera, natural de Santa Cruz de Tenerife.
- 1857 Viaja con sus padres a España. Por motivos de salud, su padre ha renunciado al cargo de Celador del barrio del Templete en La Habana.
- 1859 En junio regresa con sus padres de España. En julio su padre es nombrado Celador del barrio de Santa Clara, cargo del que será cesanteado en octubre de 1860.
- 1862 Estudia en el colegio «San Anacleto» de Rafael Sixto Casado, donde conoce a Fermín Valdés Domínguez. En octubre pasa algún tiempo en Hanábana (Jagüey Grande), ayudando a su padre que ocupa allí el puesto de Capitán Juez Pedáneo. Conoce de cerca los horrores de la esclavitud y jura, ante el cadáver de un esclavo ahorcado, «lavar con su vida el crimen» (*Versos sencillos*, XXX).
- 1866 Cursa estudios de bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, bajo la protección de su maestro Rafael María de Mendive.
- 1868 Cursa el segundo año de bachillerato en el colegio «San Pablo» de Mendive, incorporado al Instituto de La Habana. Publica sus primeros versos en *El Album*, periódico local de la villa de Guanabacoa: «A Micaela, en la muerte de Miguel Angel», composición dedicada a Micaela Nin, segunda esposa de Mendive.
- 1869 *Enero*. Primeros escritos patrióticos: el editorial de *El Diablo Cojuelo*; el poema dramático «Abdala» en *La Patria Libre*; el soneto «¡10 de Octubre!» en el periódico manuscrito estudiantil *El Siboney*. *Octubre 21*. Ingresa en la cárcel, acusado de «infidencia», por haberse encontrado en la casa de su amigo Fermín Valdés Domínguez una carta firmada por ambos en que llamaban apóstata a un condiscípulo alistado en el ejército español.
- 1870 *Marzo 4*. Es sentenciado a 6 años de presidio político, por asumir toda la responsabilidad de la carta hallada en el registro. (Valdés Domínguez, condenado a 6 meses de arresto.) *Abril 4*. Traslado a presidio, donde trabaja durante doce horas diarias en las Canteras de San Lázaro, con un grillete al pie. *Octubre 23*. Llagado, enfermo de los ojos, es conducido a Isla de Pinos, a la finca «El Abra» de José María Sardá, catalán amigo de su padre y dueño de las Canteras, quien obtiene su indulto.
- 1871 *Enero 15*. Embarca deportado para España y poco después publica en Madrid *El presidio político en Cuba*. *Mayo 31*. Comienza la carrera de

- Derecho en la Universidad Central de Madrid. *Setiembre 7*. Polemiza desde *El Jurado Federal* con *La Prensa*, en defensa de los cubanos residentes en Madrid.
- 1872 Se reúne con él en Madrid su amigo Valdés Domínguez, desterrado por el proceso de los estudiantes, quien lo encuentra enfermo de un sarcocele producido por las cadenas del presidio, del que se opera tres veces sin curar totalmente. Da clases para vivir. Comienza su drama *Adúltera*. El 27 de noviembre Martí, Valdés Domínguez y otros cubanos ofrecen honras fúnebres a los ocho estudiantes de medicina fusilados y reparten una hoja impresa redactada por Martí, quien pronuncia un discurso en casa de Carlos Sauvalle.
- 1873 *Febrero 15*. Publica en Madrid *La República española ante la Revolución cubana*. A partir de mayo continúa sus estudios universitarios en Zaragoza, en unión de Valdés Domínguez.
- 1874 *Febrero*. Termina en Zaragoza su drama *Adúltera*. *Abril 22*. Sus padres y hermanas embarcan hacia Veracruz, con el propósito de residir en ciudad México. *Junio 27*. Obtiene en Zaragoza el título de Bachiller. *Junio 30*. Se gradúa de Licenciado en Derecho Civil y Canónico. *Octubre 24*. Se gradúa de Licenciado en Filosofía y Letras. *Noviembre*. Conoce en París a Victor Hugo y a Augusto Vacquerie. En compañía de Valdés Domínguez visita otras ciudades europeas. Embarca en El Havre, vía Southampton y Nueva York, rumbo a México, para reunirse con su familia.
- 1875 *Enero 25*. Sale de Nueva York hacia México, vía Cuba. *Febrero 8*. Después de pasar por La Habana, sin desembarcar, llega este día a Veracruz, de donde viaja a ciudad de México. Allí se reúne con su familia y conoce a Manuel A. Mercado. *Marzo 7*. Inicia su colaboración en la *Revista Universal* con un poema a la memoria de su hermana Mariana Matilde (Ana), fallecida el 5 de enero. Cinco días después comienza a publicar su traducción de *Mes fils*, de Victor Hugo. *Abril 5*. Participa en los debates sobre materialismo y espiritualismo en el Liceo Hidalgo. *Mayo 7*. Comienza a utilizar el seudónimo de «Orestes» para firmar los Boletines que publica en *La Revista Universal*. *Mayo 21*. Polemiza durante varios días con *La Colonia Española* y *La Iberia*, en defensa de los insurrectos cubanos. *Noviembre*. Enferma de las dolencias adquiridas en presidio. *Diciembre 19*. Estrena en el Teatro Principal su proverbio en un acto *Amor con amor se paga*. Conoce a Carmen Zayas Bazán, con la que ha de comprometerse en matrimonio.
- 1876 *Enero 28*. Funda con otros escritores la Sociedad Alarcón, de autores, actores y críticos dramáticos. *Enero 31*. Discurso en la Academia de Bellas Artes de San Carlos en homenaje al pintor Santiago Rebull. *Marzo*. Discurso en el Liceo Hidalgo en la velada homenaje a la actriz andaluza

Pilar Belaval. *Mayo*. Sufre recaída de su antigua enfermedad, colabora en *El Federalista*, es elegido delegado a un Congreso Obrero. *Noviembre*. Al caer el gobierno liberal de Lerdo de Tejada, desaparece la *Revista Universal* y Martí decide abandonar México. *Diciembre 29*. Parte hacia Veracruz, con rumbo a Cuba.

- 1877 *Enero 2*. Embarca en Veracruz para La Habana con el nombre de Julián Pérez. Llega el 6. *Febrero 18*. Lee en casa de Valdés Domínguez, en reunión de amigos, su drama *Adúltera*. *Febrero 24*. Parte hacia Progreso, México, en dirección a Guatemala. *Marzo 7*. Su familia regresa a La Habana procedente de Veracruz. *Marzo 26*. Llega a Zacapa, Guatemala. Poco después se entrevista con el presidente, general Justo Rufino Barrios. *Abril*. Es nombrado profesor de la Escuela Normal en la cátedra de literatura; escribe el drama indio *Patria y libertad*; pronuncia un discurso sobre Guatemala; conoce a María García Granados («La niña de Guatemala»). *Mayo*. Es nombrado catedrático de Literatura francesa, inglesa, italiana y alemana, y de Historia de la Filosofía, en la Universidad. *Noviembre 29*. Sale hacia México para casarse. *Diciembre 20*. Contrae matrimonio con su prometida, Carmen Zayas Bazán, en el Sagrario de la Catedral de ciudad México.
- 1878 *Enero*. Regresa a Guatemala con su esposa. *Marzo*. Se publica en México su folleto *Guatemala*. *Abril 6*. Renuncia a su cátedra en la Escuela Normal como protesta contra la arbitraria destitución de su director, el cubano José María Izaguirre, depuesto por Barrios. *Agosto 31*. Llega a La Habana con su esposa, acogido a la amnistía del Pacto del Zanjón. *Noviembre 7*. Es nombrado socio de honor del Liceo de Guanabacoa. *Noviembre 22*. Nace su hijo José Francisco. Trabaja en el bufete de Miguel F. Viondi, donde más tarde conspira con Juan Gualberto Gómez.
- 1879 *Enero 22*. Pronuncia su primer discurso en Cuba, en el homenaje póstumo que el Liceo de Guanabacoa rinde al poeta Alfredo Torroella. *Marzo 14*. Participa en el debate sobre idealismo y realismo en literatura dramática, celebrado en el Liceo de Guanabacoa, defendiendo el primero. *Marzo 18*. Es elegido Vicepresidente del Club Central Revolucionario de La Habana, al constituirse éste en reunión secreta. *Abril 21*. Al hacer el brindis en el banquete-homenaje al periodista Adolfo Márquez Sterling, pronuncia un breve discurso oponiéndose al autonomismo. *Abril 27*. Discurso en el Liceo de Guanabacoa, en homenaje al violinista Rafael Díaz Albertini, escuchado con alarma por el Gobernador General Ramón Blanco. *Junio 21*. Conferencia en el Liceo de Guanabacoa sobre el teatro de José Echegaray. *Setiembre 17*. Es detenido por conspirar contra el gobierno español. *Setiembre 25*. Sale deportado a España. *Octubre 11*. Llega a Santander, en cuya cárcel es retenido dos días. *Noviembre 19*. Se entrevista en Madrid con el político español Cristino Martos. *Diciembre*. Sale para Francia. Conoce en París a Sarah Bernhardt. Embarca hacia Norteamérica.

- 1880 *Enero 3.* Llega a Nueva York. *Enero 24.* Lectura en Steck Hall: análisis de los problemas políticos y sociales de Cuba. Recaudación de fondos para sufragar las expediciones de los generales Calixto García, Ramón L. Bonachea y Carlos Roloff. *Febrero 21.* Aparece en *The Hour* su primer artículo en inglés: «Raimundo Madrazo». *Marzo 3.* Su mujer y su hijo llegan a Nueva York. *Mayo 13.* Como presidente interino del Comité Revolucionario Cubano de New York, dirige una proclama a los cubanos anunciando el desembarco en Cuba de Calixto García, cuyas proclamas también redacta. *Julio 8.* Publica su primer artículo (sobre *Bouvard y Pécuchet*, de Flaubert) en *The Sun*, de Charles A. Dana. *Octubre 13.* En carta al general Emilio Núñez le aconseja que deponga las armas, ante la inutilidad de continuar la lucha solo. *Octubre 21.* Por desavenencias con Martí, su mujer parte hacia Cuba con el niño.
- 1881 *Enero.* Llega a Caracas, donde lo primero que hace es ir a ver la estatua de Bolívar. Da clases de gramática francesa y de literatura en el Colegio Santa María, de Agustín Aveledo. *Marzo 21.* Discurso en el Club del Comercio, sobre Venezuela y América. Da clases de literatura en el Colegio Guillermo Tell Villegas, en el que establece una escuela de Oratoria. En junio empieza a colaborar en *La Opinión Nacional*, de Caracas. *Julio 1.* Aparece su *Revista Venezolana*, en cuyo segundo número, con fecha 15, se publica su elogio de Cecilio Acosta, que disgusta al presidente Guzmán Blanco, lo que determina la salida de Martí para Nueva York el 28 de julio. *Agosto 20.* Envía su primera correspondencia desde Nueva York para *La Opinión Nacional*. Utiliza el seudónimo *M. de Z.* hasta diciembre. *Diciembre.* Colabora en *La Pluma*, de Bogotá.
- 1882 Publica *Ismaelillo*, dedicado a su hijo, y escribe muchos de sus *Versos libres*. *Julio 15.* Redacta su primera correspondencia para *La Nación*, de Buenos Aires, la que se publica el 13 de setiembre: «Muerte de Guiteau». *Julio 20.* Después de entrevistarse con el general Flor Crombet, escribe a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, en un intento por llevar de nuevo la revolución a Cuba. Trabaja como empleado de comercio. En diciembre regresan su esposa y su hijo.
- 1883 *Febrero.* Termina de traducir para la Casa Appleton *Nociones de Lógica*, de W. S. Jevons. Con el producto de este trabajo lleva a su padre a vivir con él. *Mayo.* Trabaja como redactor de *La América*, de Nueva York. *Julio 24.* Pronuncia un discurso en la sala del restaurant «Delmónico», de Nueva York, ante el presidente de Honduras y diplomáticos latinoamericanos, en homenaje a Simón Bolívar por el centenario de su nacimiento. *Agosto.* Trabaja en las oficinas comerciales de Carlos Carranza y Co., en Nueva York. La Casa Appleton publica sus traducciones *Antigüedades romanas*, de A. S. Wilkins, y *Antigüedades griegas*, de J. P. Mahaffy. Aparecen en Nueva York los *Cuentos de hoy y de mañana*, de Rafael de Castro Palomino, con prólogo de Martí.

- 1884 Dirige la revista *La América*. En enero es nombrado miembro corresponsal en Nueva York de la Sociedad de Amigos del Saber, de Caracas. Después de varias entrevistas con los generales Gómez y Maceo, decide separarse de sus planes. El 20 de octubre dirige al general Gómez una carta en que formula sus principios civilistas y republicanos: «Un pueblo, no se funda, General, como se manda un campamento...».
- 1885 En marzo su esposa e hijo parten de nuevo hacia La Habana. Publica en varias entregas de *El Latino Americano*, de Nueva York, su novela *Amistad Funesta*, con el seudónimo de Adelaida Ral. Colabora con *El Avisador Cubano*, de Nueva York. *Junio 23*. Invita a los cubanos de Nueva York para el día 25, en Clarendon Hall, con el fin de responder ante ellos de su conducta política. *Octubre 9*. Invitado por la emigración cubana de Filadelfia para hablar en la conmemoración del 10 de Octubre de 1868, declina el honor, prefiriendo mantenerse en silencio mientras se desarrollan los preparativos del «plan Gómez-Maceo». *Diciembre*. Termina de traducir la novela *Called Back*, de Hugh Conway, que titula *Misterio*, para la casa Appleton.
- 1886 *Enero*. La casa Appleton publica su traducción de la novela de Hugh Conway. *Abril*. Trabaja nuevamente en el Consulado de Uruguay. *Mayo 15*. Escribe su primera correspondencia para *El Partido Liberal*, de México. *Julio 8*. Envía su primera correspondencia a *La República*, de Honduras. Colabora en *El Economista Americano*, de Nueva York.
- 1887 *Enero*. Domingo Faustino Sarmiento pide a Paul Groussac que traduzca al francés la crónica de Martí «Fiestas de la estatua de la Libertad», ya que, a su juicio, «después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal». *Febrero 2*. Muere el padre de Martí en La Habana. *Abril 16*. Es nombrado Cónsul General del Uruguay en Nueva York. *Octubre 10*. Discurso en el Masonic Temple de Nueva York, que señala el fin de su retraimiento político. En noviembre preside la Comisión Ejecutiva de Cubanos. Su madre se reúne con él. Durante este año más de 20 periódicos de América Latina reproducen sus artículos de *La Nación*, de Buenos Aires, y *El Partido Liberal*, de México.
- 1888 *Febrero*. Trabaja en la traducción del poema *Lalla Rookh*, de Thomas Moore, cuyos manuscritos se perdieron. *Julio*. Publica su traducción de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson. *Setiembre 23*. Es designado socio corresponsal en Nueva York de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de San Salvador. *Octubre 10*. Discurso en Masonic Temple en conmemoración del 10 de octubre de 1868. *Octubre 12*. Es designado representante en Estados Unidos y Canadá de la Asociación de la Prensa de Buenos Aires.
- 1889 *Marzo 25*. Publica «Vindicación de Cuba» en *The Evening Post*, como respuesta a la reproducción que este diario hizo del artículo de *The Ma-*

nufacturer, de Filadelfia, donde tratando sobre la compra y anexión de Cuba por los Estados Unidos, se menospreciaba ofensivamente a los cubanos. Estos escritos fueron publicados bajo el título de *Cuba y los Estados Unidos*. *Julio*. Aparece *La Edad de Oro*, revista mensual dedicada a los niños de América, enteramente redactada por Martí. Después del cuarto número se suspende su publicación por desavenencias de Martí con el editor. *Octubre 10*. Discurso en Hardman Hall en conmemoración del 10 de octubre de 1868. *Noviembre 30*. Discurso en Hardman Hall en homenaje al poeta José María Heredia. *Diciembre 19*. Discurso en la Sociedad Literaria Hispano-Americana, en la velada ofrecida en honor de los Delegados de la Conferencia Internacional Americana. Se conoce como «Madre América».

1890 *Enero 20*. Inauguración de La Liga, sociedad de instrucción para los emigrados cubanos y puertorriqueños de color, de la que Martí es fundador, con Rafael Serra, además de presidente honorario y maestro. *Marzo 14*. Viaja a Washington para observar de cerca el desarrollo de la Conferencia Internacional Americana, de la cual es cronista en *La Nación* de Buenos Aires. *Junio 16*. Discurso patriótico, para allegar fondos, en el Club Los Independientes, fundado por Juan Fraga en Nueva York. *Julio 24*. Es designado Cónsul General de la República Argentina en Nueva York. *Julio 30*. Es designado Cónsul del Paraguay en Nueva York. *Agosto*. Enfermo, va a reponerse a las Montañas Catskill, donde escribe *Versos sencillos*. *Octubre 1*. Es nombrado profesor de español del Central Evening High School, en Nueva York. *Octubre 10*. Discurso en Hardman Hall. *Diciembre 6*. Es elegido Presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana. *Diciembre 13*. Lee *Versos sencillos* a un grupo de amigos en su casa. *Diciembre 23*. Es designado por el gobierno del Uruguay representante a la Conferencia Monetaria Internacional Americana que habrá de celebrarse en Washington.

1891 *Enero*. Colabora en *La Revista Ilustrada* de Nueva York. *Marzo 30*. Lee en español e inglés en la Conferencia Monetaria Internacional Americana, su informe sobre Bimetalismo, siendo adoptada su proposición. *Abril 23*. Discurso en honor a México en la Sociedad Literaria Hispano-Americana. *Mayo 20*. Se publica su última correspondencia en *La Nación* de Buenos Aires. *Junio 6*. Discurso en honor de Centroamérica en la Sociedad Literaria Hispano-Americana. *Junio 30*. Su esposa e hijo vuelven a Nueva York. *Agosto 27*. Su esposa lo abandona definitivamente, regresando a Cuba con su hijo. *Octubre 10*. Discurso en Hardman Hall, que suscita la protesta del Cónsul español en Nueva York por ostentar Martí la representación de tres países amigos. En respuesta renuncia a los Consulados de Uruguay, Argentina y Paraguay. También en octubre aparecen sus *Versos sencillos*. *Noviembre 25*. Invitado por el Club Ignacio Agramonte, llega a Tampa, donde lo espera una multitud de emigrados revolucionarios. *Noviembre 26*. En reunión con los Clubes de emigrados cubanos, obtiene la aprobación de unas Resoluciones que culminarán en la fundación del Partido Revolucionario Cu-

bano. Pronuncia por la noche, en el Liceo Cubano de Tampa, el discurso «Con todos y para el bien de todos». *Noviembre 27*. Funda en Tampa La Liga, con los mismos fines que la de Nueva York. Pronuncia en la Convención Cubana, en la velada conmemorativa del 27 de noviembre de 1871, su discurso «Los pinos nuevos». *Diciembre 25*. Llega enfermo a Cayo Hueso, donde lo espera en el muelle una multitud de cubanos emigrados. *Diciembre 30*. Los obreros de la fábrica de tabacos de Hidalgo Gato le obsequian un Album de pensamientos escritos por ellos.

- 1892 *Enero 5*. En el Hotel Duval, de Cayo Hueso, en reunión de presidentes de las agrupaciones de emigrados, da lectura y obtiene la aprobación unánime a las Bases y Estatutos Secretos del Partido Revolucionario Cubano, que son aprobadas también el día 8 por los emigrados de Tampa. *Enero 12*. Responde a la carta publicada por Enrique Collazo en *La Luchá* (La Habana, 6 de enero) en la que censuraba duramente a Martí por su alusión crítica al libro de Ramón Roa *A pie y descalzo* hecha en el discurso de 26 de noviembre de 1891, en Tampa. Como consecuencia de esa carta, los emigrados reiteran su respaldo a Martí. Más tarde Collazo ha de reconocer su error. *Febrero 21*. Discurso en Hardman Hall sobre su último viaje a La Florida, conocido por «Oración de Tampa y Cayo Hueso». *Marzo 5*. Discurso en la Sociedad Literaria en honor a Venezuela. *Marzo 14*. Aparece el primer número de *Patria*. *Abril 10*. Proclamación del Partido Revolucionario Cubano por todos los emigrados cubanos y puertorriqueños en Estados Unidos. Martí, Delegado; Benjamín J. Guerra, Tesorero; Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Secretario. *Abril 17*. Discurso en la confirmación de la proclamación del Partido Revolucionario Cubano, en Hardman Hall. *Junio 29*. Comunica a los Clubes revolucionarios que los militares miembros de los mismos deben elegir al Jefe del Ejército Libertador, elección que recae en el general Máximo Gómez. Durante el mes de julio realiza un viaje de propaganda por La Florida (Tampa, Cayo Hueso, Ocala, Jacksonville, San Agustín). *Agosto 17*. Discurso en la recepción ofrecida en su honor por los emigrados cubanos de Filadelfia. *Setiembre 13*. Entrevista con el general Gómez en su finca La Reforma, Montecristi, República Dominicana. En carta oficial, en nombre del PRC, ofrece a Gómez el mando supremo de la guerra. Viaja por Santo Domingo, Haití, Jamaica, donde continúa su propaganda y conoce a la madre y a la esposa de Antonio Maceo. *Octubre 23*. Informa en Nueva York de su viaje por las Antillas. Entre noviembre y diciembre realiza otro recorrido por La Florida. En Tampa enferma gravemente por envenenamiento. Regresa a Nueva York el 24 de diciembre.
- 1893 *Enero 15*. Discurso en Hardman Hall sobre su último viaje por La Florida. Continúa enfermo a consecuencia del envenenamiento sufrido en Tampa. Entre febrero y mayo realiza otros dos recorridos por La Florida. *Mayo 24*. Conoce a Rubén Darío. Discurso en Hardman Hall sobre el fracasado levantamiento de los hermanos Sartorius en Hol-

- guín. *Junio 3*. Segunda entrevista con el general Gómez en Montecristi, Santo Domingo. Viaja por Haití y Panamá hacia Costa Rica. *Junio 30*. Llega a Puerto Limón, en Costa Rica, para entrevistarse con el general A. Maceo. *Julio 7*. Pronuncia en la Escuela de Derecho de San José de Costa Rica una conferencia sobre «El porvenir de América y las poderosas influencias extranjeras bajo las cuales se desenvuelven y crecen los pueblos latinoamericanos». De regreso en Nueva York sale de nuevo para La Florida en setiembre. *Octubre 28*. Discurso sobre Bolívar en la Sociedad Literaria Hispano-Americana. *Noviembre*. Informa al Cuerpo de Consejo de Nueva York y a los cubanos de Filadelfia sobre el levantamiento de Las Villas, provocado por una orden falsa. En diciembre, nuevo recorrido por La Florida. Éste año aparece en Nueva York *Los poetas de la guerra*, con prólogo suyo.
- 1894 *Enero 18*. Se encuentra en Tampa. Siguiendo sus instrucciones, el abogado norteamericano S. Rubens se hace cargo de la defensa de los obreros cubanos despedidos por la fábrica de tabaco *La Rosa Española*, en Cayo Hueso. *Febrero 24*. Discurso en el salón «Jaeger's» de Nueva York en homenaje a Fermín Valdés Domínguez, reivindicador de la memoria de los estudiantes de Medicina fusilados el 27 de noviembre de 1871. *Abril 8*. El General Gómez, acompañado de su hijo Francisco Gómez Toro, llega a Nueva York para entrevistarse con Martí. *Abril 21*. El General Gómez parte para Santo Domingo, dejando a su hijo Panchito en Nueva York con Martí. Juntos hacen un recorrido por varias ciudades de Estados Unidos durante el mes de mayo, embarcando después en Nueva Orleans para Costa Rica, donde en junio Martí se entrevista con los generales Antonio y José Maceo y Flor Crombet, dirigiéndose después a Panamá y Jamaica hacia Nueva York, donde informa al Cuerpo de Consejo el 5 de julio. En julio 18 llega a México para entrevistarse con el presidente Porfirio Díaz. Vive en la casa de su amigo Mercado. Viaja a Veracruz y regresa a Nueva York en agosto. En octubre realiza otra gira de organización revolucionaria por La Florida. *Diciembre 8*. Redacta y envía a Juan Gualberto Gómez, en La Habana, el Plan de Alzamiento que firman, junto con él, José María Rodríguez (Mayía) en nombre de Gómez y Enrique Collazo por los comprometidos en la isla. *Diciembre 25*. Completa los detalles para el llamado Plan de Fernandina.
- 1895 *Enero 10*. Fracasa, por delación a las autoridades norteamericanas, el Plan de Fernandina, que consistía en invadir la isla mediante tres expediciones al mando de Serafín Sánchez, Antonio Maceo y Martí, quien iría con Collazo y Mayía hacia Santo Domingo en busca de Gómez. *Enero 29*. Redacta y envía a Juan Gualberto Gómez en La Habana la Orden de Alzamiento que suscriben Mayía Rodríguez y Collazo. *Enero 31*. Embarca en Nueva York hacia Santo Domingo para reunirse con Gómez, acompañado por Mayía, Collazo y Manuel Mantilla. *Marzo 25*. Firma, en unión del general Gómez, el *Manifiesto de Montecristi*, máxima formulación de su doctrina revolucionaria. Escribe su carta a Federico Henríquez Carvajal, considerada un testamento político, y la

carta de despedida a su madre. *Abril 11*. Después de vencer múltiples dificultades, logra salir en el vapor frutero alemán *Nordstrand*, de Inagua hacia Cuba. Desembarca en un bote, en noche borrascosa, junto con Gómez, Francisco Borrero, Angel Guerra, César Salas y el negro dominicano Marcos del Rosario, en un sitio de la costa sur de Oriente llamado Playitas. *Abril 11*. Incorporado a las tropas cubanas, es nombrado Mayor General del Ejército Libertador en reunión de oficiales. *Abril 25*. Después de varias jornadas de marcha a través de montes espesos, penetran en la jurisdicción de Guantánamo, encontrándose con las fuerzas de José Maceo, que acaba de derrotar a tropas españolas. Martí cura a los heridos. *Abril 28*. Redacta y firma con Gómez la circular a los jefes *Política de guerra*, inspirada en la tesis de la guerra sin odio. *Mayo 2*. Redacta la carta-manifiesto al director del *New York Herald*, sobre los motivos y principios de la guerra, entregándosela al corresponsal G. E. Bryson. *Mayo 5*. En el ingenio *La Mejorana* se verifica la reunión de los tres jefes: Martí, Gómez y Maceo. Hay discusión de criterios y se acuerdan las líneas generales de la campaña revolucionaria. *Mayo 14*. Firma, en unión del General Gómez, la *Proclama a los jefes y oficiales del Ejército Libertador*. *Mayo 18*. Escribe su carta trunca a Manuel A. Mercado, en que revela el objetivo antiimperialista de toda su obra. *Mayo 19*. Después de arengar a la tropa, cae mortalmente herido en la acción de Dos Ríos, sin que los cubanos puedan rescatar el cadáver, que es conducido a Santiago de Cuba.

BIBLIOGRAFIA

A. OBRAS

I. PRIMERAS EDICIONES ¹

MARTÍ, JOSÉ

- *El presidio político en Cuba*, folleto, Madrid, Imprenta de Ramón Ramírez, 1871.
- *La República Española ante la Revolución Cubana*, folleto, Madrid, Imprenta de Segundo Martínez, 1873.
- *Amor con amor se paga*, teatro, México, Imprenta del Comercio de Dublán y compañía, 1876.
- *Guatemala*, folleto, México, Edición de "El Siglo XIX", 1878.
- *Ismaelillo*, poemas, Nueva York, Imprenta de Thompson y Moreau, 1882.
- *Amistad funesta* (seud. Adelaida Raí). En *Latino-americano*, Nueva York, 1885.
- *La Edad de Oro*. Nueva York, 1889.
- *Cuba y los Estados Unidos*, folleto, Nueva York, El Avisador Hispano-americano Publishing C.º, 1889.
- *Versos sencillos*, poemas, Nueva York, Imprenta de Louis Weis and C.º, 1891.

II. OBRAS COMPLETAS

MARTÍ, JOSÉ

- *Obras del Maestro*, Ed. Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Washington, La Habana, Torino, Berlín, 1900-1919, 15 vols.
- *Obras completas*, Ed. Alberto Ghirardo, Madrid, Atlántica, 1925-1929, 8 vols.
- *Obras completas de José Martí*, Ed. Armando Godoy y Ventura García Calderón, París, Excelsior, 1926, 2 vols.

- *Obras completas*, Ed. Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, Editorial Trópico, 1936-1953, 74 vols.
- *Obras completas*, Ed. M. Isidro Méndez, La Habana, Editorial Lex, 1946, 2 vols.
- *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, 27 vols.
- *Obras completas*, Ed. Jorge Quintana, Caracas, 1964, 4 vols. 5 tomos.

III. ANTOLOGIAS Y OTRAS EDICIONES

MARTÍ, JOSÉ

- *Adúltera*, Ed. Trópico, La Habana, 1936.
- *Antología*, Edición, introducción y notas de Julio Ortega, Madrid, Salvat Editores/Alianza Editorial, 1972.
- *Apuntes inéditos*, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1951.
- *Cuba, Nuestra América y los Estados Unidos*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, México, Siglo XXI Editores, 1973.
- *Epistolario. Antología*, Introducción, selección, comentario y notas por Manuel P. González, Madrid, Gredos, 1973.
- *Epistolario de José Martí*, arreglado cronológicamente con introducción y notas por Félix Lizaso, La Habana, Cultural S. A., 1930-31, 3 vols.
- *Escritos desconocidos de José Martí*, recopilación, prólogo y notas por Carlos Ripoll, New York, Eliseo Torres and Sons, 1971.
- *Esquema ideológico*, Selección, prefacio, glosas y notas por Manuel P. González e Iván A. Schulman, México, Editorial Cultura, 1961.
- *Granos de oro*, pensamientos seleccionados en la obra de José Martí, por Rafael G. Argilagos (Ceiba del Agua), La Habana, Impreso por La Sección de Artes Gráficas del C.S.T. del Instituto Cívico Militar, 1942.
- *Ideario*, ordenado por M. Isidro Méndez, La Habana, Cultural S. A., 1930.
- *José Martí: sus mejores páginas*, Selección y prefacio de Jorge Mañach, Lima, Organización continental de los Festivales del Libro, 1959.
- *Martí*, Prólogo y selección de Mauricio Magdaleno, 2.^a ed., México, Ed. Oasis, 1968.
- *Martí en The Hour*, seis trabajos desconocidos de Martí en The Hour, compilados por Carlos Ripoll, Nueva York, Eliseo Torres and Sons, 1974.
- *Martí y la primera revolución cubana*. Prologado y compilado por Ernesto Goldar, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- *Nuestra América*. Ed. Pedro Henríquez Ureña, Buenos Aires, Losada, 1939.
- *Nuestra América*. Prólogo y selección de J. Torres Bodet, México, Secretaría de Educación Pública, 1945.

- *Nuestra América*. Compilación y prólogo de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Casa de las Américas, 1974.
- *Páginas escogidas*. Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Editora Universitaria, 1965.
- *Poesías*, Ed. Juan Marinello. La Habana, Cultural, 1953.
- *Prosa escogida*. Selección y prólogo de José Olivio Giménez, Madrid, E.M.E.S.A., 1975.
- *Sección Constante*. Compilación y prólogo de Pedro Grases, Caracas, Imprenta Nacional, 1955.
- *Versos*, Nueva York, Las Américas, 1962.
- *Versos*, Salamanca, Anaya, 1971.

B. ESTUDIOS

I. ANTOLOGIAS Y RECOPIACIONES CRITICAS

- *Antología crítica de José Martí*, Ed. Manuel P. González, México, Cultura, 1960.
- *Anuario Martiano*, publicado por la Sala Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba, La Habana, núms. 1-5, 1969-1974.
- *Archivo José Martí*, La Habana, 1940-1952.
- *Archivo José Martí: repertorio crítico, medio siglo de estudios martianos*. Nueva York. Eliseo Torres and Sons, 1971.
- *José Martí (1853-1895). Vida y obra. Bibliografía. Antología*. Nueva York, Hispanic Institute in the United States, Columbia University, 1953.

II. ESTUDIOS Y ARTICULOS CRITICOS

- ACHÚGAR, HUGO: "Algunas ideas de Martí entre 1875 y 1877". *Actas del XVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Gainesville, Florida (en prensa).
- ACOSTA, LEONARDO: "La concepción histórica de Martí", en *Casa de las Américas*, núm. 67, La Habana, 1971.
- AGRAMONTE, ROBERTO: *Martí y su concepción del mundo*, Puerto Rico, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1971.
- ALMENDROS, HERMINIO: "Notas sobre Martí innovador en el idioma" *Casa de las Américas*, núm. 41, La Habana, 1967.
- : *Nuestro Martí*, 1.^a ed., La Habana, Editora Juvenil, Editorial Nacional de Cuba, 1965.
- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE: "José Martí", *Archivo José Martí*, núm. 5, 1942.
- ARCE DE VÁZQUEZ, MARGOT: "*Sueño con claustros de mármol*" de José Martí. *Estudios Martianos*. San Juan, Editorial Universitarios, 1974.

- ARROM, JOSÉ JUAN: "Raíz popular de los 'Versos sencillos' de José Martí", *Certidumbre de América*, Madrid, Editorial Gredos, 2.ª ed., 1971.
- AUGIER, ANGEL I.: "Introducción a Ismaelillo", *Anuario Martiano*, núm. 1, La Habana, 1969.
- AVILA, FRANCISCO J.: *Martí en el periodismo caraqueño*, Caracas, 1968.
- BÉGUEZ CÉSAR, JOSÉ A.: *Martí y el krausismo*, La Habana, Compañía Editora de Libros y folletos, 1944.
- BRENES-MESÉN, ROBERTO: "Martí en México", *Repertorio Americano*, San José, 5 de enero, 1935.
- : "José Martí, poeta", *Archivo José Martí*, núm. 16, La Habana, 1950.
- CAILLET-BOIS, JULIO: "Martí y el modernismo literario", *Memoria del Congreso de Escritores Martianos*, La Habana, 1963.
- CANTÓN NAVARRO, JOSÉ: *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970.
- CARBONELL, NÉSTOR: *Martí, carne y espíritu*, La Habana, Seoane y Fernández Cía., 1951-1952, 2 tomos.
- CARPENTIER, ALEJO: "Páginas del diario de José Martí", *Granma*, La Habana, enero 22, 1972.
- CARRANCA TRUJILLO, CAMILO: *Acerca de Martí en México*, México, Ediciones del Bloque de Obreros Intelectuales, 1934.
- CARTER, BOYD G.: "Martí en las revistas del modernismo antes de su muerte", *Anuario Martiano*, núm. 4, La Habana, 1972.
- CUE CANOVAS, AGUSTÍN: *Martí, el escritor y su época*, México, Ed. Centenario, 1961.
- DILL HANS-OTTO: *El ideario literario y estético de José Martí*, La Habana, Premio Casa de las Américas, 1975, ensayo.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: "Martí y la revelación de Nuestra América" *Nuestra América*, La Habana, Casa de las Américas, 1974.
- : "Martí en su (tercer) mundo", prólogo a la antología *Martí*, Montevideo, Biblioteca de Marcha, colección Los Nuestros, 1970.
- : También en *José Martí, páginas escogidas*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1971.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: "La crítica de Martí" (1972) en *Para una teoría de la literatura Hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, Cuadernos de Casa de las Américas, núm. 16, 1975.
- FLORIT, EUGENIO: "José Martí, vida y obra" en *Revista Hispánica Moderna*, XVIII, 1952.
- GALICH, MANUEL: "Acotaciones a 'Nuestra América'", *Casa de las Américas*, La Habana, año XII, núm. 68, 1971.
- GALINDO, ISIS DE ME: "La modalidad impresionista en la obra de José Martí", *Anuario Martiano*, núm. 4, La Habana, 1972.
- GARCÍA MARRUZ, FINA: "José Martí", *Lyceum*, La Habana, mayo 1952 y también en *Archivo José Martí*. La Habana, enero-diciembre, 1952.
- GARCÍA MARRUZ, FINA Y VITIER, CINTIO: *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969.

- GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO: "José Martí, epistológrafo", *Revista Iberoamericana*, XIII, Pittsburgh, 1947.
- : "Prontuario de temas martianos que reclaman dilucidación", *Anuario Martiano*, núm. 1, La Habana, 1969.
- : *Indagaciones martianas*, Santa Clara, Universidad Central de Las Villas, 1961.
- : *José Martí en el octogésimo aniversario de la iniciación moderna* (1882-1962). Caracas, Ministerio de Educación, 1962.
- : "Las formas sintéticas en el período de mayor madurez de la prosa martiana (1880-1895). *Estudios Martianos*. San Juan, Editorial Universitaria, 1974.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL: "La edad de oro", *Azul*, vol. III, México, 8 septiembre, 1895.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: "Martí, escritor", *Archivo José Martí*, núm. 7, 1943.
- IBÁÑEZ, ROBERTO: "Imágenes del mundo y del trasmundo en los 'Versos sencillos'" *Memoria del VI Congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana*, México, Imprenta Universitaria, 1954.
- IDUARTE, ANDRÉS: *Martí, escritor*, 2.^a ed., La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1951.
- JIMÉNEZ, JOSÉ OLIVIO: "Introducción", *Prosa escogida*, Madrid, E.M.E.S.A., 1975.
- KEY AYALA, SANTIAGO: "Caracas en Martí", *Revista Nacional de Cultura*, año XIV, núm. 96, Caracas, 1953.
- LAGMAVOVICH, DAVID: "Lectura de 'Nuestra América'", *Actas del XVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Gainesville (en prensa).
- LE RIVEREND, JULIO: "Martí: ética y acción revolucionaria", *Casa de las Américas*, núm. 57, vol. 10, La Habana, 1969.
- LLAVERÍAS Y MARTÍNEZ, JOAQUÍN: *Los periódicos de Martí*, La Habana, Imprenta Pérez Sierra y Cía., 1929.
- MALDONADO DENIS, MANUEL: "La América de Martí", *La Torre* (Universidad de Puerto Rico), XIV, núm. 53, 1966.
- MAÑACH, JORGE: *Martí, el apóstol*, prólogo de Gabriela Mistral, edición definitiva, Puerto Rico, ed. El Mirador, 1963; primera edición, Madrid, Espasa Calpe, 1933.
- MARINELLO, JUAN: *Martí escritor americano*, La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1962.
- : *Once ensayos martianos*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964.
- : "Martí: Poesía", *Anuario Martiano*, núm. 1, La Habana, 1969.
- MÁRQUEZ STERLING, CARLOS: *Martí y la Conferencia Monetaria de 1891*, La Habana, El Siglo XX, 1938.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL: *Martí, el héroe y su acción revolucionaria*, México, Siglo XXI Editores, 1966.
- : *Martí Revolucionario*, La Habana, Casa de las Américas, 1967.

- MEJÍA SÁNCHEZ, ERNESTO: "Los últimos días de José Martí", *Revista Nacional de Cultura*, año XXV, núm. 153, 1962.
- MEO ZILIO, GIOVANNI: *De José Martí a Sabat Ercasty*, Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1967.
- : "José Martí (Tres estudios estilísticos)", *Anuario Martiano*, número 2, La Habana, 1970.
- MISTRAL, GABRIELA: *La lengua de Martí*, La Habana, Secretaría de Educación, 1943.
- NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ, JOSÉ DE J.: *Martí en México*, México, 1934.
- ONÍS, FEDERICO DE: "Martí y el Modernismo", *Memoria del Congreso de Escritores Marianos*, La Habana, 1953.
- PICÓN SALAS, MARIANO: "Arte y virtud de José Martí", *Crónica*, La Habana, febrero, 1953.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO: *José Martí, crítico literario*, Washington, Unión Panamericana, 1953.
- QUESADA Y MIRANDA, GONZALO DE: *Martí, hombre*, La Habana, Seoane Fernández y Cía., 2.^a edic., 1944.
- RAMA, ANGEL: "Análisis de la 'Niña de Guatemala'", *Asir*, núm. 30/31, Montevideo, 1953.
- : "La dialéctica de la Modernidad en José Martí". *Estudios Marianos*. San Juan, Editorial Universitaria, 1974.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR: "La poesía de Martí y el modernismo", *Número*, Montevideo, V, 1953.
- ROGGIANO, ALFREDO A.: "Poética y estilo de José Martí", *Humanitas*, I, Tucumán, 1953.
- ROIG DE LEUCHSERING, EMILIO: *El Americanismo de Martí*, La Habana, Oficina del Historiador de la ciudad, 1953.
- : *Martí antiimperialista*. La Habana, 1961.
- ROSENBLAT, ANGEL: "Los venezolanismos de Martí", *Revista Nacional de Cultura*, año XIV, núm. 96, Caracas, 1953.
- SALOMÓN, NOEL: "José Martí y la toma de conciencia latinoamericana", *Anuario Martiano*, núm. 4, La Habana, 1972.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO: "Dos notas sobre Martí I-II", *Atenea*, Concepción, abril, 1953.
- SCHULMAN, IVÁN A.: *Símbolo y color en la obra de José Martí*, Madrid, Gredos, 1960, 2.^a edición, 1970.
- : *Génesis del modernismo*, México, El Colegio de México y Washington University Press, 1966.
- SCHULMAN, IVÁN A. Y MANUEL P. GONZÁLEZ: *Martí, Darío y el Modernismo*, Madrid, Gredos, 1969.
- SOTO HALL, MÁXIMO: *La Niña de Guatemala; el idilio trágico de José Martí*, Guatemala, Tipografía Nacional, 1942.
- VITTIER, CINTIO: "Los versos libres de Martí", *Lyceum*, La Habana, febrero/mayo, 1953.
- : "Los discursos de Martí". *Anuario Martiano*, núm. 1, La Habana, 1969.

- : *Los versos de Martí*, La Habana, Universidad de La Habana (prólogo de Salvador Bueno), 1969.
- VITIER, CINTIO Y GARCÍA MARRUZ, FINA: *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969.
- VITIER, MEDARDO: *Martí, estudio integral*, La Habana, Publicación de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario..., 1954.

III. BIBLIOGRAFIAS

- BLANCH Y BLANCO, CELESTINO: *Bibliografía martiana, 1954-1963*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1963.
- GODOY, ARMANDO: "Ensayo de bibliografía martiana", *Repertorio Americano*, San José, junio 10 de 1933.
- GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO: *Fuentes para el estudio de José Martí*, La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1950.
- PERAZA SARAUSA, FERMÍN: *Bibliografía Martiana*, La Habana, Comisión Nacional de Actos y Ediciones del Centenario, 1954.
- QUINTANA, JORGE: *José Martí: cronología-bibliográfica*, Caracas, Impresora Delta, 1965.
- RIPOLL, CARLOS: *Indice universal de la obra de José Martí*, Nueva York, Eliseo Torres and Sons, 1971.

¹ La presente bibliografía no pretende más que dar algunos elementos básicos a aquellos que se interesen en la obra de José Martí, por lo tanto, debe ser entendida como necesariamente mínima, frente al creciente número de estudios que merece la obra del Apóstol. Conviene señalar que el criterio utilizado para ordenar los ítems A.I y A.II fue el cronológico, mientras que para el resto, nos limitamos al alfabético. Se menciona sólo las primeras ediciones publicadas en vida de Martí de los libros y folletos ya que por razones obvias, no corresponde en esta oportunidad y dado el carácter mínimo de la presente bibliografía, establecer la primera edición de todo lo publicado por el Maestro.

INDICE

PRÓLOGO, por *Cintio Vitier*
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

IX
XXII

POESIA

ISMAELILLO

Dedicatoria	3
Príncipe enano	4
Sueño despierto	5
Brazos fragantes	5
Mi caballero	6
Musa traviesa	7
Mi reyecillo	11
Penachos vívidos	12
Hijo del alma	12
Amor errante	14
Sobre mi hombro	15
Tábanos fieros	16
Tórtola blanca	20
Valle lozano	21
Mi dispensero	21
Rosilla nueva	22

VERSOS SENCILLOS

<i>Mis amigos saben...</i>	23
I. <i>Yo soy un hombre sincero</i>	24
II. <i>Yo sé de Egipto y Nigricia,</i>	26
III. <i>Odio la máscara y vicio</i>	26
IV. <i>Yo visitaré anhelante</i>	28
V. <i>Si ves un monte de espumas,</i>	29
VI. <i>Si quieren que de este mundo</i>	29
VII. <i>Para Aragón, en España,</i>	29
VIII. <i>Yo tengo un amigo muerto</i>	30
IX. <i>Quiero, a la sombra de un ala,</i>	31
X. <i>El alma trémula y sola</i>	32
XI. <i>Yo tengo un paje muy fiel</i>	33
XII. <i>En el bote iba remando</i>	34
XIII. <i>Por donde abunda la malva</i>	34
XIV. <i>Yo no puedo olvidar nunca</i>	35
XV. <i>Vino el médico amarillo</i>	35
XVI. <i>En el alféizar calado</i>	36
XVII. <i>Es rubia: el cabello suelto</i>	36
XVIII. <i>El alfiler de Eva loca</i>	37
XIX. <i>Por tus ojos encendidos</i>	37
XX. <i>Mi amor del aire se azora;</i>	37
XXI. <i>Ayer la vi en el salón</i>	38
XXII. <i>Estoy en el baile extraño</i>	38
XXIII. <i>Yo quiero salir del mundo</i>	39
XXIV. <i>Sé de un pintor atrevido</i>	39
XXV. <i>Yo pienso, cuando me alegro</i>	39
XXVI. <i>Yo que vivo, aunque me he muerto,</i>	40
XXVII. <i>El enemigo brutal</i>	40
XXVIII. <i>Por la tumba del cortijo</i>	41
XXIX. <i>La imagen del rey, por ley,</i>	41
XXX. <i>El rayo surca, sangriento,</i>	41
XXXI. <i>Para modelo de un dios</i>	42
XXXII. <i>En el negro callejón</i>	42
XXXIII. <i>De mi desdicha espantosa</i>	43

XXXIV.	<i>¡Penas! ¿Quién osa decir</i>	43
XXXV.	<i>¿Qué importa que tu puñal</i>	44
XXXVI.	<i>Ya sé: de carne se puede</i>	44
XXXVII.	<i>Aquí está el pecho, mujer,</i>	44
XXXVIII.	<i>¿Del tirano? Del tirano .</i>	45
XXXIX.	<i>Cultivo una rosa blanca,</i>	45
XL.	<i>Pinta mi amigo el pintor</i>	45
XLI.	<i>Cuando me vino el honor</i>	46
XLII.	<i>En el extraño bazar .</i>	46
XLIII.	<i>Mucho, señora, daría</i>	46
XLIV.	<i>Tiene el leopardo un abrigo</i>	47
XLV.	<i>Sueño con claustros de mármol</i>	47
XLVI.	<i>Vierte, corazón, tu pena</i>	48

VERSOS LIBRES (Selección)

Mis versos	50
Académica	51
"Pollice verso" (<i>Memoria de presidio</i>)	51
Al buen Pedro	53
Hierro	54
Canto de otoño	56
Flores del cielo	59
Copa ciclópea	60
Medianoche	60
Homagno	61
Yugo y estrella	62
Isla famosa	63
Sed de belleza	64
Amor de ciudad grande	65
Estrofa nueva	66
Crin hirsuta	68
A los espacios...	68
Poeta	69
Noche de mayo	70
Arbol de mi alma	70
Luz de luna	71

Mis versos van revueltos...	72
¡No, música tenaz...!	73
En torno al mármol rojo...	74
Yo sacaré lo que en el pecho tengo	74
Mi poesía	77

FLORES DEL DESTIERRO (Selección)

<i>Estas que ofrezco...</i>	80
Contra el verso retórico...	81
La noche es la propicia	82
Cual de incensario roto...	83
Antes de trabajar,	84
Dos patrias	85
Domingo triste	85
Al extranjero	86
En un campo florido...	86
Envilece, devora...	87
A la palabra	87
A un joven muerto	88
Marzo	89
Abril	90
Tienes el don	91
Bien: yo respeto	91
De mis tristes estudios...	92
Siempre que hundo la mente...	92
Obra y amor	92

VERSOS VARIOS (Selección)

Tamanaco, de plumas coronado	93
En estas pálidas tierras	93
En un dulce estupor...	94
A Adelaida Baralt	94
A María Luisa Ponce de León	95
Los zapaticos de Rosa	96
A Melitina Azpeitia	100
Para Cecilia Gutiérrez Nájera y Maillfert	101
Un niño, de su cariño	102
A Serafín Sánchez	102

NOVELA Y LITERATURA PARA NIÑOS

LUCIA JEREZ	107
LA EDAD DE ORO (Selección)	
Bebé y el señor Don Pomposo	174
Nené traviesa	177
Las ruinas indias	180
Un paseo por la tierra de los anamitas	186
La muñeca negra	193

CRITICA LITERARIA Y ARTISTICA

HISPANOAMERICA

De la <i>Revista Venezolana</i> , Caracas	201
El carácter de la <i>Revista Venezolana</i>	202
El Poema del Niágara	205
El hombre antiguo de América y sus artes primitivas	217
Autores americanos aborígenes	220
Rafael Pombo	222
Tipos y costumbres bonaerenses	225
La Pampa. Juicio crítico	229

ESTADOS UNIDOS

Longfellow	237
Emerson	239
Henry Ward Beecher. Su vida y su oratoria	250
Wendell Phillips	259
Mark Twain (Fragmento)	264
El poeta Walt Whitman	267

EUROPA

Goya	277
El centenario de Calderón	281
Oscar Wilde	287
Nueva exhibición de los pintores impresionistas	293
Carta sobre arte	297
La exhibición de pinturas del ruso Vereschagin	302

CUBA

A José Joaquín Palma	311
"Mi tío el empleado". Novela de Ramón Meza	314
Heredia	317
Francisco Sellén	322
Rafael María de Mendive	331
Julián del Casal	333
Prólogo al libro <i>Los Poetas de la Guerra</i> , publicado por "Patria"	334
Juan J. Peolí	339
José de la Luz	343
Joaquín Tejada	344

DIARIO Y EPISTOLARIO

DIARIO. DE MONTECRISTI A CABO HAITIANO	349
--	-----

EPISTOLARIO (Selección)

A Rosario de la Peña [México, 1875]	372
A su hermana Amelia [Nueva York, 1880]	373
A Manuel Mercado	
1. Nueva York, 11 de agosto [1882]	375
2. Marzo 22 [1886]	377
A Enrique Estrázulas	
1. [Junio o julio de 1888]	379
2. Octubre 26 [1888]	381
A Rafael Serra [Septiembre, 1890]	382
A la madre [1892]	384
A Rafael Serra. Enero 30 [1895]	384
A la madre. Montecristi, 25 marzo, 1895	384
A María Mantilla	
1. Waycross, Ga., 28 de mayo 1894	385
2. 29 de mayo [1894]	385
3. [México, julio de 1894]	386
4. Febrero 2, 1895	387
5. Santiago de los Caballeros, 19 de febrero [1895]	388
6. 25 marzo [1895]	389
7. [Cabo Haitiano, 1895]	389
8. Cabo Haitiano, 9 de abril, 1895	390

A Carmen Miyares de Mantilla y sus hijas	
1. Abril 10 de 1895	394
2. Jurisdicción de Baracoa, 16 de abril de 1895	395
3. Cerca de Guantánamo, 26 de abril de 1895	396
4. Cerca de Guantánamo, 28 de abril de 1895	397
5. Altagracia, Holguín, 9 de mayo de 1895	400

IDEAS ESTETICAS Y LITERARIAS

1878-1880	403
1881	403
1880-1882	407
1882	407
1892-1894	408

CRONOLOGÍA	417
BIBLIOGRAFÍA	429